

Lynn Flewelling

— *La* —

SUERTE *de los* LADRONES

EL MENSAJERO DE LA OSCURIDAD 1



Lectulandia

Cuando el joven Alec de Kerry es encarcelado por un crimen que no cometió, está convencido de que su vida toca a su fin. Pero no ha contado con su compañero de celda. Espía, pícaro, ladrón y noble, Seregil de Rhíminee es muchas cosas... y ninguna de ellas predecible. Y cuando ofrece a Alec tomarlo como aprendiz, puede que las cosas nunca vuelvan a ser iguales para ambos. Antes de darse cuenta, Alec está viajando por caminos que nunca supo que existían, en dirección a una guerra que nunca sospechó que se estuviera preparando. Pronto, Seregil y él se ven arrastrados a una siniestra trama que discurre por profundidades que ni siquiera alcanzan a imaginar, y que podría costarles mucho más que la vida si fracasan.

Lectulandia

Lynn Flewelling

La suerte de los ladrones

El Mensajero de la Oscuridad, Libro 1

ePub r1.2

Sharadore 30.07.13

Título original: *The Nightrunner, Book I: Luck in the Shadows*

Lynn Flewelling, 1996

Traducción: Manuel Mata Álvarez-Santullano

Diseño de portada: rosmar71, mininogris

Editor digital: Sharadore

ePub base r1.0

Corrección de erratas: Insaciable

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Los enmohecidos huesos se desmoronaron bajo sus botas, mientras Lord Mardus y Vargul Ashnazai descendían a la diminuta cámara que se escondía bajo el montículo. Ignorando el penetrante olor a ciénaga y muerte antigua que reinaba en el lugar, y la húmeda y malsana tierra que manchaba sus cabellos y se escurría espalda abajo por su cuello, Mardus se dirigió hacia el tosco bloque de piedra que se encontraba al fondo de la cámara, haciendo crujir más y más huesos a cada paso. Apartó sin miramientos costillas y cráneos, frágiles como el cristal, y, con ademán reverente, recogió una pequeña bolsa que descansaba sobre la piedra. El podrido cuero se deshizo al contacto y ocho discos de madera grabados cayeron sobre las palmas de sus manos.

—Parece que habéis conseguido vuestro propósito, Vargul Ashnazai. —Mardus sonrió y la cicatriz que había debajo de su ojo izquierdo se estiró.

Bajo la escasa luz de la cámara, el cetrino y anguloso rostro de Ashnazai semejaba una máscara fantasmal. Asintió satisfecho y pasó una mano sobre los discos. Por un instante, éstos parecieron temblar y pudo entreverse su verdadera forma.

—Después de tantos siglos, otro fragmento recuperado —exclamó con voz suave—. Es una señal, mi señor. La hora se aproxima.

—Una señal muy propicia, sí. Esperemos que el resto de nuestra búsqueda tenga el mismo éxito. ¡Capitán Tildus!

Una cara con barba negra apareció en la apertura irregular que había en lo alto del montículo.

—Sí, mi señor.

—¿Habéis reunido a los aldeanos?

—Sí, mi señor.

—Excelente. Podéis comenzar.

—Me aseguraré de que esto sea enviado de forma segura —dijo Vargul Ashnazai, alargando un brazo para tomar los discos.

—¿Acaso crees que *tú* podrías hacer algo que los ancianos no hayan hecho ya? —preguntó Mardus con voz fría mientras los guardaba en su bolsillo con gesto despreocupado, como si no fuesen más que unas simples tabas.

Rápidamente, Ashnazai apartó la mano.

—Como deseéis, mi señor.

Los oscuros y despiadados ojos de Mardus buscaron los suyos mientras, más allá del montículo, comenzaban a elevarse los primeros gritos.

Vargul Ashnazai fue el primero en apartar la mirada.

La Suerte de los Ladrones

Los torturadores de Asengai eran muy regulares en sus hábitos: siempre se marchaban a la caída del sol. Encadenado de nuevo en una esquina de la desprotegida celda, Alec volvió el rostro contra el basto muro de piedra y sollozó hasta que el pecho comenzó a dolerle.

Un gélido viento de las montañas ululó sobre la rejilla del techo. Traía consigo el dulce aroma de la nieve. Sin dejar de llorar, el muchacho trató de cobijarse en la paja. El roce contra las numerosas magulladuras y cortes que recorrían su piel desnuda le causó un agudo dolor, pero era lo único que tenía y, en todo caso, era mejor que nada.

Se había quedado solo. Habían colgado al molinero ayer mismo y el otro, ese que se llamaba Danker, había muerto mientras lo torturaban. No los había conocido hasta después de su captura, pero lo habían tratado con amabilidad. También lloraba por ellos. Y por el horror de sus muertes.

Mientras las lágrimas retrocedían, se preguntó una vez más por qué recibía un trato diferente, por qué Lord Asengai ordenaba siempre a los torturadores «No hagáis demasiado daño al muchacho». A él no le habían marcado con los hierros al rojo, no le habían cortado las orejas, ni lo habían azotado con el látigo de nudos, como a los otros.

Se habían limitado a golpearlo con destreza y a sumergirlo en el agua hasta casi asfixiarlo. No importaba cuántas veces le hubiera gritado a sus carceleros la verdad. No había podido convencerlos de que lo único que le había llevado hasta el remoto feudo de Lord Asengai eran las pieles de los felinos moteados.

Ya sólo esperaba que acabasen pronto con él; la muerte pendía sobre su cabeza como una liberación bienvenida, el fin de las horas de agonía, de la interminable sucesión de preguntas que ni comprendía ni podía responder. Aferrándose a este amargo consuelo, se sumió en un sueño intranquilo e intermitente.

Algún tiempo más tarde, lo despertó el familiar rumor de unas botas contra el suelo. La luz de la luna atravesaba la ventana y se derramaba sobre la paja, a su lado. Enfermo de terror, se acurrucó en las sombras.

Los pasos se aproximaron y entonces, repentinamente, estalló una aguda voz, gritando y maldiciendo. Alguien forcejeaba con los carceleros. La puerta de la celda se abrió violentamente y por un instante pudo ver, dibujadas contra la luz que proyectaba la antorcha del corredor, las figuras de dos guardianes y un prisionero que se debatía contra ellos.

El prisionero era un hombre pequeño y delgado, pero luchaba como una

comadreja acorralada.

—¡Quitadme las manos de encima, animales! —gritó. Había un ligero ceceo en su voz que le quitaba hierro a la furia de sus palabras—. ¡Os *ordeno* que me llevéis ante vuestro señor! ¿Cómo os *atrevéis* a arrestarme? ¿Es que no puede un honesto bardo pasar por estas tierras sin ser molestado?

Logró liberar uno de sus brazos y lanzó un puñetazo al guardián que se encontraba a su izquierda. El hombre paró el golpe con facilidad y, sin contemplaciones, volvió a sujetar su brazo contra la espalda.

—No te impacientes —bufó el guardia mientras le daba un fuerte bofetón en la oreja—. Muy pronto te verás con nuestro señor. ¡Y desearás no haberlo hecho!

Su compañero dejó escapar una desagradable risotada.

—Así es. Antes de que haya terminado estarás cantando fuerte y sin parar —mientras decía esto, golpeó varias veces al prisionero en el rostro y el estómago, acallando toda posible protesta.

Lo arrastraron hasta la pared frente a Alec y lo esposaron de pies y manos con grilletes.

—¿Qué hay de ese? —preguntó uno de ellos, sacudiendo el pulgar en dirección a Alec—. Se lo llevarán mañana, a más tardar. ¿Qué tal un poco de diversión?

—No. Ya sabes lo que dijo el señor. Nuestros pellejos no valdrán nada si hacemos que el suyo no sirva a los mercaderes de esclavos. Vamos, que van a empezar la partida —la llave chirrió en la cerradura, detrás de ellos y sus voces se desvanecieron en el corredor.

¿Mercaderes de esclavos? Alec se hizo un ovillo en las sombras.

En las tierras septentrionales no había esclavos, pero él había escuchado numerosos rumores sobre gente a la que se llevaba a tierras distantes, a destinos inciertos, gente a la que no se volvía a ver.

El pánico volvió a encaramarse a su garganta y se debatió desesperadamente contra sus cadenas.

El bardo alzó la cabeza y gruñó.

—¿Quién anda ahí?

Alec se detuvo y miró al hombre con miedo. La pálida estela de la luz de la luna era lo bastante brillante como para que se pudiera ver que el hombre vestía los chillones atavíos propios de su profesión: una túnica con esclavinas largas y acuchilladas, la faja rayada y las calzas.

Unas botas de viaje altas y llenas de barro completaban la llamativa vestimenta. Sin embargo, Alec no alcanzaba a distinguir su rostro; su cabello negro y rizado, que le daba un cierto aire petulante, caía sobre sus hombros y oscurecía parcialmente sus rasgos.

Alec estaba demasiado exhausto y se sentía demasiado miserable como para

mantener una conversación frívola. Se dejó caer sobre el muro sin contestar.

El hombre parecía estar mirando en su dirección con atención, pero antes de que pudiera volver a hablar escucharon de nuevo a los guardias. El bardo se dejó caer sobre la paja y quedó completamente inmóvil mientras arrastraban un tercer prisionero al interior de la celda. Esta vez se trataba de un trabajador achaparrado y corpulento, con el cuello de un toro, que vestía una tosca camisa casera y unas polainas teñidas.

A pesar de su tamaño, el hombre se dejó encadenar por los pies, junto al bardo, sumido en un silencio aterrorizado.

—Aquí te traemos algo más de compañía, chico —dijo uno de ellos con una sonrisa burlona, mientras depositaba una pequeña lámpara de arcilla en un pequeño nicho, junto a la puerta—. ¡Así lo pasarás un poco mejor hasta mañana!

La luz cayó sobre Alec. Los cortes y magulladuras de su cuerpo ofrecían un siniestro contraste con su pálida piel. Apenas cubierto por los jirones de su sayo de lino, devolvió impasible su mirada al recién llegado.

—¡Por el Hacedor, chico! ¿Qué has hecho para que te hayan tratado de esa manera? —exclamó el hombre.

—Nada —contestó Alec con voz áspera—. Me han torturado. A mí y a los otros. Ellos murieron... ayer. ¿A qué día estamos?

—A la salida del sol será tres de Erasin.

Alec sentía un dolor sordo en la cabeza. ¿Sólo llevaba cuatro días aquí?

—Pero ¿por qué te arrestaron? —insistió el hombre. En su tono y en su mirada había sospecha.

—Por espía. ¡Pero no lo soy! Traté de explicarles...

—Lo mismo me ocurrió a mí —suspiró el campesino—. Me han dado patadas, me han golpeado, me han robado y no quieren escucharme. «Soy Morden Swiftford», les digo. «Sólo un labrador, nada más». Pero aquí estoy.

Dejando escapar un profundo gemido, el bardo se sentó y trató lo mejor que pudo de desenredar las cadenas que se enroscaban a su alrededor. Haciendo un esfuerzo considerable logró encontrar una postura más o menos cómoda, con la espalda apoyada contra la pared.

—Esos salvajes pagarán muy cara esta indignidad —gruñó débilmente—. Imaginaos. ¡Rolan Silverleaf, un espía!

—¿También tú? —preguntó Morden.

—Es demasiado absurdo. Sólo hace una semana que me encontraba en Torre Alta, ofreciendo mi arte en la Feria de la Cosecha. ¡Pues resulta que tengo patrones muy importantes en aquella zona y, podéis creerme, tendrán noticias de la forma en que se me ha tratado!

Siguió parlotando un buen rato, ofreciendo un recital sobre los lugares en los que

había actuado y la gente importante a la que recurriría en busca de justicia.

Alec no le prestó demasiada atención. Su propia miseria ya era demasiado. Mientras Morden miraba boquiabierto al bardo, se acurrucó malhumorado en su esquina.

Al cabo de una hora, los guardianes regresaron y se llevaron consigo al aterrorizado campesino. Muy pronto, unos gritos de una naturaleza que comenzaba a serle demasiado familiar se alzaron desde más allá del corredor. Alec enterró el rostro entre las rodillas y se tapó los oídos, tratando de no escuchar. Sabía que el bardo lo estaba mirando, pero no le importaba.

Cuando los guardianes volvieron arrastrando a Morden y lo encadenaron en el mismo lugar, sus cabellos y su ropa estaban manchados de sangre. Se quedó inmóvil donde lo habían arrojado, jadeando con voz ronca.

Unos momentos más tarde, apareció un nuevo guardián y les tendió unas escasas raciones de agua y pan duro. Rolan examinó su pedazo de pan con evidente desagrado.

—Está lleno de gusanos, pero deberías comértelo —dijo, arrojando su porción a Alec.

Alec la ignoró y también la suya. La comida significaba que el alba estaba próxima y, con ella, el comienzo de otro día sombrío.

—Vamos —le urgió Rolan con voz amable—. Más tarde necesitarás todas tus fuerzas. —Alec apartó la mirada pero él insistió—. Al menos toma un poco de agua. ¿Puedes caminar?

Alec se encogió de hombros, con gesto indiferente.

—¿Y qué importancia puede tener eso?

—Quizá mucha, antes de lo que crees —replicó el otro hombre, esbozando a medias una extraña sonrisa. De pronto, había algo nuevo en su voz, un tono calculador que, definitivamente, parecía contradecir su apariencia petulante. La tenue luz de la lámpara se deslizó sobre su rostro, mostrando una nariz alargada y un ojo brillante.

Alec tomó un sorbito de agua y entonces, respondiendo a la urgencia de su cuerpo, bebió todo cuanto quedaba de un largo sorbo.

No había comido ni bebido nada desde hacía más de un día.

—Eso está mejor —murmuró Rolan. Se puso de rodillas y se separó de la pared cuanto le permitían las cadenas de sus piernas.

Entonces se inclinó hacia delante hasta que sus brazos, apresados por los grilletes, quedaron extendidos hacia atrás, muy tensos. Morden levantó la cabeza y lo observó con apagada curiosidad.

—No servirá de nada. Sólo conseguirás atraer a los guardias —siseó Alec. Deseaba con todas sus fuerzas que el hombre se estuviera quieto.

Rolan lo sorprendió guiñándole un ojo. Entonces, comenzó a tensar las manos, extendiendo los dedos y torciendo los pulgares hacia dentro. Desde el otro lado de la celda, se arrastró hasta los oídos de Alec el suave y desagradable chasquido de las articulaciones al separarse. Las manos de Rolan se escurrieron entre los grilletes.

Cayó hacia delante, se apoyó en un codo y volvió a colocar la articulación de la base de cada pulgar.

Se limpió el sudor que corría por su rostro con el extremo de la manga.

—Ya está. Y ahora, los pies —deslizó una mano al interior de su bota izquierda y extrajo de una costura un instrumento semejante a un clavo. Apenas un momento de trabajo en cada una de las cerraduras de sus piernas y estaba libre.

Recogió su tazón de agua y el de Morden y se acercó a Alec.

—Bebe esto. Despacio, despacio. ¿Cómo te llamas?

—Alec de Kerry —bebió a sorbitos, agradecido por la ración extra.

Apenas podía creer lo que acababa de presenciar. Por primera vez desde que fuera capturado, comenzaba a vislumbrar algo semejante a una esperanza.

Rolan lo observó atentamente. Parecía haber tomado una decisión que no lo complacía por entero. Por fin, suspiró y dijo:

—Supongo que será mejor que vengas conmigo —se apartó el pelo de los ojos con un gesto impaciente y se acercó a Morden. En su rostro se había pintado una sonrisa suave y poco amigable.

—Pero tú, amigo mío, no parece tener demasiado aprecio a tu vida.

—Buen señor —balbució el hombre, mientras se arrastraba acobardado hacia atrás—. No soy más que un humilde campesino, pero os aseguro que mi vida significa tanto para mí como...

Rolan atajó sus palabras con un gesto de impaciencia y entonces alargó la mano y la introdujo bajo el cuello del mugriento chaleco del hombre. De un tirón, arrancó una delgada cadena de plata y la sostuvo frente al rostro de Morden.

—No resultas demasiado convincente, la verdad. Aunque sean unos patanes, los hombres de Asengai nunca hubieran pasado por alto una chuchería como ésta.

¡Su voz es diferente!, pensó Alec, mientras contemplaba confundido la extraña confrontación. Rolan había dejado de cecear.

De pronto, su voz sonaba peligrosa.

—También tengo que decirte, si me permites la condescendencia, que un hombre al que acaba de torturarse suele estar terriblemente sediento —continuó el bardo—. A menos, claro, que apeste a licor, como tú. ¿Ha sido agradable la comida con los guardianes? Me pregunto a quien pertenecerá la sangre con la que te has manchado.

—¡Es el menstruo de tu madre! —exclamó Morden. Su expresión de estupidez se desvaneció mientras extraía una pequeña daga de sus polainas y arremetía contra Rolan. El bardo esquivó el ataque y, lanzando su puño cerrado contra la garganta de

Morden, destrozó su laringe. Un rápido codazo contra su sien lo derribó como un fardo; se desplomó sobre la paja, a los pies de Rolan. Manaba sangre de su boca y sus oídos.

—¡Lo has matado! —dijo Alec en un susurro.

Rolan apoyó un dedo contra la garganta de Morden y luego asintió.

—Eso parece. El muy idiota debió gritar para advertir a los guardias.

Mientras Rolan se volvía hacia él, Alec se encogió, apoyado contra la pared.

—Calma —dijo el hombre. Para sorpresa de Alec, estaba sonriendo—. ¿Quieres salir de aquí o no?

Alec logró hacer un gesto de asentimiento y entonces esperó, sentado y rígido, mientras Rolan abría sus cadenas. Cuando hubo terminado, volvió a aproximarse al cuerpo de Morden.

—Ahora, vamos a ver quién eras —después de deslizar la daga del hombre en el interior de su bota, Rolan le quitó el chaleco manchado y examinó el velludo torso que había debajo.

—Hmmm. Ciertamente no es una sorpresa —murmuró mientras observaba la axila derecha.

Curioso a pesar de su miedo, Alec se acercó arrastrándose lo suficiente para asomarse sobre el hombro de Rolan.

—¿Lo ves? Aquí. —Rolan le mostró un triángulo formado por tres diminutos círculos azules, tatuado sobre la pálida piel en el lugar en el que el brazo se unía al cuerpo.

—¿Qué significa?

—Es una marca de gremio. Era un Malabarista.

—¿Un saltimbanqui?

—No. —Rolan dejó escapar un bufido—. Un maleante, un mercenario. Los Malabaristas llevan a cabo cualquier clase de negocio sucio por el precio adecuado. Pululan alrededor de los pequeños nobles, como Asengai, como las moscas en los muladares —le quitó el chaleco al cadáver de un tirón y se lo arrojó a Alec—. Ahora ponte esto. ¡Y deprisa! Sólo te lo diré una vez. ¡Si te quedas atrás, te quedas solo!

La prenda estaba sucia y empapada de sangre alrededor del cuello, pero Alec obedeció rápidamente. Mientras se la ponía, no pudo evitar un estremecimiento de repulsión. Para cuando había acabado, Rolan ya se encontraba manos a la obra con la cerradura.

—Oxidada hija de una zorra —dijo y escupió en el ojo de la cerradura. Finalmente, el candado cedió, Rolan abrió la puerta y asomó la cabeza por el corredor.

—Parece despejado —susurró—. Quédate detrás de mí y haz lo que te diga.

El corazón de Alec martilleaba en sus oídos mientras seguía a Rolan y se

internaba en el corredor. Algunos metros más allá se encontraba la habitación en la que los torturadores de Asengai hacían su trabajo. Un poco más lejos, la puerta que daba a la sala de guardia estaba abierta. A juzgar por los sonidos que llegaban desde allí, se estaba celebrando alguna clase de juego ruidoso.

Las botas de Rolan no hicieron más ruido que los pies desnudos de Alec mientras los dos se deslizaban sigilosamente hacia la puerta.

Rolan señaló con la cabeza y luego levantó cuatro dedos. Con un gesto rápido indicó a Alec que debía cruzar el portal rápidamente y en silencio.

Alec lanzó una mirada al interior. Cuatro guardias se arrodillaban alrededor de una capa que habían tendido sobre el suelo. Uno de ellos lanzaba las tabas. Las monedas cambiaban de manos en medio de una algarabía de insultos entonados en tono amigable.

Alec esperó hasta que la atención del grupo estuviese centrada en la siguiente tirada y entonces atravesó a hurtadillas la sala. Rolan se le unió sin hacer ningún ruido y entonces ambos doblaron apresuradamente un recodo y comenzaron a descender una escalera.

Al pie de la misma, en el interior de un nicho poco profundo, descansaba una lámpara. Rolan la tomó y se puso en marcha de nuevo.

Alec no conocía el lugar, así que muy pronto, a medida que se internaban a lo largo de una sucesión de serpenteantes corredores, perdió todo sentido de la dirección. Finalmente, Rolan se detuvo, abrió una puerta estrecha y desapareció en la oscuridad que había más allá.

Justo a tiempo, advirtió a Alec con un susurro que tuviera cuidado por dónde pisaba, porque apenas un paso después de la puerta se abría un nuevo tramo de escaleras.

El lugar era más frío y húmedo. El vacilante círculo de luz que despedía la lámpara de Rolan se deslizaba a lo largo de la mampostería invadida por líquenes. El tosco suelo, agrietado y abandonado, era también de piedra.

Un último tramo de escaleras medio derruidas los condujo hasta una puerta baja reforzada con hierros. El enlosado bajo los desnudos pies de Alec estaba helado. Su aliento emergía formando diminutas nubéculas. Rolan le tendió la lámpara y comenzó a manipular el pesado candado que pendía de una argolla en el marco de la puerta.

—Ya está —susurró Rolan cuando finalmente el candado se abrió—. Apaga la luz y deja eso ahí.

Emergieron a las sombras de un patio tapiado. La luna se encontraba hacia poniente, muy baja; en el cielo, bajo las estrellas, comenzaba a insinuarse ya una primera luz de color añil que anunciaba la llegada del alba. Una gruesa capa de escarcha cubría todo cuanto había en aquel patio, la pila de madera, el pozo, la forja

del herrador, y le prestaba a todas aquellas cosas la pátina de un brillo suave.

El invierno estaba llegando pronto aquel año. Alec lo sabía. Podía olerlo en el aire.

—Estas son las caballerizas inferiores —susurró Rolan—. Hay una puerta detrás de esa pila de madera, con un póstigo a un lado. ¡Maldita sea, hace frío!

Mientras se restregaba las manos contra sus ridículas calzas, volvió a mirar a Alec de arriba abajo; excepto por el asqueroso chaleco, el chico estaba prácticamente desnudo.

—No puedes viajar así. Ve a la puerta lateral y ábrela. Debería de haber un guardia, así que mantén los ojos muy abiertos y, por favor, ¡sé *silencioso*! Volveré enseguida.

Antes de que Alec pudiera replicar, desapareció como un fantasma en dirección a las caballerizas.

De pie junto a la puerta abierta, se acurrucó y se abrazó un instante, tratando de protegerse del frío. Solo en la oscuridad como estaba, sintió que el breve arrebato de confianza que lo había embargado hasta el momento se desvanecía sin dejar rastro. Miró hacia los establos, pero no pudo encontrar rastro alguno de su misterioso compañero. Un miedo genuino se agitaba tras el frágil umbral de su resolución.

Luchando por controlarlo, se obligó a concentrarse en cubrir la distancia que lo separaba del extremo oscuro de la pila de madera. *No he llegado hasta aquí para ser abandonado por debilidad*, se reprendió. *Dalna, tu que eres el Hacedor, pon ahora tu mano sobre mí.*

Aspiró profunda y silenciosamente y se precipitó hacia delante. La pila de madera se encontraba casi al alcance de su mano cuando una figura alta emergió de las sombras de la forja, apenas unos metros más allá.

—¿Quién va? —ordenó el hombre, mientras llevaba una mano a su cinto—. ¡Sal a la luz y habla, tú!

Alec dio un salto y cayó detrás de la pila de maderos. Al aterrizar, algo duro se clavó en su pecho. Lo agarró y sintió en su mano el suave contacto del mango de un hacha. Casi inmediatamente, tuvo que rodar por el suelo para evitar el pesado garrote que el hombre blandía en dirección a su cabeza. Sujetando el hacha como si fuera un bastón, Alec logró desviar el golpe del centinela. Por desgracia, se encontraba en desventaja y la poca fuerza que pudiera quedarle después de días de malos tratos comenzó a desvanecerse mientras caía sobre él una tormenta de golpes. Saltó hacia atrás y entonces vio a Rolan. Se encontraba junto a la puerta del establo. Pero en vez de acudir en su ayuda, el bardo volvió a desaparecer entre las sombras.

Así que es eso, pensó. Me he metido en problemas y él me abandona.

Impulsado por una furia nacida de la desesperación, Alec se abalanzó sobre el sorprendido centinela y lo obligó a retroceder con furiosos golpes de la doble hoja de

su hacha. Si iba a morir en este horrible lugar, al menos lo haría luchando a cielo abierto.

Pero su adversario se recuperó rápidamente y volvió a ganarle más y más terreno. Muy pronto acabaría con él. Entonces, inesperadamente, ambos se vieron sorprendidos por un estruendo cercano. La puerta del establo se abrió de un golpe y Rolan irrumpió en el patio a lomos de un enorme caballo negro sin ensillar. Una hueste de sirvientes, mozos de cuadra y guardias se desparramó en todas direcciones detrás de él, dando la alarma.

—¡La puerta, maldita sea! ¡Abre la puerta! —gritó Rolan mientras se dejaba perseguir alrededor del patio. Distráido, el centinela hizo una torpe parada y Alec atravesó su guardia con un golpe salvaje. El hacha alcanzó su destino y el hombre retrocedió y cayó, gritando. Alec soltó el hacha, corrió hacia la puerta, levantó la gran barra de madera de las abrazaderas y empujó las puertas hasta abrirlas por completo.

¿Y ahora qué?

Lanzó una mirada en derredor. Rolan se encontraba al otro extremo del patio y estaba en problemas.

Uno de los guardias lo había sujetado por el tobillo mientras un mozo de establo trataba de sujetar las riendas del caballo. Al advertir que el portal estaba abierto, obligó al animal a encabritarse y, tras espolearlo, lo lanzó a un furioso galope a través del patio. Su montura saltó sin esfuerzo por encima del pozo y se lanzó como un rayo hacia el portal. Entonces Rolan dio un fuerte tirón a las riendas, sujetó la crin del caballo con los dedos de una mano y se inclinó sobre su cuello con el otro brazo extendido.

—¡Vamos! —gritó.

Alec lo alcanzó justo a tiempo. Los dedos de Rolan se cerraron alrededor de su muñeca y lo alzaron en voladas hasta depositarlo sobre los amplios cuartos del animal. Se puso derecho y rodeó con los brazos la cintura de Rolan mientras atravesaban como un trueno el portal y se perdían por el camino que había más allá.

Rodearon la pequeña aldea que se acurrucaba a los pies de las murallas y volaron siguiendo el camino en dirección a las montañas boscosas que flanqueaban los dominios de Asengai.

Después de varios kilómetros, Rolan abandonó la carretera y se internó en el espeso bosque que se extendía a un lado. Una vez a salvo entre los árboles, detuvo a su montura tirando de las riendas.

—Toma. Ponte esto —dijo, tendiéndole un bulto a Alec.

Era una capa. El burdo tejido despedía un fétido aroma a establo, pero el muchacho se envolvió en ella sin dudar, mientras pegaba sus pies desnudos a los cálidos costados del caballo para calentarlos.

Estaban sentados, en silencio y sin moverse. Al cabo de un momento, Alec se dio

cuenta de que debían estar esperando algo.

Muy pronto, escucharon una trápala de cascos aproximándose.

Estaba demasiado oscuro para contar a los jinetes mientras pasaban junto a ellos pero, a juzgar por el sonido, debía de haber por lo menos una docena de ellos. Rolan esperó hasta que se hubieron alejado bastante y entonces condujo de nuevo el caballo hasta el camino y comenzó a dirigirse hacia el castillo.

—Vamos en dirección equivocada —susurró Alec, tirando de su manga.

—No te preocupes —replicó su compañero, riendo entre dientes.

Pocos instantes después, abandonó el camino principal y se internó en una senda cubierta por hierba muy crecida. Discurría hacia abajo, abrupta e irregular y las ramas les azotaban en el rostro mientras, a medio galope, se adentraban en la seguridad de los árboles. Volvieron a detenerse; Rolan recuperó la capa y cubrió con ella sobre la cabeza del caballo para mantenerlo tranquilo. Pronto volvieron a escuchar a los jinetes. Esta vez se movían más despacio y, a juzgar por sus voces, estaban más dispersos. Dos de ellos se aventuraron por la senda y pasaron a menos de diez metros del lugar en el que Rolan y Alec se escondían conteniendo la respiración.

—Debía de ser un mago, oye bien lo que te digo —estaba diciendo uno de ellos—. Primero mata a ese sureño como lo hizo, luego se esfuma de la celda y ahora esto.

—Qué mago ni que... —replicó el otro, enfadado—. Tú mismo desearás ser un mago si Berin no logra dar con ellos en la carretera. ¡Lord Asengai nos despellejará a todos!

Uno de los caballos trastabilló y se encabritó.

—¡Por las Tripas de Bilairy! Este camino es imposible en la oscuridad. Si hubieran venido por aquí ya se habrían roto el cuello —gruñó el jinete. Desalentados, los dos hombres dieron la vuelta y volvieron por donde habían llegado.

Rolan esperó hasta que todo volvió a estar en silencio, montó delante de Alec y le devolvió la capa.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —susurró Alec mientras volvían a tomar la senda de montaña.

—Dejé algunas provisiones a unos kilómetros de aquí. Veremos si siguen allí. Sujétate fuerte. Nos espera un camino difícil.

A través de las Quebradas

Alec abrió los ojos. Había mucha luz. Era mediodía. Durante un instante soñoliento se quedó mirando a las ramas que tenía encima de sí, tratando de recordar dónde se encontraba y preguntándose por qué el áspero contacto de las mantas contra su piel le resultaba tan agradable.

Entonces lo embistieron los recuerdos y despertó por completo.

Con dificultad, se puso de rodillas, apartó las mantas y miró en derredor, alarmado.

Rolan no estaba a la vista, pero el caballo que habían robado se encontraba todavía en el pequeño claro, junto con la yegua baya y la gastada mochila de cuero que el bardo había escondido allí antes de aventurarse en los dominios de Asengai. Alec volvió a envolverse en las mantas, cerró los ojos y esperó a que los latidos de su corazón se calmaran.

Lo asombraba que Rolan hubiera podido encontrar el camino hasta este lugar. Para él, exhausto como estaba, la cabalgada hasta el claro había sido una sucesión interminable de dificultades insuperables: la espesura de los bosques, los arroyos y un campo de gravilla que habían tenido que atravesar a pie. Sin desviarse, sin flaquear, Rolan lo había alentado con promesas de comida y mantas calientes.

Cuando por fin habían alcanzado el claro, Alec estaba tan cansado y helado que lo único que había podido hacer era dejarse caer sobre el catre de helechos que los esperaba, preparado bajo el abrigo de un gran abeto. Lo último que recordaba era haber oído a Rolan maldecir al frío mientras se acurrucaba junto a él bajo el montón de mantas y capas.

A pesar de la intensidad con que brillaba el sol, hacía un frío glacial. Alargados cristales de hielo emergían de la mohosa marga que rodeaba al jergón, como un puñado de diminutos cuchillos de cristal. El brumoso cielo estaba cubierto de nubes aborregadas. Muy pronto caería una nevada. La primera del año.

El campamento se encontraba cerca de un pequeño salto de agua y su sonido se había deslizado al interior de sus sueños. Se puso la capa robada alrededor de los hombros y se dirigió a las matas para aliviar la vejiga. Luego caminó hasta el borde de la pequeña charca sobre la que caía el agua. Cada magulladura y cada corte protestaron mientras introducía las manos en ella y bebía un sorbo de agua helada. Pero estaba demasiado feliz como para que le importara; ¡estaba vivo y era libre! Quienquiera que fuese Rolan Silverleaf, Alec le debía la vida.

Pero ¿dónde se encontraba el hombre?

Los arbustos que había al otro lado de la charca se agitaron. Un ciervo salía de los árboles para beber. Los dedos de Alec anhelaron el tirante contacto de la cuerda de un

arco.

—¡Que el Hacedor te mantenga bien gordo hasta que volvamos a encontrarnos!
—dijo en voz baja. Sobresaltado, el ciervo se alejó saltando sobre sus delgadas patas. Alec se puso en pie y se dispuso a buscar comida en el bosque.

Era un bosque viejo. Los abetos, altos como torres, habían ahogado hacía ya mucho tiempo todo follaje, salvo el más persistente.

Alguien hubiese podido conducir un carromato con facilidad entre sus troncos gruesos y rectos. Sus copas se entrelazaban a gran altura y filtraban la luz del sol de manera que, al atravesarlas, adquiriría un apacible tono submarino. La ladera estaba salpicada de piedras cubiertas de moho. Entre ellas, los manojos de helechos secos susurraban crujidos secos a su paso. Encontró unos pocos champiñones tardíos, los cogió y volvió al campamento mordisqueando uno de ellos.

Mientras pasaba junto a un gran peñasco, encontró un conejo muerto en una trampa. Esperando que fuera cosa de Rolan, liberó el cuerpo y lo olió. Estaba fresco. Ante la perspectiva de comer carne caliente, la primera vez desde hacía muchos días, la boca se le hizo agua y apresuró el paso de vuelta al claro. Mientras se aproximaba, escuchó el golpe producido por algo metálico contra un pedernal y corrió, ansioso por mostrarle a Rolan el desayuno.

Abandonó el bosque de un salto y, entonces, se quedó helado, lleno de terror.

¡Oh, Dalna! ¡Nos han encontrado!

Un extraño, ataviado con toscos ropajes, se encontraba de espaldas a Alec, contemplando la charca. Su camisa, de color verde y cosida a mano, y sus pantalones de cuero, eran vulgares; en cambio, la vaina alargada, sujeta a la cadera izquierda del hombre, atrajo poderosamente la atención del muchacho.

Su primera reacción fue regresar sigilosamente al bosque y buscar a Rolan. Pero mientras daba un paso atrás, la mala fortuna quiso que pisara una ramita seca. El ruido hizo que el hombre se volviera, espada en mano.

Soltando los champiñones y el conejo, Alec dio media vuelta a su vez para escapar corriendo. Pero una voz familiar, a su espalda, lo obligó a detenerse.

—Calma, muchacho. Soy yo, Rolan.

Todavía preparado para huir, Alec lanzó una mirada cautelosa hacia atrás y entonces advirtió su error. Era Rolan, en efecto, aunque se parecía bien poco al petulante gallito de la noche anterior.

—Buenos días —le saludo Rolan—. Será mejor que recojas el conejo que acabas de soltar. Sólo he conseguido otro más y estoy hambriento.

Las mejillas de Alec enrojecieron furiosamente. Recogió el conejo y los champiñones y los llevó junto a la fogata.

—No os reconocí —exclamó—. ¿Cómo es posible que parezcáis tan diferente?

—Simplemente me he cambiado de ropa. —Rolan apartó de su rostro el castaño

cabello, que caía en húmedos y ondulados mechones sobre sus hombros—. Supongo que, mientras escapábamos a toda prisa y en la oscuridad, no tuviste demasiado tiempo de fijarte en mi aspecto.

Eso era cierto, reflexionó Alec, mientras miraba a su compañero de arriba abajo. A la luz del día Rolan parecía haber crecido, aunque de ningún modo se le podía considerar un hombre alto. Era delgado y de nobles rasgos. Sobre unos pómulos elevados brillaban sus ojos verdes y su nariz larga y afilada. Su delicada y fina boca había esbozado una sonrisa ladeada que le prestaba a su semblante un aire mucho más joven de lo que Alec hubiera podido creer hasta entonces.

—No sé, Rolan...

—Ah, y por lo que respecta a ese nombre —la sonrisa se inclinó un poco más—, puedes dejar de llamarme Rolan Silverleaf.

—¿Y cómo debería llamaros, entonces? —preguntó Alec. La verdad es que no se sentía especialmente sorprendido.

—Puedes llamarme Seregil.

—¿Cómo?

—Ser-e-guil.

—Oh —era un nombre un poco extraño, pero Alec tuvo la impresión de que por el momento era todo lo que iba a conseguir—. ¿Dónde estabais?

—Tratando de averiguar si alguien nos había seguido. Todavía no hay rastro de los hombres de Asengai, pero será mejor que nos pongamos en marcha cuanto antes. Podrían tener suerte. Pero primero comeremos. Por tu aspecto, se diría que estás muerto de hambre.

Alec se arrodilló junto al fuego, observando los dos delgados conejos con una sonrisa arrepentida.

—Estaríamos comiendo venado si hubiera tenido mi arco. Esos bastardos me quitaron todo cuanto tenía. ¡Ni siquiera tengo un cuchillo! Dejadme uno y limpiaré los conejos.

Seregil introdujo la mano en el interior de una de sus botas, extrajo un puñal alargado y se lo tendió.

—¡Por el amor del Hacedor! ¡Qué belleza! —exclamó Alec con admiración mientras recorría con un dedo el filo de la delgada hoja triangular. Pero luego, cuando comenzó a limpiar el primero de los conejos, le tocó a Seregil el turno de quedar impresionado.

—Vaya. Parece que se te da muy bien esa clase de cosas —señaló. Alec acababa de abrir el vientre del conejo con un único y rápido corte.

Alec le ofreció uno de los lóbulos del hígado, de un color entre púrpura y marrón.

—¿Lo queréis? En los inviernos fríos es bueno para la sangre.

Seregil aceptó el bocado y se sentó junto a la fogata. Observó al muchacho,

sumido en sus pensamientos.

Bajo aquella mirada directa, Alec se ruborizó un tanto.

—Os agradezco que salvarais mi vida la pasada noche. Estoy en deuda con vos.

—Te las compusiste bastante bien sin mi ayuda. ¿Qué edad tienes? Pareces muy joven para andar solo por el mundo.

—Cumplí dieciséis el pasado verano —contestó Alec, con cierta brusquedad. A menudo le creían más joven de lo que era en realidad—. He pasado toda mi vida en los bosques.

—Pero seguramente no solo, ¿verdad?

Alec vaciló, preguntándose cuánto quería revelar a aquel extraño desconocido.

—Mi padre murió poco después del solsticio de verano.

—Ya veo. ¿Fue un accidente?

—No. La enfermedad lo consumió —afloraron las lágrimas a sus ojos y se inclinó un poco más sobre el conejo, esperando que Seregil no lo hubiera advertido—. Fue una muerte muy dura. Al final, ni siquiera los drisianos podían hacer nada para ayudarlo.

—Y has estado solo estos tres últimos meses, ¿verdad?

—Sí. En primavera no pudimos acudir a la feria de aves, así que tuve que pasar el verano en Roca Alta, trabajando para pagar nuestra deuda en la posada en la que Padre convalecía. Después volví a los bosques para trabajar de trampero, como siempre habíamos hecho él y yo. Había conseguido muchas pieles, y de buena calidad, cuando me topé con los hombres de Asengai. Ahora, sin equipo, sin caballo, sin nada, no sé...

Se interrumpió. Su semblante estaba sombrío; ya conocía lo que era el hambre.

—¿No tienes familia en alguna parte? —preguntó Seregil después de un momento—. ¿Dónde está tu madre?

—Nunca la conocí.

—¿Y amigos?

Alec le tendió el conejo desollado y tomó el segundo.

—Casi siempre estábamos solos. A Padre no le gustaban los pueblos.

—Ya veo. Entonces, ¿qué piensas hacer ahora?

—No lo sé. En Roca Alta trabajaba en las cocinas y ayudaba a los mozos de cuadra. Supongo que volveré allí para pasar el invierno.

Seregil no dijo nada más y Alec trabajó en silencio durante unos momentos. Entonces, con la mirada fija en el vapor que emanaba de la carcasa abierta que tenía entre las manos, preguntó:

—Todo ese tumulto de la noche pasada... ¿Erais vos a quien buscaban?

Una suave sonrisa afloró a los labios de Seregil mientras ensartaba el primero de los conejos en un palo y lo tendía sobre el fuego.

—Peligrosa pregunta para hacerle a un extraño. Si fuera así, probablemente te mataría sólo por haberla formulado. No, la verdad es que no soy más que un viajero que colecciona cuentos y leyendas. He reunido muchas en mis viajes.

—Entonces es verdad que sois un bardo.

—A veces. Estuve cerca de Kerry, no hace mucho, reuniendo las historias sobre los *Faie* que, se creía, habitaron en las Montañas del Corazón de Hierro, más allá del Paso de los Cuervos. Siendo como eres de la región, debes de haber oído algo sobre ellos.

—¿Os referís al Antiguo Pueblo? —Alec sonrió—. Siempre fueron mis historias favoritas. A menudo nos encontrábamos con un *skald* que lo sabía todo sobre ellos. Decía que eran gente mágica, como los trolls y los centauros. Cuando era pequeño solía buscarlos entre las sombras del bosque, aunque Padre decía que era una estupidez: «¡ésos cuentos no son más que el humo de la pipa de un mentiroso!», decía...

La voz de Alec vaciló y dejó de hablar, mientras se frotaba los ojos como si se le hubiera metido humo en ellos.

Educadamente, Seregil hizo como si no hubiera advertido su desazón.

—Sea como fuere, hace unos pocos días me topé con los hombres de Asengai, al igual que tú. Me dirijo a Herbaleda. Tengo un contrato para cantar allí dentro de tres días.

—¿Tres días? —Alec sacudió la cabeza—. Tendréis que atravesar las Quebradas si queréis llegar a tiempo.

—¡Maldita sea! Debo de estar más al oeste de lo que había pensado. He oído que las Quebradas pueden ser un lugar peligroso si no se sabe dónde están los manantiales.

—Yo podría guiaros —se ofreció Alec—. Las he recorrido desde que era pequeño. Quizá allí pueda encontrar algo de trabajo.

—¿Conoces el pueblo?

—Íbamos a vender allí nuestras mercancías todos los otoños, en la Feria de la Cosecha.

—Vaya, vaya. Parece que he encontrado un guía. —Seregil extendió una mano—. ¿Cuál es tu precio?

—No puedo aceptar vuestro dinero —protestó Alec—. No después de que lo hicisteis por mí.

Seregil desechó su comentario con una sonrisa ladeada.

—El honor es para los hombres con dinero en los bolsillos; te espera un invierno largo y frío. Vamos, vamos, dime tu precio y te lo pagaré gustoso.

La lógica de sus palabras era imposible de discutir.

—Dos marcos de plata —replicó Alec después de calcular unos momentos.

Mientras extendía la mano para estrechar la del hombre, escuchó en su mente con toda claridad la voz de su padre y la apartó, añadiendo—. Dinero contante y sonante. Y la mitad ahora.

—Muy prudente de tu parte.

Mientras se estrechaban la mano para sellar el acuerdo, Alec sintió el contacto de algo curvado contra su palma. Apartó la mano de la de Seregil y se encontró con que sostenía una moneda de plata.

Tenía dos dedos de anchura y estaba grabada con intrincados dibujos. Era muy pesada.

—¡Esto es demasiado! —protestó.

Seregil se encogió de hombros.

—Es lo más pequeño que tengo. Guárdatela y ya haremos cuentas al llegar a Herbaleda. Es bonita, ¿no crees?

—¡Nunca había visto nada parecido! —de hecho, las monedas que Alec había visto en toda su vida no pasaban de unos toscos discos de cobre o plata, distinguibles entre sí sólo por el peso y por unos cuantos símbolos bastamente mal grabados. En cambio, los diseños que lucía esta moneda superaban en hermosura a cualquier cosa que hubiera visto en cualquier puesto de joyero.

Una cara mostraba el esbelto arco de una luna creciente, semejante a una sonrisa, de la que emanaban en abanico cinco rayos estilizados que descendían hasta el borde inferior de la moneda. Una llama se abrazaba a la luna. La otra cara lucía la figura de una mujer coronada. Cubría su brillante túnica con alguna clase de coraza y sostenía una gran espada delante del rostro.

—¿Cómo la habéis puesto en mi mano?

—Si te lo dijera estropearía el truco —replicó Seregil, mientras le arrojaba un pedazo de arpillera húmeda—. Yo me encargo de cocinar. Ve a lavarte. Te será más fácil si nadas un poco.

La sonrisa de Alec se esfumó.

—Por los Testículos de Bilairy. ¿Estamos casi en invierno y queréis que me dé un baño?

—Si vamos a seguir compartiendo las mismas mantas durante los próximos días, sí. No te ofendas, pero la estancia en las mazmorras no ha contribuido precisamente a mejorar tu olor. Vamos, yo me ocuparé del fuego. Y líbrate de esas ropas. Tengo otras limpias para ti.

Alec seguía sin estar muy seguro, pero no deseaba parecer ingrato, así que cogió una manta y se dirigió a la charca. Sin embargo, al reparar en los bordes todavía helados de las piedras, resolvió que la gratitud tenía un límite. Se quitó los harapos, se frotó rápida y superficialmente todo el cuerpo y se anudó la manta alrededor del talle. Mientras se inclinaba hacia delante para introducir la cabeza en el agua, la

visión de su propio reflejo, acurrucado y temblando sobre las piedras húmedas, lo paralizó. Sólo un día antes, los hombres de Asengai lo habían atado a una tabla, lo habían sumergido una vez tras otra en un tonel de agua y lo habían mantenido allí hasta que creyó que los pulmones le explotarían. Ya había tenido suficiente agua por ahora, muchas gracias.

Al observar las apresuradas abluciones del muchacho, Seregil sonrió para sí. Aquellos norteños parecían desarrollar una aversión genuina hacia el agua cuando llegaba el invierno. Abrió su mochila de un tirón y revolvió su interior hasta encontrar una camisa, unos pantalones y un cinturón.

Alec regresó apresuradamente junto a la fogata y Seregil le arrojó las ropas.

—Esto debería quedarte bien. Somos casi de la misma talla.

—Gracias —tiritando, Alec se apartó unos pasos y se dio la vuelta antes de dejar caer la manta al suelo.

—Por lo que veo, los hombres de Asengai hicieron un trabajo exhaustivo contigo —dijo Seregil, observando las contusiones que recorrían la espalda y los muslos del muchacho.

—Por las Manos de Dalna, ¿es que no sabéis lo que es el pudor? —musitó el muchacho mientras pugnaba con los pantalones.

—Nunca le he encontrado la menor utilidad. Y, francamente, tampoco sé por qué te preocupa tanto a ti. Debajo de todas esas magulladuras y esos cortes eres algo bastante agradable de contemplar —su expresión no revelaba nada más que la minuciosa concentración que mostraría un hombre al evaluar un caballo que se disponía a comprar.

De hecho, pensó Seregil, divertido por la incomodidad de su compañero, Alec era bastante bien parecido. De complexión ligera y flexible, poseía unos ojos azules e intensos que revelaban inteligencia y su franco rostro, que se ruborizaba con facilidad. Escondía bien poco. Esto último no era algo difícil de remediar, aunque a veces una cara honesta resultaba útil. El enmarañado cabello color miel parecía haber sido recortado con un cuchillo de carnicero, pero también esto podría solucionarlo el tiempo.

Sin embargo, no era la apariencia de Alec lo que lo intrigaba.

Había algo más. El muchacho era diestro de manos y poseía una rapidez natural que no parecía fruto del entrenamiento. Y hacía preguntas.

Alec terminó de vestirse y guardó la moneda de plata con la que Seregil le había pagado en una bolsa que pendía de su cinturón prestado.

—Espera un segundo. Mira esto —dijo Seregil y sacó otra de su propia bolsa. La colocó en equilibrio sobre el revés de una de sus manos, hizo un movimiento rápido de la muñeca, apartó la mano de debajo y recuperó la moneda antes de que cayera un centímetro—. ¿Quieres intentarlo?

Desconcertado pero intrigado, Alec la tomó. Al primer intento, la moneda cayó al suelo. Al segundo y el tercero, rebotó contra las yemas de sus dedos. Sin embargo, la cuarta vez consiguió cogerla antes de que hubiera caído más que unos pocos centímetros.

Seregil asintió, aparentemente complacido.

—No está mal. Ahora inténtalo con la izquierda.

Cuando Alec fue capaz de hacerlo con ambas manos, Seregil le pidió que lo intentara solamente con el pulgar y el índice y, finalmente, con los ojos cerrados.

—Ah, parece que es demasiado sencillo para ti —dijo Seregil al fin—. Ahora prueba esto.

Depositó la moneda sobre el suelo, delante de sí y colocó la mano a su izquierda, apenas a un par de centímetros de distancia. Entonces, con una sutil sacudida del meñique, consiguió situarla bajo la palma de su mano sin siquiera levantar una mota de polvo del suelo. Cuando levantó la mano, la moneda había desaparecido. Con un ademán cómico la extrajo del interior de su manga y le mostró al muchacho cómo se realizaba el truco. Una vez más. Alec fue capaz de imitarlo después de unos pocos intentos.

—Has nacido con manos de ladrón —observó Seregil—. ¡Quizá será mejor que no te enseñe más trucos por el momento!

Aunque un poco equívoco, era un elogio al fin y al cabo, así que Alec le devolvió la sonrisa mientras volvía a deslizar la moneda en el interior de la manga una última vez.

Comieron rápidamente, borraron todo rastro de su paso por el campamento, enterraron los restos de la fogata y arrojaron sus desechos a la charca. Mientras lo hacían, Seregil meditaba sobre el muchacho, sobre lo que de él había visto hasta el momento y sobre lo que podría conseguir si lo tomaba a su cuidado. Alec era rápido y su habla resultaba sorprendentemente fluida. Su naturaleza, esa mezcla de testaruda persistencia y desconcertante franqueza, resultaba sumamente sugerente. ¿Qué no habría de conseguir con un poco de pulido, algún entrenamiento...?

Sacudiendo la cabeza, apartó de sí el pensamiento.

Mientras montaban para ponerse en camino, una pequeña lechuza sobrevoló el claro y fue a posarse sobre un árbol muerto.

Parpadeando a la luz de la primera tarde, se frotó el plumaje y emitió un suave *tuu tuu tuu*.

Seregil saludó al recién llegado con un asentimiento reverente de la cabeza; ciertamente, no era poco presagio la aparición a plena luz del día del pájaro del Portador de la Luz.

—¿Qué creéis que estará haciendo aquí tan pronto? —preguntó Alec.

Confundido, Seregil sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea, Alec. Ni la más remota idea.

Mientras se ponían en marcha a lo largo de la ladera boscosa de la montaña, un viento helado trajo la primera y débil nieve.

Cabalgando al lado de Alec, Seregil aflojó las riendas de la yegua baya y recorrió lentamente los alrededores con la mirada. Buscaba a los soldados de Asengai. El muchacho, privado de silla, tenía que sostenerse sobre el caballo con las rodillas y las manos. Se las arreglaba bastante bien pero la cosa le resultaba suficientemente difícil y no convenía distraerlo con conversaciones.

A finales de la tarde alcanzaron los lindes de las Quebradas y abandonaron a medio galope el abrigo del boque. Delante de ellos, una monótona sucesión de praderas de colores pardos se extendía hasta el lejano horizonte. El viento gemía sin cesar sobre las baldías tierras y la fina y delicada nieve se tornaba un arremolinado y espeso azote. El cielo estaba cubierto por una manta de nubes grises y apelotonadas.

—¡Por los Dedos de Illior! ¡Odio el frío! —exclamó Seregil mientras se detenía para bajarse la capucha y ponerse unos guantes.

—Y vos queríais que me diese un baño... —le reprendió Alec—. Pues esto no es nada comparado con lo que vendrá después... —repentinamente, se apartó de él, mirándolo fijamente—. ¡Invocáis el nombre de Illior!

—Y tú el de Dalna. ¿Qué hay de malo en ello?

—Sólo los sureños se encomiendan al nombre de Illior. ¿Sois del sur? ¿De los Tres Reinos?

—De hecho, así es —replicó Seregil. La cándida perplejidad del muchacho lo divertía. Para la mayoría de los norteños, las tierras conocidas como Los Tres Reinos eran poco más que lugares fantásticos extraídos de un cuento de hadas; para el caso, igualmente podía haber dicho «vengo de la cara oculta de la luna»—. ¿Sabes mucho del sur?

—Un poco. La Vía Dorada discurre desde Herbaleda hasta llegar al país de Micenia. La mayoría de los caravaneros a los que he conocido eran micenios, aunque también había unos pocos eskalianos. Eskalia está cerca de allí, ¿no es cierto?

—Sí, es una enorme península situada entre el Mar Interior y el Mar de Osiat, al oeste de Micenia. Hacia el este se encuentra la tierra de Plenimar, también en una península, a lo largo de la costa del océano Gathwayd. La Vía Dorada, como tú la llamas, es la principal ruta comercial que une Los Tres Reinos con los feudos del norte.

—¿De qué país venís vos?

—Oh, bueno. Un poco de todas partes. Soy un viajero.

Si Alec se había percatado de que le había dado una evasiva por respuesta, no lo demostró.

—Algunos de los mercaderes aseguran que, allá en el sur, existen peligrosos dragones y magos de gran poder. Yo vi un mago una vez, en una feria —su semblante pareció iluminarse con el recuerdo. Resultaba tan fácil de leer como la cuenta de una taberna—. Por unas monedas, podía hacer que nacieran salamandras de huevos de gallina y que el fuego se volviese azul y rojo.

—¿De veras? —Seregil mismo había realizado esos viejos trucos unas cuantas veces. No obstante, comprendía a la perfección el asombro que podían provocar.

—Un mercader eskaliano me dijo una vez que las calles de sus ciudades estaban pavimentadas de oro —continuó Alec—. No es que le creyera, claro. Era el mismo que quiso comprarme a mi padre. Por aquel entonces yo tenía ocho o nueve años. Nunca supe para qué podía quererme.

—¿No? —Seregil levantó una ceja, con gesto reservado.

Afortunadamente, Alec estaba más preocupado por el asunto que se traía entre manos.

—He oído que Eskalia y Plenimar están siempre en guerra.

Seregil esbozó una sonrisa irónica.

—No siempre, pero muy a menudo.

—¿Porqué?

—Antiguos agravios, cuestiones complicadas. Esta vez, sospecho que será para hacerse con el control de la Vía Dorada.

—¿Esta vez? —Alec abrió mucho los ojos—. ¿Va a haber otra guerra? ¿Y llegará hasta aquí?

—Eso parece. No son pocos los que creen que Plenimar pretende expulsar a los mercaderes eskalianos y micenios y extender su propia esfera de influencia hasta los feudos del norte.

—¿Queréis decir conquistarlos?

—Si se considera su pasada historia, imagino que esa será la solución de Plenimar.

—¿Y cómo es que no he sabido nada de esto hasta ahora? En Roca Alta, nadie hablaba de guerra. ¡Ni siquiera durante la Feria de la Cosecha!

—Roca Alta se encuentra muy alejada de las principales rutas comerciales —le recordó Seregil—. A decir verdad, son muy pocos los norteños que están al corriente de ello, excepto aquellos que ya están implicados. De todos modos, tal y como están las cosas, no ocurrirá nada hasta la primavera.

—Pero Asengai y ese hombre, Morden... ¿forman parte de ello?

—Una interesante pregunta. —Seregil volvió a cubrirse con la capucha—. Creo que los caballos ya han caminado lo suficiente, ¿no te parece? ¡Tenemos todavía que recorrer bastante distancia antes de que anochezca!

Por las Quebradas era posible viajar a galope ligero. Alec conocía un manantial

junto al que podrían acampar si llegaban antes del anochecer, así que se dirigieron hacia allí a buen paso.

Conocía bien la zona y era capaz de orientarse por ella, pero podía imaginarse la sensación que le provocaría a su compañero.

Desde que habían dejado las montañas a su espalda, era evidente que Seregil estaba intranquilo. Miraba hacia atrás constantemente, como si tratara de utilizar los distantes picos para determinar su situación.

Pero las montañas no tardaron en desaparecer de la vista, ocultas por la creciente oscuridad, la ventisca y la nieve. El sol, apenas una pálida sombra detrás de las amenazadoras nubes, era su única guía.

—Tendremos que pasar algún tiempo sin comer —comentó Alec cuando por fin se detuvieron para pasar la noche—. La mayoría de la caza de verano se ha desplazado ya al sur... y, aunque no fuese así, poco podría hacer sin mi arco —añadió con amargura.

—Tengo queso y salchichón de sobra para los dos —dijo Seregil—. ¿Eres bueno con el arco?

—Lo suficiente —a decir verdad, Alec se sentía como si le hubiesen arrebatado un miembro cuando no tenía su arco a mano. El que había perdido en la fortaleza de Asengai era el mejor que jamás hubiese fabricado.

Tras desmontar, buscaron por los alrededores madera con la que encender un fuego, pero lo único que pudieron encontrar fueron unos arbustos bajos y resinosos que se consumían demasiado deprisa, dando más luz que calor. Envolviéndose en las mantas lo mejor que podían para protegerse del frío viento, se sentaron juntos, frente a una cena fría.

—Cuando hablasteis del enfrentamiento entre Eskalia y Plenimar, dijisteis que se trataba de un viejo agravio —dijo Alec al fin—. ¿A qué os referíais exactamente?

—Es una larga historia —dijo Seregil mientras dejaba escapar una risa entre dientes y se ajustaba un poco mejor la capa—. Pero supongo que una larga historia puede hacer que una larga noche parezca un poco más corta. Para empezar, ¿sabías que Los Tres Reinos fueron una vez un solo país?

—No.

—Pues lo fueron. Su gobernante era un rey sacerdote llamado el Hierofante. El primer Hierofante y sus seguidores llegaron de allende el océano Gathwayd hace casi dos mil años. Con ellos vino tu Dalna el Hacedor, junto a Astellus y todos los demás. El primer lugar en el que tocaron tierra fue la península de Plenimar. Benschál, la capital de Plenimar, se alza en el mismo lugar en el que la primera ciudad del Hierofante fue construida.

Escuchándolo hablar de una ciudad de tal antigüedad y de los extraños orígenes de la deidad que era patrona de su familia, Alec entornó los ojos con escepticismo.

No obstante, no queriendo interrumpir la narración, se guardó sus objeciones para sí.

—A lo largo de los años, estas gentes y su nueva religión se extendieron por las tierras que bañan el Mar Interior y el Mar de Osiat y fundaron los estados que al cabo de los años serían conocidos como Micenia y Eskalia —continuó Seregil.

—¿Y fue esa gente la que llevó al norte el culto de Dalna?

—Exacto. El pueblo del Hierofante adoraba a la Tétrada Sagrada: Dalna el Hacedor y Astellus el Viajero, a los cuales conoces; e Illior el Portador de la Luz y Sakor de la Llama, cuyo culto nunca arraigó en aquellas tierras. Pero, volviendo al tema que nos ocupa, la unidad de los Tres Reinos no duró demasiado. Conforme pasaban los siglos, cada una de las tierras fue desarrollando sus propias costumbres. Los de Plenimar, por ejemplo, se volvieron hacia el gran Océano Gathwayd, una extensión de agua más grande de lo que jamás hayas soñado. Todavía son grandes marinos y exploradores. Fueron ellos quienes viajando hacia el sur y, más allá del Estrecho de Bal, descubrieron a los Aurénfaie...

—¡Un momento! ¿Aurénfaie? ¿Cómo los *Faie* de más allá del Paso de los Cuervos? —le interrumpió Alec, presa de la excitación. E inmediatamente se sonrojó, mientras Seregil lanzaba una carcajada.

—Exacto. Se dice que los miembros de ese al que tú llamas el Antiguo Pueblo, a quienes los sabios conocen como Hazadriélfaie, descendían de un grupo de Aurénfaie que marcharon al norte antes de los tiempos del Hierofante. Auréne se encuentra al sur de los Tres Reinos, en la costa del Osiat y más allá de las Montañas Ashek.

—Entonces, ¿los Aurénfaie tampoco son humanos?

—No. En su lengua, «faie» significa «pueblo» o «pertenecientes a», mientras que *Aura* es el nombre con el que ellos conocen a Illior. De manera que *Aurénfaie* es «El pueblo de Illior». Pero esta es otra historia...

—Pero ¿son *reales*? —insistió Alec; Seregil no lo había revelado hasta entonces —. ¿Alguna vez habéis visto a uno? ¿Cómo son?

Seregil sonrió.

—La verdad es que no son demasiado diferentes a ti o a mí. No tienen orejas puntiagudas ni cola. Por lo general, son seres hermosos. La principal diferencia entre los Aurénfaie y los humanos es que ellos suelen vivir entre trescientos y cuatrocientos años.

—¡No! —bufó Alec, convencido esta vez de que su compañero pretendía tomarle el pelo.

—Piensa lo que quieras, pero por lo que yo sé, es cierto. Sin embargo, lo más importante es que fueron los primeros en utilizar la magia. Naturalmente, no es que todos ellos sean magos...

—Pero los sacerdotes también poseen magia —lo interrumpió Alec—. Especialmente los drisianos. Hace mucho tiempo, cuando el Hacedor todavía vivía

entre la gente, Dalna fue a una mujer llamada Drisia y le reveló todos los secretos de la tierra y de su aprovechamiento. Los drisianos pueden extraer poder de la tierra y conocen las propiedades secretas de plantas y piedras. Algunos incluso conocen el idioma de las bestias.

Seregil le obsequió de nuevo con aquella peculiar sonrisa ladeada suya.

—También tú tienes una pizca de *skald*, por lo que veo. Tienes razón. Los sacerdotes poseen magia, pero no es comparable a la verdadera hechicería. Si alguna vez llegas a ver a un verdadero hechicero utilizando su magia, reconocerás de inmediato la diferencia.

—¿Así que todos los magos son en realidad Aurénfaie?

—Oh, nada de eso. Pero éstos mezclaron su sangre con los Tírfaie.

—¿Tírfaie?

—Discúlpame. Todo buen narrador debería conocer a su audiencia. *Tírfaie* es la palabra con que los Aurénfaie designan a los extranjeros. Una traducción aproximada sería «la gente de vidas cortas».

—No me extraña que piensen así, si viven tanto como decís —comentó Alec.

—Así es. En todo caso, durante los años en que los Aurénfaie comerciaron abiertamente con los Tres Reinos, se mezclaron las sangres de ambos pueblos y muchos de los vástagos de esas uniones nacieron a la magia. Incluso, algunas leyendas sostienen que Aura, o Illior, dependiendo de la orilla del Osiat en la que te encuentres, envió a estos seres de sangre mezclada un mensajero con la forma de un enorme dragón para que los instruyera en la magia.

—Entonces, ¿es que los dragones son también reales? —jadeó Alec, con los ojos más abiertos que nunca.

Seregil sonrió abiertamente.

—Refrena tu entusiasmo. Por lo que yo sé, nadie ha vuelto a ver un dragón en Eskalia desde aquellos días.

—¿Eskalia? Pero pensaba que los plenimaranos eran los que habían encontrado a los Aurénfaie.

—Y yo pensaba que no habías escuchado esta historia antes —replicó secamente Seregil.

—No la había oído, pero dijisteis que los plenimaranos...

—Lo hicieron, sí, pero al final, los Aurénfaie acabaron por sentir mayor simpatía por los eskalianos. Entre los Aurénfaie que se quedaron en los Tres Reinos, la mayoría se estableció en su país. Pero eso fue hace mucho, mucho tiempo, más de ochocientos años. Con el paso del tiempo, la mayoría de los Aurénfaie acabaron por retornar a su tierra.

—¿Por qué se marcharon?

Seregil abrió las manos.

—Como siempre ocurre, había muchas razones. Pero su legado no ha desaparecido. Todavía nacen algunos niños magos y todavía marchan a Rhíminee para ser instruidos. Es la capital de Eskalia, por cierto.

—Rhíminee. —Alec saboreó el exótico sonido de la palabra—. Pero ¿qué hay de los magos? ¿Alguna vez has visto alguno?

—Conozco a algunos. Ahora será mejor que durmamos un poco. Sospecho que nos aguardan días difíciles.

Pese a que la expresión de Seregil apenas había cambiado, Alec volvió a sentir que había penetrado sin darse cuenta en territorio prohibido.

Se instalaron para pasar la noche, compartiendo bajo las mantas y capas el poco calor que podían mientras el viento aullaba a través de las Quebradas.

A la mañana siguiente, Alec volvió a intentar los trucos con las monedas, pero sus dedos estaban demasiado agarrotados por el frío.

—Tan pronto como llegemos a Herbaleda, será mejor que te consigamos unos guantes —dijo Seregil mientras se inclinaba sobre el escaso fuego. Levantó las manos para mostrarle a Alec los finos guantes de piel que llevaba. El muchacho recordaba habérselos visto también el día anterior—. Déjame ver tus manos.

Levantó las palmas del muchacho y, observando las callosidades y grietas que las recorrían, chasqueó los labios con desagrado.

—Demasiada vida dura. Carecen de delicadeza —se quitó uno de los guantes y deslizó la mano sobre la de Alec. La piel era de una suavidad sorprendente.

—En la oscuridad, puedo diferenciar el oro de la plata por su simple tacto. Mirando mis manos, creerías que no he trabajado un solo día en toda mi vida. ¡Pero tú...! Podríamos vestirte como un gentilhombre y tus manos te traicionarían antes siquiera de que hubieses abierto la boca.

—No creo que tenga que preocuparme jamás por eso. Pero los trucos sí que me gustan. ¿Podéis enseñarme alguno más?

—Muy bien. Observa mi mano —su brazo descansaba sobre una rodilla. Sin levantarlo, Seregil comenzó a mover los dedos rápidamente en una suave onda, como si estuviese tamborileando sobre una mesa invisible.

—¿Qué es eso? —preguntó Alec, perplejo.

—Acabo de decirte que prepares los caballos. Y esto —levantó el índice derecho como si fuera a rascarse la barbilla y entonces miró de soslayo hacia la izquierda mientras llevaba el dedo ligeramente hacia su oído—. Eso significa que hay algún peligro detrás de nosotros. No todas las señales son tan simples, claro, pero una vez que aprendes el sistema, puedes comunicarte sin que nadie que lo desconozca lo advierta. Pongamos por caso que estamos en una habitación atestada de gente y quiero decirte algo. Te miro a los ojos y, cuando me prestas atención, bajo levemente

la barbilla una vez, así. Ahora inténtalo tú. No, eso es demasiado. ¡Para eso igual te daría gritar! Sí, eso está mejor. Ahora la señal del caballo. ¡Bien!

—¿Lo utilizáis muy a menudo? —preguntó Alec mientras intentaba realizar la señal del caballo sin demasiado éxito.

Seregil soltó una carcajada.

—Te sorprenderías.

Partieron a un vivo trote. Seregil era incapaz de encontrar diferencia alguna en el terreno que los rodeaba, lo que resultaba descorazonador, pero Alec parecía saber lo que hacía. El hecho de que hubiera sido capaz de encontrar el manantial la pasada noche demostraba sus habilidades como guía, así que se guardó sus reservas.

Con un ojo puesto en el cielo, el muchacho escudriñaba el horizonte en busca de hitos del paisaje que para Seregil eran sólo objeto de conjetura.

Cuando se le dejaba solo, Alec era de naturaleza sosegada. No había nada forzado o reticente en su actitud; sencillamente, parecía contento al concentrarse en la tarea que tenía entre manos.

No obstante, muy pronto se hizo evidente que su mente no estaba sólo dedicada a ello. Poco después del mediodía hicieron un alto junto a un nuevo arroyo y entonces, como si simplemente acabase de hacer una pausa para tomar aliento en medio de una conversación, Alec se volvió hacia Seregil y preguntó:

—¿Trabajaréis como bardo en Herbaleda?

—Sí. En los alrededores de Herbaleda se me conoce por el nombre Aren Windover. Tal vez hayas oído hablar de mí.

Alec lo miró, escéptico.

—¿Vos *sois* Aren Windover? Le oí cantar la primavera pasada en el Zorro y, por lo que recuerdo, no se os parecía nada.

—Bueno, sospecho que ahora mismo tampoco me parezco demasiado a Rolan Silverleaf, ¿no crees?

—Eso es cierto —admitió Alec—. Ya que estamos con eso, ¿cuántos nombres diferentes tenéis?

—Oh, todos los que me hacen falta. Pero si no aceptas mi palabra de que Aren y yo somos la misma persona, te lo probaré. ¿Cuál de mis canciones fue la que más te gustó?

—«La Caída de Araman» —contestó Alec de inmediato—. La melodía persistió en mi cabeza durante semanas, pero nunca fui capaz de recordar todos los versos.

—Que sea «La Caída de Araman», entonces. —Seregil se aclaró la garganta y comenzó a cantar con una voz melodiosa y llena de matices. Al cabo de unos momentos, Alec se le unió. Su voz no era tan hermosa, pero al menos era capaz de seguir la melodía.

«A través del mar navegó Araman
un centenar de hombres guiaba.
Negro era su barco, como el ojo de la Muerte,
rojas como la sangre, sus alargadas velas.
Hasta la lejana costa de Simra viajaron
para responder a la llamada de Honor.
Por el mar, un centenar de hombres,
a ninguno devolvió a su casa.
Porque Honor cobra en sangre y acero
y con él, sólo Muerte es tu hermana.
La vida del soldado está llena de lucha,
pero ¡lo juro!, nunca tendré otra.
Sobre las murallas, el rey Mindar
contemplaba la proa cercana.
Quinientos hombres tenía consigo
y sus voces entonaban cantos de guerra.
Entonces marcharon al llano de la batalla
a luchar con el enemigo que el mar traía,
Mientras Araman y sus cien bravos
allá abajo, hollaban su tierra.
Porque Honor cobra en sangre y acero
y sólo con tu vida lo pagas
Pero las damas aman a los guerreros
¡y nadie puede negarlo!
Ya estaba Aroman en el campo
y Mindar se aproximaba
'¡Tu lengua mendaz nos ha traído!'
lo saludó con estas palabras
'Mayor es tu fuerza, lo sé
y tus guerreros más numerosos.
Pero por mi espada caerás,
antes de que cambie la marea'.
Porque Honor cobra en sangre y acero
y la carne no detendrá una espada.
La gloria de la muerte, soldado,
será tu última ganancia.
En el campo, los ejércitos se encuentran
espada con escudo, escudo con espada
Los yelmos son destrozados, saizados los miembros

*pero ninguno de los bandos prevalece,
Hasta que los dos generales, sólo ellos
se encuentran, solos, en el campo de batalla.
Seiscientos valientes, seiscientos,
nunca volverán a empuñar la espada.
Porque Honor cobra en sangre y acero
y, bien lo saben las viudas.
La deuda de Honor con los jóvenes
yace ahora, en el campo, pagada.
Ahora hoja y hoja, punta y punta
combaten los dos fieros.
Arrebatar la sangre al corazón del otro
es su único afán.
De sus heridas mana copiosa la sangre,
que empaña el campo donde están luchando.
Y cuando la marea está cambiando,
cae Mindar bajo la espada de Araman
Porque Honor cobra en sangre y acero
igual al noble que al siervo.
Y a menudo los generales conducen
hasta las mismas puertas del Infierno
Valiente Araman, triunfante,
arroja la espada al suelo.
Por sus heridas fluye la vida
como las olas del mar inmenso
Honor se ha cobrado su deuda
en sangre, en acero y en vidas.
En el campo vacío, junto a la vacía costa
el justo vencedor muere
Porque Honor cobra en sangre y acero
así que, hijo mío, presta atención.
Honor es cosa muy cara
si la batalla te cuesta la vida.*

—¡Bien cantado! —aplaudió Seregil—. Con un buen aprendizaje, podríamos hacer de ti un bardo decente.

—¿Yo? —dijo Alec con una sonrisa avergonzada—. ¡Me imagino lo que Padre hubiera dicho de eso!

También yo, pensó Seregil. Sin duda, debía de haber sido un hombre severo.

Pasaron casi toda la tarde intercambiando canciones. En cuanto Seregil descubrió

cómo enrojecía Alec en las más subidas de tono, se aseguró de que no faltaran.

Durante los dos siguientes días el viaje fue muy duro y las noches muy frías, pero el tiempo pasó muy rápidamente. Seregil resultó ser tan excelente compañero de viaje como Alec podía haber esperado, más que dispuesto a llenar las largas horas de cabalgada con cuentos, canciones y leyendas. El único asunto sobre el que mostró una reticencia obstinada fue su propio pasado, y Alec aprendió muy pronto que no convenía insistir al respecto. En todo lo demás, sin embargo, resultó franco y abierto. Alec se sentía particularmente intrigado por las historias sobre la vida en el sur.

—Nunca terminasteis de contarme por qué Los Tres Reinos luchan tan a menudo —dijo. La tarde había transcurrido especialmente silenciosa y deseaba escuchar algún relato.

—Suelo irme un poco por las ramas, ¿verdad? ¿Qué te gustaría saber?

—Lo del rey sacerdote y todo lo demás. Según dijisteis, al principio era un solo país, pero ahora son tres. ¿Qué ocurrió?

—Lo mismo que ocurre siempre que algunos piensan que otros poseen más riquezas y poder que ellos mismos... Hubo una guerra. Hace aproximadamente mil años, cundió el desasosiego entre los diferentes territorios sometidos a la voluntad del Hierofante. Confiando en que con ello conseguiría mantener a su pueblo unido, el Hierofante concedió autonomía a las diferentes zonas de su estado y lo dividió en provincias, cuyos límites aproximados coinciden en buena medida con las fronteras de lo que hoy son Eskalia, Micenia y Plenimar. Cada una de ellas tenía su propio regente, naturalmente designado por él. Geográficamente hablando, la división era bastante lógica pero, por desgracia, a Plenimar le tocó la parte del ratón. Eskalia recibió las abrigadas planicies que circunda la Cordillera Nimra. Micenia poseía valles fértiles y comenzó a establecer puestos avanzados en el norte. Pero Plenimar, que precisamente había sido la primera tierra colonizada de las tres, se encontraba en una península yerma cuyos recursos se agotaban poco a poco. Para empeorar las cosas, comenzaron a extenderse mineros sobre el oro del norte. Micenia controlaba las rutas comerciales. Sin embargo, lo que Plenimar sí poseía eran guerreros y navíos y no pasó mucho tiempo antes de que se decidiera a utilizarlos. Sólo doscientos años después de la división, los plenimaranos atacaron Micenia y comenzaron una guerra que se prolongaría durante diecisiete años.

—¿Cuánto hace de aquello?

—Casi ochocientos años. Probablemente, Plenimar hubiera terminado por vencer de no ser por Auréren, que se sumó a la guerra durante los últimos años.

—¡Los Aurénfaie de nuevo! —exclamó Alec, encantado—. ¿Por qué esperaron tanto?

Seregil se encogió de hombros.

—Los asuntos de los Tírfaie no preocupaban demasiado en Auréren. Sólo cuando la guerra se acercó demasiado a sus propias aguas decidieron aliarse oficialmente con Eskalia y Micenia.

Alec reflexionó un instante.

—Pero si las otras tierras tenían el oro y la tierra y todo, ¿cómo es que no eran más fuertes que Plenimar?

—Deberían haberlo sido, sin duda. Por entonces, los magos de Eskalia se encontraban también en el cénit de su poder. Incluso los drisianos se unieron a la lucha y, como sin duda puedes imaginar, son una fuerza a tener en cuenta cuando deciden combatir. Algunas antiguas baladas hablan de los nigromantes plenimaranos y de ejércitos de muertos vivientes que sólo podían ser repelidos por la magia más poderosa. Sean o no ciertas estas historias, la verdad es que fue la guerra más terrible jamás luchada.

—¿Y Plenimar no ganó?

—No, pero les faltó poco. En la primavera del decimoquinto año de guerra, el Hierofante Estmar fue asesinado; esto selló para siempre la división de Los Tres Reinos. Por ventura, poco después los negros navíos de Auréren cruzaron el Estrecho de Bal y atacaron Benschál, mientras el ejército de los Aurénfaie y sus magos se unían a la lucha en Cirna. Ya fuera por la magia o sencillamente por la fuerza de las tropas de refresco, lo cierto es que el poder de Plenimar fue finalmente quebrantado. En la Batalla de Isil, Krycopt, el primer gobernante de Plenimar que ostentó el título de Señor Supremo, murió a manos de la reina de Eskalia, Gherilain I.

—¡Esperad un momento! —Alec introdujo la mano en su bolsa y extrajo la moneda de plata—. ¿Es ésta, la mujer de la moneda?

—No. Esa es Idrilain II, la reina actual.

Alec dio la vuelta a la moneda y señaló los símbolos de la llama y la luna creciente.

—¿Y esto? ¿Qué significa?

—La luna creciente representa a Illior; la llama sobre ella es por Sakor. Juntos, forman el estandarte de Eskalia.

¡Eskalia!, pensó Alec mientras volvía a guardar la moneda. *Bien, al menos ahora sé de dónde eres.*

Seregil hace una oferta

La tercera mañana que pasaban en las Quebradas amaneció despejada.

Seregil fue el primero en despertar. La noche anterior había caído una nevada terrible. Afortunadamente para ellos, Alec había divisado una madriguera abandonada poco antes de que se pusiera el sol y habían pasado la noche en su interior. En el agujero reinaba todavía el hedor de sus anteriores ocupantes, pero era lo suficientemente grande como para que pudieran acurrucarse los dos en su interior. Colocaron en la entrada la mochila y la silla de montar de Seregil y, de esa manera, consiguieron pasar la primera noche más o menos confortable desde que se adentraran en las Quebradas.

Apretado pero caliente, Seregil estuvo tentado de rendirse a la suave y acompasada cadencia de la respiración de Alec, que lo arrastraba de vuelta al sueño. Observándolo mientras dormía, examinó el mapa del rostro del muchacho.

¿Estoy viendo sólo lo que quiero ver?, se preguntó en silencio. Su instinto volvía a sentir en el muchacho algo lejanamente reconocible.

Pero ya habría tiempo para preocuparse por ello más tarde; por ahora, Herbaleda era prioritario.

Dio un codazo a Alec y abandonó la madriguera. Una luz entre rosa y dorada se derramaba sobre la impoluta extensión de nieve que los rodeaba. Después de varios días de tiempo desapacible, su brillo resultaba deslumbrante.

Los caballos estaban escarbando en la nieve en busca de forraje y el estómago de Seregil gruñó en respuesta a la escena; aunque estaba cansado de comer salchichón y queso, sabía que después del desayuno de aquella mañana su comida se habría agotado.

—¡Gracias sean dadas al Hacedor por esta visión del sol que nos ofrece! —exclamó Alec mientras salía a rastras detrás de él.

—Supongo que quieres decir «gracias a Sakor» —bostezó Seregil mientras se apartaba el cabello de los ojos—. En la Tétrada, es él... Oh, demonios, es demasiado temprano para la filosofía. ¿Crees que llegaremos hoy a Herbaleda?

Alec miró fijamente en dirección sur y luego asintió.

—Antes del anochecer, diría yo.

Seregil caminó hasta los caballos y acarició a su yegua por debajo de la guedeja.

—Avena para ti esta noche, amiga mía y para mí un baño caliente y una buena cena. Siempre que nuestro guía se haya ganado la plata con la que le pagamos, claro está.

Aquella mañana, mientras avanzaban, Seregil se mostró extrañamente taciturno. Sin embargo, cuando a mediodía se detuvieron para dejar descansar a los caballos, Alec supo que algo estaba a punto de ocurrir. Una o dos veces lo había descubierto lanzándole la misma mirada indecisa que recordaba haberle visto cuando se ofreció a rescatarlo en el castillo de Asengai, como si no estuviera seguro de cuál sería el curso de acción más sabio.

—La otra noche hice un chiste sobre tu aprendizaje —le dijo, mirándolo por encima del hombro mientras ajustaba las cinchas de la silla—. ¿Qué te parece la idea?

Alec lo miró, sorprendido.

—¿Como bardo, queréis decir?

—Quizá aprendizaje no sea exactamente el término apropiado. En realidad no puede decirse que yo tenga una profesión y mucho menos la de bardo. Pero eres rápido e inteligente y hay muchas cosas que podría enseñarte.

—¿Cómo qué? —preguntó Alec con cierta cautela a pesar del interés que sentía.

Seregil vaciló un instante, como si se estuviera tratando de formarse una idea sobre él y finalmente dijo:

—Digamos que estoy especializado en la obtención de bienes e información.

Alec sintió que su corazón daba un vuelco.

—¡Sois un ladrón!

—¡No soy tal cosa! —Seregil frunció el ceño—. Al menos no en el sentido al que te refieres.

—¿Entonces qué? —demandó Alec—. ¿Un espía como aquel Malabarista al que matasteis?

Seregil sonrió abiertamente.

—Me sentiría insultado si creyera que sabes de lo que hablas. Por ahora lo dejaremos en que estoy actuando como agente para un eminente y respetable caballero, con la misión de reunir información referente a ciertos e inusuales hechos que están teniendo lugar aquí, en el norte. La discreción me impide revelarte más, pero puedo asegurarte que el fin es noble... aunque los métodos no siempre parezcan serlo.

Alec sospechaba que, escondido en alguna parte del repentinamente altisonante y enrevesado discurso de su compañero, se encontraba el reconocimiento de que, en efecto, era un espía. Y lo que era todavía peor, nada, salvo las palabras del propio Seregil, le aseguraba que lo que acababa de decirle, o decirle a medias, era la verdad. A pesar de ello, seguía siendo incuestionable el hecho de que lo había rescatado cuando le hubiera sido mucho más fácil dejarlo atrás. Y, además, desde entonces le había ofrecido su amistad sin reservas.

—Imagino que ya eres bastante diestro en rastrear y ese tipo de cosas —continuó

Seregil de manera despreocupada—. Dijiste que eras bueno con el arco y, ahora que lo pienso, hiciste buen uso de esa hacha. ¿Sabes manejar una espada?

—No, pero...

—No importa. Con el maestro adecuado, aprenderás rápidamente. Conozco al hombre perfecto. Luego, por supuesto, está el soborno, la etiqueta, las cerraduras, los disfraces, los idiomas, la heráldica, la pelea... Supongo que no sabes leer, ¿verdad?

—Conozco las runas —replicó Alec, pese a que en verdad sólo era capaz de entender su nombre y unas pocas palabras.

—No, no. Me refiero a la escritura de verdad.

—¡Un momento, un momento! —gritó Alec, abrumado—. No quisiera ser ingrato... sé que salvasteis mi vida y todo eso, pero...

Seregil atajó sus palabras con impaciencia.

—Dadas las circunstancias de tu captura, sacarte de allí era lo menos que podía hacer. Pero ahora estoy hablando de lo que *tú* quieres, Alec, después de mañana, después de la próxima semana. Contéstame con honestidad, ¿de verdad quieres pasar el resto de tu vida limpiando la porquería de los establos para algún gordo posadero de Herbaleda?

Alec vaciló.

—No lo sé. Quiero decir... la caza y las trampas son la única vida que conozco.

—¡Razón de más para abandonarla cuanto antes! —declaró Seregil. Repentinamente, sus grises ojos brillaban de entusiasmo—. ¿Qué edad dijiste que tenías?

—Dieciséis años.

—Y nunca has visto un dragón.

—Sabéis bien que no.

—Bien, pues yo sí que lo he visto —dijo Seregil, mientras volvía a encaramarse a la silla.

—¡Dijisteis que ya no había dragones!

—Lo que dije fue que no los había en Eskalia. Yo los he visto volando bajo una luna llena de invierno. He bailado en la Gran Festividad de Sakor. He probado los vinos de Zengat y he escuchado a las sirenas cantando entre las nefelinas del amanecer. He recorrido los salones de un palacio construido antes del alba de la memoria y he sentido contra mi piel el contacto de sus primeros habitantes. No hablo de leyendas o imaginación, Alec. He hecho todas estas cosas y tantas más que no tendría aliento suficiente para relatártelas todas.

Alec montaba junto a él, abrumado por una sucesión de imágenes a medio formar.

—Acabas de decir que no podías imaginarte a ti mismo como algo diferente a lo que has sido toda tu vida —continuó Seregil—, pero yo te digo que nunca se te ha ofrecido la oportunidad de serlo. Te estoy ofreciendo esa oportunidad. Cabalga

conmigo hacia el sur después de Herbaleda y descubre por ti mismo el mundo que existe más allá de tu bosque.

—Pero es que el robar...

La tortuosa sonrisa de Seregil no escondía rastro alguno de remordimiento.

—Oh, admito que he cortado una bolsa o dos en mis tiempos y que lo que hago podría ser considerado robar dependiendo de a quién le preguntes, pero trata de imaginar el desafío de sobreponerte a obstáculos increíbles para conseguir un propósito loable. Piensa en viajar a tierras donde las leyendas caminan a la luz del día e incluso el color del mar resulta diferente a todo cuanto puedas haber imaginado. Te lo pregunto de nuevo: ¿vas a ser el simplón Alec de Kerry toda tu vida o quieres ver lo que el mundo te depara más allá?

—Pero ¿es una vida honesta? —insistió Alec, tratando de aferrarse a su último jirón de determinación.

—La mayoría de quienes solicitan mis servicios son grandes señores o nobles.

—Suena como si fuese una vida muy peligrosa —señaló Alec, consciente de que Seregil había vuelto a evadirse de la cuestión.

—Pero eso es precisamente lo que lo hace interesante —gritó Seregil—. ¡Y podrías acabar siendo muy rico!

—O colgando de una soga...

Seregil dejó escapar una risa entre dientes.

—Puedes verlo como quieras.

Alec se mordía el pulgar con gesto ausente. Su frente estaba arrugada. Reflexionaba.

—Está bien, de acuerdo —dijo al fin—. Iré con vos, pero primero quiero que me deis algunas respuestas directas.

—Va contra mi naturaleza, pero lo intentaré.

—Esa guerra de la que hablasteis, ésa que se está preparando.

—¿Cuál es vuestro bando?

Seregil dejó escapar un largo suspiro.

—Es justo. Mis simpatías están con Eskalia, pero por tu seguridad y la mía propia, eso es todo lo que diré sobre el asunto por ahora.

Alec sacudió la cabeza.

—Los Tres Reinos están muy lejos. Cuesta creer que sus guerras podrían alcanzarnos aquí.

—La gente está dispuesta a casi todo por el oro y la tierra, y la escasez de ambos en el sur los convierte en algo precioso, especialmente en Plenimar.

—¿Y vais a detenerlos?

—Yo solo no —rió Seregil—. Pero podría serles de alguna ayuda a aquellos que quizá puedan hacerlo.

—Después de Herbaleda, ¿adonde iremos?

—Bueno, al final a casa, a Rhíminee, aunque primero...

—¿Qué? —Alec abrió los ojos—. ¿Queréis decir que vivís *allí*? ¿En esa ciudad, la ciudad de los magos?

—¿Qué quieres decir?

Una pequeña duda atenazaba todavía a Alec. Miró a Seregil directamente a los ojos y preguntó:

—¿Por qué?

Seregil alzó una ceja, perplejo.

—¿Por qué qué?

—Apenas me conocéis. ¿Por qué queréis llevarme con vos?

—¿Quién sabe? Quizá me recuerdas un poco a...

—¿A alguien que conocisteis? —le interrumpió Alec con tono escéptico.

—A alguien que *fui* —la sonrisa ladeada volvió a iluminar su rostro mientras se quitaba el guante derecho y le tendía una mano a Alec—. ¿Tenemos un trato, pues?

—Vaya, creo que así es. —Alec se sorprendió al entrever en los ojos de su compañero lo que parecía ser un destello fugaz de alivio mientras se estrechaban la mano. Desapareció al instante y Seregil volvió su atención hacia lo que el futuro les deparaba.

—Hay algunos detalles de los que debemos ocuparnos antes de llegar al pueblo. ¿Eres bien conocido en Herbaleda?

—Mi padre y yo siempre nos alojábamos en el barrio de los mercaderes —replicó Alec—. Generalmente, en la Rama Verde. Pero creo que, salvo el propietario, la mayoría de la gente que nos conocía no estará allí en esta época del año.

—Es lo mismo. No tiene sentido correr riesgos. Necesitaremos una razón para explicar que estés viajando con Aren Windover. He aquí una lección para ti: dame tres razones por las que Alec el Cazador viajaría en compañía de un bardo.

—Bueno, supongo que podríamos decirles que me rescatasteis y...

—¡No, no! ¡Eso no servirá! —le interrumpió Seregil—. En primer lugar, no quiero que nadie sepa que yo, o más bien Aren, ha estado en las proximidades de Asengai. De hecho, esto es para mí una regla: nunca, nunca, *nunca*, utilices la verdad, a menos que sea la última opción posible o resulte tan estafalaria que nadie vaya a creerla de todas formas. Recuérdalo bien.

—Está bien —dijo Alec—. Podría decir que fui atacado por bandidos y vos...

Seregil sacudió la cabeza mientras con un gesto indicaba al muchacho que continuase.

Alec jugueteó con las riendas, considerando diversas posibilidades.

—Bueno, sé que se parece bastante a la verdad, pero la gente podría creer que me contratasteis como guía. Padre y yo trabajábamos a veces como guías.

—No está mal. Continúa.

—O —Alec se volvió hacia su compañero con una sonrisa abierta y triunfante—, quizá Aren me ha tomado como su aprendiz.

—No está mal, para ser un principiante —le concedió Seregil—. De hecho, la historia del rescate era muy buena. La lealtad hacia alguien que salva tu vida es algo que la gente comprende y rara vez cuestiona. Desgraciadamente, la reputación de Aren es tal que nadie la hubiera creído. Me temo que es un poco cobarde. Sin embargo, la historia del guía tiene un serio defecto. Aren Windover es una figura bien conocida en las tierras de Herbaleda; los bardos son nómadas por naturaleza de su oficio así que, ¿para qué necesitaría un guía en una tierra que conoce bien?

—Oh —asintió Alec, un poco alicaído.

—Pero la idea del aprendiz nos servirá perfectamente. Por suerte, sabes cantar. ¿Crees que serás capaz de pensar como un bardo?

—¿A qué os referís?

—Bueno. Supongamos que te encuentras en una taberna, en medio de un camino importante. ¿Qué clase de clientes tendrías?

—Mercaderes, carreteros, soldados.

—¡Excelente! Y ahora supón que corren generosamente las bebidas y se te pide una canción. ¿Cuál elegirías?

—Bueno, probablemente alguna parecida a «La Caída de Araman».

—Una buena elección. ¿Y por qué?

—Bueno, porque trata de luchas y de honor. A los soldados les gustaría. Además, es muy popular, así que los parroquianos podrían cantarla también. Y, por otro lado, tiene un buen estribillo.

—¡Bien dicho! Aren utiliza muy a menudo esa canción y por las mismas razones. Ahora supón que eres un juglar en la corte de un señor y que actúas delante de una audiencia de gordos barones y sus esposas.

—¿Quizá «Lilia y la Rosa»? No hay nada grosero en ella.

Seregil soltó una carcajada y dio a Alec una palmada en el hombro.

—¡Quizá tú deberías tomar a Aren como aprendiz! Me imagino que no sabrás tocar ningún instrumento...

—Me temo que no.

—Oh, bueno. Aren tendrá que disculparse por tu inexperiencia.

Pasaron el resto de la tarde completando el repertorio musical de Alec.

Hacia el final de la tarde, las Quebradas dieron paso a las onduladas tierras del valle del río Brythwin. Podían distinguir en la distancia las cuadradas extensiones de los campos de cultivo, ahora desiertos, y las alquerías que señalaban los límites de la comarca de Herbaleda. El propio río, una línea negra delimitada por sendas hileras de

árboles, discurría hasta el lago Negragua, varios kilómetros al este de la ciudad. Lindante su ribera norte con el gran bosque del Lago, la brillante extensión de agua se extendía ininterrumpida hasta perderse en el lejano horizonte.

—¿Y decís que el océano Gathwayd es mayor que eso? —preguntó Alec, protegiéndose los ojos con la mano. Había cazado durante toda su vida en las orillas del lago y no podía imaginarse nada más grande.

—Bastante más —contestó Seregil con alegría—. Sigamos antes de que nos quedemos sin luz.

El sol del crepúsculo derramaba una luz de suaves tonos sobre el valle. Descendieron por la rocosa ladera hasta alcanzar el camino principal que discurría a lo largo del río hasta llegar a Herbaleda. El Brythwin estaba muy bajo y a lo largo de todo su curso asomaban afloraciones de grava. Los fresnos y los sauces crecían profusamente en ambas orillas, y a menudo llegaban a ocultar su curso a la vista.

Unos dos kilómetros antes de llegar al lago, el camino describía una curva, se apartaba del río y rodeaba un denso bosquecillo. Seregil tiró de las riendas, estudió por un instante el espeso ramaje y entonces desmontó e indicó a Alec con un gesto que lo siguiera.

Mientras se abrían camino hasta un claro junto al río, las ramas de sauce los azotaban en el rostro y se enredaban en las riendas y las sillas de montar. Sobre una altura próxima a la orilla del río se encontraba una casita de campo, rodeada por una cerca de zarzas barnizadas.

Mientras Seregil se aproximaba a la puerta, un sabueso moteado vino corriendo desde el otro lado de la cerca y se lanzó hacia ellos, gruñendo y enseñando los dientes. Alec retrocedió apresuradamente hacia su caballo, pero Seregil se mantuvo en el sitio. Murmuró unas pocas palabras e hizo un gesto con la mano izquierda. El perro patinó hasta detenerse al otro lado de la puerta y entonces retrocedió y desapareció por donde había llegado, con el rabo entre las piernas.

Alec lo miró boquiabierto.

—¿Cómo has hecho eso?

—No es más que un pequeño truco de ladrón que aprendí en alguna parte. Vamos. Estamos completamente seguros.

Llamó a la puerta y un hombre pequeño, muy anciano y muy calvo, abrió la puerta.

—¿Quién es? —preguntó, mirando más allá de ellos como si no pudiera verlos. Una profunda cicatriz, de un color blanco pálido que contrastaba con su piel semejante a cuero, discurría en una línea irregular desde la parte alta de su cráneo hasta el puente de su nariz.

—Soy yo, viejo padre —replicó Seregil mientras deslizaba algo en el interior de su mano extendida.

El anciano levantó la mano y palpó el rostro de Seregil.

—Eso pensé cuando Martillo volvió de esa manera. Y esta vez no vienes sólo, ¿eh?

—Es un nuevo amigo. —Seregil condujo la mano del ciego hasta la mejilla de Alec.

El muchacho permaneció inmóvil mientras aquellos dedos de piel seca y quebrada exploraban rápidamente sus rasgos. En ningún momento se dijo un solo nombre. El anciano soltó una risilla reumática.

—Barbilampiño, pero no es una chica. Pasad los dos y sed bienvenidos. Sentaos junto al fuego, mientras preparo algo para comer. Todo está como lo dejaste, señor.

La pequeña casa consistía en una única habitación y un desván.

Todo era muy pulcro y las pertenencias del anciano estaban ordenadas con sumo cuidado en estanterías a lo largo de las paredes.

Seregil y Alec se calentaron al agradable fuego del hogar mientras, a su alrededor, su anfitrión se movía de un lado a otro, arrastrando los pies con una destreza nacida de la costumbre, y disponía para ellos pan, sopa y huevos hervidos sobre la mesa de madera.

Seregil devoró su comida y desapareció en el desván. Cuando volvió a bajar vestía la adornada túnica de mangas rayadas propia de un bardo. Un arpa de viaje hecha de madera con incrustaciones de plata colgaba de su hombro. También había vuelto a lavarse, advirtió Alec con sorpresa. Jamás había conocido a nadie que valorara tanto el baño.

—¿Me reconoces ahora, muchacho? —preguntó Seregil en tono altanero y ligeramente nasal mientras obsequiaba a Alec con una elaborada reverencia.

—¡Por el Hacedor! ¡De verdad eres Aren Windover!

—¿Lo ves? Lo que recordabas de Aren no era tanto su cara como sus llamativos modales, sus ropas chillonas y su afectada manera de hablar. Créeme, hago todo esto por buenas razones. Si te das cuenta, aparte del hecho de que Aren y yo somos físicamente idénticos, la verdad es que no nos parecemos en nada.

Desde la esquina que ocupaba junto al fuego, su anfitrión dejó escapar una risotada cacareante.

—Por lo que se refiere a tu apariencia —continuó Seregil—, arriba te he dejado algunas cosas preparadas. Sube, lávate y arréglate y ya veremos lo que se puede hacer con tu pelo. Aren nunca hubiera dejado que uno de sus aprendices estuviera tan despeinado.

La decoración del desván era tan frugal como la de la habitación de abajo. Contenía tan sólo una cama, una jofaina y un arcón para la ropa. Una vela polvorienta ardía sobre un candelabro igualmente polvoriento. Gracias a la luz Alec pudo ver, colgada

de la pared sobre la cama, una espada ancha cuya vaina había ennegrecido el paso del tiempo. Sobre la cama descansaba una camisa de lana de color bermejo, una capa nueva, un par de pantalones de piel de conejo y un cinturón del que pendían un cuchillo con su vaina y una bolsa.

Apoyadas sobre al pilar de la cama se encontraban un par de botas altas de piel. Tanto las ropas como las botas estaban usadas pero limpias. Sin duda, habían pertenecido a Seregil en el pasado.

Ha sido una suerte encontrarme con alguien de mi talla, pensó Alec mientras examinaba las botas con más detalle. Como había esperado, la izquierda escondía en el interior una costura que podía albergar una daga. Se las puso y deslizó su moneda de Eskalia y cinco peniques en la pequeña costura, como precaución frente a los rateros: su padre le había enseñado que no debía llevar todo su dinero en el mismo lugar cuando iba a una ciudad.

Mientras se vestía, podía escuchar a Seregil afinando el arpa en el piso de abajo. Después de un momento comenzó a llegar hasta él un murmullo de notas y fragmentos dispersos de melodías.

Toca tan bien como canta, pensó Alec, mientras se preguntaba qué otros talentos se irían revelando a medida que conociera mejor a Seregil. Sin embargo, por debajo de la música advirtió de pronto el rumor de una conversación tranquila. Después de un momento de vacilación, se arrastró sigiloso hasta el borde del desván y se esforzó por escuchar todo lo posible. Ambos hombres conversaban en voz baja y sólo alcanzaba a percibir retazos y fragmentos de la charla.

—... hace días. Parecían pacíficos, sí, pero ¿por qué tantos? —estaba diciendo el anciano.

—No hay duda... —la voz de Seregil resultaba aún más difícil de entender—. Supongo que con el alcalde.

—Sí. Se hace llamar Boraneus y asegura ser un enviado comercial del Señor Supremo.

¿El Señor Supremo?, pensó Alec. ¡Había escuchado ese nombre antes! ¿Y acaso no había dicho Seregil que había sido enviado al norte para descubrir lo que los plenimaranos estaban preparando?

Conteniendo la respiración, se aproximó un poco más al borde, tratando de seguir el hilo de la conversación.

—¿Ella lo reconoció? —estaba preguntando Seregil.

—... pasada noche... oscuro, bien parecido... una cicatriz de espada...

—¿En qué ojo?

—El izquierdo, según dijo.

—¡Por los Dedos de Illior! ¿Mardus? —por un instante, Seregil pareció genuinamente sorprendido. El anciano murmuró algo, a lo que él replicó—. No. Y

haré lo que pueda para tratar de evitar... más demonio que...

Ambos hombres callaron un instante y entonces Seregil exclamó:

—¡Alec! ¿Es que te has quedado dormido ahí arriba?

Rápidamente, Alec hizo un bulto con sus viejas ropas y entonces se detuvo un instante para dejar que se desvaneciese el rubor de la culpa que había aflorado a su rostro.

La mirada que Seregil le lanzó mientras descendía por las escaleras no revelaba otra cosa que impaciencia. Pero mientras se entretenía en empaquetar sus ropas de viaje, estaba seguro de sentir en la espalda los ojos del bardo. Seregil colocó el arpa bajo su brazo y se dispuso a despedirse de su anfitrión.

—La suerte de los ladrones —dijo el ciego mientras estrechaba sus manos junto a la puerta.

—También para ti —contestó Seregil.

Herbaleda

Herbaleda —el mayor de los aislados centros de comercio diseminados a lo largo de las tierras del norte— debía su prosperidad a la Vía Dorada, a un tramo estrecho del río Gallistrom y a una diminuta flor amarilla.

La Vía Dorada comenzaba más hacia el norte, en las estribaciones de las montañas del Corazón de Hierro. Allí se había extraído oro desde que el hombre tenía recuerdo. En Kerry, el precioso metal era fundido y moldeado en lingotes redondos llamados «bolos». Éstos se empacaban en fardos cúbicos de piel de oveja llenos de lana. La lana, obtenida de las ovejas de las montañas, nativas de la región, era especialmente suave y fina y había terminado por convertirse en otra fuente de riqueza para la región. Sin embargo, el propósito original de los fardos no había sido otro que el de proteger el oro, porque el camino estaba lleno de peligros de los cuales el menor no eran los bandidos. Los fardos, que pesaban tanto como dos hombres, eran difíciles de robar, pero en cambio flotaban, lo que resultaba de gran utilidad si alguno de ellos caía en uno de los múltiples ríos que la ruta cruzaba. Cargados en carromatos tirados por bueyes, los fardos viajaban hasta Boersby, donde eran cargados en almadías que descendían el Folcwine hasta llegar al puerto micenio de Nanta.

La tierra entre Kerry y Boersby era una extensión desolada salpicada por algunas comarcas habitadas. Los caravaneros viajaban en grandes grupos, protegidos por soldados y arqueros mercenarios.

El último refugio seguro entre el lago Negragua y Boersby era la ciudad de Herbaleda, en la ribera del río Gallistrom.

Al contrario que el plácido Brythwin, el Gallistrom era profundo, ancho y peligroso. Desde sus fuentes en las Corazón de Hierro, su cauce discurría a través del gran bosque del Lago hasta llegar al lago Negragua. Originalmente, el único medio seguro para atravesarlo era un precario sistema de balsas. Pero los carromatos que tenían que esperar en una de las orillas la llegada de la siguiente almadía eran presa fácil para los bandidos. Además, muchos otros se perdían en el propio río cuando las fuertes corrientes primaverales volcaban las balsas, arrastrando al fondo oro, hombres y bueyes.

Finalmente, se construyó un ancho puente de piedra y el diminuto asentamiento que había nacido alrededor del vado se convirtió en un pueblo. Como se descubrió con el paso del tiempo, el área poseía sus propias riquezas. Entre el lago y el bosque crecían en gran profusión plantas tintóreas de diferentes clases, y entre ellas la hierba amarilla a la que el pueblo debía su nombre. Con todas estas plantas podía producirse tintes de prácticamente cualquier color, y la tonalidad de muchos de ellos era bastante

más rica que la de cualquier cosa que se produjera en el sur. Tintoreros, tejedores, y peleteros comenzaron a abrir sus tiendas en el pueblo, y muy pronto la lana de Kerry comenzó a ser muy demandada. Al cabo de poco tiempo, los rollos del lustroso y suave «tejido de Herbaleda» eran casi tan buscados en el sur como los «bollos» de oro. En la época de Alec, Herbaleda era una rica ciudad artesanal que se extendía en torno al puente, protegida por una sólida empalizada de madera.

El sol se aproximaba ya al poniente cuando Alec y Seregil, cabalgando junto a la orilla del lago, llegaron junto a los muros de la ciudad. Sobre el agua podían ver las numerosas y coloridas velas de los barcos de pesca que regresaban al pueblo a la caída del sol.

—Todavía es pronto para que cierren las puertas exteriores, ¿verdad? —señaló Seregil mientras tiraba de las riendas—. En todas mis anteriores visitas permanecían abiertas hasta bien entrada la noche.

Alec lanzó una mirada hacia la parte alta de la empalizada.

—La muralla es más alta de lo que recordaba.

—Vuestros nombres y el asunto que os trae al pueblo, si sois tan amables —les llamó una voz desapasionada desde lo alto.

—Soy Aren Windover, un bardo —anunció Seregil, adoptando los ademanes ligeramente pomposos de Aren—. Me acompaña mi aprendiz.

—¿Windover habéis dicho? —el centinela se asomó sobre el parapeto para poder ver mejor a los recién llegados—. ¡Vaya, pero si yo os conozco! Tocasteis en la feria de verano y sin duda fuisteis el mejor bardo de todos. Pasad, señor, y el muchacho también.

Un postigo se abrió hacia el interior. Alec y Seregil agacharon la cabeza y entraron a caballo. El centinela, un jovencito ataviado con un chaleco de cuero, extendió hacia ellos un palo largo con la canasta del peaje en el extremo.

—Una moneda de cobre por caballo y media de plata por jinete, señor. No hemos visto un bardo o juglar decente desde la última vez que estuvisteis aquí, ¿sabéis? ¿Dónde os alojaréis esta vez?

—Pretendo empezar en Los Peces, pero espero poderme permitir algo mejor antes de marchar —replicó Seregil mientras indicaba con un gesto a Alec que pagara el peaje—. Que yo recuerde, es muy temprano para que las puertas estén cerradas. Y, ¿no hay más guardias de lo habitual?

—Así es, señor —replicó el hombre sacudiendo la cabeza—. Tres caravanas han sido asaltadas en los últimos dos meses, y dos de los ataques se produjeron a menos de quince kilómetros del pueblo. Los caravaneros están furiosos como gatos escaldados. Dicen que se suponía que el pueblo debía custodiar el camino. Pero el alcalde está más preocupado por la posibilidad de que la propia Herbaleda sea atacada. Hemos estado ampliando la empalizada y se han colocado más guardias desde

entonces. Sin embargo, todo parece haberse calmado desde que esos sureños aparecieron.

—¿Sureños? —la fingida sorpresa de Seregil no le pasó inadvertida a Alec.

—Oh, sí. ¡Plenimaranos, nada menos! Un enviado llamado Lord Boraneus vino para comerciar. Al menos es lo que he oído.

¿*Boraneus*? Alec miró de soslayo a Seregil; aquél era uno de los nombres que había escuchado mientras espiaba la conversación en la casita del ciego; ese y otro, algo que comenzaba con M...

—Ha traído una buena tropa de soldados consigo, por lo que parece —continuó el centinela de la puerta—. Deben de ser por lo menos dos docenas. O quizá más. No sabíamos qué pensar cuando comenzaron a extenderse los rumores sobre su llegada, pero al final resultó ser una buena cosa. Hicieron un buen trabajo con los bandidos. ¡Ya lo creo! Dicen los taberneros que son una gente ruda, pero pagan bien. Y en plata. Podéis estar seguro de que haréis buen negocio con ellos.

—Espero que vuestras esperanzas no se vean defraudadas. —Seregil echó hacia atrás la capa, sacó una moneda de plata de su bolsa y se la arrojó al hombre—. Gracias por esta útil información. Bebed a mi salud en Los Tres Peces.

El hombre guardó la moneda con alborozo y los invitó a entrar con un ademán.

Una vez en el interior de la empalizada, el camino discurría sinuoso a través del centro de la ciudad hasta desembocar en una plaza de mercado que se extendía a ambos lados del puente. Aquí discurrían por las calles las aguas de desecho multicolores y de olor apestoso de las tiendas de los tintoreros. En las avenidas más prósperas se habían construido paseos de madera para impedir que los clientes se mancharan las ropas de barro. Las carretas, cargadas con plantas de pigmentos y minerales, rodaban ruidosas de tienda en tienda durante todo el día. Los niños más pobres vestían coloridos harapos; incluso los perros y los cerdos que vagaban por el vecindario lucían un asombroso despliegue de colores. Los chasquidos y golpeteos de los telares de los tejedores llenaban el aire y las telas recién teñidas, colgadas y extendidas sobre los tendederos para secarse, le otorgaban al lugar una permanente apariencia festiva.

La ciudad le era bien conocida a Alec y mientras miraba a su alrededor sintió una punzada de dolor. La última vez que había estado aquí, su padre estaba con vida.

—Aquello de allí es la alcaldía, donde se aloja ese tal Boraneus —demasiado tarde recordó que si conocía el paradero de Boraneus era porque había estado espiando la conversación de Seregil y el ciego.

Seregil se volvió hacia él con una expresión inescrutable en el rostro. Alec añadió rápidamente:

—Los visitantes importantes siempre se alojan con el alcalde. Es la costumbre.

—Es una suerte para mí contar con un guía tan versado —replicó Seregil con

tranquilo regocijo.

El edificio de la alcaldía, grande y elaboradamente decorado, se alzaba junto al templo de Dalna. Las tiendas de los artesanos se encontraban a ambos lados de la plaza, a este lado del puente. El templo de Astellus dominaba la orilla del río y junto a él se levantaban el gremio de los pescadores, una taberna, más tiendas y varias posadas.

Seregil se adelantó, cruzó el puente y se dirigió al Barrio del Lago.

Mientras se aproximaban a los muelles, las calles fueron haciéndose más estrechas e intrincadas. La peste del barrio de los tintoreros fue reemplazada por los acres olores del pescado y las redes mojadas.

—Padre y yo nunca vinimos a esta parte del pueblo —dijo Alec mientras lanzaba miradas nerviosas a un destartalado edificio que sobresalía por encima de la calle y a las callejuelas que lo flanqueaban.

Seregil se encogió de hombros.

—Aquí la gente sabe que debe ocuparse de sus propios asuntos.

A aquella hora las tabernas comenzaban a cobrar vida; por todas partes se elevaban los sonidos de las peleas, los insultos y las canciones de los borrachos. Alguien les siseó una suave invitación desde un sombrío callejón mientras pasaban a su lado. Después de doblar varias esquinas, llegaron a los muelles.

A ambos lados del pueblo, la empalizada se prolongaba hasta adentrarse en el lago. En el interior había largos malecones, almacenes y tabernas, todos construidos sobre postes clavados en la pendiente de los guijarrales. Mirando más allá, hacia el agua, Alec trató de imaginarse lo grande que debía ser el océano para superar aquella inmensidad. En todas direcciones, la costa describía una curva y parecía alejarse indefinidamente. Sólo los días más claros resultaba visible el otro extremo de la ribera.

Seregil apretó el paso y se encaminó hacia un estrecho edificio que parecía erguirse entre el abigarramiento de los muelles. Sobre la puerta abierta colgaba un símbolo: tres peces entrelazados. Del interior llegaba el tumultuoso clamor propio de una taberna. Un pequeño grupo de holgazanes, con sus jarras y sus pipas, se había aposentado bajo las ventanas de la fachada.

Desmontó y le tendió a Alec su arpa y su mochila.

—Ten presente el papel que te he asignado —susurró en voz baja—. De aquí en adelante eres el aprendiz de Aren el Bardo. Ya has visto como es; reacciona de manera apropiada. Si me muestro rudo contigo o te trato como si fueras un sirviente, no me guardes resentimiento. Esa es la forma en que actúa Aren, no yo. Francamente, no envidio tu posición. ¿Estás preparado?

Alec asintió.

—Bien. Entonces, que comience la función —con esas palabras, Seregil

retrocedió un paso y Alec hizo su entrada.

—Lleva los caballos al establo que hay al otro lado —ordenó con voz lo suficientemente alta como para que lo escuchara la concurrencia—. Asegúrate de que los cuidan de forma adecuada. Luego ve a ver al tabernero y pídele una habitación. Dile que quiero una en el piso más alto de la casa, con vistas al lago. ¡Y no dejes en ningún caso que ese villano te cobre más de un marco de plata por ella! Cuando te hayas encargado del equipaje, lleva mi arpa al salón común. Vete ya. Rápido.

Después de decir esto, se sumergió en la calidez de la taberna.

—¡Por el Viejo Marinero, eso sí que es una orden, chico! —se burló uno de los holgazanes, para regocijo de sus compinches.

Alec frunció el ceño y condujo a los caballos hasta el establo. A pesar de las apresuradas explicaciones de Seregil, no estaba seguro de que le gustase el cariz que estaban tomando los acontecimientos.

Una vez que los caballos estuvieron bien atendidos, cogió la mochila y la silla de Seregil y se dirigió apresuradamente hacia la humeante cocina.

—Estoy buscando al posadero —dijo, sujetando a una camarera por la manga.

—Esta en la barra —contestó ella con brusquedad mientras señalaba con un gesto de la cabeza hacia una entrada cercana. Alec dejó el equipaje junto a la puerta, penetró en la sala y se encontró cara a cara con un corpulento gigante de cara rojiza, vestido con un delantal de cuero.

—Necesito alojamiento para mi señor y para mí —le informó, tratando de imitar las autoritarias maneras de Aren.

El tabernero apenas apartó un instante la mirada de la tapa de un barril que acababa de abrir.

—Hay una habitación grande en lo alto de la escalera. Esta noche no habrá mas que tres o cuatro clientes en cada cama.

—Mi señor prefiere la habitación de más arriba —dijo Alec.

—¿De veras? Bien. La podrá tener por tres marcos la noche.

—Te daré uno —contestó Alec—. Pasaremos aquí varias noches y estoy seguro de que mi señor...

—¡Tu señor puede irse al diablo! —gruñó el posadero—. ¡Es mi mejor habitación y no se la dejaría ni al alcalde ni a todo el maldito Concejo de los Gremios por menos de tres marcos! No cuando todos esos extraños sureños deambulan por aquí con más dinero que cerebro. Podría sacarle a cualquiera de ellos cinco marcos por noche.

—Os suplico mil perdones. —Alec eligió las palabras con cuidado—, pero creo que mi señor, Aren Windover, y yo mismo, podemos proporcionaros diez veces eso cada noche que pasemos aquí.

Aparentemente satisfecho con la manera en que había quedado la tapa sobre el barril, el tabernero introdujo las manos bajo el cinturón y lanzó a Alec una mirada

ceñuda.

—¡Vaya! Soy yo el que os pide mil perdones, mi joven cachorro, pero ¿cómo se supone exactamente que vais a conseguirlo?

Alec no se dejó intimidar. Su padre había sido un maestro regateando. Reflexionó un momento y preguntó:

—¿Qué os proporciona mayores beneficios, las habitaciones o la cerveza?

—La cerveza, supongo.

—¿Y a qué precio la vendéis?

—Cinco monedas de cobre la jarra pequeña, media moneda de plata el jarro grande. ¿Y qué?

Sintiendo que el hombre comenzaba a impacientarse, Alec fue directo a la cuestión.

—Lo que necesitáis entonces es algo o alguien que anime a los clientes a beber. ¿Y que anima a los hombres a beber más que un buen bardo? Puede que no conozcáis a Aren Windover pero os aseguro que mucha gente de la ciudad lo conoce. Haced correr la voz de que está actuando en vuestra taberna y os prometo que acabaréis teniendo que mandar a por más cerveza. Seguro que yo puedo engatusar a algunos de esos soldados para que vengan esta noche y estos traerán a sus amigos la noche siguiente. ¡Y vos sabéis lo que los soldados pueden llegar a beber!

—Sí, eso es cierto. Yo lo fui durante algún tiempo —asintió el tabernero mientras miraba de arriba abajo a Alec—. Ahora que lo pienso, creo que he oído hablar de ese tal Windover. ¿No es ese que atrajo a una multitud al Ciervo y la Rama el año pasado? Quizá podría dejarle la habitación por dos marcos y medio.

—Puedo pagar por anticipado —le aseguró Alec. Entonces, entusiasmado con el éxito cosechado por su historia añadió—. Maese Windover va a tocar para el alcalde, ¿sabéis?

—El alcalde, ¿eh? —dijo sorprendido el tabernero—. ¿Por qué no lo has dicho antes? ¿Va a tocar para el alcalde y también en Los Peces? Muy bien. Ve y dile a tu señor que la habitación es suya por dos marcos.

—Bueno... —musitó Alec, obstinado.

—Demonios, ¿es que quieres chuparme la sangre? Uno y medio, entonces, pero mira que es lo mínimo que puedo ofrecerle...

—Hecho —dijo Alec—. Pero eso incluye las velas y la comida, ¿de acuerdo? ¡Y será mejor que las sábanas estén limpias! Maese Windover es especialmente quisquilloso por lo que a las sábanas se refiere.

—Sí que quieres chuparme la sangre —gruñó el posadero—. Bien, bien. Tendrá su comida y tendrá sus malditas sábanas. Pero será mejor que sea tan bueno como dices o los pescadores os utilizarán como cebo.

Alec pagó dos noches por adelantado y luego subió las escaleras cargando con su

equipaje y un candelabro.

Pasó junto al dormitorio común del segundo piso y ascendió hasta el ático por un tramo de escaleras más estrecho. Al final de un corredor corto y sin ventanas se encontraba una puerta.

Situada en el interior del aguilón, la habitación que Seregil había pedido era pequeña y de paredes inclinadas. La estrecha cama y el lavamanos ocupaban casi todo el espacio disponible. Sobre un estante descansaba un plato agrietado que contenía una barata vela de sebo.

La encendió con la suya y acto seguido abrió los postigos de la ventana que había sobre la cama. La parte trasera de la posada, sostenida sobre pilotes, se erguía por encima del agua. Alec se asomó. Había una buena caída hasta el lago.

La luna creciente dibujaba un rastro de brillante luz sobre la superficie negra del lago. Resultaba agradable encontrarse allí, en lo más alto de la casa, cálido y tranquilo. Un pensamiento se insinuó en su mente: podía contar con los dedos de una mano el número de veces que había estado a solas en el interior de una casa de verdad, y nunca había sido en una habitación tan alta. Después de detenerse un momento para saborear la nueva sensación, suspiró y volvió a dirigirse a las escaleras.

Al volver al ruidoso tumulto de la taberna, vio a Seregil hablando con el posadero y se sorprendió, una vez más, de la diferencia entre «Aren» y Seregil; sus movimientos, sus posturas, sus gestos, todo ello tan diferente como si de verdad se tratara de dos hombres distintos.

En aquel momento Seregil levantó la mirada y le indicó con un gesto impaciente que se acercase. Alec se abrió camino entre la multitud, esquivando camareros con jarras y bandejas de madera.

—Claro, sólo acabamos de llegar al pueblo —estaba diciendo Seregil—, pero mañana mismo me presentaré a su honorable alcalde —tosió delicadamente en su puño y añadió—. Parece que mi garganta se ha resentido del viaje, pero estoy seguro de que una noche de descanso restañará por completo mis facultades. Entretanto podréis disfrutar de las habilidades de mi aprendiz.

El posadero pareció decepcionado al escuchar estas últimas palabras. Por su parte, Alec lanzó a Seregil una mirada de asombro, que éste ignoró por completo.

—No os atribuléis —continuó Seregil con ligereza—. Este rapaz no deja de sorprenderme con sus rápidos progresos. Esta noche gozareis de una demostración de sus talentos.

—Ya veremos, Maese Windover —gruñó dubitativo el posadero—. El muchacho asegura que será bueno para el negocio, así que cuanto antes comencéis, mejor para todos.

Aunque hizo una leve reverencia a Seregil, Alec estaba seguro de haber entrevisto

un destello de humor perverso en la mirada del hombre mientras se marchaba.

—Has tardado —señaló Seregil secamente mientras comprobaba la afinación de su arpa. La multitud que los rodeaba, impaciente por la proximidad del espectáculo, parecía agitarse.

—¡No le pasa nada malo a vuestra voz! —susurró Alec, alarmado.

—Esta noche tengo que hacer algunas cosas que me impiden ser el centro de atención durante toda la velada. No te preocupes, no tendrás ningún problema. Me asombra que hayas conseguido la habitación por un marco y medio. Nunca creí que podrías lograr que el viejo ladrón bajara de dos. Pero me pica la curiosidad: ¿Cómo piensas traer a los plenimaranos?

—No lo se —admitió Alec—. En aquel momento me pareció una buena idea decirle eso.

—Bien. Con suerte, estaremos lejos de aquí antes de que tengamos que mantener muchas de tus promesas. Pero, por si no es así, un consejo: mantente lejos de los soldados, especialmente si estás solo. Son marineros plenimaranos y hay muy pocas cosas que no sean capaces de hacer. No sé si me entiendes.

—No, creo que no —dijo Alec, intrigado por el tono de Seregil.

—Te lo diré de otra forma. Esta gente tiene un dicho: «cuando las putas son escasas, un muchacho bien te basta». ¿Comprendes ahora?

—Oh —dijo Alec, enrojeciendo.

—Considérate advertido. Y ahora creo que es el momento de que demuestres lo que vales, mi pequeño aprendiz de bardo.

Seregil se puso en pie y se aclaró la garganta antes de que Alec pudiera poner ninguna objeción.

—Buenas gentes —anunció, gesticulando para llamar la atención de la concurrencia—. Me llamo Aren Windover. Soy un humilde bardo y este muchacho es mi aprendiz. Me temo que, mientras nos dirigíamos hacia vuestro pueblo, he contraído una pasajera inflamación de garganta. No obstante, os ruego que nos permitáis ofrecer os entretenimiento.

Volvió a tomar asiento en medio de vítores entusiastas y el clamor de las jarras contra las mesas. Se pidieron canciones favoritas y, con ellas, más cerveza.

Alec sintió que la boca se le secaba mientras una sala entera de rostros expectantes se volvía hacia él. Algunas veces había formado parte de reuniones como aquellas, pero jamás había sido el centro de atención.

Seregil le acercó una jarra de cerveza con una sonrisa traviesa en el rostro.

—No te preocupes por esta turba —susurró—. Tienen los estómagos llenos y las jarras medio vacías.

Alec tomó un largo trago y logró responderle con una sonrisa insegura.

Alec conocía todo el repertorio de Seregil y eligió entre las peticiones del público

de acuerdo a él. Comenzaría con «*Al Otro Lado del Mar Aguarda mi Amor*».

La voz de Alec, aunque impropia de un bardo, era suficientemente buena para esta audiencia. Interpretó todas las canciones de pecadores que conocía y realizó un trabajo pasable con varias baladas históricas que Seregil le había enseñado en las Quebradas. Esto y el excelente acompañamiento del arpa de Seregil le permitió ganarse muy pronto a la multitud. Cuando su voz comenzaba a fatigarse, Seregil extrajo un silbato de latón y comenzó a interpretar una melodía de baile.

Los rumores sobre su actuación se extendieron como la pólvora.

Aparecieron más y más clientes, pidiendo a gritos cerveza y nuevas canciones. Entre los recién llegados había media docena de hombres con armaduras de cuero rígido y capacetes. Alec no necesitó que Seregil le dijera que estos eran los marineros contra los que se le había advertido. Saltaba a la vista que eran hombres duros.

Cantó durante casi una hora antes de que Seregil se detuviera y anunciara a la audiencia que se marchaba para tomar un pequeño descanso.

—Quédate aquí y afina el arpa —dijo mientras depositaba el instrumento en las manos del muchacho—. Y toma algo de agua para aclararte esa garganta. La cerveza es buena para el espíritu pero pésima para la voz. ¡Lo estás haciendo espléndidamente!

—Pero ¿dónde...?

—Volveré pronto.

Alec observó a Seregil mientras se aproximaba hacia el rincón más lejano de la sala, donde un hombre alto y de espaldas anchas se sentaba solo. Se cubría el rostro con una capucha pero, a juzgar por el peto de cuero que llevaba y la espada larga que pendía de su cinto, Alec suponía que se ganaba la vida como guardia de caravanas.

Seregil intercambió un saludo con el extraño y se le invitó a que tomara asiento. Muy pronto estaban enzarzados en una conversación.

Parecía evidente que por el momento podía relajarse, así que Alec dejó que su mirada vagara por la habitación, examinando al resto de la concurrencia. Al cabo de un rato descubrió a una drisiana, sentada junto a la puerta. La sencilla túnica que vestía y el colgante de bronce con forma de serpiente que pendía de una correa de cuero alrededor de su cuello revelaban su condición. Estaba ya rodeada por un pequeño grupo de gente que buscaba curación. Se encontraban de pie, observándola en silencio con una mezcla de esperanza y reverencia mientras ella examinaba a un niño sentado sobre su regazo. Lleno de curiosidad, Alec se unió a ellos.

Las negras trenzas que caían sobre sus hombros mientras se inclinaba hacia delante estaban veteadas de plata y su ajado rostro era de una severidad austera, pero sus manos examinaban al niño con delicadeza y sabiduría. Cogió el bastón que se apoyaba contra el banco, a su lado, pronunció unas pocas y suaves palabras sobre el niño y se lo devolvió a su madre.

—Haz cada mañana una infusión de agua clara con esto —le dijo mientras sacaba seis hojas secas de una bolsa de su cinturón—. Añade un poco de leche y un poco de miel. Déjala enfriar y dásela a lo largo del día. Cuando hayas utilizado la última de las hojas, el niño estará bien. Ese mismo día deposita tres marcos de cobre en el altar del Templo de Dalna y da las gracias. Ahora dame un marco y que la Misericordia del Hacedor sea contigo.

Entonces se volvió hacia los otros y comenzó a atenderlos, ora dispensando bendiciones o hierbas curativas, ora rezando una sencilla plegaria sobre algún enfermo. Cuando hubo terminado con los niños, varios pescadores se le acercaron y, finalmente, lo hizo una pareja de opulentos comerciantes que le presentaron con timidez a su joven hija.

Después del examen de rigor, la drisiana le dio a la madre un puñado de hierbas y le pidió una ofrenda de plata, y no de cobre como había hecho con todos los demás. Sin decir una palabra, el marido pagó el dinero solicitado y la familia se marchó.

Alec estaba a punto de marcharse cuando la mujer lo miró directamente a los ojos y preguntó:

—¿Por qué crees que les he cobrado más?

—Yo... yo no lo sé —balbuceó Alec.

—Porque ellos podían permitirse pagar más —afirmó mientras, para mayor asombro de él, le guiñaba un ojo como si se conocieran—. Quizá podría prestarle algún servicio a tu señor. ¿Os alojaréis aquí esta noche?

—Sí, en la habitación de más arriba —replicó Alec, preguntándose qué podría hacer ella con respecto a la fingida enfermedad de Seregil—. ¿Puedo decirle vuestro nombre?

—No es necesario. Dile simplemente que lo visitaré más tarde.

Ella se puso en pie y el bastón resbaló hacia un lado. Sin pensarlo un momento, Alec lo recuperó y se lo tendió. Durante el breve instante en que las manos de ambos estuvieron en contacto con él, Alec sintió que un temblor fuerte y no del todo agradable atravesaba la madera.

—Que las bendiciones del Hacedor te acompañen esta noche —dijo ella antes de desaparecer entre la multitud.

Las canciones se prolongaron hasta medianoche. Aunque el modesto repertorio de Alec se agotó mucho antes de ese momento, los parroquianos pidieron a Seregil que tocara para ellos, y algunos se levantaron y le pusieron voz a sus melodías. Cuando por fin el posadero anunció que había llegado la hora de cerrar, la multitud obsequió al bardo y su aprendiz con una atronadora salva de aplausos, y la mayoría de ellos dejó una moneda o dos en la mesa que había junto a la puerta. Muy satisfecho con su inversión, el posadero les sirvió una última jarra de cerveza y entonces, bebida en mano, subieron a su habitación.

Seregil se derrumbó sobre la cama, comenzó a inspeccionar las ganancias de la noche y le entregó a Alec la mitad de las monedas.

—Hemos estado bien. Treinta monedas de cobre y dos de plata. Me fijé en que hablabas con Erisa.

—¿Quién?

—La drisiana. ¿Qué piensas de ella?

—Parecía igual a los demás. Salvo porque resultaba... —se detuvo, buscando la palabra apropiada.

—Inquietante.

—Sí, eso es. No es que diera miedo. Sólo era inquietante.

—Créeme, los drisianos pueden dar bastante miedo cuando se lo proponen —sin embargo, antes de que pudiera extenderse sobre el particular, el picaporte de la puerta giró y Erisa penetró en silencio en la habitación.

—Creía que ibas a tener al pobre muchacho toda la noche trabajando —lo regañó—. Algo me dice que en realidad no necesitáis mi ayuda.

Seregil se encogió de hombros y esbozó una sonrisa tortuosa.

—Sería muy necio si creyera que puedo engañarte. Alec, baja a la cocina, ¿quieres? Necesitamos comer algo después de toda esa cerveza y sospecho que Erisa no ha tenido tiempo de cenar.

—Sólo quiero té y un poco de pan —dijo Erisa con los brazos cruzados. Saltaba a la vista que ambos estaban esperando a que se marchase.

¡Otra vez dando órdenes!, pensó mientras cerraba con fuerza la puerta. Y, sin embargo, estaba más intrigado que irritado. Esta drisiana debía de ser la misteriosa «ella» de la que había hablado el ciego, allá en la cabaña. Pero ¿quién era el espadachín encapuchado?

A mitad del pasillo se detuvo, vaciló un instante y entonces se deslizó de vuelta hacia la puerta tan silenciosamente como le fue posible.

—Se ha visto a un grupo de unos cincuenta dirigiéndose hacia los Yermos Occidentales, sobre Ubre del Draco —estaba diciendo Erisa—. Connel los descubrió cerca del Vado de Enly el siete de Erasin, pero no hemos sabido nada más de ellos desde entonces.

—Puedo comprender que intenten cortejar a los señores de las montañas y que traten de afianzar su poder en la Vía Dorada —dijo Seregil—, pero en esa dirección no hay nada, excepto unas pocas tribus bárbaras. ¿Qué demonios pueden estar buscando?

—Eso es precisamente lo que Connel esperaba descubrir. Salió tras ellos tan pronto como supimos lo que estaba ocurriendo. Desgraciadamente, tampoco hemos vuelto a saber de él desde entonces... Alec, por favor, date prisa con mi té.

Una picazón desagradable que no tenía nada que ver con el ardor de sus mejillas

envolvió durante un breve instante a Alec mientras se apresuraba escaleras abajo. Temiendo tener que volver a verla, se demoró hirviendo el agua. No obstante, cuando regresó a la habitación, la mujer se limitó a darle las gracias y se marchó.

—Bueno. Por lo que parece, ésta es una cama bastante buena, pero sólo hay espacio para uno. ¿Dónde vas a dormir? —Seregil bostezó mientras se quitaba la camisa. Aparentemente, no tenía nada que decir del hecho de que Alec hubiese estado espiándolos.

—Como vuestro aprendiz, supongo que me corresponde dormir en el establo —aventuró Alec. La verdad era que la perspectiva no lo complacía en absoluto.

—Eso es una completa tontería. ¿De qué me servirías allí? Tu lugar está delante de la puerta, por si acaso tenemos visita esta noche. Prepárate un jergón allí.

Mientras se preparaban para dormir, Alec se descubrió pensando de nuevo en la drisiana.

—¿La conocéis desde hace mucho tiempo? —preguntó en la oscuridad.

—¿A Erisa? Oh, sí.

Después de un momento de silencio resultó evidente que Seregil consideraba estas palabras respuesta suficiente. Alec decidió insistir.

—¿Cómo la conocisteis?

Durante unos instantes pensó que Seregil se había quedado dormido o que no quería responderle, pero entonces escuchó el crujido de la cama.

—Estaba trabajando en Alderis —dijo Seregil—. Está en Micenia, cerca de la costa. Era un trabajo difícil y por entonces yo era muy joven y apenas conocía el oficio. El caso es que lo estropeé todo y me cogieron. Quienes me habían capturado expresaron su desagrado de la manera más enfática y luego abandonaron lo que quedaba de mí muy lejos de la ciudad. Creían que había muerto; recuerdo que yo mismo no estaba muy seguro al respecto. Cuando desperté, varios días más tarde, me encontraba en una cabaña y Erisa estaba allí.

—Apuesto a que posee otros poderes aparte de la curación —dijo Alec mientras el hormigueo sentido cuando tocara el bastón emergía a su memoria.

—Puede controlar a la gente si le place. Le he visto hacerlo, aunque la verdad es que el poder no la complace. Pero te diré algo sobre ella. Ha salvado mi vida varias veces y yo la de ella, y a pesar de todo me siento un poco nervioso en su compañía. Nunca sabes cómo piensan los drisianos o cómo ven las cosas.

—Ella sabía que estaba escuchando.

Seregil rió en la oscuridad.

—Lo hubiera sabido incluso si yo hubiera estado escuchando. No te preocupes, lo haces bastante bien para ser un principiante. Ahora será mejor que te duermas. Mañana nos espera un día atareado. Tú necesitas ropa nueva y yo tengo que echar un vistazo a esos soldados.

Alec escuchó de nuevo el crujido de la cama. Bajo la ventana, las olas rompían suavemente contra los pilotes y su sonido fue sumiéndole en un plácido sopor. Estaba a punto de dormirse cuando una carcajada repentina de Seregil lo sobresaltó y lo despertó por completo.

—¡Y tienes que conseguir que actuemos para el alcalde!

Viejos amigos, enemigos nuevos

A la mañana siguiente, Alec despertó y se sentó guiñando los ojos mientras Seregil abría bruscamente las contraventanas. El aire frío y la luz matutina inundaron la habitación.

—Dudo que esta noche hubieras oído a un intruso, si es que llega a presentarse, pero la verdad es que has bloqueado la puerta perfectamente —señaló Seregil mientras se colgaba el arpa del brazo—. Esta mañana, mientras tú te dedicabas a roncar, he estado pensando. Tu idea de cantar para el alcalde ha resultado ser una inspiración. Después de todo, ese tal Boraneus se aloja con él. Tengo que ocuparme de algunos asuntos en el mercado. Busca algo de comer y nos encontraremos más tarde para encargarnos de tu vestuario. Si no me ves antes, búscame en la herrería de Maklin dentro de una hora. ¡Y ahora, aparta de mi camino!

Tan pronto como se hubo marchado, Alec se levantó y se calzó las botas. En el exterior, el sol brillaba sobre la tranquila superficie del lago y relucía de forma trémula alrededor de las numerosas velas que salpicaban las aguas en el horizonte.

Aunque estaba ansioso por volver a encontrarse con Seregil, el olor a gachas de avena y salchichas fritas que subía por las escaleras era demasiado bueno como para no investigarlo.

—Tú debes de ser el aprendiz del bardo, ¿verdad? —le preguntó una mujer mientras se detenía junto al umbral—. ¡Pasa, muchacho! Tu señor acaba de estar aquí y me ha pedido que me ocupase de que tuvieras todo lo que quisieras.

Seregil debe de haber sido generoso, pensó Alec al ver que ella llenaba su escudilla con gruesas salchichas y pasta de avena, y a ello le sumaba una gran jarra de leche y varias galletas calientes.

—¿Y cómo es que has dado con un señor tan bondadoso como ese, eh? —la mujer sonrió, observando con satisfacción cómo daba buena cuenta de su comida.

—Simplemente me tomó como aprendiz —respondió él con la boca llena—. Antes de eso, la verdad es que lo pasé bastante mal.

—Bueno. Pues mantente a su lado, cariño. Seguro que hará de ti un hombre decente.

Alec asintió con la cabeza, aunque en el fondo albergaba ciertas dudas sobre el particular. Cuando terminó, dejó una de sus monedas sobre la mesa y salió hacia el mercado.

—Todo lo que tengo que hacer es seguir el mismo camino por el que llegamos la otra noche —se dijo. Pero, fuera la que fuese su habilidad a campo abierto, Alec siempre había encontrado las ciudades bastante desconcertantes. A la luz del día, una calle estrecha y sinuosa no se diferenciaba demasiado de otra, y no pasó demasiado

tiempo antes de que estuviera tan perdido que ni siquiera podía volver a la zona de los muelles. Maldiciendo a las ciudades y a todos los que vivían en ellas, decidió rendirse y preguntar la dirección.

Desgraciadamente, había poca gente en las calles. Hacía ya mucho rato que los pescadores habían salido y, a esta hora, la mayoría de las mujeres se encontraba en el mercado o en el interior de sus hogares. Un poco antes se había cruzado con varios grupos de niños, pero la calle en la que se encontraba ahora desembocaba en un grupo de almacenes y estaba desierta por completo. No parecía haber otra cosa que hacer más que volver sobre sus pasos y confiar en la suerte.

Después de doblar una esquina, vio una taberna y decidió probar suerte. Estaba casi junto a ella cuando la puerta se abrió bruscamente y un grupo de tambaleantes marineros plenimaranos salió a la calle.

Eran cinco; vacilaban al caminar y cantaban en su lengua materna con voces cuyo tono revelaba que habían bebido de más. Repararon en Alec antes de que pudiera esconderse y se dirigieron sin prisa hacia él.

Alec los saludó con un gesto de la cabeza mientras trataba de pasar a su lado, pero uno de ellos sujetó el extremo de su capa, tiró de ella y lo arrastró hasta que se encontró frente a los soldados. El que lo había cogido, un hombre de cara redonda cuyo labio inferior estaba cortado en dos por una profunda cicatriz, le gritó alguna clase de desafío mientras le clavaba una vez tras otra el dedo índice en el pecho.

—¡Borracho estúpido! —otro de ellos, un hombre más alto y de barba negra, apartó a Caracortada y rodeó con su grueso brazo los hombros de Alec. Hablaba con acento espeso, pero logró hacerse entender—. Como dice mi Hermano Soldado, eres un muchachito con muy buena pinta. Podrías ser marinero. ¿Por qué no te unes a nosotros?

—No creo que valga para soldado —replicó Alec. Al instante, varios de ellos llevaron la mano a la daga, con gesto despreocupado—. Lo que quiero decir es que no soy lo bastante mayor, ni lo bastante fuerte... como ustedes.

Un soldado tuerto tiró de la manga de Alec.

—Vaya, vaya. ¿Demasiado importante para ser Hermano Soldado?

—¡No! —gritó Alec, dando una vuelta en el interior del círculo de hombres—. Yo respeto a los Hermanos Soldados. ¡Hombres valientes! Dejadme que os invite a un trago...

De improviso, Un-Ojo y Cara-Redonda lo sujetaron por los brazos.

El soldado barbudo arrancó la bolsa del bolsillo de su cinturón y vació su contenido en su mano.

—Claro, tú pagas muchas cervezas —dijo, sonriendo de oreja a oreja mientras inspeccionaba las monedas. Repentinamente, su rostro se ensombreció y colocó algo delante de los ojos de Alec.

Era la moneda de Eskalia; la había sacado la noche anterior y había olvidado volver a guardarla en su bota.

—¿De dónde sacas esto, muchachito? —gruñó el plenimarano barbudo—. ¡No pareces asqueroso eskaliano! ¿Por qué tienes dinero de la asquerosa reina zorra?

Antes de que tuviera tiempo de contestar, el hombre le propinó un fuerte puñetazo en el estómago y gritó:

—¿Espía asqueroso, quizá?

Por la Misericordia del Hacedor, otra vez no.

Jadeando en busca de aliento, Alec se encogió y los soldados lo arrojaron al barro medio helado que llenaba la calle. Alguien le dio una patada en la espalda, y unas punzadas de intenso dolor ensombrecieron su visión. A duras penas logró ponerse de rodillas y extendió una mano hacia la bota, donde escondía la daga, mientras rezaba para que su capa escondiera el movimiento.

—¡Tú, Tildus! ¿No es demasiado temprano para andar torturando niños?

Alec no podía ver al que acababa de hablar, pero su voz tenía un acento norteño que, en aquel momento, parecía una bendición. Los marineros dejaron de golpearlo y el hombre barbudo se volvió.

—¡Micum Cavish, saludos! No torturamos. Sólo interrogamos a espía.

—Ese no es ningún espía, maldito idiota, es el hijo de mi hermano. ¡Dejadlo ir antes de que peligre nuestra amistad!

Perplejo, Alec estiró el cuello para poder ver mejor a ese tal Micum Cavish. Cuando lo tuvo ante sus ojos, comenzó a comprender.

Cavish era el encapuchado con el que Seregil había hablado la noche anterior. Sólo que ahora la capucha estaba echada hacia atrás y revelaba un rostro pecoso de rasgos fuertes bajo una espesa melena de pelo castaño. Unas pobladas cejas de color rojizo coronaban sus ojos azules, y un mostacho todavía más poblado caía por ambos lados de su boca. Su postura era relajada, pero su mano derecha, apoyada como si tal cosa en el cinturón, se encontraba muy cerca de la empuñadura de su espada. El hecho de que lo superaran en número en una proporción de cinco a uno no parecía importarle en absoluto.

—Perdón —estaba diciendo Tildus—. Tenemos mucho licor. Cuando vemos dinero de la reina zorra por aquí, nos volvemos como locos. ¿Ves?

—¿Desde cuando convierte una simple moneda a alguien en espía? —el tono de Micum Cavish era jocoso, pero la mano permanecía cerca de la espada—. No hace mucho que ha comenzado a trabajar con un bardo. En las rutas de las caravanas se ve toda clase de monedas. Aquí en el norte la plata es plata, y a nadie le importa la cara que la acompaña.

—Error, ¿eh? —Tildus rió de lado a lado, mientras hacía un gesto a los demás para que ayudaran a ponerse en pie a Alec—. No mucho daño, ¿verdad, muchachito?

Tú cantas, quizá nosotros podemos ir a oírte cantar. ¡Te damos buena plata de Plenimar! Vamos, Hermanos. Mejor dormir la mona y no meterse en más problemas —con estas últimas palabras reunió a sus ceñudos compañeros y abandonaron el callejón dando tumbos.

—Gracias —dijo Alec mientras reunía sus monedas llenas de barro. Ahora que se encontraban más cerca, le sorprendió descubrir que los cabellos del hombre estaban salpicados de plata en torno a las sienes—. ¿Así que sois mi tío Micum?

El alto espadachín sonrió, afable.

—Es lo primero que me pasó por la imaginación. Ha sido una suerte para ti que yo pasase por aquí precisamente ahora. Para empezar, ese Tildus es un bastardo desagradable, y además es todavía peor cuando está bebido. ¿Qué estás haciendo vagando solo por aquí?

—Trataba de llegar al mercado, pero me perdí.

—Sigue por esta calle, tuerce a la izquierda y continúa recto hasta que llegues allí —ofreció a Alec un guiño de complicidad y dijo—. Creo que encontrarás a Aren en la segunda sastrería, a la derecha de la esquina.

—Gracias de nuevo —dijo Alec mientras Micum se marchaba. El hombre alzó la mano brevemente a modo de saludo y desapareció detrás de la esquina.

Alec encontró a Seregil muy ocupado, regateando por el precio de unas camisas. Al reparar en el aspecto desarreglado del muchacho, se apartó rápidamente de la barraca del sastre.

—¿Qué te ha ocurrido?

Alec relató su historia rápidamente. Al escucharle mencionar a Micum, Seregil levantó una ceja, pero no hizo comentario alguno al respecto.

—Hoy parece haber muchísima actividad. Parece que hemos llegado justo a tiempo. Los plenimaranos se marchan mañana y el alcalde va a ofrecer esta noche un banquete en su honor. Parece que será todo un acontecimiento. Sin embargo, parece ser que se encuentra un poco corto por lo que a los espectáculos y entretenimientos se refiere. He estado ideando un plan para hacerme ver.

—¿Qué pretendéis hacer? ¿Cantar en las escaleras de su casa?

—Nada tan evidente. Justo al otro lado de la plaza hay una agradable fuente. Creo que está lo suficientemente cerca, ¿no te parece?

Concluyó sus negocios con el sastre y se dirigieron atravesando el puente hacia la calle de los Armeros.

Allí, el clamor de los martillos contra el metal era casi más de lo que Alec podía soportar. Sin embargo, a medida que se acercaban a la tienda de un vendedor de arcos, su rostro se iluminó a ojos vista.

—No sé mucho de estas cosas, pero he oído que Corda es el mejor —señaló

Seregil.

Alec se encogió de hombros sin apartar los ojos de los arcos expuestos.

—Los de Corda son buenos, pero no tienen el alcance de los de Radly. En todo caso, cualquiera de ellos está más allá de mis posibilidades. Si no os importa, podríamos parar en la tienda de Tallman. No me siento a gusto viajando sin un arco.

—Perfecto, pero primero tenemos que hablar con Maklin para conseguirte una espada.

Desde algún lugar detrás del vestíbulo de la tienda del herrero les llegaba el tronar de los martillos contra el acero, y Alec tuvo que contener el impulso de taparse los oídos con las manos. Mientras tanto, Seregil paseaba con expresión de felicidad entre la resplandeciente colección de espadas y cuchillos que cubría las paredes. La mayoría de las armas era obra del propio herrero, pero una sección de la tienda estaba dedicada a armas antiguas que habían sido canjeadas por otras más nuevas. Seregil se detuvo para examinar estas últimas con más detenimiento, señalando las de diseño arcaico o extranjero, así como esas otras que habían experimentado modificaciones inteligentes. Alec apenas podía escuchar sus comentarios.

Por ventura, el estruendo disminuyó considerablemente cuando un hombre corpulento, que lucía un delantal de cuero manchado, hizo su aparición por una puerta en el fondo de la tienda y saludó a Seregil con una exclamación alborozada.

—¡Bienvenido, Maese Windover! ¿Qué puedo hacer hoy por ti?

—Bien hallado, Maese Maklin. —Seregil le devolvió el saludo—. Necesito una espada para mi joven amigo.

—¿Para mí? —preguntó Alec, sorprendido—. Pero si os dije...

El herrero miró a Alec y durante un momento pareció evaluarlo.

—¿Alguna vez has blandido una espada, muchacho?

—No.

El herrero extrajo un juego de calibradores y comenzó a medir las diversas dimensiones de Alec. Después de palpar los músculos de su brazo con una expresión seria en el rostro, dijo:

—¡Tengo justo lo que necesita! —y volvió a desaparecer en el interior de la tienda. Regresó al cabo de un rato llevando debajo del brazo una espada larga con su vaina. Presentó la empuñadura a Alec mientras le invitaba con el gesto a cogerla.

—Tiene la estatura y la envergadura necesarias para blandirla —señaló Maklin a Seregil—. Es una buena hoja, bien equilibrada y fácil de utilizar. La hice por encargo de un mercader, pero el desgraciado nunca vino a recogerla. No es que sea especialmente bonita pero es un buen acero. Mientras la forjaba la bañé en sangre de toro y, como bien sabes, para el acero no hay mejor encantamiento que éste.

Incluso Alec podía ver que el herrero estaba siendo modesto.

Sentía la resplandeciente espada como si fuera una extensión de su propia mano.

No era ligera, pero a pesar de ello, mientras Maklin le enseñaba a sostenerla y blandirla de esta o aquella manera, experimentaba una sensación fluida, natural en los movimientos. La empuñadura estaba envuelta en un alambre enrollado y terminaba en un pomo esférico y bruñido. Los nervios de la guarda, de bronce, describían elegantes curvas rematadas por pequeños botones aplanados, cincelados para semejar la cabeza aovillada de un helecho sin abrir. La hoja no estaba decorada, pero al reflejar la luz emitía destellos ligeramente azulados.

—Un diseño singular —señaló Seregil, tomando la espada entre sus manos y pasando un dedo sobre los nervios de la guarda—. No es bonita, pero tampoco es tosca. ¿Ves cómo se curvan estas púas desde la empuñadura, Alec? Esto es lo que utilizas para arrebatársela a tu enemigo la espada de la mano o para romper su hoja, si sabes cómo utilizarla.

Desenvainó su propia espada y le mostró a Alec las similitudes entre ambas. Por primera vez, Alec reparó en que los nervios del arma de Seregil, terminados en gastadas cabezas de dragón, estaban llenos de muescas y cicatrices.

—Es una buena arma, Maklin. ¿Cuánto? —preguntó Seregil.

—Cincuenta marcos con la vaina —replicó el herrero.

Seregil pagó el precio sin regatear y Maklin incluyó un cinto de espadachín. Acto seguido, instruyó a Alec sobre la manera correcta de colocárselo, anudado dos veces en torno a su cintura y con las correas atadas de manera que la espada pendiese en el ángulo apropiado contra la cadera izquierda.

Cuando estuvieron de nuevo en la calle, Alec trató de dar las gracias a Seregil.

—Me lo pagarás de una forma o de otra —dijo Seregil, poniendo fin a la cuestión—. Por ahora, me basta con que me prometas que no la desenvainarás hasta que hayas aprendido a utilizarla. Aunque la sostienes bien, eso no basta en el caso de que se produzca una lucha.

Mientras pasaban de nuevo frente a las tiendas de arcos, Seregil se detuvo frente a la de Radly.

—No tiene sentido entrar ahí —le dijo Alec—. Un buen arco de Radly cuesta por lo menos tanto como esta espada.

—¿Y lo vale?

—Bueno, sí.

—Entonces vamos. Llegado el caso de que nuestra vida dependa de ti, no quiero que utilices un palo de tres peniques.

El corazón de Alec comenzó a latir con más fuerza cuando entraron en la tienda. Su padre, que era un arquero decente, había señalado más de una vez el lugar con una reverencia que en él era insólita. El Maestro Radly, había dicho a su hijo, poseía un don para la fabricación de arcos que iba más allá de lo natural. Alec nunca había imaginado que un día entraría en aquel lugar como cliente.

En aquel momento, el maestro fabricante de arcos, un hombre severo y corpulento, estaba instruyendo a su aprendiz en las técnicas más complejas de la fabricación de flechas. Después de invitarlos a inspeccionar por su cuenta la tienda, siguió con su quehacer.

En aquel lugar, Alec se encontraba en su elemento.

Inspeccionaba la hilera de arcos con el mismo deleite que, obviamente, Seregil había sentido en la herrería.

Varios arcos largos sin tensar, de casi un metro ochenta de longitud, pendían, sujetos a cuerdas, del techo. Dispuestas en varias estanterías a lo largo de las paredes, había ballestas de todos los tipos junto a arcos cortos, apropiados para las damas, arcos compuestos de caballería y, en general, todos los tipos de armas que se utilizaban comúnmente en el norte. Pero Alec sólo tenía ojos para un tipo particular de arco, conocido como el Radly Negro.

Algo más cortos que los arcos largos regulares, éstos estaban fabricados con la madera del tejo negro del Bosque del Lago, muy difícil de trabajar. Otros fabricantes menos diestros podían arruinar media docena de varas de esta madera antes de terminar un arco, pero Radly y sus aprendices habían perfeccionado la técnica al máximo. Barnizados con aceites y cera de abeja, resplandecían como el carey negro.

En el centro mismo de la tienda, situados sobre una mesa alargada, descansaban siete de ellos. Alec los inspeccionó uno por uno, comprobando la rectitud de los miembros terminados en punta, la suavidad de la talla y la marca de marfil del artesano pegada en el envés, allí donde el arco se empuñaba. Por fin pareció decidirse por uno. Lo sujetó por ambos lados de la empuñadura y lo dobló bruscamente; al instante, el miembro inferior cayó en su mano, suelto.

—¿Qué estas haciendo? —siseó Seregil con alarma.

—Es un arco de viaje. —Alec le mostró el regatón de acero que coronaba el extremo del miembro, con el diminuto perno que lo fijaba en su lugar, en el interior de la vaina de la empuñadura—. Son más fáciles de transportar cuando se viaja por terrenos difíciles o a caballo.

—Y también más fáciles de esconder —señaló Seregil mientras volvía a ajustar la sección en su lugar—. ¿Tiene tanta potencia como un arco largo?

—Dependiendo de la longitud, puede llegar a ejercer más de ochenta libras de presión.

—¿Y puede saberse lo que eso significa?

Alec tomó otro de los arcos y lo sostuvo frente a sí como si fuera a tensarlo.

—Significa que si pudiera colocar a dos hombres en fila, uno delante de otro, podría atravesarlos a ambos por completo de un solo flechazo. Con esto puede abatirse casi cualquier cosa, desde una liebre hasta un ciervo. He oído que pueden incluso atravesar una cota de mallas.

—¡Harían sangrar a una veleta de cobre! —dijo Radly mientras, por fin, se reunía con ellos—. Parece que algo sabéis de arcos, joven señor. ¿Qué os parecen?

—Me gustan estos —dijo Alec, señalando los dos que había apartado—. Pero no termino de estar seguro sobre la longitud.

—Será mejor que comprobemos vuestra envergadura.

Con una mano, Alec sostuvo el arco en alto mientras con la otra tiraba de una invisible cuerda hasta el oído, al tiempo que el maestro artesano extendía un cordel de medida entre su dedo índice izquierdo y el ángulo de su mandíbula, bajo su ojo derecho.

—Cualquiera de los dos os valdrá —concluyó Radly—. O aquel de allí.

Señaló a uno de los que descansaba sobre la mesa, que Alec había descartado.

—Creo que prefiero estos dos —contestó el muchacho, firme en su primera decisión.

Radly colocó todos los arcos en fila.

—Mirad las marcas.

La marca de la tienda, un tejo negro grabado sobre el marfil, parecía la misma en todos ellos. Entonces, Radly señaló la diminuta «R», visible sólo en la copa de los dos que Alec había elegido y que indicaba que ambos eran obra del maestro y no de uno de sus ayudantes.

—Tenéis buen ojo para ser tan joven —dijo el fabricante de arcos—. Venid a probarlos.

Después de armar los arcos, Radly los condujo a través de la tienda hasta el callejón que había al otro lado.

Al final del mismo se habían dispuesto varias dianas. La primera de ellas era un simple círculo pintado sobre la sección en forma de cruz de un gran leño. La segunda era otro círculo, pero esta vez, para acertar al blanco, la flecha tenía que atravesar tres anillas de hierro que colgaban de unos palos situados entre el arquero y el objetivo. La última estaba formada simplemente por ocho varas de sauce clavadas sobre la tierra.

—¿Qué es todo esto? —suspiró Seregil mientras el arquero iba a ajustar las varas.

—Dicen que no vende un Negro a nadie que no consiga acertar las tres dianas —le contestó Alec en un susurro mientras anudaba una guarda de cuero alrededor de su antebrazo izquierdo.

Al volver, Radly le tendió un carcaj de flechas.

—Tened. Veamos cómo disparáis.

Alec seleccionó con cuidado una flecha y la clavó sin dificultades en la primera de las dianas. Probó entonces con el segundo arco y consiguió repetir la hazaña con facilidad. La segunda de las flechas había arrancado parte de los penachos de la primera.

En la siguiente diana, la primera de sus flechas rebotó en una de las anillas y quedó corta. Miró al cielo. Era un día despejado. Respiró profundamente, dejándose invadir por la calma que necesitaba para tirar. Al segundo intento acertó en el centro mismo de la diana y entonces repitió el disparo, sólo para asegurarse. Volviendo de nuevo al primero de los arcos, consiguió tres dianas limpias en rápida sucesión.

Decidió entonces que era un buen día para disparar, mientras se relajaba hasta alcanzar el estado de calma y bienestar casi sobrenatural que experimentaba en momentos como aquel. Se volvió hacia la última de las dianas y dejó volar cuatro flechas, una detrás de otra, sin un momento de pausa. Se clavaron todas ellas, en estacas alternas y prácticamente a la misma altura.

A su espalda, Seregil dejó escapar un suspiro de admiración pero Alec mantuvo la mirada fija en las estacas.

Cambió de arco y rápidamente volvió a acertar a las varas restantes, sólo que esta vez a una altura diferente. Mientras bajaba el arco, estalló detrás de él un aplauso y se volvió; Seregil, Radly y varios de sus aprendices sonreían abiertamente con aprobación.

Ruborizándose, musitó:

—Creo que me quedaré con éste.

Aquella tarde, la misión de Seregil fue un éxito; regresó con la noticia de que habían sido contratados para actuar en el banquete del alcalde que tendría lugar al caer la noche. Tan pronto como se hubo disculpado con el posadero, arrastró a Alec hasta una casa de baños cercana y luego de vuelta a la habitación para darle los últimos toques a su acicalado.

—Te sienta mejor que a mí —señaló Seregil mientras le ajustaba la faja a Alec.

Alec vestía el segundo mejor traje de «Aren»: una larga túnica de fina lana azul, decorada con franjas bordadas que recorrían el dobladillo y las mangas. Habían pagado a una de las muchachas que trabajaban en la cocina para que puliera sus botas hasta darles un brillo respetable.

El propio Seregil estaba magnífico con su túnica carmesí, decorada con un intrincado patrón blanco y negro y con una delgada banda de seda escarlata y negra, atada en la espalda con un elaborado nudo. Cubrió con elegancia uno de sus hombros con su nueva capa de suntuoso color azul medianoche y la prendió con un pesado alfiler de plata.

—Mientras negociaba nuestra paga con el bailío del alcalde, pude sonsacarle algo sobre los invitados —le dijo Seregil—. Lord Boraneus, aparentemente un enviado comercial, es el jefe de la expedición plenimarana. Va con ellos otro noble, un tal Lord Trygonis, que parece tener también algún poder, aunque habla muy poco. Recurriendo a algunas zalamerías, conseguí que una de las doncellas me contara que

Boraneus y Trygonis se alojan en los mejores aposentos del segundo piso. Aparte de la guardia de honor habitual en un banquete como éste, imagino que habrá numerosos soldados vigilando los alrededores de la mansión. Veamos, ¿estás absolutamente convencido de haber comprendido lo que vamos a hacer esta noche?

Alec estaba intentando con poco éxito arreglar los pliegues de su capa a imitación de la de Seregil.

—Cantaremos hasta que todo el mundo haya bebido bastante. Vos haréis una pausa para afinar el arpa y romperéis una cuerda. Entonces me enviaréis a casa a buscar una nueva cuerda mientras salís a tomar un poco el aire. Hay una pequeña escalera para el servicio en la parte trasera de la casa que conduce al segundo piso. Nos encontraremos allí y subiremos juntos.

—¿Tienes la cuerda de repuesto contigo?

—En mi túnica.

—Excelente. —Seregil extrajo el fardo que guardaba debajo de la cama y sacó de su interior algo envuelto en un jirón de tela de saco. Lo desenvolvió y se lo mostró a Alec: era una hermosa daga. La empuñadura estaba hecha de cuerno negro con incrustaciones de plata. La delgada hoja parecía mortalmente afilada—. Esto es para ti —dijo Seregil mientras la sopesaba un instante sobre la palma de la mano—. Llamó mi atención mientras te entretenías con Maklin. Es más larga que la otra y está mejor equilibrada. Acaso un poco suntuosa para un aprendiz de bardo, pero nadie va a verla dentro de tu bota. Si hacemos como corresponde el trabajo de esta noche, no la necesitarás para nada.

—Seregil, no puedo... —el muchacho balbuceó, abrumado—. Nunca podré pagaros todo esto y...

—¿Pagarme por qué? —preguntó Seregil, sorprendido.

—¡Por esto! ¡Por todo esto! —exclamó el muchacho describiendo con el brazo un giro en derredor—. Las ropas, la espada, el arco... No he hecho nada en toda mi vida para merecerme todo esto. Por el Amor del Hacedor, ni siquiera hace una semana que nos conocemos...

—No seas tonto. Todas estas cosas no son más que las herramientas del oficio. Sin ellas no me servirías de nada. No te preocupes por ellas y no me insultes hablándome de deudas. No puedo pensar en nada que signifique para mí menos que el dinero; es demasiado fácil de conseguir.

Sacudiendo la cabeza, Alec deslizó la daga en el interior de la bota y sonrió.

—Como un guante.

—Espléndido. Vamos a trabajar, entonces. Y que Illior vele por nosotros esta noche.

Las estrellas ya habían salido cuando partieron hacia el palacio del alcalde. Un viento

helado que soplaba sobre el lago les obligó a arrebujarse con sus capas. Como prometiera, Seregil le había conseguido a Alec un par de guantes, y suponía que el muchacho le estaría agradecido por el calor que le proporcionaban.

No por vez primera a lo largo de aquel día, Seregil se preguntó qué estaba haciendo al arrastrar a un muchacho inexperto, al que apenas había conocido hacía una semana, a un robo. O qué estaba haciendo el muchacho al acompañarlo. Astuto como era para algunos asuntos, el chico parecía depositar en él demasiada confianza, y eso lo alarmaba. Seregil, que nunca había sido responsable de nadie más que de sí mismo, no estaba muy seguro de nada, salvo de que, en su momento, internarse en las Quebradas con el muchacho a su lado le había parecido una buena idea. Por mucho que la lógica le dictase lo contrario, al mirar a Alec caminando a su lado, su intuición le decía que la decisión la había tomado la fortuna por él.

Una vez en la casa del alcalde los condujeron a la cocina, donde les fue servida la cena acostumbrada. El tapiz de la puerta había sido retirado y podían ver a un saltimbanqui actuando para los huéspedes en el salón. Cuando se hubo retirado la última de las fuentes y se sirvieron el vino y las frutas, Aron Windover fue anunciado.

El salón estaba iluminado con cirios de cera y la luz que despedía la chimenea. Varias mesas de caballete se habían dispuesto en forma de una gran «U» encarada hacia el hogar. Los invitados, en su mayoría ricos mercaderes, maestros de los gremios y artesanos de Herbaleda, aplaudieron calurosamente mientras Seregil y Alec ocupaban el lugar que les correspondía en una pequeña plataforma preparada al efecto.

Alec tendió el arpa a Seregil con un movimiento ostentoso, aprendido apenas una hora antes, y luego retrocedió respetuosamente.

A la manera más florida de Aren Windover, Seregil se presentó y pronunció un pequeño discurso de agradecimiento para el alcalde y su mujer. Sus palabras fueron bien recibidas y comenzó la primera de sus canciones en medio de una salva de aplausos. Primero atrajo la atención de su audiencia con una conmovedora trova de caza, entonces pasó a interpretar una sucesión de baladas y canciones de amor, intercalando aquí y allá una cancioncilla ligeramente subida de tono una vez que estuvo seguro de que las damas lo aprobaban. Alec lo acompañaba a menudo con una segunda voz, y servía cerveza a su señor cuando la ocasión lo requería.

El que se hacía llamar Boraneus se sentaba en el lugar de honor, a la derecha del gordo alcalde. Mientras tocaba, Seregil lo observó subrepticamente. Era alto, moreno y de pelo negro-azulado, como correspondía a un verdadero plenimarano. Era más joven de lo que Seregil había esperado; no debía pasar de los cuarenta y era extremadamente bien parecido, a pesar de la delgada cicatriz que recorría su rostro desde el borde interior de su ojo izquierdo hasta el pómulo. Sus negros ojos

despedían un fulgor libertino cuando compartía alguna chanza con la mujer del alcalde, pero en cuanto la sonrisa se desvanecía su rostro se tornaba una máscara velada e ilegible. *Por la Luz, es el duque Mardus... se haga llamar aquí como quiera*, pensó Seregil mientras tocaba. Aunque nunca había visto a Mardus antes de ahora, conocía *bien* su descripción y su reputación.

El oficial de más alto rango del sistema de espionaje de Plenimar, conocido también por ser un inquisidor sádico y despiadado. Seregil no pudo evitar un estremecimiento cuando la mirada impasible de Mardus se posó un instante sobre él. El que un hombre como ese estudiara tu rostro era la peor suerte imaginable.

El otro enviado no parecía ser individuo de gran importancia.

Enjuto y pálido, de pelo negro y lacio, Trygonis parecía estar haciendo cuanto podía para no participar en la conversación que sostenían las gárrulas matronas que se sentaban a ambos lados de él. Aunque vestía espléndidamente, con el atuendo que correspondía a un embajador de Plenimar, su piel pálida y su comportamiento silencioso y observador revelaban al experto ojo de Seregil una historia bien diferente. Su apariencia correspondía más bien a alguien que hubiera pasado toda la vida inclinado sobre libros, en habitaciones a las que nunca llegaba la luz del sol.

Seregil actuó durante casi una hora hasta considerar que el momento adecuado había llegado. Se detuvo entonces para afinar el arpa, rompió la cuerda y, después de mantener entre susurros un tenso intercambio de palabras con Alec, se levantó e hizo una reverencia al alcalde.

—Su excelencia —dijo, adoptando un aire de irritación apenas contenida mientras Alec trataba de parecer avergonzado—. Parece ser que mi aprendiz ha olvidado traer cuerdas de repuesto para mi instrumento. Con vuestro permiso, enviaré al muchacho a mis aposentos para que las traiga.

El alcalde se encontraba a gusto y había bebido bastante. Hizo un gesto de asentimiento y Alec salió apresuradamente.

Seregil volvió a realizar una reverencia.

—Si me permitís volver a abusar de vuestra indulgencia, aprovecharé la ocasión para refrescar mi garganta con el frío aire de la noche.

—Naturalmente, Maese Windover. Creo que pasará algún tiempo antes de que os despedamos. Vuestro fino cantar es buena compañía para este vino.

Una vez en el exterior, Seregil fingió estar aclarando sus pulmones y contemplando las estrellas. Viendo a un guardia plenimarano apostado junto a la fachada del edificio, preguntó por las letrinas y se dirigió hacia el patio trasero del palacio. Tan pronto como estuvo a salvo detrás de la esquina, se apresuró a esconderse entre las sombras y examinó el lugar; no había guardianes en la parte de atrás. Alec lo esperaba junto a la escalera de servicio.

—¿Te ha visto alguien? —susurró Seregil.

Alec sacudió la cabeza.

—Atravesé la plaza y luego volví por el otro lado de la casa.

—Bien. Ahora quédate cerca de mí y presta atención. Si algo va mal, sálvese quien pueda, ¿comprendido? Si llegamos a eso, haré lo que pueda por ayudarte, pero hagamos lo posible por no meternos en problemas, ¿de acuerdo?

Alec, aparentemente más intranquilo después de este consejo, asintió rápidamente y lo siguió escaleras arriba hasta el segundo piso.

La puerta estaba cerrada pero Seregil sacó una ganzúa alargada y lo solucionó en cuestión de segundos. Más allá se abría un pasillo apenas iluminado. Seregil hizo el signo *Deprisa* y corrió hacia una puerta que había al otro extremo. Desde el otro lado se escuchaba el rumor de la fiesta del piso de abajo. Seregil abrió la puerta sin apenas ruido y descubrió que se encontraban cerca del rellano superior de la gran escalera.

Justo cuando estaban a punto de dirigirse a hurtadillas hacia las habitaciones de los invitados, un soldado plenimarano vestido de negro comenzó a ascender las escaleras desde el salón y desapareció en el interior de una de las habitaciones con vistas a la calle. Emergió un momento más tarde llevando consigo un pequeño cofre, y se perdió de nuevo escaleras abajo. Seregil contó lentamente hasta diez y luego, llevando a Alec detrás de sí, penetró en el pasillo y se deslizó rápidamente hacia la habitación que el soldado acababa de abandonar. La puerta estaba abierta.

—Esta es la habitación de Trygonis —susurró Seregil—. Vigila. Si tocas algo, *lo que sea*, asegúrate de dejarlo exactamente como lo encontraste.

Junto a la pared había una caja de cama con un arcón de ropa a los pies. Al lado de la ventana, un alto guardarropa y un escritorio.

—Creo que esto primero —murmuró Seregil mientras se arrodillaba junto al arcón. Lo examinó durante un momento y entonces extrajo del interior de su túnica una bolsa de cuero enrollada; la desplegó sobre el suelo, delante de sí, con los ademanes seguros y precisos de un artesano. Contenía una impresionante colección de ganzúas diversas y otras herramientas, cada una de ellas alojada en un diminuto bolsillo.

El pesado candado del arcón cedió al primer intento.

Aparte de un tubo de latón para guardar mapas, el arcón no contenía más que los habituales artículos de vestimenta y equipo.

Todos ellos parecían confirmar que su dueño era un diplomático y no un soldado. A toda prisa, Seregil abrió el tubo y extrajo un pergamino enrollado de su interior. Se dirigió hacia la delgada franja de luz que penetraba por la puerta y lo extendió. Era un mapa de las tierras del norte. Alec lo observó durante un momento por encima del hombro de su compañero y enseguida volvió a la vigilancia, mientras Seregil lo estudiaba más detalladamente y trataba de grabar todos los detalles en su memoria.

Se habían marcado con tinta roja pequeños puntos cerca de las ciudades de la Vía

Dorada, Herbaleda, Kerry y Sark. Otros puntos marcaban los remotos señoríos diseminados a lo largo de las laderas de las Montañas del Corazón de Hierro. Asengai era uno de ellos.

No había nada sorprendente en todo ello. Seregil enrolló el mapa y volvió a colocar los contenidos del arcón tal y como los había encontrado. El escritorio no contenía nada de valor, pero en el guardarropa encontró una pequeña bolsa de seda que contenía un disco dorado engarzado en una cadena de oro.

Un lado del medallón era liso y suave; el otro mostraba un peculiar diseño abstracto formado por intrincadas líneas y volutas en relieve. Por mucho que lo intentó, Seregil no fue capaz de memorizarlo. Ligeramente molesto, volvió a colocarlo en su lugar y se unió a Alec en la puerta. No habían pasado más de cinco minutos.

La siguiente habitación era muy similar a la primera, salvo por la presencia de un cofrecillo que descansaba sobre la mesa. Estaba reforzado por bandas metálicas claveteadas y asegurado por una cerradura interna en vez de un candado. Seregil se acercó de nuevo a la luz, examinó la placa de la cerradura y descubrió pequeñas imperfecciones en el metal que rodeaba al ojo. Un ladrón menos experimentado las hubiera tomado por meras corrosiones; Seregil las reconoció: pequeños alojamientos para agujas, tapados con cera y polvo de latón. Cualquiera que intentase forzar la cerradura mientras el mecanismo estuviera en funcionamiento terminaría con una aguja diminuta, pero indudablemente envenenada, clavada en la mano.

Pasó las sensibles yemas de sus dedos sobre las cabezas de los clavos metálicos hasta encontrar una, en la esquina izquierda de la parte de atrás, que se hundía ligeramente al contacto. La apretó, provocando un clic apenas audible. Volvió a probar para asegurarse de que otra no se le había pasado por alto y luego abrió con una ganzúa la cerradura y levantó la tapa.

Lo primero que encontró fue un fajo de documentos cifrados. Los apartó a un lado y sacó un mapa. Era muy semejante al primero, pero sólo mostraba dos puntos rojos: el primero, en el corazón de las Marismas del Negragua, al sur del lago; el segundo, en el Bosque Lejano. El punto de las Marismas estaba envuelto en un círculo.

Bajo el mapa había una bolsa de cuero con otro de los medallones dorados.

En el nombre de Bilairy, ¿qué son estas cosas?, se preguntó, frustrado de nuevo por su incapacidad para encontrarle algún sentido al diseño.

El cofre de la ropa contenía varias camisas cuidadosamente alineadas. Pasó los dedos lentamente entre ellas hasta que encontró una placa de madera tachonada cerca del fondo. Apartó la ropa; había un estuche rectangular de treinta centímetros de longitud y apenas la mitad de altura, cerrado simplemente con un gancho. Mientras lo abría cuidadosamente, se dibujó en sus labios una sonrisa privada de toda alegría; en

su interior yacía una colección de pequeños pero efectivos instrumentos de tortura y varios frasquitos de loza. Ahora que estaba seguro de que su hombre era efectivamente Mardus, Seregil puso especial cuidado en dejarlo todo exactamente como lo había encontrado. Sin embargo, mientras volvía a colocar la ropa, un pequeño saquito de piel cayó del interior de una de las camisas. En su interior, Seregil encontró unas cuantas monedas plenimaranas, dos anillos, un cuchillo envainado y unos pequeños discos de madera.

Había ocho en total. Estaban hechos de una madera oscura y se había labrado un agujero cuadrado en el interior de cada uno de ellos. Su tacto era ligeramente oleoso y todos mostraban en una de sus caras el mismo frustrante diseño que había visto en los medallones dorados.

Por fin un poco de suerte, pensó. Era poco probable que alguien echara en falta estos toscos objetos a la hora de partir. Se guardó uno en el bolsillo, con la intención de estudiarlo más tarde.

Acababa de cerrar el cofre cuando Alec le hizo un gesto frenético desde la puerta. Alguien se acercaba.

Seguido de cerca por el muchacho, Seregil se movió silenciosa pero rápidamente hasta la ventana. Abrió los postigos y se asomó. El voladizo del tejado estaba a su alcance.

Ya se había encaramado sobre las tejas de pizarra cuando reparó en los dos guardias que holgazaneaban junto a la fuente; estaba al descubierto. Si miraban hacia arriba, lo verían. Sin embargo, el estrépito proveniente del salón debía de haber enmascarado el ruido que había hecho durante su escalada o quizá estaban borrachos, porque ninguno de ellos lo hizo.

Alec lo siguió y Seregil lo sujetó de la muñeca para ayudarlo a subir. El muchacho parecía asustado, pero a pesar de ello tuvo la suficiente presencia de ánimo como para cerrar suavemente la ventana con el pie mientras ascendía.

El tejado de pizarra estaba resbaladizo y la inclinación de las aguas era muy pronunciada pero, a pesar de ello, lograron alcanzar la parte trasera y descolgarse junto a la escalera de servicio sin un traspíe. Una vez allí, Seregil posó una mano sobre el hombro del muchacho. Durante un instante se mantuvo así, en silencio. Su gesto y su expresión demostraban que estaba satisfecho. Entonces le indicó con un ademán que se dirigiera hacia la puerta de la cocina.

Alec casi se encontraba allí cuando una figura alta emergió de las sombras y lo tomó por la capa. Seregil se puso tenso y su mano se deslizó hacia la daga. Instintivamente, Alec retrocedió de un salto y el hombre rió. Justo cuando Seregil estaba a punto de acudir en su ayuda, escuchó la voz del recién llegado y se dio cuenta de que debía de ser uno de los soldados que habían abordado al muchacho aquella mañana.

—Eh, tú cantas bien antes —exclamó el hombre. Su tono parecía amistoso, pero no había soltado la capa de Alec—. ¿Quizá cantas más para mí?

—Tengo que volver al banquete —apartándose todo lo que podía, Alec extrajo de su túnica la cuerda del arpa y la agitó delante del hombre como si fuera un pase—. Mi señor necesita esto. Si le hago esperar me meteré en problemas.

—¿Problemas? —el hombre miró la cuerda entornando los ojos—. No problemas para ti, muchachito de Cavish. ¡Canta más para el gordo alcalde y mi amo! —soltó a Alec y lo ayudó a ponerse en camino con una resonante palmada en la espalda.

Seregil dejó escapar un silencioso suspiro de alivio, esperó hasta que el camino volviera a estar despejado y entonces se escabulló entre las sombras hasta reaparecer en la dirección de las letrinas del palacio.

Era más de medianoche cuando regresaron a Los Tres Peces. A pesar de ello, Seregil insistió en que debían prepararse para partir antes del alba.

—Lo hiciste bien esta noche —dijo mientras terminaba de asegurar las correas de su equipaje—. Lo de la ventana demostró rapidez de pensamiento.

El elogio hizo que Alec sonriera contento y continuó comprobando su nuevo equipo. Por el mismo precio del arco, Maese Radly había incluido una funda impermeable y un carcaj cubierto, a lo que Alec había añadido una docena de flechas, bramante de lino, cera para las cuerdas del arco y penachos rojos y blancos.

Seregil estaba a punto de decir algo cuando la atención de ambos fue distraída por el sonido de alguien que ascendía a toda prisa las escaleras. Micum Cavish irrumpió en la habitación. Jadeando, dijo:

—¡No sé lo que has hecho esta vez, Seregil, pero una jauría de soldados plenimaranos se dirige hacia aquí en este mismo momento!

Desde algún lugar, debajo de ellos, les llegó el sonido de una puerta echada abajo y luego el rumor de numerosos y pesados pasos.

—¡Coge tus cosas, Alec! —ordenó Seregil mientras abría apresuradamente los postigos.

Un momento después, Tildus y una docena de soldados de Plenimar irrumpieron en la habitación, pero la encontraron vacía y a oscuras.

Alec se gana su arco

Desde la ventana de la posada, los tres se dejaron caer sobre un agua tan fría como para arrebatárles el aliento de los pulmones.

Alec chapoteaba, tratando de no perder su equipaje y de mantener al mismo tiempo la cabeza por encima del agua. Una mano fuerte se cerró sobre su muñeca. Micum tiró de él hasta llevarlo a uno de los limosos pilotes que sustentaban el edificio.

—¡Silencio! —susurró Seregil en su oído.

Regresaron trabajosamente hasta los bajíos, se arrastraron hasta un estrecho banco de arena y se agazaparon allí mientras los sonidos de una búsqueda violenta resonaban sobre sus cabezas.

—Dudo que volváis a ser bienvenidos en los Peces —murmuró Micum mientras sus dientes castañeteaban.

Sobrevino entonces una vigilia fría, miserable y peligrosa. En un momento dado, tres de los soldados comenzaron a registrar la base del edificio y los tres fugitivos tuvieron que arrastrarse de vuelta a las heladas aguas, hasta que aquellos se hubieron marchado. Al cabo de aproximadamente una hora, Micum decidió que ya era seguro salir.

Mientras se alejaban arrastrándose entre las sombras que rodeaban la taberna, su aspecto resultaba realmente penoso.

Cubiertos de barro, que se había endurecido sobre sus cabellos y sus ropas, forzándolos a adoptar fantásticas formas, se movieron tan rápido como sus entumecidas piernas se lo permitían en dirección a la plaza del mercado.

Micum abría la marcha hacia el templo de Astellus, situado junto al Gremio de los Pescadores, en la plaza. Era una estructura sólida y sin ventanas, pero las grandes puertas de doble hoja de la fachada estaban elaboradamente grabadas con criaturas marinas y barcos. Por encima de ellas el dintel lucía el elaborado símbolo de la ola, propio de Astellus el Viajero. La costumbre dictaba que las puertas de sus templos no estaban jamás cerradas, así que pudieron entrar sin dificultad.

Alec nunca había estado en el interior de este lugar, aunque había pasado junto a él bastante a menudo. Las paredes enyesadas de la sala central se decoraban con fantasiosas imágenes submarinas e iconos que mostraban a los adoradores de la deidad en sus tareas cotidianas.

Junto a la capilla central, un joven acólito dormitaba en su puesto.

Pasaron a hurtadillas junto a él hasta llegar a una puerta situada en el

deambulatorio, que conducía a un almacén.

Las ofrendas, los sacos con la comida para los sacerdotes y los muebles se apilaban desordenadamente por todas partes. Alec se sentó sobre un cajón de embalaje colocado en vertical mientras Micum revolvía la habitación buscando algo.

—¿No está más a la izquierda? —preguntó Seregil.

—Ya la he encontrado. —Micum abrió una trampilla en el suelo.

Alec miró por encima de su hombro y vio una escalerilla que descendía hacia la oscuridad. Un aire frío, cargado de olor a tierra, brotaba de la abertura.

—Esperemos que el alcalde haya olvidado hablar a sus invitados sobre este pasadizo —murmuró Seregil.

Micum se encogió de hombros.

—Una buena pelea hace arder el fuego de Sakor en la sangre. ¡No me importaría sentir ese calor ahora mismo!

Seregil levantó una ceja y dedicó una mirada irónica a Alec.

—Se esfuerza tanto en buscar los problemas como en evitarlos.

Con una risotada burlona, Micum comenzó a descender por la escalerilla. Alec lo siguió mientras Seregil se entretenía un momento preparando varias cajas y cajones para que cayeran sobre la trampilla cuando la cerraran. Una vez abajo, Micum revolvió el interior de su bolsa y extrajo un pequeño objeto brillante. Su pálido resplandor se derramaba entre sus dedos, proyectando un pequeño círculo de luz.

—¿Es magia? —preguntó Alec mientras se inclinaba para acercarse.

—Una piedra de luz —le dijo Seregil—. Yo perdí la mía hace un par de meses en una partida de dados, y he tenido que recurrir a la yesca y el pedernal desde entonces.

—Es una lástima que no dé ningún calor —dijo Micum. Se frotó los brazos tratando de calentarse mientras comenzaba a avanzar por el corredor.

—¿Dónde estamos?

—Es un túnel que sale de la ciudad —le explicó Micum—. Tiene dos salidas: una cerca de la ribera del lago y otra en los lindes del bosque. También el templo de Dalna tiene una. Se construyeron para poder evacuar la ciudad en secreto en el caso asedio. Francamente, no creo que funcionara. Más bien te llevaría frente al enemigo. Pero fue concebido por mercaderes, no por generales. Sea como sea, Seregil y yo lo hemos utilizado a menudo en los últimos años.

—¿Ahora hacia dónde? ¿La caverna? —Seregil estaba tiritando ostensiblemente y trataba de arrebujarse con su rígida capa.

—Es el lugar más próximo.

El pasadizo corría en línea recta desde el río. Apenas era lo bastante ancho como para que pasaran dos personas, y el techo era tan bajo que en algunos momentos Micum tenía que agacharse. Las paredes de tierra húmeda, reforzadas a intervalos con madera, despedían un frío desagradable. Después de algún tiempo, el túnel se

bifurcó. Micum tomó el camino de la derecha, desenvainó la espada y susurró por encima de su hombro.

—Vigila atentamente, muchacho, no vayamos a tener compañía.

Alec se dispuso a sacar su propia espada pero Seregil le apartó la mano de la empuñadura de un golpe.

—Ni se te ocurra —dijo—. No podrías combatir y, en el caso de que tropezaras, probablemente atravesarías a Micum. Si nos encontramos con alguien, retrocede conmigo y quítate de en medio.

Pero no encontraron nada, aparte de unas pocas ratas y unas cuantas salamandras que se arrastraban con lentitud; muy pronto, el túnel comenzó a inclinarse hacia arriba hasta desembocar en una estrecha caverna. Apenas era más que una delgada grieta en la roca, y el suelo estaba curvado formando una abrupta V, lo que dificultaba el paso.

Desollándose las espinillas, las manos y las cabezas contra afiladas piedras, treparon por la fisura. Al llegar a la parte más alta, Micum guardó en su bolsillo la piedra luminosa y luego atravesaron a trancas y barrancas una densa espesura de zarzas que crecía en la boca de la caverna.

Alec lanzó una mirada en derredor y descubrió que se encontraban en algún lugar del bosque; a su alrededor se erguían robles, abedules y abetos. La luna proyectaba una malla de luz a través del dosel de ramas que había sobre ellos. Quedaban pocas horas para el amanecer y todo estaba tranquilo.

Seregil temblaba más violentamente que los otros.

—Nunca has soportado bien el frío —dijo Micum mientras se desabrochaba la capa. Cuando Seregil trató de apartarse, Micum lo detuvo con una mirada severa y la colocó sobre sus hombros.

—Reserva tu orgullo para días más cálidos, maldito idiota. El chico y yo ya te conocemos. Te falta aguante. Vamos.

Todavía tiritando, Seregil anudó la capa alrededor de su cuello sin decir nada más.

Moviéndose en silencio sobre la tierra cubierta de nieve, se internaron en el bosque. El camino subía y bajaba abruptamente y la oscuridad que los rodeaba era muy densa, pero Micum caminaba con la misma confianza que si anduviesen de excursión por una senda bien delimitada.

Encontraron otra cueva en la ladera de una colina. Era más espaciosa que la anterior y la entrada estaba a la vista. Profunda y de techo elevado, conforme se adentraba en el corazón de la colina se iba estrechando hasta convertirse en un pasadizo. Alec y Seregil eran lo suficientemente delgados como para pasar sin problemas, pero Micum gruñía y maldecía mientras trataba de abrirse camino.

—No recuerdo que tuvieras tantos problemas hace unos años —señaló Seregil.

—Cierra la boca. —Micum consiguió al fin liberarse y resolló.

La hendidura describía varios giros muy pronunciados y en varias ocasiones pareció estar a punto de cerrarse por completo, pero finalmente desembocó en un espacio más amplio. Micum volvió a sacar la piedra de luz y Alec pudo ver que habían llegado a otra caverna, bastante grande.

Junto a un círculo de piedras yacían varios maderos preparados para ser prendidos. Seregil se agachó junto a ellos, encontró un pequeño jarro, extrajo de él lo que parecían ser unos carbones ardientes y los arrojó sobre la yesca.

—Más magia para ti —sonriendo, le tendió el jarro a Alec. En su interior brillaban como rescoldos numerosas piedras pequeñas que, al igual que la piedra de luz, no emitían calor.

—Son piedras de fuego —le explicó—. Ten cuidado con ellas. No te quemarán la piel pero, en el mismo instante en que entren en contacto con cualquier cosa inflamable, como tela, madera o pergamino, la harán arder. He visto demasiados accidentes como para arriesgarme a llevarlas en mis viajes.

Las llamas lamieron rápidamente la madera seca, disipando el frío y la oscuridad. Hacia arriba, la cámara se estrechaba hasta convertirse en una mera hendidura, y el humo escapaba por esta chimenea natural. Sobre diversos salientes descansaban mantas dobladas, leña y jarros de arcilla, y junto a las paredes había varios jergones hechos con helechos secos y ramas de abeto.

—Es un buen escondite —dijo Alec con admiración.

—Micum lo encontró hace ya mucho tiempo —dijo Seregil, mientras se aproximaba al fuego cuanto le era posible—. Sólo lo conocemos nosotros y unos pocos amigos más. ¿Quién ha sido el último en estar aquí?

Micum examinó el estante de piedra sobre el que descansaban los jarros y levantó una pluma negra.

—Erisa. Debe de haberse detenido aquí antes de ir a la ciudad. Veamos lo que ha dejado en la despensa.

Llevó algunos de los jarros junto a la fogata y examinó los símbolos grabados con todo cuidado sobre los sellos de cera.

—Vamos a ver... Hay una abeja en éste, esto es miel. Una gavilla de trigo, esto es pan de viaje. Una abeja y una copa... hidromiel. ¿Qué tienes tú?

—No estoy seguro. —Seregil sostuvo uno de los jarros frente a la luz—. Venado seco. Y aquí hay algo de tabaco para ti.

—Bendito sea su corazón bondadoso. —Micum sacó de algún lugar de su túnica una pipa y la llenó—. He debido de perder mi bolsa mientras escapábamos.

—Y estos dos parecen contener hierbas —continuó Seregil—. Creo que es milenrama y camomila. Vaya, parece que gracias a nuestro buen amigo Micum Cavish no necesitaremos buscar a un curandero. ¡Ahora lo único que necesito es secarme!

Se quitaron sus sucias vestiduras, las tendieron cerca del fuego y se envolvieron en mantas.

Alec estaba demasiado helado para preocuparse por el decoro, así que, por una vez, no apartó la vista. Reparó entonces en que los cuerpos de sus dos compañeros tenían varias cicatrices, aunque las de Micum Cavish eran mucho más numerosas y parecían bastante más serias. La peor de todas era una pálida y gruesa franja que comenzaba justo debajo de su clavícula derecha y atravesaba todo su torso hasta terminar junto al ombligo. Advirtiendo el interés del muchacho, se acercó a la luz y pasó orgullosamente el pulgar por encima de la cicatriz.

—Nunca he estado más cerca de las Puertas de Bilairy —encendió su pipa y exhaló unos cuantos anillos de humo—. Fue hace nueve inviernos, ¿no es verdad, Seregil?

—Creo que así fue. —Seregil guiñó un ojo a Alec—. Viajábamos a lo largo de la costa del Mar Muerto cuando tuvimos la desgracia de toparnos con un puñado de nómadas particularmente poco amistosos.

—¡Poco amistosos! —bufó Micum—. Nunca había visto antes a los de su raza... gigantes peludos. Aun hoy no supimos de dónde venían. Estaban demasiado ocupados tratando de asesinarlos como para responder preguntas. Una tarde tropezamos con su campamento por accidente y decidimos saludarlos y tratar de comerciar para conseguir víveres. Pero justo cuando llegábamos junto a sus tiendas, un grupo de ellos, grandes como osos y dos veces peores, apareció desde ninguna parte y cargó sobre nosotros. Íbamos a caballo, pero antes de que supiéramos lo que estaba ocurriendo, nos habían rodeado. Utilizaban un arma semejante a un mayal: un mango muy largo con varias cadenas en un extremo, de casi un metro de longitud. Sólo que los eslabones de las cadenas habían sido alisados y los bordes cortaban como cuchillas. Naturalmente, no lo descubrimos hasta que la pelea dio comienzo. Cyril perdió un brazo, cortado de cuajo y Berrit recibió un golpe en el rostro que lo dejó ciego y murió poco después. Uno de esos bastardos cortó las patas de mi caballo y se arrojó sobre mí. Fue entonces cuando conseguí esta belleza —volvió a pasar una mano sobre la nudosa cresta de carne—. Estaba enredado con los estribos, pero conseguí desenvainar mi espada a tiempo para bloquear su golpe... o al menos todo, salvo una de las cadenas, que atravesó el chaleco de cuero y desgarró mi carne hasta tocar hueso. Si no hubiera parado el resto, creo que me habría partido por la mitad. En cualquier caso, Seregil apareció entonces, no sé desde dónde, y lo mató justo cuando se preparaba para atacar de nuevo. Fue una suerte que el drisiano Valerius viajase con nosotros, porque si no, creo que hubiera muerto allí mismo.

—Supongo que ésta es la peor de las mías —dijo Seregil mientras mostraba a Alec una profunda herida dentada a ambos lados de su delgado muslo—. Estaba explorando el castillo abandonado de una bruja. Había muerto varios años antes, pero

muchos de los encantamientos y trampas que protegían el lugar seguían funcionando. Hasta entonces yo había sido muy cuidadoso, había encontrado todos los símbolos y había desactivado, uno tras otro, todos los mecanismos. Ella era una especie de genio en lo que a las trampas se refiere y yo me sentía bastante orgulloso de mí mismo. Pero no importa lo bueno que seas. Siempre hay una trampa con tu nombre en alguna parte, y aquel día yo encontré la que llevaba el mío. Se me pasó por alto algún mecanismo, y lo siguiente que supe que es mi pie atravesaba el suelo, una estaca de acero brotaba de alguna parte y me atravesaba la pierna como un arpón a un pez. Un centímetro más a la izquierda y me habría desangrado. No había espacio suficiente en el agujero para que pudiera liberarme, así que la única alternativa posible parecía ser cortarme la pierna. Pero no soporto el dolor. Por lo poco que recuerdo, grité hasta caer desmayado. Entonces Micum me encontró y me sacó de allí. Me temo que no es una historia demasiado heroica.

Alec había sacado el arco de su funda para comprobar si había sufrido algún daño. Sin levantar la mirada, dijo tímidamente:

—Pero fuisteis lo bastante valiente para entrar allí e intentarlo.

—Parece que de pronto has perdido la memoria —se burló Seregil mientras le pasaba el jarro de hidromiel—. ¿No eres tú el mismo muchacho medio hambriento que sobrevivió a las mazmorras de Asengai y escapó conmigo? Y eso por no mencionar lo que hemos hecho esta noche. No está mal para alguien que ni siquiera es adulto.

Alec se encogió de hombros, azorado.

—Eso no fue valor. No podía hacer otra cosa.

Micum rió con aire sombrío.

—¡Por Sakor, entonces has aprendido el secreto del valor! Todo lo que necesitas es un poco de entrenamiento.

Alargó un brazo por encima del fuego y tomó el jarro de hidromiel de las manos de Seregil.

—¿Qué pensáis hacer ahora?

Seregil sacudió la cabeza.

—Había planeado que nos uniéramos a alguna caravana que siguiera la Vía Dorada hasta Nanta, pero ahora no estoy tan seguro. ¿A qué ha venido lo de esta noche? Estaba seguro de que nadie nos había visto.

—Yo vigilaba la casa desde la plaza. Todo estuvo tranquilo hasta pasado un buen rato después de que os marcharais de allí. La fiesta terminó poco después, los invitados se fueron a sus casas y la mayoría de las luces del interior se apagaron. Estaba a punto de irme cuando se desató el caos. Alguien comenzó a gritar y, de pronto, se encendían luces por toda la casa y había soldados corriendo de acá para allá, por todas partes. Me acerqué todo lo que pude, lo que no resultaba demasiado

difícil en medio de aquella excitación, y me asomé al salón. Ese hombre alto, Boraneus, había acorralado al alcalde contra una esquina. Lo único que pude oír es que todo aquel que hubiera estado en la fiesta tenía que ser arrestado y llevado inmediatamente a su presencia. Fue entonces cuando corrí para avisaros. Esos plenimaranos son gente muy bien organizada. No creí que llegara a tiempo.

Seregil se dio unos golpecitos en la barbilla con el dedo índice.

—Si alguien nos hubiera visto en aquel momento, no estarían arresando a todos los invitados. Yo diría que hemos tenido suerte.

—¿Y que es exactamente lo que robaste?

—Sólo esto. —Seregil revolvió la bolsa de su cinturón y le tendió a Micum el disco de madera—. Quería mostrarle el diseño a Nysander.

Micum le dio la vuelta sobre la palma de su mano y se lo devolvió a Seregil.

—Yo diría que parecen la pieza de algún juego. No es la clase de cosa por la que alguien organizaría todo este alboroto. Sabes, es posible que no seáis los únicos que hayan estado rondando por la mansión esta noche. Pudiera ser que alguno de los guardias tuviera los dedos muy largos.

—Vimos a uno saliendo de la habitación de Boraneus poco antes de que nosotros entráramos. Llevaba un cofre —recordó Alec—. Y alguien estuvo a punto de descubrirnos en la otra habitación mientras salíamos. Podría haber sido uno de ellos.

—Supongo que sí. —Seregil frunció el ceño un momento, con la mirada perdida en el fuego—. En cualquier caso, al escapar de la manera en que lo hicimos, nos hemos asegurado de parecer culpables. Creo que debemos evitar la Vía Dorada. Encontraremos algunos caballos...

—¿Encontrar? —le interrumpió Micum con ironía.

—... y nos dirigiremos a campo traviesa hasta el Vado de Boersby —continuó Seregil sin hacer caso a su interrupción—. Es distancia más que suficiente como para permitirnos despistar a cualesquiera perseguidores que vayan detrás de nosotros. Una vez allí, podremos remontar el Folcwine hasta llegar a Nanta. Con suerte, habremos llegado en menos de una semana. Si el tiempo lo permite, cogeremos un barco que nos lleve hasta Rhíminee.

—Por mi parte, creo que me mantendré alejado de Herbaleda hasta que los plenimaranos se hayan marchado —dijo Micum mientras se tendía sobre uno de los jergones y bostezaba—. Os acompañaré hasta Boersby, por si os encontráis con algún problema.

—¿Sabes si te vieron?

—No estoy seguro. Los tuve pisándome los talones hasta que llegué a Los Tres Peces. Más vale a salvo que muerto, ¿eh?

Protegidos en la oculta caverna, durmieron profundamente hasta la tarde.

—Será mejor que esperemos a que oscurezca antes de ponernos en marcha —dijo Seregil, mirando con los ojos entornados al delgado haz de luz que se colaba por el agujero del humo. Sacó el arpa de su funda y, satisfecho al comprobar que había sobrevivido a los chapuzones de la pasada noche, comenzó a afinarla—. Todavía nos quedan algunas horas por delante. Micum, ¿por qué no le das a mi aprendiz unas pocas lecciones de esgrima? Será beneficioso para él aprender tus métodos, además de los míos.

Micum guiñó un ojo a Alec.

—Lo que quiere decir es que mi estilo no es tan elegante como el suyo pero resulta más o menos eficaz.

—Vamos, vamos, viejo amigo —objetó Seregil—. Tendría dificultades si me enfrentase a ti en un combate.

—Eso es cierto. Pero lo que sí me preocuparía es no tenerte delante de mí. Vamos Alec. Te enseñaré algunos métodos honestos.

Micum comenzó con los fundamentos, enseñando a Alec cómo blandir el arma sin desequilibrarse, las posturas que dificultaban los ataques de su oponente y algunas maniobras simples de tajo y parada. Seregil terminó de afinar el arpa y comenzó perezosamente a desgranar una melodía, deteniéndose ocasionalmente para ofrecer algún consejo o hacer alguna objeción en cuestiones de estilo.

Mientras Alec seguía con dificultades las lecciones que Micum le estaba ofreciendo, comenzó a sospechar que estaba aprendiendo de dos maestros de habilidad inusitada. El brazo comenzó a dolerle muy pronto de tanto detener los fingidos ataques de Micum. Aunque la espada de éste era más pesada que la suya, el hombre la blandía con soltura, como si no pesase más que un guante.

—Lo siento —dijo Alec al fin, mientras se limpiaba el sudor de la frente—. Es difícil hacerlo, moviéndose con tal lentitud.

Micum sacudió los hombros.

—Lo es, cierto. Pero debes aprender a controlar tus movimientos y a dirigir la hoja. No puedes limitarte a agitarla hasta que golpee algo. Vamos, Seregil, enseñémosle cómo se hace.

—Estoy ocupado —replicó Seregil, que trataba de ejecutar a la perfección un pasaje especialmente complicado de la pieza que estaba tocando.

Micum se acercó a él y gruñó.

—¡Aparta ese juguete ridículo, hijo de mil madres, y muéstrame tu acero!

Con un suspiro, Seregil depositó el arpa a un lado.

—Pobre de mí. Eso suena como un desafío...

Moviéndose como una exhalación junto a Micum, se puso en pie de un salto, desenvainó su espada y lanzó un golpe con la parte plana de la hoja contra el brazo de Micum que sostenía el arma. Éste bloqueó el ataque y contraatacó. Entonces, con una

sonrisa fiera en los labios e intercambiando encendidos insultos, comenzaron a combatir de un lado a otro de la caverna. Alec, temiendo que lo tiraran al suelo, decidió sabiamente retirarse a una grieta estrecha y apartada, situada al fondo de la cámara. Desde allí observó con deleite y admiración cómo los dos hombres se movían sobre el irregular piso con la gracia de acróbatas o bailarines.

Al principio le pareció que Seregil pasaba más tiempo tratando de esquivar los ataques que devolviéndolos. Sus movimientos, un salto aquí y otro allá, la espada, moviéndose como un relámpago para bloquear un golpe y retirándose de inmediato, no parecían costarle esfuerzo alguno y, a su vez, obligaban a Micum a cambiar la postura para perseguirlo. Pero tampoco es que Micum fuera un torpe oso.

Había una elegancia poderosa en sus movimientos, un ritmo firme e implacable en la destreza con la que ejecutaba sus ataques. Pronto, Alec no fue capaz de decir si Micum atacaba o perseguía o si Seregil retrocedía o se hacía seguir.

La fingida batalla terminó en una especie de empate; eligiendo el momento preciso, Micum lanzó un ataque de costado que arrebató la espada de la mano de Seregil y rasgó un jirón de su túnica.

Sin embargo, al mismo tiempo, un delgado estilete apareció de alguna manera en la mano de Seregil y, con un movimiento brusco, éste condujo su punta hasta el jubón de Micum, justo por debajo del corazón. Ambos se quedaron helados un instante y entonces se separaron entre carcajadas.

—¡Así que, codo con codo, nos encaminamos tambaleantes hasta las puertas de Bilairy! —dijo Micum mientras envainaba la espada—. Por lo que veo, me has estropeado el jubón.

—Y tú le has hecho un agujero a mi túnica nueva.

—¡Por Sakor! ¡Que eso te enseñe a no entrometer esa arma de damisela en medio de un combate a espada! Bastardo rastrero...

—¿No es eso hacer trampas? —dijo Alec emergiendo de la grieta en la que había buscado refugio.

Seregil guiñó un ojo al muchacho y esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Por supuesto!

—No es de extrañar que te encomiendes a las Manos de Illior —gruñó Micum con fingida exasperación—. Siempre tengo que vigilarte las dos manos.

—Illior y Sakor. —Alec sacudió la cabeza—. Decís que son como mis dioses pero que en el norte los hemos olvidado.

—Así es —dijo Seregil—. Dalna, Astellus, Sakor e Illior. Forman la Tétrada Sagrada. Si vamos a ir a Eskalia, tendrás que aprender algo más sobre ellos.

Micum elevó la mirada.

—Ahora nos quedaremos aquí toda una semana. ¡Es peor que un sacerdote en estas cosas!

Seregil ignoró la protesta.

—Cada uno de ellos gobierna un aspecto diferente de la vida —explicó—. Y todos ellos poseen la dualidad sagrada.

—¿Queréis decir como Astellus, que ayuda a los nacimientos y guía a los muertos? —preguntó Alec.

—Exacto.

—¿Y los otros?

—Sakor protege el hogar y dirige al sol —le dijo Micum—. Es amigo de todo soldado, pero también inflama las mentes de tus enemigos y trae las tormentas y la sequía.

Alec se volvió hacia Seregil.

—Vos siempre os encomendáis a Illior.

—¿Dónde está la moneda que te di? —Seregil la tomó y le dio la vuelta para mostrar la cara en la que aparecía la luna creciente—. Este es el símbolo de Illior más habitual. Representa la revelación parcial de un misterio mayor. El Portador de la Luz nos otorga los sueños y la magia y protege a los videntes y hechiceros e incluso a los ladrones. Pero Illior es también padre de las pesadillas y la locura. Las cuatro deidades que forman la Tétrada son una mezcla de bien y mal, bendición y maldición. Algunos incluso creen que son al mismo tiempo femeninos y masculinos, en vez de una de las dos cosas. Los Inmortales nos muestran que en la naturaleza de las cosas reside una mezcla del bien y del mal; separa uno del otro y ambos perderán su significado. Esta es la fuerza de la Tétrada.

—En otras palabras, si debe haber sacerdotes, también debe haber asesinos —observó Micum con ironía.

—Exacto, así que mi añagaza en la pelea es en realidad un acto sagrado.

—Pero ¿qué hay de los otros dioses? —preguntó Alec—. Ashi y Mor de las Aves y Bilairy y todos los demás...

—En su mayor parte son espíritus y leyendas del norte —dijo Seregil mientras se ponía en pie para recoger sus pertenencias—. Y Bilairy no es más que el guardián de la puerta de las almas, el que se asegura de que ninguna abandona este mundo antes de lo que ha decretado el Hacedor. Por lo que yo sé, sólo ha existido un dios lo suficientemente poderoso como para desafiar a la Tétrada... y era un dios malvado y oscuro.

—Te refieres a Seriamaius, supongo —dijo Micum.

Seregil realizó un rápido ademán, como si pretendiera alejar alguna maldición.

—¡Ya sabes que trae mala suerte pronunciar el nombre del Dios Vacío! Incluso Nysander lo dice.

—¡Seguidores de Illior! —el hombretón bufó y dio un codazo a Alec—. Tienen tantas supersticiones que si las pusieran todas en fila se extenderían más de un

kilómetro. En todo caso no es más que una leyenda, elaborada por los nigromantes allá en los tiempos de la Gran Guerra. Y el buen dios acero acabó con ellos.

—No sin la considerable ayuda de los drisianos y de los magos —replicó Seregil—. Y no olvides que fue necesaria la alianza de los Aurénfaie para derrotarlos.

—Pero ¿qué hay del otro dios? —preguntó Alec, sintiendo que un estremecimiento recorre su espalda—. ¿De dónde vino si no era parte de la Tétrada?

Seregil ajustó las correas de su mochila.

—Se dice que los plenimaranos trajeron consigo el culto del Dios Vacío desde algún lugar situado al otro lado del mar. Se supone que incluía toda clase de ceremonias horribles. Al parecer, esta deidad se alimentaba de la energía viviente del mundo. Concedía grandes poderes y dones a sus fieles, pero siempre a cambio de un precio terrible. Y a pesar de ello, sigue habiendo quienes persiguen ese poder, sin importarles el riesgo.

—¿Y se supone que fue ese Dios Vacío el que provocó esa gran guerra?

—En aquellos tiempos su culto estaría ya bien establecido...

—¡Por la Llama de Sakor, Seregil! Un hombre podría pasarse toda la vida esperando a que tomaras aliento una vez que has empezado a hablar —le interrumpió Micum con impaciencia—. Nos espera un largo viaje y tenemos que «encontrar» unos caballos.

Seregil le contestó con un gesto grosero, se dirigió a la repisa sobre la que descansaban los víveres y dejó unas cuantas monedas.

—No tenemos mucho para la despensa, pero creo que esto bastará —reemplazó la pluma de Erisa con una cuerda anudada.

Micum extrajo de una bolsa una pequeña piña y la añadió a la cuerda.

—Ahora que conoces el lugar, necesitas una señal para ti —dijo a Alec—. Es de buena educación hacer saber a los otros que has estado aquí.

Alec sacó uno de sus penachos y lo depositó junto a las otras cosas. Micum le dio una palmada de aprobación en el hombro.

—Creo que no hace falta que te pida que guardes nuestro secreto.

Alec asintió, incómodo y se volvió para recoger su equipaje, esperando que los otros no hubieran advertido que se había ruborizado. Fueran quienes fuesen en verdad estos hombres, se sentía bien por gozar de su confianza.

Abandonaron el bosque tan pronto como hubo oscurecido y desandaron el camino dirigiéndose hacia los lindes de las tierras de labranza que rodeaban a la ciudad. Era imposible no dejar un rastro sobre la tierra cubierta de nieve, así que siguieron los caminos secundarios y las sendas siempre que les era posible. Vigilaban cada granja mientras pasaban junto a ellas.

Cuando se hubieron apagado las últimas luces en la lejana ciudad, Seregil se

detuvo sobre un alto con vistas a una próspera propiedad.

—Eso es exactamente lo que necesitamos —dijo—. Casa a oscuras y establo grande.

—Buena elección —dijo Micum mientras se frotaba las manos con regocijo—. Es la casa de Doblevain. Cría los mejores caballos de la zona. Tú ocúpate de los animales. Alec y yo buscaremos los arreos.

—Está bien. —Seregil se mostró de acuerdo—. Alec, continuaremos tu educación con una lección sobre robo de caballos.

Siguiendo el camino y la pisoteada tierra del corral consiguieron no dejar apenas rastro al aproximarse a los establos. Sin embargo, justo cuando estaban a punto de llegar a la puerta, dos grandes perros mestizos de pelo erizado emergieron de las sombras y avanzaron hacia ellos.

Seregil se volvió con calma, habló con suavidad e hizo con la mano izquierda el mismo signo que Alec le había visto utilizar con el perro del ciego unos días atrás. Ambos animales se detuvieron un instante, y entonces trotaron hacia delante y comenzaron a lamer la mano de Seregil mientras meneaban el rabo con alegría. Él los acarició debajo de las orejas mientras murmuraba algo en tono amistoso.

Micum sacudió la cabeza.

—¡Lo que yo daría por ser capaz de hacer eso! Tiene mano de drisiano con los animales. Debe de venirle de su...

—Vamos, vamos, no tenemos toda la noche —le interrumpió Seregil con impaciencia. Alec creyó ver que le hacía un gesto a Micum, pero no sabía de qué se trataba.

Los postigos de las ventanas del establo estaban cerrados, así que decidieron arriesgarse a utilizar algo de luz. De mala gana, Micum rompió su piedra de luz en dos mitades y le entregó una de ellas a Seregil. Con la luz de la mitad que había conservado, Alec y él no tardaron en encontrar la pequeña habitación en la que se guardaban los arreos y comenzaron a reunir las sillas de montar y el resto del equipo necesario.

Casi al instante, Seregil emergió de la densa oscuridad del establo llevando consigo tres lustrosos corceles. Los perros seguían pegados a sus talones, aparentemente muy contentos.

Mientras conducían a sus monturas lejos de la granja, comenzaron lentamente a caer unos copos de nieve. Cuando Seregil juzgó que se habían alejado lo suficiente como para que no pudiesen oírlos, montaron y se alejaron a galope por los campos, confiados en que la nevada que comenzaba a caer cubriría sus huellas.

A la salida del sol ya habían cubierto los kilómetros de peladas colinas que mediaban entre Herbaleda y el Bosque de Folcwine.

Gavillar, un pueblo situado junto al linde norte del bosque, estaba a la vista, pero lo evitaron y se adentraron en el camino que atravesaba el bosque.

El camino, así como las ramas de los árboles que lo flanqueaban, estaba cubierto por una espesa capa de nieve recién caída. El cielo era una imperturbable mancha gris.

Seregil y Micum marchaban algunos pasos por delante de Alec, y en aquel momento mantenían una conversación. Mientras los observaba, Alec se preguntó cómo era posible que su pasada vida, y con ella el sencillo cazador que hasta entonces había sido, le pareciese encontrarse a tantos años de distancia.

Perdido como estaba en sus propios pensamientos, tardó varios segundos en relacionar el terrible dolor que de pronto había estallado en la parte alta de su muslo izquierdo y la flecha que sobresalía del costado de su caballo, justo delante de la cincha de la correa. El animal relinchó y lo arrojó al suelo, y entonces huyó desbocado camino adelante.

La nieve amortiguó su caída. Perplejo, alargó la mano hacia abajo y tocó el corte de su pierna. La herida era superficial, pero la sorpresa parecía haberlo dejado momentáneamente paralizado. Sólo cuando se hubo asegurado de que su arco no había sufrido ningún daño comprendió del todo lo que estaba ocurriendo. Como si el tiempo se hubiera detenido un instante y estuviera de repente reanudando su discurrir normal, el aire a su alrededor fue inundado por una llovizna de flechas.

—¡Alec, escóndete! —exclamó Seregil desde algún lugar cercano.

Recogiendo el arco y el carcaj, Alec se dejó caer y se arrastró sobre el vientre hasta el árbol más próximo. Una vez a salvo, asomó cuidadosamente la cabeza alrededor del tronco y, demasiado tarde, advirtió que Micum se encontraba al otro lado del camino. A unos sesenta metros de distancia, en el camino, cuatro arqueros les arrojaban una salva de flechas. Al mismo tiempo, otros tantos se aproximaban a él entre los árboles.

Los arqueros volvieron a atacar; las flechas cortaron el aire con un silbido, arrancaron varias ramas que cayeron sobre él y se clavaron en los árboles tras los que se cobijaba. No había ni rastro de Seregil, salvo una serie de pisadas que se internaban entre los árboles, más allá de Micum. Abandonado más o menos a su suerte, Alec sabía cuál debía ser su próximo movimiento.

Su corazón latía con fuerza mientras colocaba una flecha en la cuerda del arco y, por primera vez en su vida, apuntaba a un hombre.

Los arqueros, de pie y al descubierto en medio del camino, eran objetivos fáciles pero, por mucho que lo intentaba, Alec no era capaz de mantener firme el pulso. Asustado por el repentino relincho de un caballo, soltó la cuerda demasiado pronto y la flecha fue a clavarse en uno de los árboles. La montura de Micum se desplomó sobre la nieve justo delante de él, con una flecha clavada en la garganta. Otro

proyectil se hundió en el pecho del animal, arrancándole un postrero aullido quejumbroso.

—Los bastardos saben lo que hacen al apuntar a los caballos —le gritó Micum desde el otro lado—. Espero que te queden algunas flechas. Estoy atrapado aquí.

Alec extrajo una segunda flecha y tiró de la cuerda hasta que los penachos estuvieron junto a su oído.

—¡Oh, Dalna! —susurró mientras el brazo que sostenía el arco volvía a flaquear—. ¡Dame fuerzas para disparar!

Maldita sea, no podrá hacerlo, Pensó Micum alarmado, al ver el rostro de Alec.

Antes de que pudiera decidir cómo cruzaría el camino para acudir en su ayuda, un bandido armado con una espada apareció entre los árboles y arremetió contra él.

Encomendando a Alec a sus dioses en silencio, Micum se volvió para enfrentarse al ataque.

Era su costumbre mirar a los ojos de su oponente mientras luchaba; en aquella cara morena y cubierta de cicatrices no se leía ningún miedo. Sus espadas interpretaron una música tosca y sombría mientras cada uno de ellos, consciente de lo incierto del piso que escondía la nieve, trataba de conseguir que el otro diera un mal paso.

Repentinamente, Micum vio que la mirada del hombre se dirigía un instante hacia la izquierda. Saltando a un lado, se volvió hacia el segundo espadachín antes que tuviera tiempo de golpearlo por la espalda. El primero de los asaltantes, pensando que Micum se había desequilibrado, se abalanzó sobre él sin precaución y la espada de éste se hundió bajo sus costillas.

Mientras liberaba la hoja de un tirón, Micum advirtió un movimiento por el rabillo del ojo y logró evitar por muy poco un tajo que se dirigía a su hombro, lanzado por un tercer atacante.

Desenvainó una larga daga y retrocedió, tratando de mantener a los dos frente a sí. Éstos eran más jóvenes, menos seguros que el primero, pero a pesar de ello conocían bien su oficio. Avanzaban lentamente y de costado, como lobos, manteniéndose a bastante distancia el uno del otro, de manera que fuera difícil defenderse de ambos. Uno le lanzaba un tajo, obligándolo a pararlo con el arma, mientras el otro trataba de desjarretarlo desde su lado desprotegido.

Pero Micum había luchado en demasiados combates como éste para dejarse acorralar. Utilizando la espada y la daga, conseguía desviar sus ataques e incluso devolver algunos de los golpes.

Después de hacer un corte en el brazo a uno de ellos, dijo con voz confiada y tranquila:

—Creo que es justo que os advierta de que mi bolsa está demasiado vacía como

para tomarse tantas molestias para conseguirla.

Sus atacantes intercambiaron una mirada rápida, pero sólo respondieron redoblando sus ataques.

—Como deseáis.

El hombre de su derecha fintó una acometida y logró darle un corte bajo las costillas lo suficientemente profundo para hacerle recordar la cota de malla que había abandonado en Herbaleda. Sin embargo, mientras retrocedía de un salto, su atacante resbaló sobre la nieve y trastabilló. Micum le dio muerte antes de que pudiera recuperar el equilibrio. Se disponía a volverse para enfrentar al último de los atacantes, cuando un fuerte golpe desde detrás lo hizo caer de rodillas. Miró hacia abajo: una flecha sobresalía de su jubón de cuero, justo por debajo del brazo derecho. Los dos espadachines, incapaces de superar su defensa, habían logrado en cambio empujarlo hacia atrás hasta colocarlo a la vista y al alcance de los arqueros.

Me lo tengo bien merecido por no prestar atención, pensó enfurecido. El espadachín se preparaba para administrar el golpe definitivo. Sin embargo, antes de que pudiera hacerlo, cayó hacia atrás. Una flecha de penachos rojos se había hundido de lleno en su pecho.

Micum retrocedió en busca de cobijo y lanzó una mirada al otro lado del camino. Alec, arrodillado detrás del caballo muerto, devolvía los flechazos de los arqueros con una lluvia de siseante muerte. Dos de ellos ya habían caído y el tercero lo hizo mientras Micum miraba.

—Por la Llama —jadeó—. ¡Por la *Llama!*

Seregil desapareció en el bosque al primer signo de emboscada.

Avanzó describiendo una curva muy pronunciada, esquivó a tres espadachines que se dirigían hacia Alec y entonces se adelantó y se interpuso en su camino. Se ocultó detrás de un árbol caído hasta que los tuvo encima. Cuando el tercero hubo pasado a su lado, dio un salto, cayó sobre él y lo abatió de un tajo en el cuello. El segundo se volvió justo a tiempo de recibir la hoja de Seregil en la garganta.

Desgraciadamente, el tercer hombre, un grande y corpulento villano armado con una espada ancha, tuvo tiempo de sobra para aprestar su defensa. Detuvo el primero de los golpes con la espada y lo empujó hacia atrás en un intento por arrancarle el arma de la mano.

Seregil no soltó la espada, pero la fuerza del golpe provocó que su brazo se conmocionara. Consideró la posibilidad de retirarse hacia los árboles, pero la nieve era demasiado densa como para correr.

Retrocedió un paso y evaluó a su oponente.

Evidentemente, el otro hombre estaba haciendo lo mismo; señaló con gesto despectivo la delgada espada de Seregil, escupió sobre la nieve y entonces lanzó un

poderoso mandoble en dirección a su cabeza. Seregil sacó una daga, se agachó y se abalanzó sobre las rodillas de su adversario. El inesperado movimiento cogió desprevenido al otro y le hizo vacilar el tiempo suficiente para que Seregil clavara la daga en su muslo. Con un aullido de dolor, el hombre retrocedió tambaleándose y, como Seregil lo seguía, se arrojó sobre él intentando inmovilizarlo.

Caído de bruces bajo el superior peso del hombretón, Seregil sintió que se ahogaba sobre la nieve. A pesar de todos sus esfuerzos, era incapaz de liberarse. Entonces el peso que lo inmovilizaba se desplazó y unas manos callosas y frías se cerraron sobre su garganta, robándole el aliento. El hombre comenzó a agitarlo como si fuera una rata. Recurriendo a toda su fuerza de voluntad, logró elevar la pierna lo suficiente para alcanzar la parte alta de la bota. Una neblina tachonada de estrellas comenzaba a formarse frente a sus ojos, pero sus expertos dedos encontraron la empuñadura de su puñal. Con sus últimas fuerzas, la hincó entre las costillas de su enemigo.

El hombretón dejó escapar un gruñido de sorpresa y entonces se desplomó sobre él. Jadeando y casi ahogado, Seregil apartó el cuerpo a un lado y se levantó a duras penas.

—Illior ha sido misericordioso hoy —dijo apenas sin aliento mientras se inclinaba sobre el hombre para asegurarse de que estaba muerto.

Algo pasó zumbando junto a su cabeza como una avispa enfurecida y se arrojó al suelo mientras extraía el puñal del cadáver.

Pero entonces Alec, otra flecha preparada en el arco, apareció entre los árboles. El muslo izquierdo del muchacho sangraba y estaba terriblemente pálido. Micum Cavish venía con él, sosteniendo un jirón de tela empapado en sangre contra su costado.

—Detrás de ti. —Micum señaló con un asentimiento de la cabeza por encima del hombro de Seregil.

Éste se volvió. Otro de los asaltantes yacía muerto sobre la nieve apenas a un metro de él, con una flecha de penachos rojos clavada profundamente en la garganta.

—Bueno —jadeó mientras se ponía en pie y se sacudía la nieve de la ropa—. Yo diría que acabas de pagarme ese arco.

—¡Por Sakor, que el muchacho sabe disparar! —Micum sonreía abiertamente—. Acaba de salvarme la vida allá en el camino, y después ha despachado a otros dos como si tal cosa. Venía a ayudarme cuando vio que otro escapaba corriendo a través de los árboles.

—Maldita sea —musitó Seregil mientras recuperaba sus armas y registraba los cadáveres que lo rodeaban—. Recupera tu flecha de ese, Alec.

Alec se aproximó al muerto y, con sumo cuidado, tiró del astil que sobresalía de su garganta. Cuando extrajo la flecha, la cabeza del hombre giró hacia un lado y sus ojos abiertos parecieron posarse sobre aquel que lo había matado. Alec retrocedió

sobresaltado y limpió cuidadosamente la flecha en la nieve antes de volver a depositarla en el carcaj.

De vuelta en el camino, amontonaron los cadáveres, que se hallaban diseminados por todas partes. Alec extrajo la flecha del primer hombre al que había disparado pero, antes de que pudiera limpiarla, Micum se la arrebató.

—Ese ha sido tu primer hombre, ¿no es así? —preguntó.

—Micum, eso no es para él —le advirtió Seregil, sabiendo lo que su compañero iba a hacer.

—Las cosas han de hacerse como han de hacerse —replicó Micum con tranquilidad—. Yo lo hice por ti, ¿recuerdas? Tú deberías hacerlo por él.

—No. Es tu ritual. —Seregil suspiró y apoyó contra un árbol—. Vamos, pues. Acaba ya con ello.

—Ven aquí Alec. Mírame —con la flecha en la mano, Micum estaba extrañamente serio—. Lo que vas a hacer responde a un doble propósito. Las viejas costumbres, las costumbres de los soldados, dicen que si te bebes la sangre de tu primer hombre, ninguno de los fantasmas de quienes mates más adelante podrá volver para atormentarte. Abre la boca.

Alec lanzó una mirada interrogante a Seregil, pero éste se limitó a encogerse de hombros y apartar la vista. Sintiendo sobre sí los imperativos ojos de Micum, Alec abrió la boca. Micum posó un instante la punta de la flecha sobre su lengua y entonces la retiró.

Seregil vio que las facciones del muchacho se encogían y recordó el sabor salado y cobrizo que había inundado su boca años antes, cuando Micum había hecho lo mismo con él. Sintió un malestar en el estómago.

Entonces, Micum puso una mano sobre el hombro de Alec.

—Sé que no te ha gustado nada lo que acabas de hacer, como tampoco te gustó tener que matar a todos esos hombres. Recuerda simplemente que lo hiciste para protegerte, a ti y a tus amigos, y que eso es una cosa buena, la única razón para matar. Pero nunca debe llegar a gustarte. Si fuera así, recuerda lo poco que te ha gustado el sabor de la sangre. ¿Comprendes?

Alec contempló las humeantes manchas carmesíes que se extendían desde los cuerpos caídos sobre la nieve y asintió.

—Comprendo.

A pesar de su herida, Micum estuvo de acuerdo con Seregil en que debían apresurarse todo lo posible para alcanzar Boersby cuanto antes. Mientras Micum pudo mantenerse sobre la silla, avanzaron a buen paso, evitando los pocos albergues y posadas que existían a lo largo del camino. Dormían al raso y comían lo que Alec cazaba.

La herida de Micum no se infectó, pero le causaba más dolor del que estaba dispuesto a admitir. Sin embargo, lo más preocupante era el silencio empecinado en el que se sumió Seregil durante el día y medio que tardaron en alcanzar las riberas del Folcwine. A la luz de sus pasadas experiencias, Micum lo interpretaba como una señal de que algo iba mal; el taciturno humor de Seregil podría prolongarse indefinidamente si no ocurría algo que lo sacara de él.

Abandonaron el bosque hacia el final de la tarde y se detuvieron sobre sus monturas para observar el ancho curso del Folcwine. Micum había vuelto a sangrar y se encontraba débil y sumamente irritable.

—¡Por las tripas de Bilairy, Seregil, escúpelo antes de que te lo saque a golpes! —gruñó al fin.

Mirando con el ceño fruncido la cerviz de su caballo, Seregil musitó.

—Tendríamos que haber cogido a uno de ellos con vida.

—¿Uno de...? ¡Oh, infiernos, compañero! ¿Todavía estás rumiando eso? —Micum se volvió hacia Alec—. Un grupo de bandidos en el bosque, lo que por otra parte es algo completamente normal en Folcwine, consigue sorprenderlo e inmediatamente hay un oscuro complot en marcha. Creo que sólo está molesto por no haberlos oído acercarse.

Alec se miró las manos. Aparentemente no creía que hacer comentarios fuera educado.

—Muy bien. —Seregil se volvió sobre la silla para encararse con Micum—. Registramos los cuerpos. ¿Qué encontramos?

—Nada fuera de lo ordinario —le contestó bruscamente el otro—. ¡Ni una sola cosa!

—Exacto. Pero piénsalo de nuevo, ¿Qué tenían?

Micum bufó, exasperado.

—Capas, botas, cinturones y túnicas, todo ello de factura local.

—Espadas y arcos —añadió Alec con timidez.

—¿También de factura local?

—Los arcos sí. En cuanto a las espadas, no lo sé.

—A mí me lo parecieron —dijo Micum con lentitud mientras trataba de recordar

—. Pero ¿qué en el nombre de...?

—¡Todo era nuevo! —exclamo Seregil como si sus palabras fueran a ofrecerles una inmediata comprensión—. ¿Acaso tenían oro, joyas, ropas suntuosas? —le espetó—. ¡Nada de eso! Un poco de plata en las bolsas, pero no la suficiente para pagarse un encantamiento de buena suerte o una partida de tabas. Así que lo que tenemos es una banda de rufianes con ropas y armas nuevas y de factura local, y que son tan ineptos en su oficio o de temperamento tan austero que han renunciado a todos los adornos habituales en gente como ellos.

Se quedó mirando a sus compañeros con una mueca dibujada en el rostro.

Parece un joven señor regañando a unos sirvientes de pocas entendederas, pensó Micum, conteniendo de nuevo la tentación de arrojar a su amigo del caballo.

Repentinamente, Alec se irguió sobre la silla.

—No eran bandidos. Solo trataban de hacerse pasar por tales.

Las facciones de Seregil se relajaron un poco y, por primera vez en todo el día, esbozaron algo parecido a una sonrisa.

—Y, además de eso, no eran de la zona. De haberlo sido no habrían tenido que comprar cuanto necesitaban.

—Pero cuando registramos los cuerpos no encontramos marcas de ninguna cofradía criminal, ¿verdad? —preguntó Alec—. Como las de aquel Titiritero de la fortaleza de Asengai.

—No, al menos ninguna que yo pudiera reconocer. Pero este detalle podría no ser significativo.

Micum sonrió para sí mientras los observaba repasando los detalles de la emboscada como si fueran dos sabuesos que siguieran un rastro reciente. Saltaba a la vista que el muchacho estaba excitado.

—Entonces, ¿qué es lo que eran? —intervino al fin—. ¿Plenimaranos? Incluso si hubieran podido seguir nuestro rastro, cosa que dudo, ¿cómo podrían habérsenos adelantado tanto como para preparar una emboscada?

—No creo que pudieran —dijo Seregil—. Ya se encontraban allí y nos estaban esperando.

Micum se atusó los bordes de su poblado mostacho.

—Pero eso significa que sabían quiénes éramos y qué camino seguíamos.

—Exacto. —Seregil se mostró de acuerdo—. Puede ser cosa de magia o pueden haber utilizado palomas mensajeras. En cualquier caso, significa que hay en todo este asunto mucho más de lo que pensábamos. Razón de más para permanecer alejados de los caminos principales y para intentar regresar a Eskalia lo antes posible. Puede que tengamos menos tiempo del que creemos.

—Si las Fuerzas del Señor Supremo... —comenzó a decir Micum, pero Seregil le detuvo en seco lanzando una mirada en dirección a Alec.

—Lo siento Alec —dijo—. Sabes bien que confiamos en ti, pero en este asunto respondemos ante otros. Y, además, probablemente es más seguro para ti.

Seregil levantó la vista hacia las nubes, que parecían encontrarse muy cerca de sus cabezas.

—La oscuridad avanza a toda prisa, pero estamos muy cerca del pueblo y no quiero pasar otra noche a la intemperie. ¿Qué dices tú Micum? ¿Estás lo suficientemente bien como para apretar un poco el paso?

—Hagámoslo. Tienes amigos allí, ¿no es cierto?

—En la Rana Beoda. Pasaremos allí la noche.

Cuando llegaron al pueblo, las lámparas ya estaban encendidas.

Al contrario que Herbaleda, Boersby era un basto y pobre asentamiento situado en medio del camino, formado casi enteramente por comercios que abastecían a los mercaderes. Amontonados en desorden junto a la orilla del lago como ganado hambriento, las posadas, tabernas y almacenes competían por la proximidad a los alargados muelles que se internaban en el río.

Con la llegada del invierno, el pueblo había sido invadido por la última oleada de mercaderes que trataban de obtener alguna ganancia antes de que los caminos se cerrasen hasta primavera.

Seregil los condujo hasta una hostería de aspecto poco recomendable, situada en un extremo del pueblo. El destartalado cartel que pendía sobre la puerta mostraba a una biliosa criatura verde —sin duda, el artista había pretendido representar a una rana— vaciando un enorme tonel de vino.

Una multitud de considerable tamaño se arremolinaba en la sala principal, hasta llenar sus más oscuros rincones, vociferando y golpeando las mesas para atraer la atención de los camareros. Un fuego ardía en la amplia chimenea, llenando la habitación con una neblina que irritaba los ojos. Una pesada tabla situada sobre dos barriles hacía las veces de barra, y detrás de ella se encontraba un hombre flaco, de cara pálida, tocado con un delantal de cuero.

—¿Hay habitaciones libres? —inquirió Seregil al mismo tiempo que hacía una discreta señal con la mano dirigida al posadero.

—Sólo una, en la parte trasera. Nada lujoso —replicó el tabernero con un rápido guiño—. Un penique de plata la noche. Por adelantado.

Con un seco asentimiento de cabeza, Seregil arrojó unas pocas monedas sobre la barra.

—Mándanos algo de comida. Lo que sea, pero en cantidad. Y también agua. Venimos del camino y estamos hambrientos como lobos.

La habitación apenas era poco más que un cobertizo adosado a la parte trasera de la taberna. Un desvencijado camastro reposaba apoyado contra la pared más lejana.

Las sábanas despedían el intenso hedor de anteriores inquilinos. Era el único mobiliario. Un momento más tarde apareció un desaliñado muchacho con un pequeño candelabro y un brasero cubierto, seguido por otro que portaba una bandeja con cerdo asado y nabos, y jarras de agua y cerveza.

Mientras comían, alguien llamó con suavidad a la puerta. Esta vez era el posadero. Sin decir palabra, tendió a Seregil un fardo y se marchó.

—Ven aquí, Alec —dijo Seregil mientras lo guardaba debajo de su brazo—. Hay una casa de baños aquí al lado, y creo que me vendría bien darme uno. ¿Qué te parece, Micum?

—Buena idea. No creo que pudiese pasar una noche entera encerrado con vosotros dos en esta habitación —pasó una mano sobre la incipiente y gruesa barba que teñía de color cobrizo sus mejillas—. Y, aunque no espero que ninguno de vosotros pueda comprender esto, también me vendría estupendamente un afeitado.

La casa de baños era un local abierto y con mucha corriente.

Después de un intenso regateo con la dueña, Seregil consiguió que el turbio contenido de dos de las tinajas de madera que ostentaba el lugar fuera reemplazado con agua limpia. Por un precio adicional, ella les proporcionó dos cubos de agua caliente para quitarse un poco el frío de los huesos. Mientras se desvestían, les trajo toallas y un basto jabón de color amarillo, y luego se llevó sus ropas para que se las lavaran. Acostumbrada como estaba a la presencia de extraños desnudos, recibió la incomodidad y las mejillas coloradas de Alec con abierto desdén.

—Tienes que librarte de eso, ¿sabes? —comentó Seregil mientras Micum y él entraban en las tinajas.

—¿De qué? —Alec se inclinó sobre la modesta chimenea de la habitación, esperando su turno.

—De ese exceso de decoro tuyo. O al menos de esa tendencia a sonrojarte.

Micum se sumergió con un suspiro, dejando que el agua tibia ablandase la sangre coagulada que se había acumulado alrededor de su herida. Seregil se frotó rápidamente de la cabeza a los pies y salió del baño.

—Todo tuyo, Alec. Utiliza el jabón y límpiate bien las uñas. He decidido que nuestra forma de vida debe mejorar a partir de mañana —tiritaba mientras se frotaba la cabeza y los hombros con la gastada toalla—. ¡Por las Manos de Illior! —gruñó—. ¡Juro que cuando esté de vuelta a Rhíminee me dirigiré a los baños civilizados más próximos y me quedaré en ellos durante una semana entera!

—Lo he visto enfrentarse al fuego, la sangre, el hambre y la magia —señaló Micum, sin hablar con nadie en particular—. Pero niégale un baño caliente al final de la jornada y protestará como una puta mantenida.

—Algo de lo que, sin duda, tú sabes mucho. —Seregil desenrolló el fardo que

había traído consigo, sacó un basto traje de lana y se lo puso por la cabeza.

Alec lo miró boquiabierto y Seregil le obsequió con un guiño.

—Creo que ha llegado el momento de una nueva lección.

Rápidamente, reunió su cabello en una larga trenza, dejando que algunos mechones cayeran descuidadamente sobre su rostro. Extrajo un polvo grisáceo de una pequeña bolsa y se lo extendió sobre el pelo y la piel. Deshizo el resto del fardo. Contenía un chal grande, a rayas, unos gastados zuecos de madera y una faja de mujer. Satisfecho con su vestimenta, escondió la más pequeña de sus dagas debajo del cinturón, les dio la espalda un momento y se encorvó para dar una sensación de frágil senectud. Cuando se volvió de nuevo, Alec y Micum se encontraban frente a una pequeña y ordinaria sirvienta.

—¿Sería alguno de los caballeros tan amable darme una opinión? —preguntó con la voz de una anciana de marcado acento micenio.

Micum le concedió su aprobación asintiendo.

—Buenas noches, abuela. ¿Adonde os dirigís así vestida?

—Cuanto menos diga, menos oiréis —replicó Seregil mientras se dirigía hacia la puerta—. Salgo a ver en qué dirección sopla el viento. Si la dueña pregunta, decidle simplemente que tenía otras ropas. Lo cual —añadió, haciendo una trabajosa reverencia— es cierto.

Cuando les trajeron de nuevo sus ropas, Alec y Micum regresaron a su habitación en la Rana. Las velas estaban encendidas y el brasero brillaba alegremente sobre su trípode, en el centro de la habitación.

—¿Cómo está vuestro costado? —preguntó Alec.

—Mejor, pero creo que me conviene descansar sobre el suelo —contestó Micum, lanzando una mirada a las flojas cuerdas del camastro—. Anda, sé un buen muchacho y ayúdame a preparar un jergón con las capas. Aquí, junto a la puerta.

Alec dispuso sobre el suelo unas mantas y capas y Micum se sentó con expresión agradecida y la espada sobre las rodillas.

—Trae tu espada. Voy a enseñarte a afilarla —le invitó mientras sacaba un par de piedras de amolar.

Trabajaron en silencio durante un buen rato, escuchando el sonido del metal contra la piedra. Para Alec, exhausto como estaba, era una bendición que Micum fuera una persona con la que resultaba tan agradable estar en silencio. La sencilla naturaleza del hombre no parecía interesada en una cháchara vacía.

Por eso, se sorprendió al escucharle decir:

—Eres tan locuaz como un tocón. Puede que no me creas, pero a mi manera puedo ser tan charlatán como Seregil.

Al ver que Alec vacilaba, continuó, con voz amable:

—Nunca creí que tomaría un aprendiz, y mucho menos un simple zagal de los

bosques como tú. No pretendo ofenderte. Es sólo que tienes más de hijo de guardabosques que de espía. Así que dime, ¿qué piensas de nuestro amigo?

—Bueno, para ser honesto, la verdad es que no sé qué pensar. Desde el principio me ha tratado como si... como si...

Se detuvo, confundido. No estaba acostumbrado a que le consultaran sus opiniones, y tenía que buscar cuidadosamente las palabras para expresarlas. Además, aunque los modales abiertos y joviales de Micum invitaban a la sinceridad, era evidente que Seregil y él eran muy buenos amigos.

—Es como si lo supiera todo sobre mí —logró decir al fin—. Y algunas veces asume que lo sabe todo sobre mí. Me ha salvado la vida, me ha dado ropa, me ha enseñado toda clase de cosas... pero de tanto en cuanto se me ocurre que, en realidad, yo no sé nada sobre él. He tratado de preguntarle sobre su hogar, su familia... esa clase de cosas, pero simplemente sonrío y cambia de tema. Eso se le da muy bien.

Micum soltó una risilla de complicidad.

—En cualquier caso —continuó Alec—, parece creer que puede convertirme en lo que quiera que él es, y algunas veces eso me pone un poco nervioso. ¡No sé lo suficiente sobre él para saber lo que espera de mí! Vos sois su amigo y todo eso y nunca os pediría que traicionaraís su confianza pero ¿hay algo qué podáis contarme?

—Oh, ya lo creo. —Micum deslizó un dedo sobre el filo de su espada—. Nos conocimos hace años, junto al Río del Oro. Nos caímos bien desde el principio y, cuando él regresó a Rhíminee, decidí acompañarlo. Él tenía un viejo amigo allí, Nysander, y fue éste el que me contó muchas de las cosas que conozco sobre nuestro discreto amigo. De dónde es y por qué dejó su hogar es cosa que le toca a él contarte. Por mi parte no sé demasiado sobre el particular, salvo que corre sangre noble por sus venas y tiene algún parentesco con la corte de Eskalia. No era mucho mayor que tú cuando llegó al reino, pero ya había vivido una vida intensa. Nysander es un hechicero y lo tomó como aprendiz. Por desgracia, la cosa no debió de funcionar. Seregil no es un mago, a pesar de todos sus trucos con los animales. Pero han seguido siendo amigos. Lo conocerás cuando lleguemos allí. Lo primero que Seregil hace cuando regresa de una excursión es visitarlo.

—¡Un hechicero! ¿Cómo es?

—¿Nysander? Un alma noble, puedes creerme, tan amable como el Hacedor en un día de verano. La mayoría de los magos a los que he visto suelen ser pomposos y tener delirios de grandeza, pero deja que el viejo Nysander se tome uno o dos tragos y es muy probable que comience a convocar unicornios verdes, o a hacer que los cuchillos bailen con las cucharas. Y eso que es uno de los viejos.

—¿Los viejos?

—Los hechiceros pueden vivir tanto como los Aurénfaie, y Nysander lleva unos cuantos años en este mundo. Debe de rondar los trescientos, creo. Conoció a la abuela

de la Reina Idrilain e Idrilain es ya una abuela. Ella le tiene en inmensa estima. La visita frecuentemente en sus aposentos y siempre está invitado a los banquetes.

—Seregil me dijo que había muchos magos en Rhíminee.

—La mayoría de ellos vive en un lugar llamado la Casa Oréska. Aunque en realidad es más un castillo que una casa. Como te estaba diciendo, muchos hechiceros son arrogantes y pretenciosos, y lo consideran un viejo y chocho necio. Pero espera a conocerlo antes de formarte una opinión. Por lo que se refiere a Seregil, no te preocupes. No es de los que confían en la gente con facilidad, así que si ha elegido llevarte consigo, puedes estar seguro de que lo hace por una buena razón... sea la que sea. Una cosa que sí puedo contarte sobre él es que estaría dispuesto a dar la vida por un amigo y nunca dejará a un camarada en la estacada. *Nunca*. Puede que él te diga lo contrario y, una vez que compruebes cómo vive en Rhíminee, puede que lo creas. Pero yo lo conozco bien y sé que es tan digno de confianza como el sol en el cielo. La única cosa que no es capaz de perdonar es la traición. Esto es algo que te conviene recordar. En algún lugar, antes de que viniera a Eskalia, alguien lo traicionó, y eso lo ha dejado marcado de por vida. Matará a cualquiera que lo traicione.

Alec meditó sobre estas palabras un momento y entonces preguntó:

—¿Cómo es Rhíminee?

—Es la ciudad más hermosa del mundo. Pero también bulle de intrigas. La familia real tiene más ramas que un sauce, y todas ellas están maquinando constantemente contra las otras para intentar conseguir un lugar más cercano a la copa. Juegos políticos, viejas querellas, amoríos secretos y quién sabe qué más. Y muy a menudo, cuando uno de ellos necesita que se robe un documento o que alguien reciba un mensaje o una advertencia en mitad de la noche, es nuestro amigo Seregil el que realiza el trabajo. La gente que lo contrata nunca se encuentra con él, no creas, pero aquellos que desean contar con sus servicios saben cómo ponerse en contacto con él. Simplemente preguntan por el «Gato de Rhíminee». Es al mismo tiempo el secreto mejor y peor guardado de la ciudad.

—Resulta difícil de creer. —Alec sacudió la cabeza con incredulidad—. ¿Y él cree que yo podría hacer todas esas cosas?

—Ya te lo dije antes. Si no lo creyera así, no estaría aquí. Me apuesto lo que quieras a que ve en ti algo que ni tú ni yo podemos percibir. Oh, vaya. Aunque no fuese así te habría rescatado de todas maneras, pero debe de haber algo más. Algo que le ha llevado a conservarte a su lado.

Micum lo miró a los ojos y le hizo un guiño.

—Ahora tienes un misterio que resolver por ti mismo, porque dudo mucho que llegues a saberlo de boca de Seregil. Mientras tanto, no te preocupes por complacerlo. Límitate a mantener los ojos abiertos y sigue su camino.

Seregil regresó silenciosamente a la habitación, arrojó el chal a un lado y se tendió sobre la cama para calmar los calambres de su espalda. Micum y Alec lo miraban, expectantes.

—Han puesto precio a la cabeza de Aren Windover. Y también a la tuya, Alec —les informé—. También se menciona a un tercer hombre, un desconocido. Sospecho que el que ha extendido el rumor sobre este último es el hombre que escapó el otro día en el camino.

—No empecemos otra vez —le advirtió Micum—. ¿Quién ofrece la recompensa? ¿Nuestro buen amigo el alcalde de Herbaleda?

—Supuestamente. Una paloma trajo el mensaje ayer mismo. Decía que habíamos robado el dinero de los gremios o alguna tontería semejante.

—¿Cuánto vale la cabeza de Aren esta vez?

—Veinte marcos de plata.

—¡Por las Puertas de Bilairy! —Micum soltó un grito sofocado—. ¿En qué demonios te has metido?

—Que me maten si lo sé. —Seregil pasó lentamente una mano por sus cabellos—. ¿Dónde está mi bolsa?

Alec se la lanzó y sacó el disco de madera. Los observó, intrigado, frunciendo el ceño.

—Esto es lo único que nos llevamos. No puedo imaginar qué es lo que lo convierte en algo tan valioso pero, por si acaso, será mejor que no lo perdamos de vista.

Pasó un cordel de cuero a través del agujero del centro, lo volvió a mirar durante un instante y entonces se lo anudó alrededor del cuello.

—Así que quieren recuperarlo desesperadamente. Bien. Razón de más para llevarlo cuanto antes a Eskalia.

—¿Y cuánto ofrecen por mí? —preguntó Alec—. Es la primera vez que soy un forajido.

—Veinte marcos, lo mismo que por mí. No está mal para alguien tan joven. Sólo ofrecen la mitad de eso por Micum.

—¿Estás seguro de que no mencionaron mi nombre? —preguntó éste.

—Sí. Nadie lo mencionó. Parece que has salido bien parado del asunto.

—Siempre he ido y venido a voluntad por esta zona, así que supongo que a nadie extrañó mi desaparición en Herbaleda. ¿Estamos en peligro aquí?

—No lo creo. Si tuvieran agentes en Boersby, no habrían tenido que involucrar a la gente de la zona. Parece que han enviado mensajes similares a todas partes: Gavillar, Baltón, Ósk e incluso Sark. Sean quienes sean, han perdido nuestro rastro y no están contentos. Es lo mismo. Igualmente debemos ser cuidadosos.

—Si están buscando a dos hombres y un muchacho, ¿por qué no nos separamos?

—Micum se atusaba el mostacho, pensativo—. De todas maneras, había pensado en dar un rodeo y echar un vistazo al lugar que viste señalado en el mapa, en las Marismas de Negragua. Me pondré en camino hacia allí antes de la salida del sol.

—¿Estás seguro de encontrarte en condiciones?

—Puedo cabalgar sin dificultades.

—Llévate nuestros caballos contigo y mándanos un mensaje tan pronto como te sea posible. Ya he reservado pasaje a Nanta para Alec y para mí. Si necesitas dar con nosotros, estaremos a bordo de un mercante fluvial llamado el *Veloz*. Tiene el casco negro y la quilla roja. Pregunta por la dama Gwethelyn de Vado Cador.

—¿La dama Gwethelyn? —Micum sonrió—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que oí algo de esa buena mujer. ¡Alec, muchacho, te espera una travesía realmente interesante!

El Capitán y la Dama

—Esa moza tiene pinta de ser muy caliente, aunque ya no esté en sazón, ¿eh, capitán Rhal? —dijo el timonel.

El enérgico viento agitaba la vela triangular del *Veloz* y Rhal se aproximó al pretil para poder ver mejor a su pasajera, todavía sentada en la proa.

El capitán era un hombre robusto y moreno de mediana edad. Aunque comenzaba a quedarse un poco calvo, todavía era lo suficientemente bien parecido, a su manera ajada y libertina, como para atraer a un buen número de mujeres en un buen número de puertos... un hecho del que no dudaba en sacar provecho.

—Sí que lo es. Siempre he apreciado a las mozas de buena figura —señaló, ignorando el comentario de Skywake sobre la edad de la mujer. En su caso, no estar en sazón significaba tener más de catorce años. Aunque saltaba a la vista que la dama en cuestión no estaba ya en la flor de la juventud, tampoco era una mujer madura. ¿Veinticinco, quizá?

Lady Gwethelyn y su joven acompañante habían subido a bordo al amanecer. Después de asegurarse de que su equipaje era conducido hasta su pequeño camarote, le había preguntado al capitán si podía sentarse en la proa, dado que era muy sensible a los mareos y creía que la brisa del río podría ayudarla a superarlos hasta que se hubiese acostumbrado al movimiento del barco. Su voz suave y tímida y sus elegantes modales lo habían cautivado de la cabeza a los pies.

Después de todo, quizá la travesía río abajo no fuera a ser tan monótona esta vez.

Estudiándola a la luz del amanecer, Rhal no encontró razón para alterar su evaluación inicial. Su pulcro tocado enmarcaba un rostro recatado y de delicada arquitectura. Bajo la capa vestía una toga de viaje de cuello alto que realzaba la delgadez de su cintura y la elegante curva de su pecho. Algunos podrían pensar que era un poco estrecha de caderas pero, como el capitán señaló a su timonel, le gustaba que sus mujeres fueran esbeltas. La helada brisa de las aguas había pintado de rubor sus pálidas mejillas, y sus grandes ojos grises parecían resplandecer mientras se inclinaba hacia su compañero de viaje para mostrarle algún detalle de las lejanas orillas.

¿Quizá estaba más cerca de la veintena?

El cargamento del *Veloz* consistía principalmente en pieles y especias, pero hacía años que Rhal había descubierto que resultaba lucrativo añadir un camarote bajo las cubiertas, y a menudo llevaba pasajeros a lo largo del Folcwine. La noche anterior, una vieja sirvienta había reservado un pasaje hasta Nanta para la dama y su acompañante. A cambio de una jarra de cerveza, la vieja charlatana no había tenido inconveniente en exaltar la belleza de su señora mientras se lamentaba de la

fragilidad de su salud, que la obligaba a pasar los fríos meses de invierno en compañía de sus parientes del sur.

Esto no era nada extraño; muchos de los más acomodados mercaderes de las tierras del norte tenían esposas sureñas y, a menudo, estas damas preferían migrar a sus tierras natales, más cálidas, antes de que la helada mano del invierno paralizara toda actividad en aquella parte del mundo.

Una vez se aseguró de que el navío estaba bien orientado, el capitán bajó a cubierta para reconocer el río. El Folcwine era muy ancho y generalmente no ofrecía problemas a la navegación, pero en esta época del año abundaban los bancos de grava.

Desde donde se encontraba gozaba de una mejor visión de los pasajeros, y volvió a distraerse. Su acompañante, poco más que un niño a pesar de su librea y su espada, se había adelantado hasta la barandilla. La mujer se sentaba, observando pensativa la orilla, con las manos cruzadas sobre el regazo.

Su vestido, sus modales, el hermoso anillo de granate que lucía sobre el dedo índice de su mano enguantada, todos aquellos detalles confirmaban que era una dama de posición, pero Rhal volvió a preguntarse cuáles podían ser las razones de su viaje. Había subido a bordo con sólo un cesto y un baúl no demasiado pesado. El muchacho portaba una mochila vieja y gastada que pesaba casi tanto como todo lo demás; difícilmente podía tratarse del equipaje de una dama. Esto, unido a la ausencia de sirvientas o damas de compañía, y a lo tardío de la hora a la que habían embarcado, sugería una posibilidad mucho más interesante. ¿Podía ser una esposa fugada? La esperanza es lo último que se pierde y, por Astellus, tenía por delante toda una semana para descubrirlo.

Aunque Seregil habría estado más que satisfecho con la impresión que había causado al capitán, su pensativo y preocupado estado de ánimo no era ningún ardid. La noche anterior, después de encontrar ropas apropiadas para Alec y para sí mismo, había examinado la herida de Micum y había tratado en vano de convencerlo de que descansara en la cama. No lo había conseguido a pesar de todos sus esfuerzos y, finalmente, se había acostado junto a Alec y se había sumido en un profundo sueño casi al instante. Aparte del hecho de que los acontecimientos de los pasados días lo habían dejado exhausto, sabía que era la única manera de escapar de los atronadores ronquidos de Micum.

Algún tiempo más tarde, había despertado con la sensación de que algo andaba mal. Un fuerte viento soplaba en la noche. Se arremolinaba alrededor de las esquinas del edificio y siseaba a través de las grietas de los muros. El brasero apenas despedía ya más que un tenue brillo. El único calor que sentía era el que le proporcionaba la espalda desnuda de Alec, apoyada contra la suya. Esto ya era algo extraño por sí solo,

porque aparte del hecho de que no recordaba haberse desvestido, el persistente pudor del muchacho jamás le hubiera permitido dormir con otro estando desnudo.

Pero no era esto lo que le causaba desazón, decidió soñoliento.

La escasa luz que emitía el brasero no le permitía adivinar la forma de Micum, tendido sobre su jergón, junto a la puerta. Algo andaba mal y era algo obvio... sólo necesitaba que sus confusos pensamientos se aclarasen para descubrirlo.

Abandonó cuidadosamente la cama y caminó en silencio hasta el lugar donde Micum reposaba. El tacto de los fríos y ásperos tablones sobre sus pies resultaba desagradable. Mientras se arrodillaba junto a su amigo, la sensación de inquietud se hizo más intensa; el sueño de Micum nunca resultaba tan silencioso.

Su amigo yacía, hecho un ovillo, sobre su costado. Estaba de espaldas a él, de manera que apenas podía oír la respiración del hombre. De hecho, no se oía respiración alguna.

—Micum, despierta —susurró, pero su garganta estaba tan seca que apenas brotó de ella más que un jadeo ahogado. El miedo, espeso, palpable, se apoderó de él y sujetó los hombros de su amigo, desesperado por hacerlo despertar, por oírlo hablar.

Micum estaba tan frío como el suelo bajo los pies de Seregil.

Apartó la mano con brusquedad y descubrió que estaba manchada de oscura sangre. Lentamente, el cuerpo de Micum giró sobre su espalda y Seregil vio la herida recién abierta de su garganta, por la que asomaba la empuñadura de su daga. Los ojos de Micum estaban abiertos y la expresión de su rostro era de terrible sorpresa y tristeza.

Un grito de angustia se elevó desde la garganta de Seregil.

Retrocedió tambaleándose, con los brazos extendidos en dirección al cadáver. La delicada piel de sus rodillas se desgarró contra el áspero suelo de madera.

De pronto, el viento pareció lanzar un violento ataque contra la casa. Una de las contraventanas se abrió con fuerza y una ráfaga de aire helado irrumpió en la habitación. Atizados por la brisa, los carbones del brasero ardieron furiosamente por un instante y la luz permitió a Seregil ver una figura alta, de pie en la esquina más cercana a la ventana. El hombre estaba embozado de la cabeza a las rodillas con un manto oscuro, pero Seregil reconoció la implacable rectitud de la espalda, la leve inclinación de la cabeza, la ceja enarcada, casi acusadora bajo la capa, y la mano oculta que reposaba sobre el cinturón o sobre el pomo de la espada. Y entonces, con una mezcla profundamente desagradable de precognición y recuerdo, supo exactamente cómo comenzaría la conversación.

—Vaya, Seregil. En bonito estado te encuentro.

—Padre, esto no es lo que parece —replicó Seregil, odiando el tono suplicante que oía en su propia voz, el eco de su yo pasado que había pronunciado aquellas mismas palabras en una situación no demasiado diferente a la actual, pero incapaz de

hablar de manera diferente. Sólo que ahora era, además, dolorosamente consciente de que su mano no empuñaba un arma.

—Lo que *parece* es que hay un amigo tuyo muerto sobre el suelo y un sodomita en tu cama —la voz de su padre era tal como la recordaba: seca, sardónica, preñada de calculada desaprobación.

—Ése sólo es Alec... —comenzó a decir Seregil, furioso. Pero entonces, las palabras se ahogaron en su garganta mientras el muchacho desnudo abandonaba la cama con ademanes lascivos que no eran los suyos, se acercaba a Seregil, se apretaba cálidamente contra él e intercambiaba una mirada desafiante con su padre.

—Por lo que veo, tu elección de compañías no ha mejorado.

—¡Padre, por favor! —una desconcertante sensación de irrealidad se apoderó de él mientras caía de rodillas.

—El exilio sólo ha conseguido reforzar tus tendencias perversas —se mofó su padre—. Como siempre, eres una desgracia para nuestra casa. Debemos encontrar alguna otra clase de castigo.

Entonces, con aquella rara gentileza que siempre había cogido a Seregil desprevenido, sacudió la cabeza y suspiró.

—Seregil, hijo mío. ¿Qué voy a hacer contigo? Ha pasado tanto tiempo... Démonos la mano al menos.

Seregil extendió el brazo para estrechar la mano de su padre.

Lágrimas de arrepentimiento le quemaban los ojos mientras escudriñaba el interior de la capucha intentando vislumbrar al menos un retazo de aquella cara que tan bien recordaba. Y, sin embargo, incluso entonces, un diminuto y enfermizo zarcillo de duda se abrió camino desde las profundidades de su mente. Sus músculos se crisparon mientras la mano de su padre se cerraba alrededor de la suya.

—Estás muerto —gimió Seregil, tratando demasiado tarde de liberarse de la garra cadavérica que lo apresaba—. ¡Hace nueve años! Adzriel me escribió. ¡Estás muerto!

Su padre asintió y retiró la capucha hacia atrás. Unos pocos mechones de oscuro cabello pendían del arrugado cráneo. Los intensos ojos grises habían desaparecido, y en su lugar sólo había dos cráteres negros; el puente de su nariz se había descompuesto. Los labios macilentos dibujaron la parodia de una sonrisa mientras inclinaba hacia delante la ruina que era su cara y un hedor mohoso y repugnante envolvía a Seregil.

—Cierto, pero sigo siendo tu padre —continuó la cosa—. ¡Y tú recibirás el castigo que mereces!

Una espada resplandeció debajo de la capa y la criatura retrocedió un paso, con la mano cortada de Seregil en la suya...

... y Seregil se había erguido en la cama, empapado de sudor, con las dos manos

crispadas sobre su alborotado pecho. No había viento en la calle, ni contraventana abierta. Los ronquidos de Micum subían y bajaban con su habitual y reconfortante estrépito. A su lado, Alec se agitó y musitó una pregunta.

—No es nada. Vuelve a dormirte —susurró Seregil. Después, con el corazón alborotado, había tratado de hacer lo mismo.

Incluso ahora, contemplando el brillo de la luz del sol reflejado sobre el agua y escuchando el rápido rumor del agua al pasar bajo la quilla, la ominosa y desorientadora sensación provocada por el sueño seguía atormentándolo. Ciertamente, había tenido pesadillas en el pasado, pero jamás sobre su padre; al menos no después de que abandonara su hogar. Y nunca una que le hubiese provocado tan intenso dolor de cabeza al día siguiente. Había tomado una copa de vino caliente en la taberna y eso le había ayudado a calmarse, pero ahora todo comenzaba a regresar a rastras, martilleando sus sienes y provocando un regusto amargo en su garganta. Deseaba casi desesperadamente frotarse los ojos, pero el maquillaje, cuidadosamente aplicado, le hurtaba incluso este ligero alivio.

—¿Todavía os encontráis indispuesta, señora?

Seregil se volvió. El capitán se encontraba a su lado, de pie.

—Es sólo una pequeña jaqueca, capitán —replicó con el tono suave que había adoptado para esta identidad particular.

—Probablemente sea debida al reflejo del sol sobre el agua. Colocaos detrás del mástil. Seguiréis sintiendo la brisa pero la vela os protegerá del exceso de luz. Haré que uno de los hombres caliente un poco de vino para vos; sin duda eso hará que os sintáis mejor.

Ofreciéndole el brazo, Rhal condujo a su pasajera hasta un banco situado junto a la camareta alta. Sin ocultar su desagrado, Alec los siguió y se acomodó sobre la barandilla de estribor.

—El muchacho os vigila sin descanso —observó Rhal mientras tomaba asiento junto a «Gwethelyn», mucho más cerca de lo que la anchura del banco hacía necesario.

—Cirís es un pariente de mi marido —replicó Seregil—. Le ha sido confiada mi seguridad. Se toma su obligación muy en serio.

—Sin embargo, no parece que un jovencito puede ofrecer demasiada protección —un marinero apareció con una jarra de vino y un par de copas de madera. Rhal sirvió a Seregil.

—Estoy segura de que no tenéis nada que temer por lo que a mi seguridad se refiere. Cirís es un magnífico espadachín —mintió Seregil mientras bebía delicadamente el vino a sorbitos; no le había pasado por alto el hecho de que su copa estaba mucho más llena que la del capitán.

—Es lo mismo —replicó Rhal con galantería mientras se inclinaba hacia ella—. Me he encomendado a mí mismo la tarea de protegeros hasta que lleguemos a puerto. Si puedo prestaros algún servicio, de día o de noche, sólo tenéis que hacérmelo saber. ¿Me haríais el honor de cenar conmigo en mi camarote, esta noche?

Seregil bajó la mirada recatadamente.

—Sois muy amable, pero el viaje me ha dejado tan fatigada que creo que esta noche me retiraré temprano.

—Mañana por la noche, entonces. Cuando hayáis descansado —concluyó el capitán.

—Muy bien, mañana. Estoy segura de que tenéis tantas historias que contar que tanto mi acompañante como yo lo encontraremos sumamente entretenido.

El capitán Rhal se puso en pie y realizó una leve reverencia; la fugaz expresión de frustración que Seregil percibió en su rostro mientras se volvía le aseguró que, al menos por ahora, había conseguido capear el temporal.

—El capitán Rhal pretende seducirme —anunció Seregil aquella tarde en el camarote. Se estaba aplicando el maquillaje mientras Alec sostenía una pequeña lámpara y un espejo.

—¿Qué pensáis hacer?

Seregil le guiñó un ojo.

—Seguirle el juego, por supuesto. Al menos hasta cierto punto.

—Claro. Difícilmente podríais dejarle... ya sabéis... —Alec hizo un gesto vago.

—Sí, lo sé, aunque me pregunto si tú lo sabrías de estar en mi situación. —Seregil alzó una ceja mientras evaluaba con la mirada a su joven compañero—. Pero, naturalmente, tienes razón. Si le dejara meterse bajo mi falda ahora, sólo conseguiría arruinar la ilusión que tanto me ha costado crear. No obstante —volvió a adoptar la personalidad de Gwethelyn y lanzó una mirada a Alec a través de sus largas pestañas—, ese capitán Rhal es un bribón bastante guapo, ¿no te parece?

Alec sacudió la cabeza, sin saber si Seregil estaba hablando en serio o no.

—¿Vais a dormir con todo eso en la cara?

—Creo que es lo más sensato. Si un hombre es lo suficientemente resuelto para invitar a una mujer casada a su camarote el primer día, no sería de extrañar que encontrara alguna excusa para introducirse en la de ella durante la noche. Por eso también voy a tener que llevar todo eso.

Señaló al camisón de delicado lino que descansaba sobre la cama.

—La clave para viajar disfrazado sin ser descubierto es no prescindir del disfraz en ningún momento, independientemente de las circunstancias. Ayúdame a desvestirme —se levantó y apartó su cabello a un lado mientras Alec desabrochaba la parte trasera del vestido—. Esta práctica podría serte útil algún día.

Desde donde Alec se encontraba, resultaba incómodamente evidente la perfección

del traje de Seregil. Durante la mañana, mientras observaba desde la cubierta cómo Seregil interpretaba el papel de Gwethelyn para el capitán y la tripulación, la ilusión casi lo había confundido.

Sin embargo, el efecto se disipaba rápidamente mientras el traje caía al suelo y Seregil comenzaba a desatar su falso pecho. Era, le había explicado con orgullo, su propia creación, un par de bolsas redondeadas rellenas con bolas de suave lana, cubiertas por una ajustada ropa interior de lino.

—Son mejores que algunas con las que te encontrarás —dijo con una sonrisa—. Pero creo que puedo prescindir de ellas por ahora —colocó cuidadosamente las prendas en el baúl—. Como el defensor de mi honor, te corresponde a ti asegurarte de que el capitán no descubre su desaparición, si es que llega a presentarse.

—Estaríais más seguro con Micum a vuestro lado.

—Micum odia trabajar conmigo cuando me hago pasar por una mujer. Dice, «la mitad de ti es condenadamente bonita» y eso le pone nervioso.

—Eso puedo entenderlo —replicó Alec con una sonrisa. También la «dama Gwethelyn» lo inquietaba a él. La ilusión creada por Seregil era tan convincente que provocaba en él una confusión que era incapaz de expresar con palabras.

—No tienes de qué preocuparte. Además, a una dama se le permite también protegerse a sí misma —sonriendo, extrajo una pequeña daga del interior del vestido que acababa de quitarse y la guardó debajo de la almohada—. Según he oído, en Plenimar se espera de las mujeres que las utilicen contra ellas mismas si alguna vez un extraño invade sus aposentos, de manera que el honor del marido sea salvaguardado. Por mi parte, creo que es añadir una herida a un insulto.

—¿Alguna vez habéis estado en Plenimar? —preguntó Alec viendo la oportunidad para un relato.

—Sólo en los territorios fronterizos, nunca en el mismo país. —Seregil se puso el camisón y comenzó a cepillarse el cabello sobre uno de los hombros—. Los extraños no pasan inadvertidos. A menos que tengas alguna buena razón para estar allí, es mejor que te mantengas alejado. Si lo que he oído es cierto, los espías tienen una vida muy corta en esa tierra. Francamente, tengo trabajo más que suficiente en Rhíminee.

—Micum dice... —comenzó a decir Alec, pero a mitad de la frase lo interrumpieron unos fuertes golpes en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Seregil adoptando la voz de Gwethelyn.

Se envolvió en una capa e indicó con un gesto a Alec que se retirara a la alcoba del sirviente, detrás de la cortina.

—El capitán Rhal, mi señora —fue la apagada respuesta—. Pensé que un poco de té os ayudaría a dormir.

Alec se asomó subrepticamente a la habitación y Seregil puso los ojos en blanco.

—Qué amable.

Alec avanzó unos pasos mientras el capitán entraba y tomó de sus manos la humeante jarra al tiempo que hacía una reverencia que, de forma efectiva, impedía al capitán acceder el interior del camarote.

—Estaba a punto de apagar la luz —dijo Seregil con un bostezo—. Tomaré sólo una taza y luego me dormiré. Buenas noches.

Rhal consiguió hacer una reverencia forzada y se marchó, no sin antes dedicar a Alec una mirada decididamente poco amistosa.

Alec cerró la puerta con firmeza y se volvió hacia Seregil, que se agitaba tratando de contener la risa.

—Por la Tétrada, Alec, será mejor que vigiles tu espalda —dijo Seregil—. ¡Mi nuevo galán está celoso de ti! Y de qué modo lo has recibido en la puerta...

Se detuvo mientras se secaba los ojos.

—Ah, dormiré a pierna suelta sabiendo que mi virtud está tan bien guardada. Pero antes, creo que tu constancia se ha ganado una recompensa. Sirve el té y te contaré una historia.

Una vez ambos estuvieron sentados confortablemente a ambos lados de la cama y con sendas copas en la mano, Seregil dio un largo sorbo y dijo calurosamente:

—Entonces, ¿qué te gustaría que te contara?

Alec reflexionó un instante; tenía tantas preguntas que era difícil saber por dónde empezar.

—Algo sobre las reinas guerreras de Eskalia —dijo al fin.

—Excelente elección. La historia de las reinas es la esencia de la propia Eskalia. ¿Recuerdas que te conté que la primera de esas reinas subió al trono durante la primera gran guerra contra Plenimar?

Alec asintió.

—La reina Gera-algo.

—Gérilain I. La Reina del Oráculo, como algunas veces se la conoce, debido a las circunstancias de su coronación. Al comienzo de la guerra, Eskalia era gobernada desde Ero por su padre Thelátimos. Era un buen líder, pero por entonces Plenimar se encontraba en la cúspide de su poder. Llegado el décimo año de la guerra, parecía que Eskalia y Micenia estaban a punto de sucumbir. Años antes, Plenimar había ocupado Micenia hasta la altura del río Folcwine y controlaba todas las tierras agrícolas del norte. Con un poder marítimo superior y amplios recursos, parecía tener todos los triunfos en la mano.

—Y también tenían a los nigromantes —le interrumpió Alec—. Y a sus ejércitos de muertos vivientes.

—Veo que ciertos temas se te han quedado grabados. Creo haber dicho que las leyendas mencionan *rumores* sobre tales cosas. Los plenimaranos son reputados por su brutalidad y dureza durante y después de la batalla. Entre esto y un ejército de

monstruos sólo hay un paso, ¿no te parece? —advirtiendo que Alec parecía un poco alicaído, añadió con voz amable—. Pero es importante tener buen oído y una memoria despierta, y tú estás bien equipado en ambos aspectos. En nuestro oficio tienes que aprender a examinar los cuentos y leyendas para diferenciar lo verdadero de lo falso y descubrir lo que ocurrió realmente. Pero volviendo al relato, el décimo invierno desde el comienzo de la guerra, las cosas parecían bastante desesperadas. Sin saber qué debía hacer, Thelátimos resolvió consultar al Oráculo de Afra. Esto significaba realizar un largo y peligroso viaje hasta Afra, que se encuentra en las colinas de la Eskalia central. A pesar de ello, el rey se puso en marcha y llegó al lugar sagrado hacia el solsticio. Preguntó lo que debería hacer y el escriba real que lo acompañaba transcribió la respuesta del Oráculo palabra por palabra. Más tarde, Thelátimos la hizo inscribir en una placa de oro que, hasta el día de hoy, preside el salón del trono de Rhíminee. Y dice así: «Mientras una hija de la sangre de Thelátimos gobierne y defienda, Eskalia nunca será sojuzgada». Estas palabras cambiaron el curso de la historia para siempre. Dado que el Oráculo de Afra era conocido por la precisión y sabiduría de sus profecías, Thelátimos, aunque bastante sorprendido, decidió obedecer al edicto. Se proclamó la voluntad divina y sus cuatro hijos renunciaron debidamente a sus derechos en favor de su hija Gérilain, una chica de apenas tu edad y la más joven de los cinco. Hubo muchísima controversia entre los generales respecto a si las palabras del Oráculo suponían que había de entregarse a una muchacha inexperta y sin instrucción la dirección de los ejércitos. Thelátimos había decidido seguir las instrucciones al pie de la letra. Declaró a su hija Reina y conminó a los generales a que se prepararan para reemprender la guerra a sus órdenes. Pero según cuenta la historia, ellos tenían otros planes. Le dieron algún entrenamiento, la vistieron con una hermosa armadura y la situaron en retaguardia, protegida por una nutrida guardia personal. Sin embargo, en el transcurso de la siguiente batalla, la joven Gérilain reunió a su guardia, la condujo hasta la lucha y mató personalmente al Señor Supremo, Krysethan II. Aunque la guerra se prolongó todavía otros dos años, las acciones de aquél día dieron a Eskalia y a sus aliados el tiempo suficiente para resistir hasta la llegada de los Aurénfaie. A partir de entonces, nadie dudó de que el derecho de Gérilain a gobernar le había sido concedido directamente por los dioses.

—¿Y sólo ha habido reinas desde entonces? —preguntó Alec—. ¿Nadie cuestionó las palabras del Oráculo?

—Algunos lo hicieron. El hijo de Gérilain, Pelis, envenenó a su hermana cuando estaba a punto de ascender al trono y lo reclamó para sí, sosteniendo que lo que el Oráculo había querido decir era «Mientras la hija de Thelátimus gobierne» en vez de «Una hija de la sangre de Thelátimus». Desgraciadamente para él, al segundo año de su reinado las cosechas fueron terribles y sobrevino una plaga en la que encontró la

muerte, junto con otros centenares. Tan pronto como su sobrina Agnalain ascendió al trono, las cosas empezaron a mejorar.

—¿Pero y si una reina no tenía hijas?

—Eso ocurrió varias veces a lo largo de los últimos ochocientos años. La Reina Marnil fue la primera. Tenía seis hijos excelentes pero ninguna sucesora. Desesperada, viajó hasta Afra, donde el Oráculo le reveló que debía unirse a un consorte, especificando que tendría que elegirlo de acuerdo a su valentía y su honor.

—¿Y el marido?

—Eso representaba un problema, puesto que el Oráculo no había sido demasiado específico al respecto. Desde entonces, diversas reinas han interpretado esta profecía de diferentes maneras. Algunas de ellas incluso utilizaron el título como una especie de recompensa. Elesthera, la abuela de la Reina Idrilain, tenía más de treinta «consortes», pero incluso los eskalianos consideraban esto bastante excéntrico.

—¿Pero cómo podría una reina tener herederas legítimas si duerme con todo hombre que se le antoja? —preguntó Alec. Parecía escandalizado.

—¿Qué significa la legitimidad, después de todo? —dijo Seregil riendo—. Un rey puede ser engañado por su esposa para hacerle creer que el hijo de su amante es en realidad de él. No es algo difícil de hacer. Pero cualquier hijo que una reina lleva en su vientre es suyo, al margen de quién sea el padre, lo que lo convierte en legítimo.

—Supongo que sí —concedió Alec sin ocultar su desaprobación—. ¿Y hubo malas reinas?

—Algunas hubo, sí. Han sido muchos años. Con derecho divino o sin él, seguían siendo humanas.

Alec sacudió la cabeza. Sonreía.

—Tantas y tantas historias... ¡No sé cómo podéis recordarlas!

—Es algo necesario, si uno quiere ser aceptado por los nobles de Eskalia. La importancia de uno se juzga de acuerdo a la rama de la familia a la que pertenece, de cuán lejos se encuentra de la sangre noble, de qué consorte se descende, de si los ancestros de uno son hombres o mujeres... podría seguir y seguir, pero me imagino que lo comprendes.

Dejó la copa a un lado y se estiró.

—Y ahora, creo que los dos haríamos bien en acostarnos. Me espera un día duro, tratando de evitar a nuestro buen capitán, y tú tendrás que trabajar a destajo para mantener intacta mi virtud.

La Dama está indispuesta

Seregil despertó bruscamente poco antes del alba. Un gemido estrangulado escapaba de su garganta. Trató de toser, pero sus jadeos sólo consiguieron atraer a Alec desde su alcoba.

—¿Qué ocurre? ¿Algo anda mal? —susurró el muchacho mientras atravesaba a tientas el destartalado camarote.

—Nada. Sólo ha sido un sueño —la mano de Alec encontró su hombro.

—¡Estáis temblando como un caballo aterrorizado!

—Enciende una luz ¿quieres? —Seregil se abrazó las rodillas con fuerza, tratando de refrenar los temblores que lo sacudían.

Rápidamente, Alec encendió la lámpara de la escalerilla del camarote y miró a Seregil con preocupación.

—Estáis completamente pálido. Algunas veces, la manera más rápida de que una pesadilla pase es contarla.

Seregil dejó escapar lentamente un largo suspiro y le indicó con una seña que acercara la única silla que había en el camarote; no tenía ninguna prisa por volverse a dormir.

—Era por la mañana —comenzó en voz baja, con la mirada fija en la llama de la lámpara—. Estaba vestido y preparado para subir a cubierta. Te llamé pero no estabas, así que subí solo. El cielo era de un espeluznante e intenso color púrpura, la luz que atravesaba las nubes era áspera y cobriza... como cuando se avecina una tormenta ¿sabes? El barco estaba en ruinas. El mástil se había partido y la vela colgaba de un costado. Toda la cubierta estaba llena de restos destrozados. Volví a gritar, pero no había nadie en la cubierta salvo yo. El río era de un color negro y oleoso, como aceite. Y había cosas flotando en el agua, alrededor del barco, por todas partes: Cabezas, manos, brazos, cuerpos, todos cortados... —se llevó el dorso de una mano contra la boca—. Desde donde me encontraba, la costa parecía un yermo desolado. La tierra estaba quemada y desgarrada. El humo que se levantaba desde los campos de labranza flotaba sobre las aguas, y mientras yo lo observaba pareció reunirse, moviéndose hacia el barco en forma de grandes espirales y nubes. A medida que se acercaba, comencé a escuchar ruidos. Al principio no podía determinar la dirección de la que venían, pero entonces me di cuenta de que estaban alrededor de mí, por todas partes. Eran las... las cosas del agua. Todas ellas se movían, los miembros se flexionaban y pataleaban y las caras se contorsionaban adoptando horripilantes expresiones mientras daban vueltas sobre el agua.

Alec jadeó lleno de repulsión; para un adorador de Dalna, no había nada más horrible que un cadáver profanado. Seregil dejó escapar otro suspiro agitado y se

obligó a continuar.

—Entonces el barco dio una sacudida, y supe que algo estaba trepando por la vela rota. No podía ver lo que era, pero zarandeaba el barco como si no fuese más que un pedazo de corcho. Me aferré a la barandilla más alejada, esperando a que apareciera. Sabía que se trataba de algo de una maldad inefable y que su mera visión me destruiría. Y, sin embargo, incluso en medio de mi terror, una pequeña y cuerda parte de mi mente me gritaba que había algo terriblemente importante que debía recordar. No sabía si eso podría salvarme, pero era imperativo que pensase en ello antes de morir. Entonces desperté.

Logró esbozar una débil sonrisa irónica, como si se estuviese burlando de sí mismo.

—Eso es todo. Suena bastante estúpido al contarlo.

—¡No! ¡Era algo malo! —Alec se estremeció—. Y todavía seguís sin tener buen aspecto. ¿Creéis posible dormir un poco más?

Seregil miró fijamente al ventanuco cuadrado por el que comenzaba a insinuarse la luz del día.

—No. Ya casi ha amanecido. Pero tú vuelve a la cama. No tiene sentido que los dos dejemos de dormir por nada.

—¿Estáis seguro?

—Sí. Tenías razón con lo de contarlo. Ya lo estoy olvidando —mintió Seregil—. Estaré bien.

Mientras Seregil se entregaba a las rutinas de la mañana, la pesadilla comenzó a desvanecerse de su pensamiento, pero al mismo tiempo lo asaltó una sensación de desasosiego. Además, el dolor de cabeza había regresado, socavando su paciencia y provocándole molestias en el estómago. A mediodía se encontraba tan mal que decidió buscar refugio junto a la quilla, esperando que lo dejaran solo. Alec pareció comprender que haría bien en buscar algo que hacer en cualquier otra parte, pero el capitán no sería tan fácil de desanimar.

Siempre resultaba complicado viajar disfrazado, pero Seregil estaba descubriendo que su actual identidad le imponía más restricciones que de costumbre. Las inoportunas atenciones de Rhal eran más de lo que podía soportar en su estado. Con demasiada frecuencia, el capitán encontraba oportunidades para ponerse a disposición de la dama Gwethelyn, le señalaba lugares de interés a lo largo de la costa, le preguntaba si estaba cómoda y sugería innumerables diversiones para su joven acompañante. Aceptaba sus disculpas con elegancia cortés, pero se mostraba firme en su intención de entretenerlos durante la cena de aquella noche.

Poco después de la comida, Seregil se excusó y pasó el resto de la tarde dormitando en su camarote. Cuando Alec lo despertó para la cena, se encontraba

bastante mejor.

—Siento haberte dejado solo ahí arriba —se disculpó mientras Alec anudaba un lazo de su vestido—. Mañana encontraremos algún modo de sacar tiempo para tu instrucción. La dama Gwethelyn puede pasar el día en el camarote y su acompañante puede quedarse con ella para atenderla. La esgrima sería bastante incómoda aquí abajo, pero seguro que se nos ocurre alguna otra cosa. Puede que el lenguaje de signos o algunos juegos de manos. Son cosas que debes practicar o perderás tu destreza.

Se quitó el arrugado vestido, sacó uno limpio de su equipaje y se lo puso por la cabeza. Cuando Alec hubo terminado de ajustar todos los lazos, se cubrió cuidadosamente el cabello con un tocado de gasa, lo sujetó con un cordel de seda y arregló los pliegues para que cayeran graciosamente sobre su hombro. Además del anillo de granate, completó su atavío con una gruesa cadena de oro trenzado y unos grandes pendientes de perlas.

—¡Por los Dedos de Illior, estoy hambriento! —dijo mientras terminaba—. Espero ser capaz de comer como corresponde a una dama. ¿Qué hay para cenar? ¿Alec?

El muchacho lo estaba contemplando con expresión perpleja. Enrojeció ligeramente, parpadeó y replicó:

—Tenemos ave estofada. Desplumé los pájaros para el cocinero mientras dormíais —se detuvo y entonces añadió, con una amplia sonrisa—. Por lo que he podido escuchar hoy entre los marineros, vuestro disfraz está funcionando.

—¿Ah sí? ¿Qué es lo que decían?

—El cocinero aseguraba no haber visto jamás al capitán tan prendado de una mujer. Algunos de los otros están haciendo apuestas sobre si conseguirá salirse con la suya antes de que llegemos a Nanta.

—Altamente improbable. Confío en que cumplas con tu deber, querido Ciris, hasta que estemos a salvo en la costa.

Rhal les abrió la puerta en cuanto llamaron. Se había ataviado para la ocasión con una casaca de terciopelo que parecía llevar guardada mucho tiempo, y se había recortado la barba con esmero.

Con un suspiro complaciente, Seregil presentó su mano y le permitió que lo condujera al interior.

—¡Sed bienvenida, querida señora! —exclamó Rhal, ignorando intencionadamente a Alec mientras tomaba el brazo de Seregil—. Espero que lo encontréis todo de vuestro agrado.

Se había dispuesto con elegancia una mesa para tres. El vino estaba servido y, en vez de las malolientes lámparas de aceite, brillaban sobre la mesa delgadas velas de

cera.

—Creedme, tenéis el aspecto lozano de una rosa primaveral al amanecer —continuó mientras, con una cortesía que revelaba gran práctica, ayudaba a Seregil a tomar asiento—. Me dolió veros tan abatida.

—Me encuentro mucho mejor, gracias —murmuró Seregil. Alec, situado detrás de Rhal, le hizo un guiño.

Tanto el vino como la comida eran excelentes. Sin embargo, la conversación durante la cena fue un poco tensa. Rhal no prestó demasiada atención a Alec y, cuando el muchacho hizo varias alusiones intencionadas al ficticio marido de Lady Gwethelyn, replicó de forma un tanto brusca. Ahora que por fin se había acostumbrado a su papel, Alec comenzaba a complacerse en él.

—Debéis darnos noticias sobre el sur, capitán —dijo Seregil en un momento en que se había producido un silencio especialmente incómodo.

—Bueno, supongo que habéis oído hablar de los plenimaranos. —Rhal tomó una pipa grande y ennegrecida de un estante cercano—. Con vuestro permiso, mi señora. Gracias. Antes de que saliéramos de Nanta, hace ahora dos semanas, corrían rumores sobre que el viejo Señor Supremo, Petasáron, volvía a estar enfermo y no se esperaba que durase mucho. Si queréis saber mi opinión, creo que eso es algo malo para todos nosotros. Siendo como soy eskaliano de nacimiento, no siento mucha simpatía por los plenimaranos, pero la verdad es que Petasáron ha respetado los tratados durante los últimos cinco años. Su joven heredero, ese Klystis, es harina de otro costal. Dicen que ha estado gobernando en su nombre durante el último año, y se rumorea que están volviendo a afilar las espadas. De hecho, he oído incluso que tiene algo que ver en la enfermedad del padre. No sé si me entendéis. Por lo que se rumorea en la costa, hay muchos plenimaranos que creen que el Duodécimo Tratado de Kouros nunca debió haberse firmado. Aquellos que lo dicen sólo esperan que Petasáron pase a mejor vida para poner las cosas en su sitio.

—¿Creéis que podría haber una guerra? —sin esfuerzo, Seregil fingió una alarma femenina.

Rhal dio unas chupadas a su pipa con aire circunspecto.

—Eskalia y Plenimar no parecen saber qué hacer cuando no están matándose entre sí aunque, generalmente, son los plenimaranos los que encienden la mecha. Sí, creo que se están preparando para empezar de nuevo y, no olvidéis mis palabras, esta vez será una guerra muy mala. Los que saben de estas cosas dicen que los plenimaranos están construyendo muchísimos barcos. Y hay agitadores por todas partes. Los marineros se muestran cada vez más reacios a desembarcar en las costas de Plenimar.

Estas noticias eran nuevas para Seregil pero, antes de que pudiera seguir preguntando, fueron interrumpidos por el grumete, que había sido llamado para que

recogiera la mesa. Rhal abrió un pequeño armario que había sobre su litera y sacó de su interior una pequeña licorera y tres pequeñas copas de peltre.

—Brandy añejo Zengati. Muy raro —les confió mientras servía las copas—. Mis contactos comerciales en Nanta me proporcionan acceso a ciertos lujos de esta clase. Vamos, caballero Ciris, bebamos a la salud de esta honorable dama. Que continúe deleitando los ojos y alegrando los corazones de aquellos que tengan el privilegio de contemplarla.

Aunque hablaba a Alec, su mirada no había abandonado un solo instante a Seregil mientras llevaba la copa hasta sus labios.

Seregil bajó los ojos con modestia mientras daba un pequeño sorbo al potente licor.

Alec volvió a levantar la copa y añadió, con aparente ingenuidad y galantería.

—¡Y por el niño que lleva en su vientre, mi querido primo!

Rhal se atragantó con el brandy y comenzó a toser. Seregil levantó la mirada entre asombrado y divertido, pero logró recomponer su compostura antes de que el capitán se recuperase.

—No hubiera hablado de ello de no haber abordado mi indiscreto sobrino, en su entusiasmo juvenil, un tema tan poco delicado —murmuró Seregil mientras dejaba la copa a un lado. Las damas micenias de alta alcurnia eran conocidas por su modestia y discreción.

Pero saltaba a la vista que el anuncio de Alec no había logrado desanimar a Rhal. Seregil casi podía leer detrás de sus ojos oscuros el pensamiento que acababa de formarse. *Después de todo, si una mujer ya está embarazada pero conserva una figura agradable, ¿qué daño puede hacerse?*

—¡Mi señora, no tenía ni idea! —dijo mientras le daba unas palmaditas en la mano con renovado calor.

El cocinero entró en el camarote con una bandeja de tazones cubiertos y Rhal colocó uno delante de «la dama».

—No es de extrañar que os encontrarais mal. Espero que el postre sea más de vuestro agrado.

—Así lo espero yo también. —Seregil levantó la tapa de su tazón con una mirada expectante y entonces se quedó petrificado mientras el color desertaba de sus mejillas. En el interior de recipiente, una masa de gusanos se deslizaba sobre orejas, lenguas y ojos cortados.

Una oleada de nauseas se apoderó de él. Dejando caer la tapa con estrépito, abandonó a toda prisa la habitación.

—¡No os alarméis, muchacho! —escuchó a Rhal decir detrás de él—. Es bastante normal en su condición...

Seregil llegó junto al pretil y vomitó sobre él, vagamente consciente de que Alec

se encontraba a su lado.

—¿Qué ocurre? —preguntó el muchacho con un susurro lleno de alarma cuando hubo terminado.

—Llévame abajo —gimió Seregil—. ¡Llévame abajo, *ahora mismo!*

Alec lo ayudó a descender por la escalera hasta el camarote. Una vez allí, Seregil se derrumbó sobre el camastro y enterró el rostro entre las manos.

—¿Qué ha ocurrido? —suplicó el muchacho mientras lo observaba con ansiedad—. ¿Debo ir a por el capitán, traer algo de brandy...?

Seregil sacudió la cabeza con violencia y entonces levantó la mirada hacia el muchacho.

—¿Qué has visto?

—Salisteis corriendo y...

—¡No! En los tazones. ¿Qué había?

—¿Os referís al postre? —preguntó Alec, confuso—. Manzanas asadas.

Seregil caminó lentamente hasta la pequeña ventana del camarote, la abrió e inhaló con fuerza. Un miedo afilado como la punta de una navaja lo atravesaba; el instinto le gritaba que se armara, que vigilara su espalda, que escapara y se escondiera en cualquier lugar.

Su cabeza volvía a retumbar dolorosamente y su estómago, ahora vacío, era un nudo doloroso.

Se volvió hacia Alec y dijo en voz baja:

—Eso no es lo que yo vi. El plato estaba lleno de una masa humeante de... —se detuvo, recordando la terrible e inexplicable ansiedad que se había apoderado de él al verlo—. No importa. Pero no eran manzanas asadas.

Un estremecimiento convulso recorrió su cuerpo y tuvo que apoyarse contra la pared del camarote.

Más alarmado que nunca, Alec lo arrastró suavemente hasta el camastro y lo hizo sentarse. Seregil se acurrucó en un extremo, con la espalda apoyada contra la pared. Pero todavía era suficientemente dueño de sí mismo como para enviar a Alec al capitán Rhal con las disculpas de Lady Gwethelyn; parecía que, en su actual estado, no podía soportar el olor de ciertas comidas.

Cuando Alec regresó, encontró a Seregil recorriendo el camarote de un lado a otro con aspecto inquieto.

—¡Cierra la puerta con llave y ayúdame a quitarme este maldito vestido! —siseó. Pero apenas pudo permanecer inmóvil mientras su compañero desataba los nudos y lazos. Cuando Alec hubo terminado, se quitó de un tirón los pantalones de cuero que llevaba bajo el vestido, se puso una manta sobre los hombros y volvió a refugiarse en el rincón del camastro, con la espada escondida entre el estante y la pared que tenía

detrás.

—Ven aquí —murmuró, indicando a Alec con un gesto que se sentara a su lado.

En contacto con él, Alec pudo sentir los temblores que todavía lo sacudían y el calor febril de su cuerpo.

Pero la voz de Seregil, si bien resultaba apenas audible, era firme.

—Me está ocurriendo algo, Alec. No estoy seguro de lo que es, pero debes saberlo porque ignoro cómo va a acabar.

Entonces relató a Alec su último sueño y le habló del miedo que se había apoderado de él desde entonces.

—Sólo puede tratarse de magia o de locura —concluyó con voz sombría—. No sé qué es peor. Nunca había sentido nada semejante. La... la visión de los tazones. Te aseguro que he presenciado cosas cien veces peores sin siquiera conmoverme. Puedo ser muchas cosas, Alec, pero no soy un cobarde. Sea lo que sea, creo que pasará algún tiempo antes de que las cosas empiecen a mejorar... si es que mejoran —mientras hablaba, acariciaba distraídamente el disco de madera que pendía de su cuello—. Si quieres marcharte lo comprenderé. No me debes nada.

—Puede que no —replicó Alec, tratando de no pesar en lo asustado que se sentía—, pero no me sentiría bien si lo hiciera. Creo que me quedaré.

—Bueno. No estás obligado a ello y yo no te lo pido, pero gracias —levantó las rodillas y apoyó la cabeza sobre los brazos.

Alec estaba a punto de retirarse a su alcoba cuando sintió que un nuevo estremecimiento recorría el cuerpo de Seregil. Apoyando la espalda contra el muro, se quedó en silencio a su lado mientras avanzaba la noche.

Seregil empeora

Seregil emergió a duras penas de una nueva pesadilla poco antes del alba. Abrió la ventana, se vistió rápidamente y se sentó a observar la luz naciente del amanecer. Gradualmente, la ansiedad provocada por el sueño se desvaneció, pero en la misma medida, comenzó a intensificarse su dolor de cabeza. Poco tiempo después, escuchó a Alec a su espalda, moviéndose por la alcoba.

—Habéis pasado otra mala noche —dijo el muchacho sin molestarse en hacer de su frase una pregunta.

—Ven a sostenerme el espejo, ¿quieres? —Seregil abrió la bolsa en la que guardaba el maquillaje y se puso manos a la obra. Sus ojos estaban enmarcados por círculos negros como moratones; la mano que sostenía el espejo no era tan firme como una semana antes.

—Creo que Lady Gwethelyn pasará la mayor parte del día en su camarote. Hoy no me siento preparado para muchas charadas —dijo, mientras inspeccionaba el resultado sobre su rostro—. Además, eso nos dará la oportunidad de seguir con tu instrucción. Ya va siendo hora de que aprendas a leer. De hecho, es algo vital para nuestro oficio.

—¿Es difícil?

—Has podido con todo lo que te he enseñado hasta el momento —le tranquilizó Seregil—. Es algo trabajoso, pero una vez que hayas aprendido las letras y sus sonidos, lo demás es fácil. No obstante, primero daremos un corto paseo por la cubierta. Necesito aire fresco antes de desayunar. Dejemos que el capitán vea lo enfermo que me encuentro y quizá nos dejé en paz.

Caía una copiosa nevada aquella mañana; copos húmedos y espesos que envolvían el barco en una cortina pesada, amortiguando todo sonido e impidiendo ver mucho más allá de la proa. Cada cabo y cada superficie estaban cubiertos de blanco y la nieve medio derretida había inundado la cubierta. De pie junto al mástil, el capitán Rhal daba órdenes a varios hombres al mismo tiempo.

—¡Dile a Skywake que lo mantenga en medio del río, si es que puede averiguar dónde está! —gritó a un marinero mientras agitaba una mano en dirección al timonel—. Seguiremos avanzando con pies de plomo hasta que el tiempo aclare. Tendremos menos probabilidades de embarrancar mientras sigamos en el centro del río. Por el Viejo Marinero, no hay viento suficiente ni para llenar a una virgen... vaya, buenos días, mi señora. Espero que os encontréis mejor.

—El movimiento del barco resulta perturbador —contestó Seregil mientras se apoyaba sobre el brazo de Alec para crear un mayor efecto—. Me temo que tendré que pasar el resto de la jornada en mi camarote.

—Sí, es un tiempo asqueroso. Y tan pronto... a este paso, tendremos suerte si llegamos a Torburn mañana por la noche. Será un día muy largo así que, si me perdonáis... Ciris, ¿por qué no le traéis un poco de vino caliente de las cocinas a la señora?

Con estas palabras, se alejó caminando en dirección al timón.

—No sé si debo sentirme aliviado o insultado —rió Seregil entre dientes—. Ve a conseguir algo de desayuno. Nos encontraremos abajo.

A pesar de la extraña visión de la pasada noche, Seregil no estaba preparado para lo que encontró en las gachas que Alec le había traído. Apartando el plato a un lado, se retiró al camastro.

Alec frunció el ceño.

—Ha vuelto a ocurrir, ¿verdad?

Seregil asintió, sin pararse a describir la masa reptante que había visto en el plato ni el hedor repulsivo que emanaba de la tetera. Alec recogió los platos, se los llevó y volvió con un vaso de agua y un pedazo de pan.

—Tenéis que tomar al menos esto —le urgió, mientras ponía la copa en las manos de Seregil.

Éste asintió y la vació rápidamente, tratando de ignorar la perturbadora sensación que había recorrido su lengua al tragar.

—No aguantaréis mucho tiempo así —dijo Alec, inquieto—. ¿No podéis tomar un poco de pan? Mirad, acaba de salir del horno del barco.

Alec apartó la servilleta que lo envolvía y le mostró una gruesa rodaja. El dulce y humeante aroma de la levadura se elevaba describiendo espirales bajo la luz del sol. Por desgracia, mientras extendía la mano para tomarlo, comenzaron a brotar gusanos de su interior y se arrastraron por los dedos del muchacho y sobre la mesa.

Seregil apartó la mirada con una mueca de asco.

—No. Y creo que será mejor que comas en otra parte mientras esto dure.

Comenzaron las lecciones de escritura aquella misma mañana. La gastada mochila de cuero de Seregil contenía varios rollos de pergamino, plumas y un tarro de tinta. Sentados a la pequeña mesa, Alec observaba a Seregil mientras éste trazaba las letras.

—Ahora, inténtalo tú —dijo, tendiéndole la pluma—. Copia cada letra debajo de las mías y yo te diré cómo suenan.

Alec sabía tan poco de manejar una pluma como de esgrima, así que se tomaron algún tiempo para que aprendiera a sujetarla. Muy pronto, estaba manchado de tinta hasta la muñeca, pero Seregil veía que estaba haciendo progresos, así que no dijo nada. Una vez hubo aprendido a escribir las letras, Seregil recuperó la pluma y

escribió sus nombres, así como las palabras para «arco», «espada», «barco» y «caballo».

Su escritura resultaba elegante y grácil al lado de los sucios garabatos de Alec, quién lo observaba todo con interés creciente.

—Esta palabra de aquí, ¿se refiere a mí?

—Se refiere a cualquiera llamado Alec.

—Y esta significa «arco». Es como si estas pequeñas marcas tuvieran poder. Las miro y las cosas a las que se refieren aparecen en mi cabeza, como por arte de magia. Esta de aquí no se parece en nada a un arco, pero ahora que conozco los sonidos de las letras, no puedo mirarla sin ver un arco en mis pensamientos.

—A ver que te parece esto. —Seregil escribió «El arco Negro Radley de Alec» y lo leyó en voz alta al mismo tiempo que señalaba cada palabra.

Alec siguió su dedo con la mirada. Sonreía.

—Ahora me imagino mi propio arco. ¿Es cosa de magia?

—No en el sentido al que te refieres. Las palabras ordinarias sencillamente preservan las ideas. Pero debes ser muy cuidadoso. Las palabras pueden mentir o ser malinterpretadas. Puede que no sean mágicas, pero poseen poder.

—No lo comprendo.

—Bueno. El alcalde de Herbaleda escribió una carta al alcalde de Boersby, en la que decía algo como esto: «Aren Windover y su aprendiz han robado mi dinero. Captúralos y serás recompensado». Puesto que el alcalde de Boersby conoce al de Herbaleda, lee sus palabras y las cree. ¿Acaso robamos su dinero?

—No. Simplemente entramos en las habitaciones y vos...

—Sí, sí. —Seregil cortó en seco sus palabras—. ¡Pero la cuestión es que unas pocas palabras sobre un pedazo de papel eran todo lo que hacía falta para convencer al alcalde de Boersby de que lo hicimos!

Seregil se detuvo bruscamente. Prácticamente estaba gritando.

Alec se había echado hacia atrás, encogido, mirándolo como si esperara un golpe. Se apretó las rodillas con las palmas de las manos y respiró profundamente. La jaqueca había regresado desde dondequiera que hubiese estado escondida, y con ella venía un extraordinario ataque de cólera.

—No me encuentro demasiado bien, Alec. ¿Por qué no te vas arriba un rato? —tuvo que hacer un esfuerzo para hablar con calma.

Con una expresión malhumorada en el rostro, Alec abandonó la habitación en silencio.

Seregil enterró la cabeza entre las manos. Pugnaba con una inexplicable y conflictiva oleada de emociones que había despertado en su interior. Quería seguirlo, disculparse y explicarse pero ¿qué iba a decirle?

Lo siento, Alec, pero por un momento he sentido el impulso de estrangularte.

—¡Maldita sea! —recorrió de un lado a otro la diminuta habitación.

La jaqueca se había convertido en un dolor que le impedía pensar. Por debajo del dolor, un vago impulso comenzaba a tomar cuerpo como una sensación casi sensual de necesidad. Lo recorrió de arriba abajo, forzando a sus labios a esbozar una sonrisa terrible, animal, llenando cada fibra de su cuerpo con el deseo de atacar, de azotar. Quería apresar. Quería golpear. Quería desgarrar y cortar...

Quería...

Y entonces, en un último y abrasador destello, todo desapareció, llevándose consigo lo peor de su dolor de cabeza. Cuando su visión se aclaró, descubrió que sujetaba por el mango la pequeña navaja que habían estado utilizando. De algún modo, la había clavado en la mesa con tal fuerza que la pequeña hoja se había partido por la mitad.

Ni siquiera recordaba haberla cogido.

La habitación pareció dar vueltas alrededor de sí mientras, inmóvil y de pie, contemplaba el cuchillo roto.

—Illior, ayúdame —susurró con voz ronca—. ¡Me estoy volviendo loco!

Ofendido y confuso, Alec paseaba a lo largo de la cubierta. Hasta la última noche, Seregil sólo había mostrado hacia él amabilidad y buen humor; aunque no siempre comunicativo, lo había tratado con generosidad y justicia.

Y ahora, de pronto, esta frialdad.

La conmoción provocada por los acontecimientos de la mañana se desvaneció gradualmente y su rabia se convirtió en preocupación.

De pronto se daba cuenta de que precisamente sobre esto le había intentado prevenir Seregil la pasada noche. Naturalmente, las palabras del propio Seregil eran lo único que le aseguraba que se trataba de una aberración nueva y desconocida. ¿Y si había estado loco desde el principio?

Pero, a pesar de todo, no podía olvidar la conversación que había mantenido con Micum Cavish, allá en Boersby. Alec había confiado en él desde el principio, y este comportamiento no se correspondía a lo que le había dicho aquella noche. No, decidió Alec, Seregil no era el culpable de lo que estaba ocurriendo.

No tenía razón alguna para sacarme de las mazmorras de Asengai y a pesar de todo lo hizo, se reprochó con severidad. ¡Dije que lo ayudaría en esto y lo haré!

Y, sin embargo, a pesar de su resolución, seguía deseando que Micum los hubiera acompañado al sur.

Aquella noche, Alec paseó desconsoladamente por la cubierta del barco, ignorando las miradas inquisitivas que los marineros intercambiaban a su paso.

El errático comportamiento de Seregil había continuado durante todo el día. No había sido capaz de comer nada aquella tarde y, a medida que la noche se les echaba encima, se había mostrado más agitado e irritable. Alec había tratado de hablarlo, de calmarlo, pero lo único que había conseguido era enfurecerlo todavía más. Finalmente, Seregil lo había echado una vez más de la habitación, refunfuñando entre dientes.

Hacía demasiado frío para dormir en el exterior, así que Alec bajó la escalera y se acomodó contra la puerta del camarote. Comenzaba a dormirse cuando Rhal apareció junto a él.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó el capitán, sorprendido—. ¿Le ocurre algo a la señora?

La mentira que había ensayado antes surgió con toda naturalidad.

—Mis ronquidos perturbaban su sueño, así que decidí salir aquí —replicó Alec mientras se rascaba el dolorido cuello.

Rhal lo miró un momento con el ceño fruncido y luego dijo:

—Puedes utilizar mi camastro. No creo que vaya a necesitarlo. No con este tiempo.

—Os lo agradezco, pero creo que es mejor que permanezca cerca de la señora, por si me necesita —replicó Alec, escamado ante esta generosidad inesperada.

En ese momento, un grito ronco llegó del interior del camarote, seguido por el ruido de lo que parecía ser una lucha.

Poniéndose en pie precipitadamente, Alec trató de impedir que el capitán irrumpiera en la habitación.

—¡No! Dejadme...

El fornido Rhal lo apartó a un lado como si fuera un niño. La puerta estaba cerrada con llave. Rhal la abrió de una patada y dio un paso al frente.

Detrás de él, Alec observó con alarma cómo el hombre se detenía bruscamente y llevaba la mano hasta el gran cuchillo que pendía de su cinto.

—¿Qué demonios significa esto? —gruñó el capitán.

Alec dejó escapar un gemido de consternación.

Ojeroso y pálido, Seregil se alzaba en la esquina más lejana con la espada en la mano. Se balanceaba suavemente. Su camión estaba completamente desgarrado, lo que revelaba a las claras que su identidad como Lady Gwethelyn no era más que una farsa. Por un momento, pareció que se disponía a atacarlos. Pero en vez de ello sacudió la cabeza y arrojó la espada sobre el camastro. Alzando una delgada mano, les indicó con un gesto que pasaran. Alec corrió a su lado. Rhal permaneció donde se encontraba, junto a la puerta rota.

—Sólo os preguntaré esto una vez —dijo lentamente, la voz enardecida por la

cólera—. Sea lo que sea lo que estéis haciendo, ¿ha puesto en peligro a mi barco o a mi tripulación?

—No lo creo.

Rhal los observó durante un momento prolongado. Parecía estarlos evaluando.

—Entonces, ¿qué es, en el Nombre de Bilairy, lo que estáis haciendo disfrazado con aparejos de mujer?

—Tenía que escapar de ciertas personas. Si os dijera algo más, seríais vos el que estaría en peligro.

—¿De veras? —Rhal parecía escéptico—. Bien, yo hubiera dicho que era un asunto político o que os perseguía un marido enfurecido. El *Veloz* no era el único barco anclado en Boersby aquella noche. ¿Por qué elegisteis precisamente el mío?

—Oí que erais un hombre de honor...

—¡Tonterías!

Seregil sonrió suavemente.

—Pero no es ningún secreto que no sentís simpatía por Plenimar.

—Eso es muy cierto. —Rhal volvió a observarlo durante un largo rato—. Ya veo lo que pretendéis hacerme creer. Asumiendo que me lo trague, y no digo que lo esté haciendo, no explica la mascarada que habéis estado interpretando desde que subisteis a bordo. ¡Me habéis tratado como a un idiota y eso es algo que no me gusta!

Seregil se dejó caer con aire fatigado sobre el camastro.

—No voy a explicaros mis motivos, pues no os conciernen. Por lo que se refiere a vuestras atenciones hacia Lady Gwethelyn, el chico y yo hicimos todo lo que pudimos para desalentaros.

—Supongo que eso es cierto, pero la verdad es que sigo inclinado a escoltaros hasta la orilla.

—Tendríais que dar muchas explicaciones a vuestra tripulación si lo hicierais, ¿no creéis? —señaló Seregil levantando la ceja en un gesto significativo.

—¡Maldito seáis! —Rhal se pasó una mano por la barba. Parecía frustrado—. ¡Si uno solo de mis hombres llega a enterarse de esto, la historia se conocerá en toda la costa antes de primavera!

—Eso puede evitarse fácilmente. Mañana atracaremos en Torburn. Lady Gwethelyn puede desembarcar allí, alegando problemas de salud. Creo que corren algunas apuestas al respecto de si conseguiréis o no tener intimidad con ella. Si lo deseáis, puedo dejar que me vean abandonando vuestro camarote por la mañana, con una sonrisa lujuriosa en los labios...

Rhal pareció encolerizarse de nuevo.

—Lo único que quiero es que permanezcáis en vuestro camarote hasta que desembarquemos. Seguid con el juego hasta que estéis lejos de mi barco. Después de eso, no quiero volver a veros en mi vida.

Abandonó la habitación enfurecido y dando largas zancadas. En el pasillo se topó con el segundo de a bordo. Antes de que el hombre tuviera tiempo siquiera de sonreír, Rhal gruñó:

—¡Volved al trabajo, Nettles! —y se encerró dando un portazo en su propio camarote.

—Bueno. Sin duda acabo de pasar uno de los momentos más embarazosos de toda mi vida —suspiró Seregil, mientras su fanfarronería se desvanecía como si nunca hubiera estado allí—. No es fácil enfrentarse a un marinero grande y furioso sin otra cosa que un camisón.

—¡Tirasteis la espada a un lado! —exclamó Alec, incrédulo, mientras volvía a colocar la puerta en su lugar.

—Habríamos luchado, de no haberlo hecho. Y, hubiese ganado o perdido, no habríamos podido afrontar las consecuencias de una pelea. ¿Cómo habría podido explicar las cosas si lo hubiese matado, eh? ¿Habríamos dicho que fuiste tú, para proteger mi virtud? La tripulación te hubiese matado al instante. Y sólo Illior sabe lo que hubieran hecho con Lady Gwethelyn. Y si él me hubiera matado a mí, las cosas no habrían sido muy diferentes. No, Alec, es mejor negociar, siempre que sea posible. Tal y como están las cosas, no creo que nuestro secreto pudiese estar en manos más seguras. Y, además, él me interesa. Aunque sea un bravucón y un pícaro, sospecho que es inteligente y astuto cuando no hay mujeres de por medio. Nunca se sabe cuándo podría resultar útil alguien como él.

—¿Qué os hace creer que alguna vez se avendría a ayudaros?

Seregil se encogió de hombros.

—Puede que sea la intuición. Rara vez me equivoco.

Alec tomó asiento y se frotó los ojos.

—¿Qué era toda esa conmoción, justo antes de que entráramos?

—Oh, sólo otra pesadilla —respondió Seregil, fingiendo una indiferencia que no sentía. No quería pensar en lo que podría haber sido de Alec si se hubiera encontrado en la habitación cuando despertó.

Se sentó y tomó la capa que descansaba sobre el baúl. El rasgado camisón se deslizó sobre su hombro, revelando una franja de piel enrojecida en el pecho, justo por encima del esternón.

—¿Qué es eso? —dijo Alec. Extendió una mano para apartar el disco de madera y así poder examinarla con más claridad.

Unos dedos de hielo se aferraron al corazón de Seregil. Abrumado por una furia repentina e inexplicable, sujetó a Alec por la muñeca y lo apartó de sí con cajas destempladas.

—¡Manten tus manos lejos de mí! —gruñó.

Se cubrió los hombros con la capa y se acurrucó en el extremo del camastro.

—Vete a la cama. ¡Ahora mismo!

Recostado en su alcoba aquella misma noche, mucho más tarde, Alec lo escuchó agitarse.

—Alec, ¿estás despierto?

—Sí.

Se produjo un prolongado silencio. Por fin, Seregil dijo:

—Lo siento.

—Lo sé. —Alec lo había estado pensando y comenzaba a trazar un plan—. Micum dijo que conocíais a un mago en Rhíminee. ¿Creéis que podría ayudaros?

—Si él no puede, no conozco a nadie que sea capaz de hacerlo —se produjo otro silencio. Alec escuchó algo que parecía una risilla siniestra y el sonido hizo que se le erizase el vello de la nuca.

—¿Alec?

—¿Sí?

—Ten cuidado, por favor. Esta noche, por un momento...

Alec apretó con fuerza la empuñadura de la espada que descansaba sobre sus rodillas.

—Está bien. Volved a dormir.

Su último día a bordo del Veloz fue muy largo. Seregil pasó toda la mañana con la mirada perdida más allá del ventanuco. Parecía malhumorado.

Alec se mantenía cuidadosamente alejado de él. Tenía sus propios planes. A la caída de la tarde decidió arriesgarse a provocar la ira de Rhal y subió a cubierta.

Se acomodó junto al mascarón de proa. Se había levantado la capucha para protegerse del fuerte viento. Cuando finalmente, poco antes de la puesta de sol, arribaron a Torburn, había conseguido hablar con el timonel y alguno de los marineros sin que el capitán lo advirtiera. Si había de llevar a Seregil hasta Rhíminee, debía conocer el camino.

Para alivio de Rhal, Lady Gwethelyn no se dejó ver hasta que hubieron atracado en Torburn. La historia del segundo de a bordo, propagada discretamente aunque no sin chanzas por toda la tripulación, explicaba tanto el silencio de la dama como la repentina frialdad que el capitán mostraba hacia ella. Cuando finalmente ésta hizo su aparición para desembarcar, por toda la cubierta se intercambiaron codazos y gestos de asentimiento.

Sin embargo, nadie salvo el propio Rhal advirtió que la dama deslizaba algo en su

mano mientras se encaminaba hacia la pasarela.

Bien entrada la noche, a solas en su camarote, el capitán desenvolvió el pequeño jirón de seda y se encontró con el anillo de granates que su extraño pasajero había lucido hasta entonces.

—Verdaderamente, un individuo peculiar —susurró para sí.

Confuso, sacudió la cabeza mientras guardaba el anillo a buen recaudo.

Una persecución fantasmal

La carreta avanzaba traqueteando sobre el camino polvoriento y lleno de baches que cruzaba las onduladas tierras de Micenia.

Arrebujado en su capa, Seregil se sentaba junto a Alec en el tosco banco. No hacía tanto frío como en las tierras del norte, pero la nieve no estaba lejos y el frío parecía llegarle hasta los huesos.

Descubrió que si se mantenía completamente inmóvil, podía aclarar su mente y contener a un nivel tolerable tanto los dolores de su cabeza como los ataques de cólera irracional que cada vez sufría con más frecuencia. En estos momentos de lucidez, se sentía aliviado al ver lo bien que Alec se estaba encargando de todo. Sin embargo, el propio hecho de que el muchacho no lo hubiese abandonado, a pesar de contar con razones y oportunidades más que suficientes, continuaba desconcertándolo.

La primera noche que habían pasado en tierra firme, en Torburn, habían alquilado una diminuta habitación junto a la ribera del río y se habían cambiado de ropa para ponerse sus manchados atuendos de viaje. Fue entonces cuando Alec le explicó calmadamente su plan.

—Estáis enfermo —comenzó. Parecía muy resuelto y seguro de lo que estaba diciendo—. Ya que decís que ese Nysander es el único que puede ayudaros, creo que debemos apresurarnos en llegar a Rhíminee.

Seregil asintió.

Alec respiró profundamente y continuó.

—Muy bien. Tal y como yo lo veo, la ruta más rápida en este momento del año supone ir campo a través hasta Keston y entonces tomar un barco hasta la ciudad... una que está en algún lugar, junto a un canal, llamada Cirna. No sé dónde se encuentran. Podéis ayudarme a encontrarlos o preguntaré el camino a medida que viajemos pero, en todo caso, esto es lo que pretendo hacer.

Seregil comenzó a abrochar el cinto de su espada. Sin embargo, después de un momento de vacilación, se la tendió a Alec.

—Será mejor que guardes esto, y éstas otras.

Le dio a Alec la daga de su cinturón y una pequeña hoja, semejante a una navaja, que escondía en el cuello de la capa.

Alec las tomó sin pronunciar palabra y entonces, casi como si se estuviera disculpando, musitó:

—Hay una más.

—Sí, aquí esta. —Seregil extrajo el puñal del interior de su bota y se lo tendió, combatiendo un nuevo impulso de cólera mientras lo hacía.

Era un momento incómodo para ambos. Los dos sabían que estas precauciones no servirían de nada si Seregil cambiaba de opinión y decidía recuperar sus armas. Alec, advirtió Seregil, conservaba consigo sus propias armas.

—¿Cuántos días tardaremos en llegar a Keston? —preguntó Alec una vez que hubo guardado las armas.

Seregil yacía tendido sobre la cama, con la mirada fija en las vigas del techo.

—Dos, si viajamos a galope tendido, pero dudo mucho que podamos hacerlo.

La cabeza volvía a dolerle. ¿Cuánto tardaría el próximo ataque en producirse? Quizá le hubiese ayudado un corto paseo nocturno, pero se sentía demasiado enfermo para intentarlo. Era mejor concentrarse en ayudar a Alec con los detalles.

—Necesitaré dinero —dijo Alec—. ¿Cuánto os queda?

Seregil le arrojó una pequeña bolsa que contenía cinco marcos de plata y las joyas que había llevado a bordo del *Veloz*. Sacando su propia bolsa, Alec añadió dos medios marcos de cobre y la moneda de plata de Eskalia.

—Olvida las joyas por ahora —le advirtió Seregil—. No vas lo suficientemente bien vestido como para venderlas sin llamar la atención. Pero puedes vender la ropa.

—No sacaremos mucho con eso.

—¡Por las Manos de Illior, el dinero no es el único medio de conseguir las cosas! Has estado conmigo el tiempo suficiente como para saberlo.

Era ya de noche cuando Alec se dirigió al mercado de Torburn.

Sólo unas pocas de las casetas de la plaza permanecían abiertas, pero finalmente logró encontrar un sastre. El dueño resultó ser muy diestro en el regateo y Alec sólo consiguió la decepcionante cifra de cuatro peniques de plata.

Dejó escapar un suspiro ronco mientras guardaba las monedas.

—Esto no me va a facilitar las cosas —pasó junto a una mujer que freía salchichas, se detuvo a observarla ansioso y siguió su camino, todavía hambriento.

Una hora más tarde y después de una ardua negociación, era el propietario de una desvencijada carreta de ponis. Aunque apenas era más que una caja grande sustentada sobre un único eje, parecía suficientemente sólida. Esto, junto con la compra de unas cuantas y modestas provisiones, le dejó con sólo dos medios marcos de cobre y la moneda de Eskalia. Completamente insuficiente para comprar un caballo.

Es hora de recurrir al robo para hacer el bien, pensó, todavía escocido por la última reprimenda de Seregil. Volvió a la posada para dormir unas pocas horas y entonces, poco antes del alba, se deslizó silenciosamente escaleras abajo. Salió por una puerta lateral, se puso las botas y se dirigió a los establos.

Grandes nubarrones plateados se desplazaban lentamente bajo la luna, que muy pronto desaparecería. Mientras levantaba el picaporte de la puerta del establo, su corazón latía furiosamente, provocándole una desagradable sensación en el pecho.

Elevando una silenciosa plegaria a Illior, defensor de los ladrones, penetró subrepticamente en el lugar.

La vela casi consumida de su linterna le proporcionaba la luz suficiente para evitar al mozo de cuadra que, borracho, dormitaba en una casilla vacía. Recorrió el establo hasta que un pony peludo, de color blanco y marrón, atrajo su atención. Colocó un cabestro alrededor de su cuello, condujo a la bestia hasta un callejón cercano en el que había escondido la carreta y la enjaezó. Cuando hubo terminado de hacerlo, regresó apresuradamente a la habitación.

Seregil ya estaba despierto y preparado para marcharse. Una mirada bastó para revelar a Alec que no había pasado una noche apacible.

A pesar de ello, al contemplar la carreta y el pony que Alec había conseguido afloró a su rostro, apenas visible a la luz de la luna, una sombra de su vieja sonrisa ladeada.

—¿Por cuál de ellos tuviste que pagar?

—Por la carreta.

—Bien.

Cuando amaneció, estaban ya muy lejos, en camino a Keston. La senda serpenteaba entre tierras de labranza y campos ondulados, desnudos por el invierno, y sólo encontraron unos pocos carromatos y una patrulla de la milicia local.

Al llegar el invierno, después de la cosecha y dado que la Vía Dorada se cerraba hasta la llegada de la primavera, Micenia se convertía en un lugar muy apacible.

A medida que transcurría el día, Seregil se fue sumiendo en un silencio ominoso. Respondía a los pocos intentos de entablar conversación realizados por Alec de tal manera que el muchacho decidió muy pronto abandonar. Cuando se detuvieron para pasar la noche en una posada del camino, Seregil se retiró inmediatamente, dejando a Alec solo frente a su cerveza en el salón común.

A la mañana siguiente, el hambre de Seregil se había difuminado hasta convertirse en un dolor sordo; incluso pensar en beber agua le provocaba náuseas.

Y lo que era peor, comenzaba a sentirse culpable con respecto a Alec. El muchacho había mostrado su honorabilidad al negarse a abandonarlo, pero sin duda debía de estar arrepintiéndose profundamente de su voto de lealtad. Seregil estaba tratando de reunir las fuerzas necesarias para entablar una conversación amable cuando, con el rabillo del ojo, detectó un destello de movimiento a su izquierda. Se volvió rápidamente, pero los campos estaban vacíos. Se frotó los ojos, pensando que su cuerpo debilitado comenzaba a jugarle malas pasadas, pero entonces volvió a advertirlo, justo en el extremo de su campo de visión.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alec. Lo miraba intrigado.

—Nada. —Seregil recorrió con la mirada el campo desierto—. Creí haber visto algo.

A medida que el día avanzaba, el fastidioso parpadeo volvió una vez tras otra y, hacia la caída de la tarde, Seregil se encontraba más tenso y ensimismado que nunca. Consideró la posibilidad de que se tratase de una nueva manifestación de su demencia, pero sus avezados instintos le decían otra cosa. Por desgracia, su dolor de cabeza había ido en aumento durante todo el día, dejándolo demasiado torpe de mente y lleno de náuseas como para reflexionar seriamente sobre ello. Se protegió con la capa contra el viento helado y siguió vigilando y combatiendo el deseo de dormir.

Pasaron aquella noche en el henil de una granja solitaria. Las pesadillas de Seregil regresaron, más intensas y horribles que nunca, y despertó al alba, bañado en un sudor frío. Lo agujoneaba una sensación indefinible de ansiedad; no podía recordar los detalles de sus sueños, pero las miradas de soslayo que, de tanto en cuanto le dirigía Alec, le hacían sospechar que habían sido más agitados de lo normal. Comenzaba a considerar la posibilidad de preguntar al muchacho sobre ello cuando creyó detectar un movimiento en una esquina sombría del granero. Alec estaba ocupado enjaezando los caballos y no le vio alargar el brazo en busca de una espada que ya no colgaba de su cinto.

Las sombras no ocultaban nada.

Éste va a ser el cuarto día que pasa sin comer, pensó Alec mientras volvían a ponerse en camino. Estaba pálido y ojeroso pero, aparentemente, se encontraba mucho mejor de lo que Alec hubiera esperado. Físicamente, claro está; su extraño comportamiento resultaba cada vez más alarmante.

Hoy se sentaba encorvado como un anciano, ausente por completo salvo en los ocasionales ratos en que su atención parecía repentinamente atraída por algo. En aquellos momentos, un resplandor terrible asomaba a su mirada y apretaba los puños con tal fuerza que parecía que en cualquier momento sus nudillos desgarrarían la piel. Este nuevo comportamiento, unido a los hechos de la noche anterior, no pronosticaba nada bueno.

Alec comenzaba a sentir tanto miedo por Seregil como por sí mismo.

La pasada noche había decidido permanecer en vela, pero la fatiga de los últimos días lo había vencido y finalmente se había quedado dormido. A mitad de la noche, algo lo había despertado abruptamente. Seregil se encontraba acurrucado, apenas a un paso de distancia. Sus ojos brillaban en la oscuridad como los de un gato, y su

respiración era tan áspera que casi se había convertido en un gruñido. Estaba completamente inmóvil. Lo miraba fijamente, sin hacer nada más.

Alec no habría podido decir cuánto tiempo habían pasado así, paralizados, mirándose el uno al otro, pero finalmente Seregil se había vuelto y se había dejado caer sobre la paja. Alec había pasado el resto de la noche vigilándolo desde una prudente distancia.

A la mañana siguiente ninguno de ellos habló sobre el incidente. Alec dudaba que Seregil lo recordase siquiera. Pero en todo caso, unido a la vigilancia nerviosa a que pareció entregarse durante el día, reforzó su decisión de no volver a cerrar los ojos hasta que pudiese dejar a su compañero a salvo, encerrado en el camarote de un barco, en alta mar.

Y, sin embargo, mientras el día pasaba por encima de ellos y continuaban su viaje sin descanso, era terriblemente consciente de lo mucho que estaba sufriendo Seregil. Se inclinó hacia atrás, cogió una de las gastadas mantas que descansaban sobre el banco de la carreta y le cubrió con ella los hombros.

—No tenéis buen aspecto.

—Tampoco tú —graznó Seregil. Tenía los labios terriblemente secos—. Si continuamos viajando durante toda la noche, podríamos llegar a Keston mañana por la tarde. Creo que podría ocuparme de las riendas durante un rato... si necesitas dormir.

—¡No! No hace falta que os preocupéis —respondió Alec rápidamente. Demasiado rápidamente, se diría, porque Seregil apartó la mirada y reanudó su silenciosa vigilia.

A medida que el día avanzaba, la sensación de estar siendo perseguidos se hizo más intensa. Seregil comenzaba a vislumbrar destellos fugaces de lo que quiera que los estaba acechando, un movimiento súbito, una figura oscura y borrosa que desaparecía en un parpadeo.

Poco después del mediodía, comenzó a agitarse con tal violencia que Alec tuvo que poner una mano sobre su brazo.

—¿Qué ocurre? —inquirió—. Habéis estado haciendo eso desde ayer.

—No es nada —musitó Seregil. Pero esta vez estaba completamente seguro de haber visto durante un instante a alguien que los seguía de lejos.

Poco después, atravesaron la cresta de una colina y se encontraron con un funeral Dalnico. Varios hombres y mujeres bien vestidos y dos niños estaban de pie junto al camino, cantando mientras observaban cómo un joven granjero cruzaba con un buey y un arado un campo vacío. El suelo invernal sólo cedía a regañadientes frente al instrumento y la tierra caía a ambos lados en gruesos bloques congelados. Una anciana seguía al campesino, desperdigando sobre el surco recién abierto puñados de

ceniza que tomaba de un cuenco.

Cuando las cenizas se agotaron, limpió cuidadosamente el interior del cuenco con un puñado de tierra y lo enterró en el campo. El granjero hizo dar la vuelta al buey y volvió a arar lentamente el surco. Mientras Alec y Seregil se alejaban, comenzó a caer sobre el campo un fino polvo de nieve.

—Es igual que en el norte —señaló Alec. Seregil miró hacia atrás con indiferencia—. Me refiero al modo en que entierran las cenizas en el campo con el arado. Y la canción que estaban cantando también era la misma.

—No me he fijado. ¿Cómo era?

Alentado por el interés de su compañero, Alec comenzó a cantar:

*Todo lo que somos te lo debemos a ti,
Oh Dalna, Hacedor y Dispensador.
En la muerte, devolvemos tu generosidad
y somos uno con tu maravillosa creación.
Acepta al muerto en tu fértil tierra
y que nueva vida pueda brotar de las cenizas.
Y en la siembra y en la cosecha,
el muerto será recordado.
Nada se pierde en manos del Hacedor.
Nada se pierde en manos del Hacedor.*

Seregil asintió.

—La he oído...

Se interrumpió repentinamente, tiró de las riendas y obligó al pony a detenerse.

—¡Por la Tétrada, mira allí! —jadeó mientras lanzaba una mirada llena de inquietud hacia el campo de labranza que se abría a su izquierda. Una figura alta, envuelta en ropajes negros, se encontraba de pie, a menos de cien metros de la carretera.

—¿Dónde? ¿Qué es?

—¡Ahí, ahí! —siseó Seregil.

Incluso a la distancia de un flechazo, Seregil se daba cuenta de que había algo extraño en el contorno de la figura, una profunda perversión que lo perturbaba más todavía que el hecho evidente de que Alec no fuera capaz de verla.

—¿Quién eres? —gritó Seregil, más aterrorizado que furioso.

La figura oscura lo miró en silencio durante un momento y entonces hizo una profunda reverencia y comenzó una grotesca danza, saltando y dando cabriolas de una manera que hubiera resultado ridícula de no ser tan horrible. Seregil sintió que todo su cuerpo se paralizaba mientras asistía a aquella actuación de pesadilla.

Temblando, le pasó bruscamente las riendas a Alec.

—¡Sácanos de aquí!

Alec espoleó al pony sin hacer preguntas.

Cuando Seregil se atrevió a volver la mirada, la extraña criatura había desaparecido.

—¿A qué venía todo *eso*? —inquirió Alec, levantando la voz para hacerse oír por encima del traqueteo de la carreta.

Seregil, todavía temblando y aferrado al extremo del banco, no respondió. Unos instantes más tarde, levantó la mirada. La cosa caminaba por el mismo camino, delante de ellos. A esa distancia podía ver que era demasiado alta para ser un hombre. Los hombros y la cabeza estaban demasiado separados y, por el contrario, aquellos y las caderas estaban muy juntos, de manera que sus brazos parecían ser inmensamente largos y sus movimientos, desprovistos de toda elegancia, transmitían una sensación de fortaleza y vigor. Miró hacia atrás por encima de uno de los inclinados hombros y lo llamó con señas, como si pretendiera que se apresurase hacia algún destino.

—¡Míralo! ¡Allí! —Seregil gritó a pesar de sí mismo al mismo tiempo que sujetaba con fuerza el brazo de Alec y señalaba—. Todo de negro. ¡Por los Ojos de Bilairy, ahora *tienes* que verlo!

—¡No veo nada! —replicó Alec. Su tono de voz evidenciaba que estaba muy asustado.

Seregil lo soltó con un gruñido de exasperación.

—¿Es que estás ciego? Es tan alto como...

Pero mientras él volvía a señalarla, la criatura hizo un gesto de despedida y volvió a desaparecer. Una oleada de miedo gélido se abatió sobre él.

Durante el resto de aquella plomiza tarde, su oscuro torturador jugó con él una siniestra partida de escondite. Primero, Seregil lo veía desde muy lejos, girando enloquecidamente en medio de un campo de labranza vacío. Un momento después aparecía a su lado, caminando tan cerca del carromato que casi podía tocarlo. Una tropa de milicianos micenios pasó a caballo junto a ellos. La criatura brincó entre los soldados sin que nadie pareciera reparar en su presencia.

Poco después pasó junto a Seregil y Alec, encaramada en la parte trasera del carro de un granjero.

Era evidente que Alec no podía verla, y muy pronto Seregil dejó de tratar de llamar su atención; fuera lo que fuese lo que el visitante pretendía, sólo le concernía a él.

Lo peor llegó justo cuando el sol se aproximaba al horizonte. No había visto al espectro desde hacía casi media hora. Repentinamente, se vio envuelto por una oleada de frío aterrador. Se puso en pie de un salto y se volvió. La criatura se encontraba acurrucada en la parte trasera del carromato, con los brazos extendidos

como si fuese a abrazarlos a ambos y atraerlos hacia su pecho. El dobladillo de su manga negra acariciaba la cabeza de Alec.

Entonces se rió. Una risilla obscena y untuosa se alzó desde las profundidades de la negra capucha, y con el sonido vino un hedor a cementerio tan repulsivo que Seregil no pudo evitar sentir arcadas mientras alargaba el brazo para desenvainar la espada de Alec.

El muchacho, creyendo que Seregil había enloquecido finalmente por completo, se resistió y ambos rodaron sobre el costado del carromato.

Se precipitaron pesadamente sobre el suelo. Seregil había caído encima. El pony avanzó unos pasos más y entonces se detuvo. Seregil levantó la mirada y vio que el carromato estaba vacío.

Retrocedió tambaleándose, con una mano apretada contra el pecho. Respiraba profundamente, con agitación.

—¡Mírame! —le gritó Alec con furia mientras se ponía en pie y lo sujetaba por los hombros—. No te preocupes por el pony. No se va a ir a ninguna parte. ¿Tienes que decirme lo que está ocurriendo! ¡Quiero ayudarte, Seregil, pero, maldita sea, tienes que hablarme!

Seregil sacudió la cabeza con lentitud. Todavía miraba por encima del hombro del muchacho en dirección al carromato.

—¡Debes sacarnos del camino antes de que caiga la oscuridad! —susurró—. *Aura Elustri malherí...*

—¡Dime lo que viste! —chilló Alec, mientras lo sacudía lleno de frustración.

Seregil volvió la mirada hacia él y entonces, aferrando la túnica del muchacho, dijo con voz desesperada:

—¡Debemos abandonar el camino!

Alec lo observó durante un momento prolongado y entonces sacudió la cabeza con resignación.

—Lo haremos —prometió.

Llegaron a una destartalada posada que se levantaba junto a un cruce de caminos justo antes de que se pusiera el sol. Las piernas de Seregil le fallaron mientras descendía del carromato, y Alec tuvo que ayudarlo a entrar.

—Quiero una habitación... No, dos habitaciones —dijo Alec con voz seca al posadero.

—Subiendo esas escaleras —el hombre observó a Seregil nerviosamente—. ¿Está enfermo tu amigo?

—No tanto como para no poder pagar —dijo Seregil, esbozando una sonrisa forzada. Le hizo falta toda su concentración para que resultara convincente, y tan pronto como el hombre desapareció de su vista volvió a dejar caer la máscara y se

apoyó contra Alec mientras ascendían las estrechas escaleras.

Repentinamente se encontraba cansado, terriblemente cansado. Ya estaba medio dormido cuando Alec lo recostó sobre una cama. Se sumió en un sueño intranquilo, despertó y volvió a dormirse.

Alec estuvo allí durante un rato. Trató de ayudarlo a beber agua, pero no estaba sediento, sólo cansado. Finalmente abandonó la habitación y Seregil escuchó el crujido producido por una llave al girar en la cerradura. Era todo muy extraño, pero estaba demasiado agotado para pensar demasiado en ello. Volviéndose hacia un lado, se deslizó lentamente hacia un sueño sombrío.

Despertó algún tiempo más tarde. Tiritaba. La habitación se había enfriado y Alec, tendido sobre la cama, lo empujaba contra la pared.

Uno de sus codos se clavaba contra su región lumbar. Cambió de posición, intentando reclamar algo de espacio, pero hacía demasiado frío para dormir. ¿Era posible que la ventana estuviese abierta? ¿La habitación tenía una ventana? Creía que no.

Finalmente abrió los ojos. La lámpara de la mesa seguía encendida.

—Maldita sea, Alec, mueve...

Las palabras murieron en su garganta.

No era Alec el que se apoyaba contra él sino el espectro oscuro, el que lo había estado atormentando. Yacía boca arriba, con los brazos cruzados sobre el pecho en la aterradora parodia de una efigie de sepulcro. Permaneció completamente inmóvil mientras Seregil abandonaba arrastrándose la cama y se dirigía pesadamente hacia la puerta. Demasiado tarde, recordó que había escuchado el crujido la llave al girar; estaba encerrado.

—¡Alec! ¡Alec, ayúdame! —gritó al mismo tiempo que golpeaba la puerta. Un pánico vertiginoso le aprisionaba el pecho como una cadena de acero.

—Nadie te escuchará.

La voz de la criatura era como un fuerte viento invernal soplando a través de las copas desnudas de los árboles: sardónica, inhumana, la encarnación de la desolación. Seregil se volvió y la cosa oscura se sentó, levantando el torso en un único movimiento rígido, como si fuese la hoja de una navaja. De la misma manera antinatural se inclinó hacia delante y se puso en pie. Su cuerpo parecía llenar la estrecha habitación.

Seregil trató de gritar de nuevo, pero ningún sonido brotó de su garganta.

—Ahora no puede ayudarte —la criatura emanaba oleadas de un frío gélido y el mismo hedor terrible.

—¿Qué eres? —exigió Seregil con un susurro ahogado.

El espectro avanzó un paso, la mitad de la distancia que los separaba.

—Ha sido una buena persecución —replicó en su voz suave y quejumbrosa—.

Pero no hay escapatoria, no hay perdón para los que son como tú.

Seregil se pegó cuanto pudo contra la pared mientras su mirada recorría la habitación en busca de algo que le ofreciera protección.

Pero no había nada.

—¿Qué es lo que *quieres*?

—¿No lo sabes? Qué lástima morir sumido en la ignorancia. Pero no nos importa. Eres un ladrón y queremos lo que has robado. No puedes eludirnos por más tiempo.

—*¡Dime lo que es!* —la furia y la desesperación se mezclaron con el miedo para formar un jirón de coraje.

Extendiendo los brazos hasta el techo, la repugnante cosa emanó un nuevo soplo de fetidez sepulcral.

Iba a morir; no saber el porqué no era más que la injusticia final.

La figura volvió a reír mientras sus brazos caían sobre él, y el sonido de su voz arrancó las últimas raíces de su cordura.

—*¡No!* —gruñendo, Seregil se abalanzó sobre ella.

Por un breve segundo, pareció que sus manos apresaban alguna clase de forma distorsionada, y entonces chocó con estrépito contra la pared del otro lado. Cuando giró sobre sus talones, la criatura se encontraba junto a la puerta.

En ese momento, otro de aquellos extraños ataques de sangrienta furia se apoderó de Seregil. Pero esta vez le dio la bienvenida y se abrió a la fuerza que le proporcionaba. Se dejó arrebatarse por él y, enloquecido de rabia, saltó sobre la criatura. La vela de la mesa cayó al suelo y se apagó pero él siguió luchando, tratando de encontrar la criatura con las manos, sintiendo que su helado contacto se escurría entre los dedos una vez tras otra.

Repentinamente, sus manos dieron con algo. La forma se hizo sólida y la aferró con todas sus fuerzas, buscando su garganta.

Jugaba con él, evadiéndolo sin devolver los golpes.

Pero el juego no duró demasiado. Repentinamente, unas enormes garras se hincaron en su pecho y el mundo se convirtió en una desgarradora erupción de dolor. Entonces, su mente desertó de él.

Alec yacía en el suelo junto a Seregil, medio estrangulado. En la oscuridad no podía ver lo que le había ocurrido a su mano, pero le dolía terriblemente.

—¿Qué está pasando ahí? —gritó el posadero desde el otro extremo del pasillo—. No permitiré que mi casa sea destruida en mitad de la noche, ¿me oís?

—Traiga una luz. ¡Deprisa! —jadeó Alec, mientras trataba de ponerse en pie apoyándose en un solo brazo.

El posadero apareció en la entrada, con una vela en una mano y un gran cuchillo en la otra.

—Sonaba como si estuviesen asesinando a alguien aquí arriba...

Se detuvo en seco cuando la luz cayó sobre ellos. Seregil yacía sobre el suelo, inconsciente o algo peor. El pecho de su camisa y su cuello estaban manchados de sangre. Alec se dio cuenta de que, probablemente, él mismo no tenía mucho mejor aspecto. Su nariz, donde Seregil lo había golpeado, sangraba copiosamente y tanto su rostro como su cuello estaban llenos de arañazos. Apoyó cuidadosamente la mano izquierda contra el pecho y descubrió, en la palma, lo que parecía ser una quemadura redondeada.

—Bajad la luz —dijo al posadero. Se arrodilló junto a Seregil, comprobó que su amigo todavía respiraba y entonces abrió de un tirón el cuello de su camisa y dejó escapar un jadeo de consternación.

La última vez que había visto la zona enrojecida del pecho de Seregil había sido a bordo del *Veloz*. Ahora había una herida sangrante en el mismo lugar. Volviendo a acercar la palma de su mano a la luz, Alec pudo comprobar que su quemadura y aquella herida eran exactamente del mismo tamaño y de la misma forma.

En el suelo, junto a Seregil, descansaba el disco de madera, aquella baratija sin valor que habían robado de la casa del alcalde porque nadie la echaría en falta. La levantó con sumo cuidado sujetándola por el cordel de cuero, ahora roto, y la comparó con la extraña quemadura de su mano y con la herida del pecho de Seregil.

Eran idénticas.

Si se examinaba con más atención, incluso podía verse la marca de la pequeña abertura cuadrada en su centro. *Ha estado delante de nosotros todo este tiempo*, pensó sumido en una angustia silenciosa. *¿Cómo pudo no darse cuenta? ¿Por qué no lo vi?*

Lo había despertado el sonido de un tumulto proveniente de la habitación de Seregil y se había dirigido hacia allí para descubrir lo que ocurría. En su apresuramiento, había olvidado la lámpara y se lo había reprochado con amargura mientras trataba de introducir la llave en la cerradura de la puerta de Seregil. El pasillo estaba a oscuras y en el interior reinaba una oscuridad todavía mayor. A pesar del ruido, no había estado preparado para el ataque que cayó sobre él en cuanto penetró en la habitación.

Cuando unos dedos helados se cerraron en torno a su cuello, su único pensamiento había sido cómo podía defenderse sin herir a Seregil. Estaba tratando de conseguir un mejor asidero en su túnica cuando una de sus manos se deslizó por el interior de su cuello y se topó con el cordel de cuero. Lo sujetó y sintió que se deslizaba entre sus dedos mientras Seregil se echaba hacia atrás. Y entonces, aquel terrible dolor.

—¿Qué clase de imprudencia es ésta? —inquirió el posadero, mirando sobre el hombro de Alec. E inmediatamente retrocedió, mientras sus dedos trazaban

nerviosamente un signo de protección contra el mal—. ¡Lo has matado con hechicería!

Alec escondió el disco.

—No está muerto. ¡Volved aquí con esa luz!

Pero el hombre ya había huido. Maldiciendo y frustrado, Alec se tambaleó hasta su propia habitación y trajo consigo una luz.

¿Qué iba a hacer con aquel disco maldito? Arrojarlo al fuego parecía el curso de acción más sensato y, sin embargo, la duda contenía su mano; Seregil había creído que era lo suficientemente valioso como para robarlo, y más tarde se había mostrado determinado a llevarlo a Rhíminee.

Sosteniéndolo solamente por el cordel de cuero, registró las posesiones de Seregil hasta encontrar una camisa remendada y lo envolvió con ella. Guardó el fardo en el fondo de la mochila, bajó su equipaje al piso inferior y volvió a toda prisa junto a Seregil.

El posadero y su familia se habían encerrado en la despensa de la cocina y, a despecho de sus ruegos y garantías, se habían negado a salir. Tuvo pues que bajar el cuerpo de Seregil por sí solo, llevándolo sobre los hombros como si fuera un ciervo muerto. Una vez en el piso de abajo, lo depositó sobre una mesa y atravesó de nuevo la cocina hasta la puerta de la despensa.

—¡Vosotros, los de ahí dentro! —llamó a través de la puerta—. Necesito algunas provisiones. Dejaré el dinero sobre la repisa.

No hubo respuesta.

Una vela descansaba sobre un plato, en un aparador. La encendió con una brasa de la chimenea y comenzó a registrar el lugar en busca de comida. La mayor parte de las provisiones estaba encerrada con el propietario en la despensa, pero logró encontrar una cesta de huevos cocidos, una jarra de brandy, medio queso micenio de buena calidad, algo de pan del día y una cesta de manzanas reinetas. Salió al patio y, junto al pozo, descubrió una jarra de leche que habían dejado a enfriar. La añadió al botín.

Lo colocó todo bajo el asiento del carromato y utilizó todas las mantas con las que contaban y unas cuantas de la propia posada para preparar un jergón en la parte trasera.

Cuando todo estuvo preparado, transportó a Seregil hasta la improvisada cama y lo envolvió cuidadosamente con una de las mantas. Excepto por su laboriosa respiración, parecía un hombre muerto en un féretro.

—Bueno, no creo que mejore si nos quedamos sentados aquí —musitó Alec con tono sombrío, mientras azotaba con las riendas la grupa del pony—. ¡Dije que iríamos a Rhíminee y es precisamente allí a donde pienso dirigirme!

¿Soñaban los muertos en la muerte? Algún vestigio de su consciencia viva sentía el paso del tiempo. Se estaba produciendo un cambio de alguna clase pero ¿de qué se trataba? Lentamente, comenzó a sentir el dolor. Pero era solamente algo sordo, percibido desde muy lejos.

Realmente extraño.

Con el dolor vinieron los aromas. Aromas de infección, de enfermedad, los aromas de la suciedad de su propio cuerpo que repelían a su fastidiosa naturaleza, a pesar de que se regocijaba por ser capaz de percibirlos. ¿Acaso no estaba muerto, después de todo?

No tenía explicación alguna para el apurado trance en el que se encontraba, ni recuerdos sobre su pasado y, ahora mismo, incluso el dolor comenzaba de nuevo a deslizarse lejos de él. Silenciosamente, lleno de impotencia, deseó poder hacerlo volver, pero ya se había ido.

Estaba solo...

Alec avanzaba tan deprisa como se atrevía a hacerlo. Estaba determinado a alcanzar el puerto al día siguiente. Sólo se detuvo un rato para dar descanso al pony y ocuparse de las heridas de Seregil.

La quemadura de su mano hacía que el brazo le doliera hasta el codo, pero ya comenzaba a formarse una costra. Por el contrario, al examinar a la luz del día la herida del pecho de Seregil, descubrió que todavía estaba en carne viva y rodeada por un ominoso abanico de líneas de infección.

Se detuvo en la siguiente granja junto a la que pasaron, esperando poder mendigar unas pocas hierbas y algún paño de lino.

La anciana que le abrió la puerta echó una ojeada a Seregil y desapareció en su cocina. Un momento más tarde regresó con una canasta que contenía unguento de milenrama y aloe, trapos limpios de lino, un tarro de infusión de corteza de sauce y un jarro de miel, queso fresco, pan y media docena de manzanas.

—No... no puedo pagarle —balbució, abrumado por tal generosidad.

La anciana sonrió y le dio unas palmaditas en el brazo.

—No hace falta que lo hagas —dijo con su marcado acento micenio—. El Hacedor ve todas las buenas acciones.

En dirección a Keston, los campos se convertían en una sucesión de suaves pendientes. La tarde siguiente llegaron a una tierra más poblada.

La brisa arrastraba aromas diferentes. Era un olor a agua pero con un toque intenso y desconocido para él. Las gaviotas, mucho más grandes que aquellas pequeñas de cabeza negra que habitaban en las orillas del Lago Negragua, volaban describiendo amplios círculos en el cielo. Tenían el pico amarillo y alargado y las alas de un color gris salpicado de negro. Grandes bandadas de ellas sobrevolaban las tierras o se posaban sobre los campos vacíos o los montones de desperdicios.

Alec coronó una loma y entonces vio en la distancia lo que no podía ser sino el mar. Asombrado, tiró de las riendas y lo contempló en silencio. El sol estaba muy bajo. Las primeras luces doradas de la puesta de sol dibujaban una franja reluciente sobre las aguas color verde plateado. A lo largo de toda la costa, como nudillos en una piel de agua, emergían pequeñas islas, algunas de las cuales estaban cubiertas de vegetación oscura mientras otras no eran más que pedazos de piedra sobre las aguas.

El camino descendía siguiendo una trayectoria sinuosa hacia el litoral, y terminaba en una ciudad desperdigada a lo largo de la orilla de una amplia bahía.

—Me apuesto algo a que eres de tierra adentro.

Un anciano buhonero se había detenido junto al carromato. Arrugado y estevado, el anciano se inclinaba hasta casi tocar el suelo bajo el peso del enorme fardo que transportaba. Lo poco que Alec alcanzaba a ver de su rostro bajo el ala de su gastado y flexible sombrero estaba oculto por el polvo y una barba de pocos días.

—Tienes el aspecto de un habitante de tierra adentro que acaba de ver el mar por vez primera. Ahí sentado, con la boca muy abierta... sí, no puedes ser otra cosa — señaló el anciano mientras reía entre dientes.

—¡Es la cosa más grande que jamás he visto!

—Pues parece todavía más grande cuando estás en medio de él —dijo el buhonero—. Fui marinero en mi juventud, antes de que un tiburón se cenara mi pierna.

Apartó la polvorienta capa a un lado para mostrar a Alec la pata de palo sujeta al muñón de su pierna izquierda. Tallada con habilidad para semejar la extremidad a la que había remplazado, terminaba en un zueco de madera casi idéntico al verdadero que lucía su otro pie.

—Todo el día vagabundeando de aquí para allá. No sé cuál de los pies me duele más. ¿Podrías ofrecerle a un hermano viajero un rincón en tu carreta para llegar a la ciudad?

—Subid. —Alec alargó una mano para ayudarlo.

—Muchas gracias. Hannock de Brithia, para servirte —dijo el buhonero mientras se acomodaba sobre el asiento. Se produjo un silencio. El hombre parecía esperar algo.

—Aren. Aren Silverleaf. —Alec se sintió un poco tonto dándole un nombre falso al anciano, pero a esas alturas ya comenzaba a convertirse en un hábito.

Hannock se llevó un dedo hasta el ala de su sombrero.

—Bien hallado, Aren. ¿Qué le ha pasado a tu amigo, el de ahí atrás?

—Una mala caída —mintió Alec rápidamente—. Decidme, ¿conocéis la ciudad de Keston?

—Debería decir que sí. ¿Qué puedo hacer por ti allí?

—Necesito vender este carromato y encontrar un barco que nos lleve a Rhíminee.

—¿Rhíminee, eh? —Hannock se frotó la peluda barbilla—. Por el Viejo Marinero, serás tremendamente afortunado si consigues encontrar pasaje a estas alturas del año. Y además será caro. Más de lo que podrás sacar de este artilugio y este famélico pony. Pero no te inquietes, muchacho. Tengo un amigo o dos en el puerto a los que podremos recurrir. Tú déjaselo al viejo Hannock.

Muy pronto, Alec se alegró de contar con la compañía del buhonero. Keston era una ciudad bulliciosa, un entramado laberíntico de calles dispuestas sin orden ni concierto; las avenidas por las que Hannock lo guiaba eran poco más que estrechos pasadizos entre un amontonamiento confuso de casas, almacenes y tabernas. En los callejones oscuros podían verse grupos de marineros, borrachos de uno u otro licor, y desde todas partes parecían llegar fragmentos de canciones y maldiciones entonadas en alta voz.

—Sí, tengo un amigo o dos en los muelles —dijo Hannock mientras llegaban junto a la costa—. Déjame preguntar un poco por aquí y nos encontraremos más tarde en la Rueda Roja. ¿Ves ese cartel de allí? Dos tiendas más allá, en el siguiente almacén, encontrarás a un carretero llamado Gesher. Probablemente te compre este armatoste. No te hará daño mencionar mi nombre mientras regatees.

A pesar del nombre de Hannock, el carretero Gesher examinó con mirada severa el carromato, el exhausto pony y al no menos exhausto propietario.

—Tres árboles de plata, ni un penique más.

Alec desconocía el valor relativo de aquella moneda, el árbol de plata, pero estaba ansioso por descargar el carromato y librarse de él. Quedó convenido que el trato se cerraría cuando Alec regresara y éste se dirigió rápidamente hacia la Rueda. Dejando a Seregil bien tapado, entró en el local.

El viejo buhonero se encontraba sentado a una mesa alargada, intercambiando chistes con un hombre de aspecto curtido que vestía ropas de marinero.

—He aquí al joven en cuestión —dijo Hannock a su compañero mientras empujaba una jarra de cerveza en dirección a Alec—. Siéntate, muchacho. Aren Silverleaf, este es el capitán Talrien, patrón del *Orca*. El mejor marinero que puedes encontrarte en los dos mares; y sé de lo que hablo. Navegamos juntos con el capitán Strake, yo como segundo de a bordo y él como grumete. Está de acuerdo en embarcaros a ti y a tu desafortunado amigo.

—No tienes mucho dinero, por lo que he oído. ¿Es cierto? —Talrien sonrió

abiertamente. No podía negarse que iba directamente al asunto. Su piel, marrón como el cuero de una vieja bota, ajada por el sol y la sal, contrastaba agudamente con el color pálido de su barba y sus cabellos—. ¿Cuánto tienes?

—Puedo conseguir tres árboles de plata por el carromato y el pony. ¿Es un buen precio?

Hannock se encogió de hombros.

—No, pero tampoco es del todo malo. ¿Qué dices, Tally? ¿Te llevas al muchacho?

—Eso apenas alcanza para un solo pasaje. Es muy importante que lleguéis a Rhíminee, ¿verdad? —Talrien hablaba lenta y cansinamente, recostado en su silla. Como Alec se demorara un momento demasiado prolongado, soltó una risotada y levantó una mano—. No importa, no es asunto mío. Te diré lo que haré. A mi tripulación le falta un hombre; por tres árboles de plata me llevaré a tu amigo. Tú puedes trabajar para pagarte el pasaje. Tendrás que dormir en las bodegas, pero estás de suerte porque transportamos grano y lana. El viaje pasado el cargamento era de bloques de granito. Si estás de acuerdo, démonos la mano y estará hecho.

—Hecho está —replicó Alec mientras estrechaba su mano—. Muchas gracias a los dos.

Talrien tenía una barca amarrada en los muelles. Después de cargar en ella las pocas posesiones que le quedaban a Alec, el capitán y él transportaron cuidadosamente el cuerpo de Seregil hasta la parte trasera del bote.

Seregil estaba más pálido que nunca. Movía la cabeza débilmente de un lado a otro mientras el oleaje agitaba la lancha contra los pilares de piedra del muelle. Colocó una capa doblada bajo la cabeza de su amigo y lo miró, sintiendo una punzada de miedo. *¿Qué ocurre si se muere? ¿Qué voy a hacer yo si se muere?*

—No te preocupes, muchacho —dijo Talrien con voz tranquila—. Me ocuparé de que esté cómodo. Ve a vender tu carromato. Yo enviaré el bote a recogerte.

—Volveré... volveré enseguida. —Alec balbució, reacio a dejar a Seregil en manos de un extraño. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Encaramándose al desvencijado carromato por última vez, dio un golpecito con las riendas a la polvorienta grupa del pony.

Los árboles de plata micenios resultaron ser pequeñas piezas rectangulares de plata con la forma de un árbol toscamente grabada en una de sus caras. Reunió las monedas y volvió al puerto, corriendo tan rápido como le era posible.

Cuando el desierto muelle aparecía ante su vista, un pensamiento repentino lo hizo detenerse en seco. Poco antes de que dejaran el *Veloz*, ¿no había dicho algo el capitán Rhal sobre agitadores plenimaranos que trabajaban en los muelles?

—Por el Hacedor —gruñó en voz alta mientras sentía el gélido contacto de la sospecha en el vientre. ¿Acaso, en su apresuramiento y cansancio, había puesto a

Seregil en manos de un par de pícaros astutos? Maldiciéndose con amargura, comenzó a recorrer el muelle de un lado a otro, mientras escudriñaba la oscuridad en busca de cualquier signo de movimiento. ¡Ni siquiera se le había ocurrido preguntar a Talrien cuál de los barcos era el *Orca*!

Era una noche tranquila. Las olas rompían suavemente contra la línea del muelle. De pie en medio de la oscuridad, le llegaba desde lejos el rumor de las alegres canciones que entonaban, sentados junto a sus jarras, los hombres de las tabernas, y esto tornaba su vigilia aún más solitaria. Una campana repicó a bordo de uno de los barcos anclados y su sonido se le antojó apagado y distante.

Ya estaba maldiciéndose con toda clase de epítetos imaginables cuando vislumbró una luz que se movía sobre el agua en dirección a él. Desapareció por un momento, oculta por el casco de alguno de los barcos, y entonces reapareció, sacudiéndose de un lado a otro mientras avanzaba firmemente, envuelta en el chapoteo de unos remos invisibles.

Un marinero enjuto, fuerte y pelirrojo, apenas mayor que él, llevó la pequeña embarcación con destreza hasta el muelle. Alec no sabía mucho sobre agitadores, pero aquel muchacho no tenía el aspecto de serlo.

—¿Eres el nuevo del *Orca*? —inquirió mientras alzaba los remos y examinaba a Alec con una sonrisa descarada —. Soy Binakel, pero casi todos me llaman Biny. Sube a bordo, pues, a menos que pretendas pasarte toda la noche en el embarcadero, cosa que yo no haré. ¡Por el Viejo Marinero, esta noche es más fría que las pelotas de un bacalao!

Alec había conseguido a duras penas subir a bordo y sentarse en el duro banco cuando Biny comenzó a alejarse. Mientras remaba, hablaba sin parar y apenas deteniéndose de tanto en cuanto para tomar aliento. No parecía necesitar que lo incitaran o estimularan. Tenía tendencia a pasar de un tema a otro conforme las cosas se le iban ocurriendo. La mayoría de ellos eran bastante profanos, pero a pesar de todo Alec consiguió abstraerse de su cháchara. Cuando llegaron junto al lustroso casco del *Orca*, sus pensamientos estaban ordenados y en calma.

El capitán Talrien era un buen patrón; al menos eso es lo que decía Biny, cuyo mayor elogio era que jamás había hecho azotar a un hombre.

El *Orca* era un mercante costero de tres mástiles coronados por tres velas triangulares, que podía desplegar veinte remos en cada costado cuando era necesario y que navegaba regularmente entre las ciudades portuarias de Micenia y Eskalia.

En aquel momento la tripulación en su conjunto se encontraba en la cubierta, preparando el navío para la próxima travesía. Alec había esperado hablar de nuevo con Talrien, pero el hombre no estaba a la vista.

—Tu amigo está aquí abajo —dijo Biny mientras le conducía hacia allí.

Seregil yacía dormido sobre unos fardos de lana. Por lo que Alec podía ver a la

luz de la linterna de Biny, la gran bodega estaba llena hasta los topes con más fardos y rechonchos sacos de grano.

—Cuidado con la luz —le advirtió Biny mientras se marchaba—. Una chispa o dos sobre la carga y arderemos como una fogata. Déjala siempre en el gancho que tienes ahí, sobre la cabeza y si alguna vez tenemos mar brava, asegúrate de apagarla.

—Así lo haré —le prometió Alec, que ya estaba registrando su equipaje en busca de vendajes limpios. Los que cubrían la herida de Seregil estaban muy sucios—. El capitán ha hecho que os bajen un poco de comida y agua. Las tienes ahí, al otro lado —señaló Biny—. Mañana, será mejor que hables con Sedrish sobre la herida de tu amigo. El viejo Sedrish es tan buen médico como cocinero. Buenas noches.

—Buenas noches. Y dale las gracias de mi parte al capitán.

La gasa del vendaje se había pegado a la herida de Seregil y Alec la retiró con mucho cuidado. La herida seguía abierta y tenía peor aspecto que nunca. No parecía que el ungüento que le diera la anciana estuviera haciendo ningún bien, pero Alec, que no sabía qué otra cosa podía hacer, volvió a aplicarlo.

El cuerpo de Seregil, por naturaleza de complexión delgada, comenzaba a parecer descarnado. Alec sintió su fragilidad mientras lo levantaba para enrollar el vendaje limpio alrededor de la herida. Su respiración era irregular y parecía provocarle un intenso dolor en el pecho.

Alec volvió a depositarlo sobre los fardos de lana y apartó de su rostro unos mechones de cabello lacio. Reparó entonces en sus mejillas y sus sienes, cada vez más hundidas. Sólo faltaban unos pocos días para llegar hasta Rhíminee y Nysander, pero no estaba seguro de que Seregil pudiera sobrevivir tanto tiempo.

Alec calentó la poca leche que le quedaba sobre la llama de la linterna, apoyó la cabeza de Seregil sobre su rodilla y trató de darle de beber un poco con una cuchara. Pero Seregil se atragantó y la derramó sobre su barbilla.

Con el corazón afligido, Alec dejó la copa a un lado, se tendió junto a él, limpió sus mejillas y su barbilla con una esquina de su capa y entonces la extendió sobre ambos.

—Al menos hemos conseguido un barco —susurró con tristeza mientras escuchaba la laboriosa respiración que subía y bajaba a su lado. La fatiga cayó entonces sobre él como una neblina gris y, al fin, durmió.

... una llanura pedregosa bajo un cielo plomizo y amenazador se extendía en todas direcciones alrededor de Seregil. Bajo sus pies, hierba muerta, de color gris. ¿El sonido del mar en la distancia? No soplaba brisa alguna que pudiese producir aquel rumor débil y acompasado. Lejos, en algún lugar, estallaban relámpagos, pero no eran seguidos por el retumbar de los truenos. Las nubes surcaban el cielo a toda prisa.

No sentía su cuerpo, sólo cuanto lo rodeaba, como si todo su ser hubiese sido

reducido a una pura esencia de percepción. Y sin embargo podía moverse, contemplar la planicie grisácea que lo rodeaba, la masa de nubes en movimiento que se agitaban y arremolinaban pero no dejaban ver un solo jirón azul. Seguía pudiendo oír el mar, aunque no fuese capaz de determinar la dirección en la que se encontraba. Quería ir hacia él, ver más allá de la monotonía que lo rodeaba pero ¿cómo? Podría ser que se encaminara en la dirección equivocada, se alejase de él y se internase todavía más en la planicie.

Este pensamiento lo paralizó. De algún modo, sabía que la planicie se extendería hasta el infinito si se alejaba del mar.

Ahora sabía al fin que estaba muerto, y que sólo a través de las puertas de Bilairy podría escapar al verdadero más allá. O quién sabe, quizá abandonar toda existencia. El estar atrapado durante toda la eternidad en esta planicie privada de toda vida era un pensamiento inconcebible.

—Oh, Illior, Portador de la Luz —rezó en silencio—. Derrama tu luz sobre este desolado lugar. ¿Qué debo hacer?

Pero no obtuvo respuesta. Lloró entonces, pero ni siquiera su llanto rompió el silencio que reinaba en aquel vacío.

—Oh, sí, estuvieron aquí mismo. No creo que lo olvide en mucho tiempo —declaró el posadero mientras examinaba a los dos caballeros.

El más delgado parecía estar escudriñando su interior y tuvo que apartar la mirada, pero el otro, el caballero moreno y bien parecido con la cicatriz debajo del ojo parecía un hombre que comprendía el valor de la información.

Efectivamente, el caballero moreno introdujo una mano en su fina bolsa y depositó una gruesa moneda de dos árboles sobre el tosco mostrador que los separaba.

—Si fueras tan amable como para responder a unas pocas preguntas, os estaría sumamente agradecido —otra de aquellas gruesas monedas rectangulares se unió a la primera—. Esos jóvenes eran sirvientes míos. Estoy ansioso por encontrarlos.

—Os robaron algo, ¿verdad?

—Es un asunto bastante delicado —replicó el caballero.

—Bien, siento decir que os llevan casi una semana de ventaja. Eran mala gente. Me di cuenta en cuanto les puse la vista encima, ¿no es así, mamá?

—Oh, sí —aseguró su mujer mientras observaba a los extraños por encima del hombro de su marido—. Nunca debimos haberlos admitido, se lo dije después. Con habitaciones libres o sin ellas.

—Y tenía razón. El rubio trató de asesinar al otro en plena noche. Me encerré con mi familia en la despensa cuando lo descubrí. A la mañana siguiente se había marchado. No sé si para entonces el enfermo seguía con vida o no.

El posadero alargó la mano para tomar las monedas pero el hombre moreno puso un dedo de su enguantada mano sobre cada una de ellas.

—¿Por casualidad pudiste ver la dirección que tomaron?

—No, señor. Como ya os he dicho, estuvimos encerrados en la despensa hasta estar seguros de que se habían marchado.

—Es una lástima —murmuró el hombre mientras apartaba la mano de las monedas—. ¿Serías tan amable de mostrarnos las habitaciones en las que se alojaron?

—Como queráis —dijo el posadero con aire dubitativo. Les condujo escalera arriba—. Pero no dejaron nada. Eché un buen vistazo justo después de que se hubieran marchado. Fue muy extraño. El muchacho me pidió la llave de la puerta del otro. Creo que lo encerró y luego se presentó en su habitación, en medio de la noche. ¡Oh, debierais haber oído el tumulto! Chillidos y golpes por todos lados... Aquí estamos, señores. Fue aquí donde ocurrió.

El posadero se apartó mientras los dos hombres registraban las estrechas habitaciones.

—¿Dónde se produjo la lucha? —preguntó el hombre pálido. Sus modales no eran tan correctos como los de su compañero, y tenía un acento que resultaba divertido.

—En esta de aquí —le dijo—. Ahí mismo, en el suelo junto a vuestros pies, podéis ver unas pocas gotas de sangre seca.

El hombre moreno intercambió una mirada rápida con su compañero y acompañó al posadero hacia las escaleras.

—Permítenos unos momentos para satisfacer nuestra curiosidad. Mientras tanto, ¿serías tan amable de llevar algo de cerveza y comida a nuestros sirvientes, en el patio?

Ante la oportunidad de obtener nuevas ganancias, el posadero se apresuró escaleras abajo.

Mardus esperó hasta que el posadero no pudiera oírlos y entonces, con un asentimiento de cabeza, indicó a Vargul Ashnazai que comenzara.

El nigromante se arrodilló y sacó un pequeño cuchillo. Rascó los manchones de sangre seca diseminados sobre los toscos maderos, guardó cuidadosamente las virutas obtenidas en un frasquito de marfil y lo cerró. Mientras sostenía el vial entre el pulgar y el índice, sus delgados labios se curvaron para esbozar la desagradable parodia de una sonrisa.

—¡Los tenemos, Lord Mardus! —dijo, saboreando cada una de las palabras. Había utilizado la Vieja Lengua—. Aunque haya dejado de llevarlo, con esto podremos rastrearlos.

—Sí es que son ellos a los que estamos buscando —replicó Mardus en el mismo lenguaje. En este caso particular, todo indicaba que las suposiciones del nigromante eran acertadas pero, como de costumbre, Mardus no iba a hacer el menor esfuerzo para alentarlos.

Cada uno de ellos tenía su papel.

Seguido por un silencioso Vargul Ashnazai, Mardus bajó las escaleras y obsequió al posadero y su esposa con un elocuente encogimiento de hombros.

—Como dijiste, no había nada allí —dijo, fingiendo abatimiento—. Sin embargo, hay una última cosa...

—¿Sí, señor? —preguntó el posadero. Saltaba a la vista que había vislumbrado otra oportunidad de lucrarse.

—Dijiste que pelearon. —Mardus jugueteaba con el cordel de su bolsa—. Siento curiosidad respecto a la causa de la pelea. ¿Tienes alguna idea?

—Bueno —replicó el posadero—. Como ya he dicho, escuché gritos y golpes antes de que subiera allí. Cuando conseguí encender la lámpara y encontrar mi cuchillo, el joven ya había conseguido derribar al otro. Sin embargo, a juzgar por lo

que vi, me pareció que estaban luchando por una especie de colgante.

—¿Un colgante? —exclamó Vargul Ashnazai.

—Oh, parecía una cosa de poco valor, ¿no es así? —la mujer del posadero asomó la cabeza—. ¡Nada por lo que matarse!

—Exacto —dijo su marido con aire disgustado—. Sólo era un pedazo de madera, del tamaño de una moneda de cinco peniques, colgado de una especie de cordel de cuero. Creo recordar que tenía alguna especie de grabado, pero no parecía más que la típica baratija comprada a un vendedor ambulante.

Mardus ofreció al hombre una sonrisa complacida.

—Bueno, supongo que no eran más que un buen par de rufianes, como tú dices. La verdad es que me alegro de haberme librado de ellos. Muchas gracias.

Depositó una última moneda en la mano del posadero y salió al patio, donde sus hombres lo esperaban preparados.

—¿Todavía tenéis alguna duda, mi señor? —susurró Ashnazai con rabia apenas contenida.

—Parece que han vuelto a escapársenos —musitó Mardus mientras, con aire pensativo, se daba golpecitos en la barbilla con un dedo.

—¡Debería de haber muerto hace ya una semana! Nadie podría sobrevivir...

Mardus esbozó una tenue sonrisa.

—Vamos, Vargul Ashnazai. Incluso tú debes haber advertido que no estamos persiguiendo a unos ladrones ordinarios.

Examinó con la mirada las tierras desiertas que rodeaban la posada de la encrucijada y entonces se volvió hacia el grupo de hombres armados.

—¡Capitán Tildus!

—¿Señor?

Mardus inclinó levemente la cabeza hacia él.

—Matadlos a todos. Y luego, quemad este lugar.

Travesía hacia el sur

Alec sintió una euforia casi incontenible mientras el continente desaparecía detrás del horizonte. El completo vacío que rodeaba a la nave, el cielo sin fin, el frío azote del viento y la espuma helada que saltaba sobre la proa mientras el *Orca* surcaba el mar a todo trapo, todas estas cosas parecían estar limpiando su corazón y su cuerpo hasta los mismos huesos.

Tenía que trabajar muy duro, de eso no había la menor duda. Los otros marineros lo habían relegado a las tareas más sencillas y duras, no por malicia, sino porque no estaría a bordo el tiempo suficiente para que mereciera la pena enseñarle otras cosas. Aunque su mano seguía herida y, muy pronto, las dos estuvieron agrietadas a causa del frío y la sal, se entregaba con entusiasmo a cualquier trabajo que se le encomendaba: arrojar arena sobre la cubierta, achicar agua y ayudar en las cocinas. Y cada vez que contaba con un momento libre, se dirigía a la bodega para ocuparse de Seregil.

Sin embargo, a pesar de sus diligentes cuidados, resultaba evidente que su compañero estaba empeorando. La infección se extendía a ojos vista por su delgado pecho mientras las manchas de una fiebre agitada florecían en sus mejillas, hurtándole a su rostro todo color. Un olor desagradable flotaba a su alrededor.

Sedrish, el cocinero y cirujano del barco, hizo lo que pudo por él, pero ninguno de sus remedios parecía tener el menor efecto.

—Al menos consigues que tome algo —señaló Sedrish mientras observaba cómo Alec vertía cuidadosamente un trago de caldo sobre los labios agrietados de Seregil—. Mientras siga bebiendo, habrá alguna esperanza.

Habían pasado ya tres días. Alec trabajaba tratando de desenredar una pila de cabos cuando el capitán se presentó ante él. Hacía buen tiempo y Talric parecía encontrarse de buen humor.

—No me gusta que nos abandones en Rhíminee. Creo que podría hacerse un marinero bastante pasable de ti —dijo, apoyado contra la barandilla—. La mayoría de la gente de tierra adentro pasa su primer viaje tratando de no echar todas las tripas por la borda.

—No tengo problemas con eso —dijo el muchacho, sonriendo levemente—. Aunque sí, en cambio, para encontrar lo que Biny llama mis «piernas de mar».

—Ya me he dado cuenta. El primer día, cuando el oleaje era fuerte, dabas vueltas por todos lados como un barril en el agua. Cuando vuelvas a poner los pies en tierra firme, será igual de malo, al menos durante algún tiempo. Por eso los marineros se

dirigen a las tabernas en cuando desembarcan, ¿sabes? Te sientas y bebes hasta que todo a tu alrededor comienza a dar vueltas de nuevo. Nos hace sentir un poco más cerca de casa.

En ese preciso instante se alzó una voz desde lo alto del mástil.

—¡Tierra a la vista, capitán!

—Estamos avanzando a gran velocidad —dijo Talrien mientras se escudaba los ojos con la palma de la mano para escudriñar el horizonte—. ¿Ves esa línea oscura en el horizonte? Eso es el istmo. Mañana por la mañana podrás ver una de las grandes maravillas del mundo.

A la mañana siguiente, Alec despertó con náuseas. El barco se movía de manera diferente y no podía oír el rumor de las olas contra el casco.

Biny asomó la cabeza por la escotilla.

—Eh, Aren —dijo—. Sube aquí si quieres ver algo que merece la pena.

Una vez en la cubierta, Alec descubrió que estaban echando el ancla en un estrecho puerto. Una multitud se había reunido junto a la barandilla.

—¿Qué te parece? —preguntó Biny con orgullo.

Una neblina liviana emanaba de la superficie del mar. Las primeras luces del amanecer, de un color entre rosa y dorado, brillaban a través de ella, bañando la escena que se abría delante de los muchachos en un aura de fuego pálido y trepidante.

A ambos lados del puerto emergían entre la bruma las siluetas de escarpados acantilados. Y alrededor de ellos se encontraba Cirna, una desordenada colección de edificios cuadrados y de color blanco que se abigarraban como nidos de golondrina a las laderas que se alzaban a ambos lados de los embarcaderos.

Al verlo allí, Talrien sacudió el brazo.

—Esta es una de las ciudades más antiguas de Eskalia. Antes incluso de que Ero fuera fundada, los barcos ya recalaban aquí. Allí, a la izquierda, tienes la entrada al canal.

Más allá de las aguas, a la cabeza de la bahía, se había abierto un inmenso canal que cortaba los acantilados. La entrada estaba flanqueada por dos enormes pilares con relieves grabados. Cada uno de ellos, tendido desde la línea de la costa al borde de las rocas, superaba con creces los ciento cincuenta metros de altura y estaba coronado por un capitel muy elaborado. A esta hora tan temprana, todavía emanaban llamas y humo negro de las grandes lámparas de aceite que se encontraban sobre ellos.

—¿Cómo es posible hacer algo tan grande? —exclamó Alec, tratando de concebir la escala de lo que estaba viendo.

—Con magia, por supuesto —se mofó Biny.

—Y con trabajo duro —añadió Talrien—. La reina Tamír II lo construyó cuando fundó Rhíminee. Se dice que un centenar de magos y un millar de obreros tuvieron

que trabajar durante dos años para construir el canal. Naturalmente, eso fue hace mucho tiempo, cuando había tantos magos que un número como aquel podía dedicarse a esta labor. Tiene más de ocho kilómetros de longitud, pero apenas cien metros de anchura. ¿Y ves esos faros allí, sobre los pilares? Pueden divisarse a kilómetros de distancia. Hemos estado orientándonos por ellos desde la pasada noche —se volvió y agitó el brazo en dirección a la tripulación, agolpada sobre la barandilla—. ¡Vamos, señores! Tenemos trabajo que hacer.

Parte del cargamento del *Orca* estaba destinado a Cirna, y fue descargado y apilado en uno de los muelles que se alineaban a lo largo de la costa. Alec se aseguró de que Seregil fuera conducido hasta un rincón apartado de la bodega, y entonces subió a la cubierta para presenciar la bulliciosa actividad que tenía lugar en tierra firme.

Ahora que se encontraban más cerca, podía distinguir que los capiteles de los grandes pilares no eran exactamente iguales. El de la izquierda tenía la forma de un pez emergiendo de una gran ola. Incluso desde el puerto, podía distinguir las escamas de sus costados y la elegante curva de las aletas. El capitel de la derecha aparentaba ser una estilizada llama.

—¿Por qué son diferentes? —preguntó a Sedrish, mientras se protegía los ojos con la palma de la mano.

—Son los pilares de Astellus y Sakor, naturalmente —replicó el cocinero. Parecía asombrado por su ignorancia—. Illior y Dalna se encuentran al otro lado. Se dice que los constructores pensaron que, ya que iban a mancillar la disposición natural de la tierra, era mejor coronar su obra con una ofrenda a los dioses.

Talrien se encontraba de pie en lo alto de la pasarela, gritando los números de los diferentes cargamentos para que uno de los marineros pudiera anotarlos en su registro. En tierra firme, los mercaderes a quiénes pertenecían las diversas cajas realizaban anotaciones similares.

Alec los estudió con interés. En vez de túnicas, vestían largas camisolas anudadas con un cinturón y pantalones de cuero como los que gustaban a Seregil. Muchos de ellos lucían sombreros de ala ancha con una o dos plumas de colores sujetas a uno de los costados.

En un embarcadero vecino, otro navío estaba descargando sus mercancías; una simple mirada al cargamento bastó para atraer el interés de Alec, y se acercó para poder ver mejor. Se abrió paso lo mejor que pudo a través de la multitud de marineros y estibadores, y se unió a la muchedumbre que se apelotonaba alrededor del improvisado corral que se había preparado en tierra firme para acoger a los caballos que estaban siendo desembarcados.

Había visto muchos caballos a lo largo de su vida, pero nunca como estos.

Aquellas criaturas eran tan altas como la yegua negra que había dejado en

Herbaleada, pero no tan corpulentas. Sus patas, desde los redondeados cuartos hasta los finos, casi delicados cascos, eran muy largas y llevaban la cabeza bien alta, con orgullo, sobre unos cuellos de silueta perfecta. Su pelo y sus crines no mostraban ni por asomo aquel desorden polvoriento al que Alec estaba acostumbrado, sino que brillaban bajo la luz de la mañana como si hubiesen sido lustrados. A pesar de la conmoción que su presencia había producido, los animales no mostraban la menor agitación mientras descendían por la pasarela.

La mayoría de ellos eran bayos, aunque había algunos de color negro y castaño. Sin embargo, el que atrajo inmediatamente la atención de Alec era un potro de un negro resplandeciente que lucía una melena y una cola blancas.

Biny apareció junto a su codo.

—Son impresionantes, ¿a que sí?

—Lo son. —Alec se mostró de acuerdo—. ¡Nunca había visto animales como ellos!

—No me extraña. Son caballos de Auréren. Acaban de llegar del sur.

—¡Auréren! —Alec agarró el brazo de Biny y señaló al barco—. ¿Es que hay Aurénfaie aquí? ¿Sabes cómo son?

—No. Ese es un barco de Eskalia. Los Aurénfaie nunca viajan tan el norte. Los barcos como ese comercian en Víresse y traen el cargamento, caballos, joyas, cristal y cosas así, hasta los Tres Reinos, donde lo venden.

Víresse. Seregil había mencionado una vez que era el único puerto de Auréren que estaba abierto a los extranjeros.

—Los caballos como esos son sólo para los nobles y los ricos —continuó Biny—. Una vez oí que ni la Reina ni su hija montaban jamás a uno de otra clase en batalla. Y ella es la cabeza de toda la caballería de Eskalia.

El potro que Alec había admirado llegó entonces a su lado, y no pudo resistir la tentación de alargar la mano para tocarlo. Para su sorpresa y su deleite, el animal apretó la esbelta cabeza contra su mano y se detuvo con aire satisfecho mientras acariciaba sus sedosos belfos y su nariz.

Embargado como estaba de admiración por el caballo, no advirtió que Biny y el resto de la multitud habían retrocedido hasta que una mano enguantada se extendió para acariciar el cuello del potro. Volviéndose de inmediato, se encontró cara a cara frente a una joven tan exótica como el propio animal.

Su pelo color castaño oscuro, recogido en una gruesa trenza, caía hacia atrás sobre la superficie de la capa verde, manchada de barro. Algunos mechones, suaves y ondulados, habían escapado de la trenza y enmarcaban un rostro en forma de corazón. Se volvió hacia Alec y éste, paralizado de asombro junto a ella, pudo ver el intenso azul de sus ojos y el rubor colorido y saludable de sus mejillas.

Durante un instante, su único pensamiento fue que aquella era la mujer más

hermosa que había visto en toda su vida. Y, más aún, alguien verdaderamente extraordinario porque, en vez de un traje de mujer, vestía unos pantalones ajustados de piel de ciervo bajo un tabardo verde ribeteado de blanco. La parte delantera del tabardo estaba adornada por un rico bordado que mostraba el emblema de un par de sables cruzados soportando una corona. Su cuello lucía una gruesa gargantilla de plata que centelleaba a la luz del sol, y se ceñía una espada larga de la bandolera que cruzaba su pecho.

—Es una belleza, ¿verdad? —señaló.

—Eh... sí. —Alec volvió rápidamente la mirada hacia el caballo.

—¿Estabas pensando en comprarlo? —preguntó ella mientras el animal alargaba la cabeza por encima de la cuerda del corral para frotar la barbilla contra el hombro de Alec—. Pareces haberle gustado.

—¡No! Oh, no... no. Sólo estaba mirando. —Alec retrocedió lentamente. De pronto, era terriblemente consciente de lo sucios y gastados que estaban sus atavíos—. Hasta hoy, nunca había visto a los caballos de los Aurénfaie.

La muchacha esbozó entonces una sonrisa que, a pesar de la espada, la hizo parecer muy femenina.

—Yo también me había fijado en él, pero no quería comprarlo si tú lo habías elegido —acariciando el morro del animal, le habló suavemente—. ¿Tú que dices, amigo mío? ¿Quieres que te lleve a casa?

Como respuesta, el potro dio un bufido y apretó la cabeza contra la mano de ella.

—Creo que sí —dijo Alec, complacido porque su favorito hubiera encontrado un ama tan espléndida.

—Yo diría que así es —señaló ella. El tratante de caballos había asistido a la escena desde una prudente distancia pero sin perder detalle y, respondiendo a un gesto de ella, se acercó con premura, entre profundas reverencias—. Vuestros caballos son tan magníficos como siempre, Maese Roakas. Este caballero y yo estamos de acuerdo en que debo llevarme el blanco y negro. ¿Cuánto pedís por él?

—Por ser para vos, Comandante, doscientos sestercios de oro.

—Es justo. La capitana Myrhini os dará el dinero.

—Muchas gracias, Comandante. ¿Eso será todo por esta vez?

—No. Todavía he de elegir algunos para la Guardia, pero quería hacerme con éste antes de que alguien me lo arrebatara. ¿Seréis tan amable de pedirle a alguien de mi escolta que lo ensille para mí? —se volvió hacia Alec y sonrió de nuevo—. Gracias por tu ayuda. ¿Puedo saber tu nombre?

—Aren Silverleaf.

Otro soldado vestido de verde y blanco trajo el caballo ya ensillado. Mientras se disponía a montar, la mujer llevó una mano hasta la bolsa que pendía de su cinturón.

—Aren Silverleaf, ¿verdad? Buena suerte, Aren Silverleaf —le arrojó una

moneda que despidió destellos amarillos mientras daba vueltas en el aire hacia él. Él la cogió con destreza sin apenas apartar los ojos de ella—. Bebe a mi salud. Eso me traerá suerte.

—Así lo haré. Gracias —exclamó Alec mientras ella se alejaba al trote. Se volvió rápidamente hacia el soldado y preguntó—. ¡Es preciosa! ¿Quién es?

—¿Es que no lo sabes? —exclamó el hombre mientras lo miraba de arriba abajo—. Era la Princesa Klia, la hija menor de la Reina. Un día para recordar, ¿eh, muchacho?

La multitud avanzó en tropel de vuelta al corral y varios extraños dieron palmadas a Alec en la espalda, envidiando su contacto con la realeza.

Biny se abrió camino a codazos entre la multitud.

—¿Qué es eso que te ha arrojado?

Alec sostuvo en alto la moneda de oro. Más pequeña que su moneda de plata de Eskalia, mostraba en el anverso el mismo grabado con la luna creciente y la llama y en el anverso el perfil de un hombre.

—¿Medio sestercio? ¡Con esto podrías beber a su salud durante un par de días! —Biny le propinó un codazo de complicidad en las costillas.

—¡Una princesa! —se maravillaba Alec, sacudiendo la cabeza.

—Oh, por aquí la vemos todo el tiempo. Es la segunda en el mando de la Guardia Montada de la Reina, por detrás de su hermano. Tiene muy buen ojo con los animales. Vamos, ya han comenzado a descargar. Será mejor que regresemos.

Una vez que hubo llevado a tierra firme su cargamento, la tripulación de Talrien apiló bajo la cubierta un cargamento de vino en ánforas de barro, al que siguieron cajas de gallinas que el capitán ordenó que fueran sujetadas con cuerdas en medio de la cubierta. El resto de la travesía sería animado por los cacareos, el aroma y las nubes de plumas que soltaban las aves.

Hacia el final de la mañana, una vez la carga estuvo asegurada, zarparon para unirse a la comitiva de navíos que esperaban para atravesar el Canal; se obligaba a que los barcos guardasen escrupulosamente las distancias para evitar cualquier contratiempo que hubiese podido bloquear el estrecho paso. Poco después de que hubiesen echado el ancla, un esquife navegó hasta ellos y un hombre corpulento y bajo con un grasiento sombrero flexible subió a bordo. El capitán Talrien intercambió algunas palabras con el maestro del puerto y pagó las tarifas debidas por anclaje y paso. Cuando éste se hubo marchado, el capitán invitó a acercarse a Alec con un gesto.

—Una hora de espera —dijo—. Dile a Sedrish que sirva la comida en la cubierta, ¿quieres?

Alec transmitió el mensaje y luego llevó agua y un poco de caldo a Seregil.

Cuando volvió a salir, varios de los barcos que los precedían habían atravesado ya la oscura entrada del Canal. Un brillante destello les llegó desde el espejo situado junto a lo más alto de la columna de Astellus y la esbelta galera que se encontraba delante de ellos levó anclas, largó su única vela y se deslizó lentamente hacia la oscura hendidura.

Al cabo de un rato, el vigía exclamó.

—¡Nuestra señal, capitán!

—¡Muy bien, marineros! —gritó Talrien—. Sacad los remos y a vuestros puestos.

Mientras el ancla iba siendo levantada, varios de los marineros colocaron antorchas en proa y en popa. Otros retiraron una sección de la cubierta y sacaron los largos remos que se guardaban ahí. Cada uno de ellos, veinte por costado, fue introducido en una esclusa redonda de la barandilla, protegida por una cuerda. A una señal del capitán, el segundo de a bordo se encaramó al puente y comenzó a cantar. Siguiendo el ritmo de sus estrofas, los remeros bogaron con una coordinación nacida de la práctica y el barco comenzó a deslizarse lentamente hacia delante frente al rostro calmado de la bahía. El capitán Talrien permanecía de pie junto a la caña del timón, haciendo maniobrar el barco en dirección a la indistinta oscuridad que se abría entre los pilares.

El mediodía ya había pasado y era muy poca la luz que conseguía penetrar en el interior de la grieta. Hacía frío allá dentro y reinaba un aroma a piedra cubierta de sal. Alec se encontraba junto a Sedrish.

Levantó la mirada.

—¿Son eso estrellas? —preguntó boquiabierto. El estrecho jirón de cielo que podía verse desde allí estaba salpicado de puntos de luz apenas perceptibles.

—Es cosa de los altos muros, que no dejan pasar la luz del sol. Una vez, cuando era niño, me caí en el interior de un pozo y era lo mismo. El único momento en que hay mucha luz aquí dentro es a mediodía, cuando el sol está en lo más alto.

A ambos lados, los acantilados se alzaban como torres y parecían inclinarse sobre el navío. Aquí y allá, el oleaje rompía contra la desigual superficie de roca. En algunos lugares, ésta era reflectante, como si estuviera hecha de cristal, lo que asombraba a Alec.

—Eso es a causa de la magia que se utilizó aquí —explicó Sedrish—. En algunos lugares, la roca es brillante y suave como esa; en otros, como allí, la roca fluía y goteaba como la cera por el lado de una vela. No me hubiera gustado estar aquí cuando los magos abrieron el Canal. ¡Puedes creerme!

Atravesaban el paso lentamente y en silencio. El estrecho espacio por el que transitaban devolvía decuplicado el sonido de cada chapoteo y cada susurro, y el efecto resultante parecía impresionar incluso a Biny. Cuando por fin el vigía gritó, «¡Medio camino a la vista!», su voz reverberó en una sucesión de ecos fantasmales

arriba y abajo del Canal.

Alec se estaba preguntando cómo era posible que alguien fuera capaz de determinar las distancias en un lugar como aquel cuando divisó, muy por encima de sus cabezas, algo blanco en el acantilado de su derecha. Cuando estuvieron más cerca, pudo distinguir que se trataba de una enorme estatua de mármol blanco, alojada en un profundo nicho tallado en la misma roca. La figura brillaba con una luz pálida en medio de la penumbra.

—¿Quién es? —preguntó Alec.

—La Reina Tamír II —en un gesto respetuoso, Sedrish se llevó una mano a la cabeza mientras pasaban debajo de la estatua—. Eskalia ha tenido reinas buenas y malas, pero la vieja Tamír era una de las mejores. Incluso los compositores de baladas y poemas de gesta tienen dificultades a la hora de embellecer la vida que llevó.

El resplandor que despedía la estatua hizo que Alec entornase los ojos cuando pasaban debajo de ella. El escultor había representado al personaje caminando contra el viento, el largo cabello volando detrás de ella y la túnica que vestía pegada a las gráciles curvas de su cuerpo. Gran parte de su costado derecho estaba cubierto por un escudo ovalado y, con la mano derecha, sostenía en alto una espada como si estuviese saludando a los barcos que pasaban debajo de ella. Su rostro no era ni excesivamente hermoso ni totalmente vulgar, pero el porte orgulloso y la expresión fiera que resplandecía en él eran un fiel testimonio que se había prolongado a lo largo de los siglos.

—Después de que los plenimaranos hubieran destruido la antigua capital de Ero, ella se alzó y condujo a los supervivientes al otro lado e hizo que se construyera este canal —continuó Sedrish, mientras encendía su pipa con la llama de una linterna—. Eso debió ser hace más de seiscientos años. Sí, según cuentan, no había quien pudiera detenerla. Fue criada en las montañas como un chico porque su tío había usurpado el trono. Nada bueno derivó de esto, naturalmente; fue la causa de que Ero fuera destruida. Cuando el rey murió en la batalla, un sobrino suyo se adelantó y dijo «Con vuestro permiso, soy una mujer». Su tío había asesinado a casi todos los miembros de la familia, así que fue coronada allí mismo. Durante su reinado logró rechazar a los plenimaranos. Algún tiempo después se creyó que se había ahogado en una batalla naval, pero regresó un año más tarde, recuperó el trono y gobernó hasta que fue una anciana. Todo un carácter, ya lo creo. Dicen que la Reina Idrilain se le parece.

Mientras emergían a las aguas del mar de Osiat, en el extremo occidental del Canal, Alec estiró el cuello para poder ver los capiteles tallados de los pilares que flanqueaban la entrada. Reconoció de inmediato la representación de Dalna: una gavilla de trigo atada con una serpiente. El otro, un dragón en espiral coronado por una luna creciente, debía de ser la que correspondía a Illior.

El *Orca* viró al sur siguiendo la costa, impulsado por un fuerte viento de popa. Bajo aquel sol de la tarde, el mar invernal brillaba como acero recién bruñido.

Islas rocosas y acantilados de todos los tamaños interrumpían la línea de la costa, brotando de las aguas como fortalezas derruidas.

Algunas de ellas estaban cubiertas por bosquecillos de oscuros abetos o pinos; aquellas que poseían alguna clase de puerto estaban habitadas por colonias de pescadores. Unos pocos navíos mercantes recorrían todavía esta ruta a estas alturas del año y, Talrien intercambió saludos con ellos utilizando una especie de trompeta.

Pero no sólo barcos mercantes surcaban el Osiat. Muy pronto, Alec divisó un banco de marsopas, el primero que veía en toda su vida. Asomándose sobre la barandilla, observó cómo varias de ellas saltaban y nadaban junto al barco, sus oscuros lomos arqueados entre las olas mientras escoltaban al navío durante varios kilómetros. Poco después, divisó un nuevo banco, esta vez huyendo a toda prisa delante de la temible forma a la que el navío debía su nombre, una orca. Aunque no demasiado grande para ser una ballena, a Alec se le antojaba realmente enorme. El pensar en que tales monstruos podían estar nadando en ese preciso momento debajo de su misma quilla le provocó una sensación decididamente desagradable.

La costa oeste de Eskalia presentaba un rostro irregular. Los severos huesos de granito del continente yacían expuestos al sol en el litoral, así como en los picos de su montañosa espina dorsal. Entre estos dos extremos pétreos se extendían fértiles terrazas y valles, los bosques y los puertos en los que la gente de Eskalia se había asentado siglos atrás. Sobre los salientes rocosos y azotados por las olas de la costa, las tierras más altas retrocedían desde el mar en una sucesión de ondulaciones ascendentes hasta encontrarse con las montañas del interior.

Alec miró en aquella dirección y alcanzó a ver carromatos y jinetes que se movían a lo largo del camino costero. Una compañía de caballería pasó a toda prisa, lanzando destellos de metal a través de la nube de polvo que ocultaba a medias a quienes la componían.

—Esa de allí es la Vía de la Reina —le informó Biny—. Bordea toda la península y luego atraviesa el istmo en dirección a Ubre del Draco.

Aquella tarde recalaron en un pequeño puerto para desembarcar un cargamento de vino y algunas de las cajas de gallinas, y se llevaron a cambio una carga de lingotes de cobre.

Cuando la bodega volvió a estar en calma, Alec se aposentó junto a Seregil y trató de hacerle tomar un poco más de caldo. Pero después de algunas cucharadas, comenzó a atragantarse y Alec decidió dejarlo. La respiración de Seregil era cada vez más áspera y resonaba contra su garganta mientras se alzaba y descendía lentamente. Mientras la escuchaba, Alec sintió que su desesperación cristalizaba, formando un nudo en su garganta. Incapaz de soportarlo un segundo más, registró la estropeada

mochila de Seregil hasta encontrar el pañuelo anudado que contenía sus joyas. Las guardó bajo su túnica y se precipitó escaleras arriba en busca del capitán y de Sedrish.

—Tenéis que hacer algo por él —dijo el muchacho, tratando de impedir que la voz le fallara—. Si sigue así, no creo que lo consiga.

Una vez en la bodega, Sedrish se inclinó sobre la forma inmóvil de Seregil, y al cabo de un instante sacudió la cabeza.

—El chico tiene razón, capitán. El hombre se está muriendo.

Talrien comprobó el pulso de Seregil y después se sentó sobre un barril cercano. Tenía el ceño fruncido.

—Incluso si nos dirigiéramos en línea recta hacia la ciudad, ignorando todos los puertos en nuestra ruta, no creo que llegáramos a tiempo.

—Pero ¿podrías hacer eso? —preguntó Alec.

Talrien sostuvo la mirada desolada y resuelta de Alec y asintió.

—Yo soy el patrón de este barco. Yo digo cuándo navega y hacia dónde. Pero no le hará ningún bien a mi negocio llegar una semana tarde...

—Si se trata de dinero, entonces puede que esto sea de ayuda. —Alec extrajo el pañuelo del interior de su túnica y se lo tendió.

Talrien lo abrió y se encontró con la gruesa cadena, los pendientes y el medio sestercio de oro que Klia le había dado a Alec.

—Se suponía que no debía vender estas cosas... él no quería que lo hiciera. —Alec gesticulaba nerviosamente en dirección a Seregil—. Si no es suficiente, estoy seguro de que será capaz de pagaros más que de sobra una vez que hayamos llegado a la ciudad.

Talrien volvió a anudar el pañuelo y se lo devolvió.

—Estarás en Rhíminee mañana al mediodía. Ya hablaremos del precio más tarde. Sedrish, haz que le den un poco de cerveza al muchacho.

Cuando se hubieron marchado, Alec se tendió junto a Seregil y se cubrió a sí mismo y a su compañero con las capas de ambos. La piel de Seregil estaba húmeda y fría, y sus ojos se hundían profundamente bajo los párpados, oscuros como si hubiesen recibido un golpe.

Durante un breve instante, Alec creyó ver una tenue expresión de dolor que cruzaba sus facciones.

Con lágrimas aflorando a sus propios ojos, Alec tomó una de las heladas manos y susurró:

—¡No te vayas! Estamos demasiado cerca ya. No te vayas.

De nuevo, creyó detectar un débil destello de emoción en las inmóviles facciones. Pero probablemente no había sido más que un efecto de la luz.

... de nuevo la planicie. Un vacío inmóvil recorrido por un viento gimoteante.

¡Ah, era algo capaz de hacer a uno enloquecer! Quería gritar, maldecir, dar patadas, golpear algo. Pero no podía sino dar vueltas y vueltas como un idiota, escudriñando el horizonte en busca de alguna señal.

De pronto, en medio de su furia, distinguió en la distancia una figura oscura. ¿Acaso la misma que lo había perseguido y atormentado entonces, su último adversario en vida, que lo había perseguido hasta aquí?

Pero no. Incluso a aquella distancia podía distinguir que se trataba de la figura de un hombre y que había bajado la capucha de su negra capa para revelar el óvalo pálido de un rostro. Y el hombre lo llamaba.

¡No, cantaba para él!

No alcanzaba a entender las palabras, pero la melodía era tan deliciosa, estaba tan llena de bienvenida y promesa, que las lágrimas afloraron a sus ojos. ¿Cuán lejos estaba? ¿Cuánto tardaría en alcanzarlo? Era imposible juzgar las distancias en medio de aquel maldito lugar desolado, pero no importaba. Correría hacia él.

Porque de pronto, mientras avanzaba sobre la hierba muerta y las piedras, se sentía maravillosamente ligero. Estaba corriendo... ¡No, estaba volando! La sensación de liberación, de gozoso movimiento, era casi mareante. La tierra bajo sus pies se volvía borrosa, y la figura que se encontraba delante lo esperaba con los brazos abiertos.

Muy pronto, pero no lo suficiente, la alcanzó, se vio abrazado por ella y levantado por ella, porque de repente volvía a tener forma sólida. La figura detuvo su canción y le sonrió con amabilidad. ¡Y su rostro...! Era tan hermoso y sereno como el de un dios. La piel tenía el color y el brillo del oro más puro y formaba pliegues flexibles alrededor de los bordes de sus ojos y su boca mientras sonreía. Uno de los ojos estaba cubierto por un parche, pero ni siquiera esto conseguía arruinar la perfección de sus rasgos. El otro ojo, profundo y del azul de un zafiro o un cielo abierto, lo miraba con un amor sin reservas.

—Al fin has venido, mi hijo herido.

Su voz era la personificación pura del amor y la ternura que siempre había ansiado encontrar a lo largo de su corta y violenta vida.

—¡Ayúdame! ¡Sácame de este lugar! —suplicó, al mismo tiempo que se aferraba a los brazos del ser, fríos y rígidos.

—Por supuesto —le respondió el dios. Porque sin duda, eso es lo que era... Bilairy o Illior, llegado para rescatarlo de aquel terrible vacío.

El dios lo atrajo hacia sí, lo acunó contra su pecho como si fuera un niño y lo acarició con su mano fría y delicada.

—Atravesaremos las puertas y cruzaremos el mar juntos, tú y yo. Dame el regalo que has traído y nos marcharemos de inmediato.

—¿Regalo? Pero no he traído ningún regalo —balbució. De pronto, su corazón resonaba contra su pecho como un puño diminuto y afilado.

—Sí que lo has hecho —la mano del dios acarició su cabeza, sus hombros, abrió su camisa para desnudar su pecho, dolorido por los truenos de su pulso—. Aquí. ¿Lo ves?

El aroma de la enfermedad volvió a alzarse mientras un desgarrador rayo de dolor lo atravesaba. Bajó la mirada y pudo ver la pequeña herida que parecía boquear justo sobre su corazón; y desde ella, como desde un agujero sangriento, miraba un ojo tan maravillosamente azul como el del dios. Una semejanza perfecta. Y entonces, repentinamente, se debatía en vano tratando de liberarse de la presa de hierro que lo sujetaba mientras el dios de piel de oro extendía una mano para reclamarlo...

Batido por el oleaje, el *Orca* avanzaba en medio de la noche en dirección sur. Delante de él, frente a la proa, Alec podía ver los imponentes acantilados grises que enmarcaban el puerto y un racimo de islas próximas a la costa.

—El puerto de Rhíminee, justo allí, entre esas islas —gritó Talrien por encima del bramido del viento.

Rhíminee era el más grande de los puertos occidentales, y asimismo el mejor fortificado. Una serie de largas moles de granito habían sido construidas entre tres pequeñas islas que rodeaban la entrada al puerto, dejando dos aperturas para permitir el tránsito de los barcos amigos. Mientras el *Orca* atravesaba una de estas puertas marinas, Alec pudo ver que los anchos terraplenes estaban erizados de catapultas y balistas. Una disposición similar de moles graníticas unía las dos pequeñas islas situadas enfrente mismo del propio puerto, dividiendo el área circundante en una zona interior y otra exterior, como si se tratase del patio de armas de una fortaleza.

Los marineros arriaron todas las velas excepto una y el navío se deslizó al interior del puerto, pasando junto a docenas de barcos que se encontraban anclados allí. Junto a los terraplenes de granito, los arietes de bronce apenas visibles sobre la superficie del agua, aguardaban amarradas grandes y esbeltas galeras de guerra. Los barcos mercantes, las barcazas cuadradas y las pequeñas carabelas de proa alta se contaban por docenas.

La entrada al puerto interior era un ancho paso situado entre sendos terraplenes que no ofrecía protección alguna a los barcos que lo atravesasen. Se habían dispuesto balistas a ambos lados del paso, y a lo largo de las paredes se sucedía una serie de gradas desde las que innumerables arqueros podían hostigar a cualquier navío hostil que pretendiese cruzar esta defensa interior.

La tierra que abrazaba al propio puerto se elevaba, abrupta y acantilada, a ambos lados. Antes de que hubiesen abandonado las fortificaciones interiores, Alec pudo distinguir la ciudadela que lo coronaba. Era enorme; la ciudad se derramaba desde

ella a lo largo de una serie de colinas que se extendían durante casi un kilómetro hasta alcanzar las aguas. Alec juzgó que debía de tener por lo menos cinco kilómetros de ancho. Estaba rodeada por inmensas murallas de piedra, que ocultaban todo de la vista a excepción de algunas cúpulas destellantes y unas cuantas torres alzadas por encima de los parapetos. La única vía de acceso desde el puerto parecía ser un serpenteante camino que discurría flanqueado por largos muros de piedra.

Alec no sabía gran cosa sobre tácticas pero, recordando que Rhíminee había sido construida para reemplazar una capital destruida en una guerra, se le antojaba que los eskalianos no tenían la menor intención de perder una segunda capital.

Más allá de las moles interiores, una confusión de edificios crecía abigarrada junto a la base de los acantilados, bajo la ciudadela.

Mientras el barco era remolcado hacia un muelle vacío, Alec observaba con creciente desconcierto la bulliciosa zona de los embarcaderos. El alivio que había sentido al divisar la ciudad comenzaba a dejar paso a la alarma, ante la perspectiva de tener que encontrar a un mago en particular en algún lugar de la incomprensible ciudad que se levantaba delante de él.

Sujetó a Biny por una manga mientras pasaba corriendo a su lado.

—¿Has oído hablar de un lugar llamado la Casa Oréska?

—¿Y quién no? —exclamó el joven marinero mientras agitaba el pulgar en dirección a la ciudad alta—. ¿Ves aquello que brilla, a la izquierda? Es la cúspide de la gran cúpula de la Casa.

El corazón de Alec se hundió un poco más; tendría que encontrar alguna manera de llevar a Seregil hasta allí, atravesando la ciudad en toda su longitud. Manoseó el pequeño paquete con las joyas que guardaba en el interior de su camisa. Estaba decidido a llevar a Seregil hasta la Casa Oréska aquella misma noche, aunque para ello tuviera que comprar un carromato. Varios hombres acababan de subir a bordo para hablar con el capitán Talrien. Alec se volvía para bajar a tierra cuando uno de ellos reparó en su presencia y le tocó en el brazo.

—¿Eres tú el amigo del enfermo? —preguntó el extraño.

Sorprendido, Alec se volvió. Un hombre alto y delgado se encontraba frente a él y le sonreía. Su rostro alargado y amigable mostraba las señales de la edad alrededor de los ojos y en la frente. Su corta barba y los rizados cabellos que bordeaban su calva eran de un blanco plateado. Y, sin embargo, estaba tan erguido y se movía con tanta naturalidad como el propio Alec. Los ojos negros bajo aquellas cejas blancas y un poco rebeldes no revelaban sino un interés amistoso. A juzgar por sus ropas, una simple camisa y unos pantalones bajo una capa, Alec hubiera dicho que se trataba de un mercader.

—¿Qué queréis de él? —preguntó con cautela. Se preguntaba cómo era posible que aquel hombre supiera de la presencia de Seregil en el barco.

—He venido para encontrarme contigo, querido muchacho —replicó el anciano—. Me llamo Nysander.

Las piernas de Alec temblaban mientras conducía a Nysander al interior de la bodega.

—Es lo que me temía —murmuró el mago, con el rostro de Seregil entre las manos—. Debemos llevarlo a la Casa Oréska cuanto antes. Tengo un carruaje esperando. Ve a buscar al cochero.

Helado de miedo, Alec encontró al cochero y lo ayudó a cargar a Seregil, bien envuelto en mantas y capas, en el carruaje.

Mientras tanto, Nysander intercambió algunas palabras con el capitán Talrien y, finalmente, depositó una bolsa en sus manos.

Talrien asintió agradecido y se volvió para despedirse de Alec.

—Muchas gracias capitán —dijo Alec con voz cálida. Hubiese deseado encontrar palabras más apropiadas.

—Tienes un corazón valiente, Aren Silverleaf. —Talrien posó una mano sobre su hombro—. Espero que te traiga suerte.

—Hasta ahora ha sido así —replicó Alec mientras se dirigía con ansiedad hacia el carruaje—. Sólo espero que mi suerte dure un poco más.

El carruaje se puso al fin en marcha. Nysander se arrodilló junto a Seregil y apartó los vendajes. Un simple vistazo le bastó y volvió a colocarlos en su lugar.

—¿Hace cuánto que ocurrió? —preguntó. Daba gracias por estar de espaldas al chico.

—Cinco días.

Nysander sacudió la cabeza y comenzó a realizar una serie de silenciosas encantaciones. Si de verdad era lo que sospechaba, ¿cómo podía Seregil haber sobrevivido a un ataque de tal naturaleza?

Cuando hubo terminado se recostó en el asiento y volvió a mirar al muchacho. Pálido y con expresión sombría, aferraba la mochila y la espada de Seregil. Sus ojos se movían alternativamente de su compañero a la ciudad que pasaba delante de él y viceversa.

Está completamente agotado, pensó Nysander, y me tiene un miedo atroz.

Indudablemente, el muchacho, con sus toscas ropas del norte y su pelo alborotado y sucio, tenía un aspecto salvaje. Nysander reparó en el harapo que hacía las veces de vendaje alrededor de su mano izquierda, que el muchacho mantenía sobre la rodilla y con la palma vuelta hacia arriba, como si le doliese. Su rostro, joven pero agrietado, mostraba una tirantez que le hacía parecer mayor de lo que era.

Además, había en él un aire de cautela e incertidumbre. Y, sin embargo, por

debajo de todo ello, Nysander alcanzaba a sentir la arraigada determinación que había logrado conducirlos a Seregil y a él hasta allí a despecho del mal que se había cernido sobre ellos.

—Otro Silverleaf, ¿eh? —Nysander sonrió, con la esperanza de tranquilizarlo un poco—. Seregil asegura que ese nombre le trae suerte. Espero que contigo haya ocurrido lo mismo.

—A veces —el muchacho levantó la mirada sólo un instante—. Me dijo que nunca debía usar mi verdadero nombre.

—Estoy seguro de que a él no le importaría si me lo dijeras.

El muchacho se ruborizó.

—Lo siento, señor. Me llamo Alec de Kerry.

—Un nombre corto, en verdad. Normalmente, a mi me llaman Nysander i Azusthra Hypirius Meksador Illandi, Alto Taumaturgo de la Tercera Oréska. Pero tú puedes llamarme Nysander, que es lo que hacen mis amigos por aquí.

—Gracias, señor... quiero decir, Nysander —balbució Alec, un poco avergonzado—. Es un gran honor.

Nysander hizo un gesto de modestia.

—Nada de eso. Seregil me es tan querido como un hijo y tú me lo has devuelto. Estoy en deuda contigo.

El muchacho volvió a levantar los ojos y lo miró, esta vez más directamente.

—¿Va a morir?

—El hecho de que haya resistido tanto tiempo me da esperanzas —replicó Nysander, deseando poder decir algo más alentador—. Hiciste muy bien en traerlo hasta aquí. Pero dime una cosa, ¿cómo os conocisteis?

—Me salvó la vida —respondió Alec—. Fue hace cosa de un mes, allá en las Montañas del Corazón de Hierro.

—Ya veo. —Nysander contempló el rostro inmóvil y casi blanco de Seregil. Se preguntaba si alguna vez llegaría a escuchar la historia de sus labios.

Después de un momento de silencio, Alec preguntó.

—¿Cómo supisteis que veníamos?

—Hace cosa de una semana me vi asaltado por una visión de Seregil, sumido en alguna clase de dificultad desesperada. —Nysander suspiró profundamente—. Pero tales visiones son muy esquivas. Para cuando conseguí recuperarla, la crisis parecía haber pasado. Fue entonces cuando vislumbré algo sobre ti por vez primera, y supe que se encontraba en buenas manos.

El rubor volvió a asomar al rostro del muchacho. Jugeteaba con el dobladillo de su gastada túnica.

—Durante los siguientes días, percibí algunos destellos de parte de lo que os estaba ocurriendo. Debo decir que eres un joven lleno de recursos. Pero ahora será

mejor que me cuentes lo que pasó. Por lo que veo, también tú estás herido.

Mientras Alec relataba su huida de los dominios de Asengai y las aventuras que la habían seguido, Nysander continuó realizando un discreto examen del muchacho. Recurriendo a un poco de magia sutil, pudo confirmar que, como había supuesto, Seregil había estado muy acertado al elegirlo como compañero, aunque las razones por las que su amigo había decidido adoptar al joven continuaban siendo un enigma.

Al describir su visita a la casa del ciego en los alrededores de Herbaleda, Alec admitió haber espiado la conversación, y se sintió aliviado al comprobar que Nysander respondía a su revelación con una sonrisa.

—Hablaron de un hombre llamado Boraneus —le dijo Alec—. Pero después, Seregil le llamó Mardus. Parecía molesto o sorprendido al pronunciar el nombre.

Nysander frunció el ceño.

—No es de extrañar. ¿Viste al hombre en cuestión?

—En el palacio del alcalde. Seregil consiguió que nos contrataran como juglares. Quería echarle un vistazo y también al otro, una especie de embajador que viajaba con él.

—¿Ese Mardus era un hombre alto y moreno con una cicatriz debajo de uno de sus ojos?

—Desde aquí hasta aquí —el dedo de Alec trazó una línea desde el rabillo interior de su ojo izquierdo hasta la mejilla—. Supongo que se le podría considerar bien parecido, pero había en él una especie de frialdad cuando no sonreía.

—¡Excelente! ¿Y qué hay del otro?

Alec reflexionó un momento.

—Más bajo, delgado, con el aspecto de hombre de ciudad. Pelo fino, de color gris —sacudió la cabeza—. No llamaba demasiado la atención. En todo caso, aquella noche... eh, vaya... robamos en sus habitaciones.

Nysander rió entre dientes.

—No hubiera esperado menos. ¿Y qué descubristeis?

—Allí fue donde encontramos el...

Nysander le detuvo alzando una mano y entonces, con expresión interrogante, señaló al pecho de Seregil.

Alec asintió.

—Entonces debemos hablar de ello más tarde —le advirtió el mago—. Pero cuéntame el resto.

—Bien, yo me quedé vigilando la mayor parte del tiempo mientras él registraba las habitaciones. Encontró varios mapas. Micum Cavish y él hablaron de ellos más tarde, después de que dejáramos Herbaleda. Había algunos lugares señalados, ciudades y pueblos de las tierras del norte. Micum se marchó para investigar una de las marcas, en las Marismas. Me temo que es todo cuanto sé. Seregil tendrá que

contaros el resto.

Si es que puede, volvió a pensar Nysander.

Su expresión debía de haber traicionado su preocupación, porque Alec exclamó súbitamente:

—*Podéis* ayudarlo, ¿verdad? Él dijo que si vos no erais capaz, nadie lo sería.

Nysander dio unas palmaditas tranquilizadoras sobre la mano del muchacho.

—Sé lo que debe hacerse, querido muchacho. Vamos, por favor, ¿qué ocurrió después de eso?

Mientras Alec relataba su apresurada huida de Herbaleda, el anciano rió entre dientes, apreciando su narración. Pero a medida que trataba de explicarle el terrorífico declinar de Seregil a bordo del *Veloz* y el difícil viaje que lo siguió, su expresión se tornó cada vez más grave.

—Y durante todo aquel tiempo, ¿no volvió a hablarte de lo que había descubierto en Herbaleda o de aquellos hombres?

—No. Después de que abandonáramos la ciudad, Seregil se volvió cada vez más taciturno. No dejaba de decir que era más seguro que yo ignorara ciertas cosas.

Nysander miró a Alec, un poco confuso; incluso en alguien de tan corta edad resultaba sorprendente encontrar tan incondicional confianza... si es que se trataba de confianza. A pesar de que conocía los poderes de persuasión de Seregil, seguía asombrándolo que Alec lo hubiera seguido hasta tan lejos y a través de tan grandes peligros y desafíos sin otra razón que unos pocos relatos y algunas promesas de incierto cumplimiento.

No, pensó Nysander, sin duda debía de haber existido confianza entre ambos, y no abrigaba la menor sospecha sobre la lealtad de Alec, pero en este caso había algo más. Seregil nunca hubiera implicado a un muchacho inexperto en el robo de Herbaleda si no hubiera sentido que en las profundidades del carácter del muchacho se escondía algo, y tampoco se lo hubiera llevado consigo. ¡En verdad era un buen aprendiz!

Alec se agitó, nervioso.

—¿Algo va mal?

—¡Ciertamente no! —sonrió Nysander—. Simplemente me he dejado llevar por mis propios pensamientos durante un momento. Un hábito propio de magos, me temo. Seregil y Micum estaban trabajando para mí cuando los conociste. En un momento más apropiado te lo explicaré con más detalle.

A pesar de la preocupación que sentía por la condición de Seregil, Alec no podía evitar mirar de vez en cuando a la inmensa ciudad que pasaba delante de sus ojos. Carretas, caballos, literas y viandantes de toda laya abarrotaban las calles. El camino que conducía hacia la ciudadela estaba flanqueado por contramurallas a ambos lados,

y la piedra parecía capturar todos los sonidos y amplificarlos. El camino desembocaba en un gran portón que daba paso a la ciudad. Media docena de guardias, vestidos de azul y armados con espadas y picas, custodiaban la entrada, pero el tráfico discurría libremente. Una vez atravesaron el portón, su marcha se frenó, atravesaron una barbacana interior y luego pasaron bajo el arco de un segundo portón, cuyo antiguo pedimento estaba decorado con grabados de peces. Más allá se encontraba el mercado más grande que Alec hubiera visto jamás.

La plaza enlosada se extendía en todas direcciones, ocupada por centenares de barracas y puestos de madera. El vigoroso viento agitaba un millar de toldos coloridos. En el centro de la plaza se había dejado libre una ancha avenida para permitir que discurriera el tráfico; desde ella partían numerosas vías estrechas que se sumergían en el laberinto de tiendas.

El clamor de la ciudad se alzaba por todas partes: voces gritando, los ruidos de los animales, el estrépito de golpes de los artesanos atareados y el retumbar sordo de los carromatos que discurrían en línea recta a ambos lados de la avenida. La plaza estaba delimitada por edificios encalados y altos, algunos de ellos de hasta cinco pisos. Allá donde miraba parecía haber una multitud.

Dejaron atrás la plaza y se internaron en el laberinto de calles y barrios que se diseminaban a lo largo de las colinas. Estructuras de todas clases se alineaban a ambos lados de las calles, en algunos casos conectadas por pasos elevados o coronadas por intrincados solarios. Los carros y los jinetes llenaban las calles; niños, perros y cerdos deambulaban a pie de un lado a otro.

Mientras el vertiginoso y mareante espectáculo discurría a su alrededor, Alec recordó con horror su propósito original de llevar a Seregil por sí solo a través de Rhíminee.

La amplia avenida por la que transitaban desembocaba de tanto en cuanto en anchas plazas circulares, pavimentadas de piedra, en las que a su vez confluían nuevas calles, como los radios del centro de una rueda. En otras circunstancias, Alec podría haber preguntado a Nysander sobre ellas, pero el mago había vuelto a sumirse en el silencio y contemplaba la trabajosa respiración de Seregil con aparente preocupación. Alec contuvo su lengua y, volviendo de nuevo su atención a la ciudad, vio que estaban entrando en una zona ocupada por edificios más grandes y lujosos.

En aquel momento entraban en otra de las plazas redondas. Su centro estaba dominado por una columnata circular de unos quince metros de diámetro que lindaba con un jardín arbolado.

—La Fuente de Astellus, que no se ha secado desde la fundación de la ciudad. — Nysander señaló la columnata—. La ciudad original creció alrededor de ella.

A medio camino del círculo descrito por la plaza, el cochero viró a la izquierda y tomó una nueva avenida ancha y flanqueada por árboles. A ambos lados de la calle se

alineaban altos muros que presentaban rostros de piedra encalada o desnuda, sin más ornato que las bandas decoradas que bordeaban todas las cornisas y las entradas. Algunos de los patrones decorativos estaban pintados, mientras que otros eran mosaicos hechos con piedras o azulejos de colores. Más adelante, Alec descubriría que estos muros decorados, que ocultaban de la vista a las villas del interior, no eran simples engalanamientos; en el Barrio Noble, uno podía ser dirigido hacia «la casa de la Calle del Yelmo Dorado con la serpiente roja en la entrada» o «la casa con los círculos negros y dorados con un borde azul».

En esta zona, se alzaban a intervalos regulares pequeños pilares de mármol, cada uno de los cuales había sido esculpido para representar el nombre de la calle a la que pertenecía. Pequeños yelmos dorados señalaban la vía por la que Alec y Nysander transitaban en aquel momento.

—¿Todos esos son palacios? —preguntó Alec, señalando lo poco que de las fachadas pintadas y esculpidas se vislumbraba por encima de los muros.

—Oh, no. Son sólo villas. Muchas de ellas pertenecen a miembros de la familia Real —replicó Nysander—. Tíos, hermanos o primos tan lejanos que uno ha de consultar los Archivos para determinar de qué oscuro hermano, reina o consorte descienden.

—Seregil ya me dijo que era un lugar complicado, pero creo que tengo muchísimo que aprender —dijo Alec. La perspectiva no parecía alegrarlo.

—Muy cierto, pero no creo que pretendiera que lo aprendieras todo en una sola noche —le tranquilizó el mago—. Para tales asuntos, no creo que pudieras encontrar maestro mejor que el propio Seregil. Por ahora, si quieres ver un palacio de verdad, sólo tienes que mirar delante de ti.

La Calle del Yelmo Dorado desembocaba en el inmenso parque amurallado que rodeaba al Palacio Real. El carruaje giró en un cruce y atravesó un portal abierto. Más allá, según alcanzaba a ver Alec, se extendía una amplia zona abierta alrededor de un gran edificio de piedras color gris pálido, cuyas almenas estaban decoradas con dibujos blancos y negros.

Siguieron su camino hasta llegar a otro gran parque cercado. No obstante, en este caso los brillantes muros blancos parecían haber sido erigidos con el propósito de obtener privacidad más que de proporcionar defensa, porque el elegante arco que atravesaron no tenía portal ni rastrillo.

Mientras entraban en los jardines, Alec tuvo que contener un grito de sorpresa, porque en el interior de los muros circundantes era como si el verano hubiese llegado precipitadamente. El cielo mostraba el mismo pálido azul invernal de antes, pero el aire que los rodeaba era tan fresco y dulce como en una mañana de primavera. A cada lado del camino, cuidadosamente dispuestos y ordenados, se sucedían franjas de césped, macizos de flores brillantes y árboles en flor. Figuras encapuchadas paseaban

entre ellos o descansaban, reclinadas en bancos de piedra. Alec pestañeó, incrédulo, al descubrir la figura de un enorme centauro que tañía un arpa a la sombra de un árbol cercano.

La criatura tenía el cuerpo de un robusto potro castaño, pero de sus cuartos delanteros emergía el torso hirsuto de un hombre. Su pelo, negro y tosco, sobresalía por encima de su frente formando una larga guedeja, y crecía en una melena a lo largo de su espalda. Muy cerca, una mujer flotaba, suspendida tres metros por encima del suelo con las piernas cruzadas, mientras con gesto perezoso arrojaba al aire cristales coloreados y dirigía su movimiento al compás de la música.

Nysander hizo un gesto al centauro mientras pasaban a su lado, y la criatura devolvió el saludo con un asentimiento de su gran cabeza.

En el centro de todas estas maravillas se alzaba la propia Casa Oréska, una estructura casi ingrávida, construida en piedra blanca y brillante, coronada por una cúpula facetada y con forma de cebolla que despedía destellos brillantes a la luz del sol. Cada una de las cuatro esquinas del edificio estaba rematada por una delgada torre, dotada a su vez de una cúpula de menor tamaño y salpicada de miradores esculpidos dispuestos a intervalos.

Unas amplias escaleras conducían a la entrada principal, donde esperaba media docena de sirvientes vestidos con tabardos rojos.

Mientras el carruaje se detenía junto a las escaleras, dos hombres que transportaban una litera se precipitaron escaleras abajo hacia él; un tercero se echó al hombro la castigada mochila y el escaso equipaje de Alec. Respondiendo a un gesto de Nysander, Seregil fue transportado al interior.

El edificio principal se organizaba en torno a un enorme atrio, iluminado por la luz natural que se derramaba a través del cristal de la cúpula. Elevándose sobre un espléndido suelo de mosaico, los muros interiores del atrio estaban recorridos por cinco niveles de balcones y galerías, decorados con los más elaborados trabajos de la talla y la azulejería de Eskalia.

Nysander atravesó el atrio y penetró en uno de los grandes arcos que lo flanqueaban. Más allá se encontraba una escalera poco empinada que ascendía describiendo una elegante espiral, con una salida en cada nivel. Llegados al tercer rellano, se internaron en un corredor interior flanqueado por varias puertas, tomaron otra escalera y volvieron a ascender.

El lugar estaba abarrotado de gente vestida de todas las maneras imaginables. Aquellos que parecían ser sirvientes o visitantes no les prestaban demasiada atención, pero Alec advirtió que los magos, a los que podía distinguirse por sus amplias y coloridas túnicas, se apartaban invariablemente de ellos, con expresiones de miedo o disgusto pintadas en el rostro. Algunos realizaban extraños signos mientras pasaban, y uno, un muchacho cuya túnica blanca apenas lucía unas bandas de color en las

mangas, se desplomó desmayado cuando pasaron cerca de él.

—¿Por qué hacen todo eso? —susurró Alec al oído de Nysander.

—Te lo explicaré más tarde —murmuró Nysander. En aquel momento caminaban por una de las galerías del quinto piso. Se detuvo frente a una puerta de apariencia sólida.

—Bienvenido a mi casa —abrió la puerta para dejar pasar a los portadores de la litera e indicó a Alec con un gesto que entrara delante de él.

Alec obedeció y se encontró en un espacio estrecho, semejante a un túnel. Por todas partes, llenando cada espacio existente desde el suelo hasta el techo, se apilaban cajas, cajones y rollos de pergamino, que solo dejaban una estrecha y sinuosa vereda para acceder a las habitaciones interiores; dos personas podrían haberla atravesado juntas, pero a riesgo de provocar una avalancha.

En comparación, la cámara que se abría más allá, aunque desordenada, resultaba brillante y espaciosa. Alec alzó la mirada y descubrió que se encontraban en lo alto de una de las torres de las esquinas. Coloreados sólo por el sol y el cielo que se alzaban sobre ellos, los gruesos cristales plomados de la cúpula formaban arremolinados dibujos y patrones, salpicados de símbolos de gran complicación.

La habitación de la torre estaba llena de una asombrosa colección de cosas, cuyo orden completo era conocido probablemente sólo por el propio Nysander. Cada centímetro de pared estaba cubierto por estanterías llenas de libros, rollos de pergamino, tapices, diagramas y cartas. Más libros se apilaban sobre el suelo, formando precarias pilas, así como en las escaleras que, pegadas a la pared, ascendían describiendo una curva hacia el pasaje que rodeaba la base de la cúpula.

La habitación contenía también tres grandes mesas de trabajo y un escritorio elevado. Dos de las mesas estaban completamente llenas de cosas; en medio de la confusión generalizada, Alec reparó en la presencia de braseros, calderos, jarros cubiertos, varios cráneos y una pequeña caja de hierro. Sobre la tercera mesa descansaba un grueso libro abierto, rodeado por varios bastones y una colección de vasos de cristal de apariencia frágil. El escritorio estaba relativamente vacío, aunque una polvorienta formación de grumos de cera fundida cubría hasta llegar al suelo una de sus esquinas. Sin duda, a lo largo de los años, allí se había ido colocando en interminable sucesión, una vela sobre los restos de la anterior.

Daba la impresión de que allá donde hubiera podido encontrarse un espacio libre se habían clavado garfios y agujas, de las cuales colgaba un conjunto de cosas variadas, desde hojas secas y pieles hasta un esqueleto completo de algo que, indudablemente, no había sido humano.

Nysander se dirigió a una pequeña cámara lateral situada a la derecha de la habitación y ordenó a los portadores de la litera que llevaran a Seregil al interior. Alec los siguió y penetró en una pequeña cámara encalada. En medio de la misma

había una mesa rectangular de madera oscura y barnizada con incrustaciones de marfil; otra mesa más pequeña pero de diseño similar descansaba, acompañada de una sencilla silla de madera, junto al muro de la derecha.

Siguiendo las órdenes de Nysander, los sirvientes depositaron la litera de Seregil en el suelo, junto a la mesa grande, y abandonaron la habitación. Tan pronto como se hubieron marchado, un delgado joven, vestido con una pulcra túnica blanca y negra, apareció en la habitación llevando consigo un buen número de ramas llenas de hojas. Llevaba muy corto el negro y rizado pelo, y la sombra de una barba igualmente negra que comenzaba a aparecer en sus mejillas acentuaba la severidad de su pálido y anguloso rostro.

Depositó su carga junto a la mesa más pequeña, se cepilló unas pocas hojas que habían quedado prendidas a su túnica y lanzó una mirada al cuerpo de Seregil. Sus ojos, verdes y entornados, traicionaban el desagrado que sentía.

—¡Ah, justo a tiempo! —dijo Nysander—. Alec, este es Thero, mi asistente y protegido. Thero, este es Alec. Él es quien nos ha devuelto a Seregil.

—Bienvenido —dijo Thero. Pero ni su voz ni sus ademanes transmitían ninguna calidez.

—¿Está todo preparado? —preguntó Nysander.

—He traído ramas de más para asegurarme —el joven mago volvió a mirar a Seregil y sacudió la cabeza—. Parece que vamos a necesitarlas.

Con la ayuda un poco brusca de Thero, Alec quitó a Seregil la sucia túnica y cortó los jirones de lino que cubrían el vendaje. Thero, que al manipular la túnica se había comportado como si estuviese tocando excrementos, retrocedió un paso, al mismo tiempo que realizaba un rápido signo de protección.

—¿Qué es eso? —preguntó Alec, cuya alarma iba en aumento—. ¡Nysander, os lo ruego! ¿Por qué lo hace todo el mundo?

—Seregil y tú habéis estado en contacto con un encantamiento de la clase más peligrosa que existe —replicó el mago mientras se inclinaba para examinar la herida—. Los dos estáis contaminados por una influencia miásmica absolutamente ofensiva a todo poder taumatúrgico.

Nysander levantó la mirada, se encontró con el rostro perplejo de Alec y le dedicó una sonrisa de disculpa.

—Perdóname. Lo que quería decir es que habéis estado en contacto con un objeto maldito de alguna clase y, aunque para el observador ordinario sólo los efectos físicos son aparentes, para un mago ambos oléis como si acabaseis de salir de un pozo negro.

—¡Exactamente! —añadió Thero con toda convicción.

Nysander se arrodilló junto a Seregil, extrajo un pequeño cuchillo de plata de su cinturón y presionó delicadamente aquí y allá la parte plana de la hoja contra la carne húmeda e infectada. Al descubrir la marca circular dejada por el disco de madera,

arrugó las tupidas cejas.

Dejó el cuchillo a un lado y se sentó de cuclillas, con el ceño fruncido.

—Es hora de que vea la causa de todo esto.

Alec abrió la mochila de Seregil y extrajo la vieja túnica. No se había atrevido a tocar el fardo desde la noche del extraño ataque.

—Deposítalo allí, en el centro de la mesa pequeña —ordenó Nysander—. Debemos manipularlo con extremada precaución. ¿Estás preparado, Thero?

Desenrolló la camisa y levantó el disco con un par de alargadas pinzas de plata.

—Justo lo que me temía —musitó—. Thero, el jarro.

Su aprendiz colocó un pequeño jarro de cristal sobre la mesa y Nysander dejó caer el disco en su interior. Hubo un breve y súbito destello de luz mientras colocaba la tapa en su lugar y el jarro quedaba sellado por completo.

—Al menos, esto ya está hecho —dijo Nysander, mientras depositaba sin ceremonias el jarro en su bolsillo—. Ahora debemos ocuparnos de la purificación. Vamos a comenzar contigo Alec, porque necesitaremos tu ayuda con Seregil. Vamos, vamos, no hay razón para mostrarse tan aprensivo.

Thero colocó la silla en el centro de la habitación e indicó a Alec que se sentara en ella. Sujetándose los brazos con nerviosismo, el muchacho observó cómo el aprendiz iba a buscar una bandeja.

Nysander le dio unas palmaditas en el hombro.

—No hay nada que temer, querido muchacho, pero no debes hablar hasta que te diga que hemos terminado.

El mago extrajo un trozo de tiza azul de una pequeña cartera de su cinturón, dibujó con ella un círculo alrededor de la silla y añadió una serie de símbolos garabateados apresuradamente alrededor de su perímetro. Mientras tanto, Thero vertía agua de una jarra de plata en un cuenco del mismo material que descansaba sobre la mesa lateral, seleccionaba tres ramas entre las que había dejado sobre el suelo y las colocaba con esmero a un lado del cuenco. Las ramas en cuestión eran de tres tipos diferentes: una de pino blanco, recortada de manera que las alargadas agujas de la punta formaban una especie de cepillo; una simple vara de abedul doblada; y una rama recta cubierta por hojas verdes y redondeadas que despedía un aroma intenso que a Alec no le resultaba familiar.

Después de añadir al conjunto un plato hondo lleno de tinta y un fino pincel, Thero colocó una gruesa vela de cera debajo del cuenco y la encendió con un rápido chasquido de los dedos.

—Todo está dispuesto —dijo, mientras se situaba detrás de la silla de Alec.

Nysander se situó frente al cuenco, colocó las manos, con las palmas hacia abajo, por encima de él y pronunció silenciosamente unas pocas palabras. Al instante, un suave brillo comenzó a brotar de la superficie del agua, mientras una fragancia dulce

y agradable llenaba la habitación. Tomó el pequeño pincel y el plato y trazó símbolos azules sobre la frente y las palmas de Alec, poniendo especial cuidado en la mano herida.

Una vez hecho esto, pasó varias veces una de las ramas aromáticas sobre la llama de la vela, la sumergió en la brillante agua y roció a Alec con ella de la cabeza a los pies. Repitió el proceso del fuego y el agua varias veces. Las gotitas que caían sobre el cuerpo del muchacho despedían la misma luz mágica que el agua del cuenco. Parecían aferrarse a la piel y la ropa de Alec, titilando como diminutas libélulas.

Nysander dejó a un lado la primera de las ramas, pasó la rama de abedul por la llama y el agua, golpeó suavemente a Alec en las mejillas, los hombros, el pecho, los muslos y los pies y entonces partió la rama en dos. De los extremos quebrados de ambos fragmentos se elevaron pequeñas bocanadas de un humo marrón que despedía un hedor repugnante. El mago pronunció entonces unas pocas palabras incomprensibles; el dulce perfume del agua se intensificó y disipó los malos olores.

Finalmente, tomó la rama de pino y repitió el proceso seguido con la primera de ellas. Esta vez, las gotas brillantes se desvanecieron en cuanto tocaban a Alec, dejando tan solo una leve picazón tras de sí.

Obedeciendo a una última orden de Nysander, los símbolos pintados sobre la piel de Alec desaparecieron sin más.

—Tu espíritu ha sido purificado —le dijo el mago mientras arrojaba la última de las ramas sobre la mesa—. Sugiero que hagas lo mismo con tu cuerpo mientras preparamos a Seregil.

Alec miró a Seregil con nerviosismo.

—Hay tiempo —le aseguró Nysander—. Thero y yo también debemos prepararnos. La tarea que nos espera será muy ardua. Necesito que estés descansado y a punto. Por Seregil, si no por ti mismo, haz lo que te pido. Mi sirviente, Wethis, te conducirá hasta los baños. Mientras vas hacia allí, puedes llevarle un mensaje de mi parte a Lady Ylinestra. Dile que me retrasaré.

Thero, que estaba saliendo de la habitación con la bandeja, se detuvo y dedicó a su maestro una mirada que Alec no pudo descifrar.

—Si preferís transmitirle el mensaje en persona a la dama, yo podría comenzar los preparativos.

—Gracias, Thero, pero debo mantener la mente clara para la ceremonia. Y tú también —replicó Nysander.

Thero inclinó la cabeza respetuosamente.

—Ven conmigo, Alec.

Un muchacho rubicundo y larguirucho apareció en respuesta a una orden de Thero.

—Este es Wethis —dijo el joven mago. Se volvió y desapareció de nuevo en el

interior de la cámara lateral sin una mirada atrás.

Alec se volvió hacia Wethis justo a tiempo para descubrir cómo éste esbozaba una mueca amarga en dirección a Thero. Mientras los dos jóvenes intercambiaban una sonrisa un poco culpable, Alec se dio cuenta de lo incómodo que se había encontrado entre los magos.

—Debemos detenernos en los aposentos de una dama llamada Ylinestra —le dijo a Wethis mientras descendían la sinuosa escalera—. Tengo que entregarle un mensaje de parte de Nysander. ¿Sabes quién es?

—¿Ylinestra de Erind? —Wethis le dedicó una mirada difícil de interpretar—. Todo el mundo sabe quién es, señor. Seguidme, sus aposentos están en el ala de los invitados.

—¿No es una maga de Oréska?

—No señor. Es una joven hechicera, venida del sur para estudiar —caminaron en silencio durante un momento y entonces Wethis miró de soslayo a Alec—. Sois el que ha venido con Lord Seregil, ¿no es así, señor?

—Sí —replicó, asombrado. ¿*Lord Seregil*?—. Y no tienes que llamarme señor. Mi nombre es Alec.

Continuaron atravesando el laberinto de pasillos y escaleras hasta llegar a una galería que daba al atrio. Desde allí, Alec vio que el mosaico del suelo representaba un inmenso dragón escarlata coronado con una media luna plateada. Sus curtidadas alas estaban extendidas como si se dispusiese a levantar el vuelo; más allá del cuerpo, escorzado en espiral, podía verse, como a una gran distancia, lo que Alec supuso sería el puerto y la propia ciudadela de Rhíminee.

—Ese debe ser el dragón de Illior —señaló mientras se inclinaba sobre la barandilla para disfrutar de una mejor vista.

—El mismo.

Wethis se detuvo frente a la última puerta de la galería, llamó y se apartó para dejar pasar a Alec.

Una mujer abrió la puerta, esbozando una sonrisa de bienvenida por la que, sin duda, muchos hombres morirían gustosos. Sin embargo, tan pronto como vio a los dos muchachos, se esfumó en sus labios. En aquel momento, Alec no hubiera podido pronunciar palabra aunque su vida hubiera dependido de ello.

Ylinestra era terriblemente hermosa. Su rostro, enmarcado por una cabellera negra, era al mismo tiempo delicado y sensual. Sus ojos brillaban con el púrpura intenso y sedoso de los lirios de verano. Se cubría con un vestido suelto, de una seda bordada tan liviana que apenas hacía otra cosa que dibujar su voluptuoso cuerpo.

Alec, que nunca había visto una mujer desnuda, quedó paralizado donde se encontraba, demasiado pasmado hasta para pensar. Wethis permanecía a su lado, sumido en un silencio respetuoso.

—¿Sí? —demandó imperiosamente Ylinestra, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Me envía Nysander —dijo Alec cuando por fin recuperó la voz. Deseaba desesperadamente mantener sus ojos sobre los de ella, pero la insolencia altiva de su mirada era demasiado para él. Sabiendo que si su mirada descendía por debajo de sus hombros estaría perdido, finalmente logró concentrarse en su barbilla y entregó entre balbuceos su mensaje—. Me... me pidió que os dijera que se retrasaría.

—¿Ha dicho *cuándo* vendría? —demandó ella con tono ominoso.

—No —contestó Alec. Tuvo que luchar para resistir el impulso de retroceder un paso.

—Gracias —casi escupió la respuesta y cerró con fuerza la puerta en sus narices. Enseguida, mientras Alec y Wethis retrocedían a toda prisa, se escuchó en el interior de la habitación un estrépito ruidoso, como si muchas cosas estuviesen siendo destrozadas.

—Si hubiera sabido cuál era tu mensaje, te habría advertido sobre su temperamento —se disculpó Wethis—. Nysander y ella son amantes, ¿sabes? Me imagino que lo esperaba a él.

—¡Su amante!

—La última de la lista, en todo caso —respondió Wethis sin ocultar su admiración—. Nysander es uno de los pocos magos de Oréska que no respeta el celibato. De hecho, no lo respeta en absoluto. Pero no estoy seguro de que sea suficiente para ella. No sé si me entiendes —bajando la voz, añadió con un susurro cómplice—. En todo caso, ella merece la pena, ¿no te parece?

De nuevo en el atrio, Wethis condujo a Alec por una galería junto a cuyas paredes se alineaban estatuas de todas clases y tamaños.

—Esto sólo es la antecámara de los baños —explicó Wethis al reparar en la mirada de asombro de Alec—. Las piezas realmente inusuales se encuentran en el museo, al otro lado. Lord Seregil podría mostrarte el lugar. Lo conoce mejor que algunos de los magos.

Un aire cálido y lleno de vapor los envolvió cuando Wethis abrió una gran puerta, y lo hizo pasar a una inmensa sala abovedada. Alec, que durante toda su vida había asociado el baño al agua fría y las corrientes de aire en habitaciones mugrientas, no estaba preparado para la opulencia que de pronto se encontraba frente a sus ojos.

En el centro de la inmensa cámara se encontraba una piscina octogonal muy ancha, con azulejos rojos y dorados alternados. En cuatro de las esquinas opuestas se alzaban esculturas de mármol con forma de grifos de alas doradas de las que manaban chorros de agua sobre la piscina. El tintineante chapoteo del agua al caer resonaba por toda la cámara, levantando un eco placentero.

Las paredes de la sala estaban decoradas con frescos que representaban a ninfas

acuáticas y escenas submarinas. Debajo de ellas, excavados en el suelo del mismo modo que la piscina, se abrían baños individuales. Algunos de ellos ya estaban siendo utilizados por otros individuos, atendidos por sirvientes. Alec podía sentir el calor que emanaba del suelo a través de las suelas de sus botas.

Alrededor de la bañera preparada para él había un banco tallado, un estante para la ropa y el espejo más grande que jamás hubiera visto. Muy cerca, un sirviente aguardaba de pie, con una cesta en las manos, mientras un segundo se acercaba con una bandeja llena de comida. El agua perfumada de la bañera invitaba a sumergirse, pero Alec se sentía sumamente incómodo por tener que desnudarse delante de tantos ojos. Advirtiendo sus vacilaciones, Wethis ahuyentó a los sirvientes y se dio la vuelta mientras Alec se deslizaba apresuradamente al interior de la bañera.

—Según parece, Nysander quiere que comas algo —señaló Wethis al mismo tiempo que empujaba la bandeja con la comida en dirección a él.

Aunque estaba resuelto a acabar cuanto antes, los aromas que flotaban hasta él desde los diversos tazones y recipientes parecieron despertar a las vacías tripas de Alec. Tomó una cuchara y engulló rápidamente varios bocados, hasta que una salsa roja muy picante lo obligó a detenerse abruptamente.

Sonriendo de oreja a oreja, Wethis le tendió una copa de agua fría.

—Será mejor que vayas más despacio. La comida eskaliana puede cogerte por sorpresa si no estás acostumbrado a ella.

—¡No me digas! —dijo Alec con voz atropellada mientras levantaba la copa para que se la volviera a llenar de agua. Tomó un último bocado de pan y apartó el resto de la comida—. ¿Quieres algo?

—No. —Wethis declinó su oferta con una sonrisa confundida—. Me lo llevaré.

Alec introdujo la cabeza bajo el agua y se pasó las manos por los cabellos. Cuando volvió a emerger, se encontró con un joven sirviente de los baños, preparado para ayudarlo. Tomando la esponja de las manos del asustado muchacho, Alec lo despidió con una mirada poco amigable.

Después de utilizar el jabón con generosidad, salió de la bañera y descubrió que se habían llevado sus ropas manchadas. En lugar de ellas lo esperaban sobre la repisa una muda de ropa interior blanca y limpia, una camisa suelta, unos pantalones de cuero blando y suave y un delicado jubón escarlata. Sobre el hombro de este último descansaba un ancho cinturón de cuero repujado.

—¿Dónde está mi arco? —preguntó con alguna alarma cuando Wethis regresó—. ¿Y mi espada y mi bolsa?

—Tu bolsa está aquí. —Wethis se la tendió—. Las armas no están permitidas en la Casa Oréska. Te las guardarán hasta que decidas marcharte.

Mientras Alec terminaba de vestirse, uno de los sirvientes de los baños se aproximó vacilante para ofrecerle una bandeja con aceites y peines. Alec estaba a

punto de rechazarlo cuando, con el rabillo del ojo, se vio reflejado en el espejo. Por primera vez en su vida, vio su imagen de una sola vez y apenas pudo reconocer al joven elegantemente vestido que lo observaba desde el otro lado del espejo.

Pero su pelo, mojado y revuelto, contrastaba con el resto. Sintióse un poco incómodo al hacerlo, aceptó uno de los peines y se tomó algún tiempo para arreglarse.

Una vez estuvo de vuelta en la torre del mago, Alec comprobó que habían lavado a Seregil y lo habían dispuesto desnudo sobre la mesa grande de la cámara lateral. En contraste con el tono oscuro de la madera, su delgado y pálido cuerpo parecía aún más frágil que de costumbre. La infección recorría su pecho, formando líneas furiosas como si fuese una flor viviente y malvada.

Nysander estaba de pie sobre una silla, dibujando un círculo de tiza azul en el techo, sobre él. Otro círculo, idéntico a éste, ya había sido trazado en el suelo, alrededor de la mesa. Durante la ausencia de Alec, el mago se había cambiado de ropa; la voluminosa túnica que ahora vestía era de la más fina lana azul, y tanto el pecho como las mangas estaban decorados con un rico bordado dorado. Un cinturón ancho, con placas esmaltadas y borlas de seda, acentuaba lo enjuto de su complexión y le hacía parecer más alto que nunca. Un capacet de seda bordada pendía en precario equilibrio de la parte trasera de su cabeza.

—Ah, ¿ya has vuelto? Confío en que te hayan tratado bien. —Nysander descendió de la silla con agilidad y miró a Alec de arriba abajo. Guardó la tiza en su bolsillo y se limpió de forma ausente las manos sobre la túnica, dejando manchas polvorientas por toda ella—. La ropa eskaliana te sienta bien, mi querido muchacho, aunque tu pelo parece haber conservado su salvaje naturaleza norteña.

Con un gesto ligeramente avergonzado, señaló su propia vestimenta.

—Me imagino que mi apariencia actual te parece más propia de un mago, ¿verdad? Thero es de la misma opinión y no me cuesta nada complacerlo. Si por mí fuera, igual me daría trabajar con mi vieja y gastada túnica o, para el caso, hacerlo desnudo, pero insiste tanto...

En aquel preciso instante, Thero apareció en la habitación y Nysander obsequió a Alec con un guiño que le recordó enormemente a Micum Cavish.

Siguiendo las indicaciones del mago, Alec se situó de pie a la cabeza de la mesa. Bajó la mirada y estudió el rostro inexpresivo de Seregil, mientras Thero preparaba tranquila y minuciosamente los últimos elementos de la ceremonia. Los objetos eran prácticamente los mismos que habían utilizado en su caso, con la adición de una esbelta varita de marfil y un cuchillo. Cuando hubo terminado, se situó a los pies de Seregil.

Nysander se encontraba de pie, a un lado de la mesa, con las manos unidas delante de sí. Después de un momento de silencio, miró a Alec.

—Vamos a empezar. Puede que encuentres la ceremonia un poco perturbadora, pero recuerda que lo hacemos para salvar la vida a Seregil y traerlo de nuevo con nosotros. ¿Lo comprendes?

—Sí —contestó Alec, mientras se agitaba, un poco nervioso.

Nysander comenzó a trabajar con el pincel y la tinta y, a lo largo de la siguiente hora, fue cubriendo las manos, la frente y el pecho de Seregil con una intrincada red de símbolos entrelazados. Una franja particularmente densa de ellos cubría el área que rodeaba la extraña herida.

Después de otra invocación, procedió a realizar una purificación similar a la realizada anteriormente sobre Alec. Como entonces, las gotas mantuvieron su intenso brillo al caer sobre la piel de Seregil y, para cuando Nysander hubo terminado, todo su cuerpo parecía enterrado por un destellante manto de ellas.

Nysander tomó una ramita de abedul y Alec pestañeó mientras el mago golpeaba el cuerpo de Seregil con la suficiente fuerza como para levantar delgados verdugones por toda su piel. Con el último golpe de la rama, las gotas perdieron su luz y desaparecieron.

Mientras entonaba con voz fuerte y clara un cántico, Nysander rompió la rama contra su rodilla. Un humo repulsivo se alzó en sendas columnas espesas desde los dos bordes quebrados y se sacudió dando vueltas en torno a los confines del círculo mágico, como un remolino en un barril. Despedía un olor hediondo, y tanto Alec como Thero, casi ciegos y medio ahogados, comenzaron a toser.

Aparentemente ajeno a los efectos del humo, Nysander purificó la varita de marfil con el fuego y el agua y, levantándola, dibujó en el aire un brillante símbolo sobre Seregil. El símbolo se retorció, formando en rápida sucesión una serie de dibujos y entonces desapareció con un sonido sordo y alto, llevándose el humo consigo.

En ese momento, el mago llamó la atención de Alec, levantó una mano y realizó un breve ademán. El muchacho sólo necesitó un momento para advertir que estaba utilizando el lenguaje de signos que Seregil le había enseñado.

Sujétalo.

Thero se unió a Nysander en un cántico rápido y rítmico mientras, utilizando para ello sendas ramas de pino, esparcían agua sobre el cuerpo de Seregil. Las gotitas bailaban y se agitaban sobre su piel desnuda como si fuera una parrilla caliente, y al instante desaparecían. Donde éstas habían estado, aparecían y cobraban vida unos puntos de luz rojiza. Al principio, Alec pensó que se trataba de gotas de sangre, pero rápidamente crecieron hasta alcanzar el tamaño de la yema de un dedo y adoptaron extrañas formas remotamente semejantes a arañas. Se movían asimismo como arañas, y Alec sintió una aguda repulsión mientras aquellas cosas brillantes correteaban sobre el cuerpo indefenso de Seregil, por encima de su boca, de sus párpados y de sus labios.

Alrededor de la herida del pecho pululaban en tal número que Alec retrocedió y levantó instintivamente una mano para realizar un signo de protección. Sin embargo, antes de que pudiera completarlo, la mano de Nysander se cerró sobre su muñeca. Con un gesto severo, el mago le indicó firmemente que no debía repetirlo.

Para cuando hubieron terminado, el cuerpo de Seregil resultaba apenas visible debajo de una masa pulsante de cosas arácnidas. Su respiración se había hecho áspera en su garganta y se agitaba espasmódicamente, sacudiendo la cabeza de un lado a otro. Mientras indicaba con un gesto a Alec y Thero que lo sujetaran, Nysander volvió a levantar la varita de marfil sobre el pecho de Seregil y trazó en el aire otra serie de intrincados patrones. Cuando estuvo satisfecho con el diseño, dibujó un círculo final alrededor de él. Entonces, una brisa se alzó y se arremolinó por encima de sus cabezas.

La respiración de Seregil se aceleró hasta convertirse en un entrecortado y doloroso jadeo, mientras las cosas eran arrancadas de su cuerpo y absorbidas hacia una pequeña columna que se movía a sacudidas. Cuando la última de ellas hubo abandonado su cuerpo, Nysander y Thero lanzaron un grito al unísono y sus voces resonaron poderosamente en los confines de la pequeña sala. El mismo aire parecía reverberar de una manera que trascendía el mero poder de la voz humana. La vibrante columna de luz roja parpadeó varias veces y entonces se deshizo en una llovizna de cáscaras ennegrecidas que comenzaron a caer; se quebraron al tocar el suelo como si fueran diminutos fragmentos de cristal.

Después de limpiar cuidadosamente los restos del cuerpo de Seregil y de la superficie de la mesa, volvieron a empezar desde el principio.

A medida que la ceremonia avanzaba, la agitación de Seregil iba en aumento. Al cabo de una hora, se resistía físicamente a sus esfuerzos; al comenzar el cuarto ciclo de purificación, Alec y Thero tuvieron que utilizar todas sus fuerzas para mantenerlo tendido. En medio de su agonía, Seregil se llevó una mano al pecho mientras chillaba de forma ininteligible. Nysander se detuvo para escuchar sus palabras, y entonces sacudió la cabeza.

Pasó otra hora. Todos ellos se encontraban al borde del colapso por la fatiga. El rostro y el cuello de Alec estaban cubiertos de rasguños provocados por las uñas de Seregil. El ojo izquierdo de Thero estaba amoratado y su nariz sangraba a causa de una patada inesperada. Las cenizas negras se acumulaban sobre el suelo formando una capa de más de un centímetro de espesor, y los restos de las ramas rotas se apilaban alrededor de los tobillos de Nysander.

Repentinamente, la herida se abrió y comenzó a manar de ella un pus espeso y sangriento. Muy pronto, todos ellos estuvieron cubiertos por él, mientras Seregil seguía agitándose y sacudiéndose. Cuando Nysander se detuvo para limpiar con una esponja la herida, pudieron ver que la marca del disco había reaparecido. Incluso,

Alec pudo distinguir parte del enigmático dibujo y el agujero cuadrado del centro.

Las últimas luces del atardecer se derramaban en la sala a través de la cúpula cuando completaron la última de las purificaciones. Unas pocas luces rojas brotaron de la carne bajo la rama de pino y, finalmente, todo se detuvo. Seregil volvió a quedar tranquilo y su respiración se tornó un suave y acompasado gemido. Utilizando el cuchillo de marfil, Nysander sajó cuidadosamente la piel de la base de la garganta de Seregil, donde latía el pulso. Manó una gota de sangre brillante y eso fue todo.

Alzó la varita por encima de su cabeza y rompió el círculo de tiza azul del techo. Después, se arrodilló y borró el del suelo. Se puso en pie con aire exhausto y se acarició la nuca con una mano.

—Ha sido purificado.

—¿Ahora se pondrá bien? —preguntó Alec, inseguro. A simple vista, apenas se apreciaba mejoría alguna.

Nysander apartó el pelo húmedo de la frente de Seregil. A su rostro había aflorado una sonrisa cariñosa.

—Sí. De otro modo, no hubiera sobrevivido al ritual.

—¿Queréis decir que podría haber muerto? —jadeó Alec mientras se sujetaba al borde de la mesa para no caer al suelo.

Nysander posó una mano sobre su hombro y lo miró a los ojos con mucha seriedad.

—Ciertamente hubiera muerto de no haberse realizado el ritual, y quizá se hubiera transformado en algo mucho peor después de su muerte. No te lo dije antes porque no quería que la preocupación te distrajera.

—¿Queréis que mande llamar a Valerius ahora? —preguntó Thero.

—Sí, por favor. Creo que lo encontrarás en el atrio.

—¿Quién es Valerius? —preguntó Alec.

—Un drisiano. No solo el espíritu de Seregil ha sufrido daño, sino también su cuerpo. Creo que requerirá una curación especial.

Esto, al menos, era algo que Alec podía comprender. Comenzó a limpiar los restos de la ceremonia. Tomando con aprehensión unas pocas de las estrellas ennegrecidas que se acumulaban sobre el suelo, descubrió que eran tan frágiles como las arañas muertas que aparentaban ser.

—¿Qué son? —preguntó mientras las dejaba caer, asqueado.

—Una manifestación corpórea del mal que se había introducido en su cuerpo a través del disco —replicó Nysander mientras pasaba los dedos a través de un puñado de ellos—. Es muy difícil afectar a algo de naturaleza inmaterial. Por medio del procedimiento que acabas de presenciar, pude extraer gota a gota el mal del cuerpo de Seregil, confinándolo en una pequeña cantidad de materia para darle una forma tangible. Entonces podía actuar sobre él por medio de la magia y disiparlo. Estas

cenizas no son más que el residuo de la forma física temporal que le obligué a adoptar.

—¿Es difícil de hacer?

—Es más fatigoso que difícil. También tú debes estar exhausto después de haber tenido que luchar contra nuestro pobre amigo durante tanto tiempo. ¿Cómo crees que debe de sentirse un anciano de casi trescientos años de edad?

Alec parpadeó.

—Micum dijo que érais el más viejo de los magos, pero nunca...

—No soy el más viejo de todos, mi querido muchacho. Simplemente el mayor de todos los que residen aquí en la Oréska —le corrigió Nysander—. Conozco a algunos que me superan casi en ciento cincuenta años. Para ser un mago, estoy en la flor de la vida. ¡Te ruego que no empieces a hacer de mí una antigualla antes de tiempo!

Alec esbozó una atropellada disculpa, seguro de haberlo ofendido, pero Nysander soltó una risilla, extendió una mano y le agitó los cabellos.

—Si Micum te habló de mí, debió de decirte que no me tuvieras miedo. Si lo que quieres es complacerme, di siempre lo que piensas con honestidad.

—Todavía me estoy acostumbrando a todo esto —admitió Alec.

—No me sorprende. Cuando Seregil esté recuperado, tú y yo mantendremos una agradable charla.

Alec volvió a su tarea en silencio, preguntándose qué tendría él que decirle a un mago, incluso a uno que se mostraba tan amistoso como Nysander. Sin embargo, casi inmediatamente lo sacó de sus ensoñaciones el sonido de alguien que acababa de entrar en la sala principal.

—¿Qué ha hecho esta vez ese mocoso? —exclamó una voz brusca.

El propietario de la misma, un hombre de aspecto salvaje ataviado con toscos ropajes, entró dando largas zancadas en la habitación.

Llevaba consigo los olores del aire fresco, el humo de la madera quemada y los frutos recién recogidos. La mirada de Thero siguió la estela del recién llegado y su fina boca se frunció, formando una línea de vaga desaprobación.

—¡Valerius, viejo amigo! —Nysander recibió al hombre con calidez—. Es una suerte encontrarte en Rhíminee en estos días. He logrado disipar la magia, pero su cuerpo aún necesita considerables cuidados.

El drisiano arrojó una estropeada bolsa sobre el suelo y examinó a Seregil con el ceño fruncido. Su pelo descuidado brotaba en violento desorden bajo el ala rasgada de un estrafalario sombrero de fieltro. Su barba se erizaba de forma casi beligerante, y el tupido vello negro que cubría el revés de sus manos y sus antebrazos le daba un cierto aspecto de oso. Sus ropas, como las de la mayoría de los drisianos, eran muy simples y estaban manchadas a causa de largos y duros viajes. Un grueso pendiente de plata, la vara, pulida y muy usada, y las bolsas de todo tipo que colgaban del

cinturón que enmarcaba su amplia cintura, revelaban su condición. Las profundas arrugas que rodeaban las comisuras de sus labios eran una elocuente advertencia sobre su formidable naturaleza.

—Creo que se trata de alguna clase de maldición mágica —le informó Nysander.

—Eso ya lo veo —murmuró Valerius. Sus ojos castaños despedían un brillo preocupado mientras recorría con las manos el cuerpo de Seregil.

—¿Qué es esto? —preguntó, señalando con un dedo la herida abierta.

—La señal de un disco de madera que Seregil llevó junto a su piel durante varios días. No sé si la marca es el resultado de la magia o si se produjo cuando el muchacho le arrancó inadvertidamente la cosa. Alec, ¿no me has dicho antes que recordabas haber reparado en un enrojecimiento de la piel en ese mismo lugar unos pocos días antes del incidente final?

Paralizado por la aguda atención del drisiano, Alec asintió.

—Nunca había visto algo como esto, pero apesta a hechicería. —Valerius arrugó la nariz mientras examinaba el tenue rastro aún visible—. Lo mejor será quitársela.

El mago cubrió la marca con la mano un momento y entonces sacudió lentamente la cabeza.

—Creo que sería mejor dejarla como está por algún tiempo.

—Lo último que Seregil querrá es otra cicatriz en su bonita piel. —Valerius lo miró ceñudo—. ¡Especialmente una tan distintiva como ésta! Además, ¿quién sabe lo que esa cosa puede significar?

—Eso fue lo primero que yo pensé —asintió Nysander, sin dejarse intimidar por los bruscos modales del drisiano—. Sin embargo, ahora siento que lo mejor es dejarla como está.

—Algún presentimiento místico, sin duda. —Valerius dejó escapar un bufido despectivo—. Como quieras. Pero serás *tú* el que se lo explique cuando organice un escándalo.

Echó a gritos a todo el mundo de la habitación y entonces se puso manos a la obra. Llamó a Wethis para que lo ayudara, y muy pronto la habitación estuvo inundada con nubes de vapor e incienso.

Nysander limpió un espacio en una de las mesas de trabajo y Thero y Alec se sentaron junto a él.

—Por las Manos de Illior, el trabajo me ha dejado sediento —realizó un encantamiento rápido y, al instante, una jarra alta, envuelta en arpillera y cubierta por una capa de hielo, se materializó en la mesa, delante de ellos. Alec extendió una mano con cautela para cerciorarse de que la cosa era real.

—La sidra micenia sabe mejor cuando está helada —sonrió Nysander, encantado ante el evidente asombro de Alec—. Siempre guardo un buen suministro de ella en el Monte Apos.

Los tres se acomodaron alrededor de la fría y suave bebida mientras esperaban a que el drisiano terminase. El pobre Wethis salía y entraba tan a menudo para cumplir con las órdenes y recados de Valerius que, finalmente, Nysander dejó abierta la puerta principal para que no tuviesen que estar dejándolo entrar constantemente.

Al fin, Valerius emergió de la sala de conjuración. Su barba despedía vapor. Se dejó caer sin ceremonias en un banco, junto a Alec, desenganchó una copa de su cinturón y se sirvió él mismo la sidra. Ignorando sus miradas expectantes, vació la copa de un largo trago y dejó escapar un sonoro eructo de satisfacción.

—He limpiado todo el veneno de su sangre. Ahora se recuperará —anunció.

—¿Era *acotair*? —inquirió Thero.

Valerius lo saludó con la copa.

—*Acotair* era, en efecto. Un veneno muy poco común y sumamente efectivo. Me atrevo a decir que penetró en su piel a través del disco, debilitando su organismo de manera que la magia pudiese obrar su efecto con más rapidez.

—O a distancia —sugirió Nysander.

—Posiblemente. La combinación hubiera matado a la mayoría de los hombres, considerando el tiempo que llevó la maldita cosa encima.

—Bueno, ya conoces a Seregil y la magia —suspiró Nysander—. Pero en cuanto a ti, Alec, tienes suerte de no haberlo tocado más de lo que lo hiciste.

—¿A qué os referís, con lo de Seregil y la magia? —preguntó Alec.

—De alguna manera, puede resistirla...

—¡Quiere decir que la arruina! —se mofó Valerius.

El tono ofensivo del drisiano molestó a Alec menos que la discreta sonrisa afectada de Thero; estaba descubriendo que el aprendiz de Nysander le gustaba menos a cada minuto que pasaba.

—Sea como sea, ha salvado su vida —dijo Nysander—. Y asimismo la de Alec, a juzgar por su descripción del comportamiento de Seregil. Si hubiera decidido matarte, querido muchacho, dudo que hubieras podido detenerlo.

Recordando la mirada que había descubierto en el rostro de Seregil la noche que habían pasado en la cuadra, Alec supo que Nysander estaba diciendo la verdad.

—Voy a dormir durante un día entero. Quizá dos —dijo Valerius—. En cuanto a él, debería quedarse en cama por lo menos una semana; conociéndolo, cinco días tendrán que bastar. Pero no menos que eso, cuidado. Atadlo a la cama si es necesario. Dejaré algunas hierbas para prepararle una infusión. Haced que tome tanta de ella como sea posible y que coma algo. Que no beba otra cosa que agua pero, eso sí, en grandes cantidades. Quiero que se haya purgado por completo antes de que se marche. Gracias por la sidra, Nysander.

Se puso en pie y se colgó la bolsa del hombro.

—¡Que la Fuerza del Hacedor esté con vosotros!

Alec lo observó abandonar la habitación a largas zancadas y entonces se volvió hacia Nysander.

—Conoce a Seregil, ¿verdad? ¿Son amigos?

Nysander sonrió con aire irónico mientras consideraba la pregunta.

—No recuerdo que ninguno de los dos haya utilizado jamás ese término para referirse a su mutua relación. Sin embargo, supongo que lo son, a su propia y peculiar manera. Pero sospecho que tendrás la oportunidad de formarte tus propias opiniones durante los próximos días.

Una cena con Nysander

A pesar de que la ceremonia lo había dejado exhausto, Alec insistió en ayudar a Wethis a transportar a Seregil escaleras abajo hasta los aposentos. Un pasillo corto y curvo conducía, después de pasar junto a varias puertas cerradas, hasta un confortable dormitorio. La habitación estaba amueblada con sencillez. Dos camas estrechas flanqueaban una ventana con alféizar en la pared más alejada de la habitación. El suelo estaba cubierto por alfombras gruesas y coloridas, y un fuego ardía alegremente en la chimenea que había junto a la puerta.

Tendieron al inconsciente Seregil en la cama de la derecha. Nysander se inclinó sobre él y tomó una de sus manos entre las suyas.

—Se va a curar, ¿verdad? —preguntó Alec, incapaz de descifrar la expresión del viejo mago—. Quiero decir, ¿volverá a ser el de antes?

Nysander dio una última y afectuosa palmada sobre la mano de Seregil y la depositó cuidadosamente sobre su pecho.

—Así lo creo. Es fuerte en muchos aspectos, aunque no sea completamente consciente de ello. Pero ahora será mejor que te vayas a dormir. Enviaré a buscarte cuando hayas descansado y podremos hablar de todo cuanto desees. Si me necesitas, podrás encontrarme en la habitación al otro lado del pasillo, o arriba.

Una vez que se hubo marchado, Alec colocó una silla junto a la cama de Seregil. Le complacía ver lo tranquilamente que dormía su amigo. Su rostro macilento parecía ahora un poco más vivo y un tenue color comenzaba a aflorar a sus hundidas mejillas.

Me sentaré aquí durante unos pocos minutos, pensó Alec mientras apoyaba el pie sobre el extremo de la cama.

Estaba dormido casi al instante.

—Alec...

Alec se incorporó en su silla y miró a su alrededor, momentáneamente alarmado. Había estado soñando con el *Orca* y tardó un momento en recordar dónde se encontraba. Alguien había llevado una lámpara a la habitación y, a la suave luz que proyectaba, pudo ver que Seregil, con los ojos apenas abiertos, lo estaba observando.

—¿Rhíminee? —su voz era apenas un suspiro.

—Te dije que te traería hasta aquí —dijo Alec, tratando de aparentar indiferencia. Pero, mientras acercaba la silla a la cama, la voz le traicionó.

La mirada de Seregil vagó, un poco aletargada, por toda la habitación, y Alec pudo ver que la sombra de una sonrisa afloraba a sus pálidos labios.

—Mi viejo cuarto...

Alec pensó que el sueño había vuelto a reclamar a su amigo pero, después de un momento, se agitó y dijo con voz áspera:

—Cuéntame.

Escuchó su relato en silencio, agitándose sólo al reparar en la cicatriz de la mano de Alec, y de nuevo ante la mención del nombre de Valerius.

—¡Él! —graznó Seregil. Durante un instante pareció buscar más palabras, y entonces sacudió la cabeza débilmente—. Ya me lo explicarás más tarde. ¿Qué piensas de Nysander?

—Me gusta. Es alguien en quien uno confía desde el principio, como Micum.

—Puedes confiar siempre en él. Siempre —susurró Seregil al mismo tiempo que sus párpados volvían a cerrarse.

Cuando Alec estuvo seguro de que estaba profundamente dormido, se introdujo en su propia cama. Poco más tarde, lo despertó el cuchicheo de unas voces cercanas. Apartó la almohada de su cara y pudo ver a Valerius y Nysander, inclinados sobre la cama de Seregil al otro lado de la habitación. La luz del sol caía inclinada sobre la alfombra.

—Buenas tardes —lo saludó Nysander. El traje bordado de la noche anterior había desaparecido. La sencilla túnica que ahora vestía estaba deshilachada en los puños y carecía de toda ornamentación.

—Debería haberme levantado antes. —Alec se incorporó y bostezó—. ¿Cómo está Seregil? La pasada noche recuperó la conciencia unos minutos.

—Bastante bien —replicó Valerius mientras terminaba de colocar un vendaje limpio. Volvió a cubrir a Seregil con las mantas, se volvió y sorprendió a Alec con una sonrisa casi amistosa—. ¿Cómo andan hoy esos rasguños?

—Todavía duelen un poco.

Colocando una mano bajo la barbilla de Alec, Valerius inclinó la cabeza del muchacho de un lado a otro.

—Nada serio. Ocupate de que estén limpios. Nysander me ha contado cómo conseguiste traer a Seregil hasta aquí. Debes de ser tan testarudo como él.

Sin soltar la barbilla de Alec, extendió la otra mano hasta tocar el suelo. El muchacho se estremeció mientras un escalofrío placentero lo atravesaba.

—Esto debería acabar con cualquier dolencia que te moleste —señaló a Seregil con una mano y añadió, de forma algo brusca—. Espero que lo vigiles por mí. Tiene que permanecer en cama hasta que yo diga lo contrario, ¿comprendido?

El brillo temible había vuelto a aparecer en los ojos del drisiano y Alec asintió para mostrar su conformidad.

—No intimides al muchacho —lo regañó Nysander mientras se ponía en pie para marcharse—. Sabes perfectamente que se puede confiar en él. Y, además, es un buen

seguidor de Dalna.

—Sí, pero no será un buen seguidor de Dalna con el que tendrá que tratar cuando Seregil comience a impacientarse. Buena suerte, mozo, y que las bendiciones del Hacedor sean contigo.

—¡Y con vos! —se apresuró Alec a añadir en voz alta mientras el hombre abandonaba la estancia.

—Debes de estar hambriento. Al menos, yo lo estoy —dijo Nysander—. Vamos. He hecho que nos sirvan la cena en mi sala de estar.

Alec lanzó una mirada preocupada hacia Seregil.

—Vamos. Debes mantener las fuerzas si pretendes ser de alguna ayuda para él —dijo Nysander mientras tomaba al muchacho del brazo y tiraba de él con delicadeza—. Está justo al otro lado del corredor. Dejaremos las puertas abiertas y volveremos con el vino tan pronto como hayamos terminado de comer.

Wethis se encontraba atareado disponiendo la comida sobre una mesa redonda en el centro de la sala, y dedicó a Alec un amigable asentimiento de cabeza cuando entraron.

Después de la masiva confusión de las habitaciones superiores, Alec se vio sorprendido por el orden que reinaba en la sala de estar de Nysander. La pequeña cámara parecía haber sido decorada y amueblada con el único propósito de resultar lo más confortable posible; más allá de la mesa redonda había un par de sillas encaradas la una frente a la otra al lado del hogar, en el que ardía un buen fuego.

Algunas estanterías dispuestas a lo largo de las paredes contenían una colección de libros y pergaminos primorosamente ordenados, así como algunos objetos de naturaleza incierta.

El rasgo más notable de la habitación era la estrecha franja de pintura mural que corría por completo alrededor de la pared, por lo demás carente de decoración. Apenas tenía setenta centímetros de ancho, pero al examinarla con más detalle, Alec descubrió que estaba formada por una sucesión de bestias y pájaros fantásticos representados con el máximo detalle. Aquí un diminuto dragón desplegaba en toda su longitud unas alas escamosas sobre un castillo todavía más pequeño, mientras arrojaba sobre él un chorro centelleante de ardiente aliento; allá un grupo de centauros perseguía a las doncellas, que escapaban con los brazos extendidos. Más allá, en el mismo muro, un horripilante monstruo marino emergía de las olas pintadas mientras destrozaba un barco entre sus fauces. Junto a la primera de las esquinas, una criatura con el cuerpo de una leona y el busto y la cabeza de una mujer sostenía el cuerpo inerte de un joven entre sus garras. Intercalados entre estas escenas había símbolos que despedían destellos plateados bajo la luz.

Repentinamente, lo sobresaltó el sonido de una risilla complacida, a su espalda.

—Mis insignificantes pinturas te complacen, por lo que veo —dijo el mago.

Alec advirtió entonces, desazonado, que había estado siguiendo el mural a lo largo de toda la habitación, olvidando por completo a su anfitrión. Se volvió. Nysander ya se encontraba sentado a la mesa.

Wethis no estaba a la vista.

—Perdonadme. No pretendía ser maleducado —balbució mientras tomaba asiento a toda prisa.

—Huelgan las disculpas. Las pinturas suelen tener ese efecto sobre aquellos que las ven por vez primera. De hecho, esa es parte de su función.

—¿Queréis decir que son mágicas? —a pesar de que estaba hambriento, Alec experimentaba grandes dificultades para apartar los ojos del mural.

Divertido, Nysander levantó una de sus pobladas cejas.

—Debes perdonarme, pero siempre resulta refrescante encontrarse con alguien tan ingenuo como tú. No son pocos los que han entrado aquí con la esperanza de encontrar revelaciones de proporciones míticas: dragones bajo la mesa del vino, espíritus que hacen su aparición en la chimenea... No les queda asombro para las maravillas pequeñas. Toda su capacidad de asombro se ha convertido en apetito. Sin embargo, en respuesta a tu pregunta te diré que sí, el mural es de hecho mágico. Su propósito, aparte de deslumbrar a quienes invito a cenar, es proteger mis aposentos. Cada uno de los símbolos que ves está encantado para responder a un tipo diferente de intrusión. Los encontrarás por toda la Casa Oréska. Quizá advirtieras los que había en la cúpula de la cámara superior. Todo el edificio está protegido por medio de una elaborada urdimbre de magias... ¡Pero te estoy apartando de tu comida! Hablemos de cosas insignificantes mientras cenamos. Después, podremos conversar de manera civilizada sobre unas copas de vino.

Alec comenzó a comer con cautela, recordando las especias furiosamente picantes del día anterior, pero cada plato sucesivo le resultó aún más apetitoso que el anterior.

—Seregil me contó que los magos venían a Rhíminee para ser instruidos —se aventuró a decir al fin.

—Magos, eruditos, locos... Todos ellos vienen a buscar el conocimiento amasado y preservado por la Tercera Oréska. Aquí hay mucho más que magia, ¿sabes? Reunimos información, cualquier tipo de información. Nuestra biblioteca es la mejor de los Tres Reinos, y las cámaras subterráneas contienen reliquias mágicas que datan de la llegada de los Hierofantes.

Alec dejó el cuchillo a un lado.

—¿Por qué se la llama la Tercera Oréska?

—Los primeros magos que llegaron a esta tierra desde Auréren formaban la Oréska original —explicó Nysander—. Fueron ellos los primeros en explicar que el conocimiento es tan poderoso, a su manera, como cualquier magia, y que la magia sin conocimiento es peor que inútil; es peligrosa. Más tarde, cuando los poderes mágicos

comenzaron a manifestarse entre los hijos mestizos de los Aurénfaie y los humanos, fundaron en Ero la Segunda Oréska. Desgraciadamente, casi todos los que la formaban fueron destruidos durante la Gran Guerra. Desde entonces, los magos nunca han vuelto a ser tan numerosos. La destrucción de Ero supuso otra desgracia. Una terrible desgracia. ¡Se perdieron tantos escritos antiguos! Cuando fundó Rhíminee, la Reina Tamír legó este lugar a los magos supervivientes, a cambio del compromiso de contribuir a la defensa de Eskalia. La nueva alianza establecida en aquel momento fue la piedra angular de la Tercera Oréska. La construcción del Canal de Cirna fue la primera demostración de la buena fe de este pacto.

—Algo había oído sobre eso. ¿Cuántos magos existen hoy en día?

—Me temo que no más de unos pocos centenares, en el conjunto de los Tres Reinos. Cada vez nacen menos y menos niños con el poder; la sangre de los maestros Aurénfaie se está diluyendo.

—Pero entonces, ¿los hijos de los magos no heredan sus poderes?

Nysander sacudió la cabeza.

—Los magos no pueden tener hijos. Ese es quizá el mayor precio que pagamos por nuestros dones. Las habilidades mágicas demandan cada brizna de fuerza creativa que poseemos. A cambio somos recompensados con largueza, en poderes y una vida muy larga. Pero la fuerza de Illior que nos otorga la habilidad de recrear el mundo a nuestro alrededor consume al mismo tiempo las naturales fuerzas procreadoras del cuerpo. El Inmortal no ha revelado jamás las razones de esto, ni siquiera a los Aurénfaie... ¡Pero te estoy dando lecciones como si fueras un novicio! Volvamos a tu habitación. Seregil aún duerme profundamente y lo más seguro es que lo haga durante mucho tiempo, pero creo que nos hará bien tenerlo cerca.

Nysander tomó dos copas altas de una estantería cercana y le tendió una de ellas a Alec. El muchacho la examinó por todos lados, asombrado. Nunca había visto nada igual. Tallada sin una sola mácula en un cristal de roca, su borde y su pie estaban decorados con ricos adornos de oro y esmaltes rojizos que brillaban con el color del vino a la luz del fuego.

—Puedo usar la copa de la cena —protestó Alec mientras sostenía la copa en ambas manos con sumo cuidado.

—¡De ningún modo! —Nysander tomó una jarra del aparador y se dirigió hacia el dormitorio—. Conseguirlas estuvo a punto de costarme la vida. Sería un terrible desperdicio no utilizarlas.

Encontraron a Seregil profundamente dormido.

—Sentémonos junto a él. —Nysander volvió a guiñar un ojo a Alec de forma cómplice—. Permíteme, como deferencia a mi avanzada edad, que me apropie de la silla. Tú puedes sentarte en el borde de su cama. Una parte de él sabe que estamos aquí y se siente reconfortada.

Alec se acomodó con las piernas cruzadas y la espalda apoyada contra el pie de la cama. Nysander llenó las copas con vino tinto y saludó a Alec alzando la suya.

—¡De un trago! Este es un vino que suelta la lengua y sé que tienes muchas preguntas. Puedo verlas agolpándose detrás de tus ojos como un enjambre de abejas.

Alec dio un largo trago. Una calidez apacible se extendió por todo su cuerpo.

—Me gustaría saber algo más sobre el disco. ¿Cómo lo llamasteis antes?

—Un talismán. Un objeto mágico dotado de poderes propios e innatos que puede también ser utilizado como foco de poder por alguien que comprenda su función. El veneno con el que había sido untado ayudaría en esto, como Valerius y yo discutimos la pasada noche. Desgraciadamente, no sé mucho más.

—Bueno, ¿y qué hay de la criatura a la que Seregil aseguraba ver? ¿Era real?

Una sombra de preocupación cruzó por un instante el rostro de Nysander.

—Tendré que oír la historia de labios del propio Seregil para estar seguro. Sea cual sea el caso, es indudable que alguien no reparaba en esfuerzos para encontraros. A vosotros y al disco.

Alec lo miró directamente a los ojos.

—¿Creéis que pueden estar siguiéndonos todavía?

—Es muy posible. Pero no tienes nada que temer, querido muchacho. El disco se encuentra ahora más allá de su alcance. Si de verdad alguien os estaba siguiendo, el rastro debió desvanecerse en el preciso instante en que introduje el disco en la jarra, o puede incluso que cuando lo arrancaste del cuello de Seregil. Mientras te encuentres entre los muros de la Oréska, ni siquiera un ejército podrá alcanzarte.

—Pero si ese Mardus es un mago tan poderoso...

—¡Mardus no es ningún mago! —por un instante, Nysander estudió a Alec con una mirada que lo dejó paralizado—. Lo que voy a contarte ahora no debe salir de estas cuatro paredes, ¿comprendido? Te lo repito, no es ningún mago. Mardus es uno de los más poderosos nobles de Plenimar y, según aseguran los rumores, un hijo bastardo del anciano Señor Supremo. Sea cual sea el caso, es un hombre implacable, dotado de una inteligencia cruel y peligrosa, un astuto guerrero, y un reputado asesino. Fue una desgracia que os viera las caras aquella noche en Herbaleda. Esperemos que no volváis a encontraros con él. Pero no te he traído aquí para causarte más miedo del que ya has pasado durante las últimas semanas, así que te serviré un poco más de este excelente vino y cambiaremos a temas menos preocupantes. Dime, ¿te contó Seregil que una vez fue mi aprendiz?

—No, pero Micum lo hizo, allá en Boersby. —Alec contemplaba como hipnotizado los reflejos que producía la luz del fuego al incidir en las profundidades carmesíes de su copa. Durante todos los días que habían pasado en las Quebradas y después, Seregil no había hablado una sola vez de su pasado—. Micum mencionó algo sobre que la cosa no había funcionado.

Nysander le sonrió sobre el borde de la copa.

—Esa, querido muchacho, es una afirmación de lo más certera. ¡Ningún mago tuvo jamás pupilo tan devoto y al mismo tiempo tan desastroso! Pero comencemos por el principio. Cuando Seregil llegó a la corte de Idrilain, no era más que un pariente de la Reina, pobre y lejano, que había sido exiliado por su familia. Estaba completamente solo. En la corte trataron de hacer un paje de él, pero la cosa no duró mucho, como bien puedes suponer. Después, según creo, le ofrecieron un puesto como aprendiz de escriba. Otro fracaso. Después de uno o dos fiascos más, se me encomendó su cuidado e instrucción. Al principio, estuve encantado de contar con él y no podía creer mi buena suerte. Poseía una enorme habilidad, ¿sabes? Y, además, estaba deseoso de aprender. Pero al cabo de unos pocos meses se hizo evidente que algo andaba mal. Logró dominar las disciplinas rudimentarias con una facilidad que nos asombró a ambos, pero tan pronto como intentamos pasar a la magia más elevada, las cosas comenzaron a ir mal.

Nysander sacudió la cabeza al recordar.

—Al principio, ocurría simplemente que los conjuros no funcionaban. O lo hacían, pero con los resultados más inesperados. Digamos que trataba de mover un objeto pequeño, por ejemplo un salero; sólo conseguía que se diese la vuelta. Lo intentaba de nuevo y la sal comenzaba a arder. Al tercer intento, el salero salía volando hacia su cabeza o la mía. Un día intentó realizar un encantamiento muy simple para enviar un mensaje. Al cabo de cinco minutos, todas las arañas, ciempiés y tijeretas del lugar acudieron en tropel por debajo de la puerta. Después de aquello decidimos continuar su instrucción en el exterior. Intentando levitar, hizo explotar una arboleda entera del parque. Con una simple convocación, de mariposas según recuerdo, logró que todos los caballos de las cuadras enloquecieran durante una hora. Muy pronto, las cosas llegaron a tal punto que cada vez que ocurría algo inusual en la Casa Oréska, se nos acusaba de ello. ¡Oh, pero resultaba tan frustrante...! A pesar de todas las pifias y a pesar de toda la destrucción, yo sabía que el poder estaba allí. Podía sentirlo, aunque él mismo no pudiera. Porque, en realidad tenía éxito, en todos sus intentos. ¡Sólo que de una manera errática! El pobre Seregil estaba desolado. Una vez le vi romper a llorar intentando encender una simple vela. Fue entonces cuando se convirtió en un ladrillo.

Sorprendido en medio de un sorbo, Alec se atragantó mientras comenzaba a reírse. Sabía que no debía hacerlo, pero para entonces el vino se había apoderado de su corazón y no podía evitarlo. Nada de lo que estaba escuchando le recordaba al Seregil que conocía.

Nysander sacudió la cabeza con aire contrito.

—Los conjuros que lo atraían por encima de todo eran aquellos que le permitían cambiar de forma. Normalmente yo lo ayudaba a hacerlo. Esta vez, sin embargo,

estaba resuelto a hacerlo por sí mismo y, en efecto, consiguió convertirse en un ladrillo... creo que intentaba transformarse en un caballo, por cierto. En cualquier caso, se produjo el destello habitual, luego un sonido sordo... y allí estaba, a mis pies, sobre el suelo: ¡Un ladrillo corriente y moliente!

Alec se tapó la boca con la mano, tratando de reprimir una risotada que recorría su cuerpo y sacudía la cama. Seregil se agitó contra la almohada.

—No, no, no te preocupes por moverte. Es bueno para él sentir nuestra presencia. —Nysander dio a Seregil unas palmaditas afectuosas en el hombro—. Nunca te ha gustado que te recuerden aquel incidente, ¿verdad? Ah, Alec, ahora nos reímos, ya lo creo, pero te aseguro que en aquel momento no fue nada divertido. Revertir el cambio de otra persona desde un estado que se ha impuesto a sí misma, especialmente si se trata de un objeto inanimado, resulta terriblemente difícil. ¡Me llevó dos días conseguirlo! Después de aquello supe que debíamos detenernos, pero él me suplicó que le diera una última oportunidad. Así lo hice y logré que acabara en otro plano.

—¿Plano? —Alec hipó, mientras se limpiaba las lágrimas de los ojos.

—Es como otro país u otro mundo, salvo que no existe en nuestra realidad. Nadie comprende con seguridad por qué existen, pero lo cierto es que lo hacen y que hay medios para viajar a ellos. Pero suelen ser muy peligrosos y es difícil regresar una vez que uno se encuentra allí. Si no hubiera estado con él cuando lo hizo, se habría perdido irremisiblemente. Entonces decidí que había llegado el momento de decir «Nunca más».

Nysander volvió a mirar a Seregil. Todo rastro de alegría había desaparecido de su rostro.

—Aquel día fue uno de los más tristes de toda mi vida, querido hijo, el día que tuviste que renunciar a tu túnica de aprendiz —tomó un largo trago de su copa y continuó—. Ya lo ves, Alec. Privados de hijos verdaderos, no es raro que nuestros aprendices llenen ese vacío. Les damos nuestros conocimientos y nuestras habilidades y ellos conducen nuestro recuerdo hasta el futuro cuando morimos. Así ocurrió con mi viejo maestro y conmigo. Perder a Seregil como aprendiz fue como perder a un hijo muy querido.

—Pero en realidad no lo perdisteis del todo, ¿verdad?

—No. Y en realidad, tal como estaban las cosas, creo que nos hice a ambos un gran servicio al impedirle perseverar. Si se lo hubiera permitido, creo que habría acabado matándose. Además, le obligué a buscar aquello para lo que realmente estaba dotado. Pero en aquel momento se marchó, desapareció durante mucho tiempo y no supe si volvería a verlo alguna vez. No obstante, cuando regresó, ya se había adentrado profundamente en el camino que le llevaría a ser lo que es hoy.

Alec suspiró.

—Sea eso lo que sea...

—¿Es que no lo sabes?

—Aún no estoy seguro. Quiero entenderlo, para poder comprender mejor lo que está intentando enseñarme.

—Un sabio proceder. Y estoy seguro de que, cuando esté preparado, el propio Seregil te lo explicará mejor de lo que Micum o yo mismo podríamos hacerlo. Por ahora, lo que puedo decirte es que tanto Micum como él son Centinelas.

—¿Centinelas?

—Espías, o una especie de espías, al menos. No se les permite hablar de ello, ni siquiera entre ellos mismos. Pero como resulta que yo soy el líder de los Centinelas, creo que puedo ofrecerte alguna explicación.

—¿Vos sois un espía? —exclamó Alec, sorprendido.

—No exactamente. Los Centinelas son mis ojos y mis oídos en lugares distantes. Viajan constantemente, haciendo preguntas discretas, escuchando, observando. Entre otras cosas, han resultado ser de la máxima utilidad para mantener vigilados ciertos movimientos de los plenimaranos. Naturalmente, la Reina tiene su propia red de espías, pero a menudo mis hombres trabajan con ellos. Durante el último año habían aumentado los rumores sobre actividades inusuales en el norte, así que envié a Seregil y a Micum para que evaluaran por sí mismos la situación.

—Si no os importa que os lo pregunte, ¿por qué se molestaría un mago en ser el líder de una organización como esa?

—Supongo que resulta un poco insólito, pero es una tradición que data de la fundación de la Tercera Oréska. Mi maestro y su maestro antes de él, y así a lo largo de los siglos, han ostentado el cargo, y mi sucesor hará lo mismo. A lo largo de los años, los Centinelas han contribuido mucho a la riqueza de la biblioteca de la Oréska. Además, mantienen bien informados a aquellos de nosotros que estamos interesados por lo que ocurre en el ancho mundo que se extiende más allá de nuestras fronteras.

—Pero ¿no es posible conocer tales cosas por medio de la magia?

—Algunas veces sí. Pero no debes creer que la magia otorga omnipotencia.

Alec dio vueltas a la copa entre sus manos, estudiando la tracería dorada mientras sopesaba su siguiente pregunta.

—¡Vamos Alec, adelante! Creo que sé lo que deseas preguntar.

Alec respiró profundamente y aventuró su pregunta:

—Sabíais que algo le había ocurrido a Seregil y sabíais que estábamos intentando llegar hasta vos. ¿Por qué simplemente no nos trajisteis hasta aquí, como hicisteis con la sidra la pasada noche?

Nysander dejó la copa en el suelo y posó las manos sobre su rodilla levantada.

—Una pregunta justa. Y muy común, por añadidura. En este caso había varias razones para no actuar de aquella manera. En primer lugar, no sabía con exactitud dónde os encontrabais o qué era lo que os había ocurrido. Lo poco que conocía me

había sido revelado por medio de visiones fugaces y confusas, y no porque yo hubiese emprendido una búsqueda de manera consciente. Utilizar la magia para encontrar a alguien cuando no tienes apenas pistas resulta difícil en el mejor de los casos, y normalmente no da resultado. Durante los siguientes días, vislumbré algunos destellos referentes a vuestra situación, pero apenas me revelaban otra cosa que el que os encontrabais en tierra firme o en el mar. Al menos hasta que reconocí el Canal. Esa es una razón. La segunda es que un conjuro como el que hubiera sido necesario para traer a Seregil hasta aquí es más difícil de lo que imaginas; la magia siempre se cobra un peaje, y transportar a Seregil a través del espacio hubiera sido miles de veces más difícil que hacerlo con aquella jarra de sidra, incluso para mí. Por no mencionar el hecho de que Seregil, con su particular resistencia a la magia, tiene grandes dificultades con los conjuros de transporte. Normalmente, incluso en las mejores condiciones, lo dejan exhausto. En este caso, enfermo como estaba, es posible que no hubiera sobrevivido. Además, no hubiera podido traerlos a ambos, por lo que tú te hubieras quedado allí, sólo, preguntándote qué habría sido de tu amigo. Considerando todo ello, decidí que sería más seguro esperar a vuestra llegada.

Nysander se detuvo un instante mientras examinaba a Alec por debajo de sus espesas cejas.

—Ahora bien, todas estas son razones válidas, pero más allá existe otra que tiene precedencia sobre todas ellas. La Oreska fue fundada sobre el principio de que el propósito de la magia es *ayudar* a los esfuerzos del hombre, no suplantarlos. A pesar de las penalidades que has arrostrado, de las preocupaciones y los cuidados, considera todo lo que has ganado. Mostraste más valor, más fuerza y más lealtad que en toda tu vida anterior. Y la mayor recompensa es que tuviste éxito; salvaste la vida de tu amigo. ¿Renunciarías a todo ello a cambio de verme transportar a Seregil de un lado a otro chasqueando los dedos?

Alec recordó la expresión del rostro Seregil al despertar en su cama limpia, en Rhíminee.

—No —respondió en voz baja—. Por nada del mundo.

—Eso pensé.

Alec tomó otro sorbito de vino.

—Micum me habló un poco de vos, pero la verdad es que no sois tal como yo imaginaba que sería un mago.

—¿De veras? —Nysander pareció bastante complacido con su comentario—. La mayoría de mis colegas se mostrarían de acuerdo contigo. Pero ellos siguen su propia senda y yo sigo la mía. Cada uno de nosotros sirve a un bien más elevado, a su propia manera. ¿Me equivoco o tienes algo que decir al respecto?

—Es sólo que, con todo lo que acabáis de contarme sobre Seregil y todo lo demás, no termino de explicarme lo de Thero. Ayer tuve la impresión de que...

quiero decir, que él no... vaya, que no le tiene demasiado aprecio a Seregil. Ni a mí, ya que estamos con ello.

Nysander esbozó una sonrisa irónica.

—Si te sirve de consuelo, te diré que creo que Thero tampoco siente demasiado cariño por mí.

—¡Pero es vuestro aprendiz!

—Lo cual no garantiza en modo alguno el afecto, querido muchacho, aunque idealmente, tal consideración debería existir entre un maestro y su pupilo. La fidelidad que demuestras hacia Seregil al cabo de tan corta asociación habla muy bien de ambos. Me llevó varios años encontrar un nuevo aprendiz. Como te dije antes, son muy pocos los que nacen con el poder y, entre aquellos que lo poseen, el grado de habilidad varía enormemente. Entre los pocos que, gota a gota, llegaban cada año a la Oréska, no encontré a ninguno que se adecuara a mis propósitos hasta dar con Thero. Sea lo que sea lo que pienses de él, debo decirte que está dotado de un talento extremo. No existe faceta de nuestro arte que él no sea capaz de comprender y utilizar. Además, el hecho de que perteneciera a la familia de mi viejo maestro le hizo parecer en aquel momento todavía más apropiado. Todo ello, unido a mi desesperación por encontrar un sucesor, me cegó a ciertos aspectos de su personalidad que en otras circunstancias me hubieran impuesto prudencia. Thero se ha mostrado digno de confianza en todas las situaciones, a pesar de que su sed de conocimientos bordea en ocasiones la avaricia... lo que resulta un serio defecto en el caso de un mago. Carece de sentido del humor y, aunque no encontrarás este rasgo entre los requerimientos para ingresar en la Casa Oréska, yo creo que resulta de un valor incalculable para todos aquellos que aspiran a alcanzar el poder de cualquier clase. Y esta falta de humor provoca que, en ocasiones, se sienta un poco avergonzado de mí. Sin embargo, es la animosidad hacia Seregil lo que, a lo largo de los años, ha acabado por alarmarme más. Pues revela envidia... una de las más peligrosas debilidades. No le basta con haber reemplazado a Seregil como mi aprendiz, ni con estar más dotado para la magia de lo que él nunca podría estar. Y a pesar de que no encuentra utilidad alguna a mi afecto, no puede soportar que Seregil lo conserve. Naturalmente, no es que el propio Seregil sea mucho mejor, como muy pronto descubrirás. Pero Thero es un mago. Si se comporta de esta manera en cuestiones tan insignificantes, ¿de qué no será capaz cuando haya de enfrentarse a las importantes, cuando sea poderoso?

Nysander se detuvo y se frotó los párpados con dos dedos.

—Porque, con o sin mis enseñanzas, llegará a ser muy poderoso. Y lo mantengo a mi lado porque temo dejarlo ir con otro maestro. Mi mayor esperanza es que el tiempo y la madurez le proporcionen la compasión de la que carece. Y entonces... ¡Ah, qué gran mago será!

Alec estaba asombrado por la franqueza del viejo mago.

—Seregil no me cuenta nada de sí mismo y vos me lo contáis todo.

Nysander sonrió.

—Oh, de ningún modo. Todavía no. Todos tenemos nuestros secretos y las razones para guardarlos. Te he contado todo esto sobre Thero y sobre sí mismo para que puedas comprenderlo mejor, y quizá para que entiendas por qué actúa como lo hace. Al igual que Seregil, también yo espero tu discreción y confío en ella.

Nysander estaba extendiendo la mano para tomar de nuevo la copa cuando un globo de luz amarilla se materializó súbitamente delante de él. Flotó unos segundos en el aire, brillando como un sol diminuto, y entonces se deslizó con lentitud hasta posarse sobre su mano extendida. El mago inclinó la cabeza, como si estuviera escuchando una voz que resultaba inaudible para Alec. Entonces, la esfera desapareció tan abruptamente como había llegado.

—Es Ylinestra —se explicó Nysander—. Discúlpame un momento.

Cerró los ojos, levantó su delgado índice y una esfera similar, de color azul brillante, emergió de él.

—Por supuesto, querida —le dijo—. Estaré contigo enseguida.

Obedeciendo a un rápido gesto de su dedo, la esfera desapareció de la vista.

Alec se puso en pie. Sabía que el mago iba a marcharse y sentía que el vino se le había subido a la cabeza.

—Bien... eh, creo que comienzo a comprender algunas cosas. Muchas gracias.

Nysander enarcó una ceja.

—No hay ninguna prisa. Ya le he mandado un mensaje.

—No, de veras. Si Ylinestra me estuviera esperando a mí... ¡Oh, maldita sea! —Alec balbució y se detuvo. Las mejillas le ardían—. No quería decir... o sea... es cosa del vino, supongo.

—¡Por la Luz de Illior, muchacho! Seregil no logrará hacer nada de ti si no consigues que tu rostro esté en calma un solo momento. —Nysander soltó una risilla mientras se ponía en pie—. Aunque es muy probable que tengas razón. Esa mujer puede ser de lo más impaciente. ¿Por qué no te das un paseo por los jardines? Creo que lo encontrarás de lo más agradable después de haber pasado tanto tiempo confinado en el interior de barcos y casas. Wethis puede ocuparse de Seregil.

—No creo que fuera capaz de encontrar el camino —dijo Alec, al tiempo que recordaba todos los giros y vueltas que mediaban entre el dormitorio y la puerta principal.

—Eso tiene fácil solución. Llévate esto contigo. —Nysander abrió la mano y le mostró al muchacho un pequeño cubo de piedra verde, en cada una de cuyas caras se habían grabado diminutos símbolos.

Alec lo tomó y lo hizo rodar sobre la palma de su mano.

—¿Qué es?

—Una piedra guía. Simplemente sostenla en alto y dile a dónde quieres ir. Te conducirá hasta allí.

Un poco avergonzado, Alec levantó la piedra y dijo:

—A los jardines.

Apenas acababa de pronunciar las palabras, un pálido nimbo emanó de la piedra y ésta se alzó en el aire y levitó hasta colocarse delante de él.

—Te llevará a cualquier lugar de la Casa al que se te permita acceder —le explicó Nysander—. Pero recuerda que no debes entrar en los aposentos de ningún mago sin ser invitado. Si estás preparado, dile simplemente que adelante.

—Vamos, pues —dijo Alec al cubo. Flotando a través de la habitación, éste atravesó la puerta de madera barnizada de una manera decididamente antinatural.

Detrás de Alec, el mago volvió a reír entre dientes.

—Pero no olvides que *tú* debes abrir las puertas.

Siguiendo el consejo de Valerius, Alec se aseguró de que Seregil tomara regularmente las infusiones. Su amigo, que todavía se encontraba terriblemente débil, dormía la mayor parte del tiempo y despertaba sólo de tanto en cuanto para tomar un poco de comida antes de volver a caer rendido.

La diligencia de Alec no tardó en valerle el respeto del brusco drisiano. Por su parte, él iba sintiendo una simpatía creciente por los rudos modales de Valerius. Reconocía que era un curandero de talento y le gustaba por ello.

Nysander le proporcionaba todo cuanto necesitaba y lo visitaba varias veces al día. Cuando Alec mencionó las lecciones de escritura que Seregil había comenzado a impartirle, el mago le trajo los utensilios necesarios y un pergamino para que siguiera trabajando.

Había pasado ya un día desde la ceremonia de la purificación. Por la mañana, Alec y Nysander estaban jugando a las nueve piedras en la habitación de Seregil cuando una anciana envuelta en una capa que mostraba las señales de un largo viaje apareció en la puerta.

—¡Magyana! —exclamó Nysander. Se levantó y fue a abrazarla—. Deberías haberme anunciado tu llegada. No te esperaba.

—Quería sorprenderte, querido mío —replicó ella mientras le daba un sonoro beso—. Y, sin embargo, he sido yo la sorprendida. Thero me ha dicho que Seregil está herido.

Se aproximó a la cama y posó una mano sobre la frente de Seregil.

Debe de ser tan vieja como Nysander, pensó Alec. El rostro de la mujer estaba surcado por profundas arrugas, y la gruesa trenza que descendía desde su nuca despedía un brillo blanco como el de la nieve a la luz de la luna.

Sus manos dibujaron un signo rápido y brillante sobre el cuerpo tendido de Seregil, y sacudió la cabeza.

—Gracias a la Luz que se encuentra a salvo. ¿Quién le hizo esto y cómo fue?

—Se topó con Mardus y sus nigromantes, allá en las tierras del norte —le contó Nysander—. Este joven, llamado Alec, consiguió traérmelo justo a tiempo. Alec, esta es Magyana, una hermana en la magia y una querida compañera desde mis días de juventud.

Magyana se volvió hacia Alec con una cálida sonrisa en los labios.

—Bendito seas, Alec. Nysander hubiera quedado desolado de haberlo perdido, al igual que yo.

En ese mismo momento, Seregil se agitó en su cama. Murmuraba algo con voz ronca mientras, aparentemente, trataba de escapar de algún mal sueño.

—Ya basta, Seregil —dijo Nysander, alzando la voz al mismo tiempo que se inclinaba sobre él—. Abre los ojos, querido hijo. Estás a salvo. Despierta.

Los ojos de Seregil se abrieron al punto. Viendo a Nysander y a los otros, se relajó con un suspiro de alivio.

—No dejo de soñar que sigo en Micenia.

Nysander se sentó en el borde de la cama y tomó su mano.

—Ahora estás completamente a salvo, gracias a Alec. Me ha contado parte de vuestras aventuras y tú tendrás que contarme el resto cuando te encuentres más fuerte. Pero por ahora debes descansar. Esta vez has estado a punto de destruirte.

—Lo sé. —Seregil sacudió la cabeza débilmente—. Menudo idiota he sido. Me lo hubiera merecido...

Inclinó la cabeza para mirar a Alec. Había una sombra de duda en sus ojos.

—¿Estás bien? No... no fui yo mismo durante algún tiempo.

—Estoy muy bien —le tranquilizó Alec. Pero en el fondo de su corazón sabía que era un hombre muy afortunado por poder decir aquello.

Dejando a Seregil bajo los atentos cuidados de Alec, Nysander acompañó a Magyana hasta su torre, en la esquina septentrional de la casa.

—Querida mía, cada vez que te marchas lo haces durante demasiado tiempo —protestó con gentileza mientras deslizaba un brazo alrededor de su cintura y volvía a besarla en la mejilla.

—Estoy segura de que la deliciosa Ylinestra te mantiene muy ocupado durante mi ausencia —contestó ella. Y le devolvió el beso.

—¡Eres una mujer imposible! Tú y tu maldito celibato. Durante todos éstos años he llevado a mi lecho a innumerables mujeres de menor categoría, sin conseguir una sola chispa de celos por tu parte. Hablas de ellas como si fueran niñas, o perrillos falderos.

—¿Acaso la mayoría de ellas ha sido algo más que eso para ti, viejo pícaro? Pero quizá comienzo a sentir esa chispa, como tú la llamas, con respecto a esa hechicera. Sospecho que muestra tanto talento en la cámara de la conjuración como en el dormitorio. ¿Estás satisfecho con ella?

—No del todo —replicó él, fingiendo estar de mal humor—. Esa mujer tiene una mente privilegiada para la magia, pero comienza a hastiarme con sus demandas. En el lecho y fuera de él.

—Ah, he ahí los desafíos que afrontan quienes tienen la sangre caliente. —Magyana lo invitó a pasar a sus aposentos de la torre—. Sabes que no deberías esperar simpatía de mí en este asunto. Pero hablemos de Seregil. Todavía no me has contado como llegó a encontrarse en ese estado. Hace falta algo más que magia ordinaria para dejarle tales marcas.

Nysander se detuvo en el centro mismo del immaculado laboratorio y la observó mientras ella se entregaba al familiar ritual del té.

—Evidentemente, el muchacho y él robaron algo a Mardus mientras se encontraban en las tierras del norte. Aparentemente se trata de un objeto insignificante, pero, como has podido comprobar, ha resultado ser extremadamente peligroso. Me temo que no puedo decirte mucho más que eso.

Magyana colocó el hervidor en el gancho, se volvió y estudió el rostro de Nysander. Lo conocía demasiado bien y desde hacía demasiado tiempo como para no entender la importancia de su silencio.

—Oh, querido mío —susurró, llevándose una mano a la garganta—. ¡Oh, no!

Durante los siguientes días, Seregil recuperó las fuerzas rápidamente y, como Valerius había predicho, muy pronto comenzó a impacientarse. Llegado el cuarto día, decidió que ya había descansado lo suficiente.

—¡Valerius dijo que debías pasar al menos otro día en la cama! —le regañó Alec, mirando a Seregil con el ceño fruncido mientras éste comenzaba a sacar las piernas por un lado de la cama.

—Yo no pienso decírselo si tú no lo haces. ¡Por los Testículos de Bilairy, comienzo a estar harto de pasar tanto tiempo aquí tendido!

Sin embargo, tan pronto como se puso en pie, el suelo pareció moverse debajo de él. Empapado repentinamente en un sudor frío, se balanceó hacia Alec.

—Ahí lo tienes. ¿No lo ves? Es demasiado pronto. —Alec lo ayudó a regresar a la cama—. Si estás consumido, por el Amor del Hacedor... Se te notan las costillas.

—Me pareció escuchar unas voces —precedido por su voz atronadora, Valerius entró en la habitación caminando a largos trancos y los miró a ambos con el ceño fruncido—. ¿Vas a quedarte en la cama como he ordenado o tendré que atarte?

—Lo primero, según parece —respondió Seregil con aire contrito. Se cubrió el rostro con una mano, en un gesto dramático y se hundió en la almohada—. Supongo que tienes razón.

—Ya lo creo que sí. ¡Y no es que ello vaya a suponer la menor diferencia para ti!

Sin abandonar su expresión de enfado, levantó los vendajes y comenzó a limpiar la herida.

—Esto no debería de causarte más problemas.

Seregil bajó la mirada. Al ver por primera vez la cicatriz, sintió que el estómago se le encogía. La costra se había caído por completo y la marca arrugada con el diseño del disco resultaba claramente visible sobre el círculo rosa brillante de su nueva piel.

—¿Qué hace eso ahí? —exclamó señalando con el dedo el área alrededor de la cicatriz.

Valerius alzó las manos.

—Eso tendrás que preguntárselo a Nysander. Si por mí fuera, te lo habría quitado la primera noche, pero él insistió en que lo dejara ahí. Debería desaparecer con el tiempo. Me marcho a Micenia hoy mismo, así que quedas al cuidado de Alec. Intenta no sufrir una recaída si te es posible, cosa que dudo. No morirás, pero si no te cuidas, tu trasero podría acabar teniendo que pasar otra semana en la cama. Que la Misericordia del Hacedor sea con vosotros.

Dando un portazo, abandonó la habitación sin esperar respuesta.

—¿Lo ves? Estaba furioso contigo —dijo Alec. Evidentemente, estaba aliviado por no haber sido objeto de la cólera del drisiano.

—¿Furioso? —Seregil miró con preocupación a la herida una última vez y volvió a anudar los cordeles de su camisa—. No estaba furioso. Cuando Valerius se enfurece, los muebles estallan en llamas o los muros se desploman. Cosas así. Te aseguro que cuando esté enfadado lo sabrás.

—Bien, tampoco puede decirse que estuviera exactamente contento contigo.

—Rara vez lo está —dio la vuelta y se acomodó colocando una mano detrás de su cabeza—. Incluso los otros drisianos lo consideran un viejo e irascible cascarrabias. No obstante, de tanto en cuanto nos ayudamos el uno al otro. ¿Qué tal está tu mano?

—Mejor.

—Déjame ver —examinó el círculo de delicada piel en la palma de Alec; era suave y no presentaba señal alguna, a excepción del pequeño cuadrado en el centro—. ¿Ha dicho Nysander algo sobre alguna de estas?

—Sólo que el disco era algo llamado talismán.

—¡Vaya, eso es evidente! —bufó Seregil—. Necesito una respuesta mejor. Ve a buscarlo, ¿quieres?

Alec encontró a Nysander sentado en el escritorio de su laboratorio.

—Seregil se pregunta si podríais bajar a verlo.

—Sin duda. —Nysander dejó la pluma a un lado—. Thero llegará en un momento. ¿Podrías esperarlo y decirle dónde me encuentro?

Hasta que el anciano no hubo desaparecido escaleras abajo, no se le ocurrió a Alec preguntarse por qué Nysander no le había enviado sencillamente un mensaje mágico.

Los minutos pasaban y Thero seguía sin dar señales de vida.

Impaciente por regresar cuanto antes junto a Seregil, paseó de un lado a otro de la estancia. No pasó mucho tiempo antes de que las escaleras que conducían a la estrecha galería que discurría bajo la cúpula de la torre atrajeran su atención. Ascendió por ellas y miró a través de uno de los gruesos cristales plomados.

Dejando escapar un jadeo asombrado, se sujetó al reborde que tenía enfrente de

sí; la cúpula se extendía más allá del aparejo de piedra, permitiendo una visión directa de los terrenos que se encontraban decenas de metros por debajo de sus pies. Nunca se había encontrado a tanta distancia del suelo, y la sensación no resultaba particularmente agradable. Se concentró en el suelo sólido que lo sustentaba y se obligó a dirigir la mirada hacia la ciudad. Las calles emergían como radios de plazas circulares o se cruzaban para formar ordenadas manzanas de forma cuadrada. Desde aquella altura alcanzaba a divisar, más allá de la muralla de la ciudadela, el puerto exterior, donde los barcos se balanceaban plácidamente, anclados al pie de las moles de piedra. Tierra adentro, las llanuras daban paso rápidamente a las colinas redondeadas y, por fin, a las escarpadas montañas cubiertas de nieve que se alzaban más allá.

Mientras se volvía para descender de nuevo las escaleras, una esfera azul apareció repentinamente delante de él y la voz de Nysander dijo:

—Alec, reúnete con nosotros en la habitación de Seregil, por favor.

Cuando llegó, Seregil y Nysander se encontraban en medio de una acalorada discusión. Nysander se encontraba en calma, si bien parecía un poco solemne, pero las mandíbulas de Seregil estaban tensas y su rostro había adoptado una expresión decididamente obstinada.

—¿Estás seguro de que quieres implicarlo en el asunto? —estaba diciendo el mago en aquel momento.

—¡Vamos, Nysander! Ya está implicado hasta las cejas, lo sepa él o no —replicó Seregil—. Además, tú mismo nunca le hubieras dejado quedarse aquí si no confiaras en él.

—Esas son dos cuestiones diferentes —contestó a su vez Nysander mientras dirigía una mirada significativa a Seregil. Al ver que el hombre permanecía en un silencio imperturbable y terco, el mago asintió con gravedad—. Muy bien. Pero la decisión final la tomará él —miró a Alec por vez primera—. ¿Quieres unirte a los Centinelas, Alec?

Una punzada de excitación recorrió el cuerpo del muchacho.

—¿Eso supondría que podríais contarme más sobre lo que está ocurriendo? —preguntó, tratando de evaluar la importancia de aquel extraño intercambio de palabras al que acababa de asistir.

—Ciertamente.

—Entonces sí, lo haré.

Seregil le guiñó un ojo mientras Nysander sacaba su pequeña daga de marfil y le indicaba con un gesto que tomara asiento. Una vez que estuvo en la silla, Nysander hizo que la daga comenzase a girar en el aire, a escasos centímetros de sus ojos.

Mientras escuchaba el furioso zumbido que la daga dejaba escapar al vibrar delante de él, Alec sintió que se le secaba la boca; podía sentir la trepidación que el

movimiento de la hoja provocaba contra su rostro.

—Alec de Kerry —dijo Nysander con voz solemne—. Un Centinela debe observar cuidadosamente, informar con veracidad y guardar aquellos secretos que deban ser guardados. ¿Juras por tu corazón y por tus ojos y por la Tétrada que cumplirás con todas estas obligaciones?

—Sí —dijo Alec rápidamente. Tenía que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no apartarse del cuchillo que tan cerca giraba de él.

—¡Bien! —el cuchillo cayó sobre la mano de Nysander.

—¿Eso es todo? —exclamó Alec, mientras se dejaba caer sobre el respaldo de la silla.

—Has contestado de forma sincera —le dijo el mago—. De haberlo hecho de otra manera, el resultado hubiera sido bastante más dramático.

—Y considerablemente más desagradable —añadió Seregil con una sonrisa de alivio.

—Considerablemente, en efecto —dijo Nysander—. Y ahora, ¿de qué tienes que informar, Seregil?

Seregil se instaló más cómodamente, apoyando los hombros contra la almohada.

—Cuando abandoné Rhíminee, hacia el final de Rhythin, tomé un barco para Nanta y, una vez allí, pasé dos días escuchando los rumores que corrían por los muelles. Se decía que un número inusual de barcos estaban siendo reparados en los muelles de Plenimar. En concreto en Karia. Esto confirma lo que ya sabíamos por boca de Korbin. Me dirigí entonces hacia el norte y, al llegar a Boersby, descubrí que una delegación de mercaderes plenimaranos había pasado un mes antes por el lugar para discutir el establecimiento de posibles rutas comerciales terrestres. Un contingente de cincuenta jinetes armados había continuado tierra adentro en dirección al Mar Muerto.

—¿Con qué propósito? —preguntó Nysander—. Hay poco de interés en esas colinas yermas, a excepción de unas cuantas tribus nómadas.

Seregil se encogió de hombros.

—Circulaban toda clase de especulaciones. Aparentemente, algunos habitantes de la zona habían sido contratados como guías y no se había vuelto a saber nada de ellos desde entonces. Si la columna montada regresó al sur, lo hizo siguiendo una ruta diferente. Pensando que podrían haber seguido el Río Brilith hasta la comarca de Herbaleda, decidí visitar a un amigo en Bal ton. Nadie había visto al grupo por la zona, pero se decía que más hacia el este habían pasado varias partidas diferentes. Según se cuenta, los señores de las montañas están siendo visitados, pero nadie conoce la razón. No es propio de Plenimar operar tan al norte, así que decidí atravesar las montañas y tratar de descubrir por mí mismo qué era lo que aquellos jinetes habían estado haciendo. Si descubría que habían llegado tan lejos como hasta Kerry,

sería indudable que Plenimar volvía a dirigir una mirada codiciosa a la Vía Dorada. Estaba en lo cierto, pero muy pronto descubrí que los plenimaranos habían transmitido a sus nuevos amigos su natural desconfianza hacia los extraños. Incluso haciéndome pasar por un bardo, tuve algunas dificultades antes de que me capturaran en los dominios de Asengai. Sin embargo, descubrí que no todos los señores se habían doblegado. Lord Warkill y sus hijos se negaron a recibir a los embajadores. Lord Nostor parece haberse mostrado reservado. Mi viejo amigo Geriss acababa de morir, pero su viuda, una dama nacida en Micenia, no se plegó a sus ofrecimientos.

—Lady Brytha. La conocí cuando era niña —señaló Nysander—. Según recuerdo, su señorío está muy aislado.

—Y, sin embargo, es grande y está muy poblado. Hablé con ella en privado y le aconsejé que se mostrara cautelosa. Tiene cuatro hijos y dos de ellos son ya mayores. Creo que puede confiarse en ellos. Si las cosas se ponen feas, podrán resistir o huirán.

—Esperemos que no se llegue a eso. Ya había oído que habían hecho algunos avances en Kerry, pero que habían sido rechazados con diplomacia.

Seregil soltó una risa sombría.

—Si por diplomático entiendes que no hubo derramamiento de sangre, puede ser. Los mineros llevan allí cientos de años y están contentos con su situación. Será difícil que los obliguen a cambiar. Sin embargo, si consiguen azuzar a los señores de las montañas contra ellos, podríamos perder Kerry.

—¿Y quién es el que conduce a esos plenimaranos? ¿Cuáles son sus métodos?

—Son astutos, como de costumbre. Parece que nadie recibió al mismo emisario, lo que significa que, o bien había varios grupos viajando entre los diferentes señoríos, o bien el mismo grupo cambiaba de líder cada vez. Tengo sus nombres, pero dudo mucho que signifiquen algo. Por lo que se refiere a sus métodos, están utilizando de nuevo la vieja treta del espejo de los deseos.

—¿El qué? —le interrumpió Alec. A estas alturas, se encontraba completamente perdido.

Seregil sonrió.

—¿Nunca habías oído la historia del espejo de los deseos? Te miras en él para descubrir los deseos de tu corazón. Los plenimaranos envían uno o dos espías con anterioridad para evaluar la situación. Y entonces hace su aparición el gran comandante a caballo, acompañado por numerosos soldados y una faltriquera llena de falsas promesas basadas en los informes de sus espías. Furmio, por ejemplo, fue informado de que el Señor Supremo desea concertar un matrimonio para alguna nieta lejana, mientras que al viejo Warkill, cuyas tierras se encuentran junto a la cabecera del Silverwind, se le prometió ayuda para tomar los territorios que se extienden hasta la frontera de la comarca de Herbaleda. Y fíjate, nuestro amigo Mardus se presentó poco después en la propia ciudad de Herbaleda prometiendo defender al alcalde de

una incursión como esa. La fortuna quiso que fuera capturado por un grupo de bandidos al este de Dorila y que su jefe tuviera afición a los cantares de los bardos, así que decidieron conservarme junto a ellos en vez de cortarme la garganta. Eran un grupo bastante descuidado y podría haber escapado cuando quisiera, pero no lo hice hasta descubrir que habían sido tan estúpidos como para atacar a un grupo de plenimaranos apenas dos semanas antes. En vez de masacrarlos, como suelen hacer los soldados de Plenimar aunque sólo sea para practicar, estos canallas alistaron a los bandidos para su causa por medio de juramentos, vino y oro. Incluso, fueron tan lejos como para ofrecerles un botín por cualquier otro bandolero al que pudiesen llevar ante ellos.

—¡Están reuniendo una jauría de perros mestizos! —exclamó Nysander en un tono que expresaba su desagrado—. Volverán cada pequeña facción contra su vecina y entonces las soltarán para que se hagan pedazos.

—Y después se presentarán allí para recoger los despojos —añadió Seregil—. Después de que Alec y yo escapáramos del castillo de Asengai, nos encontramos con Erisa y Micum en Herbaleda. Ella había estado recorriendo la costa este hasta llegar a Syr, y las noticias que traía consigo eran muy parecidas a las mías, incluyendo la misteriosa incursión en dirección al Mar Muerto. Estaba igualmente extrañada. Según ella, mientras Mardus remontaba el Ósk de camino al Lago Negragua, se detuvo una semana en la Isla de Sark. Nunca he estado allí, pero Micum dice que no hay nada excepto las ruinas de un viejo enclave comercial. De ningún modo algo por lo que alguien como Mardus se detendría una semana.

—¿Y Micum?

—Sus noticias eran las más extrañas de todas. Había estado alrededor del Paso del Cuervo y aseguraba haber visto una compañía completa de soldados de Plenimar, armados y ataviados con sus armaduras de batalla, dirigiéndose hacia el paso. A menos que pretendieran conquistar lo que quede de los Hazadriélfaie, no puedo imaginarme lo que esperaban encontrar allí, si no es montañas y hielo.

Seregil hizo una pausa, pero Nysander le indicó que continuara con un gesto.

—Lo que nos lleva al banquete del alcalde. Alec me ha dicho que te contó lo ocurrido, pero creo que será mejor que yo añada algunos detalles.

—Referentes a los mapas, supongo —dijo Nysander.

—Así es. Encontré uno en el equipaje de Mardus. Era bastante ordinario y no estaba escondido. En él se habían marcado puntos sobre Herbaleda, Kerry, Punto Sander, Syr y todos los señoríos de las montañas.

—Bastante metódico, diría yo —señaló Nysander.

—Pero, y esto es lo mejor, había un segundo mapa, guardado bajo llave en su caja de despachos, que mostraba puntos en la isla de Sark, en algún lugar al norte del Paso del Cuervo y en las Marismas del Negragua. Este último estaba rodeado por un

círculo. ¿Qué opinas?

—Resulta de lo más intrigante —musitó Nysander mientras se atusaba las barbas.

—Cuando salimos de Boersby, Micum volvió a las Marismas. Pretendía regresar aquí cuando hubiera terminado.

—¿Cuánto tiempo hace desde la última vez que lo viste?

—Nos separamos en Boersby. Veamos... —Seregil reflexionó un momento y entonces sacudió la cabeza—. ¡Maldita sea! Todavía estoy confuso. Alec, ¿cuánto tiempo ha pasado de eso?

Alec contó mentalmente.

—Hoy se cumplen dos semanas.

—Entonces debería estar de vuelta muy pronto —dijo Nysander.

Pero algo en su expresión había llamado la atención de Seregil.

—¿Qué ocurre, Nysander?

—¿Hmm? Oh, nada. ¿Tienes algo más de que informar?

—No. Creo que los salteadores de caminos que nos atacaron después de Gavillar eran agentes de Plenimar. Cuando registramos los cuerpos descubrimos algo extraño en su apariencia. Sus armas y sus ropas eran nuevas, de factura local, pero no tenían casi dinero o posesiones. Era como si hubiesen aparecido en el bosque de Folcwine el día anterior y hubiesen hecho algunas compras. La situación no me olía bien.

—Sí. Por propia experiencia sé que tus intuiciones son de fiar.

—Además, se habían producido numerosos ataques a las caravanas cerca de Herbaleda poco antes de que apareciesen los enviados de Plenimar —añadió Alec.

Seregil asintió con expresión irónica.

—Unido a todos los demás indicios, parece demasiada coincidencia el que esos bandidos aparecieran como surgidos de ninguna parte, justo a tiempo para ser puestos en fuga por los soldados de Plenimar.

—Ya veo —meditó Nysander—. Entonces, ¿lo que crees es que Plenimar está tratando por todos los medios de concluir una serie de alianzas con las ciudades y señoríos del norte?

—Así es.

—¿Algo más?

—Sólo esto. —Seregil abrió el cuello de su camión y señaló la cicatriz con la barbilla.

Nysander se aproximó a la ventana y miró al exterior.

—Me temo que debo pedirte la máxima discreción y paciencia en cuanto a eso. Es un asunto del que no debe hablarse con nadie, en ningún momento.

Su tono de voz resultaba terminante. De una manera que no dejaba lugar a réplicas. Seregil enarcó las cejas de forma ominosa por encima de sus ojos grises.

—He perdido las últimas dos semanas a causa de esto. Por no hablar de la locura,

las pesadillas, las visiones y el deseo casi incontenible de matar a cualquiera que se cruzase en mi camino. ¡Incluso a Alec!

—Debes ser paciente.

—¿Por qué? —protestó Seregil—. ¡Quiero saber quién me hizo esto! ¿Lo sabes o no?

Nysander suspiró mientras tomaba asiento sobre el alféizar de la ventana.

—Debería decirte que, en realidad, te lo hiciste tú mismo. En primer lugar, fuiste tú el que tomó la decisión de robarlo y de colgarlo de tu cuello. No es que te esté reprendiendo por ello, naturalmente. Sé que lo hiciste por nuestra causa. Sin embargo, debo...

—No cambies de tema. ¡Conozco muy bien ese truco! —le interrumpió Seregil acaloradamente—. Es *conmigo* con quien estás hablando, no con ningún estúpido mensajero de provincias. ¿Qué está ocurriendo?

Atrapado en medio de la confrontación, Alec miraba alternativamente y con aire nervioso a uno y a otro. Seregil apretaba los labios, que se habían convertido en una fina y obstinada línea. Sus ojos parecían más abiertos que nunca en lo alto de su rostro ojeroso mientras miraba directamente al mago. Pero Nysander devolvía la encolerizada mirada de su amigo con aparente calma.

—Seregil i Korit Solun Meringil Bókthersa —dijo con lentitud, arrastrando las sílabas como si estuviese conjurando un encantamiento—. Este es un asunto que trasciende con mucho cualquier deseo de venganza que puedas abrigar. La marca que llevas contigo es un símbolo mágico cuyo significado no puedo revelarte. Me obligan a ello los más solemnes juramentos.

—Entonces, ¿por qué no dejaste que Valerius me la quitara?

Nysander extendió los brazos con aire resignado.

—Tú precisamente conoces mejor que la mayoría el poder de la presciencia. En aquel momento me pareció que sería poco sabio hacerlo. No obstante, ahora que estás casi recuperado, conjuraré sobre ella un encantamiento de ocultación.

—Pero seguirá estando allí —dijo Seregil con evidente malestar—. Tuve, tuve extraños sueños después de que Alec me arrebatara esa cosa del cuello. Sueños diferentes a las pesadillas que había sufrido antes.

Nysander se puso en pie de inmediato. Parecía alarmado.

—Por la Luz, ¿por qué no lo habías mencionado antes?

—Lo siento. Además, acabo de recordarlos. Y sólo algunos fragmentos.

Nysander tomó asiento en el borde de la cama.

—Entonces debes contarme todo lo que puedas. Por tu juramento como Centinela...

—Sí, sí. ¡Ya lo sé! —escupió Seregil, al tiempo que se frotaba los párpados, frustrado—. Recordarlos... es como tratar de sujetar un puñado de anguilas. Un

momento creo recordar una imagen y al momento siguiente ha desaparecido.

—¡Nysander, parece encontrarse mal! —susurró Alec. El color había desertado de las delgadas mejillas de Seregil y una película de sudor cubría su frente.

—Estaba terriblemente enfermo cuando llegamos a la posada de la encrucijada —continuó Seregil a duras penas—. Alec, no te puedes imaginar... todo se había vuelto irreal. Era como estar atrapado en una pesadilla y no poder despertar. No sé ni siquiera en qué parte de Micenia nos encontrábamos por aquel entonces. La criatura negra había estado siguiéndonos muy de cerca desde el día anterior. Alec no podía verla, a pesar de que lo había tocado cuando se encontraba en la carreta, y eso me asustaba más que cualquier otra cosa que jamás haya visto. Alec te ha contado que lo atacó aquella noche, ya lo sé, pero en aquel momento no es lo que yo creía estar haciendo. ¡De ningún modo! La cosa me estaba atacando a mí. O, más bien, me dejaba que la atacara y me esquivaba en el último momento. Alec debió de haber llegado en medio de todo ello y yo estaba demasiado enloquecido para darme cuenta de que era él. Dioses, podría haberlo matado con tal facilidad...

—Era cosa de magia, querido hijo, magia malvada —dijo Nysander con voz suave. Seregil se estremeció y pasó una mano por sus cabellos.

—Después... después de que me desplomara, comencé a soñar. Soñaba que me encontraba en medio de una llanura yerma. No podía moverme salvo para volverme, y lo único que había a mi alrededor era el viento y la hierba gris. Estaba sólo. Al principio pensé que había muerto.

Mientras Alec lo observaba, su preocupación iba en aumento.

Seregil estaba más pálido que nunca y su respiración parecía trabajosa, como si necesitase de todas sus fuerzas para seguir hablando. De tanto en cuanto, dirigía una mirada nerviosa a Nysander, pero la atención del mago estaba centrada en Seregil.

—Después de algún tiempo, apareció alguien más —dijo Seregil. Mantenía los ojos obstinadamente cerrados y una mano levantada junto al rostro, como si esperase recibir un golpe de un momento a otro—. No puedo recordar quién era. Sólo... el oro. Y los ojos... algo sobre los ojos.

Su pecho subía y bajaba con esfuerzo. Alec puso una mano sobre su hombro.

—Azul —jadeó Seregil—. ¡Algo tan azul...! —con un gemido hondo, se desvaneció y cayó sobre la almohada.

—¡Seregil! Seregil, ¿puedes oírme? —exclamó Nysander mientras buscaba el pulso en su garganta.

—¿Qué ocurre? —gritó Alec.

—No estoy seguro. Alguna clase de visión, quizá o acaso un recuerdo abrumador. Ve a buscar un trapo y la jarra de agua.

Los ojos de Seregil volvieron a abrirse y parpadearon mientras Alec limpiaba sus sienes con un trapo limpio.

—No intentes continuar ahora —le advirtió Nysander mientras le acariciaba la frente—. Estabas farfullando algo incomprensible, como si alguna fuerza extraña estuviera desordenando tus pensamientos al mismo tiempo que tratabas de expresarlos con palabras.

—¿Podría tratarse de nuevo de la criatura negra, *aquí*? —preguntó Alec.

—Yo hubiera sentido una presencia de esa naturaleza —le tranquilizó Nysander—. No. Era como si los propios recuerdos indujesen una especie de confusión mental. Qué interesante... ¿Puedes hablar ahora, querido muchacho?

—Sí —dijo Seregil con voz ronca, mientras se pasaba una mano sobre los ojos.

—Descansa, entonces, y no pienses más en estas cosas por ahora. Ya he oído suficiente.

Nysander se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—¡Pues yo no! —Seregil levantó una ceja—. ¡Ni por asomo! ¿Qué es lo que me está *ocurriendo*?

Alec creyó ver un destello de dolor que cruzaba el rostro de Nysander.

—Confía en mí en este caso, querido muchacho —dijo el mago—. Debo meditar sobre lo que hemos descubierto hasta el momento. Descansa e intenta curarte. ¿Quieres que mande a Wethis a por algo de comida?

Alec se preparó para un nuevo ataque, pero Seregil se limitó a apartar la mirada y negar con la cabeza. Después de que Nysander hubiera abandonado la habitación se entretuvo durante algún rato con el fuego y entonces colocó la silla junto a la cama.

—Aquella criatura negra a la que combatiste —comenzó a decir, jugueteando con el dobladillo de una de sus mangas—, realmente se encontraba allí, en el carronato, ¿verdad? Y en la habitación de la posada, con nosotros. Era real.

Seregil se estremeció y desvió la mirada hacia el fuego, que ardía detrás de él.

—Al menos era real para mí. Creo que nos salvaste la vida a ambos cuando arrancaste ese pedazo de madera de mi cuerpo.

—¡Pero eso fue un accidente! ¿Y si no lo hubiera hecho?

Seregil lo miró directamente un momento y entonces se encogió de hombros.

—Pero lo hiciste y aquí estamos, sanos y salvos. La suerte de los ladrones, Alec; no la cuestiones. Límitate a darle las gracias. ¡Y reza para que no se agote!

En lo más cerrado de la noche, Nysander extrajo el disco de madera del frasco. A su alrededor, toda la cámara vibraba con los conjuros minuciosamente urdidos que había realizado para preparar su examen. Volvió el disco de un lado a otro utilizando unas pinzas alargadas. Trataba de determinar la naturaleza del poder de la cosa. A despecho de su apariencia vulgar, podía sentir la energía que emanaba de ella con tanta claridad como si se tratase de un oleaje rompiendo contra su piel.

Con el corazón agitado por presentimientos, volvió a guardar el objeto en el

frasco, lo selló, se lo guardó en el bolsillo y entonces se encaminó hacia los subterráneos de la Casa Oréska para dar su habitual paseo nocturno.

Un paseo por el anillo

A la mañana siguiente, Seregil sorprendió y alarmó a Alec tratando de abandonar de nuevo el lecho.

—A Valerius no le gustaría esto.

—Entonces es una suerte para nosotros que no se encuentre aquí, ¿verdad? —Seregil le guiñó un ojo, esperando que el muchacho no reparara en lo mucho que le temblaban todavía las piernas—. Además, no hay nada más saludable que un buen baño. Permíteme simplemente que me apoye un poco en ti y estaré perfectamente.

Apoyándose en Alec, que seguía pareciendo un poco reticente, Seregil consiguió llegar lentamente hasta los baños sin sufrir ningún percance.

Exhausto pero triunfante, dejó que un sirviente lo ayudara a entrar en la bañera mientras Alec tomaba asiento en un banco cercano.

—¡Por la Luz de Illior, es maravilloso volver a estar en una ciudad civilizada! —Seregil rió como un niño mientras se sumergía hasta la barbilla en el agua caliente.

—Nunca he conocido a nadie que tomara tantos baños como tú —gruñó el muchacho.

—Un buen remojo puede mejorar tu disposición —bromeó Seregil. Le preocupaba lo susceptible que se mostraba el muchacho aquella mañana. Mostraba un aire de ansiedad que hasta entonces nunca había estado allí, ni siquiera durante su difícil viaje a través de Micenia—. ¡Por el amor de Illior, Alec, relájate! No hay nadie por aquí —agitó el agua con los dedos de los pies—. Creo que luego daré un paseo por el exterior.

—Apenas has sido capaz de llegar hasta aquí... —señaló Alec sin demasiadas esperanzas.

—Pero ¿dónde se ha ido tu curiosidad esta mañana? Has estado viviendo en medio del mayor centro de hechicería del mundo entero y apenas has visto nada.

—Ahora mismo me preocupa más lo que Valerius diría si supiera que estás de pie, vagando por todas partes. Por si no lo sabes, se supone que soy responsable de ti.

—Nadie es responsable de mí excepto *yo mismo*. —Seregil levantó un dedo mojado para dar más énfasis a sus palabras —. Nysander lo sabe. Micum lo sabe. Incluso Valerius lo sabe. Y ahora, también tú lo sabes.

Para su sorpresa, Alec lo miró en silencio durante un momento y entonces, dando la vuelta, se alejó abruptamente y contempló fijamente la piscina central. Su espalda estaba rígida como la hoja de una espada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Seregil detrás de él. Estaba genuinamente sorprendido.

Alec murmuró algo y entonces interrumpió su parlamento con un brusco ademán.

—¿Qué? El ruido de las fuentes no me permite oírte.

Alec se volvió, sólo a medias, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡He dicho que fui responsable de ti mientras estabas enfermo!

¡Y yo soy un necio y un ciego!, se reprendió Seregil, consciente de pronto de la naturaleza del problema. Salió a duras penas de la bañera, se cubrió con una toalla y se aproximó al muchacho.

—He contraído contigo una deuda inmensa —dijo, al tiempo que estudiaba el perfil malhumorado de Alec—. Con todo lo que ha ocurrido, creo que no he tenido la oportunidad de darte las gracias de una manera apropiada.

—No te estoy pidiendo que me des las gracias.

—Pero te las mereces, en cualquier caso, y lo siento si acabo de insultarte. Es sólo que, por mi manera de pensar, no tiendo a esperar nada de nadie.

Alec lo miró con ojos desolados.

—Eso no es lo que Micum me contó. Dijo que demandabais lealtad de los demás y que jamás perdonabais la traición.

—Vaya... sí. Pero eso no es lo mismo, en realidad. ¿O sí? —el rubor tiñó las rubicundas mejillas del muchacho.

—Todo lo que sé es que *yo* te he sido leal, y si ya no me necesitas para nada, ¿qué demonios estoy haciendo en Rhíminee?

—¿Quién te ha dicho que no te quiero por aquí? —le espetó Seregil, un poco exasperado.

—Nadie. No exactamente. Es sólo que desde que llegamos aquí... quiero decir, desde que el barco... con todos esos magos y esos curanderos y... —Alec vaciló—. No lo sé. Supongo que siento que no pertenezco a este lugar.

—¡Por supuesto que perteneces aquí! —balbució Seregil—. ¿Quién te ha estado diciendo lo contrario? ¡Thero! Ese hijo de perra con cara de...

—Thero no me ha dicho una sola palabra.

Una pesada pausa se levantó entonces entre ambos y fue haciéndose más y más incómoda a cada segundo que pasaba.

—No me gusta discutir estando sin vestir —dijo Seregil al fin, adoptando una expresión irónica. Pero al menos sus palabras consiguieron levantar la sombra de una sonrisa en el rostro del muchacho—. Si llegas a averiguar qué es lo que te molesta tanto, házmelo saber. Entretanto, vamos al museo. Te prometí mostrarte maravillas y, para encontrarlas, ese es un lugar tan bueno como el mejor.

Reanimado por el baño y la ropa limpia, Seregil hizo que Alec lo ayudara a cruzar el atrio en dirección a la galería opuesta.

—Las cámaras subterráneas que se encuentran debajo de este edificio están atestadas de tesoros de todas clases —explicó, todavía apoyado sobre el hombro de Alec—. Solía visitarlas a todas horas con Nysander y Magyana. Te sorprendería

descubrir la riqueza que yace escondida justo debajo de tus pies.

Alec abrió las enormes puertas del museo y, al instante, dejó escapar un débil silbido de asombro.

La cámara central del Museo Oréska, abovedada, era semejante en sus dimensiones a los baños. Sin embargo, en este lugar los muros estaban cubiertos por ricos tapices y pinturas, escudos, y piezas de armadura. Suspendido sobre sus cabezas se encontraba el esqueleto terrorífico de una criatura de más de diecisiete metros de longitud; solo los dientes que emergían de las quijadas eran tan largos como el antebrazo de Alec. Cajas de madera de todos los tamaños, muchas de ellas cubiertas por paneles de un cristal muy grueso, se alineaban contra las paredes y cubrían toda la habitación, formando filas ordenadas. La que se encontraba más próxima a ellos contenía una colección de ornamentos y recipientes enjovados. Junto a ésta, había otra que mostraba una corona de oro tachonada de rubíes. Otra más estaba dedicada a la parafernalia de la hechicería.

—¿Qué te parece? —susurró Seregil, sonriendo ante el asombro del muchacho. Alec, boquiabierto, no contestó. Vagaba lentamente entre una caja y la siguiente, con el aspecto de un hombre sediento que acabara de encontrar una fuente inesperada.

En la habitación reinaba el silencio, pero no estaba vacía. Un grupo de eruditos estaba estudiando un tapiz. Cerca de ellos, una muchacha vestida con una túnica de aprendiz se sentaba en un banco elevado, próximo a una de las cajas, y copiaba con una tableta de arcilla y un estilo un pasaje del código abierto que aquella contenía. Al otro lado de la habitación, dos sirvientes de librea roja estaban ocupados reemplazando algunos objetos en una caja de cristal.

—Solía pasar mucho tiempo aquí —dijo Seregil a Alec en voz baja—. De hecho, a lo largo de los años, yo mismo he logrado añadir algunas piezas a la colección. Ésta, por ejemplo.

Condujo a Alec hasta una caja situada cerca del centro de la sala y señaló una delicada flor tallada en una única piedra, translúcida y de color rosa.

—Pertenece a la hechicera Nimia Reshal. Cuando se pronuncian las palabras adecuadas, emite una fragancia mágica que convierte a cualquiera que la inhala en un esclavo rendido a la voluntad de su dueño. De este modo consiguió atrapar a Micum antes de que yo se la arrebatara.

—Y entonces, ¿por qué no consiguió esclavizarte también a ti? —susurró Alec.

—Por suerte, en aquel momento me estaba acercando a ella desde otra dirección. Mientras ella se concentraba en él, sencillamente contuve el aliento, me arrastré desde atrás y le hice perder el sentido dándole un golpe en la cabeza. ¡Nunca subestimes las ventajas de la sorpresa!

Asintiendo, Alec se volvió hacia la siguiente caja y se puso rígido.

En el interior del expositor yacía un par de manos arrugadas cuya piel se había

ennegrecido hasta adoptar el color del cuero.

—¿Qué son esas cosas? —jadeó.

—¡Chstt! Una reliquia de lo más extraña. Mira más de cerca.

Los consumidos dedos todavía lucían anillos con piedras preciosas, y las descoloridas uñas estaban cubiertas por una intrincada tracería de espirales doradas; las anillas de hierro que aprisionaban las muñecas parecían fuera de lugar en comparación con el resto de los ornamentos. Cada una de ellas se unía por una cadena a una larga escarpia que atravesaba la correspondiente muñeca justo por debajo de la base de la mano. Y a su vez, el conjunto estaba sujeto con un cerrojo a la base de la caja.

Alec contempló las manos con repulsión asombrada.

—¿Qué es exactamente...?

En aquel preciso instante, uno de aquellos dedos semejantes a cuero se levantó lentamente y volvió a descender, como si se resistiese de alguna manera a aquel frívolo escrutinio.

Seregil había estado observando al muchacho todo el tiempo. En cuanto vio que la mano comenzaba a moverse, deslizó ligeramente un dedo por la espalda del muchacho, haciéndolo saltar y arrancándole un grito sobresaltado.

—¡Maldita sea, Seregil! —chilló Alec, mientras se volvía como un torbellino.

Los eruditos se volvieron a su vez y dirigieron miradas penetrantes en su dirección. La aprendiz dejó caer el estilo. Los sirvientes se limitaron a intercambiar miradas de disgusto.

Seregil se apoyó contra una de las cajas. Sus hombros se agitaban con una risa apenas contenida.

—Lo siento —acertó a decir al fin, sin el menor arrepentimiento, mientras intercambiaba un guiño con la muchacha—. Esta broma se le ha gastado a cada aprendiz que jamás ha habitado esta casa, incluyéndome a mí. No he podido resistirlo.

—¡Casi me matas del susto! —susurró Alec con indignación—. ¿Qué son esas cosas?

Seregil apoyó el codo sobre uno de los extremos de la caja y dio unos golpecitos sobre el cristal.

—Las manos de Tikárie Megraesh, un gran nigromante.

—Se han movido. —Alec se estremeció y se asomó por encima del hombro de Seregil—. Como si todavía estuvieran vivas.

—Lo están, en cierto sentido —replicó Seregil—. El nigromante terminó sus días siendo un dyrmagnos. ¿Alguna vez habías oído esa palabra?

—No. ¿Qué significa?

—Expresa el destino definitivo de todo nigromante. Verás, todas las formas de

magia imponen alguna clase de coste sobre aquellos que las practican; pero la nigromancia es, con mucho, la peor. Consume gradualmente el cuerpo, drenando su vida a medida que fortalece la voluntad del sujeto. Con el tiempo, no queda nada de él salvo un cadáver viviente en cuyo interior arde una terrible inteligencia: un dyrmagnos. Si lo que cuenta Nysander es cierto, este sujeto tenía al menos seiscientos años cuando le cortó las manos. Según parece, apenas han cambiado de aspecto desde que están aquí, lo que puede darte una idea del aspecto que debería de tener el resto de Tikárie Megraesh.

La mano izquierda se sacudió y comenzó a rascar débilmente el fondo de la caja con sus uñas ennegrecidas.

—Si la mano tiene ese aspecto, no creo que me gustara ver su rostro.

—Estas manos se escaparon una vez —continuó Seregil sin apartar la mirada de aquellas cosas que seguían moviéndose espasmódicamente—. Es casi imposible matar a un dyrmagnos, una vez que ha alcanzado tal edad. Todo lo que puedes hacer es desmembrarlo y guardar sus pedazos por separado. Esos símbolos que ves, pintados sobre las uñas, forman parte del conjuro de contención original, destinado a quebrantar el poder de la criatura. Con el tiempo, la vida acabará por abandonarlas.

Alec lo miró con el ceño fruncido.

—¿Y qué pasaría si todos los pedazos fueran reunidos de nuevo antes de que eso ocurriera?

—Se unirían y el dyrmagnos volvería a la vida. Por lo que recuerdo, algunos de los pedazos se encuentran en algún lugar de las catacumbas pero, por seguridad, la mayoría de ellos fueron llevados muy lejos por otros magos. La cabeza es la parte más peligrosa. Fue sellada en un cofre de plomo y arrojada al mar.

Ahora le tocó el turno a Seregil de saborear un estremecimiento al imaginar a la cabeza, aprisionada en la oscuridad bajo las heladas aguas, acaso soñando o acaso gritando su odio a las criaturas indiferentes del barro. Pero, sin embargo, detrás de este placentero pensamiento vino otro: ¿Cuándo había sido la última vez que había visto a las manos moverse tanto como hoy?

—¿Hay más cosas muertas por aquí? —preguntó Alec, mientras se aproximaba a otra de las cajas.

—Ninguna que se mueva.

—Mejor.

Todavía siguieron paseando un rato más, pero las fuerzas de Seregil no tardaron en vacilar.

No servía de nada tratar de ocultárselo a Alec.

—Vuelves a estar pálido —le dijo éste—. Vamos. Puede que dar un paseo por el jardín no sea tan mala idea, después de todo.

El pálido cielo invernal presagiaba la llegada de las nieves, pero en el interior de los muros, los jardines estaban bañados por brisas fragantes y el suave césped por el que caminaban despedía un aroma a camomila y tomillo.

Alec notó que Seregil se apoyaba en su hombro aún más que antes, y se preguntó si no hubiera sido mejor que regresaran al dormitorio.

—Allí —dijo Seregil señalando el camino que conducía a una fuente cercana. Llegaron junto a ella, se dejó caer sobre la hierba y apoyó la espalda contra la base.

Alec lo miró consternado.

—¡Estás tan blanco como ese mármol!

Seregil sumergió una mano en el agua y se la llevó a la frente.

—Dame un momento para recuperar el aliento.

—Sólo lo está haciendo para fastidiar a Valerius, ¿sabes? —les interrumpió una voz familiar.

Un par de mujeres apareció de repente. Ambas vestían la librea verde y blanca de la Guardia Montada de la Reina. La más baja de las dos, advirtió Alec con sobresalto, era la princesa Klia. Su acompañante, una mujer morena, de rostro grave, permanecía detrás de ella con aire vigilante.

Klia se dejó caer junto a Seregil sin ceremonia alguna, pero le ignoró completamente y se dirigió a Alec como si fueran viejos amigos.

—Ahora bien, si Valerius le hubiera ordenado levantarse tan pronto como fuera posible, se quedaría en cama hasta primavera. Debo decir que tienes mejor aspecto que la última vez que nos vimos. ¿A qué nombre respondes ahora?

Él sonrió, un poco azorado.

—Alec.

—Hola de nuevo, Alec. Ésta es la capitana Myrhini.

La morena le sorprendió con una sonrisa deslumbrante mientras se unía a ellos en el césped.

—La verdad es que me sorprendió bastante encontrarme con otro Silverleaf —continuó Klia con tono divertido—. Si hubiera sabido que Seregil estaba contigo, os hubiéramos llevado con nosotros.

—En aquel momento me encontraba indispuesto —dijo Seregil. Su sonrisa burlona había reaparecido—. ¿Cómo has sabido que había regresado?

—Anoche me encontré con Nysander, mientras se dirigía a una reunión con Madre y Lord Barien —sus azules ojos brillaban con fiereza—. A juzgar por lo que ella me ha dicho esta mañana, parece que las cosas vuelven a ponerse interesantes.

Seregil hizo una mueca.

—¿No te parece que ya habéis tenido suficientes batallas el año pasado? La última juerga estuvo a punto de costarte un brazo y a Myrhini.

Myrhini dio una patada juguetona al tacón de la bota de Klia.

—Ya la conoces. Sakor ha puesto su marca sobre ella. Esas cosas sólo consiguen que ansíe más violentamente la siguiente pelea.

—Como si tú no fueras igual de mala —sonrió Klia—. Además, si no estuviéramos más interesadas por las batallas que por un rostro bello, una de las dos podría estar ya en casa con un niño o dos. Seregil, ven a ver el caballo que Alec me ayudó a comprar en Cirna. Hwerlu está con él en la arboleda.

Klia ayudó a Seregil a ponerse en pie y le pasó un brazo alrededor de la cintura mientras se encaminaban a un pequeño robledal cercano.

—Yo sé de un rostro bello en el que ella está muy interesada. Sólo hace falta que el propietario se dé cuenta —susurró Myrhini a Alec mientras los seguían.

Entraron en la pequeña arboleda y Alec, sorprendido y encantado, descubrió que Hwerlu no era otro que el centauro al que había visto el primer día que pasara en Rhíminee.

Vista de cerca, la criatura resultaba aún más imponente; su cuerpo equino, de color castaño, tenía sus buenos tres metros de alto hasta los hombros, y sus genitales eran del tamaño de los de un gigante. El inusual caballo blanco y negro de Klia y otro animal Aurénfaie se encontraban a su lado, y los acariciaba con sus grandes manos como si fuesen sabuesos. De pie junto a él, Seregil y Klia parecían un par de niños.

—¡Ven aquí! —llamó Seregil a Alec—. Recuerdo haberte oído decir que los centauros no eran más que una leyenda.

Cuando Hwerlu se inclinó para saludarlo, Alec advirtió que tenía los ojos de un caballo, grandes y oscuros, sin una mota de blanco.

—Saludos, pequeño Alec —la voz de Hwerlu retumbaba poderosa desde las profundidades de su inmenso pecho—. La luz de Illior brilla con fuerza en tu interior. Debe de complacerte descubrir que las leyendas pueden ser reales.

—Así es —le dijo Alec—. ¡Nunca imaginé que los centauros fueran tan grandes!

Hwerlu soltó una carcajada, echó atrás la negra melena y comenzó a dar vueltas. Sus grandes cascos hacían retumbar la tierra bajo los pies de todos ellos. De pronto, se detuvo abruptamente y atravesó al trote el claro.

—¡Y he aquí otra leyenda! Mi amada Feeya —proclamó, mientras otro centauro hacía su entrada en el círculo de árboles.

Feeya tenía el cuerpo de un alazán y apenas era un poco más pequeña que Hwerlu. La misma melena tupida cubría su espalda, pero la piel de su torso humano parecía por lo demás tan suave como la de cualquier mujer. El único adorno que lucía era un pesado torque como el de Hwerlu, pero Alec descubrió rápidamente que no había razón para avergonzarse, porque no tenía senos. Al parecer, los centauros amamantaban a sus cachorros de la misma manera que los caballos.

Sus anchas facciones no eran hermosas de acuerdo a los cánones humanos pero, tomada como lo que era, resultaba una verdadera belleza.

Hwerlu condujo a su dama con galantería junto a Alec.

—No habla tu lengua, pero le complace escucharla.

Alec saludó al dorado centauro. Sonriendo, ella levantó la barbilla y le habló en su propio lenguaje silbante mientras estudiaba su rostro con evidente interés.

Detrás de Alec, Seregil respondió en la lengua de los centauros.

Feeya sacudió la melena, asintió en dirección a ambos y se alejó para admirar el nuevo caballo de Klia.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Alec.

—Oh, un saludo como el de Hwerlu. Le he dado las gracias en tu nombre. — Seregil se sentó en la base de un árbol. Parecía contento.

—¿Hay muchos centauros en Eskalia?

—No. Viven sobre todo en las montañas, junto a la orilla del mar de Osiat. Unas pocas tribus grandes habitan todavía las llanuras de nuestro reino. Magyana trajo a Hwerlu y Feeya a Rhíminee hace algunos años. Aquella torre, la que está a la izquierda de la de Nysander, es la suya.

—¿La amiga de Nysander?

—Sí. Magyana es una gran viajera. Quería aprender más cosas sobre los centauros. Hwerlu sentía curiosidad por su magia, que era muy diferente a la de él, así que accedió a acompañarla. Volverá a su hogar cuando su curiosidad esté satisfecha.

—Entonces, ¿eres también un mago, Hwerlu? —preguntó Alec al centauro, que acababa de regresar.

—No puedo hacer fuego sin combustible, ni volar por el aire como los magos de la Oréska. Mi poder está en mi música. —Hwerlu señaló a una gran arpa que pendía de las ramas de un árbol cercano—. Canto curaciones, bendiciones, sueños. Creo que quizá debería cantar una balada de curación para ti, Seregil. Todavía veo la enfermedad en tu rostro.

—Te estaría muy agradecido. Tus curaciones no dejan un regusto amargo en la boca, como las de los drisianos. De hecho, creo que pasaré la tarde aquí. Alec, ¿por qué no vas a los establos, consigues un caballo y das un paseo? Creo que te haría bien.

—Preferiría quedarme aquí —objetó Alec. No sentía el menor deseo de visitar la ciudad a solas.

—¿Y pasar todo el día viéndome dormir? —se burló Seregil—. No, creo que es hora de que continúes con tu educación. Puedes dar una vuelta por el Anillo. Luego vuelve y cuéntame lo que has visto.

—¿El Anillo? Pero ni siquiera sé lo que...

—Yo te lo mostraré —se ofreció Myrhini—. Tengo que regresar a los barracones. Está de camino.

—Ahí lo tienes. —Seregil ignoró despreocupadamente la silenciosa súplica de Alec—. Asociado ya con centauros y magos y recorriendo las calles con una capitana de la Guardia Montada de la Reina. No puedes quejarte. Pero, eso sí, será mejor que no te bajes la capucha. Todavía es pronto para que tú y yo nos dejemos ver. ¡Y ten cuidado! Ya no estás en los bosques. Rhíminee puede ser un lugar muy peligroso, incluso a la luz del día. ¡Y por el amor de Illior, consigue unos guantes! Tus manos ya están en un estado lo bastante malo.

Myrhini sacó un par de guantes de su cinturón y se los arrojó a Alec.

—Vayámonos, muchacho, antes de que encuentre algo más por lo que protestar.

Todavía dubitativo, Alec la siguió hacia los establos, detrás del edificio principal, donde un mozo ensilló un enérgico caballo para él.

Desde que llegara a la ciudad, era la primera vez que abandonaba el abrigo de los mágicos jardines, y le complació sentir de nuevo la dulce y fría brisa invernal contra el rostro.

A ambos lados de la calle del Yelmo Dorado se levantaban grandes muros de jardines. Estirando el cuello, Alec pudo entrever estatuas, pedimentos tallados y capiteles de columnas, que decoraban casas más impresionantes que cualquier templo que hubiera visto en el norte.

Después de varias manzanas, la calle desembocaba en una de las plazas circulares pavimentadas en las que ya había reparado la primera vez que había atravesado la ciudad, con Nysander. La cruzaron dando un rodeo.

—¿Para qué sirven? —preguntó, mirando a su alrededor.

—Es un círculo de catapulta, parte de las defensas de la ciudad —le explicó Myrhini—. Las calles que salen de él son rectas, para permitir a los defensores un disparo directo a cualquier fuerza enemiga que se aproxime. Hay círculos como este por toda la ciudad. El Anillo y las plazas del mercado, junto a las puertas, son también posiciones defensivas, lugares en los que se puede atacar fácilmente a cualquiera que consiga atravesar las puertas.

—¿Rhíminee ha sido atacada alguna vez?

—Oh, sí. Pero los plenimaranos sólo consiguieron entrar una vez. El último ataque a gran escala tuvo lugar hace casi cuarenta años.

Dos Halcones terminaba en la calle de la Luna Plateada, una amplia avenida que rodeaba el Parque de la Reina. Se habían construido hermosos edificios públicos contra los muros del parque, y al otro lado se alzaban villas más grandes que cualquiera que Alec hubiera visto jamás.

Mientras Myrhini y él pasaban bajo el pesado rastrillo que conducía a los terrenos del Palacio, unos guardias con librea azul saludaron a la capitana.

—Ahí están los barracones —dijo, señalando una colección de edificios bajos y

alargados, apenas visibles más allá de la oscura mole del palacio.

Al llegar a un ancho patio en el que, presumiblemente, se pasaba revista a las tropas, se detuvieron para observar a una compañía de jinetes que practicaba una maniobra de batalla. Mientras volvía a cubrirse con la capucha, Alec dejó escapar un silbido de admiración.

Cada jinete llevaba una lanza y el viento agitaba furiosamente las verdes banderolas mientras atravesaban a galope tendido todo el campo, formando una línea perfecta. Al llegar al otro extremo giraron abruptamente, bajaron las lanzas y cargaron dando gritos sanguinarios. Giraron de nuevo, arrojaron las lanzas al suelo y, desenvainando las espadas, comenzaron a lanzar tajos a derecha e izquierda.

—Hay pocas visiones tan impresionantes como ésta, ¿no te parece? —preguntó Myrhini mientras los seguía con la mirada. Su caballo se agitaba inquieto, ansioso por unirse a sus compañeros en la acción.

Mientras ellos seguían observando, un trío de jinetes apareció a galope desde la dirección de los barracones: dos nobles y una mujer de aspecto severo y ojos pálidos, vestida con un uniforme verde y una gorguera dorada. El hombre de mayor edad resultaba imponente, vestido de negra seda adornada con encajes de plata y pieles. Un collar enjovado de oficial colgaba a lo largo de todo su ancho pecho. El otro hombre era mucho más joven, estaría cerca de la treintena y lucía un mostacho rubio y un fino mechón de pelo en la barbilla. Aunque vestía un rico traje de seda roja con encajes de oro, dio a Alec la impresión de ser mucho menos importante que los otros.

—General Phoria —dijo Myrhini, saludando a la mujer—. Y saludos, Lord Barien y Lord Teukros.

—Supongo que sus tropas estarán preparadas para la inspección esta mañana —dijo la general, seca, mientras devolvía el saludo con una mano a la que le faltaban los dos últimos dedos.

—Siempre a sus órdenes, general.

La fría mirada de Phoria se posó entonces sobre Alec y lo recorrió de arriba abajo, como si acabase de reparar en su presencia.

—¿Y éste quién es?

—Un huésped del mago Nysander, general. Lo estoy escoltando al Anillo.

Alec lanzó una mirada de soslayo a Myrhini pero no se le ocurrió interrumpir; la expresión de la general Phoria se había dulcificado ostensiblemente ante la mención de Nysander.

—No tienes el aspecto de un mago —señaló.

—No, general. No lo soy —respondió Alec rápidamente, adelantándose a Myrhini—. He venido a la ciudad para estudiar.

—¡Ah, un joven erudito! —el hombre mayor sonrió, complacido—. Espero que te quedes el tiempo suficiente para asistir al Festival. Es la mayor gloria de la ciudad.

Alec no tenía la menor idea de a qué podía estarse refiriendo el hombre, pero asintió diplomáticamente e hizo lo que pudo para parecer respetuoso. Afortunadamente, la general Phoria estaba ansiosa por marcharse. Con un último y seco asentimiento, ella y sus compañeros continuaron en dirección al Palacio.

Alec respiró profunda y lentamente.

—¿Era ese el mismo Barien del que habló Klia?

—*Lord Barien* —le amonestó Myrhini—. *Lord Barien* i *Sal Khameris Vitulliein* de *Rhilna*, para ser exactos. Es el Vicerregente de *Eskalia*, el personaje más poderoso del reino después de la propia Reina. El otro era su sobrino, *Lord Teukros* i *Eryan*.

—¿Y la general?

—Además de ser comandante suprema de toda la caballería de *Eskalia*, la general *Phoria* es la hija mayor de la Reina. Acabas de encontrarte con la futura reina, amigo mío. Vayámonos ya. Te prepararé un salvoconducto.

Desmontaron frente a uno de los barracones y Alec siguió a Myrhini hasta la cámara de los oficiales. Un puñado de soldados se sentaba alrededor de una mesa, dedicados a una partida de *bakshi*.

En cuanto vieron aparecer a su oficial superior, se levantaron y saludaron. Myrhini devolvió sus saludos y tomó asiento en un escritorio cercano para preparar el salvoconducto de Alec. Después de lanzar algunas miradas curiosas en dirección al muchacho, los soldados reanudaron su partida.

Myrhini puso su sello al pase y se lo tendió a Alec.

—Muestra esto en cualquier puerta del Anillo y no tendrás ningún problema. Hay una justo detrás del último de los barracones. Vamos a por tu caballo y te la indicaré.

De nuevo en el exterior, condujo a Alec hasta una puerta fuertemente custodiada, cercana al Palacio.

—Es muy difícil que te pierdas —le tranquilizó Myrhini—. Permanece entre los dos muros y rodearás la ciudad entera hasta llegar de nuevo aquí. Para regresar a la *Casa Oréska*, lo más fácil es que vayas por el Mercado de la Cosecha. Sigue la calle de la Hoja hasta la Fuente de *Astellus* y entonces toma la del *Yelmo Dorado* hasta que vuelvas a verla.

Las instrucciones de Myrhini parecían muy sencillas, pero cuando las puertas se cerraron con estrépito detrás de él, Alec sintió una pizca de aprensión.

Mirando a su alrededor, se encontró en un parque muy agradable, con árboles y sendas para carruajes perfectamente cuidadas. Varios mercaderes habían levantado sus tiendas allí y muchos clientes elegantemente vestidos paseaban entre las barracas, pintadas de alegres colores.

Las sendas estaban llenas de gente a caballo o en carruaje. Los hombres vestían abrigos coloridos o túnicas debajo de pesadas capas, y las mujeres lucían ricas pieles; en sus enguantados dedos y en sus cabellos, elaboradamente peinados y trenzados, las gemas brillaban con profusión.

Muchos de los paseantes iban acompañados por animales domesticados y Alec sonrió para sus adentros, preguntándose si su padre y él habrían capturado alguno de aquellos halcones o gatos moteados. Ciertamente habían vendido un buen número de ellos a comerciantes sureños.

Se dirigió al trote hacia el norte y muy pronto llegó a la primera de las puertas. Los guardias inspeccionaron brevemente su pase y entonces le indicaron con un gesto que podía entrar en el Mercado de la Cosecha.

Este mercado era considerablemente más pequeño que el que había visto anteriormente, junto a la Puerta del Mar, y a estas alturas del año no estaba tan atestado de gente. Una puerta que conducía al exterior de la ciudad permanecía abierta para los carromatos, y había numerosas posadas y tabernas de cara a la plaza principal. Después de comprobar las señales de las calles para asegurarse cuál de ellas era la de la Hoja, Alec entró en la plaza, la atravesó y volvió al anillo para seguir su camino.

La siguiente sección del mismo se utilizaba como tierra de pasto para el ganado. Cabalgó junto a pequeños rebaños de ovejas y vacas que se alimentaban de haces de heno bajo la atenta mirada de los niños que se ocupaban de ellos. Aquí y allá, a lo largo del muro interior, se habían excavado grandes cisternas en la tierra. Aunque los rebaños que podía ver no eran demasiado grandes, saltaba a la vista que si la ciudad llegaba a ser asediada, habría animales suficientes para alimentar a los defensores durante bastante tiempo.

Rodeando el perímetro norte de la ciudad a medio galope, Alec comenzó a reparar en la presencia de asentamientos humanos; toscas cabañas de tablones se apiñaban a los pies de las murallas, muchas de ellas conectadas por caminos bien delimitados. Los habitantes de aquel pequeño asentamiento tenían el aire hosco de quienes viven precariamente. Los límites de sus diminutas propiedades estaban marcados por pilas de desperdicios; entre las chabolas deambulaban niños delgados y perros todavía más delgados, registrando los desperdicios que sus vecinos habían arrojado y observando a los extraños que pasaban junto a ellos con ojos depredadores.

Mientras cabalgaba junto a una de aquellas destartadas chozas, una niña mugrienta cubierta con harapos se arrojó prácticamente a los pies de su caballo, mendigando unas monedas de cobre. Alec tuvo que tirar de las riendas con fuerza para evitar aplastarla, y al instante se vio rodeado por una muchedumbre de pequeños mendigos que le suplicaban a voces que les diera un poco de dinero. Una mujer de

pelo lacio apareció en un portal y lo llamó con señas, haciendo toda clase de gestos lascivos. Aparte de una falda hecha jirones, sólo se cubría con un chal encima de los hombros. Lo dejó caer mientras lo llamaba a gritos.

Alec sacó apresuradamente unas cuantas monedas y las arrojó detrás de su caballo, tratando de conseguir que los niños se apartaran de su camino. Pero a medida que continuaba avanzando, las chabolas se hicieron más numerosas, y con ellas los grupos de mendigos y holgazanes de toda laya.

La siguiente puerta se encontraba ya a la vista cuando reparó en la presencia de tres hombres que lo observaban acercarse sin ocultar su interés. Estaban sentados frente a una tienda de campaña destartada y, mientras él se acercaba, se levantaron y se situaron junto al camino que estaba siguiendo. Eran hombres robustos.

Cualquiera de ellos podría con él y, además, llevaban grandes cuchillos a la vista.

Alec estaba considerando si debía dar la vuelta o simplemente espolear a su caballo y lanzarlo al galope, cuando un grupo de jinetes de uniforme apareció desde la dirección opuesta.

El sol invernal se reflejaba sobre sus yelmos. Vestían la misma librea azul oscura de los centinelas que había visto en la puerta, y llevaban mazas pesadas y espadas. Los presuntos maleantes desaparecieron rápidamente entre las cabañas mientras los jinetes se aproximaban. Alec cabalgó rápidamente hacia la puerta y penetró en el Mercado del Mar.

La inmensa plaza estaba tan atestada de gente como la primera vez que la viera. Se detuvo un momento para recuperar la compostura y entonces, al divisar en la distancia la calle de la Hoja, se encaminó hacia ella siguiendo una de las amplias avenidas que atravesaban el mercado en aquella dirección.

El aroma del cordero con especias lo obligó a detenerse. Mirando en derredor, Alec no tardó en encontrar a un viejo que, muy cerca de él, cocinaba trozos de carne sobre un brasero. Un poco más tranquilo ahora, decidió detenerse y comer un poco. Desmontó, compró carne y sidra, tomó asiento sobre una caja y observó el discurrir de la multitud.

Después de todo, esto no está tan mal, pensó. ¿Dónde estaba seis meses atrás? Vagando a solas por las mismas montañas que había conocido durante toda su vida. Y ahora se sentaba en medio de una de las ciudades más poderosas del mundo, con ropas limpias en el equipaje y plata en los bolsillos. Comenzaba a disfrutar de su situación.

Estaba terminando de comer cuando el sonido sordo y desigual de una campana se elevó sobre el tumulto general de la plaza.

Uniéndose a la multitud en el extremo de la calle, comenzó a avanzar a empujones.

Una docena de guardias vestidos de azul escoltaban un carro que avanzaba en su

dirección. En la parte trasera del carro, con la punta hacia arriba, se había dispuesto una alta pica; la cabeza de un hombre estaba clavada sobre ella. La mandíbula inferior se estremecía con cada sacudida y cada bache. Los vidriosos ojos se habían vuelto hacia arriba, como si incluso en la muerte quisiesen evitar el escarnio y la repugnancia que acompañaba a esta última travesía. Debajo de ella se había clavado una placa, pero la inscripción estaba tapada por manchones de sangre seca.

Alec escupió el último bocado de carne y bajó los ojos mientras el carro pasaba a su lado. Tenía la impresión de que, allá donde volviese la vista, se topaba con visiones de cadáveres mutilados.

Repentinamente, una mano se deslizó alrededor de su brazo desde detrás.

—¿Os encontráis mal, joven señor?

Sintió un aliento maloliente sobre la mejilla. Se volvió. Quien lo sujetaba era un flacucho y joven rufián. El hundido rostro del individuo parecía tan estrecho como el filo de un hacha, una ilusión que no contribuían a aliviar ni su nariz, prominentemente arqueada, ni sus dientes mellados. Un indisciplinado mechón de cabello arenoso se empeñaba en caer sobre sus ojos y alargaba constantemente una mano para apartarlo sin abandonar con la otra la manga de Alec. Sus ropas habían sido de buena calidad en el pasado pero, a juzgar por su apariencia gastada y el acre olor que despedían, Alec sospechaba que se trataba de un habitante de la zona norte del Anillo.

—Estoy perfectamente, gracias —dijo. No le gustaba el persistente contacto del otro en su brazo.

—A algunos no les molestan tales visiones —dijo el recién llegado, sacudiendo la cabeza. Parecía molesto, aunque si era por la visión de la muerte violenta o por falta de estómago, Alec no podía saberlo—. Cuando os he visto, me dije: «He aquí uno que podría desplomarse». Quizá preferiríais sentaros aquí un momento. Menudo fin para Lord Vardarus, ¿eh?

—Estoy perfectamente —repitió Alec, liberándose por fin—. ¿Quién es Lord Vardarus?

—Acabáis de verlo pasar. Si hubieseis mirado en la parte trasera de ese carro, habríais visto el resto de él. Se lo llevan a la fosa común de la ciudad. Ha sido ejecutado esta mañana por conspirar para asesinar al propio Vicerregente, según he oído —el hombre hizo una pausa para escupir—. ¡Sucio traidor Lerano!

¡*El Vicerregente!*, pensó Alec, recordando al alegre individuo al que Myrhini le había presentado aquella misma mañana. Ya tenía algo que contarle a Seregil; Lord Barien debía de venir en aquel preciso momento de la ejecución del presunto conspirador. Alec tomó nota mentalmente de que debía preguntarle a Seregil lo que era un Lerano.

—¿Os encontráis bien, entonces, joven señor? —volvió a preguntar su salvador.

—¡Por última vez, sí! —después de conceder al hombre un saludo seco con la cabeza, Alec miró en derredor, buscando a su caballo.

Cuando volvió la vista adelante, el individuo había desaparecido.

Alec sacudió la cabeza, confundido y volvió a ponerse en marcha.

La sección del Anillo que discurría cerca del mar estaba más custodiada; su pase fue inspeccionado cuidadosamente por los centinelas antes de que se le permitiera continuar. Más allá de las puertas, los terrenos se habían dividido en una serie de enormes corrales para albergar a los caballos de las diversas unidades militares estacionadas en la ciudad.

Cientos de animales se arremolinaban dentro de las cercas, a ambos lados del camino. Su acusado olor empapaba el aire. Las tiendas de los herreros, fabricantes de arreos y armaduras del regimiento se levantaban, diseminadas entre los cercados, y los artesanos añadían sus propios sonidos al estruendo reinante. En la puerta de cada corral, un signo mostraba el emblema del regimiento al que correspondían los animales, al igual que lo hacían los uniformes de los soldados que montaban guardia. Alec no tardó en distinguir los yelmos y sables de la Guardia Montada de la Reina, así como los emblemas dorados de los jinetes de librea azul que había visto por toda la ciudad. Otros uniformes eran nuevos para él. Soldados vestidos con camisas azul cielo, sobre las que se había bordado en blanco brillante el dibujo de un halcón en vuelo, montaban guardia en los corrales de varias manadas compuestas exclusivamente por caballos blancos. Otro grupo vestía de púrpura intenso y su emblema era de serpientes escarlata formando un complicado nudo.

La carretera estaba abarrotada de soldados, hileras de caballos, bacas de heno y carretas de estiércol. En tal compañía era impensable atravesar el lugar a pie. Aquellos que no tenían nada que hacer se alineaban junto a las cercas y observaban la actividad. Algunos de estos holgazanes, tanto hombres como mujeres, lo saludaban con gestos apenas menos procaces que los de la desarrapada mujer de la cabaña.

Asustado por las costumbres de los ciudadanos, Alec espoleó al caballo, avanzó al trote hasta la siguiente puerta y, para su tranquilidad, volvió a emerger al alargado parque que se encontraba detrás del Palacio de la Reina. Galopó hasta el Mercado de la Cosecha y la calle de la Hoja y luego viró hacia el este.

Había gente por todos lados, abriéndose paso a empujones como si estuviesen todos ellos dedicados a importantísimos asuntos. Incluso los edificios parecían amontonarse unos encima de otros, inclinándose hombro con hombro sobre las calles para atrapar el estrépito del tráfico y devolverlo convertido en un eco. Alec volvió a sentir la incomodidad que solía provocarle la proximidad de las multitudes.

Para cuando llegó al Círculo de Astellus, las sombras de la tarde comenzaban a alargarse. Se detuvo frente a la columnata. Al otro lado se alzaba el parque boscoso que bordeaba el extremo norte de la ciudad. Una única calle se adentraba en el parque

a través de un arco de piedra delicadamente tallado. Jinetes ricamente vestidos y lujosos coches de caballos iban y venían formando un flujo constante.

Curioso, Alec se aproximó para poder ver mejor.

El parque abrazaba la calle a ambos lados y, junto con el arco, le otorgaba al lugar un aire recogido, casi mágico, como si pudiese existir al margen de la atestada ciudad que se alzaba a su alrededor. En aquel lugar, las villas no estaban protegidas por muros y Alec se maravilló por la elegancia de las fachadas y los jardines. A pesar de lo temprano de la hora, sobre la entrada de cada una de las casas ardían una o más lámparas de colores. Sólo había cuatro colores: rosa, ámbar, blanco y amarillo. Aunque transmitían un cierto tono festivo, su orden a lo largo de la calle parecía bastante fortuito.

—Excúseme, señor —se aventuró Alec a preguntar, llamando la atención de un hombre que acababa de pasar bajo el arco—. ¿Qué calle es ésta?

—La calle de las Luces, naturalmente —replicó el hombre mientras lo miraba de arriba abajo.

—Ya veo. ¿Y qué significan las luces?

—Si tienes que preguntarlo, muchacho, entonces es que no necesitas saberlo —el hombre guiñó un ojo a Alec y se alejó silbando.

Después de lanzar una última e intrigada mirada hacia la curiosa avenida, Alec se encaminó hacia la Casa Oréska. Gracias a las instrucciones de Myrhini consiguió llegar sin contratiempos y, una vez allí, la piedra de Nysander lo condujo hasta la puerta de la torre.

Estaba levantando la mano para llamar cuando Thero salió como un vendaval, llevando consigo un montón de estuches de pergaminos. Chocaron con tanta fuerza que ambos perdieron el aliento. Los estuches volaron en todas direcciones y rodaron organizando un gran estrépito por todo el pasillo. Uno de ellos cayó por encima del parapeto y al instante, varias voces asombradas se levantaron, formando un eco en el atrio, mientras el estuche se hacía pedazos sobre las baldosas. Thero miró fijamente a Alec, sólo un instante, y entonces comenzó a recoger los documentos.

—Lo siento —musitó Alec, mientras se agachaba para tomar los que habían rodado por el corredor. Thero los aceptó bruscamente y se marchó dando grandes zancadas, sin molestarse en comprobar si la puerta se había cerrado detrás de él.

De nada, hombre, pensó Alec con amargura. Volvió a llamar, no sin colocarse a un lado.

Esta vez fue Seregil el que abrió la puerta. Parecía muy satisfecho de sí mismo.

—Se ha ido, ¿verdad? —dijo con una sonrisa falsa, mientras dejaba pasar a Alec.

—¿Qué demonios pasa? Por poco me arroja por la barandilla.

Seregil se encogió de hombros con aire de inocencia.

—Subí para pedirle prestado un libro a Nysander, pero no se encontraba aquí. En

su ausencia, Thero se atrevió a decirme que no podía cogerlo. Después de debatir largo y tendido sobre el particular, sugerí que tal vez fuera su voto de celibato lo que lo mantiene en tan constante estado de irritación. Me encontraba en medio de un discurso detallado, basado en gran medida en mi propia experiencia personal, sobre los métodos que podía emplear para aliviar sus dificultades, cuando salió apresuradamente. Quizá haya decidido poner en práctica mis sabios consejos.

—Lo dudo. ¿No es peligroso eso de burlarse de un mago?

—Se toma a sí mismo demasiado en serio —se mofó Seregil mientras se sentaba sobre una de las mesas de trabajo—. ¿Qué tal tu paseo? ¿Has visto algo interesante? ¿Quién te ha robado la bolsa?

—Había una procesión en el Mercado del Mar y...

Se detuvo, boquiabierto, mientras su mente registraba la última pregunta de Seregil. Comprobó su cinturón y sólo encontró las cuerdas cortadas de las que había pendido su bolsa.

—¡Ese bastardo del Mercado del Mar! —gruñó.

Seregil le miró con una tortuosa sonrisa en los labios.

—Déjame adivinar: delgado, pálido, nariz grande, dientes feos... ¿me equivoco? ¿Se te acercó por alguna razón y no había forma de desembarazarse de él? Te aligeró de esto, creo.

Seregil le arrojó a Alec una bolsa. Era la suya, y estaba completamente vacía.

—Su nombre es Tym —la sonrisa de Seregil se ensanchó—. Suponía que se te acercaría en el Mercado. Le encantan las multitudes, especialmente si hay casacas azules en las proximidades.

Alec se quedó mirando a Seregil, con expresión horrorizada.

—¡Lo enviaste detrás de mí! ¿Trabaja para ti?

—De vez en cuando, así que es posible que vuelvas a verlo. Entonces podrás ajustar cuentas con él, si quieres. Espero que no hayas perdido demasiado.

—No, pero sigo sin comprender por qué lo has hecho. ¡Por los Codos de Biliary, Seregil! Si no hubiera llevado el pase en la capa...

—Considéralo tu primera lección sobre la vida en las ciudades. Algo parecido a esto te hubiera ocurrido más tarde o más temprano. Consideré que era mejor que fuera más temprano. ¡Te advertí antes de que te marcharas de que tuvieras cuidado!

—Creía haberlo tenido —dijo Alec, sintiendo un estremecimiento al recordar los rudos personajes a los que había conseguido evitar en el Anillo.

Seregil le dio una palmada en el hombro.

—Bueno, no te preocupes. Tym es un profesional a su propia e insignificante manera, y tú eres su clase favorita de víctima: recién llegado del campo, verde como la hierba, con la boca muy abierta mientras paseas por la ciudad. Vamos, háblame de tu paseo.

—¿No te habló Tym de ello? —Alec lo miró ceñudo. Se sentía que como si se hubiesen burlado de él.

—Tym no eres tú. Quiero oírlo de tus labios.

Todavía un poco airado, Alec realizó una concisa descripción de lo que había visto en el Anillo, incluyendo intencionadamente a los asaltantes, y luego pasó a relatar lo referente a la procesión que había atravesado el Mercado del Mar.

—Lord Vardarus. —Seregil frunció el ceño mientras hacía girar una varilla de cristal entre los dedos—. Hice un par de trabajos para él en el pasado. Hubiera dicho que era completamente leal a la Reina.

—Ese ladronzuelo amigo tuyo dijo que había tratado de asesinar a Lord Barien. Myrhini y yo vimos a Lord Barien antes de que me marchara, cerca de Palacio. ¡Por el amor del Hacedor, Seregil, debía de venir de la ejecución en aquel preciso momento y nos habló de un festival!

—La Fiesta de Sakor, en el solsticio de invierno —replicó Seregil con aire ausente—. Me pregunto lo que sabrá Nysander sobre esto. Nunca hubiera tomado a Vardarus por un Lerano.

—Y ya que estamos con eso, ¿qué son esos Leranos?

Seregil lo miró, sorprendido.

—Por las Bolas de Bilairy. ¿Quieres decir que nunca te he hablado de Idrilain I?

—No. Aquella noche en el *Véloz* me dijiste que tenía mucho que aprender sobre la Familia Real, pero entonces caíste enfermo.

—Ah, bien, entonces tengo una historia que contarte. La de Idrilain I es una de mis favoritas. Vivió hace cuatrocientos años y fue la primera y la única de las Reinas de Eskalia que eligió como consorte a un Aurénfaie.

—¿Un Aurénfaie?

—Exacto, aunque no era su primer marido. Idrilain era una gran guerrera, reputada por su fuerte voluntad y su fiero temperamento. Con veinte años ya era general. A los veintidós, el mismo día de su coronación, se casó. No tardó en tener un heredero, una hija llamada Lera. No mucho después, Zengat declaró la guerra a Auréren. Los Aurénfaie solicitaron la ayuda de Eskalia y la Reina Idrilain condujo en persona las fuerzas al sur.

—¿Dónde se encuentra Zengat? —le interrumpió Alec. Una colección de nombres desconocidos bailaba en su cabeza.

—Al oeste de Auréren, donde las montañas de la Cordillera Ared Nimra se unen al mar de Sélon. Los Zengati son un pueblo fiero y la mayoría de ellos son guerreros, salteadores de caminos y piratas. Ocasionalmente se aburren de pelear entre sí y se reúnen para atacar a sus vecinos, normalmente Auréren. En aquella ocasión reclamaban las tierras que se encuentran cerca del Monte Bardók. Una vez que se hicieron con el Auréren occidental decidieron que muy bien podrían quedarse con el

resto. Mientras batallaba allí, Idrilain se enamoró de un hermoso capitán Aurénfaie llamado Corruith. Cuando regresó a Eskalia lo llevó consigo y, al repudiar a su primer marido para casarse con él, estuvo a punto de causar una guerra civil.

—Pero tú dijiste que era una práctica común entre las reinas cambiar de amante a voluntad —le recordó Alec.

—Sí, pero normalmente sólo lo hacían para conseguir un heredero. Idrilain ya tenía una hija. Y luego estaba la cuestión de que Corruith era un Aurénfaie.

—¿Quieres decir que no era humano?

—Exacto. Aunque los antiguos lazos forjados en tiempos de la Gran Guerra se recordaban todavía con gratitud, el hecho de mezclar la sangre real con sangre no humana era un asunto bien diferente. Como de costumbre, Idrilain se salió con la suya y la pareja tuvo una nueva hija, Corruthesthera. Su padre, un hombre noble y bondadoso de acuerdo a todas las fuentes, acabó por ser aceptado por algunos de los nobles. Pero había otra facción, una facción poderosa, los Leranos, que no estaba dispuesta a aceptar la posibilidad de que la hija de Corruith alcanzara el trono. El primer consorte de Idrilain estuvo involucrado en ello desde el principio y es muy probable que Lera lo estuviera también, aunque esto último no pudo probarse nunca. Sea cual sea el caso, las relaciones entre la Reina y la Princesa Real eran bastante tirantes, por expresarlo de una forma suave.

—¿Y qué ocurrió?

—Llegado el trigésimo segundo año de su reinado, Idrilain fue envenenada. No pudo probarse ninguna conexión con los Leranos, pero el caso es que Lera ascendió al trono bajo la sombra de la sospecha. Tampoco contribuyó a la situación el hecho de que Lord Corruith desapareciera sin dejar rastro el mismo día de su coronación. En beneficio de Lera, hay que decir que no hizo que su media hermana, Corruthesthera, fuera asesinada entonces. En vez de ello, la exiló a una isla lejana, situada en medio del mar de Osiat. El pueblo de Aurén se enfureció y las relaciones entre ambas naciones no han vuelto a ser las mismas desde entonces. La Reina Lera era una mujer dura que gobernaba con puño de hierro. Durante los dieciocho años que ocupó el trono se llevaron a cabo más ejecuciones que en cualquier otro reinado en toda la historia de Eskalia. Irónicamente, su media hermana sobrevivió a tres intentos de asesinato, mientras que la propia Lera falleció mientras daba a luz a un hijo. A pesar de algunos intentos de revolución, Corruthesthera fue llamada del exilio y coronada, como la única heredera viva.

Alec meditó un momento sobre todo ello.

—Entonces, ¿las reinas que vinieron después de ella tenían sangre Aurénfaie?

Seregil asintió.

—Corruthesthera favoreció a la raza de su padre; dicen que apenas parecía más que una niña a la edad de cincuenta.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno —se explicó Seregil—. Además de vivir tres o cuatro veces más que los humanos, los Aurénfaie maduran con más lentitud. Un humano que alcanza la edad de cuarenta comienza a acercarse a las Puertas de Bilairy, mientras que entre los Aurénfaie es considerado todavía un joven.

—Viviendo tanto tiempo deben de volverse muy sabios.

Seregil sonrió abiertamente.

—La sabiduría no es necesariamente producto de la edad. No obstante, imagínate la posibilidad de reunir la experiencia de tres vidas en vez de una sola.

—¿Cuánto vivió Corruthesthera?

—Murió en batalla a la edad de ciento cuarenta y siete. La Reina Idrilain II es su bisnieta.

—Entonces, si lo que dijo Tym es cierto, los Leranos todavía existen.

—Oh, sí, aunque nunca han logrado gran cosa, aparte de un asesinato o dos. Pero todavía siguen intrigando y creando problemas cada vez que pueden. Con la proximidad de la guerra, podrían representar una amenaza de verdad. Y no sólo para la Reina, por lo que parece. ¿Estaba Barien solo?

—No. Phoria, la princesa mayor, lo acompañaba.

—Princesa Real —le corrigió Seregil, jugueteando nerviosamente con la varilla de cristal—. Aunque ella prefiere el título de general. La gente ha estado especulando sobre ella y Barien durante años... Pero continúa.

—La general Phoria estaba con él y también su sobrino.

—¿Lord Teukros? —Seregil esbozó una sonrisa burlona—. Ahí tienes un ejemplo de verdadera nobleza eskaliana: primo y heredero del más poderoso señor de Rhíminee, vástago de una de las más antiguas familias de Eskalia, sin una sola gota de sangre extranjera en unas venas tan puras como la azucena. Modales exquisitos, gustos caros y el cerebro de una platija. Y un apasionado jugador. Me he quedado su dinero más de una vez.

—¿Es el heredero de Barien?

—Oh, sí. El Vicerregente no tiene hijos propios y siempre ha favorecido al de su hermana. No es que Barien sea ningún idiota, cuidado, pero como suele decirse, «el amor es ciego». Esto sirve para demostrar que los nobles harían bien en aprender lo que cualquier tosco granjero sabe, y mezclar su sangre con algo más de frecuencia.

19

Secretos incómodos

A la mañana siguiente, mientras Alec y él se dirigían al laboratorio de Nysander, Seregil inhaló los familiares olores matutinos que reinaban en la torre: la mezcla de los aromas del pergamino, el humo de las velas y las hierbas con los olores más inmediatos del desayuno.

Escaleras arriba, los primeros rayos del sol de la mañana atravesaban inclinados los cristales plomados de la cúpula, otorgando a la cámara un resplandor confortable. Como de costumbre, Nysander ocupaba el asiento en la cabecera de la mesa menos atestada, las dos manos alrededor de su cuenco mientras conversaba con Thero.

Una punzada de sentimientos agridulces recorrió a Seregil. En los días de su aprendizaje, era él el que se sentaba cada mañana en el asiento que ahora ocupaba Thero, disfrutando de la quietud de la mañana mientras Nysander detallaba las tareas del día. En aquellos momentos, por primera vez en su vida, había sentido que pertenecía a un lugar, que era bienvenido y resultaba útil.

Este recuerdo trajo consigo un sentimiento momentáneo de culpa mientras pensaba en cierto pergamino que yacía, cuidadosamente escondido, en el fondo de su mochila. Al instante, apartó el pensamiento lejos de sí.

—¡Buenos días a los dos! Espero que estéis hambrientos —dijo Nysander mientras empujaba la tetera en su dirección. Thero recibió su llegada con un frío ademán de cabeza.

Los desayunos en el laboratorio de Nysander eran legendarios en toda la Casa Oréska: jamón frito, miel y queso, bizcochos calientes con mantequilla y un fuerte té negro de muy buena calidad. Todo el mundo era bienvenido, y si querías algo más podías llevarlo contigo.

—Valerius estaría muy complacido contigo, Alec —dijo Nysander mientras el muchacho tomaba sientos—. Seregil tiene mucho mejor aspecto esta mañana.

Alec lanzó a Seregil una mirada intencionada.

—No es mérito mío. Ha hecho lo que le ha venido en gana desde que Valerius se marchó, pero a pesar de todo se ha curado.

—Me atrevo a decir que subestimas tu influencia sobre él, querido muchacho —el mago se volvió hacia Seregil con una mirada penetrante—. Y bien, ¿cuáles son tus planes para hoy?

Seregil podía sentir que su antiguo maestro lo observaba mientras él untaba miel en una rebanada de bizcocho. Nysander estaba esperando otra discusión referente a la cicatriz y, en otras circunstancias, eso es exactamente lo que hubiera obtenido. Pero no esta vez.

Concentrándose en el desayuno, Seregil replicó:

—Ha llegado la hora de que nos vayamos a casa. Con una guerra preparándose para la primavera, tiene que haber algunos trabajos esperándonos.

—Cierto —dijo Nysander—. De hecho, yo mismo tengo un trabajo para ti.

—¿Tiene que ver con la reciente agitación de los Leranos?

—Precisamente con eso. Espero poder proporcionarte todos los detalles en el plazo de unos pocos días.

Seregil se reclinó en su silla, más tranquilo ahora que sabía que pisaba suelo firme.

—¿Realmente crees que Vardarus estaba mezclado en todo eso?

—Debo decir que nunca hubiera sospechado de él. Sin embargo, firmó una confesión completa y no dijo una sola palabra en su defensa. La evidencia parece incontrovertible.

Seregil se encogió de hombros con aire escéptico.

—Si hubiera tratado de refutar las acusaciones y hubiera fallado, sus herederos habrían perdido el derecho a reclamar sus propiedades. Al admitir su culpabilidad les permitía heredar.

—Pero si fuera inocente, ¿por qué no lo habría dicho? —preguntó Alec.

—Como Nysander acaba de decir, las pruebas contra él eran irrefutables —respondió Thero—. Había cartas escritas de su puño y letra. Podría haber alegado que eran falsificaciones o que se había utilizado magia para alterarlas y, sin embargo, rehusó hacerlo. La Reina no tenía más opción que dictar sentencia. Con todos los respetos, Nysander, es posible que fuera culpable.

Seregil se apartó del rostro un mechón de cabello con gesto ausente.

—Y si fuera inocente, ¿qué podría haberlo impulsado a mantener un silencio que lo incriminaba? Era el responsable de la Tesorería de la Reina, ¿no es así? Necesitaré una lista de todos los nobles asociados con él en ese cargo, y algunos detalles sobre sus hábitos personales.

—Me encargaré de que tengas todo cuanto necesitas —dijo Nysander.

Alec se encontró estudiando los rostros de quienes compartían con él el desayuno. Seregil se mostraba inusualmente pensativo, aunque pareció animarse un poco una vez que hubo comido algo.

Thero estaba tan tieso como de costumbre y Nysander se mostraba muy dicharachero, pero, cuando miraba a Seregil, había algo extraño en su expresión, como si estuviese tratando de escudriñar su interior.

Por lo que se refería a sí mismo, Alec comenzaba a sentirse a gusto en aquel lugar. La sensación de desorientación que se había abatido sobre él mientras Seregil se recuperaba había remitido al fin.

Observando cómo su compañero trataba de enzarzar a Thero en algún debate sin

sentido, tuvo la impresión de que un cierto e importante equilibrio había sido restablecido.

—Estás más callado de lo habitual esta mañana —comentó Nysander, mirándolo a los ojos.

Alec asintió en dirección a Seregil.

—Ahora se parece más al hombre que era cuando nos conocimos.

—Molestar a Thero ha sido siempre uno de sus pasatiempos predilectos —suspiró el mago—. Por la Tétrada, Seregil, déjalo comer en paz. No todo el mundo comparte tu devoción por las bromas a primeras horas de la mañana.

—Dudo que haya muchos gustos que Thero y yo compartamos —concedió Seregil.

—Un hecho por el que no dejo de dar gracias —replicó Thero con voz seca.

Dejándolos entregados a su batalla privada, Alec se volvió hacia Nysander.

—He estado dándole vueltas a algo que mencionasteis cuando hablamos aquella primera noche.

—¿Sí?

—Hablasteis de conjuros que podían cambiar la forma. ¿De verdad puede transformarse una persona en cualquier cosa?

—¿Cómo por ejemplo un ladrillo? —intervino Thero.

Seregil recibió la mofa con un saludo galante de la cuchara.

—Así es —respondió Nysander—. La transubstanciación, o la metamorfosis si lo prefieres, ha sido siempre uno de mis sujetos de estudio favoritos. De hecho, escribí un tratado sobre ella hace algunos años. Muy pocos de los conjuros son permanentes y los riesgos son siempre elevados, pero la verdad es que me apasionan.

—Nos convertía en toda clase de cosas —le contó Seregil—. Y todavía resulta de utilidad de vez en cuando.

—Existen varias clases generales de cambios —continuó Nysander, encantado de que le interrogaran sobre uno de sus temas favoritos—. Las transmogrificaciones cambian una cosa y la convierten en algo completamente diferente: un hombre en un árbol, por ejemplo. Sus pensamientos serían los de un árbol y existiría como tal sin recordar su naturaleza anterior hasta que ésta fuera restaurada. Sin embargo, un conjuro metastático proporcionaría meramente a un hombre la apariencia de un árbol. A su vez, el alterar la naturaleza de una sustancia, por ejemplo la transformación del hierro en oro, requeriría de una transmutación alquímica.

—¿Y qué hay de ese conjuro tuyo de naturaleza intrínseca? —inquirió Seregil con suavidad, sin apartar la vista de su cuenco.

—Ya sabía que acabaría sacando el tema a colación —dijo Thero con aire despectivo—. ¡No es más que un truco con que entretener a los niños y a los campesinos!

Seregil se inclinó sobre Alec como si fuera a hablarle confidencialmente, aunque no se molestó en bajar el tono de voz.

—Thero odia ese conjuro porque no funciona en él. Carece de naturaleza intrínseca, ¿sabes?

—Es cierto que este conjuro en particular no lo afecta —admitió Nysander—. Pero estoy seguro de que acabaremos por descubrir la razón. Sin embargo, algo me dice que no era la naturaleza de Thero en lo que estabas pensando.

Seregil le propinó a Alec un amigable codazo en las costillas.

—¿Qué tal un poco de magia?

Nysander dejó el cuchillo a un lado con un suspiro de resignación.

—Ya veo que no voy a poder disfrutar de esta comida en paz. Sugiero que nos retiremos al jardín por si se da el caso de que Alec resulte ser algo imperialmente grande.

—¿Yo? —Alec se atragantó con el trozo de jamón que estaba comiendo. No tenía la menor idea de lo que podía ser un conjuro de naturaleza intrínseca, pero de pronto se había dado cuenta de que pretendían ejecutar uno sobre él.

Seregil ya se encontraba a medio camino de la puerta.

—Espero que no se convierta en un tejón. Nunca me he llevado bien con los tejones. Seguro que Thero resulta ser un tejón si alguna vez consigues que el conjuro funcione en él.

Siguieron a Nysander hasta los jardines de la Oréska y se cobijaron bajo una densa arboleda de abedules que rodeaba a un pequeño estanque.

—Este lugar servirá perfectamente —dijo el mago, deteniéndose bajo una sombra moteada, cerca de la orilla—. Alec, primero transformaré a Seregil, de manera que puedas observar el proceso.

El muchacho asintió nerviosamente, mientras observaba a Seregil ponerse de rodillas sobre la hierba, delante del mago.

Posando las manos sobre los muslos, Seregil cerró los ojos. Al instante, toda expresión se desvaneció de su rostro.

—Consigue alcanzar un estado de laxitud con tal facilidad... —murmuró Thero con admiración, aunque a regañadientes—. Sin embargo, corres un riesgo tratando de hacer algo con él.

Nysander le indicó con un gesto que guardara silencio, y entonces posó una mano sobre la cabeza de Seregil.

—Seregil i Korit Solun Meringil Bókthersa, que tu verdadero símbolo sea revelado.

El cambio fue instantáneo. Un momento antes Seregil estaba de rodillas enfrente de él. Al siguiente, algo se retorció debajo de una pila de ropa vacía.

Nysander se inclinó sobre las temblorosas ropas.

—La transformación ha tenido éxito, ¿verdad?

—Oh, sí —replicó una voz pequeña y gutural—. Pero me he perdido aquí abajo. ¿Podrías echarme una mano?

—Ayuda a tu amigo, Alec —dijo Nysander, riendo.

Alec levantó con sumo cuidado el extremo de la casaca y entonces retrocedió de un salto, sorprendido, mientras la plana cabeza de una nutria aparecía debajo de la camisa.

—Eso está mejor —gruñó. La lustrosa criatura salió con dificultades de debajo de la ropa y se sentó sobre los cuartos traseros con la cola extendida. Parecía exactamente igual que cualquier otra que Alec hubiera capturado en su vida, salvo porque sus pequeños ojos redondeados tenían el mismo gris que los de Seregil.

La nutria se alisó los mojados bigotes con una pata palmeada.

—Hubiera sido mejor que me desnudase primero, pero el efecto resulta más sorprendente de esta manera, ¿no te parece?

—¡Eres tú de verdad! —exclamó Alec con sorprendido deleite al tiempo que pasaba una mano sobre el brillante lomo de la nutria—. Eres preciosa.

—Gracias... creo —cloqueó Seregil—. Teniendo en cuenta tu anterior profesión, no estoy seguro de si eso es un cumplido o sencillamente una muestra de aprecio por el valor de mi pellejo. ¡Observa esto!

Caminó hasta el extremo del estanque, se arrojó a las aguas y desapareció de la vista con sinuosa facilidad. Después de unos pocos instantes, reapareció y depositó una aleteante carpa sobre los pies de Thero.

—Un pez frío para un frío pez —anunció con lo que para una nutria sería un tono divertido, antes de desaparecer de nuevo entre las aguas.

Con el ceño fruncido, Thero devolvió la carpa al lago de una patada.

—No puede ir a ningún sitio sin tener que robar algo.

Nysander se volvió hacia Alec.

—¿Preparado para intentarlo?

—¿Qué es lo que debo hacer? —preguntó Alec, ansioso.

—Será mejor que primero te quites la ropa. Como acabas de ver, puede resultar un estorbo.

La excitación superó por una vez los naturales escrúpulos de Alec y se desvistió rápidamente. Mientras lo hacía, Nysander devolvió a Seregil su forma verdadera; la transformación fue tan súbita como el cambio original.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hice esto —dijo Seregil con una sonrisa de pura felicidad mientras volvía a ponerse los pantalones.

—No es nada complicado. —Nysander tranquilizó a Alec mientras éste se colocaba delante de él—. Simplemente debes vaciar tu mente. Piensa en el agua o en un cielo despejado. No obstante, antes de que comencemos, debo conocer tu nombre

completo.

—Alec de Kerry es el único que siempre he tenido.

—Es el hijo de un cazador errante, no un noble —le recordó Seregil—. Esa gente no le encuentra demasiada utilidad a los nombres largos como los que nosotros utilizamos.

—Supongo que no. Sin embargo, el muchacho tiene que tener un nombre apropiado si ha de quedarse contigo. Alec, ¿Cuáles eran los nombres de tu padre, su padre y el padre de su padre?

—Mi padre se llamaba Amasa. Nunca he sabido los otros —respondió Alec.

—Según las costumbres del sur, eso te convierte en Alec i Amasa de Kerry —dijo Nysander—. Confío en que eso baste.

—Si de verdad va a seguir a Seregil, no creo que tenga demasiadas oportunidades de utilizar su verdadero nombre —observó Thero con impaciencia.

—Cierto. —Nysander colocó la mano sobre Alec, quién pensó en una superficie de aguas claras, tal como se le había dicho y escuchó a Nysander decir:

—¡Alec i Amasa de Kerry, que tu verdadero símbolo sea revelado!

Alec se tambaleó, recuperó el equilibrio y se preparó para huir.

Todo cuanto veía aparecía pintado en diferentes tonos de gris. Hasta el movimiento más débil atraía su atención. Pero los olores resultaban todavía más abrumadores. El estanque transmitía un dulce mensaje de agua y había caballos cerca, y algunas yeguas entre ellos.

Las incontables plantas del jardín tejían un verde tapiz de aromas, algunos de ellos venenosos, otros suculentos y sugerentes.

Sin embargo, el más acusado era el tufo que despedían los humanos. Algo que era nuevo en él se agitó con una alarma innata.

No podía comprender sus ridículos sonidos o las extrañas muecas que los acompañaban.

Entonces el más bajo de los tres se aproximó, haciendo nuevos sonidos, más calmados. Permaneció inmóvil, observando a las otras criaturas humanas, y permitió que éste se acercara lo suficiente para acariciar su cuello.

—¡Magnífico! —exclamó Seregil, contemplando al joven ciervo en el que Alec se había transformado. Las aletas de su nariz se agitaban nerviosamente y parecía oler la brisa mientras él acariciaba su poderosa cerviz. Sacudió la cabeza, coronada por una cornamenta, y lo miró con unos ojos azules, profundos.

—Muy notable —admitió Thero mientras daba un paso hacia él—. Acércalo al estanque para que pueda ver...

—¡Thero, no! Creo que es... —siseó Seregil, demasiado tarde.

Ante la brusca aproximación del joven mago, el ciervo retrocedió, aterrorizado. Seregil tuvo que apartarse para esquivar el ataque de sus cascos.

Nysander sujetó a Thero por el cuello de la túnica y consiguió ponerlo a salvo justo a tiempo, pues el asustado animal había saltado hacia delante y lo amenazaba con los cuernos.

—¡Transformalo! —gritó Seregil—. Está perdido en su nueva forma. ¡Transformalo antes de que huya!

Nysander exclamó la palabra de poder y la forma del ciervo se agitó y se disolvió, dejando en su lugar a un confuso Alec tendido sobre la hierba.

—Tranquilo —le dijo Seregil con voz calmada, mientras ponía una capa alrededor de los hombros del muchacho.

—¿Ha funcionado? —preguntó Alec. Se sentía extraño, desorientado—. No me he sentido demasiado bien en el último minuto.

—¿Qué si funcionó? —Seregil giró sobre los talones y soltó una carcajada—. Veamos, primero te transformaste en el ciervo más hermoso que jamás haya visto, y entonces trataste de embestir a Thero. Nysander te detuvo, naturalmente, pero por lo demás yo diría que ha sido un éxito total.

—En realidad, la transformación fue demasiado completa —dijo Nysander, no tan satisfecho—. ¿Cómo te sientes?

—Un poco aturdido —admitió Alec—. Pero me gustaría intentarlo de nuevo.

—Y así será —le prometió Nysander—. Pero primero debes aprender a gobernar tu mente.

A solas, aquella misma tarde, Alec volvió a preguntarse sobre lo ocurrido en los jardines. Todavía no había conseguido sacudirse por completo de encima la desorientación de la mañana; después de haberlo experimentado a través de los sentidos de un animal, el mundo le parecía bastante mudo.

Mientras pasaba junto a la arboleda del centauro llegó hasta sus oídos el sonido de un arpa. Se detuvo. Combatiendo su natural timidez, se internó entre los árboles. Hwerlu y Feeya se encontraban juntos en el claro. Feeya se apoyaba lánguidamente sobre el lomo de su compañero mientras jugaban. Había en la escena un aire de intimidad que hizo que Alec se detuviera, pero antes de que pudiera marcharse, Feeya reparó en él y esbozó una generosa sonrisa de bienvenida.

—Hola, pequeño Alec —le llamó Hwerlu mientras dejaba el arpa en el suelo—. Pareces alguien necesitado de compañía. Ven y canta con nosotros.

Alec aceptó la invitación, sorprendido de lo cómodo que se sentía entre aquellas criaturas inmensas. Primero, Hwerlu y él intercambiaron canciones durante algún rato, y luego Feeya trató de enseñarle algunas palabras de su llana y silbante lengua. Con la ayuda de Hwerlu, logró aprender a decir «agua», «arpa», «canción» y «árbol».

Estaba aprendiendo a decir «amigo» cuando los centauros levantaron repentinamente las cabezas, como si escucharan algo.

—Alguien conduce ese animal con demasiada premura —dijo Hwerlu. Su ceño fruncido revelaba desaprobación.

Segundos más tarde, se arrastró hasta los oídos de Alec el ritmo acompasado de los cascos de un caballo a galope. Asomándose entre los árboles, pudo ver a un jinete que se dirigía hacia la entrada principal de la Casa. Cuando el hombre tiró de las riendas y desmontó, cayó la capucha que cubría su cabeza.

—Es Micum —exclamó Alec. Y comenzó a correr—. ¡Ey, Micum! ¡Micum Cavish!

A medio camino del primer tramo de escaleras, Micum se volvió y saludó con el brazo a Alec.

—¡Estoy encantado de veros! —dijo Alec en voz alta, advirtiendo mientras estrechaba la mano de Micum que parecía ojeroso y que sus ropas estaban manchadas y cubiertas de barro—. Seregil y Nysander no lo reconocerán, pero creo que comenzaban a preocuparse. Parece que habéis tenido un viaje duro.

—Así es —contestó el hombretón—. ¿Cómo os fue a Seregil y a ti?

—Tuvimos algún problema para regresar, pero él ya se encuentra perfectamente. Creo que ahora mismo está con Nysander.

—¿Problema? —Micum frunció el ceño mientras se dirigían a toda prisa hacia la torre del mago—. ¿Qué clase de problema?

—Magia negra. A causa de aquella cosa de madera. Seregil enfermó pero Nysander logró curarlo. Creo que llegamos justo a tiempo. Todavía no termino de comprenderlo del todo, pero Nysander y Seregil podrán contároslo.

—Busquémosles en ese caso. Hay algo que quiero que oigáis todos, y no me apetece tener que contarle una docena de veces.

Micum pareció sentir un gran alivio cuando Nysander les hizo pasar a su torre. Llevaba consigo una carga que estaba ansioso por compartir.

—¡Por fin estás aquí! —dijo Nysander.

—¿Es Micum? —Seregil levantó la mirada de algo que descansaba sobre la mesa de Nysander, y entonces se apresuró a saludarlo—. ¡Por los Testículos de Bilairy, hombre! ¡Tienes un aspecto horroroso!

—También tú. —Micum lo examinó con preocupación. Estaba más delgado que nunca y parecía cansado, a pesar de su habitual sonrisa—. El muchacho me ha contado que tuvisteis algún problema en el viaje.

—Creo que será mejor que oigamos primero lo que tienes que contar —dijo Nysander—. Venid todos a la sala de estar.

Ese «todos» no parecía incluir a Thero, advirtió Micum mientras Nysander cerraba la puerta del estudio.

—Seregil, sirve el vino —dijo el mago mientras tomaba asiento junto al fuego—. Veamos, Micum. ¿Traes noticias?

Micum se derrumbó sobre el otro sillón y aceptó gustoso la copa que se le ofrecía.

—Sí. Y no son buenas.

—Encontraste el lugar en las Marismas, el que estaba marcado en el mapa, ¿no es así?

—Sí. Después de Boersby me dirigí al extremo norte de las Marismas. Teniendo en cuenta lo que me habías dicho, supuse que los plenimaranos debían de haber llegado por el Ósk y seguido el camino del río. No tardé en encontrar rumores sobre su paso en los pueblos situados en la ruta. Mardus y sus hombres habían pasado por allí menos de un mes atrás.

—Las Marismas del Negragua son un mal lugar para viajar —dijo Alec sacudiendo la cabeza—. Un minuto pisas tierra firme y al siguiente estás hundido hasta la cintura en el barro.

—Eso es cierto. Si el frío no hubiera afirmado el suelo tanto como lo había hecho, hubiera perdido a mi caballo antes de salir de allí —le contó Micum—. Mardus se había dirigido hacia el corazón mismo de las Marismas. Os aseguro que es un maldito barrizal yermo. Los pueblos más cercanos se encuentran a kilómetros de distancia. Estaba a punto de abandonar y regresar cuando descubrí un pequeño asentamiento sobre una loma. Era la típica aldea de pantano: sólo un sucio revoltijo de cabañas apiñadas alrededor de un camino fangoso. Un terraplén cubierto por tablones conducía hasta él. Había recorrido la mitad del mismo cuando me di cuenta de que algo andaba mal. No había una sola alma a la vista. Ya sabéis cómo son esas pequeñas aldeas. En el mismo momento en que aparece un extraño los perros comienzan a ladrar y los niños vienen corriendo a ver quién es el recién llegado. Pero allí no había nadie. Tampoco había humo, ni sonido de voces o de trabajo. Pero junto a las puertas se habían reunido canastas y redes, como si alguien acabase de dejarlas allí. Al principio pensé que podían estar escondidos, pero entonces escuché muy cerca un tumulto de cuervos. Mirando a mi alrededor, comencé a tener una idea de lo que iba a encontrarme. Los restos de tres personas estaban diseminados al otro lado de la loma, por debajo de la aldea. Los animales se habían alimentado de ellos durante días, y lo que quedaba estaba congelado sobre el barro. Dos de ellos eran adultos, un hombre y una mujer. La cabeza del hombre había sido arrojada a unos diez metros de distancia y a la mujer casi la habían partido en dos por la cintura. Un muchacho joven yacía, medio sumergido en el agua, en la base de la colina. Una flecha todavía sobresalía de su espalda. Los signos no resultaban difíciles de interpretar. Decenas de huellas conducían hasta una depresión en la tierra, a medio camino colina abajo. Sólo unas pocas volvían a ascender. A juzgar por la manera en que la tierra había sido arrojada a un lado, yo diría que era cosa de un mago. Mientras bajaba para poder examinar mejor el lugar, mi pierna se hundió repentinamente en la tierra, hasta la misma rodilla. Al tratar de liberarme, descubrí que mi pie se

encontraba en un espacio abierto allí abajo. Había una oquedad en el interior de la colina, como un túmulo. Excavé hasta encontrar una pequeña cámara en la ladera, de techo bajo y reforzado con maderos.

Micum se detuvo y tomó otro largo trago de vino antes de continuar.

—Toda la aldea había sido asesinada y trasladada allí. El hedor era espantoso. Es posible que todavía podáis olerlo en mí. La antorcha ardió con una luz azul cuando la encendí para poder ver. Había cuerpos por todas partes...

Sus ojos se encontraron con los de Seregil y sacudió la cabeza.

—Hemos visto algunas cosas malas, tú y yo, pero por Sakor, ninguna como ésta. A algunos de ellos se habían contentado con matarlos simplemente, pero a otros los habían abierto en canal y habían extendido sus costillas hasta hacer parecer que a los pobres bastardos les habían crecido alas. Y también les habían sacado las tripas. Había una gran piedra plana en el centro de la cámara, semejante a una mesa. Debieron de realizar la carnicería allí. Estaba ennegrecida por la sangre. Una niña pequeña y un anciano estaban todavía tendidos sobre ella. Sus rostros se habían vuelto verdes. Conté un total de veintitrés, además de los tres de fuera. Debía de ser toda la maldita aldea.

Micum suspiró pesadamente y se frotó los párpados.

—Pero lo más extraño es que había huesos aún más antiguos debajo de los cuerpos.

Durante todo este tiempo, Nysander había estado observando el fuego, impasible. Sin apartar la mirada de él, preguntó:

—¿Pudiste examinar la piedra?

—Sí. Y encontré esto. —Micum extrajo un pedazo de cuero podrido de su cinturón y se lo mostró: parecían ser los restos de una pequeña bolsa.

Nysander tomó el harapo y lo examinó cuidadosamente. Entonces, sin decir palabra, lo arrojó al fuego.

Micum, demasiado sorprendido, no pudo reaccionar inmediatamente, pero Seregil dio un salto hacia la chimenea y trató de recuperar el pedazo de cuero con un atizador.

—¡Déjalo! —le ordenó Nysander con voz imperiosa.

—Tiene que ver con el disco, ¿no es así? —inquirió Seregil, encolerizado y sin soltar el atizador.

Micum sintió que la atmósfera de la habitación se hacía palpablemente más densa mientras Seregil y Nysander intercambiaban una mirada. A juzgar por la expresión de perplejidad de Alec, el muchacho también podía sentirlo. El mago no mostraba signos aparentes de cólera, pero la luz de las lámparas se había atenuado y el fuego no despedía ningún calor.

—Te he contado todo cuanto puedo sobre este asunto —aunque Nysander había

hablado tranquilamente, su voz parecía reverberar como un trueno en medio de aquel aire que parecía amortiguar todo sonido—. Vuelvo a decirte que no ha llegado todavía la hora de que sepas más.

Seregil arrojó el atizador sobre el hogar de piedra al mismo tiempo que dejaba escapar un gruñido de enfado.

—¿Cuántos años he guardado celosamente tus secretos? —siseó con los dientes apretados—. Todas tus intrigas y tus trabajos sucios. Y ahora, ahora que tiene que ver con mi propia vida, y la de Micum y la de Alec, ¿ahora no dices una palabra? ¡Al demonio con los juramentos, Nysander! Si no soy digno de tu confianza, entonces tampoco soy digno de seguir bajo tu techo. Me vuelvo al Gallito... ¡Hoy mismo! —después de lanzarle una última y furiosa mirada, abandonó la habitación dando un portazo.

—¿A qué venía todo *eso*? —demandó Micum mientras Alec y él se levantaban para seguirlo.

Nysander les indicó con un gesto que volvieran a sus asientos.

—Dadle tiempo para calmarse. Esta situación resulta extremadamente difícil para todos vosotros, me doy cuenta de ello, pero quizá especialmente para él. Sólo la curiosidad podría volverlo medio loco, por no mencionar su herido sentido del honor.

—¿Quieres decir que sabes algo sobre ese asunto de las Marismas pero no vas a contárnoslo? —preguntó Micum. Tampoco parecía demasiado complacido.

—Por favor, Micum. Precisamente ahora, necesito tu cabeza fría para controlar a Seregil. Si llega a ser necesario pasar a la acción, puedes estar seguro de que os buscaré a los dos... —se detuvo, advirtiendo la presencia de Alec, que continuaba, rígido y silencioso, sentado en su silla—. Perdóname, mi querido muchacho... a los tres, para ocuparos de ello. Mientras tanto, ¿crees que podrías conseguir calmar un poco su furia? Hay otro asunto que debo discutir con él antes de que abandone la Oréska.

Micum lo miró con el ceño fruncido.

—Espero que se le pase pronto el enfado. No me agrada permanecer sentado en Rhíminee estando tan cerca de casa. Llevo cuatro meses sin ver a mi mujer.

—¿Vuestra qué? —preguntó Alec, sorprendido.

Micum se encogió de hombros con aire irónico.

—Supongo que, en medio de tanta fuga y huida como tuvimos allá en el norte, no surgió el asunto. Tienes que venir a Watermead. De hecho, si menciono que eres huérfano, es posible que Kari decida venir y llevarte consigo.

—¿Ir a dónde?

—A nuestras tierras —le explicó Micum—. Se encuentran en las colinas, al oeste de la ciudad. Cuando Seregil y yo éramos más jóvenes desvelamos un complot dirigido contra la Reina. El responsable fue ejecutado e Idrilain nos ofreció parte de

sus posesiones como recompensa. Seregil nunca se ha preocupado demasiado por las posesiones materiales, así que finalmente acabó recayendo en mis manos. En realidad es más de Kari que mío, pues yo paso demasiado tiempo lejos. Ella y las chicas gobiernan y mantienen la propiedad.

—¿Chicas?

Nysander guiñó un ojo a Alec con aire travieso.

—Este pícaro tiene también tres hijas.

—¿Y alguna nieta? —preguntó Alec secamente.

—¡Espero que no! La mayor de ellas, Beka, tiene sólo uno o dos años más que tú y está decidida a convertirse en soldado. Seregil, maldito sea su nombre, le prometió una recomendación para que la admitieran en la Guardia Montada de la Reina. Las otras dos, Elsbet e Illia, son demasiado jóvenes como para andar pensando en maridos.

Micum bostezó repentinamente y se estiró sobre la silla hasta que las costuras de su chaleco crujieron.

—Por la Llama, estoy cansado. Después de haber galopado hasta aquí, creo que podría dormir en medio del Mercado del Mar sin advertir la diferencia. Será mejor que vaya tras Seregil antes de que me quede dormido. Pero antes que lo haga, hay una cosa a la que debes responderme, Nysander.

Miró al mago directamente a los ojos. Estaba muy serio.

—Por ahora aceptaré que quieras guardar el secreto. Sabes que puedes confiar en mí... y en Seregil, a pesar de sus baladronadas. Pero si el asunto resulta la mitad de serio de lo que parece a juzgar por tu comportamiento, debo saber esto: ¿es que estamos en peligro? Desde que abandoné las Marismas no he podido pensar con claridad. Todo el camino hasta aquí no he dejado de ver a Seregil y a Alec tendidos sobre aquella piedra, con el pecho abierto. Y ahora me dices que Seregil ha sido atacado con magia negra. ¿Podrían los sicarios de Mardus habernos seguido hasta aquí desde Herbaleda? ¿Y me seguirán mañana hasta mi casa?

Nysander suspiró profundamente.

—Todavía no he visto señal alguna referente a dicha persecución. Pero aunque nada me complacería más que poderos decir que no hay peligro, que Seregil y Alec consiguieron eludir a sus perseguidores por completo, no puedo estar seguro de ello. De lo que sí podéis estar seguros, los dos, es de que jamás, no importa cuáles sean mis votos, pondré en peligro a uno de vosotros con falsas garantías. Continuaré vigilándoos lo mejor que pueda, pero vosotros mismos debéis ser cautelosos.

Micum frunció el ceño mientras se frotaba los bordes de su mostacho.

—No me gusta lo que dices, Nysander. No me gusta nada. Pero confío en ti. Vamos, Alec. Tenemos que encontrar a Seregil. Si no se enfría por sí solo puede que necesite tu ayuda para bajarlo del caballo.

Primero hicieron una rápida visita al dormitorio. La vieja mochila de Seregil yacía abierta en el baúl de la ropa, junto con una pila de mapas y pergaminos en desorden. Su capa de viaje estaba tendida sobre la silla, hecha un ovillo, junto con varias camisas y un sombrero usado. La punta de una vieja bota sobresalía por debajo de la colcha de la cama como el hocico de un perro. Varios peines, un ovillo de bramante, una petaca y varios fragmentos de un pedernal roto yacían diseminados sobre el alféizar de la ventana como si se hubiesen dispuesto para una ceremonia.

—Todavía no se ha marchado —señaló Micum después de examinar aquel desorden—. Antes de que continuemos, me gustaría saber lo que os ocurrió.

Una vez más, Alec narró los detalles de su viaje y el extraño mal que se había abatido sobre Seregil. Cuando hubo terminado, Micum se frotó la incipiente barba cobriza de su barbilla con aire pensativo.

—Esta no es la clase de cosa de la que uno puede librarse sin más, puedes estar seguro. Sin embargo, debería saber que Nysander no le ocultaría lo que sabe sin una buena razón. Te lo juro, Seregil es una de las personas más inteligentes que conozco y también una de las más valientes, pero se comporta como un niño cuando se topa con algo que no discurre como a él le gustaría —volvió a bostezar con fuerza—. Vamos, acabemos con esto de una vez.

—¿Dónde podemos buscar? —preguntó Alec mientras lo seguía al exterior—. Podría estar en cualquier parte.

—Sé dónde podemos comenzar.

Micum se encaminó hacia los establos de la Oréska. Seregil se encontraba en una casilla situada hacia la mitad de las caballerizas, cuidando del exhausto animal de Micum.

—Has estado a punto de hacer reventar a la pobre bestia —dijo, sin molestarse en levantar la mirada mientras ellos se acercaban. Sus botas estaban manchadas con porquería de las caballerizas; el polvo y los pelos de caballo cubrían sus ropas. Un trapo empapado de sudor colgaba de su hombro mientras limpiaba el costado del caballo. Una franja de barro atravesaba una de sus pálidas mejillas, proporcionándole un aspecto decididamente lúgubre.

Micum se apoyó contra el poste de la escalera que había al fondo del establo.

—Has actuado como un verdadero idiota ahí arriba y lo sabes. Pensé que querías ser un ejemplo mejor para Alec.

Seregil le lanzó una mirada agria por encima del lomo del caballo y continuó con su tarea. Micum observó el movimiento del cepillo por un momento.

—¿Volverás a hablar con Nysander antes de marcharte?

—Tan pronto como acabe con esto.

—Parece que no tendremos que llevarlo a rastras, después de todo. —Micum

sonrió a Alec—. Y es una pena, porque estaba ansioso por hacerlo.

Seregil frotó un manchón de barro del lomo del caballo, levantando al hacerlo una nube de polvo.

—¿Te marchas a Watermead mañana?

Micum reparó en el desafío levemente velado que la pregunta llevaba a menudo consigo.

—En cuanto amanezca. Kari me desollará vivo si me quedo más tiempo. ¿Por qué no venís los dos conmigo? Un poco de caza nos sentaría bien en estos momentos, y podríamos trabajar en la esgrima de Alec. Beka sería un oponente perfecto para él.

—Primero quiero instalarme en el Gallito —respondió Seregil.

—Como quieras. Cuando te pones así, es mejor dejarte tranquilo.

Micum volvió a bostezar, estrechó la mano de Seregil durante un prolongado momento y sostuvo la mirada de su amigo hasta que consiguió arrancarle una sonrisa tirante y esbozada de mala gana.

Satisfecho, lo soltó y dio una palmada a Alec en el hombro.

—Estaré dormido antes de que subas, así que adiós por ahora. La suerte de los ladrones.

—También para vos —dijo Alec en voz alta mientras Micum se marchaba.

Alec dio la vuelta a un cubo y se sentó a esperar que Seregil terminara con el caballo.

—No suele quedarse demasiado tiempo, ¿verdad?

Seregil se encogió de hombros.

—¿Micum? A veces. Pero no como antes.

Algo en el tono de voz de Seregil advirtió a Alec de que este era otro de esos temas sobre los que era mejor no insistir demasiado.

—¿Qué es ese Gallito al que vamos a ir?

—Nuestra casa, Alec. Y allí es donde pasaremos esta noche. —Seregil colgó el cepillo de un clavo—. Dame un minuto para arreglar las cosas con Nysander y luego ven a despedirte.

Thero respondió la llamada de Seregil. Intercambiaron como de costumbre los habituales saludos tensos y se dirigieron hacia el laboratorio a través de las pilas de manuscritos. Caminando detrás del aprendiz, Seregil pudo leer la tensión en los hombros de Thero y sonrió para sí. Nunca había existido ninguna razón concreta para la mutua antipatía que se profesaban y, sin embargo, desde el primer instante en que se habían visto, ésta había sido completa. Por consideración a los sentimientos de Nysander, habían firmado a regañadientes una especie de tregua, si bien cualquiera de ellos habría preferido comer fuego antes que admitirlo en voz alta.

Seregil creía estar por encima de sentimientos insignificantes tales como los celos

y la envidia así que, ¿qué importancia podía tener el hecho de que Thero hubiese ocupado su lugar al lado de Nysander, llenándolo mejor, en algunos aspectos, de lo que él pudiera haberlo hecho jamás? Seregil no tenía razones para dudar de los sentimientos personales de Nysander hacia él ni de la importancia de su asociación profesional. La antipatía que sentía por Thero, había decidido hacía mucho tiempo, debía de ser de naturaleza intelectual y resultaba, por tanto, imposible de evitar y estaba, posiblemente, justificada.

—Está abajo —le informó Thero, mientras volvía a su trabajo en una de las mesas.

Nysander seguía sentado junto al fuego, con aspecto pensativo. Apoyándose contra el marco de la puerta, Seregil se aclaró la garganta.

—Me he comportado como un verdadero idiota.

Nysander desechó sus disculpas con un gesto.

—Pasa, por favor, y siéntate conmigo un momento. Estaba tratando de recordar cuánto tiempo había pasado desde la última vez que pasaste tantas noches bajo este techo.

—Demasiado, me temo.

Nysander le obsequió una sonrisa triste.

—Demasiado, de hecho, si has llegado a pensar que podría ocultarte algo por desconfianza.

Seregil se agitó en su silla, incómodo.

—Lo sé. Pero no puedes esperar de mí que asienta y sonrío sin más.

—De hecho, creo que te lo estás tomando bastante bien. ¿Sigues decidido a marcharte esta noche?

—Necesito volver al trabajo, y Alec comienza a sentirse un poco perdido. Cuanto antes tengamos algo que hacer, mejor nos sentiremos los dos.

—Ten cuidado en no precipitarte en su educación. No me gustaría veros a ninguno de los dos con las manos en el tocón del verdugo.

Seregil miró a su viejo amigo con cierta complicidad.

—Él te gusta.

—Ciertamente —contestó Nysander—. Posee una mente aguda y un corazón lleno de nobleza.

—¿Sorprendido?

—Sólo de que cargaras con tal responsabilidad sobre tus hombros. Has viajado en solitario durante mucho tiempo.

—No es nada que tuviera planeado, puedes creerme. Pero a medida que lo voy conociendo mejor, vaya... no lo sé. Creo que comienzo a acostumbrarme a tenerlo cerca.

Nysander estudió el rostro de su amigo un instante y entonces dijo con suavidad.

—Es muy joven, Seregil y obviamente siente gran respeto y admiración por ti. Confío en que seas consciente de ello.

—¡Mis intenciones por lo que se refiere a Alec son perfectamente honorables! Entre toda la gente, precisamente tú deberías...

—No era eso a lo que me refería —replicó Nysander con calma—. Lo que pretendía decirte es que debes considerar otros aspectos, además de su mera educación. Deberías ser un amigo para él tanto como un tutor. Llega un momento en que un maestro debe aceptar a su pupilo como a un igual.

—Eso es cierto.

—Me alegra oírtelo decir. Pero también debes ser honesto con él. —Nysander lo miró con repentina seriedad—. Sé por lo menos una cosa de la que no es consciente. ¿Por qué no le has hablado de su verdadera...?

—¡Lo haré! —susurró Seregil apresuradamente, al escuchar los pasos de Alec aproximándose en la escalera—. Al principio no estaba del todo seguro y entonces las cosas comenzaron a torcerse. Todavía no he encontrado el momento adecuado. Ya ha tenido muchos problemas que afrontar durante las última semanas.

—Quizá tengas razón, pero debo confesar que no termino de comprender tu renuencia. Me pregunto cómo reaccionará...

—También yo —murmuró Seregil—. También yo.

Regreso al hogar

Unos jirones de nube pasaban a toda prisa delante de la luna cuando Seregil y Alec partieron en dirección al Gallito. El viento helado proveniente del mar soplabla entre las copas de los árboles de la calle del Yelmo Dorado. Las linternas nocturnas chirriaban y oscilaban en sus ganchos, haciendo bailar a las sombras.

Decidido a saborear su primera noche de libertad, Seregil había rechazado el ofrecimiento de caballos hecho por Nysander, aunque permitió que Alec cargara con el equipaje. El viento arrebolaba sus capas y sus cabellos y, aunque helado, se sentía satisfecho.

Rhíminee después de la caída del sol. Más allá de los muros decorados y al final de los callejones oscuros se escondía un millar de peligros, un millar de placeres. Al pasar bajo una linterna, vio un destello de entusiasmo familiar en los ojos de Alec; era posible que, al fin, hubiera elegido bien.

No obstante, cuando llegaron al Círculo de Astellus, Seregil se vio forzado a admitir que su cuerpo no se había recuperado tan completamente como su espíritu.

—Me sentaría bien un trago —dijo, mientras se cobijaba en el interior de la columnata.

Los capiteles en forma de lirios de las columnas de mármol sostenían un pedimento tallado y una cúpula. En el interior de la columnata, círculos concéntricos de mármol formaban una serie de escalones que descendían hasta el agua clara que brotaba de una profunda grieta en la roca.

Se arrodillaron, se quitaron los guantes y, sumergiendo las manos en el agua, bebieron generosamente la helada y dulce agua.

—Estás temblando —señaló Alec con tono preocupado—. Deberíamos haber venido a caballo.

—Caminar es lo que necesito en este momento. —Seregil tomó asiento en un escalón y se cubrió con la capa—. Recuerda esta noche, Alec. ¡Bebe y grábala en tu memoria! ¡Tu primera noche en las calles de Rhíminee!

Alec se sentó a su lado y contempló la salvaje belleza de la noche. Dejó escapar un suspiro de alegría.

—Tengo la impresión de que esto es el comienzo de algo, a pesar de que llevamos aquí una semana.

Se detuvo y Seregil vio que estaba mirando fijamente en dirección a la calle de las Luces. A lo largo del círculo, el oscuro contorno del arco y el brillante parpadeo de las luces que se extendían más allá, parecían brillar de forma sugerente.

—El otro día quería preguntarte algo —dijo Alec—. Lo había olvidado hasta ahora.

Seregil le sonrió en la oscuridad.

—¿Referente tal vez a lo que hay más allá de ese arco? La calle de las Luces, así la llaman. Supongo que puedes ver por qué.

Alec asintió.

—Un hombre me dijo el nombre el otro día. Entonces, cuando le pregunté lo que significaban las diferentes luces, hizo un chiste.

—¿Dijo quizá que si tenías que preguntarlo es que eras demasiado joven para saberlo?

—Algo como eso. ¿A qué se refería?

—Más allá de esos muros, Alec, se encuentran los mejores burdeles y casas de juego de toda Eskalia.

—Oh.

Había la suficiente luz como para advertir que el muchacho entornaba ligeramente los ojos al darse cuenta de la gran cantidad de jinetes y carruajes que pasaban por debajo del arco.

—Oh, sí. Ya lo creo.

—Pero ¿por qué son las luces de diferentes colores? No parece haber ningún orden.

—No están ahí como decoración. El color de la linterna de cada puerta indica la clase de placeres que la casa puede ofrecer. Un hombre que quiera una mujer buscará una casa con una luz de color rosa. Si lo que ansía es compañía masculina, entonces elegiría una de las de las lámparas verdes. Es lo mismo para las mujeres: ámbar en el caso de compañía masculina, blanca en el caso de la femenina.

—¿De veras? —Alec se puso en pie y caminó hasta el otro extremo de la fuente para ver mejor. Cuando se volvió hacia Seregil parecía bastante perplejo—. Hay casi tantas de las verdes y las blancas como de las otras.

—¿Y?

—Bueno, es sólo que... —Alec vaciló—. Quiero decir, había oído hablar de tales cosas, pero nunca pensé que pudieran ser tan... tan comunes. Las cosas son bastante diferentes aquí que en el norte.

—No tanto como crees —replicó Seregil mientras volvía a ponerse en marcha en dirección a la calle de la Hoja—. Por lo que sé, vuestros sacerdotes dálnicos se oponen a tales emparejamientos, asegurando que son improductivos...

Alec se encogió de hombros y se retrasó un paso. Parecía incómodo.

—Pero es que lo son...

—Eso depende de lo que uno pretenda producir —señaló Seregil con una sonrisa críptica—. Illior nos enseña a obtener beneficios de cualquier situación; siempre he creído que esa es una filosofía *de lo más* productiva.

Como Alec todavía pareciera dubitativo, Seregil le dio una palmada en el hombro

con exasperación fingida.

—¡Por la Tétrada! ¿Es que nunca has oído el refrán: «no desdeñes el plato que no hayas probado»? Y aquí estás tú, que todavía no has olido siquiera la cocina. Tendremos que llevarte allí. Y muy pronto.

Alec no contestó, pero Seregil advirtió que miraba varias veces hacia atrás antes de que las luces hubieran desaparecido de su vista.

Aunque llevaban las capuchas levantadas, lo poco que Alec conseguía entrever ocasionalmente del rostro de su amigo mostraba que Seregil se encontraba encantado por encontrarse de nuevo en su propio elemento.

En el Mercado de la Cosecha, Seregil entró un momento en la tienda de un alfarero. Un momento más tarde volvía a estar fuera y, sin dar explicaciones, se dirigía hacia un vecindario abarrotado de tiendas modestas y tabernas que se encontraba a lo largo del borde de la plaza. Después de doblar varias esquinas en rápida sucesión, aparecieron frente a un pequeño callejón marcado con un pez pintado en algún color oscuro.

—Aquí es —susurró Seregil, señalando a una gran posada al otro lado del callejón—. Debemos movernos muy sigilosamente a partir de ahora.

Un muro bajo rodeaba el pequeño patio de la posada, y Alec pudo ver un par de estatuas del animal al que la posada debía su nombre, el gallo, situadas a ambos lados de la puerta principal. Cada una de ellas sostenía una brillante linterna con una pata levantada.

El Gallito era un establecimiento próspero y bien cuidado, de planta cuadrada, construido en madera y piedra y con tres pisos de alto. Las pequeñas ventanas de los niveles superiores estaban cerradas, pero los dos grandes ventanales que se asomaban al salón principal dejaban escapar una luz sumamente acogedora a través de unos cristales plomados de forma redondeada.

—Parece que la noche está muy animada —advirtió Seregil rápidamente mientras se movía entre las sombras en dirección a un establo que corría a lo largo del muro izquierdo del patio.

Mientras se acercaban, un hombre joven con una desarreglada mata de pelo rojizo alzó la mirada de los arreos que estaba reparando.

Sonriendo, levantó una mano a modo de saludo. Seregil devolvió el gesto y continuó avanzando entre las caballerizas.

—¿Quién es? —preguntó Alec, intrigado por el silencio del hombre.

—Ese es Rhiri. Es sordo, mudo y absolutamente leal. El mejor sirviente que jamás he conocido. —Seregil se detuvo en una de las casillas de la parte trasera e inspeccionó a un bayo de pelo tosco con una mancha blanca.

—¡Hola, Cepillo! —dijo mientras daba palmadas sobre el costado peludo del

animal. El caballo alargó el cuello para arrimarse al pecho de Seregil.

—¿Dónde está? —dijo Seregil con voz juguetona mientras se abría la capa.

Cepillo olisqueó las bolsas de su cinturón y dio suaves cabezadas contra uno de ellos, situado a la derecha. Seregil le entregó el premio, una manzana y el caballo la masticó con aire satisfecho, frotando ocasionalmente la cabeza contra los hombros de su dueño. Un rumor de cascos impacientes se alzó desde la casilla contigua.

—No me he olvidado de ti, Cynril —dijo Seregil. Se aproximó a él y sacó una segunda manzana. Una yegua negra de grandes dimensiones alargó la cabeza y lo inmovilizó contra un lado del establo mientras entraba.

—¡Quieto, rocín! —resolló Seregil, dándole un buen golpe en la pata para apartarla—. Es medio Aurénfaie pero, a la vista de su carácter, nadie lo diría —a pesar de lo cual, acarició la cabeza y el hocico del caballo con evidente afecto.

Al fondo del establo, una puerta ancha daba acceso a un patio más grande que el que vieran antes, situado detrás de la posada. Una pequeña ala del edificio, situada en la parte trasera del establo alojaba la cocina; desde su interior, una luz intensa que atravesaba una puerta abierta brillaba sobre las losas del suelo. Con ella venían los sugerentes olores y el ruido propios de una cocina atareada. A la izquierda de esta puerta había otra, mucho más ancha, por donde presumiblemente los proveedores entregaban los barriles y las mercancías. A este lado del primer piso y en los pisos superiores no parecía haber ventanas. Un cobertizo situado en ángulo con el edificio principal protegía el pozo y una pila de madera. Los muros del patio eran mucho más altos aquí, y la amplia entrada estaba sólidamente cerrada durante la noche.

Seregil se deslizó al interior del patio y señaló, a través de la atestada cocina, a una anciana encorvada que, apoyada en un bastón, descansaba frente al hogar.

—Esa es Thirys. Es la dueña del local —dijo, hablando junto al oído de Alec.

Las señales de la edad eran evidentes sobre el rostro de Thirys. Su pelo, recogido en una tranza, era del color del hierro. A pesar del calor reinante, llevaba un chal bordado por encima de su vestido de lana. Sin embargo, su enérgica voz desmentía su apariencia insignificante. Dando una orden tras otra por encima del agitado caos proveniente de la trascocina, impedía que los sirvientes, las cocineras y las doncellas se escabulleran a su imperiosa dirección.

A Alec le resultaba extrañamente familiar. Después de reflexionar intrigado durante un momento, se dio cuenta de que debía de ser el modelo en el que Seregil se había basado para componer el disfraz que había utilizado al contratar sus pasajes en Boersby.

—¿Cuántos puerros has puesto en el estofado, Cilla? —le estaba preguntando en aquel momento a una joven mujer con aspecto desinhibido que removía un puchero—. Me huele demasiado suave. Todavía no es tarde para echar otro. Y un poquito más de sal. ¡Y tú, Kyr, so vago, saca esa fuente de aquí! Esos tintoreros te van a

cortar las orejas como tardes mucho más en llevarles su cena. ¡Y lo mismo pienso hacer yo! ¿Se le ha llevado ya el vino a los mercaderes de la salita? Cilla, ¿se ha hecho?

Todos los que se encontraban en la cocina parecían acostumbrados al tono agudo de la señora y realizaban sus tareas con aire satisfecho. Cilla, que aparentemente era la segunda en el mando, se movía serenamente entre los sirvientes, deteniéndose ocasionalmente para inspeccionar una cuna que descansaba junto al fuego.

Después de hacerle un gesto a Alec para que lo siguiera, Seregil se movió entre las anchas mesas sin que ninguna de las atareadas mujeres advirtiera su presencia. Al llegar junto a Thirys, la sorprendió con un rápido beso en la mejilla.

—Por la Llama —exclamó ella mientras posaba su mano sobre el rostro de él—. ¡Así que por fin has vuelto!

—Sólo ha sido un año —replicó Seregil, mirándola con una sonrisa en los labios.

—Si hubieras advertido de tu llegada, habría hecho que te prepararan algo especial. Todo lo que tenemos esta noche es carne de vaca y estofado de cordero. Pero el pan está recién hecho y Cilla ha preparado pasteles de carne. Cilla, sírvele un par de tartas para empezar mientras yo preparo alguna otra cosa.

—No será necesario por ahora. Venid las dos a la despensa un momento.

Thirys reparó entonces en Alec y lo miró de arriba abajo con intensidad.

—¿Quién es este?

—Te lo explicaré enseguida.

Tomando una pequeña lámpara que descansaba sobre una repisa, Seregil condujo a Alec y a las dos mujeres a través de una puerta lateral hasta la despensa. La ancha puerta que Alec había visto desde el exterior se encontraba a su izquierda. A la derecha, una escalera de madera conducía al segundo piso.

—Thirys, Cilla, éste es Alec —les dijo una vez que hubo cerrado la puerta de la cocina—. Va a vivir en el piso de arriba desde hoy.

—Bienvenido al Gallito, Lord Alec. —Cilla le dio la bienvenida con una cálida sonrisa.

—Es sólo Alec —dijo rápidamente. El amable rostro de la mujer le había gustado inmediatamente.

—¿Ah, sí? —dijo Thirys, mientras lo examinaba con una mirada decididamente intensa. Alec no podía imaginarse por qué razón se mostraba ella tan suspicaz hacia él.

—Alec es un amigo —le dijo Seregil—. Todo el mundo aquí debe tratarle con el mismo respeto que muestran hacia mí, lo cual en tu caso es decir bien poco. Irá y vendrá como le plazca y no responderéis a nadie preguntas sobre él. Informa a Diomis y a los otros.

—Como deseas, señor. —Thirys lanzó a Alec una última mirada dubitativa—.

Tus habitaciones están tal como las dejaste. ¿Hago que te suban vino?

—Sí. Y una cena fría —se volvió entonces hacia Cilla y la tomó por la cintura, haciendo que la muchacha enrojeciese—. Veo que has recuperado la figura. ¿Cómo está el niño?

—El joven Luthas está bien. Es muy dulce. No causa ningún problema.

—¿Y qué hay del negocio?

El rostro de Thirys adoptó una expresión apesadumbrada.

—Un poco flojo. Pero el tiempo del Festival se acerca. Haré que te lleven las cuentas por la mañana.

—No te preocupes. —Seregil se volvió hacia las escaleras y entonces se detuvo—. ¿Está Ruetha por aquí?

—¡Ese animal! —Thirys puso los ojos en blanco—. Desapareció poco después que tú, como de costumbre. Esta vez incluso le había puesto un poco de crema, pero no hemos vuelto a verle los bigotes al desagradecido pillo. Ahora que has vuelto, lo más probable es que aparezca durante el desayuno, como siempre.

—Thirys nunca cambia —dijo Seregil con una pizca de orgullo mientras conducía a Alec escaleras arriba—. Da igual que haya estado fuera dos días o seis meses. Siempre me dice que debería haberla avisado de mi llegada, cosa que nunca hago; se disculpa por el menú, cosa que nunca es necesaria; me promete las cuentas, que yo jamás miro; y por fin se queja de mi gato.

En el segundo piso, las escaleras describían un giro acusado y continuaban ascendiendo hasta llegar a lo que parecía ser una especie de ático. En dirección al edificio principal corría un pasillo corto y apenas iluminado, interrumpido sólo por algunas puertas cerradas.

—La puerta del fondo conduce a la posada. —Seregil señaló hacia el otro lado del corredor—. Se mantiene siempre cerrada. La puerta más cercana a nosotros es un almacén. La siguiente conduce a las habitaciones de Diomis y las mujeres. Diomis es el hijo de Thirys y Cilla es su hija.

—¿Y qué hay del marido de Cilla?

—Que yo sepa, ninguna mujer ha necesitado jamás un marido para tener un hijo. El año pasado se rumoreó que habría una leva y Cilla simplemente se aseguró de que no cumpliría los requisitos para ser llamada a filas. Incluso llegó a ofrecerme el honor, cosa que decliné con el máximo tacto posible. Algún tiempo más tarde apareció con una enorme barriga. Cuando era joven, Thirys era una especie de sargento y no le complació demasiado el estar a punto de convertirse en abuela, pero la verdad es que el daño ya estaba hecho, por decirlo de alguna forma. Ahora ven por aquí y presta mucha atención. Hay algunas cosas que quiero mostrarte.

La escalera que conducía al ático era empinada. Sosteniendo en alto la pequeña lámpara, Seregil ascendió hasta la mitad de ella y señaló a la pared encalada que

había a su izquierda.

—Escucha y observa la pared —dijo en voz baja—. *Etuis miara koriatuan cyris*.

Durante apenas un breve segundo, Alec pudo ver el suave brillo de símbolos mágicos semejantes a aquellos que había contemplado en la Casa Oreska. Desaparecieron demasiado deprisa como para que pudiera observarlos con claridad o siquiera asegurar cuántos habían sido, pero, mientras se desvanecían, una estrecha sección de la pared se abrió hacia atrás como si fuera una puerta. Seregil lo invitó a pasar, cerró firmemente la puerta detrás de ellos y continuó subiendo por un tramo de escaleras, precarias y empinadas, que terminaban frente a un muro blanco. Al llegar a lo alto de las escaleras, se detuvo y dijo:

—*Clarín, magril, nodense*.

Otra puerta apareció y Alec sintió una brisa contra su rostro mientras entraban en una habitación fría y polvorienta.

—Ya casi estamos —susurró Seregil—. Ten cuidado dónde pisas.

Caminando a tientas entre las cajas y cajones diseminados en desorden por todo el suelo, llegaron por fin a la pared opuesta.

—Aquí estamos. ¡*Bokthersa!*

Una tercera puerta apareció sobre la aparentemente lisa pared, revelando una nueva y oscura habitación.

—Bienvenido a mi humilde morada —dijo Seregil, mientras lo hacía pasar con una sonrisa ladeada.

Al entrar, Alec se golpeó la espinilla contra un basilisco de piedra que descansaba a un lado de la puerta. Extendió una mano para recuperar el equilibrio y sintió el tacto de gruesos tapices. Apenas podía ver en la oscuridad reinante, pero aquel lugar olía a cosas más exóticas que el polvo.

—Será mejor que te quedes quieto hasta que traiga algo más de luz —le advirtió Seregil. La pequeña lámpara se balanceaba de un lado a otro mientras atravesaba la habitación, revelando tentadores destellos de maderas bruñidas y alfombras de intrincado diseño.

Repentinamente se inclinó a un lado y Alec escuchó el sonido de algo pesado que caía, seguido por una imprecación sorda. La luz se meció un instante de forma precaria y entonces se detuvo sobre una repisa, donde su luz fue reflejada en un millar de colores diferentes por una pila de joyas que emergían de una caja medio abierta.

Seregil lo revolvió todo durante un momento y por fin encontró un jarro lleno de piedras de fuego. Agitó una de ellas y la arrojó sobre los maderos de la chimenea. Las llamas brotaron de inmediato y Seregil comenzó a recorrer la habitación, encendiendo velas y lámparas.

Alec dio un paso adelante con una suave exclamación de asombro mientras la

habitación se iluminaba. El lugar, iluminado por los ricos colores de los tapices, rivalizaba con el laboratorio de Nysander por la variedad y desorden de sus contenidos. Girando lentamente sobre sí, Alec trató de abarcarlo todo.

La mitad de la pared contraria a la de la puerta estaba cubierta por estanterías que contenían libros y rollos de pergamino. Más libros se apilaban sobre la mesa que dominaba el centro de la habitación, y aún unos pocos más sobre la repisa de la chimenea. Una inmensa alfombra tejida con un diseño rojo, azul y dorado yacía entre la mesa central y la chimenea. El resto del suelo estaba cubierto por esteras de juncos.

El muro de su derecha tenía dos pequeñas ventanas que se asomaban al patio trasero; debajo de la derecha había un pequeño escritorio cuyos casilleros contenían una cuidada colección de plumas, tintas, estilos, rollos de vitela, pergamino y tabletas de cera. El escritorio, al igual que la mayor parte del mobiliario que contenía la habitación, estaba hecho de una madera pálida, taraceada con bandas más oscuras en los bordes. El diseño, grato a la vista por su simplicidad, era notablemente diferente al propio del vistoso mobiliario de la Oréska.

Una segunda mesa, llena de muescas, descansaba debajo de la segunda ventana y estaba literalmente cubierta de candados, herramientas, pilas de libros, lo que parecía ser una pequeña forja y docenas de objetos a medio ensamblar que desafiaban toda descripción inmediata. Numerosas estanterías ocupadas por un desconcertante surtido de objetos enmarcaban la ventana y cubrían la pared restante. Más candados, más herramientas, toscos pedazos de madera o metal y un gran número de mecanismos cuyo funcionamiento Alec no alcanzaba siquiera a imaginar se mezclaban sin orden ni concierto entre máscaras y esculturas. Instrumentos musicales de todas clases, cráneos de animales, plantas secas, piezas de alfarería fina, cristales brillantes... todo ello se ordenaba sin ton ni son. Un grueso collar de oro y rubíes recogía la luz de la lámpara del escritorio y proyectaba destellos amarillos sobre un gran bloque de barro cocido que bien podía ser un tosco tazón, o alguna clase de nido.

En la sección del muro que sobresalía a la izquierda de la entrada colgaba una colección de armas, en su mayoría espadas y cuchillos, aparentemente elegidos por lo inusual de su diseño y ornamentación. Más allá de ella, junto a la esquina, había otra puerta. Por todas partes podían verse baúles y cofres: junto a la base de los muros, apilados en las esquinas, debajo de las mesas... Las estatuas, algunas de ellas grotescas, otras bellísimas, parecían observarlos desde las esquinas.

Ecléctica hasta el punto de resultar excéntrica, el efecto general que causaba la habitación era en todo caso de calidez y una cierta elegancia fortuita y desordenada.

—¡Esto es como el museo de la Casa Oréska! —exclamó Alec, sacudiendo la cabeza—. ¿De dónde has sacado todas estas cosas?

—Algunas de ellas las robé. —Seregil tomó asiento en el sillón que había enfrente del fuego—. Esa estatua que hay junto a la puerta proviene de un antiguo

templo que Micum y yo desenterramos hace algún tiempo por encargo de Nysander, allá en las colinas orientales de los Asheks. Esa otra, junto a la puerta del dormitorio, fue el regalo de una admiradora —señaló a una sirena exquisitamente proporcionada, tallada en mármol y jade verde. La doncella de los mares emergía de la cresta de una ola que cubría parcialmente la parte inferior de su cuerpo, cubierta de escamas. Tenía una de sus manos delante del pecho. Con la otra se apartaba el espeso cabello del rostro.

»Ese tapiz rojo, entre las estanterías, lo encontré entre las posesiones de un bandido Zengati al que maté después de que me tendiera una emboscada —continuó Seregil, mirando en derredor—. ¿Ves esos candados, sobre la mesa? Los conocerás muy bien antes de que haya acabado de instruirte. Por lo que se refiere al resto... —esbozó una sonrisa bastante arrepentida—, vaya, podría decirse que soy una especie de urraca. Sencillamente no puedo resistirme a nada que sea inusual o brillante. La mayor parte de ello no es más que basura, me temo. Tengo la intención de desembarazarme de muchas cosas algún día. La única cosa que tiene verdadero valor es aquello que puedes llevarte contigo cuando tienes que huir.

—Al menos aquí no hay ninguna mano que se arrastra. —Alec volvió a examinar las estanterías—. ¿O la hay?

—No me complacen esas cosas más que a ti, puedes creerme.

Mientras deambulaba por la habitación, Alec reparó en que había algo extraño en ella.

—¡Las ventanas! —se inclinó sobre el escritorio para echar un vistazo al exterior—. No vi ninguna ventana desde fuera.

—Nysander conjuró un hechizo de oscurecimiento sobre ellas —le explicó Seregil—. Las ventanas no pueden ser detectadas desde el exterior, a menos que uno salga por ellas. E incluso en ese caso parecería que vienes de un lado del edificio.

—Debe de haber mucha magia en esta ciudad.

—En realidad no. No es barata y los magos de la Oréska no alquilarían sus servicios a cualquiera. Pero te topas con ella de tanto en cuanto, así que conviene ser cauteloso.

La habitación comenzaba ya a calentarse. Seregil dejó su capa sobre el brazo extendido de la sirena, tomó una pequeña lámpara de plata y abrió la otra puerta de la sala.

—Ven por aquí. Hay otra cosa que quiero enseñarte.

El cuarto era un dormitorio, aunque, lleno como estaba de baúles, cofres, cajas y más libros, sus verdaderas dimensiones resultaban difíciles de evaluar. Una vistosa cama, rodeada por cortinas de seda dorada y verde, descansaba contra la pared, en la esquina más alejada.

—¿Es tuya? —preguntó Alec. Nunca había visto nada semejante.

—La gané en una partida de dados —sorteó los múltiples obstáculos diseminados por la habitación mientras buscaba un lugar para colocar la lámpara y finalmente la depositó en equilibrio sobre una pila de libros situados detrás del lavamanos.

—Por cierto, eso de ahí es el baño —señaló una puerta apenas visible situada entre un armario y un montón de cajas mientras observaba divertido cómo Alec exploraba la maravilla de un aseo interior—. Ten cuidado con que no se te caiga nada en aquel agujero; si atraviesa la parrilla acabará en las alcantarillas. Aquí está lo que quería enseñarte.

Seregil trepó a la enorme cama, apartó la cortina de seda y guió la mano de Alec entre el colchón y la pared. Entre los paneles de madera se escondía un pequeño tirador. Alec lo presionó y escuchó un leve clic. La sección de paneles que había enfrente de él se deslizó a un lado y una ráfaga de aire frío sopló desde la oscuridad que se abría al otro lado.

—Esta es la puerta trasera, por si alguna vez llegas a necesitarla. —Seregil se encaramó a través de la abertura hasta un almacén del ático—. Para entrar en el dormitorio desde el otro lado, debes conocer las palabras que lo hacen funcionar. Son *Noráshtu caril ventua*.

—¡Nunca seré capaz de acordarme de eso! —gruñó Alec, siguiéndolo.

—Oh, ya lo creo que sí —le aseguró Seregil mientras se dirigía a una puerta en la pared izquierda—. Maldita sea, he olvidado la llave.

Sacó una ganzúa de entre sus ropas, forzó la cerradura y entró en el rellano del ático. Una bandeja de madera yacía sobre un cajón, en lo alto de las escaleras; contenía dos botellas de vino, varios pasteles de carne, queso, pan y un enorme gato de larga cola. Al ver que se aproximaban, el gato dejó de comer el queso y se dirigió hacia Seregil con un gorjeo sonoro. Ronroneando de modo estridente, paseó entre los tobillos de Seregil y entonces se alzó sobre las patas traseras e introdujo su cabeza entre las manos de él.

—¡Así que aquí estás! —Seregil sonrió y levantó al gato en brazos—. Alec; te presento a Ruetha. Ruetha, éste es Alec. No te lo comas durante la noche. Es un amigo.

Después de depositar sin ceremonias el animal sobre los brazos de Alec, Seregil tomó la bandeja y se dirigió de vuelta al dormitorio por el mismo camino que habían tomado antes. Ruetha observó a Alec con unos ojos verdes y perezosos. Era una criatura realmente hermosa. Su sedoso pelaje estaba moteado de negro y marrón y tenía una mancha blanca. Las patas eran del mismo color. Una oreja estaba llena de cortes. Por lo demás, estaba inmaculada.

De vuelta en la sala de estar, Seregil revolvió su mochila, recobró la capa que descansaba sobre el brazo de la sirena y se encaminó hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —preguntó Alec, sorprendido.

—Hay un pequeño asunto del que debo ocuparme esta noche. Estás en tu casa. Aquí está la llave de la puerta del ático. Todavía no conoces las palabras que abren las puertas, así que si necesitas salir utiliza la puerta de atrás. Pero no salgas a menos que sea absolutamente necesario. No podrás regresar sin mi ayuda. Ni siquiera lo intentes. Podrías herirte gravemente. Probablemente pasaré fuera la mayor parte de la noche, así que no hace falta que me esperes despierto. ¡Oh, maldita sea!

Se detuvo, con el ceño fruncido.

—Olvidé decirles que prepararan otra cama para ti. Puedes utilizar la mía esta noche. Ya se me ocurrirá algo para mañana. ¡Buenas noches!

Alec se quedó un momento mirando fijamente a la puerta, aturdido por la abrupta e inesperada marcha de Seregil. Durante semanas, raramente se habían separado el uno del otro. ¡Y ahora esto! Le había dejado solo sin ninguna ceremonia en un lugar que no le era familiar. Se sentía abandonado.

Vagó sin propósito por la habitación durante un rato, tratando de interesarse en las diversas rarezas que yacían desperdigadas por todas partes. Pero este pasatiempo sólo consiguió hacer que se sintiera como un intruso. En circunstancias diferentes, posiblemente hubiera bajado al bullicioso calor de la cocina, pero la advertencia de Seregil respecto a los símbolos de protección excluía aquel pequeño consuelo. La posibilidad de tenderse a solas en la vistosa cama de Seregil también lo intimidaba.

La misma soledad inquieta que había sentido cuando se encontraba en la Casa Oréska se abatió sobre él de una vez. Apagó todas las lámparas y velas y se sentó malhumorado en el sillón, junto al fuego. Mientras Ruetha, hecha un ovillo sobre su regazo, seguía ronroneando con aire alegre, miró fijamente las llamas y se preguntó una vez más qué se suponía que iba a hacer él en aquel lugar incomprensible.

Mientras cabalgaba a través de las oscuras calles, Seregil se alegró de no haberse llevado a Cepillo consigo en su viaje a las tierras del norte. Durante aquel tiempo había utilizado media docena de monturas y le hubiera dolido perder un animal tan bueno. El trote de Cepillo reflejaba su naturaleza: sólida, segura y fácil de manejar.

Y, naturalmente, pensar sobre Cepillo resultaba más cómodo que reconocer la creciente punzada de culpa que había comenzado a sentir en el estómago. Y no sólo porque lo que estaba a punto de hacer suponía desobedecer a Nysander. Tuvo que cabalgar resueltamente varios minutos antes de estar preparado para afrontar el hecho de que al ver a Alec allí, en su santuario privado, le había entrado repentinamente el pánico. Y había huido.

Claro que no era algo que tuviera que ver con el propio Alec. Pero no por ello resultaba una sensación menos desagradable. Era mejor ignorarla, decidió al fin.

Hizo una rápida visita a varios lugares donde podía haberse dejado un mensaje en el que se solicitaran los servicios del «Gato de Rhíminee».

El primero de ellos era la Pluma Negra, un burdel cuyo propietario era un viejo marinero al que le gustaba tanto el oro como para no hacer preguntas. En la sala central de su establecimiento, sobre una repisa, descansaba la talla de un barco; si el propietario tenía un mensaje para el Gato, la proa apuntaría hacia la izquierda; normalmente era Rhiri el que recogía los mensajes sellados, pero el propio Seregil se pasaba a veces por allí para comprobar si había algo para él.

Mientras se acercaba, un grupo de borrachos apareció, dando vueltas y despidiendo amorosamente y a voz en grito a las precavidas prostitutas. Seregil vio que el pequeño navío de la repisa apuntaba a la derecha. Otras señales, en la taberna de la calle de la Garza y en una respetable posada situada cerca del Parque de la Reina, resultaron igualmente decepcionantes.

El viento soplaba a través de la calle, empujando hacia atrás la capucha de Seregil y pasando unos dedos helados entre sus cabellos.

No tiene sentido seguir llevándola en alto, pensó. Frenó el caballo hasta un trote calmo y se dirigió hacia el Barrio del Templo.

Hacer planes a largo plazo nunca había sido su fuerte, y lo sabía.

Ciertamente tenía talento para reunir los hechos y desarrollar tácticas en respuesta a ellos; después de todo, así era como se ganaba el pan.

Pero al final, por naturaleza y por vocación, siempre se había dejado llevar por la inspiración, siempre había vivido al día, para bien o para mal.

¿Y a dónde le había conducido todo ello esta vez?

A la misteriosa marca de su pecho. Y a Alec.

Otra punzada de culpa. Las palabras con las que Nysander se había despedido no habían caído en saco roto. ¿Qué le había llevado a tomar al muchacho bajo su tutela? Alec tenía talento, quizá hasta un don, y era un placer enseñarle. Pero eso sólo lo había descubierto después de... ¿qué? ¿La necesidad de un huérfano? ¿Su vulnerabilidad? ¿Su habilidad innata?

¿Su hermoso rostro?

Volvió a aproximarse demasiado a verdades que todavía no estaba preparado para afrontar. Y tampoco lo deseaba. Desechó estos pensamientos con la misma facilidad con la que otro hombre apagaría una vela de un soplo.

Lo que dejaba la cicatriz.

A la fría luz de la razón no dudaba que las razones de Nysander para ocultarle la verdad estaban plenamente justificadas. Pero eso contribuía bien poco a calmar su frustración.

Había lamentado cada palabra amarga en el mismo momento de pronunciarla; y lo que era aún peor, su esfuerzo había sido en vano.

Oh, bien. Siempre hay más de un modo de forzar una cerradura.

Jugueteaba con el pequeño rollo de pergamino que había sustraído de la Casa

Oréska en su mochila.

Una vez en el Barrio de los Templos, caminó a pie entre los templos menores y las capillas que formaban el corazón del distrito. Pasó junto a la arboleda de la curación del templo de Dalna y salió a la inmensa plaza central. La ciudad estaba tranquila a esta hora; en algún lugar de la arboleda de Dalna las campanas repicaron suavemente por encima del rumor de la brisa, y una paloma lanzó su triste canto. Desde el otro lado de la plaza llegaba el suave chapoteo de las aguas de la Fuente de Astellus. En la distancia, a la izquierda, podían verse las luces alineadas de los fuegos entre las columnas del templo de Sakor.

Las losas que pavimentaban el suelo de la plaza formaban un dibujo de cuadrados dentro de cuadrados que a su vez organizaban un patrón mayor, símbolo de la eterna unidad y equilibrio de la Tétrada Sagrada. Poco importaba que, ocasionalmente, grupos de jóvenes iniciados resolvieran sus disputas teológicas con los puños y acabaran con las cabezas abiertas. Poco importaba que, de vez en cuando, los sacerdotes llenaran sus bolsas con el oro de las tesorerías de los templos, o que los pequeños templos de las deidades menores y de los cultos místéricos venidos del extranjero se hubiesen multiplicado en los lindes del barrio y en los alrededores de la ciudad durante las últimas décadas. La plaza sagrada, con sus cuatro templos, seguía formando el centro de todas las ciudades y pueblos de Eskalia; incluso las aldeas más humildes dedicaban un pequeño cuadrado de sus tierras para edificar cuatro pequeñas capillas. La reverencia hacia la Tétrada, en toda su compleja unidad, había proporcionado a lo largo de los siglos armonía interna y poder a Eskalia.

Seregil cruzó la plaza, se dirigió hacia el blanco templo de Illior, coronado por una gran cúpula, y comenzó a subir las amplias escaleras. Al llegar al pórtico se detuvo para quitarse las botas. Incluso a una hora tan tardía, había una docena de pares ordenados junto a la pared.

Una muchacha reprimió un bostezo con la manga de su blanca y suelta túnica mientras le tendía una máscara de plata del templo. Por hábito, la aceptó de tal manera que la palma de la mano de ella se volvió hacia arriba. El emblema del dragón circular tatuado en ella era todavía tan solo el contorno negro que correspondía a una novicia. A lo largo de los años, a medida que superase los diferentes exámenes y pruebas a los que debía enfrentarse si quería alcanzar el rango de sacerdote, se añadirían doce colores al diseño, así como diferentes líneas plateadas y doradas.

—Lleva contigo la Luz —dijo ella, refrenando un nuevo bostezo.

—No hay oscuridad —contestó Seregil. Se puso la máscara y penetró en el Círculo de Contemplación.

A lo largo de las paredes de la sala se alineaba una hilera de pilares de alabastro y, situados entre ellos, los braseros despedían el dulce y narcótico aroma de las hierbas

del sueño. Aquí se quemaban sólo pequeñas cantidades. Las suficientes para liberar las mentes y facilitar la meditación. Cualquiera que deseara recibir sueños proféticos o acometer travesías espirituales debía pasar varios días meditando y haciendo ayuno antes de que se le permitiera acceder a las pequeñas cámaras que se abrían entre los pilares. Seregil había recurrido ocasionalmente a tales métodos, pero sus experiencias recientes le habían hecho desconfiar de los sueños de cualquier clase.

De hecho, desde que había llegado a la Casa Oréska, no recordaba haber tenido ningún sueño.

Algunos fieles, anónimos tras la protección de las serenas máscaras de plata, se sentaban con las piernas cruzadas sobre el suelo de mármol negro del centro de la sala. Otros yacían de espaldas, meditando mientras contemplaban los diferentes símbolos pintados en la cúpula: el Mago, la Fértil Reina, el Dragón, El Ojo Nublado, el Arco de la Luna.

Seregil se inclinó sobre el brasero más próximo, bañó su rostro en el humo y luego se sentó a esperar a que un acólito lo atendiera. El suelo estaba tan pulido que parecía un espejo, y al bajar la mirada sus ojos fueron a posarse sobre la imagen reflejada del Ojo Nublado: magia, secretos, fuerzas ocultas, sendas que conducían a la locura.

Aceptó el símbolo y comenzó a meditar sobre él con los ojos apenas abiertos.

Sin embargo, en vez del esperado fluir apacible de los pensamientos, lo asaltó una desconcertante sensación de vértigo. El suave suelo negro bajo sus pies se transformó en un vacío sin fondo.

La ilusión resultaba tan intensa que tuvo que apoyar las manos sobre el suelo, a ambos lados de sí, y se concentró en el pilar más cercano para aclarar su mente. Uno pasos suaves se aproximaron desde detrás.

—¿Qué buscas en Illior? —preguntó una figura enmascarada. La palma de su mano, expuesta en el saludo, mostraba los trazos verdes, amarillos y azules que correspondían a un iniciado de la Tercera Cámara.

—Hacer una ofrenda de gratitud —contestó Seregil, mientras se ponía en pie y le mostraba una pesada bolsa—. Y el conocimiento de la Cámara Dorada.

El acólito aceptó la bolsa y lo condujo a través de los pilares hasta una sala de audiencias situada en la parte trasera del templo. Con un gesto ritual, invitó a Seregil a tomar asiento en el pequeño banco que dominaba el centro de la habitación y luego se retiró.

En la parte delantera de la sala, sobre un estrado elevado, yacía una silla tallada. Detrás del estrado pendía un exquisito tapiz, suspendido entre dos grandes pilares, las Columnas de la Iluminación y la Locura. Tejido con los doce colores rituales, mostraba a la Fértil Reina conduciendo su carroza entre las nubes de un cielo nocturno.

De pronto, un extremo del tapiz se hizo a un lado y una figura encapuchada hizo su entrada en la habitación. A pesar de la máscara dorada que ocultaba sus facciones, Seregil reconoció inmediatamente la mata de pelo gris que caía sobre sus finos hombros; era Orphyria a Malani, la más anciana de las sacerdotisas supremas y tía abuela por parte de madre de la Reina Idrilain.

Observándolo impasible a través de la máscara, la sacerdotisa tomó asiento y levantó una mano delicada para mostrar el emblema completo de su palma.

—Otórgame tu Luz, oh Bendecida —dijo Seregil mientras agachaba la cabeza.

—¿Qué has venido a pedir, Buscador?

—Conocimiento referente a esto —extrajo el pergamino de su túnica y se lo entregó.

Sobre él había dibujado, lo mejor que su habilidad le había permitido, el símbolo del disco de madera. No estaba completo, lo sabía; desde la primera vez que lo había visto le había resultado imposible reproducirlo o incluso memorizarlo. Pero quizá fuera suficiente.

Orphyra lo desenrolló sobre sus rodillas, lo examinó brevemente y luego se lo devolvió.

—Es un símbolo, evidentemente. Pero aquello que oculta lo desconozco. ¿Puedes decirme algo más sobre él?

—No me es posible —contestó Seregil. Ya había incumplido su compromiso con Nysander lo suficiente.

—Entonces quizá debas recurrir al Oráculo.

—Gracias, Bendecida —se levantó del asiento, hizo una reverencia profunda y se dirigió de vuelta hacia la cámara central del templo.

Orphyra no se puso en pie hasta que el Buscador se hubo marchado. Cada día que pasaba le resultaba un poco más difícil.

Algún día tendría que tragarse su orgullo y permitir que algún joven acólito la asistiera. Mientras reflexionaba amargamente sobre el precio que había que pagar por alcanzar la sabiduría de la ancianidad y descorría el tapiz, tropezó y se dio un doloroso golpe en la rodilla contra el Pilar de la Locura.

Seregil siempre había sospechado que las escaleras que conducían a la cámara del Oráculo de Illior habían sido diseñadas para poner a prueba la fortaleza del Buscador que tenía que descender por ellas. Los escalones, con forma de cuña y apenas lo suficientemente anchos como para acomodar el pie de un hombre, describían una estrecha espiral mientras se internaban profundamente en la oscuridad. Los que estaban situados cerca de la boca de la escalera estaban hechos de mármol, pero muy pronto, a medida que el pozo se sumergía en los cimientos rocosos de la ciudad, daban paso a otros tallados en granito.

Con una piedra de luz ritual en una mano y la otra apoyada firmemente contra la curvada pared de piedra Seregil descendía hacia las profundidades, sumido en un silencio reverente. Al llegar al fondo, un corredor estrecho se internaba en la oscuridad. No había ninguna luz allí y, antes de seguir, el Buscador debía dejar la piedra de luz en una canasta. Sin embargo, antes de depositarla Seregil se sentó en el último escalón para preparar los objetos que presentaría al Oráculo.

La costumbre dictaba que aquello sobre lo que se quería que el Oráculo ejerciera sus poderes de adivinación debía serle presentado como parte de una colección. El Oráculo separaría los de importancia sin necesidad de que se le dijera cuáles eran.

Seregil registró sus diversos bolsillos y bolsas y reunió una cuerda de arpa, un penacho de las flechas de Alec, un ovillo de bramante encerado, un pico doblado que pretendía haber dejado en su mesa de trabajo y un pequeño amuleto. Como desafío, eso habría de bastar, decidió al fin.

Mientras desenrollaba el pergamino sobre sus rodillas y volvía a examinarlo, sintió una nueva punzada de remordimientos. Utilizando tinta y un espejo, había dibujado subrepticamente esta copia del extraño símbolo de su pecho antes de que Nysander conjurara el encantamiento de ocultación sobre él. Sabía que no era una réplica perfecta, pero era lo mejor que había podido conseguir. La magia de Nysander había hecho desaparecer todo rastro de él de la vista o el tacto.

Con la colección de objetos en la mano, dejó caer la piedra de luz en la cesta que tenía delante y continuó por el helado corredor.

De las numerosas formas de la oscuridad, la que podía encontrarse bajo tierra, inmaculada, no perturbada por el más tenue rayo de luz, le había parecido siempre la más completa. La negrura parecía flotar a su alrededor, formando olas casi tangibles. Entornó instintivamente los ojos tratando de encontrar alguna visión y se formaron ante él destellos danzarines de falsa luz. En el suelo, un tapete de lana amortiguaba el rumor suave de sus pies fríos y desnudos. El sonido de su propia respiración bajo la máscara resultaba un tronar en sus oídos.

Al fin, un pálido resplandor apareció delante de él y caminó hasta llegar a las cámaras inferiores del Oráculo. La luz provenía de grandes piedras de luz, que no provocaban el menor siseo o crepitación. Sólo la voz del vidente debía romper el silencio que reinaba en aquel lugar.

Acurrucado sobre un estrado de madera, las piernas ocultas bajo su túnica manchada, el Oráculo se encontraba delante de él y lo contemplaba fijamente, con una mirada vacía. Era un hombre joven, fornido, con barba. Y aunque estaba loco, también había sido bendecido con esa forma especial de demencia que trae consigo destellos de visión y profecía.

Muy cerca, dos sirvientes vestidos con túnicas se sentaban sobre unos bancos apoyados contra la pared. Sus plateadas máscaras, carentes de todo símbolo, estaban

enmarcadas por la capucha con la que se cubrían la cabeza.

Mientras Seregil se aproximaba, el Oráculo se puso de rodillas y comenzó a balancearse de un lado a otro. Sus ojos fangosos despedían un brillo extraño.

—Acércate, Buscador —ordenó con voz ronca y alta.

Seregil se arrodilló delante de él y dejó los objetos que llevaba sobre el suelo. El Oráculo se inclinó ansioso y comenzó a revolverlos mientras murmuraba para sí.

Después de un instante, apartó el pico a un lado con un gruñido desdeñoso. El amuleto fue tratado de la misma manera y luego el ovillo de bramante. Tomando la cuerda, la llevó hasta sus oídos como si estuviera escuchando y entonces comenzó a tararear algunas estrofas de una canción que Seregil había compuesto de niño, y que había olvidado mucho tiempo atrás. Sonriendo para sí, el Oráculo la escondió bajo el borde de una manta.

Finalmente, levantó el pergamino y el penacho, sosteniendo uno de ellos en cada mano como si estuviese comparando su peso. Hizo girar entre sus dedos la pluma, la miró atentamente y entonces se la devolvió a Seregil. Mientras éste la recuperaba, obligó a Seregil a cerrar su mano con fuerza alrededor de ella.

—Un niño de la tierra y de la luz —susurró el Oráculo—. ¡Tierra y luz!

—¿De quién es ese niño?

La boca del vidente se ensanchó y esbozó una sonrisa maliciosa.

—¡Tuyo ahora! —replicó mientras golpeaba fuertemente el pecho de Seregil con el dedo extendido—. ¡Padre, hermano, amigo y amante!

«¡Padre, hermano, amigo y amante!» La enloquecida letanía resonó como un eco entre los muros mientras el Oráculo se agitaba, sumido en un deleite infantil, repitiéndola una vez tras otra. Entonces, tan rápidamente como había comenzado, el cántico cesó y su rostro volvió a quedar inmóvil.

Sosteniendo el pergamino entre las manos, se puso rígido como un epiléptico. El silencio pareció cernirse sobre ellos, sin que nadie lo perturbara durante varios minutos.

—Muerte —apenas había sido un susurro pero el Oráculo lo repitió, en voz alta esta vez—. ¡Muerte! Muerte y vida en la muerte. El devorador de la muerte da luz a monstruos. ¡Guarda bien al Guardián! ¡Guarda bien la Vanguardia y el Astil!

De pronto, los ojos del Oráculo parecieron brillar con una luz de cordura y le devolvió el pergamino a Seregil.

—Quema esto y no hagas más —le advirtió con voz grave, mientras lo estrujaba contra su mano—. ¡Obedece a Nysander!

Aquella sabiduría mística se desvaneció tan rápidamente como había llegado, dejando al Oráculo sumido en la necedad vacía de un niño idiota. Regresó arrastrándose a la tarima y sacó la cuerda del arpa de debajo de la manta. El sonido de su alegre tarareo siguió a Seregil de vuelta por todo el oscuro corredor.

Mientras cabalgaba en dirección al Gallito, Seregil reflexionaba amargamente sobre lo que había descubierto. La mención de Alec hecha por el Oráculo lo había desconcertado, aunque los mensajes parecían bastante claros, especialmente la referencia a la tierra y la luz. Por lo que se refería a la letanía, «padre» y «hermano» debían de haber sido utilizados en sentido figurado, pues una relación de parentesco real era claramente imposible. En cuanto a «amigo», no había duda posible. Lo que dejaba «amante». Seregil se agitó en la silla, irritado.

Evidentemente, los Oráculos no eran infalibles.

Apartando la cuestión de su mente, volvió sus pensamientos al preocupante galimatías provocado por el pergamino. ¿Cómo iba a hacer caso de lo que evidentemente era una advertencia sin saber lo que era el «devorador de la muerte»? Por no hablar de proteger a lo que quiera que fueran el Guardián, el Astil y la Vanguardia.

En circunstancias normales, hubiera recurrido a Nysander en busca de consejo, pero ahora no podía siquiera plantearse tal posibilidad. Frustrado, profirió una imprecación mientras hacía su entrada en la cocina del Gallito y se dirigía escaleras arriba.

Una lámpara todavía ardía sobre la repisa, pero el fuego se había apagado. La habitación estaba helada.

—Maldita sea. Maldita sea. ¡Maldita sea! —musitó mientras atravesaba la habitación para colocar más troncos en la chimenea.

Cuando las llamas comenzaron a alzarse, descubrió a Alec dormido en el estrecho sillón, detrás de él. Yacía hecho un ovillo, un brazo doblado detrás de la cabeza y el otro colgando sobre el suelo. Estaba pálido por el frío. Ruetha se había recostado contra su vientre, con la cola doblada debajo del hocico.

¿*Qué está haciendo aquí?* Seregil lo contempló con el ceño fruncido. Le fastidiaba pensar que Alec podía ser demasiado tímido para aprovechar la oportunidad de disfrutar de una buena cama.

Mientras se inclinaba para cubrirlo con su capa, se sorprendió al descubrir las trazas de lágrimas secas sobre las mejillas del muchacho.

¿*Tendrá algo que ver con su padre?*, se preguntó. El pensar en Alec llorando lo intrigaba y, de algún modo, lo desazonaba.

Se retiró a su dormitorio, se desvistió en la oscuridad y se deslizó con placer entre las frescas sábanas.

Pero el sueño no vino con la facilidad acostumbrada. Tendido allí, en medio de la oscuridad, Seregil se frotaba la cicatriz de forma ausente, sumido en sus pensamientos. De pronto, su vida parecía aún más desordenada de lo habitual.

Seregil apartó muy pronto de sus pensamientos las palabras del Oráculo y volvió a sumergirse por completo en la vida de Rhíminee.

La noticia de que el Gato de Rhíminee había reaparecido se extendió rápidamente y, al cabo de poco tiempo, los encargos de numerosos nobles —así como las investigaciones realizadas a instancias de Nysander— fueron tantas como para que tuviera que pasar fuera de la posada la mayoría de las noches.

Era evidente que a Alec no le complacía que lo dejara atrás, pero Seregil creía que el muchacho no estaba preparado todavía para exponerse a los peligros de la ciudad. Hizo, por tanto, cuanto estaba en su mano para entretenerlo durante el día, mostrándole toda clase de maravillas e instruyéndolo en las incontables habilidades necesarias para sobrevivir en su precaria profesión.

La esgrima era la más importante de ellas y, así, pasaban la mayoría de las mañanas practicando en la sala de estar del piso de arriba, los pies desnudos deslizándose suavemente sobre las esterillas de juncos mientras daban vueltas lentamente, entrenando los bloqueos y paradas básicas con sables de madera.

Desgraciadamente, éstas resultaron ser las lecciones más penosas. Alec era ya demasiado mayor como para empezar a aprender y, a pesar de lo mucho que se esforzaba, sus progresos eran descorazonadoramente lentos.

Las otras disciplinas a las que Seregil dedicaba su atención de manera regular eran la lectura y el trabajo con las cerraduras. Por lo demás, le enseñaba a Alec aquello que le interesaba más en un momento determinado. Un día podían pasar varias horas entregados al estudio de pergaminos que describían la genealogía real o examinando las gemas del cofre que descansaba sobre la repisa. Alec las contemplaba con los ojos muy abiertos mientras Seregil describía sus propiedades y la manera de evaluarlas. Otro día podían salir disfrazados para practicar con un grupo de acróbatas ambulantes entre los cuales Seregil era conocido como Kall el Errante. Vestido con harapos de colores chillones y manchados de barro, Alec observaba con deleite cómo Seregil hacía malabarismos, caminaba sobre una cuerda y pasaba el sombrero entre la multitud. Las primeras y torpes intenciones del propio Alec fueron recibidas gustosamente entre el público como una suerte de inspiradas payasadas.

A menudo, sencillamente vagaban entre las laberínticas calles de la ciudad, explorando los diferentes barrios y mercados. Seregil escondía fardos con artículos de primera necesidad en escondrijos y áticos abandonados por toda la ciudad, preparados para el caso de que tuviera que escapar apresuradamente.

Gradualmente, fue introduciendo a Alec en actividades más clandestinas: realizaban algún allanamiento inocente o jugaban a evadir a la Guardia del Puerto en

las poco frecuentadas callejuelas de la Ciudad Baja.

A medida que las semanas pasaban, Alec se dio cuenta de que, al margen de algunas y cada vez menos frecuentes reservas de tipo ético, nunca en su vida había sido más feliz. Los tenebrosos días pasados en Micenia estaban convirtiéndose rápidamente en meros recuerdos desagradables y Seregil, saludable y de nuevo en su entorno favorito, volvía a ser el personaje irónico y gallardo que había conocido.

A pesar del insólito horario con el que vivían, a Alec le resultaba difícil abandonar el hábito de levantarse con el sol. Por lo que se refiere a Seregil, rara vez estaba despierto tan temprano, así que el muchacho bajaba sigilosamente a la cocina para desayunar con la familia de la posadera.

La cocina era un lugar muy agradable a aquella hora. Cualesquiera que fuesen las reservas que Thirys hubiera sentido con respecto a Alec la primera noche, muy pronto lo había tomado bajo su protección y le había dado la bienvenida en el grupo que cada mañana se reunía alrededor de la gastada mesa de roble.

Saboreando la frágil paz que se prolongaba unos instantes antes de que las necesidades de cada día les obligasen a ponerse a trabajar, Diomis, Cilla y Thirys planeaban las comidas que servirían mientras Cilla amamantaba a su pequeño. Al principio, la visión de su redondeado y desnudo pecho había hecho que Alec se ruborizara, pero muy pronto acabó por considerarlo otro más de los sencillos placeres cotidianos.

Por lo que se refería a las «lecciones» de Seregil, parecía haber una inagotable variedad de técnicas y conocimientos sin relación alguna que había que dominar. La lectura, el abrir las cerraduras y ese tipo de cosas tenían sentido, pero su insistencia en que Alec aprendiera y dominara cosas como la etiqueta resultaba, cuando menos, sorprendente.

Una noche, después de que se hubiesen cerrado los postigos de las ventanas y los sirvientes se hubiesen retirado a sus aposentos, Seregil los vistió a ambos con voluminosas ropas formales y llevó al muchacho a la cocina para cenar.

—Disfrazarse es algo más que cambiar de ropa —le sermoneó mientras se sentaban—. Debes conocer los modales apropiados para cualquier situación, o todo el maquillaje del mundo no servirá para transformarte de verdad. Esta noche vamos a cenar entre los nobles, en una hermosa villa de la calle de la Luna Plateada, atendidos por sirvientes.

Cilla y Thirys, situadas frente al fuego, hicieron sendas reverencias profundas. El barbudo Diomis sonrió mientras acunaba a su sobrino sobre sus rodillas.

—Nuestra vieja madre fue cocinera jefe en algunas de las casas más elegantes de Rhíminee antes de que Lord Seregil la secuestrara. No encontrarías comida mejor en la mesa de un príncipe. Te aconsejo que muestres el suficiente aprecio, joven señor, o

es muy probable que te golpee en la cabeza con un cucharón. Es cosa arriesgada, siempre lo he dicho, comer en presencia de la cocinera.

—Considérate debidamente advertido. —Seregil atrajo la atención de Alec hacia los platos—. Comenzaremos con el servicio en la mesa.

Los platos y cuencos barnizados de color verde parecían tan frágiles como el propio Alec. En el centro de cada uno de ellos se había grabado un intrincado diseño circular. Pequeñas copas de factura similar se encontraban a la derecha de cada plato.

—Ésta es porcelana de Ylani. Muy delicada y muy cara. Se fabrica tan solo en una pequeña ciudad, en las colinas del norte, cerca de Ceshlan. Observa lo translúcida que es. Sostenla contra la luz; el tinte verde está en el barniz. El sencillo diseño en el centro de cada pieza es la tradicional caléndula estilizada, que siempre se considera elegante y de buen gusto. Sin embargo, revela también que el propietario no ha invertido el tiempo y el dinero necesarios para hacer que le grabaran un diseño personal. Esto podría indicar varias cosas. Quizá no es tan rico como pretende aparentar. Por otro lado, podría ocurrir sencillamente que fuera conservador o no tuviera inspiración para tales asuntos. O podría ser que te está agasajando con su segunda mejor vajilla, lo que es una cosa completamente diferente. Tendrías que investigar más para descubrir la verdadera razón. El uso de esta porcelana presagia la clase de cena de la que disfrutarás. En ella sólo se sirve pescado, nunca carne. Fíjate en que se te ha puesto un cuchillo de mesa junto a la cuchara; nunca utilices tu propia daga para comer. El vino es de Micenia, una variedad de gran calidad llamada Humo Dorado. Eso anuncia alguna clase de marisco, porque ninguna otra cosa se serviría con un vino como éste. ¡Sirve el primer plato, buena mujer!

Esforzándose al máximo para parecer grave, Cilla colocó un plato ancho y hondo delante de ellos. En su interior, media docena de cosas esféricas, aproximadamente del tamaño de un puño, descansaban sobre un lecho acuoso. Eran de un color oscuro, entre verde y negro, y estaban cubiertas por espinas de aspecto peligroso que agitaban débilmente a su alrededor.

—¿Esto es marisco? —preguntó Alec, señalando con aire dubitativo al que tenía más cerca.

—Hay muchas clases diferentes —contestó Seregil—. Éstos son erizos de mar. Los niños recogen las variedades más pequeñas en las calas de la costa y los venden por cestos en el mercado. Los más grandes, como éstos que ves aquí, son capturados por pescadores en las trampas para cangrejos y langostas. Casi todo el mundo en Rhíminee los come; el truco consiste en hacerlo de la manera apropiada para el lugar en el que te encuentres. Primero, veamos cómo lo harías tú.

Alec lo miró, incrédulo.

—¿Tal como están? ¡Seregil, estas cosas todavía se mueven!

Thirys dejó escapar un bufido burlón desde el hogar, pero Seregil le indicó con un

gesto que guardara silencio.

—Cocinarlos arruina tanto el sabor como la textura. ¡Vamos! No te los ofrecería si no fueran comestibles.

Todavía dubitativo, Alec agarró el erizo más pequeño del plato por una de las espinas. A mitad de camino de su plato, la espina se soltó y Alec acabó haciendo malabarismos con el espinoso horror hasta conseguir llevarlo a donde pretendía. Una vez tuvo la cosa delante de sí, comenzó a girarla de un lado a otro con la cuchara, mientras se preguntaba cómo debía proceder. Entonces descubrió una especie de abertura en la parte inferior y trató de abrirla con la punta de su cuchillo. De inmediato la cáscara se hizo pedazos bajo la hoja. Una mezcla de agua, espinas rotas y pedazos de una materia de color entre amarillo y gris se desperdigó por toda su camisa.

—¡Excelente! —rió Seregil mientras le arrojaba una servilleta—. Cada vez que pretendas hacerte pasar por un noble del interior que está realizando una visita a la costa, hazlo exactamente de esa manera. Nunca he visto a nadie enfrentarse con su primer erizo de mar sin destruirlo. Ahora bien, si te encontraras en alguna taberna local, fingiendo ser un trabajador o un granjero llegado para el día de mercado, tendrías que actuar así.

Tomó uno de los erizos del plato con un ademán suave y seguro, lo golpeó contra el extremo de la mesa y apartó los fragmentos de la cáscara para mostrar el contenido.

—Estos pedazos grises son el cuerpo. No te los comas —le explicó mientras los apartaba con un dedo. Los acompañaba un anillo cónico de fragmentos blancos que semejaban diminutos pájaros tallados—. Y estos son los dientes. Es la parte amarilla la que te interesa, las huevas.

Seregil extrajo varios lóbulos pequeños y gelatinosos y los engulló con aparente deleite.

—Los compré en el muelle a primeras horas de la mañana —le contó Cilla—. Hice que el pescador me diera también un cubo de agua de mar y los he tenido en ella todo el día.

—¡Delicioso sabor! —Seregil arrojó la cáscara vacía al fuego que ardía detrás de él. Se limpió las manos y los labios con una servilleta y entonces dijo—. Estos son modales de taberna y puedes utilizarlos en cualquier parte, excepto en el Barrio Noble, siempre que quieras hacerte pasar por un hombre del pueblo. Sin embargo, como sin duda recordarás, estamos cenando en la calle de la Luna Plateada y aquí no resultan en absoluto apropiados. Observa. En primer lugar, los bordes de las mangas de una túnica formal nunca se remangan. Se recogen hasta la mitad del antebrazo. Nunca más allá. Puedes apoyar el codo izquierdo sobre la mesa, nunca el derecho, aunque generalmente se considera algo aceptable dejar reposar la muñeca sobre el

borde de la mesa. La comida se manipula con el pulgar y los dos primeros dedos de cada mano. Dobla los otros hacia atrás, de esta manera. Bien. Ahora coge el erizo con la mano izquierda, manéjalo con suavidad y sostenlo hasta que puedas ver la boca. Después, rompe la cascara con un único golpe seco de tu cuchillo. Una vez esté abierto, limpia los restos con la punta de tu cuchillo y después utiliza la cuchara para extraer las huevas. Deposita la cáscara vacía sobre tu plato. Nunca hables con la boca llena. Si alguien se dirige a ti, límitate a colocar un dedo delante de los labios y termina de comer lo que tengas en la boca antes de contestar.

Alec se clavó varias veces las espinas del erizo antes de comenzar a dominar el arte de manejar aquellos animales. Sus dedos estaban agarrotados a causa de la posición antinatural que los obligaba a adoptar. Cuando finalmente logró extraer unos lóbulos intactos y los llevó a su boca, las huevas resultaron tener una textura viscosa sumamente desagradable. Su sabor, entre dulce y salado, resultaba francamente repulsivo. Recurriendo a generosas cantidades de aquel vino pálido y con aroma de roble, logró tragar dos de ellos antes de que su estómago se rebelase abiertamente. Con una mueca, apartó el plato lejos de sí.

—¡Son repugnantes! Preferiría tener que comer dentro de un tronco podrido.

—¿No te gustan? —Seregil abrió con destreza su cuarto erizo—. Será necesario cultivar tus gustos, me temo. Aquí en Rhíminee, prácticamente cualquier cosa que provenga del mar se considera una golosina. Espero que encuentres el siguiente plato más de tu gusto —hizo un ademán en dirección a Cilla—. ¿Alguna vez has probado el pulpo?

A medida que las semanas pasaban, aumentaba la frustración de Seregil en relación con los pobres progresos que Alec hacía con la esgrima. La situación acabó por llegar a un punto crítico durante una de sus sesiones matutinas, aproximadamente un mes después de su llegada.

—¡Manten el costado derecho atrás! —le reprendió por quinta vez durante la última media hora, al mismo tiempo que le propinaba un fuerte golpe en el hombro con su espada de madera—. Cuando avanzas de esa manera después de haber bloqueado un ataque le ofreces a tu oponente un blanco dos veces más grande. Tu enemigo sólo tiene que hacer esto... —con un movimiento diestro, Seregil apartó a un lado la espada de Alec y fingió lanzar un tajo al estómago del muchacho—. ¡Y ahí estás, con las tripas entre las manos!

Silenciosamente, Alec volvió a colocarse en posición pero Seregil podía ver la tensión en sus movimientos. El muchacho cayó torpemente en su siguiente finta y, acto seguido, volvió a adelantar el hombro mientras trataba de lanzar un contraataque.

Antes de que pudiera detenerse, Seregil detuvo su acometida y le propinó un

fuerte golpe en el cuello.

—Estás muerto de nuevo.

—Lo siento —dijo Alec entre dientes mientras se limpiaba el sudor de los ojos.

Seregil se maldijo en silencio. Desde que conocía al chico, esta era la primera vez en que lo veía derrotado. Combatiendo su propia impaciencia, volvió a intentarlo.

—Todavía no son movimientos naturales para ti, eso es todo. Trata de imaginarte a ti mismo cuando te colocas para tensar el arco.

—El arco se sostiene con la mano izquierda y se tira de la cuerda con la derecha —le corrigió Alec—. Es el hombro derecho el que queda atrás.

—Oh, sí. Bueno. Esperemos que llegues a ser mejor manejando la espada de lo que yo lo soy con el arco. Vamos, una vez más.

Alec logró detener una estocada alta pero respondió con otro golpe fallido. La hoja de madera de Seregil lo golpeó con fuerza en la base de la garganta y brotaron unas pocas gotas de sangre.

—Por el... ¡Oh, maldita sea! —Seregil rompió el sable de madera sobre la rodilla, arrojó los dos pedazos al suelo e inspeccionó el rasguño de la garganta del muchacho.

—Lo siento —repitió Alec, mirando por encima del hombro de Seregil—. Me he vuelto a adelantar.

—No estoy enfadado contigo. En cuanto a eso... —hizo un gesto a los fragmentos caídos del sable—, lo he hecho para romper la mala suerte. «Maldita la hoja que prueba la sangre de un amigo». Veamos cómo estás.

Alec se sacó el chaleco empapado de sudor por la cabeza y Seregil inspeccionó los moratones y magulladuras diseminadas por su pecho, sus brazos y sus costillas.

—Es lo que pensaba. ¡Por los Dedos de Illior, hemos estado haciendo algo mal! Todo lo demás lo has aprendido tan rápidamente...

—No lo sé —suspiró Alec mientras se dejaba caer sobre una silla—. Supongo que no tengo futuro como espadachín.

—No digas eso —le reprendió Seregil—. Lávate un poco mientras voy a buscar la comida. Se me han ocurrido una idea o dos que podrían ayudarte.

Seregil regresó de la cocina con un humeante plato lleno de diminutas aves asadas, aderezadas con queso, pasas y alguna clase de setas multicolores de tonos oscuros que tenían un aspecto infame y despedían un olor delicioso.

—Haz un sitio, ¿quieres? —resopló mientras dejaba la pesada bandeja sobre una esquina de la mesa grande.

—Gracias sean dadas al Hacedor. Algo que vivía en tierra firme —exclamó Alec, hambriento, mientras apartaba a un lado libros y rollos de pergamino. La noche anterior Thirys les había servido otra clase de mariscos y él se había ido a la cama con el estómago vacío.

Mientras Seregil estaba fuera se había puesto una camisa limpia. Con las prisas había olvidado atarse los cordones. El lino se arremolinaba con libertad alrededor de sus delgadas caderas mientras se apresuraba a ir a buscar las copas de una estantería cercana y su cabello rubio, adecuadamente peinado al fin, resplandecía intensamente cuando la luz del sol incidía sobre él.

Seregil se descubrió mirándolo y, rápidamente, volvió su atención hacia la comida.

—No va a ser otra lección sobre buenos modales, ¿verdad? —preguntó Alec observando con mirada suspicaz la colección de cubiertos mientras alargaba la mano para tomar una de las aves.

Seregil le dio un rápido golpecito en los nudillos con la cuchara.

—Sí que lo es. Y ahora observa.

—¿Por qué es toda la comida de Eskalia tan difícil de comer? —preguntó con un gruñido mientras Seregil le mostraba los secretos de aquella compleja maniobra que era devorar los diminutos pájaros sin levantarlos del plato o tocar los huesos.

—Admito que le he pedido a Thirys que nos prepare algunos de los platos más complicados, pero si logras dominar éstos el resto te resultarán muy simples —lo tranquilizó Seregil con una sonrisa franca—. No debes subestimar la importancia de tales costumbres. Digamos, por ejemplo que has logrado acceder a la casa de un noble haciéndote pasar por el hijo de un viejo camarada al que conoció durante una guerra. Has estudiado las batallas, conoces los nombres de todos los generales pertinentes, tu acento es el correcto y estás vestido a la perfección. En el mismo instante en que alargas la mano para servirte de las bandejas comunes o pinchas una anguila con el tenedor, comenzarás a estar bajo sospecha. O imagina que tratas de hacerte pasar por el hijo de un marinero en la Ciudad Baja. Si por equivocación se te ocurre pedir un vino que cuesta el salario de varios meses, o comes tu comida con los dedos ligeramente doblados, a la manera elegante, es más que probable que la próxima vez que se te vea estés flotando boca abajo en el puerto.

Escarmentado, Alec volvió a coger la cuchara y comenzó a comer con delicados ademanes el ave que tenía delante.

—Pero ¿qué hay de la esgrima?

—Ah, sí. Sospecho que el problema puede estar más en mí que en ti.

Alec lo miró, escéptico.

—¡Micum dijo que eras uno de los espadachines más diestros que jamás había conocido!

—Ése es el problema. En mi caso, todo está aquí. —Seregil se dio unos golpecitos sobre el pecho con un dedo—. La esgrima me resulta tan natural como el respirar; siempre ha sido así. Soy todo agresividad, habilidad e intuición. De manera que, cada vez que bajas la guardia o adelantas el hombro, me abalanzo sobre ti para

aprovechar tu error. Todo lo que he logrado hasta el momento es hacer que dudes de ti mismo. No, ésta es una cosa que no puedo enseñarte. Por eso he decidido enviarte a Watermead.

Alec lo miró, sorprendido y enfadado.

—Pero si apenas acabamos...

—Lo sé, lo sé —le interrumpió Seregil, tratando de evitar otra discusión sobre el abandono de sus lecciones—. Sólo será durante una semana, y no pasará nada porque perdamos ese tiempo. Además, tengo que llevarles los documentos de alistamiento de Beka, así que saldremos hoy mismo.

En aquel preciso instante, sonó en la puerta un golpe vigoroso y Alec se sobresaltó.

—No te preocupes —dijo Seregil—. Cualquiera que siga pudiendo llamar después de haber subido por mis escaleras es un amigo. ¿Eres tú, Nysander?

—Buenos días a ambos —el aroma de la magia envolvía a Nysander mientras entraba en la habitación, pese a que vestía las mismas ropas ordinarias que había llevado la primera vez que Alec lo viera, allá en los muelles—. ¡Ah, veo que llego a tiempo para disfrutar de una de las excelentes comidas de Thirys!

Seregil alzó una ceja inquisitiva.

—Creía que íbamos a encontrarnos esta noche.

—Para ser sinceros, he estado echando bastante de menos a Alec. Lo has mantenido muy ocupado. Desgraciadamente, ese no es el único motivo de mi visita. Quiero tu opinión sobre esto.

Extrajo un pequeño estuche de pergaminos de su bolsillo y se lo tendió a Seregil. Un sello de cera todavía colgaba de una de las cintas que lo envolvían.

—Es mío —observó Seregil con sorpresa mientras examinaba el sello. Su mirada de perplejidad se hizo aún más intensa mientras extraía una hoja de untuosa vitela y la examinaba—. Ésta es una nota que escribí al barón Lycenias la pasada primavera, dándole las gracias por una cacería que había celebrado en sus tierras. Tú mismo me habías enviado allí, ¿lo recuerdas? Aquel asunto referente a Lady Northil.

—Te sugiero que la leas cuidadosamente.

—Veamos; el blasón está en su lugar y está fechada el tercer día de Lithion. Eso es correcto. «Mi querido Lycenias i Marrón, permíteme de nuevo expresarte mi más sincera gratitud por una agradable...». Sí, sí, las tonterías habituales; una excelente cacería, compañía loable... Pero ¿qué...?»

Se detuvo y soltó una carcajada incrédula.

—¡Por los Testículos de Bilairy, Nysander! Por lo que parece, le estoy dando las gracias también por varias noches de placer *carnal*. ¡Como si me hubiera fijado en aquella hedionda bolsa de tripas!

—Sigue leyendo. Luego empeora.

Seregil continuó con la lectura. Sus ojos despedían destellos de indignación, pero un instante más tarde empalideció. Llevó la carta hasta la ventana, la inspeccionó de cerca y luego volvió a leerla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alec con inquietud.

—Esto no es bueno. —Seregil apartó de su rostro un mechón de cabello extraviado mientras continuaba estudiando la nota—. Según todos los indicios y apariencias, ésta es mi letra. Desde el principio hasta el final, incluyendo el gran arabesco que conecta la última letra a mi firma... y que siempre incluyo precisamente para prevenir cosas como la que, de alguna manera, ha ocurrido aquí.

—¿Alguien ha cambiado lo que dice?

—Ya lo creo que lo han hecho. «Por lo que se refiere a Tarín Dhial, puedes estar seguro y confiar en mi absoluto apoyo». ¡No, no es nada bueno!

—No lo comprendo. ¿Qué ocurre? —dijo Alec, volviéndose hacia Nysander.

—Tarin Dhial es el nombre en clave de un espía plenimarano que fue descubierto cuando se dedicaba a comprar información a varios nobles eskalianos —le explicó Nysander—. Todos ellos fueron ejecutados por traición hace dos meses.

—Arragil y Mortain —dijo Seregil, asintiendo con aire pensativo—. Ambos eran huéspedes de Lycenias la misma semana que yo me encontraba allí. ¡Por aquel entonces no tenía la menor idea de en qué estaban metidos! Supongo que la has examinado en busca de magia...

—Ni rastro. A menos que puedas demostrar que es una falsificación, podría resultar sumamente perjudicial.

—Pero ¿cómo ha llegado a tus manos?

—Le fue enviada anónimamente a Lord Barien esta misma mañana.

—¿El *Vicerregente*?

—Oh, sí. Afortunadamente, hay algunos Centinelas entre sus sirvientes. Uno de ellos reconoció tu sello y sustrajo el documento antes de que fuera visto. Sin embargo, es posible que existan otras copias. Tiemblo sólo de pensar el colosal escándalo que podría estallar si una de éstas llegara a caer en manos equivocadas. Tal vergüenza para la Reina es sencillamente inconcebible. ¡Sería un golpe perfecto para los Leranos!

Sin que los demás lo advirtieran, Alec levantó los ojos, intrigado, al escuchar este último comentario, y entonces lanzó una mirada de soslayo al rostro de Seregil. Ciertas sospechas que se habían deslizado al interior de sus pensamientos durante las últimas semanas comenzaban a adoptar una forma más definida.

—Sólo hay tres falsificadores capaces de realizar un trabajo de esta calidad —meditó Seregil—. Afortunadamente, dos de ellos se encuentran aquí, en la ciudad. No debería de llevarnos mucho tiempo averiguar si están implicados en esto. Ya había tratado de relacionarlos con el caso de Vardarus, sin ningún éxito. Sin embargo, en un

asunto de esta importancia, me cuesta creer que los Leranos pudieran buscar ayuda muy lejos. Están mejor organizados de lo normal, pero siguen siendo bastante estrechos de miras. Al menos, esa ha sido siempre la causa de su ruina en el pasado.

—Dejaré que te ocupes de esto por el momento —dijo Nysander, mientras se ponía en pie para marcharse—. Mantenme bien informado. Si las cosas llegaran a ponerse feas, puedes confiar en mí para que te saque de la ciudad. Adiós, Alec.

—Si las cosas se ponen feas para mí, tendrás problemas propios de los que preocuparte —le advirtió Seregil mientras lo acompañaba hasta la puerta.

—¿Seregil? ¿Todo esto es porque eres un Aurénfaie? —preguntó Alec repentinamente.

Pasmado, Seregil se volvió y lo miró fijamente.

—¿Dónde has oído eso?

—¿Quieres decir que, después de todo este tiempo, *todavía* no se lo habías contado? —exclamó Nysander, igualmente perplejo.

—Entonces, ¿es cierto? —Alec estaba sonriendo.

—De hecho, estaba esperando a que lo dedujera por sí mismo —contestó Seregil mientras se agitaba, incómodo, bajo la mirada disgustada de Nysander.

—¿De veras? —dijo Nysander, lanzándole una última y sombría mirada—. En ese caso, sospecho que los dos tenéis *mucho* de lo que discutir. Os dejaré solos para que podáis hacerlo. ¡Adiós!

Seregil volvió a la mesa y hundió la cabeza entre las manos.

—La verdad, Alec. De todos los momentos que podías haber elegido...

—Lo siento —dijo Alec. Había enrojecido—. Simplemente me salió sin más.

—¿Quién te lo ha contado? ¿Thirys? ¿Cilla? ¿Alguien de la Oréska?

—Me he dado cuenta por mí mismo, en este momento —admitió Alec—. Es la única explicación que tiene sentido. La manera en que tus amigos hablan de ti, todas esas historias... al cabo de algún tiempo comencé a preguntarme cómo era posible que alguien tan joven hubiera hecho tantas cosas. Quiero decir que, cuando se te mira, uno no diría que tienes más de veinticinco años, pero Micum es mayor aún y una vez me contó que se había encontrado contigo cuando era muy joven, así que debías de ser mayor de lo que aparentas. En cuanto me di cuenta de eso, las cosas que me habías contado, o las que habías rehusado contarme, volvieron a mis pensamientos y comencé a hacerme muchas preguntas. Cómo por ejemplo, por qué la mitad de los libros que hay aquí están escritos en Aurénfaie...

—¿Cómo es que sabes eso?

—Nysander me mostró algunos escritos Aurénfaie mientras me encontraba en la Casa Oréska. No sé leerlos, pero puedo reconocer los caracteres. He tenido tiempo más que de sobra para hurgar por aquí. Ya sabes, todas esas noches que estás fuera...

—Qué emprendedor —dijo Seregil, encogiéndose al sentir que el dardo daba en

la diana—. Pero ¿por qué no me lo preguntaste antes?

—No estuve seguro hasta que oí decir a Nysander que sería un terrible escándalo si los Leranos llegaban a acusarte de ser un traidor. Tanto Micum como Nysander me dijeron que estabas emparentado con la Reina. Lo mejor que podría ocurrirles a los Leranos sería que un pariente de la Reina, que además resulta ser un amigo de su hija, el antiguo aprendiz de su mago favorito y un Aurénfaie, fuera descubierto vendiendo información a los plenimaranos.

Alec vaciló entonces.

—No estás enfadado, ¿verdad? Siento haberlo dicho de esa manera inesperada y encima delante de Nysander, pero repentinamente todo resultó...

—¿Enfadado? —Seregil rió, al mismo tiempo que levantaba por fin la cabeza—. ¡Alec, constantemente superas mis expectativas más optimistas!

—Excepto en la esgrima.

—Pero eso ya lo hemos aclarado. Vamos, vamos. Haz el equipaje. Lleva todo lo que creas que puedas necesitar. —Seregil se puso en pie de un salto y se dirigió hacia su habitación—. Tengo otra silla por alguna parte. Y asegúrate de llevar el arco. Beka es también buen arquero.

—Entonces, ¿es que nos marchamos juntos?

—¿Y por qué no habríamos de hacerlo?

—¿Con todo lo que Nysander acaba de contarte? ¿Cómo podemos marcharnos de esa manera mientras tú estás en peligro?

—Puedo volver a la ciudad mañana mismo.

—¡Así que, en realidad, sí que te estás librando de mí!

Seregil caminó hasta Alec, le pasó un brazo alrededor del cuello y lo miró con toda seriedad a los ojos.

—Éste es un trabajo peligroso. ¿Cómo esperas que me concentre en la tarea que me ocupa si tengo que estar preocupado constantemente de no perderte en algún callejón oscuro durante una persecución? No me sentiré a gusto llevándote conmigo hasta que no seas capaz de protegerte a ti mismo. Por eso es tan importante para mí que aprendas a utilizar la espada. Ve con Micum; aprende de él. Puede enseñarte más en una semana que yo en medio año, te lo prometo.

—Nunca pensaste que estuviera indefenso hasta que llegamos a Rhíminee —gruñó Alec, tratando de apartarse. Seregil lo sujetó con un poco más de fuerza y lo obligó a permanecer en su lugar.

—Oh, no estás en absoluto indefenso, amigo mío. Ambos lo sabemos —lo soltó y entonces añadió—. Pero créeme cuando te digo que todavía no has visto el Rhíminee que yo conozco.

—Pero ¿qué hay de los Leranos? ¿Puedes marcharte mientras todo eso ocurre?

—La carta fue enviada esta mañana, así que tengo todavía un día o dos hasta que

se den cuenta que no ha llegado a su destino. E incluso entonces, dudo mucho que actúen inmediatamente.

—¿Por qué no? Si tienen otra copia, podrían sencillamente enviársela a cualquiera.

—No harán nada hasta que averigüen lo ocurrido con la primera copia, y eso es algo que no ocurrirá hasta que yo lo decida —lo tranquilizó Seregil con una sonrisa sombría—. Y ahora, ponte a hacer el equipaje. ¡Hemos perdido ya más de medio día y todavía tenemos que comprarte un caballo!

Un caballo, dos cisnes y tres hijas

El mercado de ganado se encontraba justo al exterior de las murallas de la ciudad, junto a la puerta del Mercado de la Cosecha.

Mientras paseaban entre los cercados de los diferentes vendedores de caballos que se daban cita allí, Alec lanzaba miradas ansiosas en todas direcciones.

—¡Eso es precisamente lo que estamos buscando! —dijo Seregil, señalando a una mujer vestida con unos polvorientos pantalones de montar y unas botas. En aquel momento mantenía una acalorada discusión con varios de sus compañeros, detrás de los corrales.

Seregil desmontó, condujo a Cepillo hacia ellos y se unió a la conversación. La mercader lo saludó con un gesto de la cabeza y señaló con el pulgar en dirección a un gran edificio de madera que se encontraba a unos pocos cientos de metros de allí.

—Una cosa bien estúpida —gruñó—. Mira a mis pobres bellezas. ¿Cómo crees que se sentirán?

—¿Te refieres a la nueva sede del Gremio de los Carniceros? —preguntó Seregil, arrugando la nariz. Una suave brisa arrastraba hasta ellos el olor dulzón y desagradable del lugar y los graznidos de los cuervos y las gaviotas que se peleaban por los restos de entrañas acumuladas en los fosos, al otro lado del matadero.

Apoyándose sobre la barandilla del cercado, la comerciante de caballos observó cómo sus animales pateaban nerviosamente el suelo al oler el viento.

—Ya hemos pedido más de una vez que se nos construya un mercado propio, más alejado de los malditos carniceros, pero, por lo que parece, el Consejo no se preocupa por nosotros. Los cerdos, las vacas y las ovejas son tan lerdos que nos les importaría el olor de la sangre aunque estuviesen nadando en ella. Pero mis pobres bellezas... ¡Míralas! ¿Cómo esperan que pueda ofrecerte un animal tranquilo cuando este hedor flota en el ambiente?

—Haz la petición directamente en la Corte de la Reina —le aconsejó Seregil—. Idrilain comprende a los caballos mucho mejor que los gordos mercaderes del Consejo de Calles y Mercados.

Uno de los otros mercaderes asintió.

—Sí. No es mala idea.

—Te he comprado caballos las suficientes veces, señora Byrn; me fío de la calidad de tus animales. —Seregil señaló a Alec, que a esas alturas estaba ya examinando la manada—. Creo que a mi amigo también le gustan. Veámoslos más de cerca.

Con un asentimiento complacido, la comerciante metió su camisa de lana debajo del cinturón y trepó por encima de la barandilla.

Seregil la siguió al interior del cercado y comenzó a acariciar los cuellos de las bestias y a arrullarlas con suavidad. Alec, que lo seguía muy de cerca, se maravillaba al ver cómo los animales parecían calmarse bajo su mano. Otros caballos se agolparon alrededor de su dueña.

—Son sólo una manada de grandes potros, como puedes ver —dijo, sonriendo a Alec por encima de sus lomos—. La mayoría de ellos son de razas norteñas, con algunas gotas de sangre Aurénfaie aquí y allá. Son fuertes y listos. Dudo mucho que puedas encontrar otros mejores entre aquí y Cirna.

Alec deambulaba entre la manada, tratando de distinguir a aquellos que poseían las mejores naturalezas y portes de esos otros que sólo lo aparentaban. Se disponía a alargar la mano para acariciar a un pálido potro alazán cuando un empujón propinado desde atrás estuvo a punto de hacerlo caer. Un hocico oscuro apareció bajo su brazo y se encontró con una yegua de color pardo que mordisqueaba la bolsa de su cinturón.

—¡Tú, Parche! —gritó la mercader de caballos—. ¡Fuera de ahí, fresca!

La yegua, un animal no demasiado hermoso, dedicó a Alec una mirada ansiosa mientras éste se apartaba. Sin duda su apariencia era bastante vulgar, pero le llamó la atención la caída desdeñosa de sus orejas. Extendió una mano hacia ella y el animal volvió a colocar la cabeza debajo de su brazo, tratando de arrimarse a su cinturón.

—Es el cuero lo que busca —confesó la comerciante—. Está tan loca por él como cualquier otro caballo por las manzanas. No le gustan los arreos, te lo advierto.

—Da igual. No parece del todo mala —señaló Seregil, que se había aproximado.

Alec examinó cuidadosamente las articulaciones y corvejones del animal y descubrió una mancha irregular de pelo blanco, del tamaño de la mano de un niño, justo por debajo de su flanco derecho.

—¿Cómo se hizo esa cicatriz? —preguntó.

La mujer pasó una mano suavemente y con cariño sobre la marca.

—Los lobos entraron en mi cercado el invierno pasado. Mataron a tres potros antes de que nos presentáramos con antorchas. Uno de ellos la mordió, como podéis ver, antes de que le rompiera la crisma de una coz. Es una pendenciera, la pobre Parche. Y además muy testaruda. Pero tiene un trote muy suave, es fuerte y podría galopar todo el día por ti. Ensíllala, joven señor y veamos lo que te parece.

Un corto galope a lo largo del terreno abierto que se extendía alrededor del mercado bastó para convencer a Alec. El potro no era nada nervioso y soportaba bien las riendas.

—Convenido, entonces —dijo Seregil, mientras pagaba.

Después de trasladar su silla y su equipaje a Parche, Alec se colgó el arco del hombro y siguió a Seregil en dirección a la vía de Cirna.

Cuando ya se habían alejado varios kilómetros de la ciudad, giraron y tomaron un camino que se dirigía hacia las colinas. Seregil no parecía tener demasiada prisa y

galopaban con tranquilidad.

Soltaron las riendas de los caballos y disfrutaron de la fresca y clara tarde. El invierno comenzaba ya a aposentarse sobre Eskalia, aunque la brisa todavía transportaba los intensos aromas de la carne ahumada, el heno amarillento y el agrio sabor de los lagares de las granjas que se encontraban a la vera de su camino.

Habían cabalgado algún tiempo sumidos en un comfortable silencio, cuando Seregil se volvió hacia Alec y comentó:

—Supongo que te estás preguntando por qué no te lo había dicho antes.

—Nunca cuentas demasiado sobre ti mismo —replicó Alec con un leve tono de reproche—. Ya me he acostumbrado a no preguntar.

—Los modales elegantes están de más conmigo —le advirtió el otro, un poco perplejo—. Vamos, pregunta.

—Está bien. ¿Por qué no me lo contaste antes?

—Bueno. Al principio fue por la gran cantidad de ideas equivocadas que tenías sobre los «faie» —replicó Seregil—. Parecías creer que todos nosotros éramos magos o gentecilla que se dedicaba a beber néctar.

Las mejillas de Alec se ruborizaron mientras recordaba las fantasías infantiles que había compartido con Seregil durante los primeros días.

Seregil lo miró de reojo y sonrió.

—Oh, sí. Vosotros los bárbaros del norte tenéis las más extrañas nociones. En todo caso, decidí que era mejor que primero te acostumbraras a mi presencia. Y entonces caí enfermo.

Se detuvo. De pronto parecía un poco vergonzoso.

—Desde que llegamos a la ciudad tenía intención de contártelo, de verdad. Es sólo que... No lo sé. Sencillamente el momento apropiado nunca parecía presentarse. Lo que le dije a Nysander es cierto; estoy muy orgulloso de ti por haberlo descubierto solo. ¿Qué más te gustaría saber?

¿Qué más me gustaría saber?, pensó Alec. Se preguntaba cuánto tiempo iba a durar el extraño estado de ánimo que demostraba Seregil.

—¿Qué edad tienes?

—Cumpliré cincuenta y ocho en el mes de Lenthin. De acuerdo con los cálculos de mi raza, eso no me convierte en mucho mayor que tú, aunque indudablemente tengo más experiencia. Es difícil establecer comparaciones entre las edades de los Aurénfaie y los humanos. Bajo las leyes de los Aurénfaie, todavía no tengo la edad suficiente para casarme o poseer tierras —rió entre dientes con suavidad—. Aunque, en general, me ha ido bastante bien en Eskalia.

—¿Porque eres pariente de la Reina?

—En alguna medida, aunque nuestro parentesco es muy lejano y está lleno de polvo. Bastó para conseguirme una carta de presentación en la corte y un puesto

como sirviente de alta categoría. Lord Corruth, consorte de Idrilain I, era primo de mi bisabuela. Mis pretensiones de nobleza en Eskalia son, como mínimo, bastante frágiles.

En sus conversaciones con Nysander y Micum había recibido insinuaciones más que suficientes de que no debía preguntar a Seregil por qué había abandonado Auréren.

—¿Cómo es aquello, Auréren?

Seregil cabalgó en silencio durante un momento, con el rostro vuelto en otra dirección. Alec temía haber dado un mal paso después de todo, y estaba a punto de retirar la pregunta cuando Seregil comenzó a cantar.

La lengua no le resultaba familiar, pero al mismo tiempo era tan líquida, tan elegante y grata para el oído que le parecía a Alec que casi podía comprenderla... y que si llegara a hacerlo le revelaría innumerables matices que la suya jamás podría comunicar. La melodía, simple y al mismo tiempo atormentada y llena de nostalgia, arrancó lágrimas a sus ojos mientras escuchaba.

Seregil la cantó una segunda vez, traduciendo las palabras para que Alec pudiera comprenderlas.

Mi amor se envuelve en una capa de un verde fluido y lleva la luna a modo de corona.

Y lleva cadenas de una plata fluida.

Sus ojos son dos espejos que reflejan el cielo.

Oh, vagar por tu fluida capa de verde bajo la luz de la luna que es tu corona.

¿Alguna vez podré beber de tus cadenas de plata fluida y de nuevo vagar a la deriva por tus espejos de cielo?

Volviendo la mirada hacia los campos que el invierno había dejado yermos, Seregil dijo con un hondo suspiro:

—Así es Auréren.

—Lo siento. —Alec sacudió la cabeza con aire triste—. Debe de ser muy doloroso tener que pensar en tu tierra cuando te encuentras tan lejos.

Seregil se encogió de hombros con suavidad.

—*Yri nara molkrat vy pri nala estin.*

—¿Aurénfaie?

—Un viejo proverbio. «Incluso un vino agrio es mejor que no tener ningún vino».

Las sombras del anochecer avanzaban arrastrándose colina abajo cuando Seregil se apartó del camino y se dirigió hacia un puente de piedra que cruzaba un arroyo

bastante ancho. Una bandada de cisnes que descansaban en los campos próximos levantó el vuelo cuando ellos se aproximaron, ascendiendo hacia los cielos con su poderoso batir de alas.

Alec aprestó el arco con sorprendente rapidez, abatió a dos de los grandes pájaros y condujo a Parche al trote hacia los cuerpos caídos.

—¡Buen tiro! —gritó Seregil a su espalda, mientras soltaba a su caballo para dejar que bebiera—. Ayer mismo me estaba preguntando si no estarías perdiendo práctica.

Alec cabalgó de vuelta con los pájaros colgados del arzón delantero de su silla.

—Yo también —dijo, mientras desmontaba y conducía al caballo hasta el arroyo—. Al menos no me presentaré allí con las manos vacías. ¿Falta mucho para llegar?

Seregil señaló al valle.

—Aquello es Watermead. Ya habrán cenado, pero estoy seguro de que Kari no nos mandará a la cama con hambre.

Unos cuantos kilómetros más allá podían ver unos prados abiertos y un puñado de edificios acurrucados junto a los lindes de los bosques de las montañas. Por debajo del edificio principal unos rebaños de ovejas deambulaban, semejantes a nubes, por las laderas de las colinas. Otros animales, de color más oscuro pastaban un poco más lejos.

Alec escudriñó con la mirada entornada la distante casa, preguntándose qué recibimiento les esperaba.

—No te preocupes. No tardarán en considerarte parte de la familia —lo tranquilizó Seregil.

—¿Cuánta gente vive allí?

—Bueno, están las tres chicas. Beka es la mayor. Cumplirá dieciocho en Lithion, creo. Vas a pasar buena parte de esta semana mirando su espada. Elsbet tiene catorce y tiene madera de estudiosa. Creo que ingresará en la escuela del templo de Illior muy pronto. La menor es Illia. Apenas tiene seis años y ya es la señora de toda la propiedad.

—Espero que a la esposa de Micum no le moleste tenerme bajo su techo.

—¿Kari? —Seregil rió—. A estas alturas, Micum debe de haberle contado todo sobre el pobre huérfano al que he arrastrado hasta el sur. ¡Tendré suerte si consigo que vuelvas conmigo! Y en cuanto a lo de estar bajo su techo, dudo que tengas mucho tiempo para ello.

Seregil silbó y Cepillo salió chapoteando del arroyo. Por su parte, Parche había avanzado hasta el centro y, a despecho de todas las llamadas de Alec, parecía contenta de permanecer allí. Silbó y gritó, pero la yegua lo ignoró completamente. Al fin decidió desistir y se quedó de pie junto a la orilla, mirándola con el ceño fruncido.

—Las miradas de enfado no te servirán de nada. —Seregil rió entre dientes—.

Mucho me temo que vas a tener que mojar los pies.

—Voy a mojar algo más que eso —gruñó Alec, mientras miraba al fango marrón que cubría las rocas del lecho del arroyo. Sin embargo, inesperadamente comenzó a sonreír. Sacó una lengüeta de arco de su bolsa, sostuvo en alto el pedazo de cuero y llamó:

—¡Eh, tú, Parche!

La yegua alzó la cabeza inmediatamente, con las orejas hacia delante. Olisqueando con fuerza, se aproximó hasta estar lo suficientemente cerca como para morderlo, y entonces Alec la sujetó por las riendas.

—Vas a malcriar a ese animal —le previno Seregil mientras partía una manzana para darle a su propio caballo—. Enséñale a responder a tu silbido, o tarde o temprano tendrás que comprar una curtiduría para mantenerlo a tu lado.

Cuando alcanzaron la cima de la colina se encontraron con que la puerta de la empalizada de madera que rodeaba la casa principal estaba abierta. Mientras entraban en el patio, una jauría de enormes sabuesos apareció desde las sombras. Los animales comenzaron a gruñir, suspicaces, hasta que reconocieron el olor familiar de Seregil.

Éste desmontó y uno de ellos, un viejo macho con el hocico gris, se levantó sobre los cuartos traseros, apoyó las patas sobre sus hombros y lo miró directamente a los ojos. Mientras tanto, los otros se agolpaban con aire alegre alrededor de Alec, azotándolo con las colas y olisqueando esperanzados los cisnes que colgaban del arzón delantero.

—¡Hola, Pizca! —Seregil acarició afectuosamente la cabeza del sabueso antes de apartarlo a un lado. Caminando a trancas y barrancas entre la jauría abrió la marcha hacia la puerta.

Kari fue la primera en verlos mientras entraban en el salón. Las mesas se habían apoyado contra las paredes para la noche, y tanto ella como sus mujeres se sentaban alrededor de la chimenea central.

Sus miradas se cruzaron a través de la habitación, y Seregil descubrió en la de ella una brizna de su vieja aprensión. *No, es demasiado pronto. Sólo acabamos de recuperarlo.*

Al principio, esa mirada le había proporcionado cierta satisfacción, antes de que la rivalidad existente entre ambos madurara hasta convertirse en amistad. Ahora le hacía sentir un poco triste el que su repentina aparición siguiera evocando el mismo destello de resentida alarma.

Sin embargo, antes de que pudiera tranquilizarla, una masa confusa de melena oscura y falda de vuelo se precipitó sobre él desde la dirección de la cocina. Dejando caer sus alforjas, levantó en brazos a Illia y recibió como recompensa un sonoro beso en la mejilla.

—¡Tío! Mira, mamá. ¡El tío ha venido después de todo! —gritó, antes de volver a besarlo—. Pero no puedes llevarte a Padre contigo, ya lo sabes. Ha prometido que mañana me llevará a cabalgar con él.

Seregil la miró desde lo alto.

—Vaya. Menuda bienvenida.

—Illia, ¿y tus modales? —Kari prescindió por un momento de su lado materno. Era morena como su hija, con un rostro ovalado cuya elegancia parecía contradecir sus bruscos ademanes—. Seregil no ha cabalgado toda ésta distancia para que te cuelgues de él como si fueras un erizo.

Sin inmutarse, Illia observó a Alec por encima del hombro de Seregil.

—¿Es éste el valiente chico que salvó a Padre de los bandidos?

—Lo es —contestó Seregil. Con la mano que le quedaba libre, empujó a Alec hacia delante—. Alec es el mejor arquero de todo el mundo y, mientras veníamos hacia aquí, abatió dos cisnes especialmente para tu madre. Deben de estar fuera, en las sillas, si es que tus perros no se los han comido todavía. Ha venido a aprender a manejar la espada con tu padre y con Beka. Pero estoy seguro de que, entre lección y lección, será un estupendo compañero de juegos para ti. Puedes quedártelo una semana si me prometes no magullarlo hasta la muerte. ¿Qué me dices?

Seregil volvió la vista hacia Kari y respondió a su mirada de alivio con un guiño.

—¡Oh, sí que es guapo! —exclamó Illia. Descendió y tomó la mano de Alec—. Eres casi tan guapo como el tío Seregil. ¿Sabes cantar y tocar el arpa como él?

—Bueno, sé cantar —admitió Alec mientras la pequeña lo arrastraba hacia la chimenea.

—Deja que el pobre muchacho recupere el aliento antes de empezar a molestarlo —la regañó su madre—. Corre al establo y avisa a tu padre y tus hermanas. ¡Largo!

Después de obsequiar a Alec con una última y radiante sonrisa, Illia salió corriendo.

—Venid y sentaos junto al fuego, los dos —dijo Kari, mientras hacía señas a sus mujeres para que les hicieran sitio—. Ama, busca algo de cenar para nuestros amigos y ocúpate de encender el fuego en los aposentos de los invitados.

La mayor de las sirvientas asintió y desapareció por una puerta lateral; las otras mujeres se retiraron a una chimenea más pequeña, situada al otro extremo del salón. Kari se volvió hacia Alec y tomó sus manos entre las suyas.

—Eres bienvenido en nuestra casa, Alec de Kerry —dijo con voz cálida—. Micum nos ha hablado de la emboscada en el Bosque de Folcwine. Es mucho lo que te debemos.

—Él ha hecho mucho más por mí —replicó Alec, un poco incómodo. Sin embargo, en aquel mismo momento Micum irrumpió en la sala llevando a Illia sobre el hombro y arrastrando a otra chica de más edad. Enfundado en sus pantalones de

lana y su camisa de cuero, era la viva imagen de un terrateniente de campo.

—¡Vaya, esto sí que es una agradable sorpresa! —exclamó—. Esta pequeña pilluela dice que Alec está buscando un espadachín de verdad.

Después de dejar a Illia en el suelo, les estrechó las manos a ambos.

—Beka estará con nosotros tan pronto como haya acabado de lavarse. Una de sus yeguas ha tenido un parto muy malo esta misma tarde —arrastró a la otra muchacha hasta su lado y dijo—. Y ésta tan calladita es Elsbet, la belleza de la familia.

Elsbet apenas tocó la mano de Alec en un rápido saludo. El cabello oscuro enmarcaba un rostro muy semejante al de su madre, suave y elegante.

—Bienvenido a Watermead —murmuró. Su mano tembló un instante contra la de él y, azorada por un rubor que rivalizaba con el de Alec, se marchó apresuradamente a sentarse junto a su madre.

—Debéis de estar sedientos después del viaje —dijo Kari, mientras intercambiaba con Seregil una mirada traviesa—. O mucho me equivoco, o te has pasado todo el viaje hablando. ¿Os atrevéis a probar la cerveza de esta temporada? Por una vez creo que casi se puede beber.

Micum le dio un codazo bromista a Alec mientras ella se marchaba.

—Es la primera estación desde que vinimos al sur que la veo satisfecha con su cerveza. Te advierto que nadie en el valle sabe hacerla como ella, pero nunca deja de repetir que el lúpulo del norte le da un sabor especial.

—Creo que la he oído mencionarlo un par de veces —recalcó Seregil con ironía—. Illia, ¿crees que podrías ir a buscar mis alforjas allí, junto a la puerta?

La pequeña puso los ojos en blanco.

—¿Regalos?

—¿Quién sabe? —le tomó el pelo—. Pero mira, aquí tenemos a Beka por fin.

Una muchacha alta, vestida con una camisa manchada y unos pantalones irrumpió en la habitación, el rostro iluminado por una sonrisa expectante.

—¿Se sabe ya algo, Seregil? —exclamó, mientras se inclinaba para darle un abrazo.

—Paciencia, Beka. Por lo menos saluda primero a Alec.

Entre todas las chicas, Beka era la que más se parecía a su padre. Su piel clara estaba salpicada de pecas y su cabello, reunido en coleta descuidada y de un color rojo cobrizo, caía sobre sus hombros mientras se inclinaba para estrechar la mano de Alec. Tenía demasiado de los rasgos de su padre como para que se la considerara hermosa, pero sus ojos, de un azul acerado, y una sonrisa presta, impedían del mismo modo que pasara inadvertida.

—Padre dice que eres un buen arquero —dijo, mientras lo evaluaba de manera amistosa con una mirada de la cabeza a los pies—. Espero que hayas traído ese arco tuyo. Nunca he visto un Negro de Radly.

—Está allí, junto a la puerta —respondió Alec. De pronto, se encontraba más a gusto de lo que había estado desde su llegada.

—¡Aquí están! —resopló Illia, que había conseguido traer las alforjas a Seregil—. ¿Te has acordado de lo que te pedí?

—¡Illia, no seas pedigüeña! —la regañó su madre, mientras volvía con un cántaro y varias jarras.

—¿Por qué no lo buscas tú misma? A ver lo que puedes encontrar mientras yo pruebo la excelente cerveza de tu madre —le sugirió Seregil. Dicho y hecho, dio un largo trago de cerveza—. Una auténtica delicia, Kari. Mejor que la que sirven en la mesa real de Micenia.

Alec probó la suya y tuvo que estar de acuerdo con la afirmación de Seregil. Kari, evidentemente, tenía sus dudas.

—Bueno, al menos es mejor que la del año pasado —admitió al fin.

Mientras tanto, Illia se había entretenido abriendo el primero de los paquetes.

—Estos deben de ser para Beka —dijo, sacando un par de lustrosas botas de montar—. Va a ser soldado de caballería.

—Un jinete de la Guardia Montada de la Reina —le corrigió Beka mientras lanzaba una mirada esperanzada a Seregil.

Micum sacudió la cabeza con fingida desesperación.

—No hemos tenido un solo momento de paz desde que supo que ibas a regresar.

Seregil extrajo un estuche de pergaminos de su capa y se lo tendió a la muchacha. Ella rompió el sello, lo sacudió hasta sacar los documentos y los examinó apresuradamente. Y mientras lo hacía, su sonrisa se fue ensanchando más y más.

—¡Sabía que podrías hacerlo! —exclamó. Dio a Seregil un nuevo y exuberante abrazo—. Mira, Madre. ¡Tengo que presentarme en el plazo de una semana!

—No existe un regimiento mejor —dijo Kari mientras pasaba un brazo alrededor de los hombros de Beka—. ¡Y piensa en lo tranquilo que estará todo esto sin ti, dando golpes de un lado a otro!

Mientras Beka se sentaba para probarse sus nuevas botas, Micum alargó la mano para tomar la de su mujer; su sonrisa no podía ocultar el brillo de tristeza que acababa de apoderarse de sus ojos.

—Es tu hija, de eso no cabe duda —suspiró Kari, sujetando su mano con mucha fuerza.

Illia registró el fondo de las alforjas y sacó una bolsa de tabaco para Micum y un fardo más grande para su madre.

—Oh, Seregil. Realmente no había necesidad de... —comenzó a decir Kari. Pero entonces se detuvo al encontrar un puñado de conos de lúpulo y otras tantas raíces arrugadas.

—¡Lúpulo de Cavish! —exclamó mientras se llevaba los conos a la nariz—. Esto

me recuerda a los campos de lúpulo de mi padre. ¡Es como si ahora mismo me encontrase de pie en medio de ellos! Todos los esquejes que había traído conmigo murieron hace muchos años. Oh, Seregil, qué detalle por tu parte el haberte acordado. Quizá algún día pueda volver a hacer una cerveza de verdad.

Seregil la saludó con la copa en alto.

—Quiero ser el primero en probar una jarra de la cerveza con la que estés satisfecha.

Rescató un libro espléndidamente encuadernado del impaciente pillaje de Illia y se lo entregó a Elsbet.

—¡Los diálogos de Tassis! —jadeó la muchacha, al tiempo que examinaba la cubierta. Todo rastro de timidez desapareció de su rostro mientras abría el volumen y comenzaba a pasar un dedo a lo largo de la primera página—. ¡Y en lengua Aurénfaie! ¿Dónde lo has encontrado?

—Preferiría no decirlo. Pero si miras hacia la mitad del libro, es posible que encuentres algo más de interés.

Los ojos de Elsbet se abrieron mientras extraía un pequeño pergamino y leía una invitación de Nysander para visitarlo tan pronto como a ella le pareciera conveniente.

—Alguien debe de haberle mencionado tu interés en la biblioteca de la Casa Oréska —dijo Seregil, fingiendo inocencia.

Dividida entre el terror y el deleite, Elsbet balbució:

—No sabría lo que decirle...

—Es alguien con quien resulta fácil hablar —le dijo Alec—. Al cabo de unos pocos minutos, te sentirás como si lo hubieras conocido durante toda tu vida.

Elsbet volvió a su libro, aún más sonrojada que de costumbre.

—¡Tío! —Illia giró sobre sus talones con una mirada de indignación—. ¡Aquí no hay nada más!

—¡Y mi dama supone que ha sido olvidada! Dame tu pañuelo y siéntate sobre las rodillas de Alec. No seas tímida. Constantemente se están sentando preciosas damiselas sobre sus rodillas. Estás bastante acostumbrado a ello, ¿no es así, Alec?

Alec lanzó a Seregil una mirada iracunda por encima de la cabeza de Illia. Al parecer no había apreciado su chanza.

—Veamos —dijo Seregil, mientras unía las esquinas del pañuelo y lo sostenía en alto—. ¿Qué fue lo que me pediste la última vez que estuve aquí?

—Algo mágico —susurró Illia. Sus ojos negros estaban fijos sobre el pañuelo.

Después de hacer toda clase de gestos y encantaciones, Seregil se lo tendió. Ella lo abrió y encontró una pequeña talla de marfil colgada de una cadena.

—¿Qué es lo que hace? —preguntó ella mientras se lo ponía alrededor del cuello sin esperar un minuto. Sin embargo, antes de que Seregil pudiera responder, una golondrina apareció revoloteando a través de la ventana y se posó sobre la rodilla de

Illia. La diminuta ave parpadeó mirando al fuego y comenzó a pavonearse.

—Es una bendición drisiana —le dijo Seregil mientras ella extendía la mano para acariciar sus brillantes alas azules—. Debes ser muy gentil con el pájaro que te trae y no utilizarlo nunca para cazar. Estúdialos tanto como quieras pero quítate la talla cuando hayas terminado para que el pájaro pueda marcharse volando.

—Lo prometo —dijo Illia con solemnidad—. Gracias, tío.

—Y ahora ha llegado el momento de que nuestra golondrina se vaya volando a buscar su cena —dijo su madre con cariño—. Y también ha llegado la hora de que tú, cariño mío, vuelas hasta tu cama.

Después de dar un último beso a Seregil, Illia se marchó con su madre, mientras Elsbet se retiraba a un rincón más tranquilo con su libro nuevo.

—Alec, apuesto algo a que a Beka le gustaría echar un vistazo a ese arco negro tuyo antes de que oscurezca demasiado —sugirió Micum—. Dile que te enseñe sus caballos a cambio.

—Tengo algunos realmente hermosos —dijo Beka con orgullo mientras él iba a buscar su arco y su carcaj—. Un purasangre Aurénfaie y algunos de raza menos pura, pero buenos. Tienes que probarlos mientras estás aquí.

Cuando todos se hubieron ido, Micum se volvió hacia Seregil y enarcó una ceja.

—Es justo lo que ella necesita para mantenerse ocupada mientras espera para incorporarse a filas. Pero ¿qué se supone que voy a enseñarle yo que tú no hayas podido?

Seregil se encogió de hombros.

—Ya me conoces. No tengo paciencia con los principiantes. ¿Podéis traerlo Beka y tú de vuelta cuando haya pasado la semana?

—Naturalmente —dijo Micum. Se había dado cuenta de que algo andaba mal—. ¿Ocurre algo en Rhíminee?

Seregil sacó la carta acusadora que Nysander había interceptado.

—Parece que Lord Seregil se ha topado al fin con los Leranos. Tengo que encontrar a un falsificador.

Micum examinó rápidamente la carta.

—¿Lo sabe Alec?

—Sí. Y no lo ha complacido demasiado que lo haya apartado. Mantenlo ocupado y haz de él un espadachín por mí. Es la única cosa que se le resiste. Por la Luz, Micum. Te aseguro que jamás has visto a nadie con tal capacidad de aprendizaje.

—Me recuerda mucho a ti, cuando tenías su edad.

—Yo no era tan bueno. Por lo demás, si la semana marcha bien, me gustaría prepararle algo un poco especial para cuando regrese.

—Quieres irlo preparando, ¿no? —preguntó Micum con una mirada de

complicidad—. ¿En qué has pensado?

—Creo que estarás bastante bien aquí —dijo Seregil en medio de un bostezo mientras Alec y él se preparaban a pasar la noche en la amplia cama de la sala de invitados.

Alec, con los brazos cruzados detrás de la cabeza, observaba las luces y sombras que el fuego proyectaba sobre las paredes encaladas de la pequeña habitación.

—¿De verdad crees que Micum tendrá más suerte entrenándome que tú?

—¿Te habría traído hasta aquí de no ser así?

—¿Y qué pasa si estás equivocado?

—No lo estoy.

Alec calló, pero Seregil podía sentir que algo seguía preocupándolo.

—Vamos, dilo.

El muchacho suspiró.

—Todavía me siento como si me estuvieras apartando de tu lado.

—Y así es. Pero sólo durante una semana, como acabo de decirte.

Apoyándose sobre un codo, miró a Alec.

—Ahora escúchame. Puede que me gane la vida mintiendo y engañando, pero siempre soy honesto con mis amigos. Habrá ocasiones en que decida no contarte algo, pero jamás te mentaré. Es una promesa, y aquí tienes mi mano para sellarla.

Alec la estrechó, un poco avergonzado y entonces volvió a apoyarse sobre el cabecero.

—¿Qué piensas hacer cuando vuelvas?

—Primero hablaré con Nysander para ver si sus fuentes han descubierto algo más. Luego tendré una entrevista con Ghemella, una tallista de gemas de la calle del Perro que es conocida por comerciar clandestinamente con sellos falsos.

—¿Y cómo conseguirás que hable?

—Oh. Ya se me ocurrirá algo.

Un poco de trabajo nocturno

Seregil despertó mucho antes de la llegada de la mañana.

Durante la noche, Alec se había ido alejando hacia el otro extremo de la cama y ahora yacía como de costumbre, hecho un ovillo, un brazo rígido sobre el costado y los dedos medio agarrotados. Resistiendo el caprichoso impulso de tocar la despeinada masa de cabellos rubios que yacían en desorden sobre la almohada, Seregil se vistió en el salón y partió a galope en dirección a la ciudad.

Antes del mediodía se encontraba en la torre de Nysander. El mago y Thero estaban trabajando con un pergamino.

—¿Alguna noticia? —preguntó Seregil.

—Todavía no —contestó Nysander—. Como suponíamos, han sido lo bastante inteligentes como para no enviar más de una falsificación al mismo tiempo. Creo que podemos contar con alguna libertad de acción antes de que hagan su próximo intento.

—Entonces esto es todo con lo que cuento. —Seregil extrajo la carta falsificada del interior de su capa y señaló el sello de cera de las cintas—. Tiene que ser obra de Ghemella. No conozco a nadie más que sea capaz de realizar un trabajo de esta calidad. Mira esto.

Sacó su propio sello de una bolsa y lo sostuvo junto a la marca de la cera. Eran idénticos. Él mismo había diseñado el original: un grifo sentado de perfil, con las alas extendidas, una de las garras delanteras extendida para sostener la luna creciente. El falsificador había replicado a la perfección cada matiz del diseño, así como algunas imperfecciones diminutas que Seregil había especificado en el original para asegurarse de que las falsificaciones fueran más fáciles de detectar.

—Esa mujer sabe muy bien a quién pertenece este sello —añadió con voz irónica—. Lord Seregil y ella han tenido más de un trato clandestino en el pasado.

—¿No es posible que ésta fuera realizada con el sello verdadero? —preguntó Thero mientras lo examinaba—. Recuerdo haberte oído comentar que habías entrado en algunas casas de nobles para robar los suyos.

—Razón por la que siempre he sido extremadamente cuidadoso en no dejar que el mío cayera en otras manos —replicó Seregil con voz seca, mientras volvía a guardarlo.

—Entonces, ¿vas a ocuparte de este asunto?

—Oh, sí. Ya lo creo.

—Muy bien. Entretanto, debo pedirte que me devuelvas la carta.

Sorprendido, Seregil sostuvo la mirada del mago durante un instante y luego le tendió el documento sin decir una palabra.

Ghemella había decidido ignorar el vacilante golpeteo proveniente de la puerta. El oro acababa de alcanzar el color apropiado para el vertido y, si lo dejaba ahora, tendría que comenzar de nuevo desde el principio. Las puertas de la tienda estaban cerradas y los postigos echados; cualquiera idiota podría ver que la tienda ya no estaba abierta.

Introdujo las alargadas tenazas en la forja y levantó cuidadosamente el crisol del anillo de los carbones. La molesta llamada volvió a escucharse justo cuando se inclinaba para verter el metal sobre el molde. Perturbó su concentración y unas pocas y preciosas gotas se perdieron al caer sobre la arena que envolvía la forma de cera. Volvió a dejar el crisol sobre el soporte de hierro mientras escapaba de sus labios un siseo de desesperación.

—¡Está cerrado! —pero el golpeteo no hizo sino intensificarse. Levantando su corpachón del taburete, la joyera se dirigió pesadamente hasta la pequeña ventana y entreabrió con cautela uno de los postigos—. ¿Quién es?

—Soy Dakus, señora.

Un anciano jorobado, que se apoyaba con dificultades sobre un grueso bastón, arrastró los pies hasta colocarse frente a la rendija de luz que escapaba de la ventana. Su lisiada espalda le impedía levantar el rostro hacia la luz, pero Ghemella reconoció la mano nudosa que sujetaba la cabeza del bastón. Como la mayoría de los artesanos, ella siempre se fijaba en las manos. Una oleada de repulsión recorrió sus flácidas carnes mientras desatrancaba la puerta y retrocedía un paso para franquear la entrada a aquel pequeño y seco individuo con aspecto de saltamontes.

En contraste con la riqueza de su tienda, resultaba aún más repugnante de lo que ella recordaba. De sus nudillos, sus muñecas y los prominentes huesos de su demacrado rostro brotaban concreciones óseas semejantes a agujijones que aparentaban estar a punto de desgarrar la tirante y amarillenta piel.

Se dirigió cojeando hasta el calor de la chimenea, se acomodó sobre el banco y volvió su ojo sano hacia ella. El modo en que aquel ojo claro y brillante relucía en una cara como esa, como un precioso zafiro de Boria en medio de un montón de fango, siempre había ofendido su sensibilidad.

—¡Cuántas cosas bonitas! —resolló la vieja reliquia mientras señalaba con un dedo la figurilla medio acabada que descansaba sobre la mesa de trabajo—. Parece que las cosas te van muy bien, querida mía.

Ghemella mantuvo la distancia.

—¿Qué vendes esta noche, anciano?

—¿Qué podría yo tener para vender a una mujer tan rica? —replicó Dakus, mostrándole las ruinas de una sonrisa lasciva—. ¿Qué, aparte de las ocasionales pizcas de información que estos viejos oídos recogen mientras mendigo por las calles y en las puertas traseras de los poderosos, y rebusco entre sus desechos? ¿Todavía

trabajas en el mercado de los secretos, Ghemella? ¿Secretos frescos, brillantes? Todavía no se los he ofrecido a nadie...

Ella arrojó unos pocos sestercios en la mesa, delante de él, retrocedió un paso y cruzó los brazos sobre su delantal de cuero.

—El barón Dynaril ha asesinado a su amante con un veneno comprado a Rogus el Negro. Su criado hizo la compra en Los Dos Garañones hace una semana.

Ghemella le entregó una moneda de oro por la información y Dakus colocó un frasquito sobre la mesa de trabajo.

—Lady Sinril está preñada de su mozo de cuadra.

La joyera bufó y sacudió la cabeza.

Dakus asintió con aire cómplice, introdujo una mano en su gastada túnica y extrajo un fajo de documentos.

—Y luego están estos desechos, recogidos por un pobre mendigo en sus vagabundeos. Más de tu gusto, supongo.

—¡Ah, Dakus! —ronroneó ella mientras recogía los documentos con impaciencia y comenzaba a examinarlos. Las hojas diferían en tamaño y calidad y algunas de ellas estaban manchadas o arrugadas—. Lord Bytrin, sí, y Lady Korin. No, éste carece de valor, carece de valor. Quizá éste... ¡Y éste!

Eligió siete documentos y los apartó.

—Te daré cinco sestercios de oro por todos éstos.

—¡Hecho! Y que las bendiciones de la Tétrada recaigan sobre ti por tu generosidad —cacareó el anciano. Reunió las monedas y los documentos rechazados por ella y se sumergió en la noche sin mirar atrás una sola vez.

Ghemella volvió a atrancar la puerta y se permitió esbozar una sonrisa maliciosa. Apartó a un lado el banco que Dakus había mancillado con su deformada espalda, trajo otro y se sentó para examinar los documentos más cuidadosamente.

Entretanto, el mendigo tullido caminó cojeando por la calle del Perro hasta llegar a las sombras aún más profundas de un callejón desierto. Cuando estuvo seguro de que nadie lo espiaba, se quitó un amuleto plano de arcilla que llevaba alrededor del cuello y lo golpeó contra un muro hasta hacerlo pedazos. Un espasmo violento agitó su frágil y viejo cuerpo por un instante mientras la magia se disipaba, y entonces el joven Seregil estuvo de nuevo allí.

Sacudido por oleada de náuseas, apoyó las manos en las rodillas y esperó a que el malestar que siempre acompañaba a la transformación hubiera pasado. Ciertos encantamientos tenían sobre él efectos residuales de una u otra naturaleza, resultado más o menos ingrato de su desconcertante disfunción mágica.

Se enderezó al fin, palpó su rostro y sus miembros para asegurarse de que habían recuperado su natural suavidad, extrajo una piedra de luz que hasta entonces había

llevado bien escondida y hojeó los documentos que Ghemella había rechazado.

Le había proporcionado una selección verdaderamente tentadora: documentos oficiales, correspondencia personal, declaraciones de amores ilícitos... y todos ellos de la mano de diversas personas influyentes. La mayoría eran viejos, cosas que había reunido durante alguna de sus excursiones nocturnas. Sin embargo, disimuladas entre ellos había introducido tres cartas a medio redactar de la pluma del propio Lord Seregil. Conociendo los métodos de sus presuntos detractores, se había asegurado de que fueran adecuadamente ambiguas. Ghemella se había quedado con las tres.

Con una sonrisa siniestra en los labios, Seregil se encaminó de vuelta a la tienda de la joyera para comenzar su paciente vigilia.

Alec apartó su hoja de la de Beka y retrocedió de un salto. Ella quedó desequilibrada. Por vez primera durante la última media hora, consiguió burlar su guardia y uno de sus golpes llegó a su destino.

—¡Muy bien! ¡Contenla, contenla! —gritaba Micum—. Y ahora retrocede del modo que te he enseñado. Así. ¡Y ahora de nuevo!

Había estado cayendo una copiosa nevada desde primeras horas de la mañana, así que habían despejado el salón para poder practicar en él. Durante los últimos tres días, Alec había estado haciendo bastantes progresos, y ni Micum ni él querían arriesgarse a perder lo que habían ganado.

Kari se había mostrado muy paciente al respecto, insistiendo simplemente en que movieran las mesas para proteger los tapices. Después, Elsbet y ella se habían retirado a la cocina para pasar el resto de la mañana. Pero Illia se había quedado allí, plantada detrás de su padre, y lanzaba alegres vítores cada vez que Alec lograba batir a su hermana. Lo que, hasta el momento, no había ocurrido demasiado a menudo. Beka se frotó el costado con una sonrisa de arrepentimiento.

—Estás mejorando, es cierto. Seregil estará complacido.

Su rostro mostraba un intenso rubor por debajo de las pecas, y sus ojos despedían el mismo brillo que Alec había visto en los de Micum y Seregil durante sus fingidas peleas. Parecía mayor con el pelo peinado hacia atrás, y su jubón ajustado realzaba la elegante curva de los senos más que las camisas sueltas que normalmente vestía.

Mientras ella levantaba de nuevo la espada, él se encontró tan distraído por la elegancia letal con la que se movía que su inesperada estocada le cogió completamente por sorpresa y le costó un nuevo cardenal en el hombro.

—¡Maldita sea, lo he vuelto a hacer! —con una mueca, se colocó a una distancia más apropiada.

—Concentración —le aconsejó Micum—. Vigila a tu oponente. Debes *tener* una mirada amplia, verlo todo. Un destello en el ojo, un pequeño cambio en su equilibrio, la manera en que frunce los labios, todos los detalles pueden indicarte lo que piensa hacer a continuación. Y no te pongas tenso; te hace más lento.

Tratando de mantener todos sus consejos en mente, Alec retrocedió y atrajo a Beka, obligándola a seguirlo. La empuñadura de cable anudado de su espada estaba caliente y a su mano comenzaba a resultarle familiar. Contraatacó. Su golpe fue a caer sobre la guarda de la espada de ella y estuvo a punto de desarmarla.

—¡Hurra por Alec! —aplaudió Illia con deleite mientras su campeón insistía en su ataque.

Sin embargo, Beka conocía el truco y rápidamente le enseñó uno de su cosecha.

Enganchó el tobillo de Alec con su pie, dio un tirón y le hizo perder el equilibrio. Alec trastabilló y cayó mientras su espada rebotaba con estrépito sobre las piedras del salón.

Sin demasiada gentileza, Beka le puso un pie sobre el pecho y apoyó ligeramente la punta de su espada sobre su cuello.

—¡Suplica misericordia!

—¡Misericordia! —Alec levantó las manos en señal de sumisión.

Sin embargo, cuando ella lo liberó, la agarró por el otro tobillo y la hizo caer a su lado. Saltó sobre ella, extrajo rápidamente la daga que escondía en su bota y colocó la hoja sobre su garganta.

—Suplica tú misericordia —dijo, saboreando cada palabra.

—¡Has hecho trampas! —balbució ella.

—Y tú.

—¡Ciertamente, Seregil estará complacido! —gruñó Micum, sacudiendo la cabeza.

—Parece que alguien esté golpeando un yunque por aquí —rió Kari, que acababa de entrar cargando varios tajaderos—. Vosotros, animales, buscad otro sitio para montar escándalo. Tengo que hacer la comida.

Las sirvientas y los trabajadores llenaron rápidamente el salón para el almuerzo. Después de limpiarse la nieve de las botas, volvieron a colocar las mesas en su lugar y muy pronto todo el mundo estuvo sentado frente a una comida caliente.

Micum pasó la mayor parte de la comida planeando con el capataz la construcción de un nuevo aserradero. Sin embargo, no dejó de advertir que Alec y Beka parecían enzarzados en alguna clase de discusión. A juzgar por el evidente desinterés de Elsbet, que se sentaba al otro lado de Alec, era más que probable que el tema girase en torno a la esgrima o el tiro con arco.

Kari se aproximó y siguió la mirada de su marido.

—No creerás que se está enamorando, ¿verdad? —susurró.

—¿Con un nombramiento para la Guardia Montada de la Reina en el bolsillo? —Micum rió entre dientes—. Nuestra Beka tiene la cabeza demasiado dura para eso.

—Y, sin embargo... la verdad es que es un buen mozo.

—No pierdas la esperanza —bromeó Micum—. Es demasiado salvaje para el gusto de Elsbet, pero Illia se lo quedaría con mucho gusto. Lo dice al menos un par de veces al día.

Kari dio a su marido un codazo bienintencionado en las costillas.

—¿Es que eres tonto? Lo último que necesito en esta familia es otro hombre de ánimo errante. Y si Seregil ha tomado a su cuidado a este muchacho, puedes apostar la cabeza a que lo tiene.

Micum la atrajo hacia sí.

—Nadie podría juzgar eso mejor que tú, mi paciente amor.

Al acabar la comida, Micum se levantó de la mesa.

—Debo marcharme a ver a Lord Quineas. Le prometí una partida de nueve piedras el otro día. ¿Quieres venir conmigo, Kari? Hace semanas que no ves a Lady Madrina.

—¡Y yo! ¡Y yo! —gritó Illia, saltando a los brazos de su padre—. Quiero enseñar a Naria la bendición que me ha traído tío Seregil.

—Bueno, vamos todos, entonces —exclamó Micum mientras lanzaba a la pequeña por los aires.

Beka y Alec intercambiaron una mirada.

—Nosotros habíamos pensado ir a cazar a la ribera del río.

—No quiere ver a Ranik —se mofó Illia.

—Déjale que adule un poco a Elsbet para variar —contestó Beka—. Se cree un caballero muy elegante.

—Y lo es —replicó Elsbet remilgada—. Es un erudito y también un poeta. Sólo porque no está disparando constantemente, como tú...

—Lo cual es una suerte para los vecinos —se burló Beka—. Ese patoso no podría darle a un toro en el trasero ni aunque lo tuviera delante de sus narices. Vamos Alec. Te dejaré que montes a Volador otra vez.

Los caballos se agitaban expectantes mientras Alec y Beka entraban en el establo. Él se dirigió a Volador y colocó con esfuerzo la manta y la silla sobre el lomo del semental color castaño. Se sintió un poco culpable cuando Parche estiró el cuello por encima de la puerta de su casilla en dirección a él; sin embargo, la oportunidad de montar a un caballo Aurénfaie era algo que no estaba dispuesto a dejar pasar.

—Hay algo especial que quiero mostrarte —dijo Beka. Lo miró con aire misterioso mientras abrochaba las cinchas de su caballo.

Una vez a campo abierto, dejaron sueltas las riendas de sus monturas. Mientras cabalgaban y daban vueltas por los campos, levantaban columnas de nieve virgen detrás de sí. Alec trató de explicarle las maniobras que había visto realizar a los jinetes de la capitana Myrhini. Se lanzaron a la carga y retrocedieron una vez tras otra, utilizando los arcos a modo de lanza.

—¡Apenas puedo creerlo! —exclamó Beka mientras tiraba de las riendas para colocarse a su lado—. Dentro de muy pocos días estaré con ellos.

—¿No echarás de menos a tu familia? —se atrevió Alec a preguntar. Su corta estancia en Watermead le había mostrado una vida que nunca había conocido. Era una familia animada y ruidosa, con sirvientes, perros y con Illia correteando por el suelo la mayor parte del día pero, al igual que ocurría en el Gallito, reinaba allí un

aire de calidez y seguridad que le gustaba.

La mirada de Beka se perdió más allá de las colinas, entre las últimas nubes que atravesaban a toda prisa los cielos.

—Por supuesto —dijo ella, mientras conducía a su yegua hacia el río—. Pero no puedo quedarme aquí para siempre, ¿no crees? No estoy hecha para ser como Madre, criando una familia y esperando la vuelta de un hombre que se marcha de casa durante meses. Yo quiero ser la que se marcha. Pensaba que lo comprenderías.

Alec sonrió.

—Ahora mismo estaba pensando lo agradable que debía de haber sido tu vida, estando en un mismo lugar todo el tiempo. Pero sé lo que quieres decir. He pasado toda mi vida deambulando con mi padre por el mismo bosque. Entonces apareció Seregil, con sus historias de lugares lejanos y maravillas que no podía ni imaginarme... Supongo que no le costó demasiado convencerme.

—Eres afortunado por estar con él —dijo Beka con un poco de envidia—. Padre y él... todo lo que han hecho juntos... Algún día me gustaría cabalgar con ellos. Pero primero debo buscar mi propio camino. Por eso deseaba tanto unirme a la Guardia Montada de la reina.

Cabalgaron en silencio por unos momentos y entonces Beka preguntó:

—¿Y cómo es la vida con él?

—Te gustaría. Cada día es diferente del anterior. No creo que haya nada de lo que él no sepa por lo menos un poco. Y luego está Nysander. He intentado contarle a Elsbet algo sobre él, pero es difícil explicar cómo puede alguien ser tan poderoso y tan sencillo al mismo tiempo.

—Yo lo conozco. ¿Sabías que fue él el primero en sugerir que me uniera a la Guardia? Entonces se rió y me hizo prometer que jamás le contaría a Madre que lo había hecho. ¿No es extraño?

A Alec no le costó demasiado imaginar lo que el mago pretendía. Beka podría ser una magnífica Centinela.

Los cisnes habían abandonado el helado arroyo. Siguieron su curso durante casi dos kilómetros sin encontrar señal alguna de caza.

Por fin decidieron abandonar y ella lo desafió a una competición de tiro. Pero sus flechas de penachos grises y blancos rara vez se acercaban más que las de él a las varas que hacían las veces de diana.

—Vamos —dijo al fin, al advertir lo bajo que estaba el sol—. Será mejor que recojamos las flechas. Quiero enseñarte mi sorpresa.

Continuaron siguiendo el curso del río hasta llegar a las boscosas colinas y penetraron al trote en su interior. Al llegar a un recodo, desmontaron y Beka lo condujo hasta un estanque ancho y medio congelado. Ordenando a Alec con un gesto que guardara silencio, se colocó detrás de un árbol caído y señaló al otro lado.

Dos nutrias jugaban en las aguas. Chapoteaban hasta la orilla, ascendían torpemente la nevada ladera y entonces, deslizándose con aire juguetón sobre sus suaves panzas, volvían a sumergirse en el agua. Cloqueando y gruñendo constantemente, repetían una vez tras otra la actuación, mientras Alec y Beka las observaban, sumidos en un silencio asombrado.

—Me recuerdan a Seregil —susurró Alec, apoyando el codo sobre el tronco del árbol—. Una vez, en la Casa Oréska, Nysander lo convirtió en una nutria. Hay un conjuro especial... no recuerdo cómo lo llamaban... el caso es que Nysander dice que el animal en el que te transforma tiene que ver con la clase de persona que eres.

—Una nutria, ¿eh? —dijo Beka, reflexionando sobre el asunto—. Yo hubiera apostado por un lince o una pantera. ¿También lo probaron contigo?

—Yo me convertí en un ciervo.

—Eso sí que lo comprendo. ¿Qué crees que sería yo?

Alec meditó un instante.

—Apuesto a que un halcón. O quizá un lobo. En todo caso, un cazador.

—Halcón o lobo, ¿eh? Eso me gusta —murmuró ella.

Siguieron observar a las nutrias en silencio. Cada uno de ellos saboreaba a su manera la sensación de compañerismo que con tanta facilidad se había establecido entre ambos.

—Bien, vamos. Será mejor que regresemos —susurró Beka al fin. Mientras se dirigían hacia los caballos, se volvió hacia él y preguntó—. Lo quieres, ¿verdad?

—¿A quién? ¿A Seregil?

—Claro.

—Es un buen amigo —replicó, intrigado por la pregunta—. ¿Por qué habría de quererlo?

—Oh. —Beka asintió como si hubiera esperado una respuesta diferente—. Pensé que tal vez fuerais amantes.

—¿Qué? —Alec se detuvo en seco, mirándola fijamente—. ¿Qué te ha hecho pensar eso?

—No lo sé. —Beka se puso tensa—. Por las Llamas de Sakor, Alec, ¿por qué no? Una vez estuvo enamorado de Padre, ¿sabes?

—¿De Micum? —Alec se apoyó contra un delgado arce. El árbol se balanceó bajo su peso y dejó caer nieve sobre ambos. El pelo de Beka se cubrió con un velo polvoriento de cristales chispeantes y el mismo polvo se filtró por el cuello de la camisa de Alec y se fundió en diminutos puntos helados sobre su piel.

—¿Cómo sabías eso? —preguntó con aire exigente y al mismo tiempo pasmado.

—Madre me lo contó hace mucho tiempo. Había oído algunas cosas mientras crecía y al final me atreví a preguntar. Según ella, no era un amor correspondido. Padre ya estaba enamorado de ella cuando Seregil y él se conocieron, pero durante

algún tiempo, Seregil no abandonó la esperanza. En aquel tiempo, Madre y él no se tenían demasiada simpatía a causa de esto, pero ahora son amigos. Ella ganó y él tuvo que aceptarlo. Sin embargo, recuerdo que una vez, cuando era muy joven, escuché discutir a Madre y Padre. Padre dijo algo como «No me hagas elegir. ¡No puedo!». Madre me contó más tarde que era de Seregil de quien estaban hablando. Así que supongo que él también ama a Seregil, a su manera. Pero nunca fueron amantes.

Alec le dio vueltas a esta inesperada revelación. Cuanto más descubría sobre las costumbres del sur, más inexplicables se le antojaban.

La semana casi había pasado. Una tarde, en medio de una tormenta de nieve, mientras observaba a las muchachas intentando enseñar a Alec un baile local en el salón, Micum se dio cuenta de que iba a extrañar al muchacho.

Tal y como Seregil había predicho, Alec se había adaptado bien a su familia y, a decir verdad, ya parecía formar parte de ella. El corazón de Kari se había rendido a él desde el primer momento y las chicas lo trataban como a un hermano. Además, sin las impacientes lecciones de Seregil, sus progresos en la esgrima habían sido asombrosamente rápidos.

Kari tomó asiento junto a Micum y le rodeó la cintura con el brazo mientras observaba el desarrollo de la clase de baile. Los pasos eran complicados y no faltaban chanzas inocentes mientras Alec iba y venía con torpeza entre Beka y Elsbet.

—Ojalá te hubiera dado un hijo —susurró ella.

—¡Que no te oiga Beka decir eso! —bromeó él.

Al igual que hacía al final de cada semana, Kari estaba cosiendo junto a la ventana de la cocina cuando Alec pasó por allí con su arco.

—¿Tienes un poco de cera de abeja? —preguntó.

—Está allí, en esa estantería, junto a las hierbas —contestó ella, señalando el lugar con la aguja—. También hay algunos trapos limpios, por si los necesitas. ¿Por qué no pones un poco de agua en el fuego y te sientas un rato conmigo? Mañana te marchas a casa y todavía no te he podido tener para mí ni un momento.

Alec colgó la olla del gancho de la chimenea y se sentó en un banco junto a ella, con el arco sobre las rodillas.

—Me gusta tenerte aquí —dijo Kari. La aguja brilló a la luz del sol mientras ella daba una puntada a uno de los trajes de Illia—. Espero que vuelvas a menudo. Seregil no nos visita tanto como nos gustaría. Quizá tú puedas influirlo en ese sentido.

—La verdad, no creo que nadie pueda influirlo demasiado —dijo Alec dubitativo. Y luego añadió—. Lo conoces hace mucho tiempo, ¿no es cierto?

—Hace más de veinte años —contestó ella—. Es parte de la familia.

Alec untó de cera la cuerda de su arco y la extendió por toda ella con los dedos.

—¿Ha cambiado mucho desde que lo conociste? Quiero decir... con lo de ser un

Aurénfaie y todo lo demás.

Kari sonrió y recordó.

—Cuando lo conocí, todavía no estaba casada. Micum iba y venía a su antojo, igual que ahora, pero siempre solo. Entonces, una bonita mañana de primavera, se presentó en la puerta de la casa de mi padre con Seregil a rastras. Recuerdo que al verlo aquella primera vez, de pie en la cocina, me dije: «He aquí uno de los hombres más guapos que jamás he visto y no parezco gustarle nada de nada».

Dio una nueva puntada.

—La verdad es que no empezamos demasiado bien, Seregil y yo.

—Beka me lo contó.

—Imaginaba que lo habría hecho. Me parecía tan maduro... Yo tenía solo quince años. Y mírame ahora —se pasó una mano por el pelo, donde algunos mechones blancos aparecían aquí y allá, mezclados con los negros—. Matrona y madre de tres niñas. Beka ya es mayor de lo que yo era entonces. Ahora me parece tan joven... sigue siendo un chico guapo. De hecho, según las cuentas de su pueblo, es joven y lo seguirá siendo mucho después de que a mí me hayan enterrado en estos campos.

Contempló pensativamente la camisa que descansaba sobre sus rodillas.

—Creo que le duele. El ver que Micum se hace más viejo cada día, el saber que, más tarde o más temprano, lo perderá. Nos perderá a todos, supongo, excepto quizá a Nysander.

—Nunca lo había pensado.

—Oh, sí. Ya ha perdido a algunos amigos de esa manera. Pero me habías preguntado cuánto había cambiado. Lo ha hecho, sí, más en su comportamiento que en su apariencia. Entonces había en él una amargura que rara vez le veo ahora, aunque todavía es un poco salvaje. Sin embargo, es un buen amigo de todos nosotros y me ha devuelto a Micum sano y salvo más veces de las que puedo recordar.

Omitió el hecho de que, la mayoría de aquellas veces, era el propio Seregil el que había puesto a su marido en peligro. Aquel chico estaba cortado por el mismo patrón. Y Beka también, para tristeza de su madre. ¿Qué otra cosa podía hacer sino amarlos y desearles lo mejor?

Retorno a Rhíminee

Su último día en Watermead, Alec se levantó antes de la llegada del alba, pero descubrió que Beka se le había adelantado. Vestida para cabalgar, estaba sentada en el salón, tratando de arreglar el cierre roto de la bolsa de su arco. Junto a ella descansaban unas cuantas bolsas que contenían todo lo que se llevaría consigo a los barracones de la Guardia.

—Pareces preparada para marcharte —dijo, mientras colocaba su equipaje al lado del de ella.

—Espero estarlo —atravesó un pedazo de cuero especialmente testarudo con la lezna—. Apenas he dormido esta noche. ¡Estaba tan excitada!

—Me pregunto si nos veremos mucho cuando estemos en la ciudad. El lugar en el que vivo no está demasiado lejos de Palacio.

—Eso espero —replicó ella mientras inspeccionaba el nuevo cierre—. Sólo he estado en Rhíminee unas pocas veces. Seguro que puedes enseñarme toda clase de lugares secretos.

—Ya lo creo —dijo él con una sonrisa en los labios, mientras pensaba en lo mucho que había llegado a conocer de la ciudad desde su llegada.

El resto de la familia apareció muy pronto y se sentó alrededor del fuego para tomar su último desayuno juntos.

—¿No puede quedarse Alec un poco más? —rogó Illia mientras lo abrazaba con fuerza—. Beka todavía le puede. ¡Dile al tío Seregil que necesita más lecciones!

—Si es capaz de vencer a tu hermana unas cuantas veces, eso significa que es un espadachín bastante bueno —dijo Micum—. Ya sabes lo que dijo tu tío Seregil, pajarito. Necesita a Alec con él.

—Volveré pronto —le prometió Alec mientras tiraba de una de sus negras trenzas—. Elsbet y tú no habéis terminado todavía de enseñarme el baile.

Illia lo abrazó aún con más fuerza y rió como la niña que era.

—¡Todavía eres muy torpe!

—Creo que voy a ir a preparar los caballos —dijo Beka, dejando el desayuno sin terminar—. No te entretengas Alec. Quiero ponerme en camino cuanto antes.

—Tienes el día por delante. Déjale comer tranquilo —la reprendió su madre.

Sin embargo, la impaciencia de Beka parecía contagiosa y Alec se apresuró a terminar con las gachas. Colocó el arco y el equipaje sobre su hombro y los sacó al patio, donde se encontró con que Beka había puesto su silla sobre Volador. Parche, atado detrás del caballo Aurénfaie por una correa, se agitaba con cierto aire resentido.

—¿Qué es esto? —preguntó. Dio la vuelta y se encontró al resto de la familia, que lo miraba sonriente.

Kari se adelantó un paso y le dio un sonoro beso.

—Es nuestro regalo para ti, Alec. Regresa cuando quieras. ¡Y vigila a mi niña allá en la ciudad!

—Nos veremos en la Fiesta de Sakor —dijo Beka con voz ronca—. Sólo queda un mes para eso.

Kari tomó entre sus manos unos cuantos rizos de su salvaje y cobrizo cabello y los apretó contra su mejilla.

—Mientras recuerdes de quién eres hija, sé que estarás bien.

—Estoy impaciente por reunirme contigo en la ciudad —exclamó Elsbet—. ¡Escribe lo antes posible!

—Dudo que la vida de los barracones se parezca demasiado a la que llevarás en la escuela del templo —dijo Beka con una carcajada.

Se encaramó a la silla, hizo un último ademán de despedida y siguió a Alec y a su padre en dirección a la puerta del cercado.

Llegaron a la ciudad poco después del mediodía. En el mercado exterior se celebraba el Día de los Polleros y había toda clase de aves —desde pintadas a pavos reales, codornices o gansos, vivas o desplumadas— a la vista. Cada vendedor tenía un estandarte propio, montado en un poste sobre sus mercancías y todos ellos, unidos a los habituales vendedores errantes de dulces y bagatelas, le otorgaban al mercado un aire festivo, a pesar del cielo amenazador que parecía cernirse sobre sus cabezas. La brisa arrastraba nubes de plumas multicolores mientras los tres viajeros atravesaban aquel estrépito de cacareos, graznido y piares.

Alec sonrió para sus adentros al recordar el miedo que había experimentado la primera vez que había entrado en Rhíminee. Aquello era ahora su hogar; había descubierto ya algunos de sus secretos y pronto conocería más. Repentinamente, mientras miraba en derredor, reparó en la presencia de un rostro familiar.

La misma dentadura protuberante, la misma sonrisa maliciosa, los mismos adornos mohosos. Era Tym, el joven ladrón que le había robado la bolsa en el Mercado del Mar. Aprovechándose de la lentitud del tráfico que pasaba por la Puerta Dorada, se había situado junto a un hombre joven y bien vestido y, evidentemente, trataba de engañarlo con los mismos trucos que había utilizado con Alec. Una chica vestida con un raído vestido rosa se había colgado del otro brazo del hombre, con el propósito de distraerlo.

Le debo un montón de problemas, pensó Alec. Desmontó y le entregó las riendas a Beka.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

—Acabo de ver a un viejo amigo —replicó él con una sonrisa sombría—. Vuelvo ahora mismo.

Ya había aprendido lo suficiente de Seregil como para ser capaz de acercarse subrepticamente a un ladrón sin que éste lo detectara.

Tomándose su tiempo, esperó hasta que hubieron arrebatado la bolsa a la inocente víctima y entonces, situándose detrás de ellos, sujetó a Tym por el brazo. Sin embargo, su momento de triunfo duró bien poco y sólo le salvó el entrenamiento que había recibido de Micum.

Su instinto recién perfeccionado intuyó las intenciones del ladrón justo a tiempo. Alec sujetó su muñeca y detuvo la punta de la daga a escasos centímetros de su propio estómago. Tym entornó la mirada peligrosamente mientras trataba de liberarse; era fácil interpretar lo que escondía aquella mirada. La chica se adelantó para ocultar a la vista la mano de su compañero y Alec rogó que ella no tuviera también un cuchillo. En medio de la apelotonada muchedumbre, podría apuñalarlo fácilmente y desaparecer antes de que nadie se diera cuenta. La muchacha no atacó, pero Alec sintió que Tym se ponía tenso.

—Tú y yo tenemos un amigo común —dijo Alec con voz tranquila—. No estaría demasiado complacido si me mataras.

—¿Quién es? —escupió Tym a modo de respuesta. Todavía trataba de librarse de la presa de Alec.

—Es un truco, cariño —le previno la chica. No debía de ser mucho mayor que Elsbet—. Acaba con él y vámonos.

—¡Cierra la boca! —gruñó Tym sin apartar la mirada de Alec—. ¿Quién es ese amigo del que hablas?

—Un bonito y generoso caballero de más allá del mar —replicó Alec—. Muy diestro con una espada entre las sombras.

Tym lo miró ferozmente un momento más y entonces, de mala gana, se relajó. Alec soltó su muñeca.

—¡Debería haberte dicho que nunca debes sujetar a un hermano de esa manera si no quieres tener problemas! —siseó, mientras tiraba de la chica para colocarla a su lado—. Si lo hubieras hecho en un callejón, ahora mismo estarías tendido en el suelo, muerto.

Después de lanzar a Alec una última y burlona mirada, la muchacha y él se perdieron entre la multitud.

—¿Has visto a tu amigo? —preguntó Beka cuando Alec reapareció.

—Sólo un momento. —Alec volvió a montar y enrolló las riendas alrededor de su muñeca. Todavía estaba temblando.

Desde el mercado, giraron hacia el sur y se encaminaron hacia la puerta del Parque de la Reina que conducía a los barracones, donde Beka entregó sus documentos de alistamiento a los guardias. Después de dar a su padre y a Alec un último abrazo de despedida, entró a caballo sin mirar hacia atrás.

Micum permaneció allí, observándola a través del portal, hasta que desapareció de la vista. Entonces, mientras dejaba escapar un profundo suspiro, volvió la grupa y se dirigió hacia el Mercado de la Cosecha.

—Bueno. Allá va al fin.

—¿Estáis preocupado por ella? —preguntó Alec.

—No lo hubiera estado hace un año, cuando no había una guerra preparándose para la primavera. Pero ahora parece inminente y puedes apostar lo que quieras a que la Guardia Montada de la Reina será una de las primeras unidades en entrar en combate. Eso no le deja demasiado tiempo para acostumbrarse a las cosas. No más de cinco o seis meses, y puede que menos.

—Mirad lo lejos que yo he llegado con Seregil en sólo unos pocos meses — señaló Alec con aire esperanzado mientras se dirigían hacia el Gallito—. Y, por lo que a mí se refiere, tuvo que empezar prácticamente de la nada. Beka ya es tan buena con el arco y la espada como cualquiera que yo haya visto, y sabe montar como si hubiera nacido a caballo.

—Eso es muy cierto —admitió Micum—. Sakor favorece a los valientes.

Llegados a la calle del Pez Azul, atravesaron la puerta trasera del Gallito, entraron por la puerta de la despensa y subieron las escaleras con las capuchas en alto. Micum se puso al frente al llegar a las escaleras ocultas y pronunció las palabras para los glifos de protección con la misma facilidad ausente que el propio Seregil.

Mientras lo seguía en la oscuridad, se le ocurrió a Alec que también Micum había ido y venido libremente a lo largo de los años, siempre seguro de ser bienvenido. Todo lo que Alec había aprendido de la amistad entre aquellos dos parecía reunirse y enlazarse alrededor de una larga historia de la que él no conocía sino los más fugaces detalles.

Llegaron a la última puerta, la abrieron y los recibió la desordenada luminosidad del salón. Un crepitante fuego derramaba una luz suave sobre la sala. El lugar parecía más desordenado de lo habitual, si tal cosa era posible. Prendas de vestir de todas clases yacían sobre las sillas o apiladas en los rincones; a su alrededor, platos, documentos y restos de frutas marchitas cubrían todo el espacio existente. Alec reparó en la presencia de una jarra que él mismo había dejado sobre la mesa una semana antes. De algún modo, pensó, era algo así como un ancla; había mantenido hasta su regreso su derecho a estar allí. Una reciente y desordenada colección de fragmentos de metal, astillas de madera y herramientas, rodeaba a la forja situada en la mesa de trabajo, bajo la ventana. El único espacio despejado de toda la habitación era la esquina que contenía la cama de Alec. Sobre ella se había depositado con esmero una muda de ropa limpia y elegante. Apoyada contra la almohada, descansaba una pancarta con las palabras «¡Bienvenido a casa, Sir Alec!», escritas con fluidas letras de color púrpura.

—Parece que ha estado ocupado —señaló Micum mientras examinaba el desorden—. Seregil, ¿estás aquí?

—¿Hola? —una voz soñolienta se elevó desde algún lugar detrás del sillón.

Rodeándolo, Alec y Micum encontraron a Seregil tumbado en el suelo, alrededor de un nido de cojines, libros y pergaminos. El gato estaba tendido sobre su pecho.

Micum esbozó una amplia sonrisa y se acomodó sobre el sillón, mientras Seregil se estiraba con pereza.

—Ya veo que los dos seguís estando de una pieza. ¿Cómo ha ido todo?

—Perfectamente, una vez que logré corregir todas tus erróneas enseñanzas. Puede que te lleves algunas sorpresas la próxima vez que crucéis vuestras espadas.

—¡Bien hecho, Alec! —Seregil apartó al gato, se puso en pie y volvió a estirarse—. Sabía que podías llegar a dominarlo. Y justo a tiempo, debo añadir. Puede que tenga un trabajo para ti esta misma noche.

—¿Un trabajo del Gato de Rhíminee? —aventuró Alec, esperanzado.

—Naturalmente. ¿Qué te parece, Micum? Es un asunto muy sencillo, en la calle de la Rueda.

—No veo por qué no. Todavía no está preparado para tomar el Palacio al asalto, pero debería de ser capaz de cuidar de sí mismo en un trabajo como ese, siempre que no llame demasiado la atención.

Seregil agitó los cabellos de Alec con aire festivo.

—Entonces está hecho. El trabajo es tuyo. Aunque creo que será mejor que tengas esto.

Con un dramático ademán, Seregil extrajo un pequeño paquete envuelto en seda y se lo entregó a Alec.

Era muy pesado. Alec lo desenvolvió y encontró un rollo de ganzúas exactamente igual al que Seregil llevaba siempre consigo. Lo abrió y deslizó los dedos sobre las herramientas vistosamente talladas: piquetas, alambres, garfios, una diminuta y ligera varilla... En la solapa interior del rollo había un pequeño sello de plata pura con la luna creciente de Illior.

—Pensé que ya era hora de que tuvieras el tuyo —dijo Seregil, claramente complacido con el mudo deleite que mostraba Alec.

El muchacho miró a la forja.

—¿Lo has hecho tú mismo?

—Bueno, ésta no es la clase de cosa que uno puede encontrar en el mercado. También vas a necesitar una nueva historia. He estado pensando un poco sobre ello.

Micum señaló la pequeña pancarta con un gesto de la cabeza.

—¿Sir Alec?

—De Ivywell, nada menos. —Seregil hizo una pequeña reverencia delante de Alec antes de dejarse caer sobre el sillón que había frente al de Micum—. Es un

micenio.

Alec fue hasta la cama y examinó más detenidamente las ropas.

—¿Así que Lord Seregil volverá a la ciudad a tiempo para la Fiesta de Sakor, como de costumbre? —señaló Micum—. ¿Y esta vez no irá solo?

Seregil asintió.

—Lo acompañará Sir Alec, único hijo y heredero de Sir Gareth de Ivywell, un gentil pero empobrecido barón de Micenia. Con la esperanza de proporcionar a su vástago una oportunidad en la vida, Sir Gareth encomendó su educación a un viejo amigo de toda confianza, Lord Seregil de Rhíminee.

—No me extraña que muriera pobre —le espetó Micum, irónico—. Sir Gareth parece haber sido un hombre de juicio cuestionable.

Ignorando sus palabras, Seregil dedicó su atención a Alec.

—Al situar el ahora desaparecido y completamente ficticio señorío de Ivywell en la más remota región de Micenia, conseguiremos varias cosas de una vez. Cualquier modal extraño que puedas exhibir será atribuido a tu educación provinciana. Además, hay menos posibilidades de que alguien espere tener amistades comunes contigo. De este modo, el pasado de Sir Alec es al mismo tiempo apropiadamente elegante y suficientemente oscuro.

—Y el hecho de que no sea eskaliano ni Aurénfaie podría hacer de él un objetivo tentador para cualquier Lerano que quisiera aproximarse a Lord Seregil —añadió Micum.

—¡Una carnada! —dijo Alec.

—¿Una qué? —rió Seregil.

—Una carnada, un cebo —se explicó el muchacho—. Si quieres atrapar a algo grande, como un oso o un lince de las montañas, atas a un cachorro en un palo y esperas a que la bestia se presente.

—Eso es. Tú serás nuestra carnada. Si se presenta algún oso, límitate a ser inocente y dulce, aliméntalo con todo lo que queremos que sepa e infórmame de todo lo que te diga.

—Pero ¿cómo crees que llegarán hasta mí? —preguntó Alec.

—Eso no será difícil. Lord Seregil es un individuo bastante sociable. Su Casa del Barrio Noble ya ha sido abierta y las noticias sobre su regreso ya están circulando. Estoy seguro de que llegarán a los oídos adecuados más tarde o más temprano. Dentro de unos pocos días, celebraremos una gran fiesta para presentarte en sociedad.

Micum obsequió a su amigo con una sonrisa afectuosa.

—¡Intrigante bastardo! ¿Pero qué más has estado haciendo mientras nos encontrábamos fuera?

—Bueno, no demasiado hasta hoy, pero creo que he encontrado al falsificador. ¿Recuerdas a Maese Alben?

—¿El boticario chantajista al que robaste hace algunos años, durante el asunto de lady Mina?

—El mismo. Trasladó su tienda a la calle del Ciervo poco después.

—¿Cómo diste con él?

—Estaba bastante seguro de que la que había falsificado mi sello era Ghemella. Ya que siempre compra documentos robados, conseguí hacerle llegar algunas cartas mías y la pasada noche me condujo directamente hasta él. Ahora es sólo cuestión de descubrir si esconde algo interesante. Si de verdad es él el que falsificó mi carta, me imagino que se habrá guardado una o dos copias para cubrirse las espaldas. Y si podemos dar con ellas, podremos extorsionarlo hasta que nos diga algunos nombres.

—¿Es ése el trabajo de esta noche? —preguntó Alec con un brillo de impaciencia en la mirada—. Cuanto antes limpiemos tu nombre, mejor.

Seregil sonrió.

—La preocupación que mostráis hacia mi mancillado honor es altamente apreciada, Sir Alec, pero necesitaremos por lo menos otro día para preparar ese trabajo. No te inquietes. Todo está bajo control. Mientras tanto, creo que encontrarás el pequeño ejercicio de esta noche digno de tus nuevas habilidades.

La calle de la Rueda, un respetable bulevar formado por modestas villas ajardinadas, se encontraba en el extremo mismo del Barrio Noble. Elegantemente vestido para no llamar la atención, Alec paseaba por allí junto a Seregil y Micum poco después de que oscureciera. Aparentaban ser tres caballeros disfrutando del fresco aire de la tarde.

Las estrechas casas estaban decoradas, al estilo de Eskalia, con mosaicos y tallas. Los primeros pisos de algunas de ellas se habían transformado en tiendas; en la penumbra, Alec pudo distinguir los letreros de un sastre, un sombrerero y un vendedor de gemas. La calle desembocaba en una pequeña plaza circular situada enfrente de unas cuadras públicas. Jinetes y carruajes pasaban a toda prisa en todas direcciones; aquí y allá se escuchaban los sonidos de las fiestas mientras ellos las dejaban atrás.

—Esa es la nuestra, la que tiene los dibujos de la vid sobre la puerta —susurró Seregil, señalando hacia una casa bien iluminada que se encontraba en su camino—. Pertenece a un señor de poca importancia que tiene algunas conexiones comerciales. No tiene familia, sólo tres sirvientes. Un viejo criado, un cocinero y una doncella.

Algunos caballos estaban atados en la entrada y desde el interior llegaba el sonido de las flautas y los violines.

—Parece que están celebrando una fiesta —susurró Micum—. Es de suponer que habrá contratado más criados para esta noche.

—Esos pueden ser los peores, siempre metiéndose en lugares en los que se confía

que los criados habituales no van a entrar —advirtió Seregil a Alec—. ¡Y también los invitados! Mantén los oídos bien abiertos y recuerda: lo que buscamos es una caja de correspondencia. Entrar y salir. Nada de extravagancias. De acuerdo con mi información, guarda esa caja en el escritorio de su estudio, esa habitación que da a la calle, ahí, en la esquina izquierda del segundo piso.

Los carruajes de caballos seguían traqueteando arriba y abajo de la empedrada calle.

—Aquí hay mucha actividad —dijo Alec—. ¿No hay una entrada trasera?
Seregil asintió.

—La parte trasera de la casa da a un jardín vallado. Y más allá hay un terreno abierto. Por aquí.

Unas pocas casas más adelante, abandonaron la calle y se internaron por un callejón estrecho que conducía a un terreno abierto. Tales áreas, diseminadas por toda la ciudad, servirían como zonas de pasto en el caso de que la ciudad sufriera un asedio. En aquel momento, aquella en concreto estaba ocupada por una bandada de gansos dormidos y unos pocos cerdos.

Deslizándose silenciosamente, contaron las puertas hasta dar con la que conducía al jardín trasero de la casa en cuestión. El muro era alto y la puerta estaba sólidamente cerrada desde dentro.

—Parece que tendrás que trepar —susurró Seregil mientras lanzaba una mirada hacia lo alto con los ojos entornados—. Ten cuidado al llegar arriba. En sitios como éste, los muros suelen estar coronados por pinchos o piedras afiladas.

—¡Espera un momento! —Alec trató de distinguir la expresión de Seregil entre las sombras—. ¿Es que no vas a venir conmigo?

—Este es un trabajo para un solo hombre; cuantos menos seamos, mejor —le aseguró Seregil—. Pensé que esto era lo que querías; un primer trabajo para ti solo.

—Bueno, yo...

—¿Crees que te enviaría solo si no creyera que puedes hacerlo? —le espetó Seregil—. ¡Naturalmente que no! Eso sí, será mejor que dejes la espada.

—¿Qué? —siseó Alec—. Creía que tenía que estar armado para poder llevar a cabo los trabajos.

—Generalmente hablando, así es. Pero no esta vez.

—¿Y si alguien me ve?

—Honestamente, Alec. No puedes salir a estocadas de cada situación difícil que se te presente. Es poco civilizado —replicó Seregil con severidad—. Esta es la casa de un caballero; tú vas vestido como un caballero. Si alguien te descubre, límitate a actuar como si estuvieras borracho y confundido y luego discúlpate diciendo que te has equivocado de casa.

Sintiéndose de pronto un poco menos seguro, Alec se desabrochó la espada del

cinto y comenzó a trepar el muro del jardín. Cuando se encontraba a medio camino, Micum lo llamó en voz baja:

—Nos veremos aquí cuando hayas terminado. Ah, y cuidado con los perros.

—¿Perros? —Alec se dejó caer y volvió junto a ellos—. ¿Qué perros? ¡No me habías dicho nada sobre ningún perro!

Seregil se golpeó la frente.

—Por los dedos de Illior. ¿Dónde tengo la cabeza esta noche? Sí, hay un par de sabuesos Zengati, blancos como la nieve y tan grandes como osos.

—Buen detalle para olvidar —gruñó Micum.

—Mira, déjame enseñarte lo que tienes que hacer. —Seregil tomó la mano de Alec y dobló todos los dedos excepto el índice y el corazón y entonces volvió la palma hacia abajo—. Ahí está. Todo lo que tienes que hacer es mirar al perro directamente a los ojos, hacer el signo chasqueando el meñique... así... y decir «paz, amigo sabueso», mientras lo haces.

—Te he visto hacer ese truco. Eso no es lo que tú dices —señaló Alec mientras trataba de repetir el ademán.

—¿*Soora thasáli*? ¿Te refieres a eso? Bueno, puedes decirlo en Aurénfaie, si lo prefieres. Sólo pensé que te sería más fácil de recordar si lo decías en tu propia lengua.

—Paz, amigo sabueso —repitió Alec, formando el signo con la mano—. ¿Hay algo más que debiera saber?

—Veamos... Las escarpas, los perros, los sirvientes... No, creo que eso es todo. La suerte de los ladrones, Alec.

—También para ti —murmuró Alec, mientras volvía a emprender la escalada.

La parte alta del muro estaba de hecho erizada de escarpas y gruesos fragmentos de vajilla rota. Alec se encaramó hasta el extremo, alzó la capa desde detrás y la colocó sobre las afiladas puntas que tenía delante de sí. Apoyó un codo sobre el grueso tejido y soltó las correas que sujetaban la capa alrededor de su cuello.

Debajo de él, el jardín parecía estar vacío, aunque los sonidos propios de una cocina se arrastraban amortiguados hasta él a través de una puerta situada en la parte trasera de la casa. Superando con dificultades la parte alta del muro, se colgó de las yemas de los dedos y se dejó caer al otro lado.

El centro del jardín estaba dominado por un estanque de forma oval. Varias sendas de gravilla que brillaban pálidas a la luz de la luna corrían entre macizos de flores y árboles sin hojas. Uno de ellos, especialmente grande y que crecía junto al balcón tallado que recorría todo el segundo piso, parecía ser el camino más fácil.

Las sombras parecieron abrazarlo mientras se dirigía subrepticamente hacia el árbol. Se movía en silencio, cuidándose de evitar las sendas de grava. Estaba a punto de alcanzar el árbol cuando algo muy grande apareció a su lado. Unas mandíbulas

calientes y húmedas se cerraron firmemente alrededor de su brazo derecho, por encima del codo.

Puede que el sabueso blanco no fuera tan grande como un oso pero Alec tampoco se hubiera jugado el brazo a que no lo era. La bestia no gruñía ni apretaba las mandíbulas, pero lo sujetaba con fuerza, observándolo con unos ojos que en la penumbra despedían un brillo amarillento.

Combatiendo el impulso de debatirse o gritar, Alec hizo rápidamente el signo con la mano izquierda y dijo con voz ronca:

—*Soora*, amigo sabueso.

Y el sabueso, a quien no parecía importarle un ápice lo incompleto de la traducción, lo soltó inmediatamente y desapareció entre las sombras sin una mirada atrás. Antes siquiera de darse cuenta de que se había movido, Alec se encontraba ya encaramado al árbol, tratando de alcanzar la balaustrada de mármol.

Las hojas secas se habían reunido en pequeñas pilas sobre la balconada. Pasó por encima de ellas e inspeccionó las dos ventanas situadas a ambos lados de la puerta que conducía al interior de la casa; la puerta estaba cerrada, y las ventanas ocultas por pesados postigos.

Elevando una silenciosa plegaria a Illior, comenzó a examinar la puerta. Deslizó un alambre a lo largo de su extremo y descubrió tres cerraduras diferentes. Se acercó a la ventana mayor y encontró dos mecanismos igualmente testarudos. La tercera ventana, apenas suficientemente grande para permitir el paso de un niño, sólo estaba protegida por un postigo.

Durante una lección que le había impartido sobre allanamientos, Seregil había mencionado una vez que la entrada menos probable era normalmente la más fácil de franquear. Alec extrajo una delgada lengüeta de madera de su rollo de herramientas y la deslizó a lo largo de los bordes del postigo. En menos de un minuto había encontrado los dos ganchos que lo mantenían cerrado. Cedieron fácilmente y el postigo se abrió y reveló un pequeño panel de cristal plomado. Al otro lado, la habitación estaba a oscuras.

Rogando que a estas alturas cualquiera de los invitados hubiera hecho saltar cualquier alarma existente, recurrió de nuevo al alambre y logró abrir la cerradura de hembra sin apenas dificultad. El panel se deslizó hacia dentro en silencio. Volvió a guardar las herramientas en su casaca, se encaramó al marco de la ventana y comenzó a deslizarse al interior, con los pies por delante. Al dejarse caer en el interior de la habitación, sus pies tropezaron con algo que se volcó, organizando un gran estrépito.

Se agachó con la espalda contra la pared y escuchó, esperando un grito de alarma; no lo hubo. Moviéndose a tientas en la oscuridad, extrajo la piedra de luz.

Un lavamanos yacía caído en el suelo, delante de él. *¡Gracias sean dadas a los dioses por las alfombras!*, pensó, irónico, mientras lo enderezaba y volvía a colocar

en su lugar la jofaina y el cántaro.

El espacioso dormitorio estaba decorado con sencillez, de acuerdo a los gustos de Rhíminee. Una amplia cama con dosel de seda trasparente ocupaba la mayor parte de un lado de la habitación. Una túnica de vestir tirada descuidadamente a sus pies, un grueso libro abierto apoyado contra los traveseros, así como los restos de un fuego en la chimenea de mármol demostraban que la habitación había sido abandonada recientemente. Había varios baúles y cofres apoyados contra las otras paredes. Un tablero de juegos descansaba junto a un sillón solitario, frente a la chimenea.

Alec se acercó a una puerta interior, caminando sobre una alfombra gruesa y de intrincado dibujo. Al encontrarla abierta, guardó la piedra en un bolsillo y, con sumo cuidado, echó un vistazo al interior.

Un corredor atravesaba el piso de un lado a otro, y a ambos lados del mismo se abrían varias puertas. Hacia la mitad, a mano derecha, se abría una escalera que conducía abajo. Venía luz desde allí y, con ella, música y el sonido de numerosas y animadas conversaciones.

Alec se introdujo en el corredor y cerró la puerta del dormitorio detrás de sí. Tratando de situar la localización del estudio, atravesó rápidamente el pasillo hasta llegar a una doble puerta que se encontraba al otro extremo. La puerta en cuestión tenía una cerradura compleja.

Sintiéndose nervioso y expuesto, Alec trató de abrirla con una ganzúa y luego con otra. Dando vueltas entre los dedos a una tercera, cerró los ojos y trató de explorar el mecanismo con el tacto.

Era evidente que el señor de la casa tenía en gran aprecio su intimidad; al igual que el de la ventana grande, este dispositivo no era común. No obstante, al cabo de unos momentos las interminables lecciones de Seregil acabaron por dar su fruto. La cerradura cedió y pudo entrar.

Un escritorio y una silla yacían entre dos altas ventanas que se asomaban a la calle. Lanzó una mirada al exterior: estaba más atestada que nunca. Cerró las cortinas, extrajo la piedra de luz y se sentó para comenzar su búsqueda.

Sobre el barnizado escritorio descansaban unos cuantos objetos perfectamente ordenados: frascos de tinta, un fajo de plumas sin cortar y un sacudidor de arena sobre una bandeja de plata, junto a un montón de pergaminos. Junto a ellos había una caja de despachos vacía. Al no encontrar nada de interés, Alec comenzó a registrar los cajones.

El amplio cajón central estaba flanqueado por otros dos más estrechos. Aunque estaba cerrado con llave, no tardó en ceder. Contenía varios paquetes de correspondencia atados con cordones de seda, una barra de lacre, un cepillo y un abrecartas.

El cajón de la izquierda, forrado de seda, contenía cuatro mechones de cabello.

Cada uno de ellos había sido atado cuidadosamente con una cinta y uno, un espeso rizo de pelo negro azabache, había sido adornado con un alfiler enjovado. Alargando la mano por encima de estos recuerdos, Alec encontró una bolsa de seda que contenía un grueso anillo de oro y una pequeña talla de marfil que representaba a un hombre desnudo.

El tercer cajón contenía una colección de objetos de naturaleza más mundana: papel secante usado, tablillas de cera, estilos, una hebra de bramante enrollada, un juego de tabas... Pero nada que semejase una caja de correspondencia. Alec fue hasta la puerta, echó un vistazo al pasillo y continuó con su tarea.

Sacó los tres cajones, los apiló uno encima de otro y descubrió que los estrechos eran ligeramente más cortos que el central.

El escritorio estaba hecho de una sola pieza, cerrada por arriba y por ambos lados. Escudriñando el interior, pudo ver que la cavidad para el cajón central discurría hasta el fondo del escritorio, separada a ambos lados de los cajones laterales por delgados paneles de madera. Los otros dos también corrían hasta el fondo. Un pequeño tope envuelto en cuero se había situado al fondo de la cavidad central para mantener el cajón en línea con la plancha lateral cuando se cerraba. Unos topes similares se habían dispuesto en las vías por las que discurrían los cajones laterales, pero con una diferencia. Justo detrás de éstos, las cavidades terminaban en paneles de madera que ocultaban un espacio al otro lado. Inexperto como era, a Alec no se le escapaba que la costosa y sumamente complicada estructura del mueble prometía por lo menos la existencia de un compartimiento secreto.

Introdujo el brazo en cada uno de los tres compartimentos, presionó y golpeó aquí y allá sin obtener ningún resultado. Mientras volvía a sentarse, exasperado, y se preguntaba lo que Seregil haría si estuviera en su lugar, su mirada se posó sobre la caja de despachos.

Un recuerdo acudió a su mente: cuando habían entrado en la casa del alcalde, allá en Herbaleda, Seregil había encontrado un mecanismo secreto en una caja similar.

Pasó las manos lentamente por toda la superficie del escritorio hasta que, finalmente, encontró una diminuta palanca, oculta junto a la pata delantera derecha. Sin embargo, cuando la apretó, no pareció ocurrir nada, ni siquiera se escuchó un simple clic. Mientras se arrodillaba y volvía a inspeccionar el interior del escritorio, el sudor empapaba su labio superior.

Ésta vez reparó en algo que antes se le había pasado por alto. La madera sin pulir del fondo de la estructura por la que corría el cajón central mostraba las marcas paralelas del uso que uno podría esperar encontrar allí; éstas las había visto antes. Pero entre ellas, hacia la mitad del panel, podía distinguirse apenas un rayón tenue y curvado que se extendía entre un punto situado a medio camino entre las dos marcas más pronunciadas y el panel divisorio de la derecha. Mirando más de cerca, se dio

cuenta de que había una finísima abertura entre el extremo inferior de este panel y el fondo del escritorio. De no ser por el rasguño curvo, hubiera supuesto que una junta se había separado como consecuencia del encogimiento de la madera a causa del seco aire invernal.

Volvió a apretar la palanca escondida, al mismo tiempo que presionaba firmemente el extremo del panel más próximo a sí.

Pivotando sobre invisibles pernos, el panel se deslizó sobre la cavidad central y reveló un pequeño compartimiento triangular en el fondo.

Triunfante, Alec sonrió en silencio, extrajo un estuche de piel y escuchó el crepitar sordo del pergamino. Después de ocultarlo en el interior de su casaca, volvió a colocarlo todo tal como se lo había encontrado.

De nuevo en el corredor, cerró la puerta del estudio. Deseaba ser minucioso. Sin embargo, justo cuando acababa de cerrar el último de los cerrojos, escuchó unos pasos que subían por la escalera, a su espalda. No había tiempo para volver a abrir la cerradura o para retirarse al dormitorio al otro lado del pasillo; la luz de una vela se acercaba rápidamente a la boca de las escaleras.

Desesperado, Alec probó con la puerta de la habitación situada frente al estudio; el picaporte giró suavemente en su mano. Se introdujo apresuradamente en la habitación y arrimó un ojo a la rendija de la puerta.

Dos mujeres acababan de llegar a lo alto de las escaleras. Una de ellas sostenía un candelabro y, bajo la luz que éste proyectaba, Alec pudo ver que ambas vestían lujosamente y eran bastante hermosas.

—Ha dicho que buscara un grueso libro encuadernado en verde y oro en la segunda estantería a la derecha de la puerta —dijo la más joven, mientras miraba a uno y otro lado del pasillo.

—Tenemos mucha suerte esta noche, Ysmay —señaló su acompañante—. Una tiene tan poco a menudo la oportunidad de visitar su biblioteca... Pero ¿qué habitación es? Hace mucho que no subo aquí.

Las joyas que la más joven de las mujeres llevaba sobre sus negros rizos despidieron destellos parpadeantes mientras se volvía hacia donde Alec se encontraba. Más joyas resplandecían en la intrincada gargantilla que cubría su pecho. De hecho, por lo que Alec pudo ver, la gargantilla era prácticamente la única cosa que cubría su busto. El escote del vestido era tan generoso que un pezón asomaba furtivo entre el oro y las gemas.

—Debo darte las gracias de nuevo, querida tía, por traerme contigo esta noche —exclamó la muchacha—. Casi me desmayo cuando me lo has presentado. Todavía siento el tacto de sus labios contra mi mano.

—Un hecho que espero que tu estimado padre no descubra nunca —replicó su tía con una risa suave y musical—. Yo sentí lo mismo la primera vez que lo vi. Es uno de

los hombres más encantadores de todo Rhíminee. ¡Y es tan guapo...! Pero ten cuidado, querida mía. Ninguna mujer ha conservado su atención demasiado tiempo. Y tampoco ningún hombre. Pero ahora, por lo que se refiere a ese excelente manuscrito, ¿qué habitación era?

—Ésta, creo —contestó la muchacha, dirigiéndose directamente hacia la habitación en la que Alec se escondía. Éste se pegó cuanto pudo contra la pared, detrás de la puerta, confiando en su suerte.

—No. No es ésta —dijo la tía mientras las velas iluminaban un dormitorio similar al que se encontraba en la parte trasera de la casa.

—¿Éstos son sus aposentos? —jadeó Ysmay, mientras daba un paso hacia la cama.

—No lo creo. ¿Ves aquel cofre pintado? Artesanía micenia. No es la clase de cosas que le gustan a él. Vamos, querida. Creo que comienzo a orientarme.

Tan pronto como las mujeres hubieron desaparecido en otra de las habitaciones del corredor, Alec se dirigió, sigilosa y apresuradamente, hacia el primer dormitorio. Sin atreverse a sacar de nuevo la piedra de luz, buscó el contorno tenuemente iluminado de la ventana y se dirigió hacia ella.

No había dado ni tres pasos cuando una mano grande y callosa lo sujetó por la cabeza, a la altura de la boca. Otra aferró su brazo derecho y lo llevó hasta la espalda mientras él se debatía y se sacudía.

—¡Prendedlo! —siseó una voz desde el otro extremo de la habitación.

—¡Ya lo tengo! —dijo una voz profunda y áspera junto al oído de Alec. La mano alrededor de su boca lo sujetó aún con más fuerza—. Ni una palabra. ¡Y deja ya de sacudirte!

Una piedra de luz apareció cerca de él, y el que lo había capturado le dio la vuelta con brusquedad. Alec volvió a sacudirse de forma convulsa, y entonces se quedó paralizado mientras en su garganta se ahogaba un gruñido de asombro.

De pie frente a él, con un brazo apoyado en la esquina de una repisa, se encontraba Seregil. Obedeciendo a un gesto de su mano, el hombre que sujetaba a Alec lo liberó. Se dio la vuelta y se encontró frente a Micum Cavish.

—¡Por la Llama, muchacho, eres más difícil de atrapar que una anguila! —dijo Micum con voz suave.

—¿Has conseguido el estuche?

—Sí, aquí lo tengo —susurró Alec, mientras miraba de hito en hito en dirección a la puerta—. Pero ¿qué estáis haciendo aquí?

Seregil se encogió de hombros.

—¿Y por qué no debería estar en mi propio dormitorio?

—¿Tu propio...? ¿Tuyo? —balbució Alec—. ¿He pasado por todo esto para robar en *tu* casa?

—¡Más bajo! ¿No te das cuenta? Queríamos asegurarnos de que te enfrentabas a un desafío adecuado.

Alec los miró a ambos fieramente, con las mejillas encendidas. Todo su meticuloso trabajo reducido a una ridícula charada...

—¿Entrar en tu propia casa? ¿Qué clase de desafío es ese?

—No te lo tomes así —dijo Seregil, sinceramente consternado—. ¡Acabas de allanar una de las casas más difíciles de la ciudad! Lo admito, quité algunas de las más letales defensas pero ¿acaso crees que cualquier ladronzuelo vulgar hubiera podido superar las cerraduras con las que tú te has encontrado?

—Este es el último lugar al que te hubiéramos enviado de haber pensado que no estabas preparado —añadió Micum.

Todavía airado y con los brazos cruzados sobre el pecho, Alec reflexionó un instante sobre lo que le estaban diciendo.

—Bueno, la verdad es que ha sido bastante difícil. La puerta del estudio estuvo a punto de echarme atrás.

—¡Lo ves! —gritó Seregil mientras pasaba un brazo alrededor de los hombros del muchacho y le dio una palmada—. Para ser un simple allanamiento, yo diría que has salido muy bien parado. De hecho, conseguiste sorprendernos a ambos cuando te colaste por aquella pequeña ventana. Recuérdame mañana que me ocupe de ella, ¿quieres? Y cuando se presentaron las damas, he de reconocer que demostraste tener mucha sangre fría.

Alec se apartó de él. La sospecha había vuelto a asomar a su mirada.

—¡Tú las enviaste!

—De hecho, la idea fue mía —dijo Micum—. La cosa te estaba resultando demasiado fácil. Admítelo, cuando algún día lo cuentes, ese detalle hará de ella una historia mejor.

—¿Y ahora qué? —preguntó Alec, todavía suspicaz—. Esta noche, quiero decir.

—¿Esta noche? —Seregil torció la sonrisa—. Vaya, esta noche tenemos invitados a los que atender.

—¿La fiesta? ¿Esta fiesta? ¿Ahora? ¡Antes dijiste que la celebrarías dentro de un par de días!

—¿Lo hice? Bueno, en ese caso en una suerte que ya estemos vestidos para la ocasión. Por cierto, ¿qué te ha parecido tu nueva habitación?

Alec sonrió, un poco avergonzado, mientras recordaba el cometario de la mujer sobre el cofre pintado de la habitación en la que se había escondido.

—Por lo poco que he visto de ella, parece muy... útil.

A regañadientes, siguió a Seregil y Micum escaleras abajo y se encontró con una habitación llena de elegantes extraños. La sala estaba iluminada por docenas de gruesas velas, cuyo dulce aroma era como la destilación de los inviernos ya pasados.

Por todas partes, su luz se reflejaba en los destellos de las joyas, el lustre de las sedas y el brillo de las prendas de cuero.

El propio salón no era menos elegante que aquellos que lo ocupaban. Las altas paredes habían sido pintadas para semejar el claro de un bosque, y las copas de unos robles de tamaño real se extendían a lo largo del techo abovedado. Guirnaldas de vides brillantes y llenas de flores adornaban los árboles, y entre los troncos podían verse distantes montañas y océanos. Sobre ellos, en lo alto de un balcón esculpido, tocaban unos músicos. Seregil se detuvo en mitad de la gran escalera y depositó una mano sobre el brazo de Alec.

—¡Mis muy honorables huéspedes! —dijo en voz alta, asumiendo los mismos y formales modales que había utilizado cuando se hacía pasar por Lady Gwethelyn a bordo del *Veloz*—. Permítanme presentarles a mi protegido y compañero, Sir Alec de Ivywell, ciudadano de Micenia. Os ruego que os deis a conocer por vosotros mismos, porque es nuevo en nuestra gran ciudad y tiene muy pocas amistades.

Alec sintió que la boca se le secaba mientras decenas de rostros expectantes se volvían hacia él.

—Calma —susurró Micum—. Recuerda quién se supone que eres —después de hacerle al muchacho un discreto signo de buena suerte, se unió a la multitud.

Al pie de la escalera, se adelantó un sirviente con una bandeja de vino helado. Alec tomó una de las copas y la vació de un rápido trago.

—Calma con eso —murmuró Seregil mientras lo empujaba gentilmente hacia delante. Como el más elegante de los anfitriones, recorrió por entero la habitación, desplazándose con suavidad entre cada grupo y el siguiente.

Los invitados parecían ser en su mayoría nobles menores y ricos mercaderes asociados con los intereses comerciales de «Lord Seregil». Se hablaba mucho de caravanas y fletes, pero el tema más popular era, evidentemente, la posibilidad de que estallara una guerra al llegar la primavera.

—Francamente, no creo que pueda ponerse en duda —dijo con aire pomposo un joven noble que le había sido presentado a Alec como Lord Melwith—. Se han estado haciendo preparativos desde el verano.

—De hecho —gruñó un caballero corpulento sobre su copa de vino—, con los requisadores haciéndose con todo lo que se pone a la vista, desde hace varios meses resulta difícil conseguir incluso un cargamento decente de maderos. ¡Dudo que pueda terminar mi solarío antes de la primavera!

—¡Tela de Herbaleda! —exclamó una mujer cercana—. ¡No me hables de la tela de Herbaleda! Con todas esas nuevas tarifas, apenas puedo comprarme una nueva manta de montar. ¿Y el oro? Recordad mis palabras, Lord Decius. Antes de que todo esto termine, todos nosotros estaremos llevando plumas y cuentas de cristal.

—Qué moda más deliciosa resultaría —exclamó su acompañante.

Deambulando junto a Seregil, Alec se encontró de pronto frente a las dos mujeres a las que había visto escaleras arriba.

—Permítanme presentarles a un muy querido amigo mío —dijo Seregil, con apenas una traza de su maliciosa sonrisa en los labios—. Lady Kylith, os presento a Sir Alec de Ivywell. Sir Alec, Lady Kylith de Rhíminee y su sobrina, Lady Ysmay de Orutan.

Alec ejecutó la reverencia más cortés de que era capaz mientras sus mejillas comenzaban a arder. El traje de seda de Lady Kylith cubría unas formas elegantes y todavía esbeltas; como los de la mayoría de las mujeres presentes, dejaba el busto prácticamente al descubierto, debajo de una gasa de la más fina seda y un suntuoso collar de rubíes.

—¡Qué joven más afortunado sois! —ronroneó Kylith, al tiempo que envolvía al muchacho en una mirada lánguida que provocó una nueva estampida en su corazón—. Nuestro amigo Lord Seregil es uno de los hombres más cultos de la ciudad y, además, está muy versado en todos los placeres que Rhíminee puede ofrecer. Estoy seguro de que encontraréis el tiempo que paséis aquí de lo más entretenido e instructivo.

—Me halagáis en exceso, mi querida dama —murmuró Seregil—. ¿Me dejaréis que abuse de nuestra amistad? ¿Seréis tan amable de ser la pareja de Sir Alec en el primer vals? Creo que los músicos acaban de comenzar a tocar una de vuestras piezas favoritas.

—Será un placer —respondió ella con una reverencia—. Y quizá podáis devolverme el favor siendo la pareja de mi sobrina. Después de todo, le prometí una noche de placeres perversos y no puedo imaginar uno más perverso que bailar con vos.

Mientras asomaba a sus mejillas un rubor encantado, Ysmay aceptó el brazo que Seregil le ofrecía. Al verlo, el resto de los invitados formaron parejas y se prepararon para el baile.

Kylith extendió su mano hacia Alec con una deslumbrante sonrisa en los labios.

—¿Me hacéis el honor, caballero?

—El honor es mío, os lo aseguro —replicó Alec. Las palabras le parecieron inexpresivas y estúpidas, pero continuó lo mejor que pudo—. No obstante, debo advertiros que nunca he sido conocido por ser un gran bailarín.

Ocupando su lugar delante de él, ella le obsequió otra dulce sonrisa.

—No os preocupéis por ello, querido mío. La instrucción de los jóvenes inexpertos es para mí uno de los mayores placeres de la vida.

Seregil se entretuvo en un flirteo juguetón con Ysmay mientras vigilaba a Alec. Como era de esperar, Kylith consiguió que el muchacho se sintiera cómodo al cabo de poco tiempo. Otro baile o dos bajo su influencia y Alec se sentiría como si hubiese

frecuentado aquella sociedad durante toda su vida.

Desde sus comienzos como cortesana en la calle de las Luces, Kylith había ascendido a la nobleza después de que un testarudo y joven noble desafiara la enérgica oposición de su familia y de su clase para casarse con ella. A lo largo de los años, su belleza, discreción y afilada astucia le habían terminado proporcionando un cierto grado de aceptación y habían atraído a lo mejor de la sociedad de Rhíminee a las cada vez más famosas reuniones que organizaba. Los mejores artistas y músicos del momento solían encontrarse en su casa, mezclados con aventureros, magos y magistrados de los más altos cargos. Muy pocos, fuera del Parque de la Reina, sabían más que ella de lo que ocurría en el interior de los salones del poder y los dormitorios de Rhíminee.

Por esa misma razón, Nysander le había presentado a Seregil después de la conclusión de su fallido aprendizaje. Hechizada por su misterioso pasado y su cuestionable reputación, Kylith le había franqueado la entrada a su brillante círculo de amistades y, durante algún tiempo, después de la muerte de su marido, de su dormitorio. Él nunca había sabido con seguridad si ella sospechaba que era el impredecible, famoso y desconocido Gato de Rhíminee O sólo un mero intermediario, pero a menudo requería de sus servicios, sabedora de que los resultados eran generalmente excelentes.

Sea como fuere, el caso es que ella era una de las pocas personalidades de la nobleza en cuya discreción confiaba Seregil. Si Alec se traicionaba esta noche en su papel, nadie lo sabría por boca de ella. Y, además, el muchacho parecía estar disfrutando de su compañía.

Decidido a mantener su parte del acuerdo, dedicó toda su atención a Ysmay y flirteó con ella de forma escandalosa hasta que cayó rendida en sus brazos.

Alec se encontraba en medio de su segundo baile con Kylith cuando Micum le puso una mano sobre el hombro.

—Perdonadme, señora. Debo pedirlo prestado a vuestro acompañante un momento —dijo, con una reverencia—. Alec, ¿podemos tener unas palabras?

¿Problemas?, preguntó Alec utilizando el lenguaje de signos mientras Micum lo conducía hasta la entrada principal del salón. El hombretón le lanzó de soslayo una mirada sombría y esa fue respuesta más que suficiente.

En la pequeña cámara de entrada, situada al frente de la casa, encontraron a Seregil rodeado por cuatro casacas azules. Delante de ellos, otro lo estaba maniatando. El viejo criado de Seregil, Runcer se encontraba muy cerca, agitando las manos y llorando.

—¿Qué ocurre aquí? —demandó Micum.

—¿Quién sois vos, señor? —inquirió el alguacil.

—Sir Micum Cavish, de Watermead, amigo de Lord Seregil. Este muchacho es su protegido, Sir Alec de Ivywell. ¿Por qué están arrestando a este hombre?

El alguacil consultó un pergamino y los miró por segunda vez.

—Lord Seregil de Rhíminee ha sido acusado de traición. También tengo órdenes de informar a Sir Alec de que no debe intentar abandonar la ciudad.

Observando al hombre con helada dignidad, Micum preguntó con voz tranquila:

—¿Debo entender que también él está bajo sospecha?

—Todavía no, Sir Micum. Pero esas son mis instrucciones.

—Seregil, ¿qué ocurre? —preguntó Alec, que acababa de recuperar el habla.

Seregil se encogió de hombros con aire sombrío.

—Aparentemente, alguna clase de malentendido. Transmite mis disculpas a los invitados, ¿quieres?

Alec asintió, aturdido. Miró a las manos atadas de Seregil y le vio hacer el signo de Nysander, el índice doblado con fuerza sobre el pulgar.

—Vamos, señor mío —dijo el alguacil, tomando a Seregil por el codo.

—¿Dónde se lo llevan? —preguntó Alec. Siguió a Seregil y los guardias hasta un carruaje cerrado, de color negro.

—No puedo decíroslo, señor. Buenas noches —el alguacil entró detrás de Seregil, le hizo un gesto al cochero y el carruaje se puso en marcha dando tumbos por la calle adoquinada.

—Seregil me ha dicho que fuera a ver a Nysander —susurró Alec a Micum, que se encontraba detrás de él.

—Lo he visto. Será mejor que vayamos.

—¿Pero qué pasa con los invitados?

—Tendré una charla rápida con Kylith. Ella se ocupará de todo.

Alec observó entristecido cómo el carruaje desaparecía en las sombras de la noche.

—¿Dónde crees que lo están llevando?

—Es una orden de arresto Real, así que supongo que a la Prisión de la Torre Roja —contestó Micum. Parecía desolado—. Y ese es un lugar del que ni siquiera Seregil podrá escapar sin ayuda.

26

Planes en El Gallito

Alec y Micum se encontraban a medio camino de la Casa Oréska cuando una diminuta esfera de luz se materializó delante de ellos.

—¡Alec, Micum, venid al Gallito de inmediato!

Alec parpadeó, sorprendido.

—Era Thero.

—¡Por los Testículos de Bilairy! —musitó Micum mientras cambiaba de dirección.

Thero los esperaba en el Gallito, pero su maestro no estaba con él.

—¿Dónde está Nysander? —preguntó Alec, algo desconcertado al descubrir que Thero también sabía cómo entrar en los fuertemente protegidos aposentos de Seregil.

—Con la Reina —contestó el joven mago. En medio del desorden de las cosas de Seregil, parecía completamente fuera de lugar—. Me ha enviado para que me encontrase con vosotros. Vendrá tan pronto como le sea posible.

—Supongo que el arresto lo ha sorprendido tanto como a nosotros —dijo Micum mientras arrojaba la espada de Seregil sobre la mesa.

—Los acontecimientos se han sucedido más rápidamente de lo que ninguno de nosotros había esperado. Nysander está bastante preocupado por el hecho de que Idrilain no lo consultara antes de ordenar el arresto de Seregil.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —estalló Alec con frustración, mientras recorría de un lado a otro la estancia—. ¡Nysander había interceptado la carta! Seregil dijo que nunca se atreverían a enviar otra sin saber lo que le había ocurrido a la primera.

—No lo sé. La Reina sólo ha dicho que había ordenado que fuera llevado a la Torre Roja. Nada más. ¿Se realizó el arresto con discreción?

—De no ser por Runcer, se hubiera producido sin que nos diéramos cuenta —contestó Micum con el ceño fruncido.

Thero se acarició la barbilla con aire meditabundo.

—Al menos eso es una señal esperanzadora.

Por primera vez desde que lo conociera, se le ocurrió a Alec que tal vez fuera también un Centinela. Y con esta revelación vino la certeza de que era este hecho, más que los sentimientos personales que pudiera abrigar hacia Seregil, lo que motivaba sus actos en aquel momento.

—¿Crees que... —los recuerdos se agolparon helados en el pecho de Alec—, que lo torturarán?

Thero enarcó una ceja y consideró la cuestión.

—Eso depende de la gravedad de los cargos.

—El alguacil habló de traición.

—Ah, sí. Yo diría que es bastante probable.

—¡Maldita sea, Thero, un poco de sentido común! —gruñó Micum mientras sujetaba a Alec, que había empalidecido, por el brazo—. Calma. No nos hará ningún bien pensar de esa manera. Nysander nunca lo permitiría.

—Dudo mucho que Nysander pueda interferir —repuso Thero, aparentemente ajeno a la angustia de Alec—. La Torre Roja está protegida por magia además de por barrotes; Nysander y yo trabajamos allí una vez. Y, además, dada la íntima asociación de Nysander y Seregil, no podría permitirse ni siquiera una sugerencia que otros pudieran interpretar como una interferencia con la ley.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Alec.

—Nos sentaremos aquí y esperaremos a Nysander, como ha ordenado —dijo Micum con calma. Miró a Thero de forma poco amigable y añadió—. Mientras tanto, no tiene ningún sentido perder el tiempo con especulaciones vanas.

Nysander sintió un cierto alivio cuando el mensajero real lo condujo hasta a la cámara de las audiencias privadas de la Reina en vez de al Gran Salón. Entre ellos, nunca había existido necesidad de grandes ceremonias; había conocido a Idrilain desde su infancia y, aunque siempre le había mostrado el respeto debido a su posición, sus lazos de mutuo afecto le permitían generalmente dejar de lado las formalidades en privado. En esta ocasión, sin embargo, algo en el frío saludo con que ella lo recibió parecía contener una amenaza.

Incluso vestida con su túnica de noche y el gris cabello suelto sobre los hombros, Idrilain tenía porte de guerrera. Mientras se reunía con ella junto a la pequeña mesa del vino, Nysander hizo lo que estuvo en su mano para ocultar la creciente inquietud que lo embargaba. Ninguno habló hasta que se hubieron saludado con las copas de vino y bebido el trago ritual, que expresaba su mutua promesa de hablar sinceramente.

—Habéis arrestado a Seregil —dijo Nysander, yendo directamente a la cuestión—. ¿Con qué cargos?

—Traición.

El corazón del mago se desplomó; no era la primera vez que sus enemigos habían conseguido burlarlo. Ahora debía proceder con precaución y respeto.

—¿En que evidencias se sustentan tales cargos?

—Lord Barien recibió esto a primeras horas de la mañana. —Idrilain empujó un documento enrollado hacia él. Reconoció inmediatamente las primeras líneas; se basaba en una de las cartas a medio escribir que Seregil había vendido a Ghemella. Al igual que la anterior, todos los detalles indicaban que era auténtica, salvo el contenido. La letra, la firma, la tinta... todo ello resultaba consistente.

—Parece genuina, lo admito —dijo Nysander al fin—. Y a pesar de ello, no creo

que haya sido escrita por Seregil. ¿Puedo preguntaros vuestra opinión?

—Mi opinión es irrelevante. Mi deber consiste en atenerme a los hechos —contestó ella—. Hasta el momento no se ha descubierto prueba alguna que indique que este documento es una falsificación, mágica o de cualquier otra dase.

—Pero debéis de abrigar alguna duda, o si no yo no me encontraría sentado aquí, con vos, en este momento —sugirió Nysander con suavidad.

La máscara real vaciló un poco ante sus palabras.

—No conozco a Seregil bien, Nysander, pero te conozco a ti. Sé que te has mostrado digno de mi confianza y de la de tres reinas antes que yo. Me resulta difícil creer que alguien a quien tienes en tan alta estima pueda ser un traidor. Si sabes algo sobre esto, será mejor que me lo cuentes ahora mismo.

Nysander extrajo de su abrigo la carta falsificada que había interceptado y se la tendió.

—Esto llegó a mis manos hace una semana. Creedme cuando os digo que os hubiera hablado de ello inmediatamente si hubiera tenido la menor duda al respecto de la inocencia de Seregil. El contenido se basa en una carta que de hecho Seregil sí escribió, pero las líneas que lo condenan fueron añadidas por un falsificador. He hablado con Seregil de ello y tengo todas las razones para creer que dice la verdad.

El rostro de Idrilain volvió a ensombrecerse mientras comparaba las dos cartas.

—No lo entiendo. Si son falsas, entonces son obras de arte de la falsificación. ¿Por qué alguien llegaría a tales extremos para desacreditar a una persona de tan poca importancia? Perdona la franqueza de un viejo soldado, Nysander, pero al margen de la amistad que lo une a mi hija y a ti, ¿y si Seregil no fuera sino un noble exiliado y derrochador con alma de mercader? Carece de todo poder o influencia en mi corte.

—Cierto. No hay en él nada significativo salvo el parentesco sumamente lejano que lo une con vos, o acaso su conexión conmigo. ¿Y para quién sino para los Leranos podría tener esto alguna importancia?

—¿Los Leranos? —dijo Idrilain con tono despectivo—. ¡Un puñado de descontentos de mente estrecha que se llenan las bocas con amenazas a las que ni siquiera sus abuelos daban crédito! Por la Tétrada, Nysander, los Leranos no han sido nada más que una fantasía política desde los tiempos de Elani la Justa.

—Eso es lo que generalmente se cree, mi señora. Y, sin embargo, debéis recordar que yo era un niño cuando se produjo el matrimonio de vuestra antepasada, Idrilain I, y el Aurénfaie Corruth. Siete generaciones más tarde, ¿quién sino un puñado de viejos magos podría recordar los gritos de cólera que se alzaban en el exterior del templo durante la ceremonia? Pero yo os digo, mi Reina, que en este momento los escucho con tanta claridad como entonces: «¡Un señor de Eskalia para la gente de Eskalia!», gritaban, mientras la Guardia de la reina acudía con espadas y garrotes. Y no era sólo la chusma la que protestaba, sino también los nobles, que sentían que su

honor había sido mancillado por sangre innoble. Vi a aquellos mismos nobles sostener a la Reina Lera durante todo su opresivo reinado. Y escuché las protestas públicas cuando su media hermana Corruthesthera ascendió al trono después de la muerte de aquella.

—Y a pesar de todo, mi antepasada Corruthesthera reinó sin sufrir desafíos a su autoridad o revoluciones. Y sus descendientes después de ella.

—Pero dos de aquellas reinas murieron en circunstancias poco claras.

—¡Rumores! Elani murió durante la Gran Peste y Klia fue envenenada por asesinos a sueldo de Plenimar.

—Así lo ha decidido la Historia, mi reina. Y, sin embargo, hubo habladurías en su momento.

—En ninguno de los dos casos se pudo probar nada. Y sin pruebas en sentido contrario, te sostienes sobre humo —afirmó Idrilain con terquedad—. Lo que nos lleva de vuelta a Seregil. *Es posible que redundara en beneficio de los Leranos el avergonzarme a través de él. Sakor sabe que no puedo permitirme la división en el seno de mi pueblo cuando la amenaza de la guerra pende sobre nosotros. Sin embargo, debes darte cuenta de que, al entregarme esta segunda carta, lo has condenado dos veces a menos que puedas conseguir pruebas que demuestren que no son verdaderas.*

—Lo sé —contestó Nysander—. Y os la doy como prueba de mi buena fe, sabiendo que debo probar su inocencia o presenciar cómo un hombre al que amo como si fuera propio hijo muere ejecutado de la manera más espantosa posible. Tenedla en custodia. Se extenderán los rumores, tal y como quieren los Leranos. Todo lo que os pido es tiempo para conseguir las pruebas de su inocencia.

Idrilain juntó las manos y apoyó la frente sobre las yemas de los dedos.

—No puedo permitirme favoritismos. Barien pretende encargarse de este asunto personalmente.

—¿Y su lealtad hacia vos no está enturbiada por ninguna preocupación por la suerte de Seregil?

—Exactamente.

Nysander vaciló un instante. Entonces extendió las manos a través de la mesa y tomó las de ella.

—Dadme dos días, Idrilain. Os lo imploro. Decidle a Barien lo que queráis, pero dadme tiempo para salvar a un hombre que es mucho más leal y valioso de lo que creéis.

El asombro emergió al rostro de Idrilain mientras las implicaciones de estas últimas palabras se hacían evidentes.

—¿Seregil un Centinela? Por la Llama de Sakor, ¿es posible que esté tan ciega?

—Es un maestro de su oficio, querida mía —dijo Nysander con tristeza—. A

despecho de lo que hubiera deseado para él, Illior traza un camino para todos nosotros. Con vuestro permiso, preferiría no decir más, excepto que apostaría gustoso mi honor por su lealtad hacia Eskalia y hacia vos.

Idrilain sacudió la cabeza, presa de dudas.

—Espero que nunca tengas que arrepentirte de esas palabras, amigo mío. Fue un traidor una vez; ambos lo sabemos. Lo que acabas de decirme... podría ser una hoja de dos filos.

—A pesar de ello, estoy dispuesto a responder por él.

—Muy bien, entonces. Dos días. ¡Pero no podré darte nada más, y la evidencia que me traigas debe ser irrefutable! Supongo que no es necesario que te advierta que cualquier interferencia en el proceso de la ley será un acto muy poco juicioso.

Nysander se puso en pie e hizo una profunda reverencia.

—Lo comprendo perfectamente, mi señora.

Llegado a toda prisa al Gallito, Nysander no hizo el menor esfuerzo por ocultar su preocupación a quienes lo esperaban allí.

—Es lo que todos temíamos —les contó—. Una segunda carta falsificada ha sido enviada al Vicerregente. Ésta está fechada el seis de Erasin. Irónicamente, la original era una de las que Seregil entregó a Ghemella para tender una trampa al falsificador.

—¿El seis de Erasin? —Alec contó para sus adentros—. Por aquellas fechas nos conocimos. Entonces todavía estábamos en las Quebradas.

—¡Sangre del infierno! —gruñó Micum—. O bien esos bastardos están al tanto de las andanzas de Seregil o han tenido un golpe de suerte. En todo caso, lo han atrapado. O improvisa alguna mentira o se descubre. ¡Y eso bien podría significar una sentencia de muerte!

—¡Yo podría decir que estábamos en Ivywell! —se ofreció Alec—. Ya habíamos preparado la historia de que él me había traído desde allí. Se lo contó a todos cuantos se encontraban en la fiesta.

—Me temo que no es buena idea —dijo Nysander—. Ese cuento podría funcionar en algunos círculos, pero no se sostendría frente al escrutinio de los Inquisidores de la Reina. En último caso, se mandaría a buscar a los testigos en Micenia. Y cuando no apareciese ninguno, te encontrarías tan implicado en el asunto como el propio Seregil. Además, no tenemos tiempo. Idrilain sólo me ha concedido un aplazamiento de dos días. Me temo que nuestro mejor recurso es seguir con el plan original de Seregil respecto a la calle del Ciervo.

—He estado pensando sobre eso —musitó Micum—. Seregil tardó una semana en encontrar a Alben, y ni siquiera estaba seguro de que fuera el hombre al que buscamos. Asumiendo que encontraríamos su escondite, si es que lo tiene, ¿qué ocurre si después de todo no es nuestro hombre? Si a Seregil le ha costado unos pocos días

conseguir una información semejante, nosotros podríamos tardar semanas.

Nysander extendió las manos con aire resignado.

—Cierto. Y, sin embargo, en este momento no se me ocurre otra solución.

—Si hubiera podido contar con sólo un día más —dijo Alec con amargura—. Esta noche no hacía más que sonreír, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Se me ocurre —dijo Thero, que hasta el momento había permanecido en silencio— que la ausencia de Alec esta noche en la calle de la Rueda no debe de haber pasado inadvertida. Quizá una aparición en la prisión no estaría del todo fuera de lugar: expresiones de cólera, perplejidad y cosas semejantes. Mientras que no sería apropiado que Nysander fuera visto allí, ¿a quién podría extrañar que el joven protegido de Lord Seregil le llevara algunos artículos de primera necesidad? Quizá una manta y algo de ropa limpia...

—¡Y una ganzúa!

Thero dedicó a Alec una mirada fulminante.

—Sí, si lo que quieres es asegurarte un lugar en el cadalso a su lado. Lo que yo estaba pensando era que si te permiten verlo, tal vez pueda darte algo de información que nos sea de utilidad. Y si no es así, ¿qué habremos perdido?

—Después de todo, parece que hay un poco de espía en ti —dijo Micum.

Thero pareció un poco ofendido por sus palabras.

—Es simple lógica. Mis pensamientos no están nublados por las emociones en este caso.

—A pesar de todo, es una buena idea —dijo Nysander, mientras miraba a su joven aprendiz con aprobación—. Bien hecho, Thero.

Alec se puso en pie y extendió el brazo hacia su capa.

—¡Voy ahora mismo! ¿Me acompañas, Micum?

Nysander lo detuvo con un ademán.

—Deteneos un momento los dos. Es imperativo que seáis conscientes de la magnitud de nuestra empresa. Si fallamos, habremos perdido toda la credibilidad que conservamos ante los ojos de la Reina. Todos nosotros podríamos acabar en la Torre Roja. O algo peor.

Había dicho lo que era necesario y lo enorgulleció comprobar que ninguno de ellos daba señales de vacilación.

—Muy bien. Debo añadir que cualquier mal paso tendrá consecuencias desastrosas sobre la Reina; ésta debe ser la consideración final a la hora de tomar cualquier decisión. Si todo esto es obra de los Leranos, nuestros fallos podrían contribuir a sus propósitos. Nada los complacería más, estoy bien seguro, que el descubrimiento de una conspiración generalizada que me incluye a mí. Ruego a Illior que nos conceda a todos la suerte de los ladrones.

—Secundo esas palabras —dijo Micum—. Vamos, Sir Alec. Tenemos trabajo que

hacer.

Un viento húmedo y malsano soplaba desde el puerto mientras Alec y Micum cabalgaban hacia la prisión, cerca de la muralla sur de la ciudad. La torre principal era una estructura achaparrada y fea, rodeada por una muralla. Alec desmontó en el patio exterior, mientras el hedor a orina y sebo quemado que reinaba en el lugar le hacía arrugar la nariz.

—Es difícil de creer que esta misma mañana me he despertado en Watermead —susurró, aferrando el pequeño fardo que había traído consigo.

—Di más bien la mañana de ayer —suspiró Micum.

—¿Y si no nos dejan entrar?

—Intenta ser tan persuasivo como te sea posible y ten preparado algo de oro. Echa tu capa hacia atrás, para que puedan ver que eres un caballero.

Siguiendo el consejo de Micum, Alec aporreó el portón.

Un rostro barbudo apareció en la rejilla de la puerta.

—¿Qué se te ofrece a estas horas?

—Han traído a un hombre esta noche —dijo Alec—. Su nombre es Lord Seregil. Es mi protector y traigo un poco de ropa y unas mantas para él. ¿Os importaría dejarme verlo sólo un momento?

—¿El apuesto joven moreno?

—Sí. Ese es.

—Es muy tarde, ¿sabéis?

—Los inconvenientes se pagan. —Alec sostuvo en alto medio sestercio de oro—. Le estaríamos muy agradecidos.

Micum dio un paso y se situó inmediatamente detrás de él.

—No hay orden de que no reciba visitas, ¿verdad?

El centinela miró de soslayo la moneda de Alec y se volvió para consultarlo con alguien. De inmediato, la puerta se abrió.

—Supongo que no hay nada malo en dejar pasar al muchacho —dijo el guardia. Tomó la moneda y condujo a Alec hasta el cuarto de guardia—. Pero sólo él y sólo durante un minuto. Podéis esperar aquí si lo deseáis, señor, mientras él va. Y primero revisaré ese fardo.

Satisfecho con el contenido del paquete y con una nueva moneda, el jefe de la guardia entregó a Alec a un segundo centinela, que lo condujo a las profundidades del frío edificio.

Mientras seguía al centinela por un sinuoso tramo de escaleras de piedra detrás de otro, Alec tenía la sensación de que las paredes se inclinaban sobre él. El tiempo pasado en las mazmorras de Asengai lo había hecho engendrar un odio imborrable hacia tales lugares.

El guardia se detuvo frente a la puerta de una celda baja y escudriñó a través de la diminuta reja.

—¡Un visitante, su señoría!

Una respuesta apagada vino desde el interior.

—Tendréis que hablar con él desde aquí —dijo el centinela a Alec—. Pero no le deis nada, ni siquiera la mano. Yo me ocuparé de que reciba su paquete.

Después de tomar el fardo de Alec, se retiró unos pasos para concederles un mínimo de intimidad.

La reja parecía sólidamente engastada en la gruesa puerta de madera. La luz proveniente de la lámpara más próxima incidía en ángulo sobre las barras, revelando el contorno de un perfil y el brillo de un ojo.

—¿Estás bien? —susurró Alec ansiosamente.

—Hasta el momento sí —contestó Seregil—. Aunque hace un frío terrible.

—Te he traído una manta y un poco de ropa limpia.

—Gracias. ¿Alguna noticia?

Acercándose tanto como se atrevía, Alec le refirió rápidamente los detalles de su conciliábulo en el Gallito.

—Nysander cree que nuestra única posibilidad de éxito puede ser encontrar pruebas contra el falsificador. Supongo que tendremos que hacerlo Micum y yo, pero no sabemos cómo. ¡Dioses, ojalá nada de esto hubiera ocurrido!

—Sé cómo te sientes. ¿Todavía está lejos el centinela?

—Sí.

—Entonces presta atención. —Seregil extendió cautelosamente los dedos de una mano a través de las barras de la reja e hizo un signo que tenía que ver con Micum.

Fue demasiado rápido. Alec sacudió la cabeza.

—Apenas puedo oírte. ¿Qué has dicho?

—He dicho que es un callejón sin salida. No hay nada que descubrir por ahí —dijo Seregil, alzando la voz para que el guardia pudiera oírlo mientras repetía el signo más lentamente. Las barras obstaculizaban los movimientos de sus dedos, pero Alec entendió *Dile a Micum lepisma*.

—No comprendo —susurró Alec, convencido de haber malinterpretado el mensaje—. ¡No te dejaré aquí para que te pudras!

—No te inquietes —replicó Seregil mientras lo miraba directamente a los ojos—. Mañana por la noche habrá una luna propicia. Reza al Portador de la Luz y todo irá bien. Entretanto, te encomiendo al cuidado de Micum Cavish. Haz caso a su sabiduría; es un hombre de recursos.

—Lo siento, joven señor, pero no puedo concederos más tiempo —dijo el guardia desde atrás.

—¡Maldita sea! —musitó Alec. Todavía estaba seguro de no haber comprendido

bien el crucial mensaje. Mientras fingía estar apartando de su rostro un mechón extraviado de cabello, hizo un signo:

¿Lepisma?

Para su sorpresa, Seregil asintió con énfasis.

—¡Vamos ya, señor!

Alec sostuvo la mirada de Seregil un momento más. El corazón retumbaba dolorosamente en su pecho. Lo poco que alcanzaba a ver del rostro de Seregil se inclinó de pronto y esbozo su vieja y tranquilizadora sonrisa.

—¿A qué viene esa cara tan larga? —susurró Seregil—. No estás solo en este asunto, ya lo sabes. ¡Todo irá bien!

Pero Alec no se sentía bien en absoluto mientras seguía al guardia de vuelta por las escaleras. A pesar de lo mucho que quería confiar en la valerosa seguridad de Seregil, creía haber escuchado un tono de desazón en la voz de su amigo. Estaban metidos en un buen atolladero y, si habían de salir de él, gran parte de la responsabilidad recaía sobre sus hombros. Las consecuencias de un fracaso eran demasiado terribles como para considerarlas siquiera.

Su rostro debió de reflejar parte de sus pensamientos, porque el guardia le dijo con voz amable:

—Vamos señor, quizá todo acabe bien. Parece un buen hombre.

Advirtiendo que se encontraba frente a un aliado potencial, Alec trató de fingir unas cuantas lágrimas antes de que llegaran al pie de las escaleras. De hecho, le resultó sorprendentemente fácil.

Tan pronto como la prisión dejó de estar a la vista, Alec transmitió el extraño mensaje. Durante un prolongado momento, Micum lo miró, perplejo.

—¿Lepisma? —se atusó los bordes del mostacho y sacudió la cabeza. Entonces, de pronto, en su rostro se dibujó una amplia sonrisa—. ¡Por la Llama, claro! ¡Lepisma, el insecto!

—¿Significa algo para ti? —preguntó Alec, todavía dubitativo.

—¡Oh, sí! De hecho, nuestro sigiloso amigo acaba de proporcionarnos un plan de ataque completo. Te lo explicaré cuando lleguemos a casa... que esta noche está en la calle de la Rueda.

Runcer los recibió en la puerta.

—Los invitados ya se han marchado, Sir Alec. He encendido el fuego en vuestros aposentos. ¿Necesitaréis algo más esta noche?

—No, gracias —contestó Alec, un poco confuso. A juzgar por el comportamiento del viejo criado, se hubiera podido creer que lo hubiera servido durante toda su vida.

Se encontraba allí, expectante, como si estuviese esperando a recibir más órdenes—. Bueno, creo que podré habérmelas solo... Deberías irte a la cama, eh...

—Runcer —murmuró Micum detrás de él.

—Runcer, sí. Vete a la cama. Es tarde. Gracias.

El arrugado rostro de Runcer no reveló otra cosa que una obediencia respetuosa mientras hacía una reverencia de despedida.

Alec se dirigió rápidamente a su nuevo dormitorio y lo encontró brillantemente iluminado.

—Lo ha redecorado —comentó Micum secamente mientras miraba en derredor—. Es muy... micenio.

—¿Así es como lo llamarías?

Las vitrinas, cofres sillas y el alto dosel tallado habían sido pintados en colores chillones con motivos de frutas y caza. Las colgaduras de la cama, aunque un poco gastadas, estaban suntuosamente bordadas con un dibujo de trigo y granadas. El efecto general era bastante abrumador, incluso para el criterio sin educar de Alec. Los únicos objetos familiares presentes en la habitación eran su espada y su arco, que descansaban sobre la cama.

—Supongo que acabaré por acostumbrarme —suspiró, mientras acercaba una silla a la chimenea—. Y ahora, háblame de la lepisma.

—Viejo Lepisma fue el nombre que le dimos a un sujeto escurridizo al que tuvimos que encontrar hace algunos años por orden de Nysander —le explicó Micum—. Él era también un chantajista y, como la criatura a la que debía su nombre, tenía un talento especial para desaparecer. A Seregil le costó muchísimo dar con su escondite. Pero finalmente lo logró y, te lo juro, jamás he visto algo semejante.

—¿Cómo lo hizo?

—Ya llegaremos a eso. ¿Te dijo algo más?

—Que te siguiera; que mañana habría una luna propicia y que entonces tendría que rezar a Illior. Creo que quería decir que sería el mejor momento para actuar.

—Exacto. Durante el día haremos una visita a la tienda de Maese Alben, inspeccionaremos el lugar y luego, después de que anochezca, haremos el trabajo de verdad.

—¿Y si tiene razón? El alguacil que arrestó a Seregil también tenía mi nombre. ¡Si yo aparezco con las pruebas, no me creerán!

—Probablemente no. Lo que significa que tendremos que asegurarnos de que lleguen a manos de la Reina por algún otro camino. La Guardia de la Ciudad, por ejemplo. Me atrevo a decir que estarían encantados con la oportunidad de arrestar a un traidor.

—Sin duda pero ¿por qué iban a creernos más que al alguacil de la Reina?

—No lo harán —dijo Micum con una sonrisa maliciosa—, pero Myrhini sí.

—¿Quién? —Alec estaba demasiado cansado para reconocer el nombre de inmediato.

—La amiga de la princesa Klia. Es capitana de la Guardia Montada.

Alec se frotó los párpados con los extremos de sus palmas.

—Oh, sí, la que me llevó a los barracones y me dio el pase el día que Seregil hizo que me robaran.

—¿El día que Seregil hizo qué?

—No importa. ¿Crees que Myrhini nos ayudará?

—Por afecto a Klia, si no a Seregil. Le enviaré un mensaje, pero no creo que podamos verla antes del amanecer. Mientras tanto, será mejor que pruebes tu nueva cama. Algo me dice que mañana será un día muy largo.

Alec rió sin alegría.

—¡Creo que no he tenido uno solo corto desde que conozco a Seregil!

_____ 27 _____
La Calle del Ciervo

Al abrir los ojos a la mañana siguiente, Alec se sorprendió al encontrar a Runcer, inclinado sobre él.

—Perdonad la intrusión, señor, pero Sir Micum me ordenó que os despertara — moviéndose con fosilizada dignidad, el anciano depositó una humeante jarra sobre el aguamanil.

La promesa de una mañana húmeda y gris se filtraba a través de la ventana. No debía de haber dormido más que unas pocas horas. Se incorporó y observó al viejo criado, moviéndose de un lado a otro de la habitación, entregado a lo que parecían ser sus tareas matutinas.

Después de disponer los utensilios de aseo, fue al baúl a buscar ropa interior limpia y una camisa y las depositó al pie de la cama.

Alec, que no estaba acostumbrado a tal servicio, observaba con incomodidad creciente. Sus experiencias en los baños de la casa Oréska le habían hecho engendrar una cierta desconfianza hacia los sirvientes. ¿Y si el hombre pretendía ayudarlo a vestirse? Resultaba algo antinatural el que otra persona tuviera que hacer cosas por él como si fuera un niño o un inválido. Por añadidura, el respetuoso silencio del anciano sólo empeoraba las cosas.

—Tú administras la casa, ¿verdad? —preguntó Alec mientras Runcer comenzaba a cepillar su capa. ¿Cuánto, se preguntó, sabía Runcer de su verdadera ocupación... o la de Seregil?

—Por supuesto, señor —replicó Runcer sin que en su rostro se advirtiera el más leve cambio de expresión—. Lord Seregil ha dejado instrucciones de que estuvierais lo más cómodo posible. He dispuesto el desayuno en la mesa del comedor y se espera en breve la llegada de la capitana Myrhini. ¿Debo preparar vuestras ropas, señor?

—Supongo que sí.

Runcer sacó un pantalón de otro baúl y entonces se detuvo junto al guardarropa.

—¿Y qué abrigo preferiríais para hoy, señor?

Alec desconocía por completo los contenidos del guardarropa, así que decidió arriesgarse.

—El azul, por favor.

—El azul, señor —el viejo criado sacó un abrigo extravagantemente vistoso, decorado con abalorios dorados.

—Bueno, puede que el azul no sea una buena elección después de todo —se apresuró a decir Alec—. Lo decidiré más tarde.

—Muy bien, señor.

Para consternación de Alec, Runcer no abandonó la habitación, sino que siguió

mirándolo con ojos expectantes. Después de un prolongado e incómodo momento, se dio cuenta de que estaba esperando a que lo despidiera.

—Gracias, Runcer. Ya no te necesito.

—Muy bien, señor —el anciano hizo una reverencia y abandonó la habitación.

—Por los Testículos de Bilairy —salió de la cama de un salto, se dirigió al guardarropa y examinó los numerosos abrigos que contenía.

El azul era, con diferencia, el más llamativo. Después de decidirse por uno muy sencillo, de color bermejo, se vistió a toda prisa. No le sorprendió demasiado descubrir que la ropa parecía hecho a su medida, hasta las botas.

Seregil se ocupó de todo esto mientras yo me encontraba en Watermead, pensó Alec con remordimientos. Y no valdrá nada si no conseguimos sacarlo de la torre.

Se dirigió escaleras abajo siguiendo el olor de las salchichas hasta una agradable habitación que daba al jardín. Micum ya estaba sentado a la mesa. A cada lado de su silla descansaba uno de los sabuesos Zengati de Seregil. Aparentemente no le guardaban rencor por la intrusión de la pasada noche. Mientras él se acercaba, se limitaron a levantar la cabeza y a agitar los rabos sobre el suelo a modo de bienvenida.

Micum empujó un plato de salchichas hacia él.

—Será mejor que comas algo. Myrhini llegará en cualquier momento.

Apenas acababan de terminar su apresurada comida cuando Runcer hizo pasar a la alta capitana.

—Será mejor que sea rápido. Tengo una inspección dentro de una hora —les advirtió, la capa manchada de barro ondulando entre sus piernas mientras se les unía en la mesa.

—¿Cómo se ha tomado Klia la noticia del arresto? —preguntó Micum.

—Oh, está furiosa, pero también muy preocupada. Aunque Seregil sea pariente de la Reina, el Vicerregente Barien quiere su sangre. El que la Reina haya concedido un aplazamiento de dos días antes de comenzar los interrogatorios lo ha fastidiado. ¡Y de qué manera!

—Nysander ya se lo esperaba —dijo Alec—. ¿Acaso tiene Barien algo contra Seregil?

Myrhini alzó las manos.

—¿Quién sabe? Por lo que cuenta Klia, cree que Seregil es una mala influencia para ella y nunca le ha gustado que frecuentara su compañía, o la de los gemelos.

Elesthera y Tymore, pensó Alec. Seregil lo había instruido sin descanso sobre la familia real. Los gemelos, hermano y hermana, los otros hijos de la Reina con su anterior consorte, eran mayores que Klia.

—¿Le has contado a ella que íbamos a encontrarnos? —preguntó Micum.

—No. Y me matará cuando se entere. Pero estoy de acuerdo contigo en que es

mejor que no se involucre en el asunto hasta que sepamos en qué dirección sopla el viento. De modo que, ¿cómo puedo ayudar?

Micum le sirvió más té antes de inclinarse sobre su silla.

—Hay un hombre en la calle del Ciervo, un falsificador, que probablemente es quien fabricó el documento falso que ha enviado a Seregil a la Torre. Nuestro amigo había planeado ir por él esta noche; ahora debemos hacerlo nosotros.

—Pero no podemos entregar las pruebas —añadió Alec—. Barien podría decir que lo habíamos preparado todo para rehabilitar el nombre de Seregil.

La mirada de Myrhini se perdió en el cielo gris que iluminaba el fangoso jardín.

—Lo que necesitáis es a alguien que informe a los casacas azules. Alguien que no haga demasiadas preguntas.

—Más o menos —dijo Micum—. Naturalmente, el asunto no está exento de riesgos. Si decides no formar parte de ello, lo comprenderemos.

Myrhini desechó su advertencia con una mirada de enfado.

—Da la casualidad de que cierto capitán de la Guardia de la Ciudad estaría encantado de hacerme un favor. Y la calle del Ciervo está bajo su custodia. No le vendría nada mal capturar a un falsificador que se dedica a intrigar contra los nobles.

Micum esbozó una sonrisa de complicidad.

—Excelente. Tan pronto como estemos seguros de que se trata de nuestro hombre, te lo haremos saber. Cuando ocurra, habla con tu capitán. Alec y yo seremos los sabuesos y él podrá cobrarse la presa. Pero tendrás que estar allí. Tu capitán no puede vernos ni saber que estamos implicados.

—Allí estaré. —Myrhini se puso en pie para marcharse—. El que una de las hijas de la Reina sea tu mejor amiga y tu comandante tiene sus ventajas, ¿sabéis?

Una hora más tarde, en medio de una helada llovizna de invierno, Alec se encaminaba hacia la calle del Ciervo. Era un barrio de casas sencillas y respetables: edificios de madera y piedra, de cinco pisos, construidos en torno a pequeños patios interiores.

Vestido como un muchacho de buena familia recién llegado del campo, dio muestras de gran agitación mientras preguntaba una dirección por toda la calle. Lo dirigieron a un edificio encalado de la tercera manzana. Entró a toda prisa en el patio, donde encontró un mortero de latón colgado sobre una puerta del primer piso. Los postigos estaban abiertos. Elevando una silenciosa plegaria a Illior de los Ladrones, levantó el picaporte e irrumpió en la pequeña tienda.

En la habitación de techo bajo reinaba un intenso olor a hierbas y aceites. En el fondo de la tienda, un muchacho joven calentaba algo sobre una lámpara.

—¿Está el boticario? —preguntó Alec sin aliento.

—Sí, pero Maese Alben todavía está desayunando —contestó el muchacho sin

levantar la mirada de su trabajo.

—¡Llámallo, por favor! —gritó Alec—. Me han enviado a por una medicina. ¡Mi pobre madre sufre una hemorragia desde esta noche y no hay manera de detenerla!

Esto pareció impresionar al aprendiz. Dejó la sartén a un lado y desapareció detrás de una cortina situada al fondo de la habitación.

Un momento después regresó, acompañado por un hombre calvo con una gran barba gris.

—¿Maese Alben? —preguntó Alec.

—Soy yo —respondió el hombre con brusquedad mientras se limpiaba las migas del pecho de la camisa—. ¿Qué es este escándalo a estas horas del día?

—Es mi madre, señor. ¡Está sangrando terriblemente!

—Durnik ya me ha dicho eso, muchacho. No tenemos tiempo para ataques de histeria —le espetó Alben—. ¿Por dónde sale la sangre? ¿Por su boca, sus orejas, su nariz o su vientre?

—Por el vientre. Venimos del campo y no sabía dónde encontrar una comadrona. Me dijeron en la posada que quizá podríais tener hierbas...

—Sí, sí. Durnik, ya sabes donde están los frascos.

El aprendiz cogió tres frascos de una de las atestadas estanterías y el boticario comenzó a trabajar, midiendo y vertiendo polvos y hierbas en un mortero. Mientras lo hacía, Alec deambuló hasta la ventana, agitando las manos con fingida impaciencia.

En el patio del exterior, vio a los otros comerciantes preparando sus tiendas para el día que empezaba. Micum se encontraba justo al otro lado, paseando como si buscara una dirección en particular. Al ver a Alec en la ventana, cambió de dirección y deambuló hacia un montón de desperdicios situado en una esquina del patio.

Alec volvió junto a la mesa de trabajo.

—¿No podéis daros más prisa? —imploró.

—¡Un momento! —dijo Alben con voz seca mientras molía el contenido del mortero—. No servirá de nada si no se mezcla de la manera apropiada... ¡Por la Tétrada! ¿Eso es *humo*...?

Al momento una alarma, «¡Fuego!», se alzó en el patio, seguida por un grito y el estrépito de varios pies corriendo. Dejando caer el almirez, el boticario se precipitó hacia la puerta. El montón de basura estaba ardiendo.

—¡Fuego! ¡Un incendio! —chilló mientras su rostro se ponía lívido—. ¡Durnik, ve a por agua inmediatamente! ¡Fuego, fuego en el patio!

Para entonces, el grito de alarma se había extendido por todo el edificio, las puertas se abrían con violencia y la gente se apresuraba a sofocar el incendio.

El joven Durnik corrió hacia el pozo mientras su maestro desaparecía detrás de la cortina. Alec lo siguió y descubrió que la parte trasera de la tienda ocultaba un confortable salón. Alben se encontraba junto a la chimenea, agarrado con una mano a

uno de los pilares que sostenían la repisa mientras con la otra se mesaba nerviosamente la barba.

Al ver a Alec en la puerta, gruñó:

—¿Qué estás haciendo aquí? ¡Largo!

—La medicina, señor —aventuró Alec con aire dócil—. Para mi madre...

—¿Qué...? ¡Oh, la medicina! Llévatela, llévatela.

—Pero ¿y el precio?

—¡Olvídate del precio, idiota! ¿Es que no ves que hay un incendio? —Alben jadeaba furiosamente, sin apartarse un ápice de la chimenea—. ¡Largo de aquí, maldito seas!

Alec retrocedió a través de la cortina, vació el contenido del mortero en un cucurucho de pergamino, salió y pasó a toda prisa junto a la multitud que se había reunido en la calle. Unas pocas manzanas más allá de la tienda, Micum abandonó un callejón y se encontró con él.

—¿Y bien?

—Creo que ha funcionado —le dijo Alec—. Tan pronto como empezó el fuego corrió a la trastienda y se plantó junto a la chimenea. No creo que se hubiera movido de allí por nada del mundo.

—¡Entonces lo tenemos! Es justo lo que Seregil dijo la primera vez que utilizamos este truco con el Viejo Lepisma. Grita «Fuego» y una madre correrá a salvar a sus hijos, un artesano a sus herramientas, una cortesana a sus joyas y un chantajista a sus documentos.

—Entonces, ¿se lo decimos a Myrhini?

—Sí. ¡Pero reza para que éste sea *nuestro* falsificador!

Aquella noche, Seregil descubrió que no podía hacer otra cosa que preocuparse. El pequeño ventanuco de la celda estaba demasiado alto para asomarse por él; midió el paso del tiempo escuchando cómo el silencio se iba apoderando de la prisión.

Acurrucado miserablemente sobre el banco de dura piedra que hacía las veces de cama y envuelto lo mejor que podía con las mantas, se preocupó.

¿Habrán salido ya?

A decir verdad, no tenía forma de saber si Alec y Micum habían comprendido la importancia de su mensaje. Seguramente, si no fuera así, Micum hubiera encontrado alguna forma de hacérselo saber.

A menos que los Leranos hayan dado con alguna manera de enredar también a Alec y Micum en sus redes.

Ciertamente, ambos eran presas tentadoras; los dos eran extranjeros y los dos eran amigos bien conocidos de un reo de traición. Incluso Nysander podría verse implicado a causa de su larga relación. La imaginación de Seregil, no siempre un

compañero agradable y menos aún en momentos como aquel, no tardó en dibujar alarmantes escenas de cartas falsificadas, arrestos repentinos y cosas peores.

Arrojando la mantas a un lado, estiró sus agarrotados músculos y comenzó a pasear entre los ya familiares confines de la celda... Tres pasos y vuelta, tres pasos y otra vuelta. Incluso si las cosas fueran como estaba planeado, era muy dudoso que él lo supiera antes del amanecer.

Se detuvo junto la puerta y se puso de puntillas para poder mirar por la reja. ¿Sería ya medianoche? ¿Una hora antes? ¿Dos horas después? El silencioso y vacío corredor no le dijo nada.

¡Maldición!, se enfureció en silencio, mientras reanudaba su impaciente vigilia. *¡A estas horas, yo ya habría hecho el trabajo y estaría descansando delante del fuego!*

A menos, claro, que estuviera equivocado sobre la implicación del boticario.

Alec y Micum se encontraron con Myrhini en una oscura plaza cercana a la calle del Ciervo. Prudentemente, se había quitado el uniforme y en su lugar vestía una camisa sencilla y unos pantalones bajo una capa oscura. Pero conservaba la espada. Desenvolvió un voluminoso fardo que llevaba consigo y les tendió dos yelmos con forma de olla como los que utilizaba la Guardia de la Ciudad.

—¿De donde han salido? —preguntó Micum mientras se probaba el suyo.

—No preguntes. Si las cosas se ponen feas, podréis haceros pasar por hombres de Tyrin en la oscuridad.

—¿Ese Tyrin es el que está al mando?

Myrhini asintió.

—Tiene diez hombres en un callejón frente a la tienda de vuestro hombre y dos vigías en el patio. Tienen órdenes de moverse al menor signo de alboroto. Sólo espero que Alec sea capaz de hacerlo sin que lo cojan.

—Si soy capaz de entrar, entonces seré capaz de salir —dijo Alec con voz tranquila mientras ponía el yelmo bajo su brazo.

Después de amarrar a los caballos en la plaza, los tres se encaminaron juntos hacia la calle del Ciervo. Se deslizaron subrepticamente por un callejón contiguo al edificio de Alben y examinaron la situación.

Por los postigos del primer piso no salía ninguna luz y el segundo, en el que presumiblemente se encontraban los aposentos de Alben, parecía asimismo estar a oscuras. Una pequeña ventana que daba al callejón parecía la mejor vía de entrada.

Después de quitarse las botas, Alec se encaramó sobre los hombros de Micum y escudriñó el interior a través de una grieta de los postigos. La habitación estaba muy oscura y ningún sonido de respiración o ronquido indicaba la presencia de alguien. Girando el pestillo del interior tan silenciosamente como le era posible, Alec abrió el

postigo y se deslizó al interior.

En la oscuridad pudo oler humo de velas y sintió un suelo de piedra bajo sus pies desnudos. La tenue luz de una vela descendía por las escaleras situadas al otro lado de la estancia. A medida que sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, Alec advirtió con alivio que se encontraba en la habitación que tenía que registrar. Pero alguien, presumiblemente el propio Alben, estaba todavía despierto en el piso de arriba. El crujido de unos pasos sobre los tablones, seguido por una tos apagada, le llegó desde allí. Sin embargo, el fuego del hogar había sido apagado, lo que significaba que el dueño de la casa no volvería a bajar hasta la mañana siguiente.

Alec extrajo una piedra de luz de uno de los bolsillos de su rollo de herramientas y la escudó con una mano mientras se dirigía sigilosamente hacia la puerta que conducía a la tienda. Estaba cerrada a cal y canto.

Sacó un cono de cuero de su bolsillo y lo colocó sobre la piedra de luz.

No tardó demasiado en encontrar lo que buscaba. Pasando los dedos sobre la molduras talladas que enmarcaban la chimenea, dio enseguida con una pieza suelta en el grueso bloque que hacía las veces de base de uno de los pilares decorativos. Deslizó la punta de su daga debajo de él hasta descubrir una profunda y estrecha cavidad en el interior de la chimenea. Contenía una gran caja de hierro con un pesado candado. Agachándose junto a ella, forzó la cerradura y abrió la caja. En su interior había varios fajos de documentos. Aún no había aprendido a leer muy bien, pero no le costó demasiado reconocer la voluminosa y fluida escritura de Seregil y su firma. Uno de los fajos contenía exclusivamente cartas escritas por la mano de Seregil. Algunas de ellas estaban completas, otras a medio terminar. Había once en total, y saltaba a la vista que algunas eran duplicados de otras.

¡Por el Hacedor, ya te tenemos! Volvió a dejar los documentos en la caja, la devolvió a su escondite y deslizó cuidadosamente la piedra que lo ocultaba hasta dejarla ligeramente ladeada.

Una vez hecho esto, recogió un pequeño escabel y volvió a la ventana. Con una pierna colgada sobre el alféizar, arrojó al centro de la habitación el escabel, que provocó un sonido sordo, y entonces se dejó caer en el callejón. Preparados para huir, los tres escucharon, esperando que se levantara un grito de alarma.

No ocurrió nada.

—¿Cómo es posible que no hayan oído nada? ¡Yo lo he oído! —susurró Myrhini.

Micum se encogió de hombros.

—Será mejor que vuelvas a intentarlo.

Ayudado de nuevo por Micum, Alec volvió a encaramarse al alféizar. El tenue brillo de la vela todavía podía verse en lo alto de las escaleras, pero nadie daba señales de vida.

Después de penetrar en la habitación, consideró por un instante la posibilidad de

provocar un nuevo incendio, pero inmediatamente la descartó. A esta horas de la noche, el fuego podría extenderse por todo el lugar antes de que pudiese reunirse el número suficiente de gente para contenerlo. Lanzando una mirada a su alrededor, descubrió un tarro barnizado sobre la repisa. Eso serviría perfectamente. Lo arrojó contra la chimenea y el tarro se hizo añicos, provocando un estrépito considerable.

Casi de inmediato, comenzaron a alzarse gritos de sorpresa por todas partes. Satisfecho, Alec se abalanzó hacia la ventana, tropezó con el escabel caído y cayó de bruces sobre el suelo.

—¿Sois vos, Maese Alben? —dijo una voz temblorosa desde el otro lado de la puerta de la tienda.

—¡Maldita sea, Durnik! —gritó Alben, enfurecido, desde el piso de arriba—. ¡En el nombre de la Zorra de Bilairy! ¿Qué demonios estás haciendo ahí abajo?

Alec se puso en pie con dificultades y descubrió un par de huesudos tobillos en lo alto de las escaleras. Se arrojó hacia la ventana y cayó en los brazos de Micum.

—¡Bien hecho! —rió Micum entre dientes. Mientras el muchacho volvía a calzarse apresuradamente las botas, colocó uno de los cascos sobre su cabeza. Juntos, se alejaron a toda prisa por el callejón, mientras Myrhini marchaba en dirección contraria para asegurarse el apoyo de los hombres de Tyrin.

Micum y Alec se detuvieron en la boca del callejón. Alben estaba insultando a su confuso aprendiz. Los postigos de la ventana se abrieron un momento y entonces volvieron a cerrarse con fuerza. Un momento después, pudieron escuchar a los soldados aporreando la puerta principal de la tienda.

La ventana del callejón se abrió de nuevo y, esta vez, una figura desgarrada vestida con un largo camisón apareció trepando por ella.

—¡Sangre del infierno! —exclamó Micum, iracundo—. No me digas que todos los malditos casacas azules están en la puerta principal.

La calle que discurría detrás del edificio no parecía estar custodiada.

—¡Rápido, desenvaina la espada! —susurró Alec mientras hacía lo propio. Su mano izquierda encontró la piedra de luz que había guardado en el bolsillo y la sostuvo sobre sus cabezas, confiando en que las alas de sus yelmos ocultarían sus rostros de la vista.

—¡Tú, detente donde estás! —gritó con la voz más grave que pudo.

Alben apretó la caja fuerte contra su pecho mientras pestañeaba violentamente bajo la repentina luz. Aterrado al ver espadas y yelmos, dio la vuelta, escapó corriendo por el callejón y cayó en los brazos de algunos de los más emprendedores hombres del capitán Tyrin.

Alec volvió a esconder rápidamente la luz mientras Micum decía en voz alta:

—¡Lo hemos cogido tratando de escapar por la ventana de atrás!

En la confusión que siguió, lograron escabullirse sin dificultades.

Un interrogatorio a medianoche

Thero abrió la puerta al mensajero poco después de medianoche.

Recogió el rollo de pergamino y se lo llevó a Nysander, que dormitaba en el sillón de la sala de estar.

Sacudió con suavidad a su maestro por los hombros.

—La Reina os ha hecho llamar.

Nysander abrió los ojos y pestañeó, inmediatamente alerta.

—¿Se te ha entregado algún mensaje?

Thero le tendió el pequeño rollo.

Nysander lo leyó rápidamente y entonces se puso en pie y se alisó su túnica azul.

—No dice nada. Sólo que debo presentarme ante ella cuanto antes. Muy bien. Debemos confiar en que sea para bien.

—¿Queréis que os acompañe?

—Gracias, querido muchacho, pero creo que será mejor para ti que te quedes aquí por el momento. Si algo sale mal, te necesito para que ayudes a Micum y Alec.

Ya en el Palacio, Nysander recorrió a solas aquellos corredores, que conocía a la perfección. A pesar de los ricos tapices y los murales, el lugar no tenía nada de la atmósfera espaciosa de la Oréska. En parte residencia real, en parte fortaleza, sus muros eran sólidos, sus corredores laberínticos y sus puertas estaban sólidamente reforzadas con vistosos herrajes metálicos.

La cámara de los juicios resultaba todavía más austera. Y era algo intencionado. La alargada sala no tenía más mobiliario que un trono negro y plateado, dispuesto sobre una plataforma elevada, situada en el extremo más lejano. Para llegar hasta ella, uno debía atravesar un espacio helado, con un suelo negro y bruñido, bajo la mirada marmórea de las efigies reales que se alineaban a lo largo de las paredes. Varios candelabros de hierro derramaban una luz sombría y titilante sobre el grupo que lo esperaba, reunido alrededor del trono.

Idrilain recibió la reverencia de Nysander con un gesto brusco.

Esta noche llevaba la corona y la coraza ceremonial, y su gran espada descansaba sobre sus rodillas. A ambos lados de ella se encontraban el Vicerregente y la General Phoria, cuyas miradas no eran menos ariscas.

—Han llegado a mis manos ciertos documentos que podrían limpiar el nombre de Lord Seregil —informó Idrilain a Nysander, al mismo tiempo que posaba una mano sobre una alargada caja de hierro que descansaba abierta sobre una mesa, junto a su codo—. Pensé que debías estar presente en el procedimiento.

—Muchas gracias, mi señora —contestó Nysander, mientras ocupaba su lugar al pie del estrado.

Idrilain miró a su hija mayor y le indicó con un gesto que procediera.

—¡Traed al primer prisionero!

En respuesta a la orden de Phoria, una puerta se abrió y aparecieron dos guardias, arrastrando a un anciano quejumbroso que vestía un camisón manchado. Nysander exploró por un instante la mente del acusado y descubrió una astucia aterrorizada y un deseo furioso de sobrevivir.

Lo seguían otras tres figuras: un oficial de la Guardia de la Ciudad, una mujer cuya roja túnica la identificaba como Alguacil Supremo de la Reina y un joven mago de segundo grado llamado Imaneus. Nysander conocía bien a este último. Era un adepto de mente despierta y gran talento a quien frecuentemente se recurría en juicios como aquel.

El Vicerregente dio un paso al frente y lanzó una mirada desapasionada al prisionero.

—Alben, boticario de la calle del Ciervo, se te acusa de falsificación y de posesión ilícita de documentos personales pertenecientes a un miembro de la Familia Real. ¿Cómo te declaras?

Alben cayó de rodillas y murmuró una llorosa súplica.

—Habla —le ordenó la alguacil, inclinándose sobre él—. Mi señor Barien, el acusado asegura que ha habido algún error.

—Un error —repitió Barien con voz monótona—. Alben el boticario, ¿acaso no fuiste capturado por el capitán Tyrin de la Guardia de la Ciudad, mientras tratabas de huir por una ventana trasera, en medio de la noche, con esa caja en tus manos? Una caja en la que se han encontrado cartas, documentos y misivas pertenecientes a miembros de la nobleza.

—Es un error —susurró Alben de nuevo, temblando.

Tomando un fajo de documentos de la caja, Barien continuó:

—Entre los documentos que contiene esta caja, aprehendida en tu persona en el momento de tu arresto, hay cartas y copias de cartas. En una palabra, falsificaciones. Por tanto, los cargos por los que se te acusa son los siguientes: primero, que tuviste un papel instrumental en la condena y posterior ejecución de un inocente y leal siervo de Su Majestad, Idrilain II —Barien se detuvo para seleccionar dos cartas concretas—. Se ha encontrado en tu posesión el duplicado de una carta falsamente atribuida a Lord Vardarus i Boruntas Lud Mirin de Rhíminee, la misma carta que mandó a Lord Vardarus al cadalso. Junto con ella, y lacrada con un sello que ha sido identificado como el tuyo, se encontró otra carta, casi idéntica, a la que le faltan por entero las líneas que lo condenaron.

Barien levantó otro puñado de papeles de la caja.

—Segundo, se te acusa de conspiración para perpetrar el mismo e infame crimen contra Lord Seregil i Korit Solun Meringil Bókthersa. Yo mismo recibí una carta idéntica a la que tengo aquí, una carta que luce la firma de Lord Seregil y ostenta su sello. Esta carta contiene algunas afirmaciones que sugieren que estaba implicado en traición y sedición contra Eskalia. Y sin embargo aquí, además del duplicado, he encontrado otra carta con el mismo encabezamiento, la misma firma y el mismo sello y cuyos contenidos son, en todos los sentidos, inocentes.

Perfeccionada por años de práctica, la voz del Vicerregente resonaba por toda la fría cámara.

—Te prevengo, Alben el boticario. Di la verdad. ¿Cómo te declaras a la luz de estas pruebas?

—Yo... yo oí un ruido. ¡La pasada noche oí un ruido! —balbució el miserable—. Bajé y encontré esta caja. ¡Alguien debe de haberla arrojado por mi ventana! Cuando escuché a los soldados, me dejé ganar por el pánico. ¡Gran señor, mi amada Reina...!

En pie detrás del acusado, Imaneus sacudió la cabeza.

Impasible como las estatuas de mármol de sus ancestros, Idrilain hizo un gesto al alguacil, que caminó hasta una puerta lateral y llamó.

Dos guardianes escoltaron a una mujer inmensamente gorda, vestida con una chillona túnica de brocado.

—Ghemella, tallista de gemas de la calle del Perro —anunció el alguacil.

Al ver a Alben, Ghemella chilló:

—¡Díselo, Alben! ¡Diles que yo sólo hice el sello! ¡Miserable bastardo, diles que yo no sé más de esto que tú!

El anciano enterró la cabeza entre las manos con un gemido sordo.

—Alguacil, pronuncia la sentencia por falsificar los documentos o el sello de un noble —ordenó la Reina, sin apartar su severa mirada de la pareja que temblaba delante de ella.

—La sentencia es la muerte por tortura —anunció la mujer.

Alben volvió a gemir y cayó miserablemente de rodillas.

—Mi Reina, estoy aquí respondiendo a tu convocatoria. ¿Me permites hablar? —preguntó Nysander.

—Siempre valoro tus consejos, Nysander i Azusthra.

—Mi Reina, creo altamente improbable que estos dos actuaran por su propia iniciativa. Más bien, me inclino a creer que lo hicieron a instancias de otro —dijo Nysander, eligiendo las palabras cuidadosamente—. Sabemos que Lord Seregil no fue objeto de ningún intento de chantaje y tampoco consta evidencia alguna de que se produjera en el caso de Lord Vardarus. Si estos miserables hubieran estado actuando por sí solos, ese habría sido sin duda el motivo.

Phoria se puso visiblemente tensa.

—¿No estarás sugiriendo que eso atenúa de alguna manera la gravedad de sus crímenes?

—Ciertamente no, Su Alteza —replicó Nysander con gravedad—. Lo único que pretendo señalar es que la persona que haya organizado esta conspiración representa una amenaza mucho mayor. Si llegara a concluirse, como yo creo que ocurrirá, que la misma persona está detrás de las difamaciones de Lord Seregil y Lord Vardarus, sería necesario averiguar qué es lo que la ha conducido a seguir tan desesperado curso de acción.

—¡Muy pronto les sacaremos esa información a estos dos desgraciados! —dijo Barien, encolerizado.

—Con todos los respetos, mi señor Vicerregente, la información obtenida por medio de la tortura no siempre es fiable, ni siquiera cuando un mago está presente. El dolor y el miedo nublan la mente y hacen más difícil el leerla con alguna certeza.

—Conozco bien tus teorías con respecto a la tortura —replicó Barien con voz seca—. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Pienso, Lord Barien, que este asunto es demasiado grave como para recurrir a tales métodos. A pesar de lo reprobable de las acciones de estos miserables, ellos mismos no son más que insignificantes peones en un juego mayor. Son sus amos a los que debemos desenmascarar a toda costa.

Como había esperado, Phoria y Barien seguían sin parecer convencidos, pero Idrilain asintió con gesto de aprobación.

—¿Y cuál es la alternativa que propones?

—Majestad, sugiero que vos, en vuestra inmensa misericordia, conmutéis la pena de los condenados por una de exilio a cambio de una confesión libre y completa, lo que, al final, resultará mucho más provechoso. Imaneus puede certificar la veracidad de cualquier información que nos proporcionen.

Idrilain miró al mago más joven.

—Siempre he coincidido con las opiniones de Nysander en lo referente a la confesión bajo tortura, mi Reina —dijo.

Con una sonrisa desprovista de toda alegría, Idrilain se volvió hacia los acusados y les habló directamente por primera vez:

—¿Qué preferís, entonces? ¿Una confesión completa, la pérdida de la mano derecha y el exilio... o una estaca al rojo vivo en vuestros miserables traseros?

—¡Confesión, gran Reina, confesión! —gimió Alben—. No sé cómo se llamaba el hombre y nunca se lo pregunté. Tenía el porte de un noble, pero nunca lo había visto antes y su acento no era de Rhíminee. Pero fue el mismo las dos veces, para las cartas... las falsificaciones, quiero decir... contra Lord Vardarus y Lord Seregil.

—Es cierto, mi Reina —anunció Imaneus.

—¿Qué otras falsificaciones preparaste para ese hombre? —demandó la Reina.

—Órdenes de embarque, en su mayor parte —balbució el hombre, con la mirada perdida miserablemente en el suelo—. Y... —se detuvo entonces. Temblaba más violentamente que nunca.

—Dilo ya, hombre. ¿Qué más? —gruñó Barien.

—Dos... dos Órdenes Reales —susurró Alben, nombrando a duras penas el documento que permitía a su portador acceder a cualquier lugar del país, incluido el Palacio mismo.

—¿Admites que falsificaste la firma de la propia Reina! —estalló Phoria, iracunda—. ¿Cuándo fue eso?

Alben se encogió aterrorizado.

—Hace casi tres años. Pero no servían para nada cuando yo las entregué.

—¿Por qué no? —la voz de Barien no revelaba nada pero, para su sorpresa, Nysander descubrió que el Vicerregente había empalidecido ostensiblemente. Phoria también parecía trastornada.

—Todavía no tenían el sello —gimió el hombre—. No sé dónde pretendía llegar con ellas. ¡Nunca guardé ninguna copia de las Órdenes, Su Alteza, os lo juro! Que este mago sea mi testigo. Sé muy bien lo que me espera si miento.

—¿Y nunca obtuvieron el Sello Real de mí, lo juro por la Tétrada! —exclamó Ghemella con voz aguda. De nuevo, Imaneus certificó que habían dicho la verdad.

—¿Cuándo ocurrió eso? —volvió a preguntar Barien.

—Se cumplieron tres años el pasado Rythin, mi señor.

—¿Estás seguro? Probablemente habrás hecho centenares de falsificaciones. ¿Cómo es que recuerdas ésta en particular con tanta claridad?

—En parte porque eran Órdenes Reales, mi señor. No todos los días se le ofrecen a uno negocios como ese —gimió Alben—. Pero, además, por el asunto de los embarques. Uno de los cargamentos estaba destinado a un barco llamado el *Ciervo Blanco*, con bandera de Cirna. Lo recuerdo porque le hice un favor a mi vecino, que me había pedido que consiguiera un puesto en la tripulación para su hijo. Sólo que el barco se fue a pique en la primera de las tormentas de otoño, menos de un mes más tarde. Y el muchacho se ahogó.

—¿Estás seguro del nombre? ¿El *Ciervo Blanco*? —preguntó Phoria.

—Sí, Alteza. No recuerdo los nombres de los otros navíos, pero sí el de éste. Pasé meses consultando la lista de atraques del puerto, esperando que regresara y el muchacho con él. Mi vecino nunca me volvió a hablar sobre ello. Pero en todo caso... sobre ese hombre que vino a mí... Me pidió algunas cosas más a lo largo de los años. Órdenes de embarque, sobre todo, hasta la pasada primavera. Fue en Nythin, una noche, muy tarde. Vino diciendo que quería que alterara una carta para él. La misma carta que tenéis ahí, Majestad, la carta de Lord Vardarus. Por cien sestercios de oro hice para él dos copias con los cambios. Ghemella hizo los sellos,

como de costumbre.

—Y además hiciste algunas copias para ti —intervino Nysander—, esperando poder sacarles algún provecho en el futuro.

Alben asintió en silencio.

—¿Y fue ese mismo hombre el que te proporcionó las cartas de Lord Seregil?

Alben vaciló.

—Sólo la primera, mi señor. El resto las conseguí a través de Ghemella hace muy poco y se las vendí al mismo hombre.

—Se las compré a un ropavejero —añadió Ghemella apresuradamente.

—¿Qué está diciendo esa mujer? —preguntó Phoria.

—En la jerga de las calles, un «ropavejero» es un traficante de documentos robados —explicó Nysander.

—Así es, su señoría —dijo Ghemella, determinada a no omitir un solo detalle—. Las conseguí de un viejo tullido llamado Dakus.

¡Ah, Seregil, esta vez te has engañado a ti mismo!, pensó Nysander resignadamente. Sabía perfectamente quién era el tal «Dakus» y de dónde provenía la segunda carta acusadora.

—El hombre que me había contratado estaba muy complacido con mi trabajo —continuó Alben—. Dijo que pagaría muy bien por cualquier carta de nobles cuyos linajes no fueran oriundos de Eskalia.

—El bisabuelo de Lord Vardarus era un barón de Plenimar. —Idrilain frunció el ceño mientras daba golpecitos sobre el pomo de su espada—. Y en cuanto a Seregil... ¡Bueno, no es ningún secreto!

—Así que preparaste los documentos falsificados para él y una vez más te quedaste con alguna copia —dijo Barien—. ¿Para qué quería el hombre tales documentos?

—Nunca me lo dijo, mi señor, y yo nunca se lo pregunté —contestó Alben con un jirón de dignidad tortuosa—. Perdonad mis palabras, pero un falsificador no dura mucho sin discreción.

—¿Eso es todo lo que puedes contarnos? —Barien miró al mago que permanecía de pie, detrás de la pareja de acusados.

—Es todo cuanto sé sobre el asunto, mi señor —le aseguró Alben.

Imaneus volvió a asentir, pero Nysander intervino:

—Aún quedan algunos puntos importantes por aclarar. El primero de ellos se refiere a cuándo y a quién habrán de ser entregadas las últimas falsificaciones. El segundo, a si los prisioneros saben o no de alguna conexión de los Leranos con el asunto.

—¿Leranos? —Barien agarró, con aire colérico, el pesado collar que llevaba en virtud de su elevado oficio—. ¿Qué tienen los Leranos que ver con todo esto?

—No sé nada sobre los Leranos —lloriqueó Alben, levantando una mirada implorante hacia Idrilain—. ¡Soy leal al trono al margen de la sangre de quién lo ocupa, mi gran Reina! Nunca participaría en esa clase de asuntos.

—Ni yo, su señoría, ni yo —sollozó Ghemella.

—Dicen la verdad —aseguró Imaneus.

—Su lealtad es bien conocida —señaló Idrilain sarcásticamente—. Pero ¿qué hay de la primera pregunta de Nysander? ¿Cuándo habrán de ser entregadas estas nuevas falsificaciones y a quién?

—Mañana por la noche, mi Reina —dijo Alben—. Había tres esta vez. Esas que tenéis ahí, atadas con el cordel amarillo. Hay una carta de Lord Seregil, una de Lady Bisma y otra de Lord Derian.

—Todos ellos con parentesco extranjero —señaló Phoria.

—Yo no sabía nada de eso —mantuvo Alben—. El caballero sólo dijo que no debía entregárselas a otro que a él, como de costumbre. Siempre viene de noche, solo. Eso es todo, mi Reina. ¡Por la mano de Dalna, que no sé nada más que lo que os he dicho!

Idrilain volvió su gélida mirada sobre la joyera.

—¿Tienes algo que añadir?

—Yo compré los documentos e hice los sellos —gimió Ghemella. Las lágrimas resbalaban por sus temblorosas mandíbulas—. ¡Lo juro por la Tétrada, mi Reina, no sé nada más de todo el asunto!

Cuando los prisioneros y los oficiales se hubieron marchado, Barien arremetió contra Nysander.

—¿A qué venía todo eso de los Leranos? —preguntó con voz imperiosa—. ¡Si tenéis alguna prueba de tales actividades en la ciudad, debéis compartirla conmigo inmediatamente!

—Ciertamente lo hubiera hecho de tenerla —replicó Nysander—. Pero a estas alturas no es más que una teoría que tiene bastante sentido.

—Pobre Vardarus —dijo Idrilain con voz triste, mientras tomaba una de las cartas de la caja—. Si se hubiera defendido...

—No tenías elección, dadas las pruebas —insistió Phoria, inflexible—. Parecían irrefutables. Al menos Lord Seregil no ha sufrido daño.

—Ah sí, Seregil. ¿Y qué hay de él, Nysander? En justicia no puedo mantenerlo encarcelado y, sin embargo, si lo libero ahora, los traicioneros bastardos que han urdido todo esto escapan.

—Eso es seguro —admitió el mago—. Debe permanecer donde está y debemos apresurarnos a calmar toda sospecha referente a la casa del boticario. Ahora mismo, los vecinos deben de estar chismorreando sobre los sucesos de la pasada noche, y los rumores no tardan en llegar a oídos malvados. Nuestra única esperanza radica en

seguir el rastro del comprador de los documentos falsificados cuando venga a por el siguiente paquete. Podríamos devolver a Alben a su casa, con las pertinentes precauciones, claro está, hasta que podamos capturar a nuestro hombre.

—Debe hacerse con el máximo sigilo —les previno Barien—. Si este asunto llega a saberse, tiemblo al pensar en la reacción que se produciría, especialmente entre el pueblo.

Idrilain hizo un ademán de impaciencia.

—Lo que más me preocupa es capturar a ese hombre. No podemos permitirnos el lujo de fracasar. Barien, Phoria, dejadnos.

Acostumbrados a ser despedidos de forma expeditiva, la Princesa Real y el Vicerregente desaparecieron de inmediato. Nysander los observó atento mientras se marchaban, preocupado por el comportamiento de Barien.

—Todo este asunto lo ha perturbado terriblemente —dijo Idrilain—. Ojalá le hubieras mencionado antes tus temores acerca de los Leranos. La idea le ha parecido siempre sumamente inquietante.

—Mis disculpas —dijo Nysander—. No era más que un golpe a ciegas.

—Pero acertado. Cuanto más descubro, más convencida estoy de que tienes razón. Maldita sea, Nysander. ¡Si esos traidores se han hecho tan fuertes como para intentar algo como esto, entonces quiero que sean destruidos! En este asunto no puede haber fallos. Cualquiera que pueda poner sus manos sobre una Orden Real, bien podría conocer a los espías de la Reina. Sin embargo, tu gente es harina de otro costal; ni siquiera yo misma conozco a la mayoría de ellos.

Nysander hizo una profunda reverencia, aliviado porque ella hubiera tomado esa decisión.

—Los Centinelas están a vuestras órdenes, como de costumbre. ¿Tengo vuestro permiso para ocuparme del asunto a mi manera?

Idrilain cerró una mano con fuerza alrededor de la empuñadura de su espada.

—Utiliza los medios que creas convenientes. ¡Sea quién sea el traidor, quiero su cabeza en una pica antes de que termine la semana!

—También yo, mi Reina —dijo Nysander—. Aunque me sorprendería que sólo hubiera uno.

Un abrupto cambio de decorado

Mientras Seregil paseaba por la celda, su cabeza tropezó con algo en la oscuridad. Retrocedió de inmediato y a duras penas pudo distinguir dos figuras altas que, de algún modo, se habían materializado en medio de la celda. Durante un instante desolador, su mente retrocedió hasta la solitaria posada micenia y la oscura presencia con la que se había enfrentado allí; entonces reconoció los familiares olores del pergamino y el humo de las velas.

—¿Nysander?

—Sí, querido hijo. Y también Thero —llevó a Seregil hasta el fondo de la celda y le habló al oído—. Thero ha venido para ocupar tu lugar.

—¿Cómo?

—No hay tiempo para explicaciones. Une tus manos con las suyas.

Tragándose un buen puñado de preguntas, Seregil hizo lo que Nysander le pedía. Las manos de Thero estaban frías pero eran firmes. Nysander los tomó con firmeza por los hombros y comenzó a entonar una encantación silenciosa.

La transformación se produjo con deslumbrante rapidez. Durante un breve instante, las sombras de la celda parecieron desvanecerse, se arremolinaron, los engulleron a todos... y cuando la visión de Seregil se aclaró, se encontró en el lado equivocado de la habitación, contemplando una figura delgada y sumamente familiar.

Alzó una mano hasta su rostro y sintió la sombra de una barba rala y grosera sobre unas mejillas descarnadas.

—¡Por los Testículos y los Ríñones de Bilairy...!

—¡Silencio! —siseó Nysander.

—Ten cuidado con mi cuerpo —le advirtió Thero mientras se tocaba su nuevo rostro.

—Estoy más que ansioso por volver a recuperar el mío, puedes creerme. —Seregil se estremeció y se tambaleó. Su nuevo cuerpo era demasiado alto para él. Podía suponer lo que venía a continuación, y le tenía miedo.

Nysander pasó una mano firme alrededor de su brazo y lo condujo hasta la pared más alejada de la celda. De mala gana, Seregil respiró profundamente, cuadró los hombros y, dando un paso adelante, penetró en la grieta que se abría delante de sí, más negra que la oscuridad...

... y salió de ella trastabillando, pestañeando y con un ataque de náuseas, a la luminosidad repentina de la sala de encantamientos de Nysander.

—Ahora calma. Ya te tengo —dijo Micum, sujetándolo cuando sus rodillas cedieron—. Alec, el brandy. Y la palangana también. Tiene mal aspecto.

Seregil se agachó un momento sobre la palangana de latón, combatiendo las

intensas náuseas que el conjuro le había provocado; los encantamientos de translocación eran, con mucho, los que provocaban peores efectos secundarios. Se echó hacia atrás, apoyándose sobre los talones, y aceptó agradecido una copa de brandy.

Alec lo miraba fijamente y con los ojos desorbitados.

—Seregil, ¿de verás estás ahí dentro?

Seregil examinó los pálidos y huesudos dedos que sostenían la copa y luego la apuró de un largo trago.

—Horrible, ¿no crees?

—A Thero no le seducía la perspectiva más que a ti —suspiró Nysander—. No obstante, *él* se mostró mucho más elegante.

—Perdóname —replicó Seregil—. Esta noche no soy yo mismo.

Alec seguía mirándolo.

—Tienes la voz de Thero pero, de algún modo... no lo sé. *Suena* como si fuera la tuya. ¿Es muy diferente a cuando te transformas en una nutria?

—Decididamente sí. —Seregil contempló su nuevo cuerpo con cautela—. Es como llevar un traje que te sienta mal pero que no te puedes quitar. Y, además, lleva la ropa interior bastante apretada. No sabía que fueras capaz de hacer esto, Nysander.

—No es una práctica que la Oréska apruebe especialmente —dijo el mago. Pero le guiñó un ojo—. Sin embargo, ha tenido éxito. Me gustaría hacer un pequeño experimento. ¿Recuerdas el encantamiento para encender una vela?

—¿Quieres que lo intente con este cuerpo?

—Si no te importa.

Nysander colocó una vela sobre la mesa de encantamientos. Seregil se puso en pie y extendió el brazo hacia ella.

Micum dio un subrepticio tirón a la manga de Alec, mientras susurraba:

—Te aconsejo que te retires un poco, por si acaso.

—Lo he oído —musitó Seregil. Se concentró en la vela ennegrecida y pronunció la palabra de poder.

El resultado fue instantáneo. Con un crujido atronador, se abrió una grieta en el centro mismo de la lustrosa mesa y las dos mitades de la misma cayeron a los lados. La vela, todavía sin encender, se hizo pedazos contra el suelo de piedra.

Durante un momento, todos contemplaron los restos en silencio, y entonces Nysander se inclinó y tocó con un dedo la madera astillada.

Seregil suspiró.

—Bueno, espero que eso haya respondido a tu pregunta.

—Ha respondido a varias. La más significativa es que la transformación del poder mágico ha sido completa. Por tanto, Thero se encontrará bastante a salvo, siempre que actuemos con la necesaria rapidez. Hay mucho que discutir antes de que Alec

regrese a la calle de la Rueda.

—¿Tengo que volver esta misma noche? —preguntó Alec, evidentemente alicaído ante la perspectiva—. Pero Seregil sólo acaba de...

Seregil le propinó una bofetada amistosa.

—¡Apariencias, Alec, apariencias! Tú eres el señor de la casa durante mi ausencia, así como un posible sospechoso. Tal como están las cosas, no sería sabio que desaparecieras sin dar explicaciones.

—Muy cierto —señaló Nysander—. Pero debemos preparar nuestros planes antes de que se vaya. Vamos a la sala de estar. Supongo que a Seregil le gustaría tomar una comida decente. Thero no ha comido casi nada esta noche.

—¡Ya me doy cuenta! —Seregil se dio varias palmadas en el vientre. Mientras seguía a los otros escaleras abajo, volvió a tocarse el rostro. Un pelillo rebelde de su labio superior le hacía cosquillas en la nariz y lo alisó con impaciencia.

—Asombroso —murmuró—. Nunca me había preocupado demasiado por todo este pelo que os crece por todas partes, pero ahora que yo también lo tengo... ¡lo encuentro repulsivo!

Micum se atusó orgulloso su tupido mostacho rojizo.

—Para tu información, entre nosotros se considera una señal de virilidad.

—¿De veras? —Seregil bufó—. ¿Y cuántas veces me he sentado esperando en mitad de ninguna parte mientras te destrozabas la barbilla con un cuchillo y agua fría?

—Es mi estilo —dijo Micum, guiñándole un ojo a Alec—. A Kari le gusta así, mejillas suaves que le hagan un poco de cosquillas.

—Me pica —se quejó Seregil, al tiempo que volvía a rascarse debajo de la nariz—. Enséñame a afeitarme, ¿quieres?

—¡De ningún modo! —dijo Nysander con firmeza.

Durante la cena, los demás relataron sus actividades recientes a Seregil. Rió con aprecio al escuchar la narración de sus aventuras en la calle del Ciervo, pero se puso furioso al escuchar el informe de Nysander.

—¿Han falsificado una Orden Real? No me extraña que Barien estuviera trastornado. Aparte de la Reina y Phoria, él es la única persona que tiene acceso a los sellos necesarios.

—Acceso legítimo —le corrigió Micum—. ¿Qué supones que ese barco, el *Ciervo Blanco*, transportaba en sus bodegas?

Seregil miró a Nysander.

—Es posible que pueda averiguarlo. Tres años es mucho tiempo, pero los registros deben de conservarse en las oficinas de los maestros de puerto de sus diferentes escalas. Estoy seguro de que no nos revelará el cargamento verdadero, pero al menos podría ser un comienzo.

—Lo más probable es que no tenga nada que ver con el asunto que nos ocupa pero, sin embargo, preferiría no dejar ese camino sin explorar —musitó Nysander—. Y ahora, tracemos nuestros planes para mañana.

Faltaban sólo unas pocas horas hasta el alba cuando terminaron y, repentinamente, Alec bostezó con estruendo.

—Lo siento —dijo, antes de bostezar otra vez. Seregil sonrió.

—No es de extrañar que estés cansado. ¡Has tenido mucho trabajo!

Thero sería mucho más apuesto si sonriera más a menudo, pensó Alec, sorprendido ante la diferencia que suponía. ¿Qué aspecto tendría ahora mismo el rostro de Seregil, gobernado por la mente de Thero?

—Estoy exhausto —dijo Micum—. Si estamos de acuerdo sobre el trabajo de mañana, creo que sería mejor que Alec y yo fuéramos a dormir antes de que salga el sol.

—Te estás haciendo viejo —se burló Seregil, mientras los seguía escaleras arriba—. Antes podíamos pasar dos o tres días despiertos antes de que empezaras a flaquear.

—¡Por la Llama, tienes toda la razón! Unos cuantos años más y estaré feliz de pasar los días en un rincón soleado del jardín de Kari, contándoles cuentos a los hijos de los criados.

Al llegar a la puerta del laboratorio, Alec se volvió una última vez para contemplar a Seregil en el cuerpo de Thero. No podía imaginarse una combinación más improbable. Sacudió la cabeza y dijo:

—Es bueno que hayas vuelto... o casi.

—¿Es casi bueno o es bueno que casi haya vuelto? —preguntó Seregil, al mismo tiempo que, a pesar de la barba, lograba esbozar una réplica bastante aproximada de su familiar sonrisa ladeada.

—Los dos —dijo Alec.

—Y yo casi os doy las gracias a todos por vuestro buen trabajo de esta noche —dijo Seregil, mientras estrechaba las manos de sus amigos—. Las cosas comenzaban a parecer un poco sombrías en aquella celda. Pero entre nosotros cuatro, deberíamos ser capaces de poner las cosas en su sitio en poco tiempo.

Un cansancio demoledor se apoderó de él mientras bajaba las escaleras. Se dejó caer sobre la limpia y estrecha cama de Thero. No tenía fuerzas ni para quitarse los zapatos.

Es la magia, pensó mientras se sumergía en el sueño. *Esta maldita cosa siempre me deja agotado.*

A pesar de lo exhausto que estaba, la noche no fue apacible. Se sacudía constantemente, tratando de escapar de una sucesión de sueños intranquilos. Al principio no eran más que destellos fragmentarios de lo sucedido durante los últimos días: un acontecimiento distorsionado, el retazo de una conversación repetido una y otra vez, rostros desconocidos que se cernían amenazantes sobre él... Sin embargo, gradualmente, las imágenes comenzaron a fundirse entre sí.

Todavía se encontraba en el cuerpo de Thero. Atravesaba la ciudad al trote. Estaba oscuro y se había perdido. Los carteles de las calles habían desaparecido, las lámparas colgaban apagadas de sus ganchos. Frustrado y un poco asustado, lanzó a su caballo al galope.

Su caballo no tenía cabeza; las riendas pasaban sobre una lustrosa y suave giba y desaparecían en algún lugar bajo el pecho del animal.

Pero no puedo detenerlo, pensó. Soltó las riendas y se aferró al arzón delantero de la silla.

Empapada de sudor, la extraña criatura cabalgó como un trueno durante horas, llevándolo de una calle desconocida a la siguiente hasta que una lechuza voló bajo sus cascos. Asustado, el caballo se encabritó, lo arrojó al suelo y desapareció entre las sombras.

Al levantar la mirada, se encontró frente a la puerta de la Prisión de la Torre Roja.

¡Ya basta! ¡Voy a recuperar mi cuerpo ahora mismo!, pensó encolerizado. Se levantó frotando el suelo y ascendió vertiginosamente hasta el tejado de la prisión.

Volar era algo maravilloso y dio varias vueltas a la Torre, saboreando la sensación. Sin embargo, todos los barcos del puerto estaban envueltos en llamas y esto lo perturbó terriblemente. Se lanzó en picado como una golondrina y entró a toda prisa en la torre a través de un agujero del tejado. Allí dentro también reinaba la oscuridad.

Caminó a tientas entre la negrura hasta que descubrió un destello de luz delante de sí. Llegaba hasta él a través de la reja de la puerta de una celda. La puerta estaba cerrada, pero la madera se convirtió en una bandada de mariposas rojas tan pronto como la tocó. Atravesando su suave resistencia, penetró en una ardiente luminosidad y levantó los brazos para escudarse los ojos.

Su verdadero cuerpo yacía en el centro de la habitación, desnudo por completo a excepción de la hirviente masa de diminutas llamas con forma de araña que lo envolvía desde el cuello para abajo.

¡Ya deberían haber desaparecido!, pensó, repugnado por la visión.

Su cuerpo se llevó una mano al pecho y dijo con la voz de Thero:

—Vienen de aquí.

—Yo las detendré.

Seregil se aproximó cautelosamente y apartó las criaturas de llama del pecho.

Rehuyeron su contacto y, al desaparecer, revelaron un ojo azul y brillante, que lo miraba maliciosamente desde la sangrienta herida del pecho, justo por encima del esternón. Seregil retrocedió y contempló, con creciente horror, cómo la piel alrededor del ojo comenzaba a sacudirse y estirarse; las criaturas de llama se desmoronaron y cayeron, y entonces pudo ver con toda claridad los movimientos espasmódicos que se sucedían bajo la piel del pecho y el vientre de su verdadero cuerpo, como si algo horripilante tratase de abrirse camino con sus garras desde el interior.

Aquel ojo antinatural comenzó a llorar lágrimas de sangre, pero su rostro —ahora el de Thero— permanecía en calma. Sin dejar de sonreír, Thero saltó sobre él con los brazos extendidos, como si quisiera abrazarlo. Con un grito ahogado, Seregil retrocedió a través de las mariposas rojas...

Se incorporó, jadeando. Apartó de sí las enredadas sábanas, se acercó a la chimenea y atizó el fuego hasta conseguir que su luz iluminara toda la habitación. Sus ropas seguían empapadas con el frío y agrio sudor. Se las quitó y examinó el pálido y angular cuerpo que ahora habitaba. ¡No era de extrañar que estuviese soñando con el suyo! Los detalles de la pesadilla ya estaban desvaneciéndose de su mente, pero cuando recordó la imagen del Ojo, un estremecimiento de horror recorrió su cuerpo.

Después de arrojar unos cuantos troncos más en el fuego, volvió a meterse en la cama y se cubrió con las mantas hasta la nariz.

Mientras volvía a quedarse dormido, reparó en que era la primera vez desde hacía semanas que tenía un sueño.

La última luz de la mañana inundaba la habitación a través de la ventana abierta cuando volvió a abrir los ojos. Permaneció inmóvil un momento y descubrió que había olvidado la mayor parte de su pesadilla. Después de volver a dormirse, se habían sucedido sueños de una naturaleza lasciva e insólita y, al despertar, había encontrado el cuerpo de Thero en un incómodo estado de euforia. No tardó en arreglarlo con un poco de agua fría. Después de vestirse con una túnica limpia, subió a saltos las escaleras que conducían a la torre de Nysander.

—¡Buenos días! —Nysander le sonrió por encima de una taza de té. Una visión familiar y tranquilizadora—. ¿Te sientes más...? Querido amigo, tienes aspecto de haber dormido mal.

—Es cierto —admitió Seregil—. Tuve una pesadilla en la que iba a buscar mi cuerpo. Tenía un ojo en el pecho, en el lugar de la cicatriz. De alguna manera, todo me resultaba familiar, como si ya lo hubiera soñado antes.

—Qué desagradable. ¿Recuerdas algo más?

—La verdad es que no. Creo que volaba. Y había fuego... No lo sé. Más tarde

tuve otros sueños, imágenes diferentes. ¿Crees posible que esté teniendo los sueños de Thero?

—¿Un lazo mental a través de su cuerpo? No lo creo. ¿Por qué?

Seregil se frotó los párpados y bostezó.

—Oh, por nada. Es la primera noche que paso en el cuerpo de otro, ya sabes. Entre tú y yo, unos pocos días en la calle de las Luces no le harían a Thero ningún daño.

—Parece ser célibe por naturaleza.

Seregil dejó escapar una risilla críptica.

—¡Quizá por práctica, pero *no* por naturaleza!

Se quedaron en la torre de Nysander todo el día, tratando de evitar a cualquiera lo suficientemente perceptivo como para detectar un cambio en «Thero»... Una tarea bien complicada en una casa llena de magos.

Wethis no parecía haber advertido nada raro y Seregil advirtió divertido la antipatía que se ocultaba detrás de la máscara de deferencia que lucía el joven sirviente mientras realizaba sus tareas diarias en la habitación de Thero.

A mediodía, Nysander se marchó para atender otros asuntos en otro lugar de la Casa. Seregil paseaba inquieto por el laboratorio cuando sonó un golpeteo agudo en la puerta de la torre. Las costumbres de la Casa dictaban que las puertas debían abrirse a cualquiera que llamara, así que Seregil no podía hacer otra cosa que responder. Se asomó y se encontró con Ylinestra, esperando impaciente en el corredor.

Su vestido de seda verde, ajustado sobre el pecho, enmarcaba sus deliciosos encantos de una manera que Seregil no podía sino apreciar.

No la conocía bien y el comportamiento que ella había mostrado hacia él había sido siempre civilizado sin más, hasta el punto de resultar frío. Sin embargo, enseguida se le hizo evidente que estas reservas no se extendían al asistente de Nysander.

—¡Ah, Thero! ¿Está Nysander? —a su rostro de ojos violetas asomó una sonrisa radiante.

—Todavía no ha llegado, mi señora —contestó Seregil, tratando de imaginar cómo se comportaría Thero con una mujer tan hermosa. No tardó en hacerse una idea.

—¡Qué formal estás hoy! —le reprendió Ylinestra de forma juguetona.

La estrechez de la entrada podría haber explicado la generosidad con la que ella frotó sus caderas y el pecho envuelto en seda contra su costado; pero algo en el timbre de su voz le reveló otra cosa. Mientras la seguía hacia el laboratorio, Seregil experimentó la deliciosa certeza de que algo inesperado se avecinaba. Los dos, sospechaba, estaban a punto de realizar sendas interpretaciones excelentes.

—¿Quizá está dando vueltas y vueltas, tratando de ayudar a su guapo amigo Aurénfaie? —suspiró. Le dio la espalda mientras hacía pucheros con aire de conspiradora.

—En este momento no. —Seregil logró imitar de forma creíble el tono de desdén, habitual en la voz de Thero cuando se refería a él—. Ha ido a ver a Mosrin i Agravan. Para algo relacionado con la biblioteca.

—Y te ha dejado aquí a trabajar solo, ¿eh? Sí, te has quedado solo. Y yo también, por lo que parece. —Ylinestra se le aproximó con lentitud y Seregil fue repentinamente consciente del suave y especiado perfume que despedía. Pero junto con esta consciencia lo asaltó la visión del mismo perfume, ascendiendo invisible desde el cálido refugio de los pechos. Esto lo puso en guardia. Aquella no era ni por asomo la clase de pensamientos que lo asaltaba delante de una mujer, yapestaba a ardid mágico—. Apenas veo a Nysander últimamente —dijo de mal humor, apenas a unos centímetros de él—. Puedes decirle de mi parte que, si no cambia su comportamiento, buscaré inspiración en cualquier otra parte. Seguro que también a ti te abandona cuando aparece ese tal Seregil. Le hace a una preguntarse...

Arqueando una de sus cejas perfectas, dejó que la frase pendiera incompleta entre ambos, y entonces lo sorprendió con una rápida, casi maternal palmada en el brazo.

—Si no sabes lo que hacer, mi oferta sigue en pie.

—¿Oferta?

—¡Oh, vergüenza debería darte! —parpadeó, tímida de nuevo—. Me refiero a esos cánticos de levitación Ylani que te prometí. Todavía no has venido a aprenderlos, y parecías sumamente ansioso la última vez que hablamos. Además, tengo otros muchos encantamientos que creo que te gustarían, cosas que Nysander no puede enseñarte. Tienes que venir a mis aposentos. No querrás que pierda la paciencia contigo, ¿verdad?

—No, claro que no —la tranquilizó Seregil—. Iré tan pronto como me sea posible. Te lo prometo.

—Eres un buen chico —castamente, juntó su mejilla con la de él y se marchó, dejando un ligero recuerdo de su aroma detrás de sí.

¡Por los dedos de Illior!, pensó Seregil, impresionado. No podía imaginar lo que ella esperaba conseguir seduciendo a Thero, pero cuanto antes supiera Nysander lo que estaba sucediendo, mejor para todos.

Para su asombro, Nysander se mostró más divertido que enfurecido.

—¿Qué es lo que te molesta tanto? —le preguntó—. Esta misma mañana eras tú mismo el que proponía un curso de acción similar.

—Sí. ¡Pero no con la amante de su maestro! —balbució Seregil.

—No es normal en ti esa santurronería —señaló Nysander—. Aprecio tu preocupación, pero es totalmente injustificada. La adorable Ylinestra y yo no

esperamos del otro más de lo que le pedimos al viento. Aunque me halaga pensar que ella encuentra algún placer genuino en mi compañía, lo cierto es que lo que más le interesa es mi magia. Ella me ha mostrado también algunos aspectos interesantes de su arte, pero precisamente para ti, entre toda la gente, debe ser evidente dónde reside mi verdadero interés por ella.

—¿Es buena en el dormitorio?

—¡Más allá de toda descripción, mi querido muchacho! Y puesto que ni ella ni yo le hemos pedido al otro más de lo que está dispuesto a dar, nuestro acuerdo resulta bastante satisfactorio. En su corazón, Ylinestra es una criatura vana cuyos gustos sexuales se inclinan más bien a la conquista de jóvenes virginales.

—Es una devoradora de hombres, de acuerdo. Sin embargo, conmigo siempre se muestra muy fría.

Nysander soltó una risotada seca.

—Jamás se me ocurriría describirte, precisamente a *ti*, como virginal. Sospecho que ella prefiere que sus amantes sean más singulares en sus gustos de lo que tu reputación sugiere. Es a Alec al que yo mantendría vigilado si fuera tú. Si por ella fuera, lo tendría... ¿cómo es esa pintoresca frase de Micum?

—«En una bandeja, con puerros hervidos» —bufó Seregil—. Gracias por la advertencia.

30

De vuelta al trabajo

Al llegar la caída de la noche, se habían difundido cuidadosamente entre los vecinos de Alben explicaciones plausibles acerca de los acontecimientos de la noche anterior.

El falsificador, escarmentado y ansioso por alejarse cuanto antes del asunto, fue temporalmente reinstalado en su tienda bajo una estricta pero discreta supervisión.

Caía una llovizna helada que convertía la vigilancia en algo húmedo, frío y desagradable. Seregil decidió que Micum vigilara desde el callejón, bajo la ventana de Alben, mientras Alec controlaba la calle que discurría frente al edificio. El propio Seregil se situó entre las sombras del patio.

Mientras las horas se arrastraban lentamente delante de él, Seregil tuvo que admitir de mala gana que el frío parecía importarle menos estando en el cuerpo de Thero. No obstante, la visión nocturna del hombre era bastante deficiente, y su sentido del gusto era sencillamente una ruina. En su conjunto, reflexionaba Seregil, el hecho de ocupar el cuerpo de otra persona no era cosa que pudiera tomarse a la ligera. Para ser sinceros, había algo obsceno en ello; no podía rascarse sin sentir que se estaba tomando ciertas libertades, y las visitas a los urinarios resultaban sencillamente desazonadoras. Era, concluyó al fin, como verse obligado a acostarse con un amante que había dejado de ser del agrado de uno. Esperaba no tener que volver a mantener un contacto tan íntimo con Thero en toda su vida.

Lo que Thero podía estar experimentando mientras tanto en su propio cuerpo, no se molestaba ni siquiera en imaginarlo.

Estaba considerando si se atrevía a rascarse cuando lo alcanzó el sonido de unas pisadas rápidas desde la calle. Una figura encapuchada apareció en el patio y golpeó suavemente la puerta de Alben. El boticario respondió inmediatamente. Con una vela en la mano, invitó a pasar al visitante al oscuro interior de la tienda. En el breve instante en que las dos figuras estuvieron perfiladas contra la puerta, Seregil pudo ver al extraño con claridad: un hombre bien vestido y de mediana edad. Sin embargo, a pesar de su ropa, el inconsciente movimiento de cabeza que ofreció a Alben a modo de saludo lo traicionó; aquel era un sirviente a quien se había ordenado que adoptara otro papel por esta noche.

Alben se entretuvo un instante en la entrada y agitó la vela ligeramente hacia un lado antes de cerrar la puerta. Era la señal.

Deslizándose silenciosamente hasta la puerta que daba al exterior del patio, Seregil informó a Alec.

Estaba a punto de volver a su escondite cuando escuchó el crujido del picaporte de la tienda de Alben. Sorprendido en medio del patio, Seregil fingió dirigirse hacia la escalera de una de las casas.

Pero al emisario no parecía importarle ser observado, e incluso lo saludó con un gesto de la cabeza mientras se cruzaban en el patio.

Seregil contó lentamente hasta cinco después de que el hombre hubiera abandonado el patio y entonces salió detrás de él para ver por dónde se había marchado. Con un gesto, Alec le indicó que hacia la izquierda. Micum ya había sido avisado y los tres salieron en su persecución.

El hombre deambuló con tranquilidad por algunas calles y entonces entró en una taberna.

—Será mejor que entres tú. A mí ya me ha visto fugazmente —susurró Seregil a Micum. Éste asintió, evaluó el lugar con una mirada y entró con aire distraído.

Micum Cavish poseía un talento especial para mezclarse con las multitudes de las tabernas. Se acomodó cerca de la entrada y pidió una pinta, mientras vigilaba subrepticamente a su presa.

El sujeto se sentaba solo junto a la chimenea, meciendo lentamente una jarra de cerveza como si estuviese esperando a alguien. En aquel momento, una joven sirvienta se le unió. Sentándose de espaldas a Micum, saludó a su compañero con un beso muy cordial. Aunque Micum no vio nada raro, ciertamente era el momento perfecto para que un paquete cambiase de manos. Un momento más tarde los dos abandonaron juntos el lugar.

Paseando detrás de ellos, Micum se demoró un instante bajo una linterna de la calle y fingió estarse ajustando la capa mientras tomaba nota del camino seguido por la pareja. Alec y Seregil lo relevaron en su silenciosa persecución y él los siguió de cerca.

La pareja caminaba del brazo, con las cabezas juntas. Al llegar a una pequeña plaza con una fuente, desaparecieron inesperadamente por un oscuro camino lateral. Apresurándose para no perderles la pista, Micum estuvo a punto de tropezar con sus amigos, que aguardaban agazapados en la boca de un callejón.

Dejando a Alec de guardia, Seregil y Micum retrocedieron hasta la fuente para mantener una conversación entre susurros.

—¿Qué te parece? ¿Le ha pasado algo a ella? —preguntó Seregil.

—Podría ser, pero yo no lo vi. —Micum sacudió el pulgar en dirección al callejón—. En estas circunstancias no podemos saber si la chica está metida en el asunto o son simplemente amantes.

—¡Maldita sea! Será mejor que los vigilemos a ambos. Más tarde o más temprano tendrán que separarse.

—Tú síguela a ella —dijo Micum—. Alec y yo nos ocuparemos de él. Nos veremos en casa de Nysander.

Unos momentos más tarde, los amantes reaparecieron suspirando y siguieron su camino en dirección al Barrio Noble. A medida que avanzaban, había más lámparas y bastante más actividad. Seregil y sus compañeros se separaron para llamar menos la atención.

Al llegar al Círculo de Astellus, todo estuvo a punto de irse al traste. La calle de las Luces hervía de actividad y el Círculo estaba atestado de clientes que iban y venían entre los diferentes establecimientos. Deslizándose entre la multitud, Seregil perdió de pronto de vista a los amantes. Unos pocos metros más allá, pudo ver a Alec que, alarmado, lanzaba miradas a su alrededor. Un agudo silbido atrajo la atención de ambos. Encaramado a los escalones de la columnata, Micum señalaba en dos direcciones diferentes.

Seregil vislumbró fugazmente a la muchacha, que se había desviado y caminaba sola por la calle del Águila.

No le resultó difícil seguirla. Había suficiente actividad en la calle para cubrir su vigilancia, y ella no parecía preocupada por su seguridad mientras pasaba junto a los jardines tapiados de las villas.

La calle del Águila desembocaba en la de la Luna Plateada, y la muchacha giró a la izquierda y se encaminó hacia el Palacio. Mientras ella se aproximaba al Parque de la Reina, Seregil comenzó a elaborar un plan que le permitiera seguirla por el parque. Sin embargo, antes de llegar, ella tomó una callejuela lateral que conducía a la entrada de servicio de una gran casa, situada en la amplia avenida que salía del Parque.

Seregil esperó hasta que estuvo seguro de que no volvería a salir y entonces regresó a la calle. Asaltado por una creciente sensación de presentimiento, alzó una mirada ceñuda hacia la pareja de toros dorados que se encabritaban en actitud protectora sobre las puertas de la eminente y familiar residencia.

Alec y Micum siguieron a su hombre a través de varias avenidas hasta una casa situada en la calle de las Tres Fuentes, que no estaba lejos de la calle de la Rueda. Abrió una puerta lateral y desapareció en el interior de una suntuosa villa.

—Uno de nosotros debería entrar —susurró Alec—. El otro puede montar guardia fuera, por si algo va mal.

—Creo que ambos sabemos quién es el más apropiado para esa clase de trabajo. Ve.

Alec escaló el muro y se descolgó al otro lado, en los jardines. El lugar era similar a la casa de Seregil, pero a mayor escala. La casa estaba rodeada por jardín en tres de sus lados y contaba con un alentador número de ventanas. Después de asegurarse de que no había perros o sirvientes en las cercanías, avanzó sigilosamente.

Comenzando por el lado derecho del edificio, fue de ventana en ventana, encaramándose sobre los alféizares para poder escudriñar el interior. La mayoría de las habitaciones estaban desocupadas o a oscuras, a excepción de un salón ubicado cerca de la parte delantera, en el que dos hermosas mujeres se sentaban junto a un fuego encendido. Una de ellas estaba bordando una cofia mientras su compañera tañía una lira con indiferencia.

Abandonó la ventana y, después de esquivar la puerta de la cocina, repitió la operación en el lado derecho de la casa, sin tener más éxito. Estaba a punto de marcharse cuando reparó en un tenue destello proveniente de un balcón situado justo encima de su cabeza.

Las ornadas molduras de piedra que rodeaban una de las ventanas del primer piso ofrecían numerosos asideros. Apoyándose en ellos, no le costó trepar hasta la balaustrada. Había una pequeña mesa en el balcón. Dos copas de vino y una pipa encendida descansaban sobre ella.

La puerta del balcón estaba entreabierta; Alec se asomó por ella y descubrió un dormitorio elegantemente decorado e iluminado por una única lámpara. Al otro lado de la habitación había una puerta abierta, y a través de ella podía escucharse el ruido de una acalorada discusión.

Dos voces masculinas la protagonizaban, la una alterada por la cólera y la otra aguda en sus proclamas de inocencia.

—¿Cómo puedes acusarme de una cosa como esa? —preguntó la voz más aguda.

—¿Cómo puedes tú mirarme a la cara y negarlo? —bramó la otra—. Idiota avaricioso y chapucero. ¡Has destruido esta familia! ¡Me has destruido a mí!

—Tío, por favor...

—¡No quiero volver a escuchar esa palabra en tus labios, víbora! —gritó el otro—. ¡Desde este día en adelante, ya no formas parte de esta familia!

Alguien dio un portazo y Alec retrocedió mientras un joven entraba en el dormitorio y se dejaba caer sobre una silla. Su vistosa casaca sugería que se trataba del dueño de la casa. Era de piel clara y lucía una perilla rubia que ahora mismo se estaba frotando nerviosamente.

Mientras estudiaba aquel perfil ojeroso, un insistente hormigueo recorrió la espalda de Alec. No podía precisar exactamente cuándo ni dónde, pero estaba seguro de haber visto antes a aquel hombre.

Saltaba a la vista que estaba muy agitado. Sin dejar de mordisquearse el pulgar, volvió a ponerse en pie y se propinó un puñetazo en el muslo mientras recorría arriba y abajo la habitación.

Cuando Alec recordó lo que había sobre la mesa del balcón, casi era demasiado tarde. Bruscamente, el hombre se dirigió hacia allí, decidido a calmar sus nervios con vino y tabaco. Trepar sobre la barandilla, Alec se aferró a dos de las pilastras y

quedó suspendido por los dedos. La llovizna de la tarde se había convertido en una débil nevada, y el lustroso mármol resultaba resbaladizo como la manteca mientras Alec colgaba suspendido a siete metros sobre el suelo.

Mirando de soslayo, se dio cuenta de que probablemente podría alcanzar la cornisa de la ventana de la escalera con el pie izquierdo, pero no quería arriesgarse a hacer ruido. Para empeorar aún más las cosas, su lado del balcón se asomaba a la calle; sería la cosa más natural del mundo que el hombre se apoyara en la barandilla, justo encima de él, mirara hacia abajo...

Desde donde se encontraba, Alec podía ver un lado de una de las pantuflas de seda del hombre. Apenas estaba a medio metro de sus cada vez más blancos nudillos. Un dolor helado comenzaba a extenderse por sus muñecas y sus brazos, debilitándolo y entumeciendo sus dedos. La nieve fundida resbalaba por su rostro y se deslizaba por sus brazos hasta las axilas. Mordiéndose el labio y sin apenas atreverse a respirar, se sujetó a las pilastras con más fuerza.

Justo cuando parecía que tendría que arriesgarse a dejarse caer y escapar a la carrera, alguien llamó a la puerta del aposento. Después de dejar la pipa sobre la barandilla, justo encima del lugar donde Alec se encontraba, el hombre desapareció en el interior de la habitación.

Alec sacudió las calientes cenizas de su cabello y apoyó un pie sobre la cornisa de la ventana. Acomodó el hombro en ángulo contra el balcón y flexionó sus entumecidos dedos. De nuevo, la puerta del balcón había quedado abierta y pudo escuchar la conversación que se desarrollaba en el interior con bastante claridad.

—¿Alguna dificultad con Alben? —esta era la voz del noble. Ahora parecía más calmado y hablaba con autoridad.

—No exactamente, mi señor —replicó el recién llegado—. Aunque, de algún modo, parecía fuera de sí. Pero conseguí los documentos. Y también éstos, mientras estaba fuera.

—¡Bien hecho, Marsin, bien hecho!

Alec escuchó el tintineo metálico de unas monedas que cambiaban de manos.

—Gracias señor. ¿Queréis que lo entregue ahora?

—No. Yo iré. Mi caballo ya está ensillado. Ocúpate de que la casa quede bien cerrada por la noche e informa a Lady Althia de que regresaré mañana.

—Así lo haré, señor. Buenas noches, señor.

Alec escuchó al sirviente marchar y un instante más tarde la luz se apagó. Trepó hasta el suelo y corrió hasta la calle a tiempo de ver cómo un hombre, montado en un caballo blanco, abandonaba a galope la casa.

—¡Que se escapa! —exclamó mientras Micum salía de las sombras y aparecía frente a él—. ¡Creo que va a entregar las cartas falsificadas!

—¿Entregarlas a quién? —preguntó Micum mientras examinaba el vecindario en

busca de algún caballo. No había ninguno.

—No lo sé —replicó Alec, angustiado de impaciencia. El jinete ya había desaparecido tras una esquina y el sonido de los cascos se estaba apagando rápidamente—. ¡Maldita sea, lo hemos perdido!

—No hay nada que podamos hacer. Pero al menos tenemos una relación, y eso es un comienzo. Nunca imaginarías quién ha salido a caballo por esa misma puerta hace un rato.

—¿Quién?

—Nada menos que el propio Vicerregente en persona. Deberías haberlo visto. No sabía que el viejo fuera capaz de cabalgar de esa forma.

—¿Barien? —Alec entornó los ojos mientras los recuerdos emergían bruscamente—. ¡Por el Amor del Hacedor, eso es! Esta es la casa de Lord Teukros. ¡El *sobrino* del Vicerregente! Sabía que lo había visto antes, aquel día que di un paseo por el Anillo.

—El sobrino, ¿eh? Por la Llama, esto tiene mal aspecto... aunque me cuesta creer que Barien sea desleal a la Reina.

—Cuando he entrado estaba insultando a Teukros —le contó Alec—. Le ha llamado víbora y lo ha repudiado.

—Vaya, eso dice algo en favor del viejo. Vamos, será mejor que se lo hagamos saber a los otros.

Todavía dolido por haber dejado escapar a Teukros, Alec se encontraba de mal humor cuando Micum y él llegaron a los aposentos de Nysander.

—¿Ha ido bien la caza? —preguntó el mago mientras los dejaba pasar al laboratorio.

—Podría decirse que sí —contestó Micum—. ¿Ha vuelto ya Seregil?

—No. La última vez que lo comprobé se encontraba en algún lugar cercano a Palacio, investigando algo. Bajad y calentaos. Estáis empapados.

De pie frente a la chimenea de la sala de estar, Alec relató cuidadosamente los acontecimientos de aquella noche. Nysander no hizo esfuerzo alguno por ocultar la consternación que le había provocado lo que el muchacho acababa de revelar, y permaneció sentado y en silencio unos momentos después de que hubiera terminado.

—¿Qué te parece? —preguntó Alec—. ¿Podría estar Barien mezclado en algo como esto?

—Resulta difícil de creer. Sin embargo, el joven Teukros es cosa bien diferente. A pesar de su fortuna, Teukros i Kallas no es conocido por su perspicacia. Sea cual sea su implicación en este asunto, apostarí a que está actuando a instancias de otro.

—Lo hubiéramos averiguado si hubiéramos podido seguirlo esta noche —gruñó Alec.

—Paciencia, querido muchacho. No debe de ser demasiado difícil obtener esa

información. Has dicho que la bonita esposa de Lord Teukros se encontraba en casa esta noche, ¿no?

—Sí, pero no podemos llamar a su puerta y preguntarle sin más.

—¡Por supuesto que podemos! ¿Qué te parece, Micum? Un mensaje urgente enviado por un sirviente de la Casa Oréska, uno que debe ser entregado a Lord Teukros en mano esta misma noche...

Micum esbozó una sonrisa lobuna.

—Podría funcionar.

Nysander fue hasta su escritorio y redactó rápidamente una cordial invitación para cenar la noche siguiente.

—¿Qué ocurrirá cuando se presente en la cena? —preguntó Alec, asomado por encima del hombro del mago.

Nysander rió entre dientes con aire sombrío.

—Suponiendo que lo haga, tendré la oportunidad de examinar más de cerca a este joven y emprendedor espía —después de sellar la misiva con un impresionante conjunto de cintas y sellos de lacre, Nysander envió a Wethis para que la entregara.

Seregil llegó poco después. Estaba manchado de barro, tenía los pantalones desgarrados y un rasguño recorría el revés de una de sus manos.

—¡Por los Ojos de Illior, Seregil!, ¿qué le has estado haciendo al cuerpo del pobre Thero? —preguntó Nysander mientras le tendía una camisa limpia.

—¡Hubiera jurado que por lo menos sería capaz de trepar por el muro de un jardín! —dijo Seregil, enfadado, al tiempo que se quitaba los destrozados pantalones y les mostraba un feo cardenal en una de las pálidas y peludas rodillas de Thero—. No importa. Alec, Micum, nunca os imaginaréis a dónde me condujo nuestra pequeña doncella. ¡Directamente a la casa del Vicerregente!

Se detuvo.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Por qué no parecéis sorprendidos?

—Porque nuestro hombre nos condujo hasta la villa de Teukros —le informó Micum—. Alec les vio, a su tío y a él, manteniendo una pequeña discusión.

—El hombre al que seguimos esta noche era un sirviente de Teukros llamado Marsin. Llevó los documentos falsificados a Teukros —dijo Alec—. Luego Teukros salió a caballo, llevándolos consigo. Pero no sabemos dónde ha ido. Nysander ha enviado a Wethis para descubrirlo.

—Espero que lo haga —dijo Seregil—. ¡Es imposible que ese necio de Teukros sea el responsable de un asunto como este! Por cierto, Barien se dirigió a su casa después de que vosotros lo vierais. Me demoré un rato por allí para asegurarme de que la muchacha no volvía a salir y lo vi llegar. Unos minutos más tarde, un mensajero salió en dirección al Parque de la Reina y le dijo a los guardias que llevaba un mensaje para la Princesa Real. El mismo mensajero volvió algún rato más tarde,

acompañado por alguien embozado en una capa oscura. No pude ver su cara, pero estoy seguro de que era Phoria. Conozco perfectamente esa forma rígida de andar. Traté de trepar al muro del jardín para ver lo que ocurría... entonces fue cuando me caí. No pude ver nada.

Se vio interrumpido por la aparición de Wethis, que acababa de regresar de su recado.

—Lord Teukros no se encontraba en casa —les informó el joven sirviente—. Lady Althia me ha dicho que se había marchado a la finca de Lady Kassarie y que no se le esperaba de vuelta hasta mañana por la tarde. ¿Queréis que vaya allí?

—No es necesario, Wethis, gracias. Ya no te necesitaré esta noche.

Micum enarcó una ceja con aire escéptico después de que Wethis hubiera salido.

—¿Kassarie? ¿Qué podría querer de un petimetre pomposo como Teukros?

—Creo que tienen algunos intereses comerciales en común —dijo Nysander.

—Resultaría interesante que Kassarie estuviera implicada en todo esto —especuló Seregil, pensativo—. Es rica, poderosa y bastante influyente entre los nobles más poderosos. Por lo que sé, no forma parte del círculo interno de la Reina, pero...

—¿Quién es Kassarie? —preguntó Alec.

Seregil levantó un dedo delante de él, de una manera que generalmente anunciaba una de sus enciclopédicas lecciones.

—Lady Kassarie a Moirian es la cabeza de una de las familias más antiguas de Eskalia. Al igual que Barien, su linaje se remonta al tiempo de la migración de los Hierofantes. Y, debo añadir, sin una gota de sangre extranjera en sus augustas venas. Sus antepasados se enriquecieron con las minas de Ero y prosperaron aún más proporcionando a la Reina Tamír la piedra y los albañiles que necesitaba para erigir su nueva capital. Sus tierras se encuentran en las montañas, unos quince kilómetros al sudeste de la ciudad.

Nysander se levantó y comenzó a recorrer de un lado a otro la pequeña habitación.

—Aunque eso sea cierto, encuentro inconcebible la posibilidad de que Barien esté implicado en un plan como este. ¡Por los Ojos de Illior, conozco a ese hombre desde hace cincuenta años! ¿Y Phoria? Esto no tiene ningún sentido.

—No se me ocurre lo que ella y los Leranos podrían ganar colaborando —asintió Micum—. A los ojos de ellos, su sangre es tan impura como la de su madre.

—No sería el primer noble que participa en una traición sin darse cuenta de ello —les advirtió Seregil—. Y si su amigo íntimo Lord Barien fuera uno de ellos, sería justamente el hombre apropiado para conseguirlo.

—Pero él..., ¿por qué traicionaría a la Reina? —bufó Nysander.

—¿Quién sabe? Es posible que Alec y yo pudiéramos entrar en su casa y...

—¡De ningún modo! —Nysander se detuvo y se frotó los párpados—. Estoy de

acuerdo, querido muchacho, en que debemos examinar esta cuestión con más atención, pero debéis dejarme a Lord Barien y la princesa Real a mí. Por ahora, lo mejor será que vosotros tres os dedicéis a investigar a Teukros y Kassarie. Todavía no es medianoche; ¿podrías comenzar hoy mismo?

—Oh, supongo que podríamos volver a salir si fuera absolutamente necesario —dijo Seregil lentamente y con aire cansino mientras intercambiaba un guiño con los otros.

—Excelente. Os prepararé un salvoconducto y me encargaré de que os ensillen los caballos. Tomad todo cuanto necesitéis de aquí. Ahora debéis excusarme, porque también yo tengo trabajo que hacer. ¡Que la Suerte de Illior os acompañe a todos!

Alec dejó escapar un suspiro de alivio.

—Al menos no tendremos que regresar a la calle de la Rueda esta noche. Runcer me trata como si yo fuera el dueño de la casa, y la verdad es que no tengo la menor idea de lo que se espera de mí.

—Sé cómo te sientes —dijo Seregil mientras se estiraba—. Me volveré loco si tengo que pasar mucho más tiempo encerrado aquí dentro.

Viendo a su amigo rascar con aire irritado la mejilla barbuda de Thero, Alec se preguntó si con aquel «aquí dentro». Seregil se había referido a la torre del mago o al cuerpo de su asistente.

La roja librea de la Oréska vestida por Alec y Micum y el salvoconducto presentado por «Thero» bastaron para franquearles el paso sin dificultades en la puerta del Mar.

Una vez fuera de las murallas, siguieron el camino hacia el sur a lo largo de los acantilados situados bajo la ciudad. Unos pocos kilómetros más allá, cambiaron de ruta y se dirigieron hacia las colinas.

Igual que antes. Todo el mundo conoce el camino menos yo, pensó Alec resignado.

El camino penetraba en un bosque y serpenteaba hasta llegar a lo alto de un ancho barranco junto al río. A la izquierda, las ramas cargadas de hielo de los abetos se cerraban gradualmente sobre ellos; a la derecha, los seguía el rumor de las aguas del río.

Después de varios kilómetros, Micum les indicó con un ademán que se detuvieran. Desmontó y examinó el camino delante y detrás con una piedra de luz.

—¿Ves algo? —preguntó Seregil.

—No mucho. El barro debe de haber estado helado todo el día.

Siguieron su camino. Poco después, vislumbraron delante de ellos las luces de unos puestos de guardia. El castillo de Lady Kassarie se erguía en lo alto de un elevado acantilado que dominaba un meandro del río. Detrás de él se alzaban muros de roca desnuda. Un bastión elevado montaba guardia en su entrada. Los tres espías avanzaron sigilosamente a lo largo del perímetro de la muralla, ascendieron una loma boscosa y treparon a las ramas de un alto abeto desde el que se tenía una buena vista del lugar.

No parecía haber nada extraño: una colección de pequeñas dependencias —cobertizos, establos y pilas de madera— ocupaba el patio de armas.

El propio castillo era una estructura imponente. Alto, de planta cuadrada y con elevados muros, carecía de ventanas salvo por las troneras situadas debajo del tercer piso. Cada una de sus esquinas estaba protegida por una torre cuadrada de tejado plano, y en todas ellas, salvo la que estaba pegada al barranco, ardían las hogueras de los centinelas.

—Tan hermético como un barril embreado —musitó Seregil mientras estiraba el cuello para disfrutar de una vista mejor.

—Eso parece —dijo Micum, inquieto sobre su rama—. Me temo que tendremos que ingeniar algún plan para entrar.

—Ya es demasiado tarde para eso —dijo Alec—. No pueden quedar más que un par de horas hasta el amanecer.

—Cierto —frunciendo el ceño, Seregil comenzó a descender—. Parece que

tendremos que pasar la noche aquí.

Inmediatamente después de dejar a Seregil y a los otros, Nysander se dirigió a la calle de la Luna Plateada. A esa hora las calles estaban desiertas y, mientras se dirigía a casa de Barien, sólo se cruzó con otra persona, un jinete apresurado cuyo paso perturbó la quietud de la noche con estruendo de arreos y cascos. El sonido se alejó con el jinete y Nysander pudo escuchar el irritado gruñido de los centinelas de las puertas de Palacio.

Para su sorpresa, se encontró con que las puertas de la casa de Barien estaban cerradas y la linterna de la puerta estaba apagada. El Vicerregente compartía las costumbres nocturnas de Nysander y rara vez se retiraba tan poco después de la medianoche. Nysander desmontó y llamó a la puerta hasta que apareció un centinela.

—Buena noches, Lord Nysander —el hombre lo saludó, acostumbrado a lo extraño de su horario.

—Buenas noches, Quil. Quiero hablar con el Vicerregente.

—Lo siento, mi señor, pero Lord Barien ya está en la cama. Dejó instrucciones de que nadie lo molestara salvo la misma Reina. Y fue bastante claro al respecto. Entre vos y yo, señor, el chambelán me ha dicho que no tenía muy buen aspecto cuando se ha retirado. Salió para cenar, pero volvió muy pronto y parecía consternado.

—Ya veo —dijo Nysander—. Cuánto lo siento. Espero que no fuera nada que haya comido. ¿Dónde cenó?

—El chambelán no me lo dijo, mi señor. Pero dejó muy claro que Lord Barien no debía ser molestado en ninguna circunstancia.

—Entonces supongo que tendré que volver mañana. Por favor, transmítele a tu señor mis respetos.

Nysander continuó calle arriba hasta llegar a una fuente cercana, se sentó en el borde y envió su visión hacia la villa.

El Vicerregente se encontraba de hecho en la cama, hojeando con indiferencia un pequeño libro que yacía abierto sobre la colcha. Nysander lo reconoció con una punzada de tristeza; era un volumen de poesía trovadoresca que él mismo le había regalado algunos años antes. Después de un rato, pareció detenerse en una página y Nysander trasladó su visión para poder leerla.

—*Quiébrate, Noble Corazón. Disuélvete, convertido en cenizas si el Honor fuera traicionado* —citó Nysander en silencio, al reconocer una línea. Un rápido y discreto paso por la mente de Barien reveló una melancolía profunda y abatida, pero nada más.

Hubiera sido muy simple transportarse hasta el aposento de Barien pero, después de un momento de deliberación, Nysander desechó la idea. Ni el estado de ánimo de Barien ni su actividad actual justificaban una intrusión tan impertinente. No había

razones que le impidieran esperar hasta el día siguiente.

Seregil y sus compañeros pasaron una noche triste bajo los árboles. Al despertar al alba, se encontraron con que una de las esferas azules de Nysander flotaba en el aire por encima de la cabeza de Seregil. Pasando su mano a través de ella, éste activó el mensaje.

—Descubrid cuanto podáis pero regresad a la ciudad tan pronto como os sea posible. Venid directamente a verme.

A pesar del desapasionamiento inherente al hechizo, había en la voz incorpórea del mago un inconfundible tono de inquietud.

—¿Qué supones que ocurre? —bostezó Micum mientras se sacudía las hojas mojadas de la capa.

—Debe de haber descubierto algo respecto a Barien —dijo Seregil—. Averigüemos lo que ocurre aquí y regresemos.

Un reconocimiento rápido desde lo alto del abeto reveló pocos cambios en el patio del castillo, pero a la luz del día descubrieron la razón por la que una de las torres estaba a oscuras.

La que dominaba el barranco estaba en ruinas. Un rayo parecía haber caído sobre uno de los costados de su tejado y éste se había derrumbado. A juzgar por el aspecto erosionado de las rocas y por la profusión de zarcillos invernales de alguna clase de vid que las cubrían, debía de encontrarse en aquella condición desde hacía algunos años. En contraste con la sólida estructura que se erguía a su alrededor, parecía un diente picado en una boca sana.

Después de esperar hasta una hora razonable, procedieron con su primer plan. Después de cambiar su camisa de la Oréska por un delantal de trabajador, Alec se puso en marcha hacia el castillo, llevando consigo un mensaje ficticio para Lord Teukros. Codujo su caballo a través de los árboles y reapareció en el camino lo bastante lejos como para dar la impresión de que acababa de llegar cabalgando colina arriba.

—Traigo un mensaje para Lord Teukros —dijo al centinela de la puerta, mientras sostenía en alto la carta preparada por Seregil.

—Entonces has hecho el viaje para nada, muchacho —le informó el hombre—. Lord Teukros no se encuentra aquí.

—Pero se me dijo que pasaría la noche en este lugar —insistió Alec, tratando de actuar como un sirviente que acababa de descubrir que había hecho un duro y largo viaje en vano.

—No sé nada sobre eso —gruñó el hombre mientras comenzaba a cerrar la puerta de nuevo.

—Espera —exclamó Alec. Desmontó antes de que el hombre pudiera cerrarle la

pesada puerta en las narices—. Debo llevar alguna respuesta.

—¿Y a mí qué? —contestó el hombre con una significativa mirada hacia la bolsa de Alec.

Una moneda con discreción convirtió instantáneamente su reticencia en amabilidad.

—¿Quizá querríais hablar con la señora? —sugirió.

—Así es.

Alec siguió al hombre a través del patio, mientras memorizaba tantos detalles del lugar como le era posible. Tres magníficos caballos permanecían ensillados y preparados junto a las puertas. Dos de ellos llevaban alforjas detrás de la silla. El tercero parecía enjaezado para que lo montara una dama.

En la puerta del castillo, un viejo criado examinó a Alec de arriba abajo y, con evidente desdén, le preguntó lo que quería y lo dejó esperando en medio del salón, no sin antes dedicarle una mirada que decía bien a las claras *No robes nada mientras no estoy aquí*.

El mobiliario del salón abovedado era costoso y se encontraba en excelentes condiciones. Urnas y cuencos de plata brillaban lustrosos sobre la repisa de la chimenea, y las esteras de juncos que cubrían el suelo estaban limpias y despedían un aroma fragante.

Las paredes de piedra estaban adornadas con tapices antiguos y espléndidos, que también estaban en perfecto estado de conservación. Alec se volvió lentamente, admirado como siempre le ocurría por el gusto que los eskalianos mostraban hacia los paisajes y las criaturas fantásticas. Un tapiz en particular atrajo su atención; estaba diseñado para aparentar ser una ventana, desde la cual uno podía ver una manada de grifos merodeando por un manzano frente a un paisaje montañoso. La pieza tenía casi siete metros de ancho y estaba enmarcada con elaborados diseños. Mientras lo examinaba con deleite, Alec quedó sorprendido al descubrir que había un elemento discordante, bordado en el extremo inferior derecho: la figura estilizada de un lagarto hecho un ovillo. Mirando a su alrededor, comprobó que muchos de los tapices lucían alguna clase de elemento en una esquina, algo así como una firma del autor: una rosa, una corona, un águila, un diminuto unicornio, el lagarto... Algunos de los más grandes tenían varias marcas, dispuestas una encima de otra.

Estaba inclinándose para poder estudiarlas con más detenimiento, cuando sintió un movimiento detrás de sí y se volvió, preparado para encontrarse con la renovada desaprobación del anciano criado.

No había nadie allí.

Debía de haber sido una corriente de aire, pensó Alec, mientras echaba un segundo vistazo a su alrededor. Claro que, cualquiera de los tapices grandes podía esconder fácilmente un pasadizo secreto. En todo caso, de pronto tenía la

desagradable sensación de estar siendo observado. Inseguro de si se trataba de su instinto o su imaginación, hizo todo lo posible por parecer incauto. Por si acaso.

Al cabo de poco tiempo reapareció el anciano y anunció a su señora, Lady Kassarie a Moirian. La propia Kassarie entró rápidamente detrás de él y le tendió unos guantes de cetrería. Debía de tener unos cuarenta años. Sus facciones eran amplias y severas y, en cuanto a esta última cualidad, sus modales no les iban a la zaga.

Alec dio un paso adelante inmediatamente e hizo una reverencia.

—¿Qué es todo eso sobre Lord Teukros? —demandó ella con voz impaciente.

—Traigo un mensaje para él, mi señora... —comenzó Alec mientras mostraba la misiva una vez más.

—Sí, sí —le cortó ella—. Pero ¿qué os ha llevado a buscarlo aquí?

—Bueno, mi señora. Fui a su casa a primeras horas de la mañana y Lady Althia me dijo que había salido y que estaría aquí hasta esta noche. Eso es todo lo que sé de él.

—Oh, vaya. No me gusta nada oír eso —dijo ella, con evidente preocupación—. No ha venido por aquí, ni he recibido misiva alguna que indicara que pretendía hacerlo. ¿Viste a alguien en el camino esta mañana?

—No, mi señora.

—Qué extraño. Debo comunicárselo a Althia inmediatamente. Te daré un mensaje para ella, muchacho. Por cierto, ¿quién te envía?

—Maese Verik, de la calle de la Vela —contestó Alec. Seregil le había dado el nombre; Verik, un mercader elegante pero de plebeya cuna, era un socio comercial de Teukros.

—Muy bien. Ahora mismo escribiré el mensaje —habiendo resuelto el asunto a su propia satisfacción, se volvió hacia el criado, que permanecía en pie junto a ella—. Illester, lleva a este muchacho a las cocinas mientras preparo la carta. Se merece al menos un poco de comida caliente por las molestias.

Illester entregó a Alec al cuidado de un sirviente más joven y los hizo salir con instrucciones de volver por la puerta de atrás.

—Es un viejo un poco seco —señaló Alec cuando el criado no podía oírlos.

—Guárdate para ti esa clase de comentarios —replicó el sirviente con severidad.

Después de pasar junto a varios huertos con hierbas y una gran olla negra suspendida sobre una hoguera, llegaron a la puerta de la cocina. En su interior, dos mujeres trabajaban sobre cuencos de madera llenos con masa de pan.

—Kora, la señora quiere que deis de comer a este mensajero —dijo el sirviente con brusquedad—. Encárgate de ello hasta que se le llame.

—Como si no tuviéramos cosas suficientes que hacer esta mañana con las narices metidas en la harina —dijo enojada la más alta de las dos mujeres mientras se

apartaba del rostro un mechón de cabello lacio con el antebrazo—. ¡Stamie! ¡Stamie, chica! ¿Dónde demonios estás?

Una chica delgada y picada de viruela, de unos diecisiete años, apareció tambaleándose en la puerta de la despensa con un inmenso jamón en los brazos.

—¿Qué ocurre, tía? Iba a cocer el jamón como me dijiste.

—Deja eso un momento. Lleva a este muchacho al rincón de la chimenea y dale algo de comer. Hay un poco de pastel de conejo en el fondo de la despensa que está pidiendo que alguien se lo coma. Eso bastará.

Retirándose tímidamente a su rincón, Alec fue rápidamente ignorado por todos salvo la poco atractiva Stamie, que parecía ser el único habitante amable del lugar.

—Déjame que te caliente esto —dijo ella mientras colocaba el plato con las sobras en las brasas—. ¿Quieres una jarra de cerveza con tu comida?

—Sí, gracias. Ha sido un viaje muy largo desde Rhíminee.

—¿Rhíminee, dices? —exclamó ella con voz suave mientras miraba de soslayo en dirección a su tía—. Dioses, lo que yo daría por poder trabajar en la ciudad. Pero tú tienes acento del campo. ¿Cómo lo has conseguido?

—¿Te refieres a mi posición? Bueno, no hay demasiado que contar —tartamudeó Alec; ¡Por el Amor del Hacedor, se le había enviado como un simple mensajero! A ninguno de ellos se le había ocurrido la posibilidad de que pudiera necesitar una historia detallada—. Maese Verik conocía a mi padre; eso es todo.

—Qué suerte. Yo nací en este lugar y nunca he salido de él. Siempre viendo las mismas caras, día tras día —su mano callosa rozó la de él mientras alargaba el brazo para remover las brasas, y a sus cetrinas mejillas afloró un rubor agitado—. ¿Cómo te llamas?

—Elrid. Elrid de la calle del Mercado. —Replicó Alec sin dejar de advertir el acaloramiento del rostro de la muchacha. Entonces reparó en el abalorio envuelto que llevaba, colgado de un hilo rojizo, alrededor del cuello. Era un encantamiento para atraer a un amante, muy común entre las mujeres de campo.

—Bueno, Elrid de la calle del Mercado. Es un placer ver una cara nueva para variar. ¡Al menos alguien por quien no tengo que deslomarme! —añadió, poniendo los ojos en blanco.

—¿Es que Lady Kassarie no tiene invitados?

—Oh, sí. Pero incluso ellos son los mismos de siempre. He pasado la mitad de la noche tratando de mantener a los soldados de Lord Galwain lejos de mi blusa, como de costumbre. ¿Por qué nunca se toma las libertades el que tú quieres, eh?

Esta afirmación, junto con la cálida mirada que la acompañaba, dejaba bien claro que Alec era de su agrado.

—Será mejor que te ocupes ahora de ese jamón, Stamie —les interrumpió su tía con brusquedad—. Estoy seguro de que este muchacho no necesita que le des la

comida. ¡Largo, vamos! Y deja de fantasear.

Con un brillo de resentimiento en la mirada, Stámie volvió a cargar con el jamón y desapareció en dirección al patio. Después de engullir su plato de sobras templadas bajo la mirada vigilante de Kora, Alec recibió la reaparición de Illester con notable alivio.

El anciano le tendió con gesto arisco un pergamino lacrado y una moneda de plata.

—Debes entregar esta carta a Lady Althia en persona, muchacho. Se le ha dado de beber a tu caballo. ¡Y ahora, lárgate!

Mensaje en mano, Alec recorrió un kilómetro de camino antes de regresar al bosque, donde Micum y Seregil lo esperaban.

—¿Y bien? —inquirió Seregil.

—Hablé con Lady Kassarie. Asegura que él no ha llegado y que no lo esperaba. El centinela dijo lo mismo cuando me dejó pasar.

—Entonces, ¿no fingió no conocerlo? —preguntó Micum.

—No. Simplemente parecía sorprendida y un poco preocupada por todo el asunto. Me dio esta carta para Lady Althia.

Seregil rompió el lacre y leyó la carta.

—No hay nada extraño aquí. Envía sus saludos a Lady Althia y sus deseos de que su marido regrese pronto. No hay señal de un mensaje oculto o un cifrado.

—Me preguntó si había visto a alguien en el camino esta mañana —le contó Alec.

—Tampoco eso es nada sospechoso —dijo Micum—. ¿Cómo era la casa?

—Sólo vi el salón, la cocina y parte del patio. Pero lo que es seguro es que ella tenía invitados. Vi dos caballos en el patio, ensillados y preparados para partir y una chica de la cocina mencionó a un tal Lord Galwain.

—Bien hecho —dijo Seregil mientras le daba una palmada en el hombro—. ¿Qué hay de Kassarie y sus sirvientes?

—No parece mala persona. Hizo que me dieran algo de comer en la cocina mientras ella escribía la carta. ¡Pero los sirvientes...! Me trataron como si yo fuera algo que se acabara de quedar pegado a sus botas. Illester, el jefe de los criados, parecía creer que yo estaba allí para robar la plata y las alfombras. Y lo mismo puede decirse de la cocinera. La única que se mostró un poco amigable fue la muchacha de la cocina.

—Te miraba con buenos ojos, ¿eh? —dijo Micum con una sonrisa cómplice.

—No es más que una pobre moza solitaria. Y no me extraña. Me preguntó cómo había conseguido mi trabajo en la ciudad. Tuve que inventar...

—Espera —le interrumpió Seregil—. Esa muchacha, la que se fijó en ti, ¿te dijo su nombre?

—Stámie. Es la sobrina de la cocinera.

—Buen trabajo. Podría servirnos para entrar si llegara a ser necesario.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Micum, inquieto—. Alec no puede aparecer para cortejar a la muchacha cuando se supone que está de camino a Rhíminee.

—Lo sé. —Seregil llevó una mano hasta sus cabellos, se encontró con los cortos rizos de Thero y la apartó con una mueca—. Hasta el momento sólo contamos con la suposición de Alec de que los documentos han acabado aquí. Podría ser igualmente que la doncella de Barien se los hubiera llevado con ella cuando se encontró con el hombre de Teukros en la taberna.

—No es eso lo que me pareció cuando escuché la conversación en casa de Teukros —mantuvo Alec con testarudez, molesto por aquella repentina duda.

—Sí, pero sólo pudiste escuchar algunas palabras. No es sabio basar una presunción en evidencias tan escasas. Puede conducirte a toda clase de callejones sin salida.

—Pero ¿qué hay de los caballos que vi en el patio?

—¿Alguno de ellos era blanco?

—Bueno, no. Pero Teukros podría haber cambiado de montura.

—¿Y regresar a su casa en una diferente? —Seregil lo miró con escepticismo—. ¿Con qué fin, si su destino no era ningún secreto?

—Pero es un hecho que vimos a Teukros salir cabalgando aquella noche —insistió Alec—. Y le dijo a su mujer que venía aquí.

—Quizá no fuera mas que una mentira para ocultar sus huellas —sugirió Seregil—. No hay razón para suponer que le dijo la verdad.

—Puede que debiéramos regresar a la ciudad y ver lo que Nysander ha podido descubrir.

—¿Queréis decir que nos vamos a marchar sin más? —preguntó Alec. A pesar de lo que Nysander tuviera que decir, él había estado dentro del aquel lugar y había experimentado una sensación inquietante.

—Por ahora sí —dijo Seregil mientras se dirigía hacia los caballos—. Has hecho un trabajo muy bueno. En el peor de los casos, te ha servido como práctica.

Profundamente decepcionado, Alec lanzó una última y resentida mirada hacia el castillo, que se erguía amenazante sobre el barranco, y entonces se apresuró detrás de los otros.

Sorpresas desagradables

Aquella tarde, tan pronto como llegaron a la puerta del Mar, Seregil advirtió que la guardia había sido doblada.

—Ha ocurrido algo —murmuró mientras entraban en la abarrotada plaza.

—Tienes razón —dijo Micum, mirando en derredor—. Veamos lo que es.

Por todas partes había pequeños grupos de personas con los rostros serios. Ignorados por sus mayores, los niños corrían salvajes de un lado a otro, lanzándose insultos y desafiando a sus compañeros a robar dulces de los desatendidos puestos.

Micum se dirigió hasta uno de estos grupos de chismosos y, apartando la capa, mostró su roja camisa de la Casa Oréska.

—He estado fuera de la ciudad. ¿Qué noticias hay? —preguntó.

—Es el Vicerregente —le contó una mujer deshecha en lágrimas—. ¡El pobre Lord Barien ha muerto!

Alec dejó escapar un jadeo de sorpresa.

—¡Por la Luz de Illior! ¿Cómo ha ocurrido?

—Nadie lo sabe —respondió ella mientras se secaba los ojos con el borde del delantal.

—¡Ha sido asesinado! —exclamó un individuo mal encarado detrás de ella—. Esos bastardos de Plenimar están detrás de todo. ¡Esperad y lo veréis!

—Oh, cállate la boca, Farkus. Deja de extender rumores —gruñó otro hombre. Miraba nervioso la librea de Micum—. No sabe nada, señor. Todo lo que sabemos con seguridad es que el Vicerregente fue encontrado muerto esta misma mañana.

—Muchas gracias —dijo Micum.

Espolearon los caballos y se dirigieron a galope a la Casa Oréska.

Cuando les hizo pasar a su torre, Nysander estaba pálido pero parecía entero.

—Hemos oído lo de la muerte de Barien. ¿Qué ocurrió? —preguntó Seregil.

Nysander caminó hasta su escritorio y se sentó frente a él, con las manos extendidas sobre la manchada superficie.

—Parece que se trata de un suicidio.

—¿Parece? —Seregil sintió alguna emoción poderosa latiendo detrás de las comedidas maneras de su amigo, pero no imaginaba de qué podía tratarse.

—Se le encontró tendido plácidamente sobre su cama, con las muñecas cortadas —continuó Nysander—. La sangre seca manchaba todo el colchón. No descubrieron lo ocurrido hasta que retiraron las sábanas.

—¿Hablaste con él anoche? —preguntó Alec.

Nysander sacudió la cabeza con amargura.

—No. Se había ido a la cama antes de que yo llegara. Era muy tarde y no parecía haber peligro de que se fugara. De hecho...

Se detuvo y le tendió a Micum un pergamino.

—Supongo que estaba escribiendo esto cuando yo... lo vi. Léelo si no te importa.

La última y breve misiva de Barien era tan formal como cualquiera de los miles de documentos que había redactado a lo largo de su larga carrera. La escritura fluía en líneas perfectas y oscuras, sin un solo borrón y privada por completo de todo asomo de vacilación.

—«Mi reina» —leyó Micum—. «Sabed que yo, Barien i Sal Mordecan Thorlin Uriel, he cometido alta traición durante los últimos años pasados a vuestro servicio. Mis acciones fueron deliberadas, premeditadas e inexcusables. No puedo ofrecer justificación alguna en mi defensa, pero os ruego que creáis que, al final, he muerto siendo un fiel sirviente de mi Reina».

Firmaba como «Barien, traidor».

—Por los Ojos de Illior, ¿cómo he podido ser tan necio? —gimió Nysander mientras se cubría la frente con una mano.

—Pero esto no prueba nada —exclamó Seregil, exasperado—. No hay detalles, no hay nombres, nada de nada.

—Idrilain está al corriente de nuestras pesquisas. Creo que comprende la importancia de esta carta —replicó el mago.

—Oh, entonces no hay de qué preocuparse —dijo bruscamente Seregil mientras caminaba hasta el otro extremo de la habitación—. A menos que de pronto empiece a preguntarse por qué ha muerto Barien *inmediatamente* después de que tú comenzaras a investigar sus actividades. Supon que comienza a plantearse que tu amistad hacia mí es superior a tu lealtad hacia ella. Todavía es *mi* cuerpo el que está encerrado en la Torre, por si no lo recuerdas. ¡Y quiero recuperarlo de una pieza!

Micum volvió a mirar la carta.

—¿Podría tratarse de una falsificación? Por las Llamas de Sakor, últimamente nos hemos cruzado con algunos de los mejores falsificadores de Rhíminee.

—¿Y qué hay de Teukros? —añadió Alec—. No es seguro que fuese a encontrarse con Kassarie, después de todo. Podría haber ido a casa de Barien. Siendo su familiar, no le habría costado demasiado entrar. Una vez allí, asesina a su tío, deja la nota y vuelve a desaparecer. Ya os lo dije antes. Barien estaba furioso con él por algo.

Nysander sacudió la cabeza.

—No había señales de violencia o magia en la persona de Barien o en la habitación.

—¿Y las puertas? —intervino Seregil.

—Cerradas desde dentro. Y por lo que se refiere a la desaparición de Teukros, si un hombre como Barien creyera que su sobrino había traicionado el honor de la familia, él mismo se habría ocupado de hacer desaparecer al joven. Un último acto de deber familiar. Entre los nobles no escasean los precedentes de este tipo de prácticas. Pero sigue siendo un hecho el que, fuera lo que fuese lo que discutieron aquella noche, debe de estar relacionado con la muerte de Barien.

—¿Y qué hay de Phoria? —preguntó Micum—. Parece que ella fue una de las últimas personas en verlo con vida. Y además fue convocada por él. ¿Alguien ha hablado con ella?

—Según parece, la Princesa Real está de luto y no quiere ver a nadie —contestó Nysander.

—Lo cual es como no decir nada —musitó Seregil—. ¿Crees que puede estar implicada?

—Antes de la muerte de Barien nunca lo hubiera pensado. Ahora me temo que debemos admitir esa posibilidad. Pero si al final resulta ser así, puedes estar seguro de que habrán de encargarse de ello autoridades más altas que tú y que yo.

Seregil continuó paseando intranquilo por la habitación.

—Es decir, que seguimos teniendo un hombre muerto y otro desaparecido. ¿Se han registrado sus casas?

Nysander asintió.

—En la villa de Teukros se encontró un pequeño escondite con órdenes de embarque falsificadas. Y con ellas había copias de varios sellos, incluidos el tuyo, el de Lord Vardarus, Biritus i Tolomon y Lady Royan á Zhirini.

—Mi sello y el de Vardarus... eso está bastante claro. —Seregil recogió un sextante de una de las mesas y jugueteó con él con aire ausente—. ¿Qué hay de los otros? Nunca había oído hablar de ellos.

—Son nobles menores, con cargos menores. Lady Royan es la administradora del puerto de Cadumir, en el Mar Interior, justo al norte de Ubre del Draco. Es un cargo hereditario asociado al señorío. El joven Sir Biritus fue nombrado recientemente para un puesto en la gestión de los víveres... algo relacionado con la carne, creo.

—No parecen la clase de personajes que podrían estar implicados en una conspiración para derribar el gobierno —dijo Micum, perplejo.

—¿Y dónde fueron encontradas exactamente todas estas pruebas tan acusadoras? —preguntó Seregil, deteniéndose momentáneamente junto al escritorio.

—Esa es una cuestión interesante —dijo Nysander con una sonrisa privada de alegría—. Todo ello estaba escondido bajo los tablones del suelo del dormitorio de Teukros.

—¡Los tablones del suelo! —exclamó Seregil, enojado—. ¡Por los Calzones de Bilairy, incluso un ladrón inexperto podría idear algo mejor que eso! Lo que está

ocurriendo no tiene ningún sentido. Ciertamente, Barien tenía acceso al sello real pero ¿se lo hubiera entregado a un necio como ese? Es absurdo.

—Tú mismo dijiste que, en lo referente a su sobrino, estaba ciego —le recordó Alec.

Seregil clavó un dedo en la carta de Barien.

—Un hombre con la sangre fría necesaria para escribir una carta de suicidio como ésta *nunca* sería tan descuidado. Recuerda mis palabras, en este asunto hay mucho más de lo que parece a primera vista.

Los cuatro permanecieron en silencio unos instantes, meditando sobre la aparentemente contradictoria evidencia.

—¿Y qué hay de los sirvientes a los que seguimos? —preguntó Alec al fin.

—¿Qué pasa con ellos? —musitó Seregil, que seguía mirando la carta con el ceño fruncido.

—Bueno, no sé nada sobre la chica, pero el hombre parecía saber dónde debía entregar los documentos. Se ofreció a hacerlo, ¿recordáis? Pero Teukros le dijo que lo haría él mismo.

Los otros lo observaron un instante y entonces intercambiaron miradas desazonadas.

—Por la Luz, ¿Cómo se nos ha podido pasar por alto algo tan evidente? —gimió Nysander—. Los sirvientes de ambas casas han sido encarcelados. Todos ellos se encuentran en la Prisión de la Torre Roja. ¡Venid conmigo, todos!

—Bendito el día en que te saqué de ese calabozo —rió Seregil, pasando un brazo alrededor del cuello del muchacho mientras se dirigían hacia la puerta.

La Reina había concedido a Nysander la autoridad para interrogar a los prisioneros a su antojo y, puesto que Seregil todavía ocupaba el cuerpo de Thero, nadie cuestionó su derecho a acompañar a su maestro. Mientras tanto, Alec y Micum fueron a ver cómo se encontraba el verdadero Thero.

La fortuna quiso que el guardián fuera el mismo con el que Alec se había encontrado en su primera visita a la Torre.

—¡Pobre hombre! —el centinela sacudió la cabeza con pesar—. La prisión parece estar acabando con él, Sir Alec. El primer día se comportaba con toda gentileza, como un verdadero caballero, pero desde entonces cada vez parece más amargado. Apenas ha hablado en un par de días, y lo poco que ha dicho no ha sido demasiado educado.

Los condujo hasta la celda y luego ocupó su lugar al fondo del corredor.

—Las reglas de visita son las mismas que de costumbre, joven señor. Mantened las manos lejos.

Alec escudriñó el interior a través de la reja.

—¿Seregil?

—¿Alec?

—Sí. Y Micum.

Una pálida cara apareció frente a las barras y Alec experimentó de nuevo una sensación de incongruencia que comenzaba a resultarle familiar. Los rasgos y la voz eran los de Seregil; las expresiones y la entonación, no. El efecto general le recordaba al personaje de Aren Windover que Seregil utilizaba de vez en cuando.

—¿Cómo estás? —preguntó Micum, de espaldas al guardia.

—Está resultando ser una experiencia de lo más inusual —replicó Thero con voz sombría—. Aunque en general me han dejado tranquilo y Nysander me envió algunos libros.

—¿Sabes lo de Barien? —susurró Alec.

—Sí. Francamente, no estoy seguro...

—¡Buenas noticias! ¡Buenas noticias, Lord Seregil! —les interrumpió la aparición del centinela, seguido por un alguacil.

Thero apoyó el rostro contra las barras de la reja.

—¿Mi liberación?

—Así es, mi señor —con un ademán ostentoso, el guardia abrió la puerta de la celda.

De pie junto a la puerta, el alguacil desenrolló un pergamino y leyó sin entonación alguna:

—«Lord Seregil i Korit Solun Merengil Bókthersa, ciudadano de Rhíminee. Los cargos de traición por los que se os acusaba han sido retirados. Vuestro nombre está limpio de toda calumnia. Por la Gracia de la Reina, dad un paso al frente y sed libre». No sabéis lo feliz que me siento —dijo el guardia mientras Thero emergía parpadeando a la relativa claridad del corredor—. Hubiera sido terriblemente duro entregaros a los inquisidores, como se dijo al principio. Terriblemente duro, señor.

—Estoy seguro de que hubiera sido más duro para mí que para ti —le espetó Thero, pasando a su lado sin dedicarle siquiera una mirada.

El guardia frunció el entrecejo, miró a Alec y dijo:

—¿Veis lo que os decía, señor?

Alec y Micum alcanzaron a Thero en las escaleras.

—Podrías haberte comportado con un poco más de elegancia —susurró Micum, enojado—. Después de todo, se supone que eres Lord Seregil.

Thero lo miró de soslayo.

—Después de dos días enteros soportando ratas y escuchando tópicos, dudo mucho que él hubiera sido más educado.

Para guardar las apariencias, se dirigieron inmediatamente a la casa de la calle de la Rueda. Runcer los esperaba en la puerta y, como de costumbre, no parecía

sorprendido.

—Nos han avisado, mi señor —dijo con gravedad—. Vuestro baño está preparado si lo deseáis.

—Gracias, Runcer. Creo que sí —contestó Thero, tratando de imitar los modales elegantes de Seregil—. En cuanto llegue Nysander, házmelo saber.

El rostro arrugado de Runcer no reveló cosa alguna mientras observaba a Thero desaparecer escaleras arriba, pero cuando el viejo criado se marchaba lentamente en dirección a la cocina, Alec creyó ver que fruncía ligeramente el ceño.

Al regresar de la Torre, Nysander y Seregil encontraron a los otros empezando a cenar en la mesa del dormitorio de Seregil.

Frente a frente por primera vez desde el intercambio de los cuerpos, Seregil y Thero se examinaron mutuamente sin decir palabra.

Lentamente, Seregil dio una vuelta alrededor del otro, asombrado al ver la expresión cauta de Thero pintada en su propio rostro.

—Di algo —saltó al fin—. Quiero oír cómo suena mi voz cuando es otro el que habla.

—Esta garganta ha hablado mucho menos desde que no eres tú el que la utiliza —replicó Thero—. Supongo que la encontrarás un poco ronca cuando recupere mi cuerpo.

Seregil se volvió hacia Alec.

—Tenías razón. El timbre de la voz es el mismo, pero la forma de hablar es completamente diferente. ¡Que fenómeno más interesante!

—Sí, pero no tenemos tiempo de investigarlo —intervino Nysander—. Ambos debéis recuperar vuestros legítimos cuerpos cuanto antes.

Después de juntar las manos con la mayor impaciencia que cualquiera de los dos mostrara jamás, Seregil y Thero permanecieron inmóviles mientras Nysander realizaba el encantamiento.

La magia fue indiscernible; su efecto, instantáneo. Al regresar a su cuerpo, Seregil se vio asaltado por una sensación pegajosa y su visión se tornó verdosa y pálida. Soltó a Thero, retrocedió tambaleándose hasta el sillón que había junto al fuego y se derrumbó en él, con la cabeza entre las rodillas. Alec cogió un cuenco y se apresuró a su lado.

Thero también se dobló, su rostro convertido en una mueca, mientras se aferraba la pierna.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó con aire imperativo mientras se levantaba la túnica para examinar su contusionada rodilla.

—¿Haciendo? —entre los jadeos de Seregil se escuchó una débil risilla—. Lo malo ha sido más bien lo que no he podido hacer.

Flexionó los largos dedos y pasó una mano por sus suaves mejillas y su pelo.

—¡Por la Tétrada, es bueno haber recuperado mi cuerpo! Y, por lo que veo, me he bañado y me he puesto ropa limpia. Estoy en deuda contigo, Thero. Sólo espero que no disfrutases demasiado enjabonándote.

—No es necesario que presumas tanto —replicó Thero ásperamente mientras volvía a su cena.

Sin dejar de sonreír, Seregil comenzó a ocuparse de los cordones de su camisa.

—Sin embargo, no sé por qué tienes que llevarlo todo tan ajustado...

Alec fue el único en reparar en la momentánea vacilación de la sonrisa de su amigo. Sin embargo, antes de que pudiera preguntar qué andaba mal, Seregil lo miró directamente a los ojos y le indicó discretamente que guardara silencio.

—¿Qué tenían que decir los dos sirvientes? —preguntó Micum, impaciente por conocer los detalles.

—No estaban allí —replicó Seregil, mientras volvía a cerrarse los cordones de la camisa. De nuevo, sus dedos acariciaron la áspera superficie de la cicatriz, que de alguna manera había reaparecido. La sensación hizo que la piel se le erizara.

—Vaya, eso sí que es una sorpresa —dijo Micum con aire abatido—. ¿Averiguasteis algo del resto?

—Los sirvientes de las dos casas contaron lo mismo —dijo Nysander—. El lacayo Marsin y la doncella de Barien, Callia, eran amantes desde hacía algún tiempo. Sus compañeros suponen que habrán escapado juntos.

Micum enarcó una ceja, escéptico.

—Demasiadas coincidencias para mi gusto. ¿Qué hay de la esposa?

—Menos todavía —dijo Seregil—. Lady Althia es una muchacha tonta e inofensiva que, después de años de matrimonio, sigue encantada de ser el juguete de su marido. Todo lo que sabe de los negocios de Teukros es que comercia con caballos, joyas y vestidos.

—¡Entonces volvemos a estar como al principio! —gimió Alec—. Marsin, Teukros y esa chica eran nuestra única pista, y ahora no podemos dar con ninguno de ellos.

—Deberíamos comprobar los depósitos de cadáveres antes que nada —dijo Seregil—. Si cualquiera de ellos ha sido asesinado en la ciudad, a estas alturas es posible que los Basureros ya los hayan encontrado. Alec, Micum y yo tendremos que ocuparnos de ello, ya que somos los únicos que conocíamos su aspecto. Y hablando de cadáveres, ¿qué le ocurrirá al de Barien?

Nysander suspiró, consternado.

—Según establece la ley, será despellejado, desmembrado y colgado en la Colina de los Traidores. Después, lo arrojarán a las fosas comunes.

Micum sacudió la cabeza.

—Acabar así después de todo lo bueno que ha hecho a lo largo de los años... Es a él a quien le debo Watermead; él se lo sugirió a la Reina.

—Al menos ya está muerto —dijo Seregil con un estremecimiento. Era bien consciente de que, apenas un día antes, él mismo había estado a punto de sufrir un destino similar estando vivo. Sin embargo, en este momento tenía preocupaciones más inmediatas—. Nysander, antes de que nos separemos, me gustaría tener una pequeña conversación privada contigo.

Seregil lo condujo hasta la biblioteca situada al otro lado del corredor, cerró la puerta cuidadosamente y entonces se abrió la camisa y le mostró al mago su pecho. La marca circular causada por el disco de madera de Mardus, de un siniestro color rojizo contra su piel clara, había reaparecido.

—El encantamiento de transferencia debe de haber interferido con el de oscurecimiento —dijo Nysander—. Aunque nunca había oído que tal cosa pudiera ocurrir.

—¿Podría Thero tener que ver algo con esto? —preguntó—. Ese sueño que tuve...

—¡Ciertamente no! —replicó Nysander, mientras extendía la mano para tocar las diminutas arrugas de la carne entumecida—. Se hubiera dado cuenta de ello al bañarse y me lo hubiera dicho. Debe de haber ocurrido mientras yo os restauraba en vuestros cuerpos. Tendré que volver a ocultarla.

Seregil cogió a Nysander por la muñeca.

—¿Qué es esta marca? —inquirió, escudriñando el rostro del viejo mago—. ¿Por qué deseas tanto que permanezca oculta?

Nysander no hizo intento alguno de liberarse.

—¿Has recordado algo más sobre ese sueño? Aquel en el que aparecía un caballo sin cabeza.

—La verdad es que no. Sólo recuerdo encontrarme en el cuerpo de Thero y ver el ojo de mi pecho. Y el volar. Por el amor de Illior, Nysander, ¿vas a contarme lo que es esto o no?

Nysander apartó la mirada y no dijo nada.

Seregil lo liberó y se dirigió enfadado hacia la puerta.

—Ya veo. ¡Me pasaré el resto de la vida con esta quemadura en la piel y no vas a decirme nada!

—Querido muchacho, harías bien en pedir a los dioses que nunca llegues a averiguarlo.

—¡Nunca he pedido ni pediré tal cosa y tú lo sabes! —escupió Seregil como respuesta. Por un instante, la cólera se apoderó de él y se volvió temerario—. Pues entérate, sé más de lo que crees. Te lo hubiera dicho de no ser por...

Las palabras murieron en sus labios. El rostro de Nysander se había tornado

ceniciento. Al instante, se transformó en una máscara de cólera. Pronunció una rápida palabra y la habitación se oscureció.

Por experiencia, Seregil sabía que el mago acababa de sellarla contra toda intrusión exterior.

—Por tu honor de Centinela, me dirás *todo* lo que sabes —ordenó Nysander. La furia apenas contenida de sus palabras se abatió sobre él como un golpe físico.

—Fue la noche que Alec y yo dejamos la Oréska —le contó Seregil. De repente, su boca estaba seca—. Fui al templo de Illior.

—¿A solas?

—Por supuesto.

—¿Qué hiciste allí?

Un estremecimiento helado recorrió la piel de Seregil; casi podía ver las ondas de furia emanando del cuerpo de Nysander. La habitación se oscureció aún más, como si las lámparas se estuviesen extinguiendo. Reunió todo su valor y continuó:

—Había hecho un dibujo de esto. —Señaló la cicatriz—. Antes de que la ocultaras la primera vez, utilicé un espejo para hacer un boceto tan detallado como me fue posible. En el templo se lo mostré a Orphyria... Nysander, ¿qué ocurre?

Nysander había empalidecido aún más.

Retrocedió tambaleándose hasta una silla y enterró el rostro entre las manos.

—Por la Luz —gimió—. Debiera haberlo imaginado. Después de lo que te dije...

—¡No me dijiste nada! —le espetó Seregil, todavía encolerizado a pesar de su miedo—. ¡Incluso después de que estuviera a punto de morir, incluso después de que Micum nos trajera la noticia de la masacre en las Marismas, no nos contaste *nada*! ¿Qué otra cosa esperabas que hiciera?

—¡Tú... necio y cabezota! —Nysander lo miró ferozmente—. Podrías haber obedecido mi orden. ¡Mi advertencia! Cuéntame el resto. ¿Qué te dijo Orphyria?

—No sabía nada sobre ello, así que me envió al Oráculo. Durante el ritual, éste eligió el dibujo que yo había hecho. Habló de un devorador de la muerte.

Repentinamente, Nysander tomó a Seregil por la muñeca, obligó al joven a arrodillarse delante de él y lo miró directamente a los ojos.

—¿Te dijo eso? ¿Qué más? ¿Recuerdas sus palabras exactas?

—Dijo «muerte» y lo repitió. Y luego «Muerte y vida en la muerte. El devorador de la muerte da a luz a monstruos. Protege bien al Guardián. Protege bien a la Vanguardia y al Astil».

—¿Fueron sus palabras exactas? —exclamó Nysander mientras, en su excitación, apretaba el brazo de Seregil hasta hacerle daño. De pronto, su cólera parecía haber desaparecido, reemplazada por algo semejante a la esperanza.

—Apostaría la vida.

—¿Te explicó el significado de esas palabras? ¿El Guardián? ¿El Astil? ¿La

Vanguardia?

—No, pero recuerdo que pensé que debía de estarse refiriendo a personas específicas... especialmente con el Guardián.

Nysander soltó a Seregil, se recostó en la silla y soltó una carcajada.

—Y así era, ciertamente. ¿Hay algo más, cualquier cosa? Piensa cuidadosamente, Seregil. ¡No omitas nada!

Seregil se frotó la dolorida muñeca mientras se concentraba.

—En medio de la adivinación, tomó una cuerda de arpa y comenzó a tararear una canción que yo compuse de niño. Se quedó con ella. Luego estaba un penacho de las flechas de Alec... Dijo que Alec también era un hijo de la luz y de la tierra y que ahora era mi hijo y que yo sería para él padre, hermano, amigo y amante.

Se detuvo, pero el mago le indicó con un gesto que continuara.

—Entonces dijo todo eso del devorador de la muerte. Finalmente me miró a los ojos, me devolvió el pergamino y dijo: «Obedece a Nysander. Quema esto y no hagas más».

—Parece un consejo. ¿Lo seguiste?

—Sí.

—Eso sí que es milagroso. ¿Has hablado de esto con alguien? ¿Alec? ¿Micum? ¡Debes decirme la verdad, Seregil!

—Con nadie. No he hablado con nadie. Te lo juraré si es lo que quieres.

—No, querido muchacho, te creo —un poco de color había regresado a las mejillas del viejo mago—. Escúchame ahora, te lo imploro. Esto no es un juego. No puedes ni imaginarte el precipicio en el que has estado bailando, y todavía estoy obligado por mi juramento a no hablarte de ello... ¡No, no me interrumpas! No quiero de ti ningún juramento, pero sí una promesa hecha por honor... o por amor a mí, si el honor no te basta. La de que serás paciente y me permitirás actuar como debo. Con el juramento de los magos te juro, por mis Manos, mi Corazón y mi Voz, que algún día te lo revelaré todo. Tienes mi palabra. ¿Te bastará por ahora?

—Sí —todavía conmocionado, Seregil apretó las manos heladas del mago entre las suyas—. Por mi amor hacia ti, así será. Y ahora, ¡haz desaparecer esta maldita cosa!

—Gracias, maldito impaciente. —Nysander lo abrazó con fuerza un instante y entonces posó una mano sobre el pecho de Seregil. Al instante, la cicatriz desapareció debajo de sus dedos.

—Debes decírmelo inmediatamente si vuelve a aparecer —le previno—. Y ahora será mejor que te dediques al asunto que tenemos entre manos.

—Los otros deben de estar preguntándose qué nos ha pasado.

—Ve. Yo me quedaré aquí un rato más. ¡Acabas de darme un buen sobresalto!

—Supongo que también eso lo entenderé algún día. Bueno, ahora iremos a visitar

los depósitos de cadáveres. Regresaremos antes del alba, pero dudo que alguno de nosotros tenga ganas de desayunar.

—Probablemente no. Y, Seregil...

—¿Sí?

—Vigila tu espalda, querido muchacho. Y también la de Alec. Ahora, más que nunca, deberás conducirte con la máxima precaución.

—Generalmente lo hago, pero gracias por la advertencia. —Seregil se detuvo, con una mano en el pestillo—. Tú eres el Guardián, ¿no es así? Signifique lo que signifique, que no te lo estoy preguntando, el Oráculo se refería a ti, ¿verdad?

Para su sorpresa, Nysander asintió.

—Sí, yo soy el Guardián.

—Gracias —con una última mirada pensativa, Seregil abandonó la habitación.

No sabía que, por un instante fugaz, su amigo más querido había estado a punto de convertirse en su verdugo.

Entre los basureros

En virtud de su función, el Gremio de los Basureros de Rhíminee estaba al cargo de todos los cadáveres no identificados que aparecían en la ciudad. Mientras limpiaban la basura de las calles y las alcantarillas, los grupos de Basureros solían ser los primeros que encontraban los cadáveres de los asesinados, los indigentes y los abandonados.

Había tres depósitos de cadáveres en la ciudad. A menudo, Seregil y Micum los habían visitado como último recurso. Para Alec, sin embargo, resultó una experiencia nueva y difícil.

Comenzaron con la más próxima, situada cerca de la muralla norte de la ciudad. Alec apenas había puesto un pie en el lugar cuando tuvo que salir tambaleándose, con una mano en la boca. Lleno de náuseas, hubiera caído al suelo de no sujetarse a lo alto de una de las señales de las calles. Había podido ver con claridad el interior del sencillo edificio, había presenciado el espectáculo de los cadáveres, tendidos boca arriba sobre el suelo de piedra como si fueran fardos de ropa usada en el mercado. Incluso en una noche de invierno tan fría como aquella el hedor resultaba espantoso, y más aún para la nariz de un dálnico.

Después de un momento, fue consciente de que Seregil se encontraba detrás de él.

—¡Tendrían que... tendrían que haberlos quemado ya! —farfulló, todavía estremecido.

—Los Basureros tienen que conservarlos unos días después de haberlos encontrado, por si acaso alguien los reclama —le explicó Seregil—. Los que han sacado de las alcantarillas son los peores. Quizá sería mejor que te quedaras con los caballos.

Avergonzado pero al mismo tiempo aliviado, Alec observó a Seregil marchar de vuelta a su desagradable tarea. Micum y él caminaron entre las filas de cadáveres, observando los rostros hinchados y examinando las ropas hasta estar seguros de que ninguna de las tres personas a las que buscaban se encontraba allí.

Después de lavarse las manos en una jofaina llena de vinagre que les había entregado el guardián del lugar, se reunieron con Alec en el exterior.

—Parece que tendremos que seguir buscando —le dijo Micum con aire sombrío.

El segundo depósito de cadáveres estaba situado unas pocas calles más allá del Mercado del Mar. Mientras se dirigían hacia allí, galopando entre las sombras proyectadas por las lámparas de la calle de la Hoja, Alec guardaba silencio. Toda su atención estaba centrada en el ritmo regular de los cascos de Parche. Cuando llegaron a su destino, había tomado una decisión. Desmontó con el resto.

—Espera un segundo —le dijo Seregil. Se agachó para atravesar la puerta, que

era muy baja y regresó con un paño empapado de vinagre—. Esto te ayudará —le dijo, mientras le enseñaba cómo cubrirse con él la nariz y la boca.

Apretando el paño contra su rostro, Alec caminó entre una docena de cuerpos dispuestos para su inspección. La atmósfera estaba desagradablemente húmeda y un hedor pestilente se elevaba desde los relucientes canales de drenaje excavados en el suelo.

—He aquí un rostro familiar —señaló Micum desde el otro lado de la sala—. Pero no es ninguno de los que buscamos.

Seregil se aproximó a echar un vistazo.

—Gormus. Es un mendigo. Pobre bastardo... Debía de tener más de noventa años. Su hija suele pedir cerca de la plaza de Tyburn. Haré que le envíen un mensaje.

Tampoco esta vez encontraron a Teukros o a los otros.

Regresaron con alivio al fresco aire de la noche y se dirigieron a través de la tumultuosa Vía del Puerto hacia el laberinto de muelles y casas que rodeaba el extremo oriental del puerto.

Seregil, que abría la marcha desde que entraran en la zona más pobre, tiró de las riendas de su montura frente a un almacén inclinado. Era el mayor de los depósitos de cadáveres de la ciudad, y el hedor que reinaba en el lugar los asaltó antes incluso de que entraran.

—¡Por la Llama de Sakor! —graznó Micum mientras se tapaba la nariz con un trapo lleno de vinagre.

Alec lo imitó inmediatamente. Nada de lo que habían hecho aquella tarde lo había preparado para este lugar; incluso Seregil parecía sentir náuseas.

Más de cincuenta cuerpos yacían sobre un suelo de madera manchada. Algunos de ellos parecían todavía frescos; a otros, la carne había comenzado a desprendérseles de los huesos. Las lámparas dispuestas por toda la sala para consumir los malos humores ardían con una luz azulada y repulsiva.

Una mujer diminuta y jorobada que vestía el delantal gris de los Basureros apareció cojeando frente a ellos. Llevaba consigo una cesta de ramilletes marchitos.

—¿Queréis unas flores, caballeros? ¡Hacen que la amarga búsqueda sea mucho más dulce!

Seregil arrojó unas pocas monedas en su cesta.

—Buenas noches, matrona. Quizá tú puedas hacer que nos resulte un poco más fácil. Estoy buscando a tres personas que tienen que haber llegado durante el último día: una joven criada morena, un sirviente de mediana edad y un joven noble con un mostacho rubio.

—Estáis de suerte, señor —cacareó la vieja mientras se dirigía cojeando hacia una esquina de la sala—. He puesto los más recientes por aquí. ¿Es ésta vuestra chica?

Callia yacía desnuda entre un pescador y un joven matón cuya garganta había

sido cortada. Sus ojos estaban abiertos y su rostro parecía haber adoptado una expresión de preocupación vaga.

—Es ella, en efecto —dijo Seregil.

—Es una verdadera lástima. —Micum suspiró mientras, sosteniendo el borde de su capa contra el rostro, se agachaba junto al cuerpo de la muchacha—. No puede tener más de veinte años. ¿Ves sus muñecas?

Seregil señaló los hematomas marrones que rodeaban sus pálidas muñecas.

—Fue maniatada y amordazada. ¿Lo ves? Los bordes de su boca están en carne viva.

Temblando de náuseas, Alec se forzó a asistir al examen. Las últimas horas que había vivido volvieron a sus pensamientos como una pesadilla opresiva, dejándolo enfermo hasta la médula.

La parte delantera del cuerpo no mostraba otras señales que los hematomas que acababan de ver. Sin embargo, cuando le dieron la vuelta encontraron una pequeña herida entre las costillas, justo a la izquierda de la columna.

—Un trabajo profesional —musitó Seregil—. A través de la vena y directo al corazón. Al menos fue rápido. ¿Dónde fue encontrada, matrona?

—¡Pobre cordera! La sacaron de debajo de los muelles, al final de la calle de la Anguila —contestó la mujer Basurero—. La tomé por una ramera. ¿Tenía familia? ¿Alguien que quiera reclamar el cuerpo?

Seregil volvió a colocar el cuerpo en su lugar con toda delicadeza y se puso en pie.

—Lo averiguaré. Encárgate de que se quede aquí uno o dos días más, si no te importa.

Una vez en el exterior, los tres aspiraron profundamente el aire con olor a brea, pero el tufo del vinagre en sus manos y en sus rostros parecía de alguna manera conservar el hedor de la muerte sobre ellos.

—¡Quiero arrojarme al mar con la ropa puesta! —dijo Alec, al mismo tiempo que lanzaba una mirada ansiosa a los destellos de las aguas, visibles al otro lado de la calle.

—Yo también querría si no fuese porque saldríamos del agua más sucios de lo que estamos ahora mismo —dijo Seregil—. Un buen baño caliente se llevará esta peste.

—Esa es tu respuesta para casi todo —señaló Micum con ironía—. No obstante, en este caso me veo obligado a estar de acuerdo.

—Al menos ya estamos seguros de que estábamos siguiendo la pista acertada —dijo Alec, un poco esperanzado—. Me preguntó dónde aparecerán Teukros y Marsin.

—Si es que lo hacen —respondió Seregil—. Por lo que sabemos, podrían haber

sido ellos mismos quienes acabaron con la chica. En ese caso, a estas alturas ya se encontrarán a medio camino de donde quiera que se dirijan. Pero, asimismo, podrían estar flotando en las alcantarillas. Entre esto y la repentina muerte de Barien, creo que lo más seguro es asumir que tenemos más enemigos en alguna parte y que, sean quienes sean, ahora mismo están muy preocupados. ¡Teukros debió de contarle algo a alguien!

La confesión de Phoria

Habían pasado dos días desde el suicidio del Vicerregente. A mediodía, el cuerpo de Barien sería desmembrado en público. Una ejecución simbólica para un traidor confeso.

Micum rehusó terminantemente asistir. Mientras Seregil terminaba de vestirse, deambuló hasta el balcón del dormitorio y observó las prácticas de tiro que, como todas las mañanas, Alec realizaba en el jardín. Después de apuntar pacientemente, el muchacho lanzaba sin error una flecha tras otra contra su objetivo, un saco de paja metido a la fuerza en una grieta de un árbol.

La pasada noche Alec se había ofrecido sin demasiada convicción a acompañar a Seregil, pero finalmente habían logrado disuadirlo.

—No necesitas presenciar ese espectáculo —le había dicho Seregil, obviando el hecho de que cada noche después de sus visitas a los depósitos de cadáveres, Alec había despertado gritando.

El alivio del muchacho había sido evidente, pero esta mañana, durante el desayuno, había estado sumido en un silencio avergonzado y culpable, y luego se había retirado al jardín con su arco.

Mientras Micum lo observaba, una repentina ráfaga de viento sacudió sus cabellos delante de sus ojos y le hizo fallar el tiro. Sin dar la menor muestra de impaciencia, el muchacho apartó simplemente el mechón del rostro y fue a recoger sus flechas para volver a empezar.

Es una lástima que no seas tan paciente contigo mismo como lo eres con tu arco, pensó Micum, mientras retrocedía para refugiarse en el calor del dormitorio.

Seregil se estaba probando un sombrero negro, de ala ancha, delante del espejo. Lo ladeó de manera que se inclinara acusadamente sobre uno de sus ojos y retrocedió un paso para juzgar el efecto.

—¿Qué te parece? —preguntó.

Micum examinó con ojo crítico la casaca de seda gris que Seregil llevaba bajo una capa de un gris aún más oscuro.

—Nadie te tomará por el invitado de una boda.

Seregil se tocó el ala del sombrero con una sonrisa desprovista de alegría.

—Elegante pero austero, ¿no crees? Bien. Nadie podrá decir que Lord Seregil no sabe vestirse en todas las ocasiones. ¿Sigue Alec tirando?

—Sí. ¿Sabes?, quizá no debieras haberle dicho que no asistiera. Creo que piensa que te ha dejado solo.

Seregil se encogió de hombros.

—Probablemente, pero al fin y al cabo la decisión era suya. Ya lo viste la otra

noche; se forzó a sí mismo a entrar en los depósitos de cadáveres porque sabía que era importante. Hoy no es así y también lo sabe. Lo que le atormenta es tener tantos remilgos. Demonios, *yo mismo* no iría si no tuviera que hacerlo. Los rumores se han extendido por todo Rhíminee y ya están escribiendo baladas sobre mí; el pobre exiliado injustamente encarcelado y toda esa clase de basura. Así que, en mi caso, sí es importante que asista. Al menos el pobre bastardo nos hizo a todos un favor al suicidarse. Cuando el condenado está vivo, después tengo pesadillas.

El lugar de la ejecución se encontraba varios kilómetros al norte de la ciudad. Conocida como «La Colina de los Traidores» la yerma loma podía distinguirse desde lejos por la amplia plataforma de piedra que la coronaba. A sus pies discurría un solitario tramo de la vía de Cirna. El cadalso y un bloque de piedra lleno de muescas prestaban un desolador pero elocuente testimonio de la inflexible justicia de la Reina.

Cabalgando hacia allí bajo un cielo amenazante, Seregil se sujetó el sombrero contra la cabeza y, silenciosamente, maldijo el deber que lo obligaba a salir en una mañana como aquella. El invierno se había aposentado en los territorios del norte hacía ya un mes, pero aquí, en la costa, el frío comenzaba ahora a hacer su aparición. Poco antes del alba, una ligera neviza había moteado los campos con manchas blancas; en la distancia, a su derecha, podía ver los picos de las montañas, que despedían un fulgor inmaculado.

Una multitud de buen tamaño se hallaba reunida ya en torno al lugar de la ejecución. Los nobles, montados en sus caballos, formaban un grupo ligero pero claramente separado de la turba de holgazanes, curiosos y buscadores de emociones mórbidas que los rodeaba.

Éstos últimos se habían reunido alrededor de la plataforma. Reían y hacían bromas como si se tratase de un día festivo y compartían sus humildes almuerzos a la sombra del cadalso, mientras se desafiaban unos a otros a permanecer lo suficientemente cerca como para que la sangre los salpicase.

Ignorando el repentino murmullo de gritos excitados y la profusión de dedos extendidos que su aparición había suscitado, Seregil cabalgó para reunirse con Nysander y Thero en un extremo del grupo de los nobles.

Thero alzó una ceja.

—¿Alec no viene contigo?

Seregil se puso tenso inmediatamente. Estaba constantemente en guardia contra cualquier burla sutilmente velada proveniente del joven mago.

—Quizá sea mejor así —observó Nysander con voz tranquila—. No es éste un aspecto de la sociedad eskaliana del que me encuentre particularmente orgulloso. Y lo más triste es que como disuasión resulta sumamente efectivo.

Aquella mañana, Nysander parecía aún más preocupado que de costumbre. A

pesar de la irrefutable evidencia, al mago todavía le resultaba difícil de aceptar la deslealtad de Barien. Seregil lo conocía lo bastante bien como para saber que ello no se debía tan solo a la mera desilusión; como amigo íntimo que había sido tanto de la Reina como del Vicerregente, Nysander se reprochaba haber estado tan ciego a un complot de tal magnitud. Desgraciadamente, éste no era el momento ni el lugar para discutir sobre el particular.

Manteniendo un comportamiento lo más sombrío posible, Seregil rechazó educadamente todos los esfuerzos llevados a cabo por diferentes nobles para conversar con él. Se limitó a escuchar con un cierto placer sardónico las especulaciones que se vertían a su alrededor.

Damas y caballeros que durante la última quincena habían acudido a banquetes en la casa del Vicerregente, hablaban ahora con aire grave y sombrío de circunstancias sospechosas repentinamente recordadas, o de conversaciones que de pronto interpretaban como reveladoras.

Mientras el pesado cielo se iluminaba lentamente en dirección al mediodía, la impaciencia de la multitud crecía sin parar. Como en respuesta, los jinetes de uniformes azules de la Guardia de la Ciudad comenzaron a hacerse más visibles por todas partes.

Aterido y disgustado, Seregil se agitaba sobre su silla.

—La procesión ya debería de estar a la vista.

—Tiene razón. ¿Debo llamarlos, Nysander? —se ofreció Thero.

—Quizá deberíamos... —el anciano mago se detuvo y, escudándose los ojos con una mano, miro en dirección al camino que conducía a la ciudad—. No. Dudo que sea necesario.

Un solo jinete había aparecido a la vista. Galopaba hacia ellos.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, pudieron ver que lucía los colores de los Heraldos de la Reina.

—¡Maldita sea, seguro que ese viene a estropear la diversión! —gritó alguien.

La afirmación parecía bastante plausible y, de mala gana, la multitud se apartó para abrir paso al jinete. El heraldo desmontó, se encaramó al cadalso, desenrolló un pergamino y, con una voz clara y firme, proclamó:

—Por orden de la Reina Idrilain II, la ejecución ritual de Barien i Sal queda pospuesta. No habrá desmembramiento hoy. ¡Saludad la misericordia de la reina!

Silbidos y abucheos se alzaron entre quienes habían acudido allí en busca de emociones fuertes, pero la mayoría de los nobles volvió grupas a la ciudad con expresión de alivio.

—¿Qué es esto? —preguntó Seregil en voz baja.

—No me lo explico —contestó Nysander—. Pero sospecho que cuando regrese a la ciudad me estará esperando un mensaje de la Reina.

Nysander se encontraba en lo cierto. Se dirigió a toda prisa a Palacio y encontró a Idrilain y Phoria esperándolo en la cámara de audiencias privadas. Idrilain estaba sentada y Phoria permanecía firme a su izquierda. Ambas mujeres parecían sombrías.

—Siéntate, Nysander. Hay algo que quiero que escuches —dijo Idrilain con voz seca, mientras con un gesto le indicaba la única silla vacía que quedaba en la habitación—. Phoria, repítele a Nysander lo que me acabas de contar.

—Lord Barien no era un Lerano —comenzó a decir Phoria, con la voz tan firme como la de un sargento que estuviera dando su informe diario—. Sin embargo, murió creyendo que los había ayudado involuntariamente, por medio de los negocios que Lord Teukros y él mantenían con el falsificador Alben.

—Entonces ¿reconoció a Alben aquella noche, durante el interrogatorio? —preguntó Nysander, recordando la extraña expresión que había asomado al rostro de Barien.

Phoria sacudió la cabeza.

—No. Nunca se había encontrado con el hombre ni conocía su nombre. Lord Teukros era quien se ocupaba de todos los pormenores y cerraba los tratos. Todo comenzó hace tres años. Lord Teukros estuvo implicado en aquella especulación masiva de tierras en los territorios que fracasó de forma tan miserable.

—Recuerdo aquel escándalo —dijo Nysander—. No sabía que Teukros hubiera tomado parte en él.

—Estaba arruinado —le dijo Phoria—. Debía varios millones al hombre que lo había respaldado en el asunto, un tal Lord Herleus.

—¿Herleus? —Nysander registró su memoria en busca de un rostro que acompañara al nombre.

—Murió en el transcurso de una cacería de jabalíes aquel mismo año —le informó Idrilain—. Después de su fallecimiento, se encontraron algunas pruebas que sugerían que podía haber sido un simpatizante de los Leranos, pero en aquel momento no pudo probarse nada.

—Ah, ya comienzo a comprender.

—Teukros estaba arruinado —continuó Phoria—. Ni siquiera Barien tenía los fondos disponibles para salvarlo y Herleus no era hombre con quien se pudiera razonar. Barien me contó que había aconsejado a Teukros que aceptase su vergüenza y abandonase el reino y, al menos al principio, Teukros se había mostrado de acuerdo. Sin embargo, un día más tarde, visitó a su tío con un plan que podría salvar el nombre de la familia.

—Plan que implicaba la falsificación de ciertos documentos a los que sólo Barien, aparte de la misma Reina, tenía acceso, ¿verdad?

Phoria asintió.

—Según parece, Teukros se había presentado en casa de Herleus para suplicarle una última vez. Fue entonces cuando Herleus sugirió que la posición de Barien le permitiría desviar parte del oro de los cargamentos que llegaban por la Vía Dorada. Herleus puso en contacto a Teukros y a Alben, que podía falsificar los documentos necesarios. La cuestión es que el pobre Barien no podía soportar ver al canalla de su sobrino caído en desgracia y accedió a todo ello. Necesitaban mi ayuda para desviar el oro y, por aprecio a Barien, decidí hacerlo. Más tarde nos arrepentimos, pero pensamos que el asunto había terminado hasta que volvió a aparecer, implicado en el caso de Lord Seregil.

Nysander se atusó la barba, pensativo.

—Naturalmente, tendré que oír los detalles del plan, pero no termino de comprender cómo Lord Barien, de quien decís que no sabía nada de Alben, estableció la conexión entre éste y su sobrino durante la confesión.

Phoria suspiró con fuerza.

—Alben mencionó el *Ciervo Blanco*. Ese era el nombre del navío a bordo del cual el oro robado fue cargado en Cirna.

—Ah. Y como comandante supremo de los destacamentos de caballería, vuestra aprobación era necesaria para desviar la ruta del oro. Como lo era la de Barien para alterar los registros de la tesorería. Los dos conocíais el nombre del navío, aunque poco más.

Phoria sostuvo su mirada, impasible.

—Debería haberme negado. Debería haberlo detenido. No hay excusa para mi comportamiento.

Idrilain tomó un rollo de pergamino de una mesa lateral y se lo pasó a Nysander.

—Este es el testamento de Barien, fechado hace tres años. Lega toda su fortuna y sus posesiones a la tesorería de Eskalia. Creo que es un pago más que adecuado.

Dio una palmada sobre la mesa, se levantó y comenzó a recorrer la cámara.

—¡Como si no lo hubiera perdonado o no hubiera tratado de ayudarlo! Ese maravilloso, maldito y arcaico honor suyo lo ha destruido, y a mi me ha costado el consejero más valioso que jamás he tenido, por no mencionar la confianza depositada en mi heredera. ¡Y todo por culpa de un jovenzuelo idiota que no vale ni el precio de las rocas necesarias para aplastarlo!

Phoria se encogió visiblemente.

—Naturalmente, renunciaré a todos mis derechos al trono...

—¡Ni lo sueñes! —gritó Idrilain, mientras se volvía y la encaraba—. Mientras se prepara una guerra y con los Leranos en nuestra espalda, la última cosa que necesita mi reino es el escándalo de una abdicación. Cometiste un error, un error estúpido y orgulloso, y ahora asistes a las consecuencias. Como futura reina de esta tierra, asumirás las responsabilidades por tus acciones y antepondrás las necesidades de

Eskalia a las tuyas. Como comandante supremo de mi caballería, permanecerás en tu puesto y continuarás cumpliendo con tu deber. *¿Está claro?*

Pálida, Phoria se hincó sobre una rodilla y se llevó una mano al pecho a modo de saludo.

—¡Así lo haré, mi Reina!

—Oh, levántate y termina tu informe —enojada, Idrilain se apartó de ella y se dejó caer sobre la silla.

Phoria se levantó y volvió a adoptar su rígida postura.

—Por lo que yo sé el oro fue llevado al *Ciervo*, como había sido planeado. Barien nunca volvió a mencionarme el asunto hasta la noche de su muerte.

Por un instante, un débil temor perturbó la serenidad de máscara que lucía su rostro. Era la primera vez en tres años que Nysander la veía mostrar emoción alguna que no fuera la cólera. Sin embargo, se esfumó tan deprisa como había aparecido.

—Barien fue a ver a Teukros y le hizo frente. Quería saber por qué se había mantenido su asociación con el falsificador —continuó—. Aparentemente, Teukros negó haber tenido algo que ver con el plan de los Leranos y el asunto de Seregil, pero admitió que había recurrido a las habilidades de Alben para facilitar algunos asuntos comerciales turbios.

—El secreto de su fortuna, sospecho —dijo Nysander—. Nunca lo hubiera creído capaz de tal cosa y, sin embargo, parece que, después de todo, tal vez hemos subestimado al miserable. General Phoria, ¿creéis que Barien ordenó la muerte de Teukros la noche de su suicidio?

—No me dijo tal cosa.

—¿Y vos? ¿Ordenasteis vos la muerte de Teukros?

—No —por primera vez en varios minutos, los ojos de Phoria se encontraron con los suyos, y nada de lo que leyó en ellos le llevó a pensar que mentía.

—¿Hay algo más que podáis contarme sobre el asunto del *Ciervo*?

—Nada, aparte del hecho de que Barien nunca supo lo que había sido del oro. Las demandas de dinero de Herleus cesaron y unos pocos meses más tarde murió. Mientras se ejecutaba su testamento, la cosa no fue mencionada, pero eso no resulta sorprendente. Supongo que sus herederos han vivido muy bien a costa de aquel oro.

—Es posible —dijo Nysander. Pero le costaba creer que la respuesta fuera tan sencilla.

Armados con el informe de Nysander sobre lo ocurrido en Palacio, Seregil y Alec desaparecieron el resto del día. Sin embargo, poco después del anochecer, vestidos todavía con las túnicas encapuchadas de eruditos profesionales y manchados con un fino polvo de libros, volvieron a la torre del mago.

Micum, que había pasado la tarde con Nysander, intercambió una sonrisa con

éste; Seregil y el muchacho tenían el aire feliz de unos sabuesos que han dado con el rastro. Ninguno de ellos había tenido un aspecto tan alegre desde hacía días.

—¡Herleus *no* tenía herederos! —dijo Seregil con alegría, mientras se calentaba las manos frente al fuego.

—¿Ninguno? —sorprendido, Nysander alzó una de sus tupidas cejas.

—No sólo eso —añadió el muchacho con excitación—. Sino que todas sus tierras fueron subastadas para saldar deudas después de su muerte. No se encontró oro alguno.

—Así que habéis estado en los archivos de la ciudad.

—Y después hemos vuelto a la ciudad baja —dijo Seregil—. Oh, sí, Alec y yo hemos tenido una tarde muy ajetreada. Mañana nos marchamos a Cirna.

—Espera un momento. Me he perdido —le interrumpió Micum—. ¿Qué estabais buscando en la ciudad baja?

—Registros de embarque —contestó Seregil—. Según consta, el *Ciervo Blanco* pertenecía a una compañía comercial propiedad de la familia Tyremian de Rhíminee, pero resulta que había sido fletado en Cirna, así que es allí donde deben guardarse todos los registros.

Micum asintió lentamente.

—Entonces, ¿crees que hay alguna conexión entre el oro robado y la conspiración contra ti?

—Parece que las mismas personas estaban implicadas en ambos planes, y lo más probable es que se trate de los Leranos. Si me equivoco, no tendrá sentido continuar investigando.

Micum entornó la mirada, suspicaz.

—Esto tiene que ver con esa cosa a la que llamas tu instinto, ¿verdad?

—Incluso si fuera así, creo posible que esté en lo cierto —dijo Nysander—. El hecho de que Teukros contrajera grandes deudas con alguien de quien se sospechaba que podía formar parte de los Leranos huele a conspiración. ¿Qué podría ser mejor para ellos que asegurarse la conformidad de Barien a través de su amado sobrino? Debemos tratar de descubrir el destino final de ese oro a toda costa. Asumiendo, como Seregil ya ha mencionado, que el rastro todavía exista.

—Siempre hay una posibilidad —dijo Seregil—. ¿Qué me dices, Micum? ¿Vendrás al norte con nosotros?

Éste sacudió la cabeza.

—No parece que vayáis a necesitarme, y me imagino que Kari estará impaciente por que regrese. Pero os acompañaré hasta Watermead. Podéis compartir parte del viaje conmigo, si queréis.

—Prefiero marchar directamente, pero te lo agradezco de todas formas. Dependiendo de lo que averigüemos, es posible que os hagamos una visita al

regresar.

—Será mejor que no le mencione eso a Kari. —Micum esbozó una mueca cómica—. Si apareces de improviso y llamándome, siempre puedo echarle la culpa. ¿Cuánto tiempo crees que estaréis fuera?

—Depende de lo que encontremos. El *Ciervo* era un mercante de cabotaje que navegaba a ambos lados del istmo. Si tenemos que ir hasta algún puerto lejano, podrían ser semanas.

Se detuvo y se volvió hacia Nysander.

—Otra cosa. ¿Cuántas Órdenes Reales hubieran sido necesarias para desviar la ruta de ese oro?

—Sólo una, supongo. ¿Por qué lo preguntas?

—No estoy seguro —musitó Seregil—. Por lo que recuerdo, dijiste que Alben confesó haber falsificado *dos* Órdenes Reales, pero nada semejante se encontró en la casa de Teukros. Y eso significa que hay dos documentos sumamente poderosos, posiblemente con sus sellos correspondientes, que todavía no han sido encontrados.

Nysander frunció el ceño mientras consideraba las incontables implicaciones de este último comentario.

—¡Oh, Dioses!

Alec salió a trompicones de la última de sus pesadillas, con el hedor del depósito de cadáveres todavía prendido de la nariz. Corrió las cortinas de la cama y descubrió que la primera luz de la mañana entraba ya por su ventana. Lo que había oído no eran sino las salchichas que se freían en el piso de abajo.

—¡Gracias al Hacedor! —susurró, mientras pasaba una mano sobre su sudoroso rostro.

Había vuelto a dormir mal esa noche, zarandeado a través de sueños desquiciados en los que una amenazadora figura negra lo perseguía en los depósitos de cadáveres. La opresiva sensación de la pesadilla lo acompañó mientras se vestía y se dirigía escaleras abajo.

Seregil y Runcer se encontraban en el salón principal, discutiendo la posible disposición de una serie de baúles de viaje. «Lord Seregil» dejaba la ciudad para tratar de recuperarse de la conmoción provocada por la horrorosa experiencia que había vivido. Era necesario que se le viera marchar con el equipaje suficiente para una larga ausencia.

—Dejaremos todo esto en Watermead —estaba diciendo Seregil cuando Alec se unió a ellos.

—¿Qué debo responderles a quienes se interesen por Sir Alec y vos, señor? —preguntó Runcer.

—Diles que estaba demasiado trastornado para predecir la fecha de mi regreso. Oh, buenos días, Alec. Nos marcharemos tan pronto como hayas desayunado. Come deprisa.

—¿Y Sir Micum regresa a su casa? —preguntó Runcer.

—Sí, así es. —Micum apareció en la puerta del comedor en mangas de camisa—. Puedes informar a quien te pregunte que me marché a la casa de la mujer más hermosa de toda Eskalia, y que le echaré los perros a cualquiera que se atreva a molestarnos durante la próxima semana.

Runcer hizo una reverencia grave.

—Trataré de expresarlo con toda claridad, señor.

Mientras Alec devoraba sus salchichas y su té, Seregil paseaba inquieto de un lado a otro de la habitación.

—Cuando regresemos, volveremos a instalarnos en el Gallito.

—Lo prefiero —dijo Alec con alegría. Ya había tenido suficientes modales elegantes y criados excesivamente atentos. Terminó rápidamente su desayuno y siguió a Seregil a la calle donde, bajo la atenta mirada de Runcer, los esperaban sus monturas y un pequeño carro para el equipaje.

Se habían vestido como caballeros para abandonar la ciudad y el mozo de cuadra había ensillado a Cynril y Volador, pero Parche y Cepillo estaban entre los caballos de carga.

Era un día fresco, espléndido para cabalgar, y llegaron a la senda que conducía hasta Watermead poco después del mediodía.

Después de cruzar el puente, Alec y Seregil se escondieron entre los matorrales y se cambiaron de ropa. A partir de aquí viajarían como mercaderes.

—¿Pasaréis la noche en el Pony? —preguntó Micum mientras volvían a aparecer.

Seregil elevó la mirada hacia el sol.

—Si conseguimos llegar, sí.

—Saluda a Kari y a las chicas de mi parte —dijo Alec. Desvió la mirada hacia el valle, vio una pálida cinta de humo que se elevaba desde la chimenea de la cocina de Watermead y no le costó imaginar los cálidos aromas del pan caliente, las carnes asadas y las hierbas secas que, sin la menor duda, reinarían en el lugar.

Después de cambiar de monturas, Seregil ató a los caballos Auréren con las bestias de carga.

—Espéranos hasta que nos veamos —dijo a Micum mientras le tendía las riendas del carromato.

—Buena caza a los dos —contestó Micum. Se estrecharon las manos—. Y mucho cuidado con esos malditos caminos de cabras a los que en Cirna llaman calles. ¡Un mal paso y acabaréis con el trasero en la bahía antes de saber lo que os ha pasado!

Volvieron a cruzar el puente, viraron hacia el norte y, al llegar a la vía que conducía a Cirna, partieron a galope.

Las suaves colinas no tardaron en dar paso a un terreno más abrupto. A su izquierda, unos acantilados dentados caían a pico sobre el mar y podían ver la oscura inmensidad del Osiat, extendiéndose más allá de las islas costeras hasta perderse en el horizonte.

Después de un rato, se detuvieron para dejar descansar a los caballos. Seregil se quitó la capucha y dio un grito de alegría.

—¡Por la Tétrada, es bueno volver a encontrarse lejos de la calle de la Rueda!

—¿Tú también te sientes así? —sorprendido, Alec se volvió.

—¡Cada vez me cuesta más respirar allí! —exclamó Seregil mientras sacudía la cabeza—. Odio admitirlo, pero estos últimos años me he sentido bastante atrapado. Es un disfraz que ha cobrado vida propia. Una vez que descubras lo lejos que puede llegar, me comprenderás.

—¿Por eso nunca me habías hablado de ello? —preguntó Alec. La sensación de inquietud provocada por el sueño, junto a cierta irritación que seguía conservando en su interior desde que conociera el lugar, le prestaron a sus palabras un tono belicoso.

Seregil lo miró fijamente, sorprendido.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a todas aquellas semanas que pasamos en la ciudad sin que lo mencionaras una sola vez. Ni una sola. No hasta que pudiste someterte a otra de tus pequeñas pruebas.

—No me digas que todavía estás enfadado por eso.

—Supongo que sí —murmuró Alec—. Lo haces constantemente, ¿sabes? Lo de no decirme las cosas.

—Por los Dedos de Illior, Alec. Lo único que he hecho durante los últimos dos meses ha sido contarte cosas. ¡No creo que haya hablado tanto en toda mi vida! ¿Qué es lo que no te he contado?

—Pues para empezar, lo de la calle de la Rueda —le espetó Alec—. Hacerme entrar como un ladrón y luego arrojarme en medio de aquella fiesta...

—¡Pero ya te lo expliqué! ¿Vas a decirme que no te sentiste orgulloso de ti mismo una vez que se te pasó el susto?

—No es eso. —Alec se esforzaba por poner sus conflictivas emociones en palabras. Al final, explotó—. Simplemente, me hubiera gustado tener algo que decir al respecto. Claro que, ahora que lo pienso, no es que haya tenido mucho que decir en nada desde que nos conocemos. Después de todo lo que hemos pasado... ¡Por los Testículos de Bilarity, Seregil, te salvé la vida!

Seregil abrió la boca como si se dispusiera a responder y entonces, en silencio, picó espuelas y Cepillo comenzó a avanzar.

Alec, todavía enfadado pero horrorizado por su estallido, fue tras él. ¿Por qué las emociones fuertes parecían tomarlo siempre por sorpresa?

—Supongo que tienes razón al pensar así —dijo Seregil al fin.

—Seregil, yo...

—No, está bien. No te disculpes por haber dicho la verdad —la mirada de Seregil descendió por el cuello de Cepillo. Dejó escapar un profundo suspiro—. Era diferente cuando nos conocimos. No eras más que alguien que parecía necesitar ayuda y que podía resultar momentáneamente útil. Sólo después de abandonar Herbaleda me decidí a llevarte conmigo al sur.

—¿Después de Herbaleda? —Alec volvió el rostro hacia él. La rabia volvía a apoderarse de él—. ¿Me mentiste? ¿Todo aquello que me contaste sobre Eskalia y sobre convertirme en un bardo mientras estábamos en las Quebradas?

Seregil se encogió de hombros sin levantar la mirada.

—No lo sé. Supongo que sí. Quiero decir que también a mí me pareció una buena idea. Pero no estuve del todo seguro de lo apropiado que podías ser hasta el robo en casa del alcalde, en Herbaleda.

—¿Y qué hubieras hecho de no haber sido yo tan «apropiado»?

—Te hubiera dejado en cualquier parte, a salvo y con dinero en el bolsillo, y luego hubiera desaparecido. Ya lo he hecho otras veces con gente a la que he ayudado. Pero tú eras diferente, así que no lo hice.

Alec se vio sorprendido por un extraño sentimiento de camaradería mientras sus ojos se encontraban; como si acabase de tomarse un trago de brandy, una oleada calida estalló en su estómago y se extendió por todas partes desde allí.

—Sí, es cierto, al principio te mentí un poco —estaba diciendo Seregil—. Piensa a cuántos extraños has mentido desde que te uniste a mí. Es la naturaleza de nuestro trabajo. Sin embargo, te juro que desde Herbaleda he sido tan honesto contigo como me ha sido posible. Quería contarte más, prepararte, pero entonces caí enfermo —hizo una pausa—. En tu lugar, dudo que yo hubiera sido tan fiel. En todo caso, después de Herbaleda y de la emboscada del Bosque de Folcwine, comencé a pensar en ti como en un amigo, el primero que había hecho en mucho tiempo. Asumí que lo habías comprendido así y por esa asunción te pido que me perdones.

—No es necesario —murmuró Alec, azorado.

—Oh, ya lo creo que sí. Maldita sea, Alec, probablemente tú eres un misterio para mí tanto como yo lo soy para ti. Micum y yo éramos casi de la misma edad cuando nos conocimos. Vimos el mundo con los mismos ojos. ¡Y Nysander...! Siempre pareció conocer mis pensamientos antes que yo mismo. Contigo es tan... tan diferente. Parece que siempre acabo haciéndote daño sin ni siquiera darme cuenta de que es así.

—No es para tanto —musitó Alec, abrumado por tan inesperada sinceridad—. Lo que pasa es que a veces parece... como si no confiaras en mí.

Seregil rió con aire arrepentido.

—¡Ah, Alec! *Rei phóril tos tókun meh brithil, vrísh'ruü'ya.*

—¿Qué quiere decir eso?

Seregil le tendió la empuñadura de su puñal antes de decir:

—«Aunque arrojes un cuchillo a mis ojos, no flaquearé» —tradujo—. Es una solemne promesa de confianza y te la dedico con todo mi corazón. Puedes apuñalarme por la espalda si quieres.

—¿Es que te inventas esas cosas a medida que las dices?

—No, es genuina. Y te haré otras diez promesas igual de serias si es necesario para convencerte de que lo siento.

—Por el Amor del Hacedor, Seregil, sólo quiero que me hables de la calle de la Rueda.

—Muy bien, muy bien, la calle de la Rueda. —Seregil volvió a deslizar el puñal en el interior de la bota—. Todo comenzó después de que hubiera fracasado con Nysander. Me marché y viví en los barrios bajos durante algunos años. Una existencia dura. Fue entonces cuando aprendí el oficio de ladrón y todo lo demás.

Cuando regresé, me di cuenta de inmediato de que podía vivir estupendamente gracias a las intrigas de la nobleza de Eskalia. Tenía que establecerme de alguna manera, pero eso no resultó difícil. Mi pasado tormentoso, junto con mi estatus como pariente de la Reina, la novedad que reprensaba el hecho de ser un Aurénfaie y mis nuevas habilidades como ladrón y, en general, mi personalidad entrometida... — extendió los brazos de forma cómica—, todo ello me garantizaba el éxito en la sociedad de Rhíminee. Haciéndose pasar por un exiliado reformado, Lord Seregil no tardó en forjarse una reputación como interlocutor comprensivo, buen comprador de bebidas, juerguista impenitente y propietario carente de opiniones serias en cualquier asunto. En conjunto, una persona intrascendente y, por tanto, el hombre con el que todo el mundo estaba dispuesto a hablar. Me volví muy popular entre los nobles más jóvenes y, a través de ellos, comencé a obtener información muy valiosa. Después, no me fue muy difícil extender el rumor de que Lord Seregil, encantador como era, no siempre se mezclaba con las mejores compañías. Pronto se supo en los círculos apropiados que algunas veces podía ayudar a contratar a un personaje discreto pero misterioso que llevaría a cabo cualquier clase de misión por el precio adecuado.

—¿El Gato de Rhíminee?

—Exactamente. Nysander era el único que conocía mi secreto. Siempre le he sido más útil como espía de lo que lo fui como aprendiz. Sin embargo, incluso entonces me gustaba demasiado mi libertad como para interpretar el papel de noble todo el tiempo. Así que compré el Gallito y preparé algunas habitaciones en él. Nysander me ayudó a encontrar a Thirys. Por entonces, Cilla no debía de ser mucho mayor que Illia...

—Sí, pero ¿y *la calle de la Rueda*? —insistió Alec, que quería escuchar el final de la historia antes de que anocheciera.

—Me he vuelto a desviar del asunto, ¿verdad? Bueno, pasó el tiempo y los jóvenes nobles a los que había conocido se establecieron y comenzaron a su vez a tener a otros jóvenes nobles. Fuera un Aurénfaie o no, se esperaba de mí que hiciera lo mismo. Para conservar la confianza de aquellos de los que dependía para vivir, tenía que dar alguna señal externa de que era uno de los suyos. Comencé invirtiendo en negocios comerciales, y la verdad es que me fue bastante bien. Claro que, no es de extrañar, considerando la clase de información a la que tenía acceso. Aparte del dinero, mis supuestos negocios me proporcionaban una excusa perfecta para ausentarme buena parte del año. Desgraciadamente, la charada terminó por volverse demasiado costosa. Si no me gustase tanto Rhíminee, posiblemente hubiera matado a Lord Seregil para comenzar de nuevo en otro lugar. Sin embargo, por lo que a ti se refiere, todo esto se reduce a que a Sir Alec de Ivywell le espera una esmerada educación.

—¡Seré un anciano con una barba hasta las rodillas antes de que haya aprendido

la mitad de lo que esperas que aprenda!

La mirada de Seregil se perdió en el mar. Había en sus ojos un brillo burlón.

—Oh, lo dudo. Lo dudo mucho.

Pasaron aquella noche en el Pony, una respetable posada que se encontraba en el camino, y al amanecer volvieron a ponerse en marcha bajo un cielo despejado. A última hora de la mañana alcanzaron el extremo meridional del istmo que unía la península de Eskalia con el continente, al norte.

El puente de tierra, que sobresalía de las aguas como un espinazo blanquecino, no alcanzaba los ocho kilómetros de anchura en ningún punto. El camino discurría a lo largo de una cresta y Alec podía ver agua a ambos lados: el Osiat, de un color metálico y oscuro, y el Mar Interior, menos profundo, de un azul más pálido.

Poco después del mediodía llegaron a un pequeño puesto de guardia que custodiaba una bifurcación del camino. Desde allí las sendas divergían hacia el este y el oeste, en dirección a los dos puentes que a su vez conducían a los dos puertos del canal, Cirna y Talos. Tomaron la bifurcación de la derecha y no tardó en aparecer ante su vista el puente, que describía un suave arco por encima de la negra grieta del canal. Era una estructura sólida, lo suficientemente ancha para permitir el paso de los carros más pesados sin aglomeraciones.

—Hay una vista asombrosa desde aquí, ¿no crees? —dijo Seregil mientras tiraba de las riendas. En aquel momento varios carromatos venían desde el otro lado, seguidos por un grupo de gente a caballo.

Mientras miraba hacia el precipicio que se abría debajo de él, Alec sintió que un sudor frío comenzaba a descender por su columna vertebral. Había estado en el fondo de aquel abismo. Conocía su profundidad. En comparación, el gran puente parecía tan frágil como una tela de araña.

—¡Por los Dedos de Illior, te has puesto blanco! —dijo Seregil mientras lo examinaba—. Quizá sea mejor que desmontes. Mucha gente se pone nerviosa la primera vez que lo cruza.

Alec sacudió la cabeza rápidamente. Parecía tenso.

—No. No. Estoy bien. Lo que pasa es que... nunca he cruzado algo tan profundo.

Avergonzado por su repentina debilidad, sujetó las riendas con fuerza y picó espuelas con la mirada fija en una fila de mulas que caminaba pesadamente delante de él. Se mantuvo en el centro del puente tanto como el tráfico lo permitía e hizo lo que pudo para no pensar en lo que había debajo.

—¿Lo ves?, es perfectamente seguro —le tranquilizó Seregil, que cabalgaba a su lado—. Tan firme como el mismo camino.

Alec logró asentir. Desde muy abajo, les llegó el tenue crujido de los cabos y los remos; las voces de los marineros se alzaron como susurros fantasmales.

—Desde aquí hay una vista muy buena del puente del oeste —dijo Seregil, al mismo tiempo que atraía la atención de Alec hacia el lado izquierdo del puente.

Alec miró y, al instante, sus tripas se encogieron. Desde allí, el puente del oeste parecía la obra de un niño, construida con ramas secas por encima de una zanja, un juguete tendido sobre el imponente barranco. Cerró los ojos y apartó de sus pensamientos una imagen en la que el puente de piedra sobre el que se encontraba se derrumbaba de pronto.

—¿Cómo los construyeron?

—Los magos e ingenieros de antaño comprendían la importancia de la planificación. Construyeron primero los puentes y luego excavaron el Canal debajo de ellos.

Al llegar al otro lado del puente, Alec relajó sus agarrotados dedos y dejó escapar un suspiro de alivio.

Un camino de montaña descendía desde los acantilados al puerto. Cirna era una ciudad confusa formada por edificios cuadrados y abigarrados que flanqueaban un laberinto de calles estrechas, tan inclinadas en algunos lugares que resultaba difícil para los jinetes que bajaban por ellas no rodar por encima de las cabezas de sus caballos.

Aparentemente, sus habitantes parecían preferir desplazarse a pie, porque a muchas zonas de la ciudad sólo podía accederse atravesando estrechas escaleras.

Sujeto a la parte trasera de la silla, Alec recorrió con la mirada toda la bahía hasta localizar las destellantes columnas de Astellus y Sakor, su primera visión del reino de Eskalia. Ahora, los navíos anclados en el puerto eran mucho menos numerosos. Las tormentas invernales impedían a todos los barcos, salvo los más resistentes, salir a navegar.

Cuando, después de descender por un camino sinuoso, llegaron por fin a la aduana situada junto al puerto, los dos estaban más que deseosos de poner pie en tierra. Entraron en el encalado edificio y se encontraron a una mujer rubicunda, calzada con unas botas manchadas de sal, que trabajaba en una mesa atestada de documentos.

—Buenos días —los saludó, mientras estampaba un sello en el lacre—. Soy Katia, maestre del puerto. ¿Puedo ayudaros en algo, caballeros?

—Buenos días —replicó Seregil—. Me llamo Myrus, mercader de Rhíminee. Éste es mi hermano Alsander. Hemos venido para intentar localizar un cargamento que se extravió hace poco menos de tres años.

La mujer frunció el ceño con aire dubitativo y sacudió la cabeza.

—Entonces os espera un duro trabajo, me temo. ¿Sabéis cuántos barcos pasan por el puerto cada estación?

—Tenemos el nombre del barco y el mes de su llegada, si eso es de alguna ayuda

—intervino Alec—. Era el *Ciervo Blanco*, un mercante de velas cuadradas propiedad de la familia Tyremian y registrado en Cirna. Debió de haber recalado aquí a principios de Erasin.

—Bueno, eso es un comienzo —abrió una puerta y los condujo hasta una sala llena desde el suelo hasta el techo con estantes atestados de pergaminos.

—Si todavía tenemos el registro de su entrada, tiene que encontrarse aquí, en alguna parte. Normalmente, a estas alturas ya nos hubiéramos desecho de él, pero el anterior maestro del puerto murió hace algún tiempo y todavía no he podido ponerme al día con el trabajo.

La mujer se dirigió al fondo de la sala, examinó los estantes y escogió un documento al azar. El movimiento levantó una espesa nube de polvo que hizo estornudar a Seregil y a Alec.

—Abrid la ventana que tenéis detrás de vos, joven señor, antes de que nos asfixiemos —jadeó Katia, mientras se limpiaba el polvo de la nariz.

Alec abrió los postigos. Ella volvió a sacudir el pergamino, lo abrió y lo sostuvo en alto frente a la luz.

—Aquí podéis ver cómo está organizado, señores. Arriba está el nombre del barco y el del capitán, seguidos por la fecha de atraque y una lista detallada de los cargamentos embarcados y desembarcados. Estos sellos al pie pertenecen al capitán y a los diferentes mercaderes. Este grande de aquí es el del maestro del puerto. Os dejaré solos. No olvidéis cerrar las ventanas cuando salgáis y devolver las cosas al lugar donde las encontrasteis.

No había sistema alguno de clasificación de los documentos, salvo una sencilla organización cronológica. Después de examinar algunos pergaminos y comprobar sus fechas, consiguieron reducir el campo de su búsqueda a unos pocos estantes. Envueltos en nubes de polvo y estornudando sin parar, fueron registrando pila tras pila de amarillentos y mohosos documentos.

Las escrituras, realizadas a bordo de los barcos una vez anclados, resultaban sumamente difíciles de descifrar... especialmente para Alec, que todavía no había aprendido del todo a leer.

Mordisqueándose ausente el labio, logró avanzar a través de una serie de nombres garabateados: *El Perro*, *El Ala del Draco*, *Los Dos Hermanos*, *Lady Rigel*, *Pluma Plateada*, *Coriola*, *Niebla del Mar*, *El Reyzeuelo*...

Absorto como estaba en descifrar los diferentes nombres, estuvo a punto de pasarse por alto un documento que rezaba: *Ciervo Blanco*.

—¡Aquí está! ¡Lo encontré! —exclamó triunfante.

Seregil volvió a estornudar y, sin preocuparse por los buenos modales, se limpió la nariz en la manga.

—Yo también tengo uno. Al parecer, el *Ciervo* era un pequeño transporte que

navegaba por la costa norte, a ambos lados del canal. Eso significa que debe de haber un cierto número de registros alrededor de aquella fecha. Sigue buscando hasta un buen tiempo después de la fecha en que desapareció. No queremos que se nos pase ninguno por alto.

Encontraron ocho en total y los dispusieron sobre el suelo de acuerdo a las fechas.

—Es lo que me temía —murmuró Seregil, mientras los leía—. En general, el *Ciervo* realizaba travesías regulares. Veamos: suministros diversos para estas tres pequeñas ciudades del oeste... regresaba con cargamentos para comerciar... cueros, cuerno, algo de platería. Las travesías hacia el este parecen haber sido en general a las minas de la costa norte del Mar Interior: herramientas y suministros, aceite, tela, medicinas... Lo mismo aquí, aquí y aquí.

—¿Alguna travesía fuera de lo habitual? —preguntó Alec, agachado detrás de él.

—Bien pensado. Hay algunos: aves a Myl, vino a Nakros, seda y un cargamento de cera perfumada. Tres grandes tapices para una tal Lady Vera en Areus, un centenar de fardos de hilo de lana...

—Sería difícil confundir cualquiera de éstos con un cargamento de oro.

—Muy cierto. Además, sospecho que nuestros amigos Leranos fueron lo suficientemente astutos como para ocultar ese oro en algo grande y pesado que no llamara la atención. Aquí hay hierro, herramientas, maderos...

—Eso no nos sirve de mucho —dijo Alec—. Después de tres años, ¿cómo podemos adivinar en cuál de ellos se encontraba? ¡Es imposible!

—Probablemente. —Seregil caminó hasta la ventana, miró al puerto y volvió a estornudar—. ¡Por los Testículos de Bilairy! ¡No me extraña que no podamos pensar con claridad! Guárdate esos documentos, Alec. Lo que necesitamos es aire fresco. Daremos un paseo para aclararnos las ideas y luego nos aclararemos los polvorientos gaznates con una buena jarra de cerveza de Cirna.

La noche caía rápidamente a la sombra de los acantilados, pero la luna, en cuarto creciente, iluminaba su camino mientras vagaban entre las calles situadas detrás de los muelles. Absorto en sus pensamientos, Seregil no parecía por una vez inclinado a charlar, así que pasearon en silencio durante casi una hora. Al cabo de ese tiempo, se encontraban en una plaza abierta con una excelente vista del puerto.

Las grandes fogatas encendidas en lo alto de los Pilares resplandecían a esa hora, y sus reflejos mezclaban destellos de luz amarillenta con las chispas de luz de la luna, como si un gigante hubiese arrojado un puñado de monedas de plata y oro sobre la oscura superficie del mar.

—Ese es el lugar que necesitamos —dijo Seregil, mientras conducía a Alec hasta una cervecería próxima.

El lugar estaba confortablemente iluminado y muy concurrido. Se abrieron

camino a través de la sala llena de humo hasta llegar a una mesa de la esquina, donde tomaron asiento con sus jarras. Seregil volvió a leer los registros y se reclinó en su silla con un suspiro de resignación.

—Esto me desconcierta, Alec —después de tomar un largo trago de su jarra, la hizo rodar entre sus manos, con aire pensativo—. La verdad es que no esperaba encontrar nada. Pero tener estos malditos documentos en las manos y no poder descubrir la verdad... ¡Es peor que no encontrar nada en absoluto!

Alec se inclinó sobre los pergaminos.

—¿De verdad crees que aquí hay alguna pista?

—Odio pensar que algo se me está pasando por alto si se encuentra aquí —disgustado, Seregil volvió a tomar un trago y entonces se sentó, con la mirada perdida en el fondo ahora vacío de la jarra, como si esperara que la respuesta de un oráculo flotase hasta la superficie—. Veamos una última vez. No, mejor aún, léemelos tú.

—Eso nos llevará toda la noche —protestó Alec—. Sabes que no se me da nada bien.

—Eso es precisamente lo que quiero. Pienso mejor cuando escucho y será todavía mejor si vas despacio. Simplemente lee la columna «Saliente».

Inclinando los documentos para aprovechar la tenue luz de la chimenea, Alec comenzó a leer con voz dubitativa.

Seregil se apoyó sobre la pared, con los ojos medio cerrados. Aparte de ayudarlo con algunas palabras problemáticas, apenas dio señales de interés hasta que Alec se encontraba a mitad del cuarto registro.

—«... tres cajas de pergamino, diez cajones de velas de sebo...» —leía, marcando cada partida con un dedo—, «sesenta y cinco sacos de cebada, cuarenta barriles de sidra, treinta rollos de cuerda, cincuenta cinceles de hierro, doscientas cuñas, tres docenas de mazos, dos cajones de mármol para estatuas, veinte rollos de cuero...».

Seregil abrió los ojos y parpadeó.

—Eso tiene que estar equivocado. Te has confundido con la columna de «Bienes Recibidos».

—No. —Alec le mostró el documento—. Lo dice bien claro «Bienes Salientes». Y, debajo, «pergaminos, velas, cebada...».

Seregil se sentó derecho y examinó con la mirada entornada el lugar que él señalaba.

—«... cuerda, cinceles...». Tienes razón, dice que es mármol. Pero según consta, este es un envío para una mina en la costa del Osiat —su voz se tornó un susurro—. ¡No, una cantera! Aquí dice que está destinado a las canteras de Ilendri.

—¿Y?

Seregil dio una fuerte palmada sobre el hombro del muchacho y alzó una ceja.

—¿Por qué pagaría alguien para transportar dos gruesos bloques de una fina piedra de tallar a una cantera de piedra?

—¡Por los Calzones de Bilairy! ¡Eso es!

—Quizá. A menos que realmente fuera mármol lo que hubiera en aquellos cajones, enviado por alguna razón que no tenemos manera de conocer. Y, sin embargo, resulta sospechoso.

—¿Y eso dónde nos deja?

—¿En este momento? —sonriendo, Seregil reunió los desperdigados documentos y se levantó para marcharse—. Esto no deja en una cervecería barata con cuartos comunes en el piso de arriba. Creo que nos hemos ganado un aposento más limpio y una buena cena. Mañana veremos lo que podemos averiguar en los muelles.

—¿Y qué hay de la cantera de Ilendri? ¿No tendríamos que ir allí?

—Como último recurso, puede ser, pero tardaríamos una semana en ir y volver, y estoy seguro de que el oro ya no se encontrará allí. De hecho, dudo que alguna vez supieran que lo tenían. No, sospecho que encontraremos las respuestas que buscamos mucho más cerca de casa.

Problemas en el camino

Pasaron los siguientes días en los muelles azotados por el viento, tratando de localizar otros barcos que siguieran las mismas rutas que el *Ciervo Blanco*. Aunque encontraron varios navíos, sus pesquisas no les proporcionaron información demasiado útil hasta el cuarto día, cuando arribó al puerto un pequeño y sólido mercante llamado la *Libélula*, con un cargamento de piedra en las bodegas.

Alec y Seregil esperaron apoyados contra una pila de cajones mientras observaban a los estibadores descargando bloques de distintas clases en los muelles. Los bloques más grandes y toscos estaban envueltos en redes de gruesa cuerda para prevenir que rozasen los unos contra los otros durante la travesía. Los más delicados y frágiles se protegían con armazones de madera y lonas.

—Debe de haberse detenido en varias canteras antes de llegar aquí —murmuró Alec.

—Esperemos que la de Ilendri sea una de ellas —le contestó Seregil en voz baja.

Se aproximaron al embarcadero y comenzaron a examinar las diferentes piezas como si estuviesen considerando la posibilidad de una compra. Todavía vestían como mercaderes, y sus respetables abrigos no tardaron en atraer la atención del capitán del *Libélula*.

—¿Estáis en el negocio de la piedra, señores? Como veis, tengo algunos bloques realmente magníficos —les dijo desde la barandilla.

—Ya lo veo —contestó Seregil, posando la mano sobre un bloque de granito negro y brillante—. Estoy buscando mármol. De calidad, para estatuas.

—¡Entonces estáis de suerte, señor! —el hombre se abrió paso entre los trabajadores y los condujo hasta un grupo de cajones—. Aquí tengo una magnífica selección: rosa, negro, gris y un delicado blanco tan puro como la pechuga de una paloma. Veamos, ¿dónde estaba esa pieza de Corvinar? Era especialmente buena.

Después de consultar los diversos emblemas marcados en los costados de los cajones, fue señalando algunos aquí y allá.

—Aquí tengo un negro muy elegante, señor y éste de aquí es blanco. ¿Tenéis algo especial en mente?

—Bien. —Seregil habló con lentitud, mientras miraba uno de los cajones—. A decir verdad, no sé mucho sobre esto, pero he oído que el mármol de Ilendri es particularmente bueno.

—Puede que lo fuera en tiempos de vuestro padre, señor, pero actualmente es muy poco lo que viene de allí —le contó el capitán con un leve aire de condescendencia—. El mármol está prácticamente agotado en Ilendri, aunque todavía extraen algunos bloques pequeños. Da la casualidad que traigo unos pocos conmigo

pero, la verdad, creo que éste otro os complacería más.

—Quizá —dijo Seregil, mientras se llevaba una mano a la barbilla—, pero me gustaría ver el de Ilendri... si no es inconveniente.

—Como gustéis —el capitán buscó entre los cajones hasta encontrar una pequeña caja que se encontraba medio escondida entre las otras. La abrió y les mostró un pequeño bloque de mármol gris recorrido por vetas de óxido.

—Como podéis apreciar, la calidad es inferior.

—La mina es propiedad de Lord Tomas, ¿no es cierto? —preguntó Seregil con aparente ingenuidad mientras fingía examinar la piedra con interés.

—No, señor. El dueño es un viejo llamado Emmer. Sus sobrinos y él sobreviven cortando bloques como éste. La mayoría se utiliza para hacer miliarios de caminos y cosas así.

Era un cajón muy pequeño y Alec tuvo que rodear al capitán para poder mirar en su interior. Al hacerlo, pudo ver por vez primera los emblemas grabados al fuego en uno de los costados; uno de ellos le resultaba muy familiar: un pequeño lagarto hecho un ovillo.

—¿Qué significa esto? —preguntó, tratando de ocultar la excitación que repentinamente se había apoderado de él.

—Son marcas de embarque. Las utilizamos para poder seguir la pista al cargamento. La marca de la libélula es la mía. Se pone cuando los cajones suben a bordo. La siguiente es la del capataz de los muelles...

—¿Y este pequeño lagarto?

Sintiendo que había en sus palabras algo más que mera curiosidad, Seregil lanzó una rápida mirada a Alec.

—Eso es la marca de la cantera, señor. Lo llamamos el tritón de Ilendri.

—Es un interesante diseño... bloque, quiero decir —tenía que apartar a Seregil del capitán sin llamar la atención—. Creo que nos serviría perfectamente, ¿no es así, hermano?

—Para el jardín, quizá —dijo Seregil, siguiéndole el juego. Con la mano todavía en la barbilla, entornó la mirada, como si estuviese considerando algo—. Aunque me parece que Madre había pensado en algo más grande para el nicho del salón grande. ¿Qué te parece si nos llevamos este bloque y el blanco que el capitán nos recomienda?

Alec esperó impaciente mientras Seregil pagaba por la piedra y organizaba su transporte, y entonces lo arrastró lejos del muelle.

—¿A qué venía todo eso? —susurró Seregil—. Aunque venga de Ilendri, ese pedazo de piedra no vale...

—¡No pretendía que la compraras! —dijo Alec, cortándole en seco—. Era la marca... el tritón de Ilendri... ¡Lo he visto antes!

Seregil se detuvo.

—¿Dónde?

—En el castillo de Kassarie. Estaba en uno de los viejos tapices del salón, en una esquina, como si fuera la marca del artesano. No sé por qué me llamó especialmente la atención, salvo porque me gustó su aspecto.

—¿Y estás seguro de que los tapices eran antiguos? ¿Quizá de varias generaciones atrás?

—¿Los tapices? —preguntó Alec, incrédulo. No era el momento para perderse en disquisiciones artísticas—. Vaya, creo que sí. Eran como aquellos que me mostraste en la Casa Oréska, los de los fantásticos diseños de los bordes. Recuerdo que dijiste que te gustaba su estilo más que el de los nuevos.

Seregil pasó un brazo alrededor de los hombros de Alec con una risotada.

—¡Por los dedos de Illior, tu memoria es tan buena como la mía! ¿Estás seguro de que los dos lagartos eran el mismo?

—Sí pero ¿qué importa que los tapices fueran o no antiguos?

—Importa, porque unos tapices nuevos podrían haber sido comprados y, en ese caso, la marca podría no ser más que una coincidencia. Pero si son antiguos, es mucho más probable que fueran hechos por algún miembro de la servidumbre de Kassarie, alguien que vivía en el castillo: los tejió allí y utilizó el tritón como firma. Sospecho que sé quién poseía esa cantera antes de que fuera cerrada...

—¡Te apuesto un bloque de feo mármol a que era Lady Kassarie a Moirian!

Unas palabras con el capitán del *Libélula* bastaron para confirmar que Alec estaba en lo cierto. Según él, Lady Kassarie había regalado la explotación, por entonces poco rentable, a un viejo criado, en recompensa por sus muchos años de servicio. El viejo seguía utilizando el «tritón» como marca en señal de respeto hacia su antigua señora.

—Parece que volvemos al sur —dijo Seregil, frotándose las enguantadas manos con aire satisfecho mientras volvían a la posada para recoger los caballos.

—¿No vamos a la cantera?

—No. Gracias a tu inagotable curiosidad, creo que hemos encontrado la clave de nuestro pequeño problema. Podemos estar en Watermead antes de medianoche, lo que significa que mañana llegaremos a Rhíminee. Y después le haremos una visita a Kassarie. Parece que esa pequeña y afectuosa doncella tuya resultará de utilidad después de todo.

—Estás ansioso, ¿verdad? —preguntó Alec con una sonrisa franca.

Seregil se inclinó hacia él. En su rostro se leía una impaciencia sombría.

—Limpiar mi nombre resultó un alivio. Darle a los Leranos una buena patada en el trasero va a ser un verdadero placer.

En su apresuramiento y regocijo, ninguno de los dos reparó en los dos

trabajadores que se separaban de un grupo de estibadores y comenzaban a seguirlos a través de la muchedumbre.

Después de volver a cruzar el istmo, rehicieron el camino que los había traído hasta allí a lo largo de la costa. Aquella tarde la vía estaba muy poco transitada y, al cabo de varias horas de viaje, solamente se habían encontrado con unos cuantos carromatos y una patrulla de la guarnición.

Poco después de la puesta de sol, el camino describía un acusado giro. Al doblarlo, se encontraron con que el paso había sido bloqueado por un alud de rocas. Se podía atravesar el obstáculo, pero para ello había que acercarse peligrosamente al borde de los acantilados. En aquel lugar, con pared de roca lisa a un lado y una terrible caída hasta el mar al otro, el camino era especialmente estrecho.

—Este desprendimiento debe de haberse producido muy recientemente. —Seregil frunció el ceño, tiró de las riendas e inspeccionó las rocas—. De otro modo, esa patrulla con la que nos hemos cruzado lo habría limpiado o nos habría avisado.

Alec miró de soslayo los pocos metros existentes entre las rocas amontonadas y el borde del acantilado.

—Será mejor que desmontemos y llevemos los caballos de las riendas.

—Buena idea. Cubre la cabeza de Parche con tu capa, no vaya a ser que se asuste. Tú irás el primero.

Después de asegurar las riendas alrededor de su puño, Alec trató de calmar a la nerviosa yegua con palabras tranquilizadoras mientras el animal avanzaba tropezando con piedras sueltas. Podía escuchar a Seregil, a su espalda, haciendo lo mismo en lengua Aurénfaie. Se encontraba a menos de tres metros de la seguridad cuando escuchó el primer traqueteo de piedras encima de su cabeza.

—¡Cuidado! —gritó. Pero ya era demasiado tarde. Las rocas caían a su alrededor por todas partes. Parche soltó un relincho aterrorizado y comenzó a tirar de las riendas.

—¡Vamos! —gritó. Un fragmento de roca le causó un profundo corte en la mejilla y se encogió. Detrás de él, Cepillo ya estaba retrocediendo y Seregil gritaba una advertencia ininteligible.

Con una súbita sacudida de la cabeza, Parche arrojó la capa al suelo y se precipitó hacia delante. Incapaz de soltar las riendas, Alec perdió el equilibrio y cayó al precipicio.

Durante un instante terriblemente prolongado, se vio suspendido en el aire. Más de trescientos metros debajo de él, las olas rompían contra la base del acantilado. En el mismo momento, vio por el rabillo del ojo que algo grande —hombre, bestia o roca— caía al abismo.

Antes de que tuviera tiempo de hacer nada, Parche tiró de él hacia atrás y chocó

contra la cerviz del animal como un pescado arrojado contra el costado de una barca. Agitó los brazos salvajemente tratando de encontrar dónde sujetarse; su mano libre se aferró a la melena del animal y, presa de un terror ciego, se encaramó a él mientras éste retrocedía por el camino y, milagrosamente, lo devolvía a la seguridad del otro lado. Finalmente, consiguió poner los pies en los estribos y tiró de las riendas con todas sus fuerzas.

Se habían apartado por completo del desprendimiento. Con el corazón en un puño, Alec volvió grupas y comenzó a buscar a Seregil.

El camino estaba ahora completamente bloqueado; el último alud había arrojado un montón de rocas que se habían acumulado sobre el mismo borde del acantilado. Ni Seregil ni su caballo se encontraban a la vista.

—¡Seregil! ¡Seregil! ¿Dónde estás? —gritó Alec. Pidió a los Dioses que le llegara alguna respuesta desde el otro lado de las rocas.

Todavía no se atrevía a mirar en la dirección más probable.

Mientras giraba sobre sus talones, desesperado, algo llamó su atención en el mismo lugar en que las rocas amontonadas se unían al precipicio. Parecía ser un jirón de tela roja, la misma tela de la capa de Seregil.

Corrió hasta allí y lo encontró hecho un ovillo y medio enterrado en grava y polvo. La sangre resbalaba lentamente por todo su rostro desde un profundo corte que tenía en la frente, y asimismo goteaba por las comisuras de sus labios.

—¡Por el Amor del Hacedor! —jadeó Alec, mientras apartaba las piedras del pecho de Seregil—. ¡Que no esté muerto! ¡Que no esté muerto!

La mano derecha de Seregil se agitó y uno de sus grises ojos parpadeó y se abrió.

—¡Gracias a la Tétrada! —gritó Alec. Casi rompió a llorar de alivio—. ¿Estás muy grave?

—Aún no lo sé —dijo Seregil con voz áspera. Volvió a cerrar los ojos—. Pensé que te habías despeñado.

—¡Y yo creí que tú lo habías hecho!

Seregil dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Cepillo, pobre Cepillo...

Con un estremecimiento, Alec recordó lo que había visto caer mientras colgaba suspendido sobre los acantilados.

—Había tenido ese caballo ocho años —gimió Seregil con voz débil. El polvo que había debajo de sus ojos se humedeció—. ¡Bastardos! Han matado a mi mejor caballo en una emboscada.

—¿Emboscada? —preguntó Alec, preguntándose si Seregil estaría completamente consciente después de todo.

Pero sus grises ojos ya estaban completamente abiertos y alertas.

—Cuando las rocas comenzaron a caer, alcé la mirada y pude ver la silueta de un

hombre perfilada contra el cielo.

Alec se volvió, inquieto. Miró hacia lo alto pero no vio nada.

—Cuando veníamos hacia aquí, un poco más allá, vi un pequeño camino de montaña que ascendía hacia las rocas. Está al otro lado del recodo. Apuesto a que subió por ahí.

—Eso lo explicaría.

—Pero si todavía se encuentran allí, me habrán visto reaparecer. Tenemos que marcharnos cuanto antes.

—No, espera. —Seregil se mantuvo inmóvil un instante, reflexionando—. Sean quienes sean, parecen saber lo que se hacen. Si huimos ahora, nos seguirán el rastro y acabarán el trabajo.

—¿Y qué hay de las guarniciones del camino? Debemos de estar a unos siete kilómetros de una de ellas.

—Más que eso, me temo. Con sólo un caballo y a estas horas de la tarde, dudo que lo lográramos.

—¡Entonces estamos atrapados!

—Calma, Alec, calma. Con un poco de suerte, podríamos prepararles una trampa. Aunque requerirá un poco de interpretación por tu parte —se movió ligeramente, palpó debajo de su muslo izquierdo y entonces dejó escapar un gemido débil y angustiado—. Oh, demonios. He perdido mi espada. Debe de haberse soltado mientras trataba de salir de aquí.

—Yo todavía tengo la mía —le tranquilizó Alec, temiendo que estuviera seriamente herido, después de todo—. La había colgado de la silla.

—Ve a traerla, entonces, pero no te dejes ver demasiado. Haz que parezca que me estoy muriendo y que eres presa del pánico.

—¿Quieres que lo atraiga para que trate de acabar con nosotros?

—Exactamente, aunque sospecho que debe haber más de uno. Déjales creer que se enfrentan sólo a un muchacho aterrorizado y un hombre moribundo. Busca en mi bota. ¿Sigue el puñal ahí? Entonces todavía me queda algún colmillo para morder. Vamos. Date prisa. No tenemos mucho tiempo.

Alec se deslizó de vuelta al camino. Cada segundo que pasaba esperaba sentir una flecha atravesándole los omóplatos. Tratando de actuar como si estuviera aterrorizado, logró esconder la espada en el interior de una manta enrollada y se la llevó, junto con un odre de agua para Seregil.

Aunque estaba gravemente magullado, Seregil parecía haber escapado con los huesos intactos. Mientras el sol comenzaba a sumergirse en el mar delante de ellos, se prepararon para esperar.

Alec, la espada desenvainada y escondida bajo su rodilla extendida, se agazapó de espaldas al acantilado. Seregil yacía recostado ligeramente contra las rocas, con la

daga escondida debajo de la manta.

No tuvieron que aguardar demasiado. Mientras el último pigargo abandonaba su nido, escucharon el ruido de unos cascos contra las rocas. Unos jinetes se aproximaban desde más allá de la curva que el camino describía hacia su izquierda.

Un momento después, dos hombres a caballo hicieron su aparición al trote. Estudiándolos bajo la luz rojiza del anochecer, Alec pudo ver que se trataba de dos individuos de aspecto duro, vestidos con toscas ropas de viaje. Uno de ellos era enjuto, de cabello sucio y desordenado, y tenía un rostro alargado y sombrío. Su compañero era rechoncho, de cara rojiza, y alrededor de su calva coronilla le crecía un pelo castaño y rizado.

—Tienen que ser ellos —murmuró Seregil a su lado—. Interpreta tu papel lo mejor que puedas, amigo mío. No creo que tengamos más que una oportunidad.

Los jinetes no trataron de ocultar sus intenciones. Se aproximaron al borde del desprendimiento, desmontaron y desenvainaron sus espadas.

—¿Cómo está tu amigo, muchacho? —preguntó el calvo a Alec con una sonrisa siniestra.

—¡Se está muriendo, maldito hijo de perra! ¿Es que no podéis dejarlo en paz? —le espetó Alec, tratando de conseguir que su voz revelase el miedo que sentía.

—No sería muy piadoso dejarlo agonizar de esa manera, ¿no crees, muchacho? —dijo el otro con voz calmada. Tenía el mismo aire de aplomo desapasionado que Alec había visto en Micum Cavish; era un asesino que conocía bien su oficio—. Y, además, para eso estamos aquí, ¿no?

—¿Qué queréis de nosotros? —Alec se estremeció mientras sujetaba su espada con más fuerza.

—No tengo nada contra tu amigo o contra ti —replicó el hombre de pelo gris mientras avanzaba un paso entre las rocas—. Pero hay gente a la que no le gusta que se ande metiendo la nariz en sus asuntos. Ahora, pórtate como un buen chico y seré rápido. Habré acabado antes de que te enteres.

—¡No quiero morir! —Alec se irguió y lanzó una piedra a los hombres con la mano izquierda. La esquivaron con facilidad y Alec retrocedió, como si pretendiera huir.

—Ocúpate del otro, Trake —ordenó el del pelo gris, señalando a Seregil, que seguía tendido sobre el suelo—. Yo traeré al cachorro.

Alec retrocedió unos pasos más y entonces se quedó inmóvil como una liebre aterrorizada. Esperó hasta que su enemigo se encontrara al alcance de su espada y entonces, la levantó y golpeó.

En aquel momento crítico, la gravilla suelta que había bajo sus pies le hizo resbalar y le impidió propinar un golpe letal. No obstante, logró acertar a su enemigo con la fuerza suficiente como para hacerle perder el equilibrio. Trató de erguirse y

golpear a Alec, pero en vez de ello tropezó y cayó pesadamente junto al borde del acantilado.

En aquel mismo instante un aullido estrangulado se elevó a la espalda de Alec, pero no se atrevió a mirar atrás. Su oponente había conseguido ponerse en pie y comenzaba a acercarse de nuevo a él.

—Así que truquitos, ¿eh? —lo miró airado—. Te estrangularé con tus propias tripas, muchacho, y luego te aplastaré.

Alec estaba en desventaja y lo sabía. Sin detenerse a pensar, recogió otra piedra del tamaño de un puño y se la arrojó. Golpeó al asesino en plena frente. Aturdido, éste retrocedió y volvió a caer junto al borde del precipicio. Podría haberse detenido allí si su caída no hubiera soltado más rocas. Con un retumbar sordo, una sección entera de escombros cedió justo debajo de donde Alec se encontraba y arrastró al asesino al abismo.

Sacudiendo los brazos desesperadamente, Alec cayó de espaldas y comenzó a precipitarse hacia al muerte. Impotente y demasiado aterrorizado hasta para gritar, miró fijamente al cielo, sabiendo que sería lo último que vería en su vida.

Entonces, inesperadamente, una fuerte mano lo sujetó por el hombro izquierdo. Aferrándose a ella, Alec se deslizó aún unos pocos centímetros y finalmente se detuvo al borde mismo del acantilado, con los pies en el aire. Apenas se atrevía a respirar. Alzó la mirada. Seregil se encontraba sobre él, tendido de bruces, tan estirado como le era posible, el rostro blanco a causa del polvo o del miedo.

¡No te muevas!, leyó en sus labios. Y luego, con un débil susurro, le dijo:

—Rueda sobre ti mismo, hacia los caballos. Estamos a menos de un metro de tierra firme. Cuidado con la espada. Trata de no perderla si puedes evitarlo.

Las piedras sueltas temblaban traicioneras debajo de ellos mientras rodaban hacia la estrecha franja de camino que el último desprendimiento había dejado libre. La alcanzaron justo cuando otra capa de piedras cedía. Se ayudaron mutuamente a ponerse en pie y caminaron entre las piedras hacia la seguridad, mientras un nuevo derrumbamiento caía por el acantilado, llevándose consigo el cuerpo del otro asesino, al que Seregil había tomado por sorpresa al comienzo del ataque.

Todavía aferrados el uno al brazo del otro, se volvieron para contemplar cómo las últimas rocas caían a plomo sobre el mar.

—No sé cuántas veces al día podré soportar ver que estás a punto de morir.

—Dos veces es mi límite —jadeó Alec, mientras caía de rodillas. Al tiempo que lanzaba una mirada atrás, hacia lo que había estado a punto de ser el escenario de su muerte, entrevió un brillo metálico cerca de lo alto del montón de piedras que quedaban—. Seregil, mira allí. ¿Lo ves?

—Vaya, que me aspen. —Seregil se aproximó cojeando a las rocas y, con todo cuidado, recuperó su espada. La empuñadura estaba rayada y había perdido un

nervio, pero la vaina la había protegido, impidiendo que sufriera daños de consideración.

—*¡Aura elthe!* —exclamó, sin preocuparse por ocultar su alivio—. Mi abuelo me regaló esta espada cuando yo era más joven que tú. Ese último desprendimiento debe de haberla desenterrado. ¡Dos caballos nuevos y ahora esto! Parece que nuestros inesperados visitantes nos han hecho más de un favor antes de marcharse.

De regreso

A primeras horas de la mañana llegaron a Watermead. Seregil fue el primero en entrar en el patio. Micum se encontraba allí, rodeado por sus sabuesos.

—¿Ya habéis vuelto? —dijo el hombretón, levantando la mirada. Sin embargo, su sonrisa se desvaneció tan pronto como puso la vista sobre ellos—. ¿Qué demonios os ha pasado?

—Parece ser que llamamos un poco la atención en Cirna —contestó Seregil, mientras desmontaba con dificultades y entraba cojeando en la casa.

—Nos tendieron una emboscada en el camino de vuelta —le explicó Alec—. Creo que eran asesinos.

—¿Estás seguro?

Seregil enarcó una ceja con aire irónico.

—No pudimos charlar mucho con ellos, pero sí, yo diría que tiene razón. Lo más probable es que me hayan vigilado desde que Thero salió de la Torre con mi cuerpo.

—¡Me parecía haber oído voces familiares! —dijo la voz de Kari. Salió de su habitación y entró en el salón. Estaba muy pálida—. ¡Seregil, estás herido! Traeré mis hierbas.

—Estoy bien —la tranquilizó él, mientras tomaba asiento en un banco junto al fuego—. Hemos dormido en un puesto de la guarnición esta noche. Su cirujano se ocupó de mí. No obstante, me iría bien un baño caliente.

—Le diré a Ama que ponga amentos de abedul y hojas de árnica en el agua para aliviar la herida. De todas formas, un poco de infusión de corteza de sauce no te hará ningún daño.

—Está un poco pálida —comentó Seregil—. Ha estado enferma, ¿verdad?

—Enferma no, exactamente —replicó Micum, sin mirar a su amigo a los ojos—. Más bien... indispuesta.

Seregil estudió la expresión de Micum un instante y entonces se dibujó en su rostro una sonrisa de complicidad.

—Conozco esa mirada. Está embarazada de nuevo, ¿verdad?

—Bueno...

—Oh, vamos. Díselo de una vez —dijo ella, que regresaba con un par de jarras—. ¡No sirve de nada tratar de ocultarle las cosas!

—¿Entonces es cierto? ¿Lo estás? —exclamó Seregil—. ¡Por los Testículos de Bilairy, Micum! ¿Cuánto hace que lo sabes?

—Me lo dijo cuando volví a casa, el otro día. El niño nacerá a finales del verano, si el Hacedor quiere.

—Si el Hacedor quiere —repitió ella, posando las manos sobre la parte delantera

de su delantal—. Conmigo no siempre han ido bien las cosas y ya estoy mayor para un embarazo. La verdad es que no pensé que volvería a concebir, pero Dalna debe de haber pensado que había espacio para uno más —sonrió con aire pensativo—. Puede que esta vez tengamos un niño. Dicen que los niños te hacen ponerte peor los primeros meses.

—La pobrecilla ha estado vomitando toda la noche y toda la mañana —les explicó Micum, mientras pasaba un cariñoso brazo alrededor de la cintura de ella.

—Y no es que ahora me sienta mucho mejor —suspiró Kari—. Será mejor que vuelva a echarme. Las niñas no os molestarán. Se han ido a pasar todo el día fuera.

Micum ayudó a Kari a llegar hasta el dormitorio y cerró la puerta.

Cuando regresaba, Seregil pretendió estar recordando con toda clase de aspavientos.

—Veamos, veamos. A finales de verano, ¿eh? Debió de ser toda una fiesta, cuando volviste a casa el pasado Erasin.

—Mejor de lo que te imaginas, puedes creerme. Sólo espero que éste salga adelante. No me importaría tener otro pequeñuelo correteando por aquí.

—¿Que salga adelante? —preguntó Alec.

—Oh, sí —asintió Micum con tristeza—. Ha perdido tantos niños como los que ha dado a luz. La última vez fue aproximadamente un año después de que Illia naciera. Siempre ocurre en los primeros meses y la deja terriblemente enferma durante algunas semanas. Todavía no hemos pasado la época de peligro y está muy preocupada. Pero volvamos a vosotros dos. ¿Con qué os han golpeado, con palas de batán?

—Con un alud de rocas —contestó Seregil, nuevamente serio—. Dos hombres nos sorprendieron en un paso estrecho, junto a los acantilados. Conseguimos escapar, pero perdí a Cepillo.

—¡Oh, vaya! ¡Eso sí que es una desgracia! Era un buen animal. Pero ¿quiénes eran?

—No pudimos averiguarlo. Los matamos para defendernos y los cuerpos cayeron por el precipicio. Pero antes de eso, uno de ellos le dijo a Alec que los había enviado alguien a quien no le gustaba que anduviéramos husmeando en sus asuntos. Eso ocurrió después de que hubiéramos terminado nuestras pesquisas en Cirna y hubiéramos encontrado la conexión con Lady Kassarie.

Mostraron a Micum el registro y le contaron en pocas palabras lo que habían descubierto.

—Eso parece apuntar directamente a Lady Kassarie. —Micum se mostró de acuerdo—. ¿Crees que se fijó en Alec aquel día?

—Lo dudo. En aquel momento, yo me encontraba oficialmente en prisión y todo parecía estar discurriendo de acuerdo a sus planes. Odio admitirlo, pero creo que me

han estado siguiendo desde mi «liberación» de la Torre.

—¿Y qué haréis ahora?

—Volveremos a su castillo —dijo Alec—. No podemos darle tiempo para descubrir que sus asesinos han desaparecido.

—Eso es un hecho —dijo Micum—. ¿Qué te parece, Seregil? ¿Te dará la Reina una fuerza de asalto o simplemente ordenará el arresto de Kassarie?

—He estado pensando sobre eso. El mayor peligro reside en advertir a Kassarie. Ya has visto ese lugar. ¡Es una fortaleza! Ella sabría que un ejército se acerca kilómetros antes de que llegara ante sus puertas, y tendría todo el tiempo del mundo para escapar o destruir cualquier prueba que pudiera incriminarla.

—Eso es cierto —asintió Micum, mientras su mirada se perdía en el fuego.

De pronto, Seregil reparó en que Micum no se había ofrecido a acompañarlos una sola vez. *Se le necesita aquí*, pensó, sintiendo de nuevo una punzada del antiguo resentimiento. Sin embargo, conocía demasiado bien a su amigo como para no advertir el conflicto en su rostro. Y le dolía verlo.

—La mejor manera es hacerlo rápidamente y en silencio —continuó, tratando de no revelar sus propios sentimientos—. Con suerte, Alec y yo podremos entrar y salir antes de que nadie se dé cuenta. La chica de la servidumbre es la clave, si Alec es capaz de seducirla.

—¿Los dos solos?

—Nysander y tú sabréis dónde estamos —dijo Seregil—. Quiero que esto termine de una vez por todas. Ya hemos tenido suficientes problemas con los espías.

Seregil y Alec sólo se demoraron el tiempo suficiente para tomar un baño y una comida apresurada. A mediodía estaban ya preparados para emprender la marcha. Mientras ensillaban a los caballos que habían dejado allí cuando partieran de camino a Cirna, Micum desapareció. Un poco más tarde, volvió con una espada larga.

—No es tan buena como la tuya, por supuesto —dijo, mientras se la tendía a Seregil—. Pero te bastará hasta que la hayas reparado. No lo pasaré tan mal si sé que vas armado.

Seregil pasó la mano sobre la parte plana de la hoja y sonrió.

—La recuerdo. La trajimos para Beka, después de aquella incursión en Oronto.

—La misma. —Micum miró la espada. Su malestar resultaba más evidente que nunca—. ¿Sabes?, me imagino que podría...

Seregil le cortó en seco con un abrazo de despedida.

—Quédate aquí, amigo mío —le dijo en voz baja—. Sólo se trata de entrar a hurtadillas en una casa. Ya sabes que eso no es lo tuyo.

—Cuidaos, entonces —dijo Micum. Su voz había enronquecido—. Y no os olvidéis de decirle a Nysander que me informe de lo ocurrido cuanto antes, ¿de

acuerdo?

—¡De acuerdo! —riendo, Seregil subió de un salto a la silla—. ¡Vamos, Alec! Antes de que el abuelo encanezca de preocupación.

Mientras entraban cabalgando en los jardines de la Oréska, una voz profunda los saludó desde la dirección de un pequeño robledal.

Seregil tiró de las riendas y volvió la vista. Hwerlu se aproximaba al trote.

—¡Saludos, amigos! —bramó el centauro—. Han pasado muchos días desde la última vez que me visitasteis. Espero que todo os haya ido muy bien.

—Pasablemente —contestó Seregil, ansioso por volver a ponerse en camino—. Pero en realidad, sólo nos quedaremos el tiempo necesario para hablar con Nysander.

—Vaya. Pues entonces llegáis con un día de retraso.

—¿Retraso? —preguntó Alec—. ¿Quieres decir que no se encuentra aquí?

—Exacto. El joven Thero y él se han ido para acompañar a Lady Magyana a otra ciudad. Algún lugar de la costa sur, creo.

—¡Maldita sea! —musitó Seregil—. Vamos, Wethis nos informará.

—Se han marchado a Puerto Ayre con Lady Magyana —les dijo el joven criado—. Pero no deberían estar fuera más que unos pocos días. Podéis quedaros aquí hasta su regreso, si os place.

—Gracias, pero no podemos esperar. —Seregil extrajo el gastado registro, garabateó rápidamente una nota y se la tendió a Wethis—. Ocúpate de que reciba esto y dile que se ponga en contacto con Micum. Dile también que yo mismo no espero pasar más que unos pocos días fuera.

Después de dejar los caballos Aurénfaie en la Oréska, se dirigieron al Gallito.

—¿No sería mejor que esperáramos a Nysander? —preguntó Alec con tono dubitativo—. Le dijiste a Micum que hablaríamos con él antes de hacer nada.

—Cuanto más esperemos, más aumentarán las sospechas de Kassarie y más probabilidades habrá de que refuerce sus defensas.

—Ya me lo imagino, pero eso nos deja solos a ti y a mí...

—Por los dedos de Illior, Alec. No se trata más que de entrar en una casa. No importa que la casa sea un castillo. Probablemente habremos regresado antes de que vuelva Nysander.

Subieron silenciosamente la escalera trasera de la posada, pasaron la noche en sus viejas habitaciones y, a la mañana siguiente, se pusieron en camino. Alec vestía el mismo traje de aprendiz que había llevado en su primera visita al castillo de Kassarie; Seregil estaba irreconocible bajo la apariencia de un tuerto juglar errante.

Ambos llevaban dagas en los cinturones, pero sus espadas y el arco de Alec, convenientemente desmontado, estaban escondidos entre el equipaje.

—Todo depende de ti, ¿lo sabes? —recordó Seregil a Alec mientras cabalgaban—. Es posible que tengas que cortejarla durante un par de días antes de que te deje pasar.

—Si es que lo hace —contestó Alec, incómodo—. ¿Qué le digo?

Seregil le guiñó un ojo.

—Con una cara como la tuya, dudo que la conversación sea demasiado importante. A juzgar por lo que viste de ella la última vez, yo diría que tu Stamie es un pajarillo inquieto, deseoso de desplegar las alas y echar a volar. Una promesa de libertad podría bastar para encandilarla. Es su miedo lo que me preocupa. Yo diría que es una casa muy severa, en la que reina la sospecha. Es posible que ella no se atreva a arriesgar el pellejo por simpatía. Si este es el caso, tendrás que interpretar el papel de amante lo mejor que puedas.

—Lo cual podría no ser mucho —musitó Alec.

—Por los Dedos de Illior, Alec, no puedes ser tan anodino. ¿O sí? —se mofó Seregil—. Utiliza un poco la imaginación y deja que las cosas sigan su curso. Estos asuntos tienden a desarrollarse por sí solos, ¿sabes?

Llegados al camino que ascendía hasta el barranco, se internaron en el bosque y subieron hasta las colinas desde las que se divisaba el castillo. Amarraron los caballos más allá del alcance del oído de los centinelas y se aproximaron a pie. Después de trepar al alto abeto que habían utilizado la primera vez, inspeccionaron el lugar.

En el patio parecía reinar el mismo bullicio que de costumbre. Un mozo de cuadra llevaba un hermoso caballo a las cuadras, y desde algún lugar más allá de los muros les llegaba el sonido de un trabajador golpeando un cincel contra la piedra. En aquel momento la puerta de la cocina estaba abierta, y Stamie salió por ella con un cubo uncido entre sus estrechos hombros. Con la mirada perdida en el suelo, desapareció detrás de una esquina del edificio principal.

—¡Mira allí! —susurró Seregil, mientras señalaba una pequeña puerta de postigos situada junto a la cocina. Desde allí, una senda bien marcada se internaba serpenteando en el bosque; sería tan sencillo como esperar junto al rastro de un ciervo a que la presa apareciera.

—¿Que mire el qué?

—Allí, esa pequeña puerta en la muralla, cerca de los acantilados. Inclínate y fíjate en la torre derruida y luego baja la vista hasta...

Seregil se detuvo, sobrecogido por un descubrimiento repentino. Sujetó a Alec por el brazo y susurró con tono excitado:

—¡La torre! ¿Qué le pasa a la torre?

—Un rayo, probablemente —respondió Alec en voz baja—. Parece que ocurrió hace varios años y que...

Se detuvo y, lentamente, en su rostro se dibujó la misma sonrisa hambrienta e

intensa de su compañero.

—¿Y qué? —preguntó Seregil.

—¡Que nunca la *repararon*!

—Lo cual resulta bastante extraño porque...

—Porque emplean a algunos de los mejores albañiles de toda Eskalia. —Alec concluyó la frase—. ¡Sabía que algo se nos había pasado por alto, pero no me he dado cuenta de lo que era hasta ahora!

Seregil volvió a mirar la torre. A su rostro había aflorado una sonrisa irónica.

—Ahí está, justo delante de nosotros. Sea lo que sea lo que tenemos que hallar, me apuesto mi mejor caballo a que se encuentra allí, en alguna parte. Todo lo que tenemos que hacer es entrar.

—Pero no podremos hacerlo hasta que Stámie salga. Quizá debiéramos haber esperado a Nysander, después de todo.

—Paciencia, Alec. ¡Un buen cazador como tú sabe que a veces debe esperar a su presa!

—Te sientes culpable por no haber ido con ellos, ¿verdad? —le preguntó Kari con tono imperativo. Estaba tendida junto a Micum en la oscuridad del dormitorio. Conocía bien las señales; en los dos días que habían pasado desde la marcha de Seregil, la impaciencia de Micum había ido en aumento y, al mismo tiempo, su actitud había sido cada vez más ausente. Hoy mismo se había dedicado a ratos a tareas diversas sin terminar nada.

—Quizá deberías haber ido.

—Oh, estarán bien. —Micum la atrajo hacia sí—. Lo que me extraña es no haber sabido nada de Nysander.

—Entonces envíale tú un mensaje. Uno de los muchachos podría estar allí antes del mediodía.

—Sí, supongo que sí.

—No sé por qué estás tan preocupado. Como si Seregil no hubiera hecho cosas como éstas en el pasado. Y dos días no es apenas tiempo.

Micum miró con el ceño fruncido las sobras que la vela proyectaba sobre el techo.

—No es lo mismo. Alec es tan inexperto...

—Entonces envíale un mensaje a Nysander. Prefiero que no estés dando vueltas por aquí con la cara larga, como un perro viejo —le dio un beso en la barbilla—. O, mejor aún, ve tú mismo. Me distraerías si te quedaras esperando. Puedes hacer una visita a Beka mientras estés allí.

—No es mala idea. A estas alturas, la chica debe de estar echando de menos su hogar. Pero ¿estarás bien sin mí?

—¡Por supuesto que lo estaré! —se burló Kari—. Sólo estarás fuera unas pocas

horas y tengo a mis mujeres para ocuparse de mí. Duérmete, amor mío. Supongo que querrás salir a primera hora de la mañana.

Sintiéndose un poco culpable, Micum pasó junto a los barracones de la Guardia y se dirigió directamente hacia la casa Oréska. Al cruzar el atrio, escuchó una voz familiar detrás de sí y se volvió. Nysander y Thero caminaban hacia él. Ambos vestían ropas manchadas y botas de montar.

—¡Vaya, buenos días! —exclamó Nysander—. ¿Qué te trae a la ciudad tan temprano?

El corazón de Micum dio un respingo.

—¿No te lo han contado Alec y Seregil?

—Hemos estado fuera —le explicó Thero—. Acabamos de regresar.

—De hecho —dijo Nysander, frunciendo el ceño—, no he sabido nada de ninguno de ellos desde que partieron para Cirna.

—¡Será bastardo! —gruñó Micum—. Me prometió que hablaría contigo antes de ir. Nunca les hubiera dejado marchar solos si lo hubiera sabido.

—Pero ¿qué ha ocurrido?

—Alec y él volvieron hace un par de días con pruebas que conectaban a Kassarie con el oro desaparecido. En el camino de regreso les tendieron una emboscada y Seregil estaba convencido de que también eso era cosa de ella. Estaba resuelto a dirigirse a su castillo directamente, pero dijo que hablaría primero contigo.

—Es posible que dejase un mensaje. Thero, busca a Wethis, por favor. Seregil sólo le confiaría a él un mensaje de esa naturaleza. Vamos a mi torre, Micum.

—No estoy seguro de comprender tu preocupación —continuó el mago mientras subían las escaleras—. Dos días no es demasiado tiempo para un trabajo como ese, y estoy seguro de que, si cualquiera de ellos estuviera en grave peligro, yo lo habría sentido.

—Es posible —dijo Micum de mala gana—. Supongo que lo que ocurre es que me siento un poco culpable por no haber ido con ellos, pero Kari vuelve a estar embarazada y no quería dejarla sola.

Thero volvió corriendo con un pergamino en la mano.

—Estuvieron aquí y dejaron esto para ti.

Nysander desenrolló el registro y la nota garabateada apresuradamente por Seregil, en la que se explicaba su significado.

—Bueno. Es evidente que tenía mucha prisa por seguir esta pista —dijo—. Trataré de encontrarlos.

Nysander tomó asiento frente a su escritorio, se cubrió los ojos con ambas manos y recitó en voz baja el complejo encantamiento.

Después de un momento se reclinó sobre la silla.

—Es difícil obtener una visión clara de ellos, pero parecen encontrarse bien. ¿Quieres quedarte aquí unos días y esperar a que regresen?

—Creo que sí. No obstante, tendrás que enviarle un mensaje a Kari. Y, mientras lo haces, asegúrate de que se encuentra bien. Yo me marcho a ver a Beka. Su madre teme que se sienta nostálgica.

La llave del corazón de una pobre muchacha

Durante tres días, Alec y Seregil perseveraron en su fría vigilia hasta que, finalmente, su paciencia se vio recompensada. La tercera noche, mientras se encontraba de guardia en lo alto del abeto, Alec vio que Stámie salía por la pequeña puerta con una canasta a la espalda y se dirigía hacia los bosques.

Seregil dormitaba en la base del árbol. Alec descendió, lo despertó y los dos juntos marcharon a toda prisa para interceptar el camino de la chica.

Seregil permaneció escondido entre los árboles mientras Alec tomaba posiciones sobre un tronco, cerca de un giro que describía la senda. En la distancia podían escuchar a la muchacha, que cantaba para sí mientras se aproximaba.

De pronto, reparó en la presencia de Alec, delante de ella y se detuvo abruptamente.

—¿Quién eres y qué quieres? —preguntó en voz alta y aguda.

—Soy Elrid, ¿no me recuerdas? —Alec se puso en pie lentamente, esperando no parecer tan torpe como de pronto se sentía—. Vine buscando a Lord Teukros hace algunos días.

—Oh, el mensajero de la ciudad —curiosa pero todavía desconfiada, permaneció inmóvil—. ¿Qué estás haciendo aquí de nuevo? ¿Y por qué te escondes en el bosque como una fiera al acecho?

—Dijiste que querías trabajar en la ciudad —contestó Alec—. He oído hablar de un trabajo... un buen trabajo. He venido para contártelo. Pero tu tía no me pareció demasiado hospitalaria, así que he estado aquí un tiempo, esperando la posibilidad de hablar contigo a solas.

Viendo que ella parecía enternecerse un poco ante sus últimas palabras, añadió:

—Ha sido una noche bastante fría. Y no pude encender un fuego.

—¡Pobrecillo! —dejando caer la canasta, Stámie corrió hacia él y le tomó las manos—. ¡Estás helado! ¿Es que no os enseñan nada en esa ciudad tuya? Me imagino lo que debe de haber sido estar a la intemperie en una noche como ésta, bajo esas estrellas afiladas como cuchillos... Te has podido congelar.

Un rubor desigual coloreó sus mejillas angulosas cuando él, sosteniendo todavía con firmeza las manos de ella entre las suyas, levantó la mirada.

—¿Y has viajado desde tan lejos por mí?

—Me puse a pensar en lo que me habías dicho y en lo sola que debías de sentirte aquí y, bueno... —Alec se encogió de hombros y apartó los ojos, fingiendo timidez para evitar la mirada de adoración que ella le dirigía.

Mentir a taberneros y nobles cebados era una cosa; engañar a esta sencilla, amable y desesperada muchacha era otra muy diferente.

Acalló su conciencia lo mejor que pudo y le contó la historia que Seregil y él habían preparado:

—Hay una costurera en la calle que está al lado de la nuestra que busca una aprendiz. Es un trabajo limpio y te sacaría de la cocina... —hizo una pausa significativa—. Y está muy cerca de mi casa.

—¿Sí? —Stamie sonrió con complicidad—. No tengo quejas con respecto a eso. ¿Tienes un caballo? Vámonos antes de que me echen de menos.

—¡No podemos irnos ahora! —*Eso me pasa por engañarla*, pensó Alec. El truco consistía en entretenerla el tiempo suficiente para poder introducirse en el castillo.

—¿Por qué no?

—Bueno... —Alec buscó un impedimento que sonara razonable—. Tendrás que recoger tus cosas y avisar de que te vas.

—¿Avisar? ¡Como si fueran a dejarme marchar! Para ellos sólo he sido una esclava desde que tuve edad suficiente para llevar una cacerola. ¡Sólo necesito entrar un momento, hacer un hatillo y podremos marcharnos esta misma noche!

Alec no sabía lo que decir y tuvo que reconsiderar su estrategia.

—¿Dos criados viajando solos de noche? —se burló—. Las patrullas nos tomarían por ladrones o fugados y nos detendrían antes de que llegáramos a la ciudad. Y eso si los verdaderos bandidos no nos cogen primero. No querrás acabar en el fondo de una acequia, ¿verdad? O algo peor...

Stamie entornó los ojos, alarmada.

—No, pero entonces, ¿cómo podremos marcharnos? Nunca me dejarán ir. Ni la tía ni Illester ni ninguno de ellos.

—No lo sabrán. —Alec deslizó el brazo alrededor de su cintura y se internó más profundamente en el bosque—. Es muy sencillo. Esperas hasta que todo el mundo esté dormido, luego reúnes todas tus cosas y aguardas hasta justo antes del alba. Esa sí es una hora a la que la gente viaja. Todo el mundo con el que nos encontremos en el camino pensará que vamos al mercado, ¿lo entiendes?

—¡Oh, sí! Haré lo que dices. ¡Te estoy tan agradecida!

Se volvió, lo atrajo hacia sí con sorprendente decisión y depositó un apasionado beso sobre sus labios. Con la boca todavía pegada a la de él, tomó la mano de Alec y la condujo hasta su pecho, mientras comenzaba a levantarse la falda.

—Basta, basta, no tenemos tiempo para eso —jadeó Alec, tratando de apartarse. Ella había estado masticando ajo para combatir las fiebres invernales.

—No tardaremos mucho —dijo Stamie con una risilla mientras alargaba una mano hacia el dobladillo de la camisa de Alec.

Al fin, Alec consiguió liberarse con esfuerzo y la mantuvo a la distancia de un brazo.

—Estáte quieta, ¿quieres?

—¿Qué te pasa? —preguntó ella con aire indignado—. Un momento eres todo dulzura y al siguiente actúas como si no me deseases.

—Claro que te deseo —le aseguró Alec—. Pero no si eso significa que te metas en problemas. Si no vuelves con la leña o lo que quiera que sea que te hayan enviado a buscar, vendrán a buscarte, ¿o no? O puede que te encierren cuando regreses.

—Es verdad —dijo ella con la voz empapada de resentimiento—. Ya lo han hecho otras veces.

—Claro que sí —dijo Alec, mientras relajaba las manos y la acariciaba—. Y entonces, ¿qué sería de nosotros, eh? Pero si tenemos cuidado, podríamos estar en Rhíminee mañana por la noche. Juntos.

—¡Juntos! —Stamie suspiró, de nuevo convencida.

—Exacto. Ahora, vamos. Te ayudaré.

Cuidándose de permanecer lejos de la vista de los centinelas, recogieron palos y ramas para llenar la cesta de Stamie. La excitada muchacha charlaba sin parar, y a Alec no le costó mucho desviar la conversación hacia la torre en ruinas.

Al parecer se encontraba en aquel estado desde hacía mucho tiempo, aunque ella no podía precisar cuánto. Nadie podía entrar en ella jamás y el viejo Illester le había dicho que tenía un fantasma, algún señor que se encontraba dentro cuando fue golpeada por el rayo.

—Dicen que te arroja al vacío si entras allí de noche —le confió ella con un estremecimiento embelesado—. Y es verdad. Montones de sirvientes han escuchado ruidos extraños en su interior y han visto luces que se movían. Tía dice que un criado al que ella conocía se atrevió a entrar una vez, sólo un poco, y sintió el contacto de una mano muerta contra su rostro. No murió en aquel momento, pero al cabo de una semana se arrojó por el barranco y se hizo pedazos. Tía dice que lo vio cuando lo sacaban de allí. Los fantasmas traen mala suerte, incluso si sólo los ves.

—Eso he oído —replicó Alec, inquieto. Acababa de recordar la extraña brisa que había sentido cuando se encontraba en el salón principal del castillo.

La cesta no tardó en llenarse. Después de darle a Alec un beso de despedida, ella pasó las manos sobre las caderas de él y susurró:

—Esta noche no dormiré ni un poquito. ¡Te lo prometo!

—Ni yo —se aproximaba el momento del ardid final. Alec lanzó una mirada añorante al castillo y suspiró profundamente—. Creo que va a ser otra noche fría.

—¡Oh, pobrecito! Y, además, parece que va a nevar.

Alec contuvo el aliento, mientras ella vacilaba. *Deja que lo piense primero*, le había advertido Seregil.

—Nos costaría el pellejo a ambos si me cogieran —vaciló ella con el ceño fruncido—. Pero creo que podré bajar sigilosamente y dejarte entrar después de que todos se hayan dormido. Si te quedas en la despensa de atrás y no haces un solo

ruido, podría ser seguro.

—¿Y los centinelas?

—Normalmente le prestan más atención a la carretera. Y este lado del patio es muy oscuro. ¡Pero tendremos que ser muy silenciosos!

—Tanto como fantasmas. —Alec sonrió mientras tomaba la mano de Stámie entre las suyas—. Un rincón cálido y resguardado del viento, eso es todo lo que necesito.

—Me gustaría poderte dar calor esta noche —murmuró ella.

—Pronto —le prometió él—. En Rhíminee.

—En Rhíminee —suspiró ella. Con un último beso que olía a ajo, desapareció.

Alec esperó hasta que estuvo bastante lejos y entonces se giró y volvió sobre sus pasos al interior del bosque. Rodeó un árbol caído y estuvo a punto de tropezar con Seregil.

—Es una suerte que sea una solitaria chica del campo —dijo Seregil, mientras sacudía la cabeza—. Una chica de la calle del Yelmo te hubiese mandado a paseo. «¡Basta, basta, no hay tiempo para eso!» y «Estate quieta, ¿quieres?». Parecías un pretendiente remilgado.

—Te dije que no se me daba nada bien —contestó Alec, enojado por sus críticas—. Además, me sentía muy mal teniendo que mentirle de esa manera.

—No tenemos tiempo para un ataque de conciencia. Por las Manos de Illior, ¿acaso no hemos tenido que mentir en todos los trabajos que hemos realizado?

—Lo sé —gruñó Alec—. Pero este era diferente. Ella no es un bribón ni un capitán de barco rijoso. No es más que otra pobre don nadie, como yo mismo. Aquí estoy, ofreciéndole la única cosa en el mundo que quiere, y mañana todas sus esperanzas se habrán hecho añicos.

—¿Quién lo dice? Quiere un trabajo en la ciudad; yo me encargaré de que lo consiga.

—¿Lo harás?

—Naturalmente que lo haré. Puedo falsificar una excelente carta de referencia. Podrá elegir el trabajo que quiera. ¿Crees que podrás vivir con eso?

Alec asintió, avergonzado.

—Supongo que no había...

—Ahora que lo pienso, quizá podríamos llevarla con nosotros a la calle de la Rueda —añadió Seregil despiadado—. Ya que te tomas tanto interés en su bienestar y todo lo demás...

—Eso no es exactamente lo que yo había pensado.

—¿No? —sonriendo, Seregil pasó un brazo alrededor de los brazos del muchacho mientras volvían a ascender ladera arriba—. ¡Vaya! Esto sí que es una sorpresa.

Alec se agazapaba entre las sombras, cerca de la portezuela, mientras contemplaba el cielo. Era medianoche. Finalmente no había nevado. Por el contrario, el cielo se había despejado poco después de la caída del sol, y la temperatura había descendido terriblemente. Sin una hoguera y sin Seregil para compartir su calor con él, como habían hecho durante los últimos días, estaba helado hasta los huesos. Y preocupado.

Las luces del castillo se habían apagado hacía ya mucho rato y comenzaba a pensar que, o bien habían sorprendido a Stámie, o bien estaba demasiado asustada y no se había atrevido a venir. O tal vez se había quedado dormida en una cama caliente y se había olvidado de su promesa de encontrarse con él.

Pero se mantuvo donde se encontraba y finalmente escuchó el suave golpeteo de unos pasos al otro lado de la muralla. Un momento después, Stámie abrió una rendija en la puerta y le indicó con un gesto que entrara. Moviéndose con exagerada precaución, lo condujo a través de la cocina hasta una oscura despensa.

—Volveré a bajar antes de que los demás despierten —dijo, extasiada, mientras apretaba la mano de Alec contra su pecho—. ¡Oh, no puedo esperar a estar libre de este lugar!

Alec sintió las costillas sobresalientes bajo el grosero tejido y el rápido latir de su corazón. Determinado a interpretar su papel lo mejor posible, la tomó entre sus brazos. Le dio un beso justo por debajo de la oreja izquierda y le susurró unas palabras cariñosas que Seregil le había sugerido. La muchacha se estremeció, llena de gozo y se apretó contra él.

—¿Dónde está tu habitación? —dijo él en voz baja.

Ella rió con suavidad.

—¡En el ático de los sirvientes, desvergonzado! Duermo en un jergón a los pies de la cama de Tía.

—¿Tienes una ventana para mirar las estrellas?

—Hay una buhardilla justo encima de donde yo duermo. Abriré los postigos.

—Ven conmigo cuando las estrellas comiencen a desaparecer.

—Cuando las estrellas desaparezcan —suspiró ella. Después de darle un último abrazo, se marchó a toda prisa.

Alec aguardó algún tiempo, temiendo que ella hubiera encontrado algún pretexto para volver a bajar. La espera no resultó nada difícil; después de dos días sin fuego, incluso el calor de una chimenea apagada era algo por lo que sentirse agradecido. Además, en la despensa reinaba un maravilloso aroma a carnes ahumadas. Estaba demasiado oscuro para ver, pero buscando a tientas no tardó en encontrar una ristra de salchichones.

Cuando por fin se decidió a salir, reparó en un chal que colgaba de un gancho en la puerta de la cocina. Se cubrió con él para contar con un poco de camuflaje adicional, caminó de puntillas hasta la portezuela y levantó el postigo.

Seregil, espada en mano, se deslizó rápidamente al interior y Alec volvió a cerrar la puerta detrás de él.

Una vez se encontraron a salvo en la cocina, Seregil examinó el improvisado disfraz de Alec y arrugó la nariz.

—¿Ya ha estado comiendo ajo, abuela?

—Hay un poco de salchichón muy bueno, si quieres —le ofreció Alec mientras volvía a colgar el chal en el gancho.

—Quítate las botas —susurró Seregil—. Los pies desnudos son mucho más apropiados para este tipo de trabajos. Pero no te olvides de la daga. Podríamos necesitarla.

Ocultaron las botas detrás de unos cuantos barriles de sidra y se dirigieron a hurtadillas hacia el salón principal.

Todas las escaleras del castillo se encontraban en el interior de las torres, de manera que su defensa resultara más fácil en caso de asalto. Era la torre del sudeste la que les interesaba, y no tardaron en encontrar un pasillo que conducía en aquella dirección. Al final del mismo, un arco conducía a una pequeña antecámara.

Utilizando una piedra de luz medio tapada encontraron una puerta de madera de roble situada al fondo de la misma. Seregil levantó el picaporte circular y la abrió.

Al otro lado había un pequeño rellano sin ventanas. La parte trasera de la diminuta cámara, y lo que debía de haber sido la escalera, estaban completamente bloqueadas por piedras rotas y fragmentos de madera.

Alec dio un paso e inmediatamente se detuvo, paralizado por el terror, al sentir el contacto liviano y espeluznante de una caricia sobre la mejilla. La caricia se repitió de nuevo, acompañada esta vez por un débil gemido y una ráfaga de viento helado.

—¡El fantasma! —la voz de Alec era un susurro ahogado.

—Fantasma, ¿eh? —Seregil agitó la mano delante de su cabeza y luego sostuvo en alto la piedra de luz para que Alec pudiera ver los alargados filamentos negros, finos como tela de araña, que colgaban enredados entre sus dedos.

—He aquí tu fantasma: finas hebras de seda negra colgadas del dintel. En cuanto oí a Stámie contar lo de su fantasma supuse algo parecido.

—Pero ¿qué hay de la corriente de aire frío?

—En esta fortaleza han trabajado maestros de albañilería, Alec. Hay diminutos canales de ventilación en las paredes. El viento del exterior se cuele por ellos y produce los gemidos misteriosos que hemos oído. Tendremos que ser muy cuidadosos aquí.

—¿Y qué me dices de la magia?

—Eso es algo de lo que probablemente no tengamos que preocuparnos. Si Kassarie es miembro de los Leranos, jamás se habrá rebajado a utilizar los métodos de los odiosos Aurénfaie. Pero *seguro* que hay trampas, trampas mortales, y será muchísimo mejor para nosotros no caer en ninguna de ellas.

Un registro cuidadoso no reveló señal alguna de trampa o puerta secreta.

—Parece que tendremos que buscar la entrada en otra parte —murmuró Seregil.

—Pero ¿dónde?

—Escaleras arriba, supongo.

Alec miró la montaña de escombros.

—¿Cómo podría haber algo encima de nosotros? ¡Mira esto! Todo el interior de la torre debe de estar destruido.

—Y, sin embargo, desde el exterior, parecía que sólo una parte de lo alto de la torre se había derruido; no tendría por qué haber causado tantos daños.

—¿Quieres decir que todos estos escombros no son más que un truco, un engaño?

—O eso, o estoy completamente equivocado. —Seregil esbozó una sonrisa tortuosa—. Pero ¿por qué dejar la torre sin reparar si no hubiera alguna razón?

—Así que ¿tenemos que subir?

—Vamos a subir.

—¡Micum! ¡Ven aquí!

Micum despertó al instante y buscó a tientas la piedra de luz que guardaba bajo la almohada. La habitación —el dormitorio de Seregil en sus tiempos de aprendiz— estaba vacía, pero la ansiosa voz de Nysander parecía flotar en el aire.

Después de ponerse los pantalones, Micum recorrió a toda prisa el corredor que conducía al dormitorio de Nysander. El mago estaba ya vestido con su abrigo de viaje y unos pantalones; la preocupación oscurecía sus facciones.

Micum sintió un frío repentino en las entrañas.

—¿Qué ha ocurrido?

—¡Debemos ir inmediatamente! —replicó Nysander, mientras se ponía la capa—. Están en peligro, un peligro terrible... o lo estaban. Pido a Illior que lo que he presenciado fuera una premonición y no una visión.

—¿De qué? —preguntó Micum—. ¿Qué has visto, Nysander?

Las manos de Nysander temblaron mientras se ajustaba el cierre de la capa.

—Cayendo. Los vi cayendo. Y escuché sus gritos.

Seregil y Alec se arrastraron escaleras arriba por la torre nordeste hasta llegar al segundo piso. La puerta no estaba atrancada, aunque había puntales a ambos lados de

la jamba. Ocultaron sus piedras de luz y se asomaron cautelosamente al interior.

El lugar estaba a oscuras, pero transmitía una cierta sensación de espacio abierto. Desde algún lugar cercano les llegaban los zumbidos y redobles de varios ronquidos diferentes, aunque no resultaba fácil determinar con exactitud dónde podían encontrarse los durmientes. A medida que sus ojos se ajustaban a la oscuridad, comenzaron a distinguir una tenue luz que iluminaba débilmente un amplio arco situado en la pared más lejana. El olor acre de una forja, mezclado con los aromas del metal y el aceite, sugerían que el lugar podía ser una armería o una herrería.

Seregil encontró la muñeca de Alec, la apretó con fuerza y lo condujo silenciosamente hacia el muro de la izquierda. Sin embargo, esta dirección no resultó fructífera. Había en efecto una puerta que conducía a la torre derruida, pero se había colocado una pesada forja delante de ella. Volvieron a la torre por la que habían llegado y subieron hasta el último piso.

Al llegar a lo alto de las escaleras, abrieron la puerta apenas unos centímetros. Al otro lado había un largo corredor. Alguna distancia más allá, una lámpara encendida pendía del techo de lo que parecía ser un cruce con otro pasillo. La luz les mostraba la decoración de las paredes y de los suelos, frescos pintados en un estilo muy moderno y lustrosos mosaicos. En algún lugar, detrás de alguna de la muchas puertas talladas que se alineaban a ambos lados del corredor, se encontraba lo que buscaban.

Descolgaron la lámpara y descubrieron que este último piso se disponía en cuatro cuartos, divididos por dos corredores diagonales.

Los corredores eran muy semejantes entre sí, incluyendo las puertas, los frescos y los suelos de mosaico. Tres de ellos, incluyendo aquel por el que habían venido, desembocaban en la puerta de una torre.

Sin embargo, al final del cuarto, el muro estaba cubierto desde el techo hasta el suelo por un tapiz de grandes dimensiones.

Como era de esperar, el tapiz ocultaba una puerta que conducía a la torre derruida, cerrada con un pesado candado. Seregil comenzó a examinarlo cuidadosamente. El vistoso mecanismo estaba deslustrado, pero olía a aceite, al igual que las bisagras de la puerta.

Después de deslizar un dedo a lo largo de la bisagra inferior, Seregil lo olfateó y luego lo sostuvo bajo la nariz de Alec. El muchacho sonrió.

Lo había comprendido inmediatamente: ¿por qué mantener engrasada una puerta que conducía a una torre derruida?

La cerradura cedió fácilmente, y mientras la puerta se abría y mostraba el exterior de la torre, iluminado por los rayos de la luna, el frío viento de la noche les azotó el rostro. La superficie plana y cuadrada sobre la que se encontraban había sido reparada, pero el parapeto sur y el este permanecían en ruinas. Cuando entraron, las losas del suelo les provocaron un frío doloroso en los pies desnudos y los tobillos.

El viento aullaba entre los sillares rotos, agitando sus cabellos mientras, muy pegados a la pared, se aproximaban a lo que quedaba del parapeto sur. A su espalda estaba el acantilado. Desde el lugar en el que se encontraban, había una caída terrorífica hasta el barranco del río.

—Otra vez atrapados en las alturas —susurró Alec nerviosamente, sin atreverse a seguir.

—Todavía no estamos atrapados. Ahí está lo que buscamos —dijo Seregil. Curioseó entre las sombras que había bajo el muro norte y la luz de su piedra reveló otra puerta. A pesar de que era muy vieja, tenía también una sólida cerradura y sus bisagras estaban en excelentes condiciones. Detrás de ella, una escalera descendía en espiral hacia la oscuridad.

Mientras escudriñaba el interior, Seregil sintió una tirantez familiar en el estómago.

—Este lugar es peligroso... puedo sentirlo. Saca tu daga y cuidado dónde pisas. Cuenta los escalones, por si perdemos las luces.

Los escalones eran suaves pero estrechos, y a Seregil le recordaron los que conducían a los aposentos del Oráculo, bajo el templo de Illior. La curva que describía la escalera en su suave descenso sólo permitía ver cinco metros más allá. Pequeños y oxidados candelabros de pared, dispuestos a intervalos regulares sobre los muros, sostenían altas velas de sebo, pero estaban cubiertas de polvo. Todo el lugar olía a abandono.

Contando para sus adentros, Seregil descendía los escalones, preparado para enfrentarse a cualquier eventualidad. Cuando había descendido cincuenta y tres escalones, algo llamó su atención y levantó una mano a modo de advertencia. Una cuerda de arco ennegrecida se había tendido a la altura del tobillo sobre el siguiente escalón.

—Eso podría hacer que te cayeras —musitó Alec, mirando por encima de su hombro.

—Probablemente es algo peor —replicó Seregil, mientras trababa de escudriñar las sombras que se abrían más allá. Se quitó su capa, la extendió cuanto pudo y la lanzó delante de sí. Flotó poco más de un metro y entonces se enganchó en lo que parecía ser otra cuerda, extendida en ángulo a lo largo de la escalera. Después de examinarla, descubrieron que en realidad se trataba de una hoja rígida y delgada.

Seregil probó la hoja con el pulgar.

—Si caes sobre esto, podrías perder la cabeza, o por lo menos un brazo.

Encontraron otras tres trampas de diseño similar mientras continuaban su descenso. Entonces, después de un último giro, llegaron a lo alto de la pila de escombros que bloqueaba el paso desde la entrada de abajo.

—¡Esto no tiene sentido! —exclamó Alec, frustrado—. ¡Algo se nos tiene que

haber pasado por alto!

—Hemos encontrado exactamente lo que se esperaba que encontráramos — musitó Seregil mientras volvía a subir las escaleras—. No es más que otra diversión, demasiado obvia y demasiado peligrosa. Sin embargo, demuestra una cosa. La torre está en perfecto estado. No tengo la menor duda de que oculta algo más.

Después de una dura subida, emergieron de nuevo a la parte superior de la torre.

—Ahora debemos trabajar deprisa —le advirtió Seregil, con la mirada puesta en el cielo. Hacia el oeste, las estrellas comenzaban a desvanecerse visiblemente.

—¿Y si éste no fuera el verdadero camino?

—Eso es otra posibilidad. —Seregil se pasó una mano por los cabellos—. Y, sin embargo, todo lo que hemos encontrado hasta el momento me dice que éste es el lugar. Mira a tu alrededor, comprueba cada piedra. Empieza aquí, en esta esquina. Yo empezaré allí. Busca piedras desiguales, huecos, cualquier cosa. Se nos acaba el tiempo.

Escudando su luz, Alec se aproximó al muro derruido mientras Seregil permanecía entre las sombras, cerca de la puerta. A despecho de la confianza de Seregil, reanudó la búsqueda sin muchas esperanzas. La argamasa estaba en buen estado, y las piedras sólidamente aparejadas. Yendo de un lado a otro, comprobó y volvió a comprobar su sección sin encontrar nada. Y mientras tanto la luna seguía descendiendo.

Se dirigía al parapeto norte cuando su pie tropezó con un leve declive en el que no había reparado antes. De haber llevado las botas se le habría pasado por alto completamente, pero la superficie arenosa que sentía ahora mismo bajo su pie helado resultaba completamente diferente a las losas de alrededor. Se puso de rodillas y encontró lo que parecía ser un puñado de arena apenas mayor que la palma de su mano.

—¡Seregil, ven aquí, rápido!

Con Seregil agazapado a su lado, Alec recogió la arena y descubrió un nicho cuadrado excavado en la roca. Al fondo había una gruesa argolla de metal sujeta a una grapa. Era lo suficientemente grande como para que pudiera asirla con comodidad. Alec tiró de ella con fuerza, esperando encontrar el peso de un bloque. En vez de ello, una sección irregular de finas losas cedió con facilidad, revelando una trampilla de madera cuadrada. Estaba cerrada por fuera. Después de levantarla, acercaron las luces y encontraron un pozo cuadrado, desde el que una escalera de madera descendía hasta otra puerta.

—¡Bien hecho! —susurró Seregil. Bajaron la escalera y cerraron la trampilla detrás de ellos.

La puerta que se encontraba en la base de la escalera no tenía cerradura, sino un picaporte curvo teñido de verde por la edad. Presa de la excitación, Alec extendió la mano hacia él, pero Seregil lo sujetó por la muñeca antes de que pudiera tocarlo.

—¡Espera! —siseó. Extrajo un pedazo de bramante de su bolsa, hizo un nudo corredizo en un extremo, lo pasó alrededor de la manija y dio un tirón. Mientras el picaporte cedía, se escuchó un clic.

Cuatro agujas alargadas brotaron de inmediato. Separadas lo suficiente para asegurarse de que al menos una de ellas se clavara en la mano de un intruso desprevenido, sus puntas estaban untadas de una sustancia oscura y resinosa. Mientras la puerta se abría, Seregil soltó la cuerda, el picaporte recuperó su posición original y las agujas se retrajeron como las garras de un gato.

—Nunca te fíes de nada que parezca fácil —le advirtió Seregil con mirada reprobatoria.

Desde allí, una empinada escalera de madera descendía siguiendo la forma cuadrada de la torre en una sucesión de rellanos y giros a la derecha.

—¡Pues claro! Una escalera doble —musitó Seregil mientras, daga en mano, volvía a abrir la marcha—. La otra debía de ser la de los criados y ésta, una ruta de escape secreta para los nobles, por si se producía un ataque.

—Entonces, ¿podremos salir por aquí sin tener que recorrer de nuevo todo el castillo?

—Bueno, ya veremos —replicó Seregil con tono dubitativo—. Puede que la salida haya sido bloqueada para impedir que alguien entre desde el exterior.

Al contrario que la otra escalera, ésta estaba construida en gruesa madera de roble y probablemente databa de la construcción original del castillo. Seregil comprobaba cada escalón al poner su peso sobre él, pero todos ellos parecían suficientemente sólidos.

Aquí no había cordeles traicioneros ni hojas. Sin embargo, sabiendo que eso no significaba que fuera más segura, mantuvieron la guardia alta. Era muy posible que algún ardid todavía más astuto los esperase.

La escalera había sido utilizada recientemente y a menudo. La capa de polvo que se había asentado por todas partes era mucho más fina en el centro de los escalones, y en los rellanos había marcas claras de pisadas. Las velas de sebo de los candelabros situados en las paredes olían como si hubiesen sido encendidas muy poco tiempo atrás. Había, además, pequeños goterones de cera en el suelo, que indicaban que quienquiera que había bajado por las escaleras, había llevado un cirio consigo. Algunos de los goterones estaban cubiertos por una capa de polvo que los volvía mates, mientras que otros eran todavía brillantes y despedían un fragante olor a cera de abeja.

—¿Cuánto crees que habremos bajado? —preguntó Alec mientras se detenía un momento para recuperar el aliento. Habían estado subiendo y bajando escaleras durante horas y sus piernas comenzaban a resentirse.

—A estas alturas ya debemos de estar por debajo del segundo piso. Puede que

cerca del primero —replicó Seregil al mismo tiempo que llegaba a otro rellano—. Esto se está prolongando más de lo que hubiera...

De súbito, el suelo del rellano pareció levantarse delante del rostro de Alec. Paralizado, observó atónito cómo la plataforma de madera pivotaba diagonalmente sobre dos esquinas opuestas y su parte inferior quedaba situada verticalmente enfrente de él, revelando un foso de paredes lisas que había debajo. Un tablón suelto cayó y desapareció en la negrura sin un sonido.

¡Oh, Mor! ¡Seregil! Las palabras murieron en garganta mientras se asomaba, horrorizado, al agujero que se había abierto a sus pies.

Pero ningún ruido emergía de él. Todo había ocurrido demasiado deprisa. Todo su cuerpo estaba frío, como entumecido. *Primero la avalancha y ahora...*

—¡Alec! —el grito ronco y aterrorizado se elevó desde algún lugar por debajo del suelo que se había levantado.

—¡Seregil! ¡No has caído!

—Pero estoy a punto de hacerlo. ¡Haz algo, lo que sea! ¡Deprisa!

Una enfermiza sensación de futilidad embargó a Alec. La esquina superior de la plataforma se encontraba varios pasos más allá de su alcance. Si trataba de alcanzarla de un salto, volvería a retraerse y lo aplastaría contra el pozo, al mismo tiempo que, probablemente, la sacudida haría perder a Seregil el precario asidero al que había logrado aferrarse. Si tuviera una cuerda... algo lo suficientemente largo para lazar la esquina elevada y hacerla bajar lentamente.

—¡Alec!

Alec rasgó su capa, recogió el dobladillo con una mano y arrojó el otro extremo hacia la punta de la plataforma, confiando en cogerla con la capucha. Cayó apenas a escasos centímetros de su objetivo.

—¡Maldita sea! —Alec podía escuchar la trabajosa respiración de Seregil, alejada apenas unos metros, pocos pero imposibles de atravesar. Desesperado, miró en derredor y reparó en el herrumbroso candelabro que sobresalía, colgado de la pared, por encima del escalón más bajo.

Sin pensarlo dos veces, lo agarró con la mano derecha y se inclinó sobre el pozo tanto como le era posible, con la capa preparada en la mano izquierda para otra intentona.

Tendido sobre el agujero del pozo, en precario equilibrio y sin posibilidad de volver atrás, el candelabro comenzó de pronto a soltarse de la pared. Escuchó el siniestro crujido de la piedra contra el metal e inmediatamente se cernió unos centímetros más sobre el borde de la plataforma.

Pendió en el aire un momento, sin atreverse siquiera a respirar, mientras esperaba a que el último tornillo o clavo cediera.

No lo hizo.

Pero podría hacerlo, si se atrevía a moverse.

O quizá no. No lo sabría hasta que lo intentase.

Sus opciones eran bastante limitadas en aquel momento; hacer un movimiento ahora o esperar a que su asidero cediese.

—¿Alec...?

El sudor resbalaba por su rostro y sus costados. Se concentró todo lo que pudo para hacer un último y crucial intento con la capa y la arrojó con la mano izquierda. El extremo de la capucha cayó sobre la arista superior de la plataforma y quedó allí, aparentemente firme.

Como por milagro, el candelabro no se había soltado todavía.

Tiró de la capa y arrastró la plataforma hacia abajo con todas las fuerzas que pudo reunir. Su peso, junto con el de Seregil, que todavía estaba sujeto de alguna manera al otro lado, era casi más de lo que podía soportar; pero lentamente, lentamente, la plataforma comenzó a nivelarse. Mientras descendía, logró levantar la mano izquierda, sujetó la capa con los dientes y se agarró a la pared con la mano que le había quedado libre. Ahora que estaba sujeto con más firmeza, logró tirar de sí mismo hacia atrás y apartarse del borde del agujero. Al fin, pudo agarrarse a la plataforma y tirar de ella.

Mientras la parte superior de la misma aparecía a la vista, pudo ver a Seregil, aferrado con ambas manos a la empuñadura de su daga. En el momento en que había sentido que el suelo cedía debajo de sus pies, había logrado hundirla lo suficiente entre dos de los tablones como para que sustentase su escaso peso.

—¡Arrójame el extremo de tu capa! —gimió, pálido y tembloroso—. ¿Podrás sostenerme un momento si me suelto?

—Espera un segundo —sosteniendo el extremo de la plataforma con una mano, Alec desabrochó su cinturón con la otra, se lo quitó y volvió a pasar el extremo por la hebilla. Cerró el nudo alrededor de su muñeca y le lanzó el extremo suelto a Seregil—. Sujétate fuerte a esto. Me será más fácil sostenerte con ello que con la capa.

Después de hundir la daga en la madera aún con más fuerza, Seregil sujetó el extremo del cinturón y comenzó a acercarse lentamente hacia Alec.

La plataforma se combó hacia abajo peligrosamente cuando el peso de Seregil se trasladó pero, de un último y fuerte tirón, Alec consiguió arrastrarlo a la seguridad de las escaleras.

—¡Por los *Testículos* de Bilairy! —jadeó Seregil mientras se derrumbaba sobre el suelo.

—¡Y sus Tripas! —Alec se apoyó contra la pared, todavía temblando—. ¡El candelabro ha estado a punto de soltarse! Todavía no puedo creer que no lo haya hecho.

Una inspección más detallada reveló que, en realidad, no se había soltado siquiera

un ápice. Seguía sólidamente enganchado a una barra que discurría por el interior del muro. Cuando lo empujó, se deslizó suavemente de nuevo hasta su posición inicial.

—Mira esto —exclamó Alec, perplejo.

Seregil se levantó y examinó el mecanismo. Dejando el candelabro en posición vertical, sacó la espada y empujó el extremo de la plataforma. Se deslizaba hacia abajo de nuevo con asombrosa facilidad. Sin embargo, cuando el candelabro se situaba en posición inclinada, ésta permanecía sólidamente nivelada. No tardaron demasiado en descubrir dos pesados pernos que podían meterse y sacarse del muro, por debajo de la plataforma, para mantenerla firme cuando el candelabro estaba en posición vertical.

—Ingenioso —dijo Seregil con genuina admiración—. Cuando Kassarie baja, tira de esto y fija la plataforma. Cuando regresa, vuelve a armar la trampa. El tablón suelto que vimos caer debía de ser alguna clase de refuerzo que la mantiene en su lugar hasta que se ha cruzado la mitad de la plataforma. Así es más peligroso, porque uno no puede saltar hacia atrás.

—¿Cómo conseguiste sacar tu cuchillo en tan poco tiempo? —preguntó Alec, asombrado.

Seregil sacudió la cabeza.

—Ni siquiera recuerdo haberlo hecho.

Continuaron bajando, pero esta vez con precauciones renovadas.

Después de unos cuantos giros más, los muros de mampostería de la escalera pasaron a ser de piedra sólida. Se encontraban por debajo del nivel del suelo. Finalmente, llegaron al fondo. Un corredor corto conducía a una puerta.

Seregil se inclinó para examinar la cerradura.

—Parece segura. Pero será mejor que la abras tú. ¡Todavía me tiemblan las manos!

Alec se arrodilló y extrajo sus herramientas. Seleccionó un pequeño gancho y se volvió hacia Seregil, sonriente.

—Después de todos estos problemas, esperemos que esto no sea la bodega.

Los goznes gimieron a modo de protesta mientras la puerta se abría.

Alec introdujo la piedra de luz y se puso tenso al tiempo que dejaba escapar un siseo de sorpresa.

—¿Qué ocurre? —susurró Seregil, espada en mano, mientras se adelantaba para ver.

La luz no era lo suficientemente brillante como para iluminar toda la habitación, pero a pesar de ello no les costó distinguir la figura de una persona sentada en una silla ornamentada. No hubo un solo movimiento o grito de alarma y, al aproximarse, pudieron comprobar que se trataba del cadáver marchito de un hombre.

Vestía un traje noble de diseño arcaico. Un pesado collar de oro colgaba de su encogido cuello y varios anillos brillaban en los huesudos dedos, posados sobre los brazos de la silla. Sus espesos cabellos negros conservaban el brillo satinado de la vida, en desconcertante contraste con la palidez hundida de las mejillas.

—*¡Uven ari nobis!* —exclamó Seregil en voz baja, al mismo tiempo que se inclinaba sobre el cadáver con la luz en la mano.

Alec no comprendía las palabras, pero reconoció el tono reverente con el que habían sido pronunciadas. Combatiendo su instintiva repulsión, examinó más de cerca el rostro del cadáver. Los delicados huesos destacaban sobre una delgada envoltura de piel desecada, así como los pómulos, altos y prominentes, y las grandes cavidades hundidas que en su día alojaban los ojos.

—¡Por la Luz de Illior! Seregil, ¿no será...?

—Lo es —contestó Seregil con voz sombría—. O lo era. Lord Corruth, el consorte perdido de Idrilain I. Estos anillos lo demuestran. ¿Ves éste? —señaló al de la mano derecha del cadáver. Engarzada sobre él había una piedra cuadrada y moteada sobre la que se había tallado el Dragón de Eskalia—. Es el Sello del Consorte. ¿Y ves ese otro, el de plata con la piedra roja? Un ejemplo de la más delicada artesanía Aurénfaie. Éste era Corruth i Glamien Yinari Meringil Bókthersa.

—Tu pariente.

—Nunca lo conocí, aunque siempre confié en que... —Seregil tocó una de las manos—. La piel está endurecida y hundida como la cáscara de una calabaza seca. Alguien se ha tomado muchas molestias para mantener el cuerpo bien conservado.

—Pero ¿para qué? —Alec se estremeció.

Seregil sacudió la cabeza, furioso.

—Supongo que a estos bastardos les produce algún placer perverso el tener aquí a su antiguo enemigo mientras ellos intrigan para derrocar a sus descendientes. Quizá realizan sus juramentos frente a él, no lo sé. Una facción como la de los Leranos no

habría persistido demasiado tiempo sin una buena dosis de fanatismo.

La cámara tenía aproximadamente el mismo tamaño que el laboratorio de Nysander, y la mano de un maestro albañil era evidente en todas sus líneas; seca, cuadrada y en buen estado, sus muros no mostraban señal alguna de humedad o moho. El techo, aunque no era demasiado alto, estaba abovedado y recorrido por nervaduras que proporcionaban a la sala una sensación menos opresiva. El mobiliario consistía en una mesa redonda, varios cofres y unos cuantos armarios pegados a las paredes. Junto a la de la izquierda había un estrado bajo que alojaba una segunda silla semejante a un trono. Un ancho escudo colgaba de la pared, encima de ella.

—Otro objeto sagrado —señaló Seregil con tristeza, al tiempo que examinaba el dragón coronado pintado sobre el escudo—. Sin duda perteneció a la Reina Lera. Me pregunto a quién habrán elegido para llevarlo.

—Creía que ella no había tenido herederos.

—No tuvo hijas, pero las familias de Eskalia siempre tienen incontables sobrinos y primos.

Mientras registraban los cofres y armarios, encontraron una colección cuidadosamente organizada de mapas, cartas y documentos.

—¡Que me aspen! —Seregil extendió un enorme pergamino amarillento sobre la mesa—. Plano de las alcantarillas de Rhíminee. ¿Ves esta marca, junto a la del dibujante de los planos?

Alec reconoció la diminuta imagen de un lagarto hecho un ovillo.

—La familia de Kassarie debe de haber construido las alcantarillas.

—Parte de ellas, al menos. Fue una empresa inmensa. Imagina lo que esto podría valer para los zapadores enemigos.

Continuaron la búsqueda y encontraron numerosas cartas que bastarían para llevar a varios miembros de una decena de familias a la Colina de los Traidores.

Alec abrió un cofre, alargó el brazo y apartó unos jirones de lana que cubrían el fondo. Debajo de ellos, sus dedos encontraron un objeto frío, metálico y redondeado.

—¡Seregil, mira lo que he encontrado! —en el fondo del cofre brillaban ocho bollos de oro que todavía lucían la marca de la Tesorería Real.

—¡El oro del *Ciervo Blanco*! Aunque, por lo que se ve, nuestra dama ha estado ocupada. Según consta en los registros, debiera haber un total de veinticuatro. Oye lo que te digo, Alec, si Kassarie no es el líder de los Leranos, se encuentra muy cerca de él.

El oro era demasiado pesado para que se lo llevaran, así que Seregil eligió algunas de las cartas más reveladoras y las dividió con Alec. Volvió junto al cadáver y, mientras murmuraba unas palabras en Aurénfaie, sacó respetuosamente los anillos de los marchitos dedos.

Le tendió el anillo de plata a Alec mientras se colgaba el sello alrededor del

cuello con un cordel.

—En este trabajo somos Centinelas, y así es como se comportan los Centinelas —dijo con una seriedad poco habitual en él—. Si algo le ocurre a alguno, sea lo que sea, el otro sigue adelante. Debemos llevar por lo menos uno de éstos a Nysander. ¿Lo entiendes?

Alec deslizó el anillo en su dedo mientras asentía de mala gana.

—Bien. Si nos separamos, nos encontraremos en el árbol junto al que acampamos.

—¡La última vez que te llevaste algo de esa manera nos metiste a todos en un buen lío! —señaló Alec, irónico, mientras tocaba el sello, que pendía sobre el pecho de su amigo.

Seregil esbozó una sonrisa siniestra mientras lo escondía debajo de su camisa.

—Esta vez, no seré yo el que salga malparado a causa de ello.

Después de volver a ordenar la habitación, subieron apresuradamente hasta lo alto de la torre. Seregil estudió el cielo con alivio; el trabajo les había llevado mucho más tiempo del que había esperado, pero todavía les quedaba algún margen. Sin embargo, mientras atravesaban el tapiz y salían al corredor, una alarma instintiva saltó en algún lugar de su mente.

Algo había cambiado.

Su mano se cerró alrededor de la empuñadura de la espada mientras un estremecimiento frío volvía a recorrer su cuerpo. Alguien había apagado la vela de la lámpara. Alec también lo había advertido y ya alargaba la mano hacia su arma. Caminaron sigilosamente hasta la intersección de los dos corredores, sus desnudos pies silenciosos contra el suave suelo. Los pasillos parecían desiertos. Giraron a la derecha y se dirigieron hacia la torre norte. Casi habían llegado cuando la puerta se abrió bruscamente y aparecieron dos hombres armados con espadas.

No había tiempo para esconderse y no sabían cuántos más podían venir detrás de ellos, así que Alec y Seregil dieron media vuelta y huyeron a la carrera por donde habían venido.

—¡Ahí está! —gritó un hombre detrás de ellos—. ¡Y hay otro con él! ¡Aquí! ¡Aquí arriba!

En la intersección de los dos corredores doblaron a la derecha y corrieron hacia la torre noroeste. Más gritos se alzaron a su espalda mientras abrían la puerta y se lanzaban al interior.

—¡Vete, yo te seguiré! —ordenó Seregil. Para su alivio, Alec no se detuvo a discutir. Un grupo considerable de hombres armados llegaba corriendo.

Seregil cerró la puerta, tomó la barra de madera de una esquina y la colocó sobre los soportes. Un cuerpo pesado golpeó la puerta desde el otro lado, y luego un

segundo. El sonido sordo de unas imprecaciones lo siguió mientras se precipitaba detrás de Alec.

Lo alcanzó justo después de pasar junto a la entrada de la torre del segundo piso. Por desgracia, al doblar un recodo vieron que más antorchas se les acercaban desde abajo.

—¡Al segundo piso! —siseó Seregil mientras volvía sobre sus pasos escaleras arriba.

Cuando alcanzaron la puerta, les llegaba el sonido de pasos desde abajo y desde arriba. No había tiempo para tomar precauciones. Con las espadas en ristre, la abrieron e irrumpieron en la sala que había al otro lado.

Su única ocupante era una anciana que sostenía una lámpara. Al verlos, la dejó caer y se precipitó hacia el taller que había detrás de ella, lanzando agudos gritos de auxilio con una voz rechinante.

Ignorando las llamas que se esparcían por todas partes desde los restos rotos de la lámpara, Seregil atrancó la puerta.

—Este debe de ser el lugar del que venían todos esos ronquidos —dijo Alec, mientras miraba en derredor con aire preocupado.

Era, en efecto, un barracón y había en él más camas de las que Seregil quería contar.

—Todo el mundo está despierto, por lo que parece —comentó sobriamente, al tiempo que se dirigía hacia la torre sur—. Ven. Intentémoslo por aquí.

—¿Hacia arriba o hacia abajo? —preguntó Alec mientras entraban y atrancaban la puerta.

—Hacia abajo.

Pero después de la tercera vuelta se encontraron con otro grupo de los hombres de Kassarie.

Sólo el hecho de encontrarse más altos les salvó entonces. Antes de que sus oponentes tuvieran tiempo de sacar las armas, Alec y Seregil los atacaron con sus espadas y dos de los hombres cayeron.

Sus cuerpos bloquearon el paso el tiempo suficiente para permitirles escapar. Otro hombre cayó sobre ellos desde arriba, blandiendo un pequeño garrote. Alec, que iba el primero, se agachó para esquivar el golpe y lanzó una estocada entre los tobillos del atacante. Mientras el desgraciado caía hacia él, Seregil logró propinarle un buen codazo y arrojó el cuerpo escaleras abajo.

Al pasar junto a la puerta del segundo piso, escucharon el ruido de alguien que trataba de echarla abajo. Continuaron y se encontraron de vuelta en la puerta del tercer piso.

Alec colocó la barra que atrancaba la puerta y se dobló. Jadeaba.

—¿Y ahora dónde?

—¡Déjame pensar! —Seregil se secó el entrecejo con una manga de la camisa. ¿Cuántas torres habían subido y bajado? ¿Y cuántas habrían atrancado? No importaba. A estas alturas, todas ellas estarían custodiadas.

Justo encima de ellos, la puerta de un corredor se abrió inesperadamente y se encontraron cara a cara con cuatro hombres más.

Arrojándose sobre los recién llegados, Seregil logró atravesar a uno de ellos antes de que pudiera desenvainar su espada. El resto les ofreció una lucha furiosa, pero no eran rivales para ellos. Seregil abatió a otro y entonces se volvió a tiempo para ver cómo un tercero atravesaba a Alec el brazo. El muchacho se recuperó al instante, reanudó su ataque y, de un tajo, le abrió un profundo corte en el muslo. El hombre cayó hacia atrás con un grito y Seregil acabó con él.

En la confusión del combate, el cuarto giró sobre sus talones y escapó por el corredor.

—¡Déjalo ir! —ordenó Seregil al ver que Alec se aprestaba a seguirlo—. Estás herido. ¿Es grave?

Alec dobló el brazo ensangrentado.

—Sólo un rasguño.

Unos gritos furiosos los interrumpieron. Un grupo de hombres apareció corriendo bajo la lámpara.

—¡Aquí! ¡Están aquí!

—¡Sígueme! —Seregil se precipitó hacia el corredor por el que los cuatro hombres acababan de aparecer.

Más allá se abría un pequeño almacén, y al otro lado del mismo había otra puerta abierta. Corrieron hacia ella, subieron una empinada y estrecha escalera, abrieron una trampilla del techo y emergieron al tejado del castillo.

—¡Estamos atrapados! —gritó Alec mientras miraba a su alrededor.

Una rápida inspección de las almenas demostró que estaba en lo cierto. No había otra salida. Se asomaron a los parapetos: por todas partes, paredes verticales y caídas que significaban la muerte. Detrás de ellos, los hombres de Kassarie comenzaban a trepar a la trampilla, armados con espadas, garrotes y antorchas.

—Resistiremos aquí —gruñó Seregil mientras se retiraba hacia el parapeto sur.

Espalda contra espalda, con las espadas en la mano, aguardaron mientras la turba de centinelas sonrientes avanzaba y formaba un amenazador círculo alrededor de ellos.

—Ya lo tenemos, mi señora. El chico y un mendigo —dijo alguien en voz alta.

Más antorchas aparecieron y los hombres se apartaron para dejar pasar a Lady Kassarie. Embozada en una capa oscura, el pelo recogido en una trenza que caía sobre su hombro, avanzó para inspeccionar a los intrusos. Alec reconoció al viejo criado, Illester, que se encontraba junto a ella.

—¿Mendigo? Oh, nada de eso. —Lady Kassarie frunció el ceño—. Lord Seregil i Korit. Y... Sir Alec... algo, ¿no es así? De haber sabido vuestro interés por mis asuntos, caballeros, os habría extendido una invitación en toda regla.

Seregil echó atrás la gastada capa y la obsequió con una reverencia burlona.

—Lady Kassarie a Moirian. El interés que recientemente habéis demostrado por *mis* asuntos era invitación más que suficiente, os lo aseguro.

Kassarie lo miró con cierta admiración.

—Vuestra reputación no os hace justicia. En vuestra pequeña excursión a Cirna demostrasteis bastante más iniciativa de la que se os supone. ¡Y ahora esto! ¿Quién hubiera podido sospechar tal arrojito? Pero claro, eso fue una estupidez por mi parte. El pomposo gandul que siempre habéis pretendido ser jamás hubiera podido introducirse con tal habilidad en los salones del poder.

—Me abrumáis, señora.

—Sois demasiado modesto, mi señor. Después de todo, os habéis ganado a magos y princesas —el rostro de Kassarie esbozó una sonrisa que era al mismo tiempo despectiva y amarga—. Pero es que vos sois uno de ellos, ¿no es así? ¿Tal vez un pariente de nuestra mestiza realeza? Espero que hayáis disfrutado de vuestro encuentro con Lord Corruth.

Las mandíbulas de Seregil se tensaron.

—Por esa abominación, señora mía, os perseguirá la maldición de mi familia durante toda la eternidad.

—Haré lo que pueda para mostrarme digna de ella. Y ahora, decidme, ¿a instancias de quién habéis invadido mi casa?

—Somos agentes de Idrilain II, por derecho la única Reina legítima de Eskalia —contestó Seregil.

—¡Valientes palabras! —rió Kassarie—. Terribles para mí si fueran ciertas. Sin embargo, debéis saber que yo también tengo mis propios agentes, muy hábiles y fiables. Si en verdad estuvierais trabajando para la Reina, yo lo sabría. No, creo que vuestros lazos con los Aurénfaie son un poco más importantes de lo que siempre se ha supuesto. ¡No me cabe la menor duda de que a vuestra gente le complacería en grado sumo desacreditar a los eskalianos leales a la verdadera Familia Real!

Mientras pronunciaba estas últimas palabras, afloró a su mirada un brillo extraño, demente. Mientras sujetaba su espada con más fuerza, Seregil pensó con inquietante certeza: *nos va a matar*.

—Pero no tiene demasiada importancia —continuó ella con aire siniestro—. Puede que vuestra desaparición provoque alguna inquietud, pero creo que serán muy pocos los que os lloren.

—Vendrán otros —dijo Seregil—. Otros como nosotros, cuando menos os lo esperéis.

—Y descubrirán que he desaparecido. El necio de Teukros hizo más daño del que vos podríais hacer. Pero ya sabéis lo de Teukros. Este muchacho vino preguntando por él —su mirada se posó sobre Alec—. Y pagó mi hospitalidad seduciendo a una doncella de mi cocina.

—Ella no sabía nada —dijo Alec, repentinamente preocupado por la suerte de la muchacha—. La engañé para que me dejara entrar.

—Ah, así que el valiente caballero habla. —Kassarie esbozó una sonrisa burlona—. Una posición en la ciudad, promesas de pasión futura... Patéticamente vulgar, pero sumamente efectivo. Pero resultó una elección penosa como objeto de tu engaño. Su tía la descubrió hace un buen rato saliendo sigilosamente con un hatillo.

—Muy pronto le sacaremos la verdad —dijo Illester con su voz cacareante—. Esa chica nunca fue de fiar.

—Os lo ruego, no le hagáis daño —dijo Alec débilmente.

—Naturalmente, no puedo dejar de sentir un poco de lástima por la pobrecilla —continuó Kassarie—. Se le partió el corazón al enterarse de tu perfidia. Aunque me temo que no tendréis mucho tiempo para reflexionar sobre ello. ¡Caballeros, arrojad vuestras espadas!

Seregil sintió que Alec se ponía tenso detrás de él, esperando su orden. Estudiando el imperioso rostro de Kassarie a la luz de las antorchas, sopesó las posibilidades que tenían de salir con vida de aquel tejado. Eran remotas.

—No tengo demasiada fe en vuestra hospitalidad —replicó, tratando de ganar tiempo. *Piensa, hombre. ¡Piensa! Encuentra un resquicio entre los guardias. ¿Cuánta distancia nos separa de las escaleras, de la puerta de la torre?*

—Ya me habéis causado suficientes problemas por una noche —le espetó Kassarie. La paciencia se le estaba agotando—. ¡Mira a tu alrededor! No podrás escapar luchando. Mira detrás de ti. Más de trescientos metros de caída. Teukros gritó hasta llegar al fondo cuando lo arrojaron. Me pregunto si tú harás lo mismo...

Detrás de sí, Seregil pudo escuchar el gemido débil y ahogado de Alec. Si la rendición ofrecía siquiera una posibilidad de...

—¡Saltad!

El grito de Nysander los sobresaltó como un aullido de guerra, aunque saltaba a la vista que nadie más lo había oído.

—¡La señora os ordena que os rindáis! —ladró Illester.

—¿Lo has oído? —siseó Seregil.

—¡No puedo hacerlo! —respondió Alec en un susurro. Estaba blanco de miedo y tenía los ojos muy abiertos y empañados con un brillo de incredulidad.

—Ya basta —gruñó Kassarie, que los observaba con creciente suspicacia.

—¡Debes hacerlo! —le suplicó Seregil. Pero sus propias tripas se revelaban contra la idea.

—No...

—¡Seregil, Alec, saltad! ¡Debe ser ahora!

—¡Cogedlos! —gritó Kassarie—. ¡Los quiero vivos!

—¡Hazlo, Alec!

—No puedo...

¡Ahora Seregil, por el Amor de Illior!

—¡Ahora! —gritó Seregil. Arrojando la espada a un lado, tomó a Alec por la cintura y lo empujó por encima del parapeto. Tratando de ignorar el grito que se elevaba desde la negrura, se encaramó a la muralla y se arrojó a abismo, seguido por la risotada sardónica de Kassarie.

Durante un momento horripilante, Seregil, los ojos cerrados con todas sus fuerzas y el viento insustancial azotándole el rostro, simplemente cayó.

Entonces, la magia lo envolvió.

Una sensación rápida e imperativa atravesó su cuerpo, como si su misma alma le estuviese siendo arrancada. Y de pronto, una espléndida luminosidad. Seguía cayendo, arrastrado por una especie de maraña. Abrió los ojos a un asombroso resplandor de estrellas, se arrancó la camisa del cuerpo y desplegó sus... ¡Alas!

Magníficas, poderosas alas que batieron el aire y lo sustentaron.

Se estabilizó, planeó y entonces, con sus nuevos ojos, reparó en el otro pájaro que se dirigía torpemente hacia él sacudiendo las alas de forma salvaje. Nunca hubiera creído posible que un buho pudiera parecer pasmado, pero Alec ciertamente lo parecía. Sus ropas vacías descendieron mansamente y se perdieron en la oscuridad mientras ellos remontaban el vuelo y sobrevolaban el castillo.

Kassarie se había acercado al parapeto que se asomaba sobre el camino y señalaba con gestos a una tropa de jinetes que se aproximaba con estrepitoso galope a sus puertas. La luz de muchas antorchas atravesó el patio a toda prisa y en todas direcciones, mientras sus hombres se desperdigaban para enfrentarse al ataque.

Seregil y Alec descendieron en espiral para unirse a los jinetes. El viento cantaba deliciosamente entre sus plumas. Alec ululó con excitación cuando su aguda mirada distinguió el estandarte de la Guardia Montada de la Reina. Klia encabezaba la carga, flanqueada por Myrhini y Micum.

Seregil hizo un picado bajo y voló frente a Micum.

—Seregil, ¿eres tú?

Seregil volvió a calarse y se posó en el brazo extendido de su amigo, sintiendo el contacto áspero de la cota de malla debajo de sus garras.

—¿Es él? —preguntó Klia mientras la gran lechuza cornuda agitaba las alas tratando de recuperar el equilibrio.

Seregil movió la cabeza arriba y abajo y guiñó uno de sus grandes y amarillos

ojos.

—¡Lo es! —gritó Micum—. ¿Está Alec contigo?

Seregil volvió a menear la cabeza mientras Alec aparecía aleteando.

—Id con Nysander —dijo Micum—. Está más atrás, en el camino, con Thero y Beka. Espera, ¿qué es eso que llevas?

Micum levantó el anillo que todavía pendía de la hinchada pechuga de la lechuza. El lazo del cordel había aguantado, pero Seregil no había notado su leve peso mientras volaba. Micum lo guardó en su bolsillo, Seregil extendió las alas y remontó el vuelo detrás de Alec.

Alec siguió la línea del camino y no tardó en divisar una pequeña fogata debajo de sí. Nysander y Thero se sentaban alrededor de ella con las piernas cruzadas, custodiados por varios oficiales uniformados.

Posarse le resultó bastante más difícil que volar. Después de varios intentos fallidos de imitar el suave descenso de Seregil, terminó rodando desgarradamente hasta los pies de un soldado.

—¿Alec? —preguntó una voz familiar.

Beka se arrodilló, lo ayudó a incorporarse y luego le alisó las plumas con suavidad. Alec separó las patas para mantener mejor el equilibrio, la miró, parpadeó y ululó con suavidad. Algo se movía debajo de su pata; era el anillo de plata Aurénfaie, que todavía se encontraba alrededor de una de sus garras. Levantó la pata y ululó de nuevo hasta que Beka lo tomó.

Mientras tanto, Seregil se había posado con elegancia sobre el brazo extendido de Nysander.

—¡Gracias al Portador de la Luz! No estábamos seguros de que el encantamiento fuera a transformaros a tiempo —le dijo Nysander. Parecía terriblemente exhausto.

—De hecho, tuvimos suerte de encontraros —añadió Thero—. Casi no lo conseguimos, con todas esas carreras en el interior del castillo. ¿Quieres que los transforme, Nysander?

—Si eres tan amable... Yo estoy completamente agotado.

La transformación ocurrió tan rápidamente como la primera, y provocó la misma desorientación momentánea.

Después de un instante de vértigo, Alec se encontró sentado delante de Beka.

—Es posible que quieras esto. —Beka le tendió su capa, mientras trataba por todos los medios de no reírse ante la expresión de avergonzado entendimiento que acababa de pintarse en el rostro del muchacho.

Ruborizado, Alec se cubrió rápidamente con la prenda. En la excitación del momento, no había anticipado tales complicaciones.

Después de recuperar el anillo, se volvió hacia Seregil, que se estaba arrodillando junto al viejo mago.

—Perdí los documentos con la ropa, pero todavía tengo esto. Y hay más —jadeó Seregil, con la cabeza entre las manos. Había vuelto a sufrir el mismo ataque de náuseas que siempre se apoderaba de él después de ser el objeto de un encantamiento—. El Sello del Consorte. Lo tiene Micum... Nysander, lo encontramos. Hay una sala bajo la torre derruida. Tenemos que... tenemos... ¡Cuéntaselo, Alec!

Desapareció tambaleándose entre las sombras.

—Kassarie es una Lerana. Eso es seguro —continuó Alec con excitación—. Todavía tiene parte del oro robado. ¡Y el cuerpo de Lord Corruth!

—Pobre. Siempre temí que algo semejante le hubiera ocurrido —suspiró Nysander—. ¿Pero qué es todo eso de anillos y documentos?

—Nos llevamos los anillos de Corruth y algunos documentos para demostrar lo que habíamos encontrado —le explicó Alec mientras le tendía el pesado anillo Aurénfaie—. Micum tiene el anillo del Regente, pero todo lo demás se perdió cuando... —Alec se detuvo y lanzó un grito sofocado—. ¡Mi espada! Oh, maldita sea, eso se perdió también. Y mi daga negra —aquellas, junto con su arco, eran algunas de las posesiones materiales por las que sentía algún afecto; habían sido las primeras cosas que Seregil le comprara, allá en Herbaleda.

—Haremos todo lo que podamos para recuperarlas, querido muchacho. Y también todo lo demás —le aseguró Nysander.

—Tenemos que volver allí. Y deprisa —dijo Seregil mientras reaparecía junto al fuego. Parecía cansado, pero al mismo tiempo resuelto. Uno de los jinetes le tendió una capa y se envolvió en ella—. Lo destruirá todo, Nysander. Puede que ya lo haya hecho. ¡Incluso con el anillo, será nuestra palabra contra la de ella!

—Tiene razón —dijo Thero.

—Ella es la cabeza de la serpiente, estoy seguro —continuó Seregil enfáticamente—. ¡Si acabamos con ella acabaremos con todos! Pero Klia y los otros nunca encontrarán esa sala por sí solos. ¡Tengo que volver!

—¡No sin mí! ¡De ningún modo! —declaró Alec.

Nysander asintió con aire abatido.

—Sargento Talmir. Deles a estos hombres ropas, armas y caballos.

Beka dio un paso al frente.

—Dejadme ir con ellos.

Nysander sacudió la cabeza con firmeza.

—No seré yo quien contradiga las órdenes de la Comandante Klia. Y ella dijo que te quedaras aquí.

—Pero...

—Debes quedarte —le advirtió Seregil—. Si abandonas tu puesto, serás expulsada. ¡Y ni siquiera has sido nombrada todavía!

Con su habitual timidez, Alec se apartó para vestirse, mientras Seregil se quitaba

la capa sin más preocupación que la premura.

Mientras lo hacía, Alec descubrió consternado que el hechizo de ocultación había vuelto a disiparse; la extraña cicatriz resultaba visible de nuevo. También Nysander lo advirtió y, mirando a Alec, sacudió la cabeza. Afortunadamente, Seregil se puso el chaleco que le habían prestado antes de que nadie más lo advirtiera.

Beka, que había apartado modestamente la mirada mientras Alec se ponía los pantalones, le ofreció su espada.

—Llévatela —le urgió—. Me sentiré mejor sabiendo que llevas un arma en la que confío.

Alec aceptó la espada agradecido. Sus palabras parecían el eco de las que su padre le dijo a Seregil el día que dejaron Watermead.

Juntó las manos un momento con las de ella y dijo:

—También yo confío en ella —vaciló. De repente se sentía un poco torpe; como si tuviera que decir algo más pero no supiera el qué.

—Cuida bien de Nysander y Thero —dijo al fin—, por si tienen que sacarnos de allí otra vez.

Ella le dio un golpe amistoso en el brazo.

—Qué suerte que esta vez no os convirtiera en ciervos y nutrias, ¿eh?

Equipados de nuevo, Seregil y Alec montaron en caballos de fresco y galoparon en dirección al castillo.

El portón estaba abierto. Seregil miró a su alrededor y concluyó que su captura debía de haber perturbado la disciplina habitual del lugar, permitiendo que el ataque de Klia y sus soldados cogiera a la guarnición con la guardia baja.

En el patio, un puñado de soldados de la Guardia vigilaba a un grupo de sirvientes capturados. Stámie se escondía miserablemente entre los prisioneros, y apartó la mirada cuando Alec trató de hablar con ella.

El resto de los soldados había penetrado en el interior del castillo. Por encima de cabezas, las llamas ardían furiosamente en una ventana del segundo piso.

—Parece que esta vez podremos entrar por la puerta principal —dijo Seregil con una sonrisa sombría, mientras señalaba la destrozada entrada.

Mientras se dirigían hacia la escalera del nordeste, escuchaban aquí y allá sonidos de lucha. Los cuerpos se amontonaban en las escaleras, pero la batalla continuaba en el tercer piso.

Al salir al pasillo superior pudieron oír a los hombres de Kassarie, que resistían frente a la puerta de la torre derruida. Los corredores eran demasiado estrechos para una batalla campal y la lucha se había extendido a las habitaciones laterales. Después de atravesar el portal, vieron varios cuerpos caídos sobre costosos muebles volcados. El metálico sonido de las espadas parecía venir desde todas partes a un tiempo. La sangre recién derramada manchaba los elegantes frescos y el suelo, que en algunos

lugares resultaba traicioneramente resbaladizo.

Encontraron a Micum en lo más reñido de la batalla, en el corredor del sudeste.

—¿Ha sido capturada Kassarie? —gritó Seregil, tratando de hacerse oír por encima del estrépito.

—Lo último que oí es que la estaban buscando —le contestó Micum.

—Hay una puerta detrás de ese tapiz. —Seregil señaló al tapiz que se encontraba al otro lado del corredor—. Pasa la voz: tenemos que tomarla.

Unos momentos más tarde, el grito de guerra de Klia resonó contra las paredes mientras los últimos guerreros de Kassarie arrojaban las espadas y caían de rodillas.

Abriéndose paso en medio de la confusión, Seregil alcanzó a la princesa.

—Por aquí —le dijo, mientras apartaba el tapiz para mostrarle la puerta. Intentó abrirla, pero estaba cerrada.

—¡Braknil, Tomas, abrid esto! —ordenó Klia.

Dos fornidos Guardias golpearon la puerta con los hombros y la arrancaron de sus goznes. Alec y Seregil abrieron la marcha hacia la trampilla. Klia los siguió, junto con Micum, Myrhini y varios soldados más.

La trampilla volvía a estar cerrada y la arena alisada en su lugar.

Seregil encontró la argolla, abrió la puerta y se internó en la escalera de madera. Después de evitar con mucho cuidado la trampa del rellano, llegaron al corredor subterráneo. La última puerta estaba abierta y, la cámara a la que conducía, fuertemente iluminada.

Kassarie los esperaba. Se erguía junto a la mesa, en el centro de la sala, ocultando con el cuerpo el cadáver de Corruth. Sostenía una pequeña lámpara en una mano como para iluminar el camino, y la luz que ésta despedía otorgaba a sus severas facciones un aire señorial.

En la habitación reinaba un fuerte olor a cera y aceite. Detrás de él, Alec olisqueó el aire y frunció el ceño.

Una ominosa sensación de inquietud se apoderó de Seregil; Kassarie parecía una gran serpiente dispuesta para atacar. ¿Cuánto tiempo había pasado aquí abajo, sola?

—Así que volvéis a estar aquí, ¿no es cierto? —observó con una sonrisa amarga mientras Alec y él se dejaban ver.

Klia se situó entre ellos. Aunque en otras circunstancias no fuera más que una muchacha temeraria y bonita, en este momento era una comandante y se movía con la misma severidad austera de su madre.

—Kassarie a Moirian, te arresto en el nombre de Idrilain II —anunció con una voz privada por completo de emoción—. Se te acusa de traición.

Kassarie hizo una grave reverencia.

—Salta a la vista que estáis en ventaja. Me entrego, Su Majestad, pero lo hago a vuestra superior fuerza y no a vuestro ilegítimo derecho.

—Como desees —replicó Klia mientras daba un paso hacia ella.

—Encontraréis cuanto buscáis aquí. —Kassarie señaló a toda la habitación con un amplio ademán—. Quizá, como Lord Seregil, estéis interesada en encontraros con vuestro mutuo antepasado.

Se hizo a un lado y levantó la lámpara con un gesto dramático.

—Permitidme que os presente a Lord Corruth i Glamien Yanari Meringil Bókthersa. Vuestros lacayos ya han saqueado el cuerpo, pero creo que confirmarán que os estoy diciendo la verdad.

Seregil se dio cuenta entonces, demasiado tarde, de que había olvidado decirle a Klia lo que habían encontrado. Ella dejó escapar una suave exclamación de asombro y se aproximó. Micum y los otros quedaron igualmente desconcertados; todos los ojos estaban clavados en la horripilante visión mientras Klia se inclinaba para examinar el rostro marchito.

Todos, claro está, salvo los de Alec.

Durante las últimas semanas había visto cadáveres más que suficientes. En vez de mirar a la cáscara seca que reposaba sobre el trono, se volvió hacia Kassarie y, así, fue el único en reparar en la sonrisa de deleite que se dibujaba en su rostro mientras levantaba la lámpara todavía más.

Aquel olor. Era demasiado intenso para tratarse sólo de una lámpara.

No había tiempo para advertir a Klia. Apartando a Seregil a un lado, irrumpió en la habitación mientras Kassarie arrojaba la lámpara a los pies de Klia. La habitación estaba empapada de aceite y otra cosa, algo mucho más inflamable.

Un calor abrasador absorbió el aire de sus pulmones y le quemó la piel. Alargó las manos violentamente, sujetó a Klia por el brazo y tiró de ella hacia atrás con todas sus fuerzas. A su espalda, otras manos lo aferraron y lo arrastraron hacia el bendito frío del corredor.

—¡Echadlos al suelo! —aulló Micum.

Alguien lo hizo caer al suelo de un empujón, y al instante se vio cubierto por innumerables capas y cuerpos. Muchas manos le daban fuertes palmadas en la espalda. En algún lugar por encima de él, Seregil profería insultos frenéticamente.

Cuando al fin lo destaparon, Alec vio que lo habían arrastrado hasta la base de la escalera. El calor proveniente de la cámara inundaba el pequeño corredor. En su interior, unas llamas furiosas lo ocultaban todo a la vista. No había señal de Kassarie.

Klia estaba tendida a su lado. Su hermoso rostro en forma de corazón estaba manchado de rojo y negro, y la mitad de su trenza se había quemado.

—¡Me has salvado la vida! —gimió, mientras extendía su mano hacia la de él; por los dedos y todo el revés de la mano, se veía una mezcla de ampollas rojizas, allí donde se había derramado el aceite hirviendo.

—Mientras el resto de nosotros teníamos la cabeza metida en el trasero —dijo

Myrhini con el ceño fruncido. Mientras se limpiaba los ojos con la manga de su camisa, se arrodilló frente a Klia.

Alec sacudió la cabeza, medio aturdido.

—Ese olor... me resultaba familiar pero no podía recordar lo que era.

—Aceite de azufre, creo —dijo Myrhini.

La piel de la espalda y el cuello de Alec comenzó a dolerle, y en su rostro se dibujó una mueca.

—¡Dame eso! —Seregil le quitó por la cabeza el chaleco prestado. La parte trasera de la prenda estaba completamente quemada en algunos sitios—. Estabas ardiendo, ¿sabes? Y has perdido parte del pelo ahí detrás.

Alec se llevó una mano a la nuca; el tacto de la piel era áspero.

Cuando se miró la mano, estaba manchada de negro.

—Justo cuando empezaba a hacer de ti alguien presentable —se quejó Seregil con voz no del todo firme—. ¡Por los Pelos de Bilairy, apestas a perro quemado!

El sol trepaba sobre las copas de los árboles del este cuando Seregil, Alec y Micum partieron hacia la ciudad en compañía de Nysander. Thero se había quedado atrás para participar en la búsqueda de las armas y documentos perdidos.

—Creo que esta vez hemos tentado a nuestra suerte —admitió Seregil, que cabalgaba entre Micum y Nysander.

—¡Puedes jurarlo! —balbució Micum—. Nysander ni siquiera sabía que te habías marchado cuando aparecí y se lo conté.

—Y cuando supe que te encontrabas en peligro, estaba demasiado lejos para hacer nada —añadió el mago—. No sabía con certeza si estabas vivo o muerto hasta que llegamos. E incluso entonces no pude concentrar mi atención en ti con toda claridad hasta que os visteis acorralados en el tejado. A esas alturas ya era tarde para todo, salvo las medidas más desesperadas.

—A pesar de todo, fue un trabajo realmente magnífico —mantuvo Seregil, alegre—. Hacía años que no me convertías en pájaro. ¡Y nunca lo habías hecho en una lechuza!

Alec estaba igualmente excitado.

—Fue maravilloso, al menos una vez que me acostumbré a ello. Pero no comprendo por qué mi mente estaba tan clara. Cuando me transformaste en un ciervo estaba sumamente confuso.

—Es una clase diferente de metamorfosis —le explicó Nysander—. El hechizo de naturaleza intrínseca convoca una magia innata del interior de la persona sobre la que se conjura y, a menudo, como ocurrió en tu caso, afecta a la mente del sujeto. Transformarte en un buho fue un conjuro metastático. Aunque requiere y consume mucho más poder, especialmente a tanta distancia, sólo altera tu apariencia externa y deja tu mente intacta. Mi mayor preocupación era que no fuerais capaces de dominar las alas en tan poco tiempo.

—El chico aprende rápido —dijo Seregil, resistiendo el impulso de dar a Alec una palmada en el hombro. A juzgar por el modo en que el muchacho cabalgaba, sus quemaduras debían de dolerle mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Lo que no descubristeis es la identidad de la persona que los Leranos pretendían utilizar para reemplazar a Idrilain —señaló Micum—. Ahora que todo ha sido destruido, nunca podremos encontrar a los otros.

—Eso no es del todo cierto —dijo Seregil, mientras se daba golpecitos en la sien—. Conseguí echar un vistazo a algunos documentos antes de que ella lo quemara todo. Hay algunos nobles que tendrán que responder a unas cuantas preguntas. Es un comienzo.

Nysander asintió.

—Enviaré a algunos Centinelas a hacerlo tan pronto como regresemos. Creo que vosotros tres habéis tenido aventuras más que suficientes por ahora.

—Supongo que sí —dijo Seregil, mientras volvía a mirar de soslayo a Alec, que cabalgaba muy tieso a su lado.

El día se hizo más luminoso conforme iban avanzando. Llegaron a una encrucijada desde la que se divisaban ya las murallas de la ciudad y, después de desearles buena suerte a todos, Micum regresó a su casa.

—Ya sabéis dónde encontrarme si me necesitáis —les gritó, mientras lanzaba a su potro a galope.

—Supongo que pasarás algún tiempo en el Gallito —dijo Nysander tirando de las riendas al tiempo que Alec y Seregil se levantaban las capuchas.

Seregil asintió.

—Lord Seregil y Sir Alec regresarán a la ciudad a tiempo para la Festividad de Sakor. Te agradecería que nuestros nombres no se mencionaran en la investigación oficial.

—Creo que podré conseguirlo. La Reina valora lo suficiente a los Centinelas para respetar nuestros métodos. Sin embargo, debo pedirte que pases por mi torre antes de que vuelvas a casa. Hay un último asunto del que debemos ocuparnos.

Seregil advirtió que Alec le dirigía una mirada interrogativa y se llevó una mano enguantada al pecho.

Un instante después, el muchacho flexionó los dedos de su mano mientras contemplaba con aire pensativo el círculo de suave piel de su propia palma, del que habían desaparecido por completo las quemaduras.

De vuelta en la Casa Oréska, Nysander insistió en desayunar antes de nada. Una vez hubo recuperado fuerzas, los condujo a ambos hasta la pequeña habitación de los encantamientos y cerró la puerta. Después de pedirle a Seregil que se quitara la camisa, el mago inspeccionó cuidadosamente la problemática cicatriz.

—Esto debería haber permanecido oculto —musitó Nysander.

—No es la primera vez que reaparece —le recordó Seregil, con la mirada perdida nerviosamente en el techo mientras el mago palpaba y presionaba la cicatriz. De pronto, tuvo una idea y tomó a Nysander por la muñeca—. ¡Pero no ocurrió cuando me transformaste en el viejo Dakus!

Nysander sacudió la cabeza.

—Aquello fue una transformación menor. No hice más que alterar tu apariencia natural.

—¿Quieres decir que algún día podría acabar teniendo ese aspecto?

—¡Silencio, Seregil! Debo concentrarme.

Nysander posó la mano sobre el pecho de Seregil, cerró los ojos y esperó a que cualquier impresión se manifestara en su mente. Apenas tuvo frutos: el paso de una estrella fugaz; un destello de color azul; el tenue rugido de un océano; un perfil que no le resultaba familiar.

Luego nada.

—¿Y bien? —demandó Seregil.

—Sólo fragmentos —el mago se frotó el puente de la nariz con aire fatigado—. Recuerdos, quizá, pero nada que sugiera que hay un poder residual en estas marcas. Es de lo más curioso. ¿Cómo está tu mano, Alec?

—Igual que antes —dijo Alec mientras la levantaba para que el otro pudiera verla.

—Sí. De lo más curioso —dijo Nysander. Sus tupidas cejas se alzaron—. El problema debe de residir en las marcas de la cicatriz de Seregil.

Éste las estudió con un espejo de mano.

—El lado del disco de madera que quemó a Alec era liso, sin marcas. Pero las mías se hacen cada vez más claras, en lugar de desaparecer. ¿De verdad no sientes magia alguna en ellas?

—Ninguna en absoluto —respondió Nysander—. Así que de alguna manera, debe de tratarse de la configuración de los caracteres, sean lo que sean.

Seregil alzó la mirada.

—¿Y de verdad no sabes lo que son?

—Reconozco el símbolo, como ya te dije. Lo que éste esconde me es tan desconocido como a ti. Te doy mi palabra.

—Entonces volvemos a estar igual que al principio —exclamó Alec, exasperado.

—Quizá no —dijo Nysander con voz suave. Tocó la cicatriz de Seregil una última vez y conjuró otro encantamiento de ocultación sobre ella—. Reapareció cuando Seregil trocó su cuerpo con el de Thero y de nuevo cuando abandonó la forma de la lechuza. Tiene que haber algo significativo en ello, aunque todavía no sé el qué.

—Lo único significativo es que me voy a pasar el resto de mi vida visitándote para que vuelvas a ocultar esa marca —gruñó Seregil, mientras se ponía la camisa—. Seguro que Valerius podría eliminarla definitivamente.

—No debes hacer eso. Todavía no, al menos. Destruirla antes de que hayamos conseguido comprenderla sería muy poco sabio. Sopórtala un poco más, querido muchacho. Quizá podamos resolver el acertijo. Por el momento, no parece estar causándote ningún daño.

—¡Ya basta de hablar de esto! —Seregil miró al mago con el ceño fruncido—. Cuídate, Nysander. Si nos necesitas, no estaremos lejos.

Después de que se marcharan, Nysander se retiró a la sala de estar. Se dejó caer sobre

un sillón, apoyó la cabeza contra el respaldo y convocó las impresiones que había obtenido de la cicatriz: la estrella, el sonido del mar, el destello azul, un rostro apenas vislumbrado...

Le dolía la cabeza. No había descansado desde el asalto y estaba exhausto... demasiado para seguir indagando sobre el asunto. Lo que necesitaba era echar una cabezadita en su sillón. Más tarde, una vez hubiera realizado las preparaciones adecuadas, podría meditar más a fondo.

La quietud de la habitación lo envolvió como una manta gruesa y confortable. El calor del fuego era como la caricia del sol de verano sobre las mejillas. Mientras se sumergía más y más en una deliciosa languidez, creyó sentir de nuevo el pecho de Seregil bajo su mano, las diminutas arrugas de la cicatriz que acariciaban su palma. Pero ahora la piel de Seregil estaba fría, fría como el mármol de una estatua...

Se agitó inquieto en su silla. *Una visión se aproxima*, pensó, lejanamente consternado, *estoy demasiado cansado para una visión...*

Pero la visión vino de todas formas.

Se encontraba de pie en el atrio de la Oreska. Los brillantes rayos del sol incidían sobre él a través de la gran cúpula. El calor era delicioso. Otro magos pasaban a su lado sin mirarlo. Los aprendices y los sirvientes se apresuraban de un lado a otro, entregados a sus quehaceres cotidianos.

Pero entonces la Voz habló, y todos cuantos lo rodeaban se convirtieron en estatuas de mármol.

La Voz venía de algún lugar detrás de él. Era un cacareo siniestro y tenue que se elevaba vibrando desde las profundidades más allá del suelo de piedra. Podía sentirla en las plantas de los pies. Bajó la mirada y advirtió por vez primera que la argamasa del mosaico se había quebrado. Grandes secciones del diseño, el orgulloso Dragón de Illior, estaban sueltas, y muchas de las brillantes teselas se habían convertido en polvo.

La Voz se alzó de nuevo y él se volvió y corrió entre la inmóvil muchedumbre en dirección al museo. Al otro lado de la oscura habitación, más allá de las filas de cajones de exposición, la puerta de la antecámara que conducía a las criptas estaba abierta.

Mientras se aproximaba, escuchó que algo se escabullía entre las sombras que se abrían delante de él. Era un chasquido, un sonido de arañazos, parecido pero al mismo tiempo diferente al correteo de las ratas. Algo crujió bajo sus pies; un pedazo de madera. El cajón que había contenido las manos de Tikárie Megraesh estaba vacío; en el fondo había un agujero astillado del tamaño de un puño.

Convocó una brillante esfera de luz en la palma de su mano izquierda y continuó. Mientras se aproximaba a la puerta, ésta se abrió con tal fuerza que se partió de

arriba abajo y quedó colgada sobre los destrozados goznes.

—Ven, viejo —lo llamó un susurro silbante—. Viejo. Viejo. Viejo, viejo.

Mientras una oleada de repulsión se extendía por toda su piel, obedeció.

La antecámara estaba igual que siempre, pero la escalera de piedra que debería haber al otro lado había desaparecido. En vez de ella, una terrible grieta negra, sin puente o pasadizo algunos, se abría delante de él. Convocó una segunda luz en su mano derecha, extendió los brazos, se arrojó a la inconcebible oscuridad y cayó a plomo como un quebrantahuesos.

No podía decir cuánto tiempo estuvo cayendo; parecía haber sido mucho, mucho tiempo. No había viento, ni sensación alguna de movimiento; sólo la certeza de que caía y caía hasta que por fin, a la manera de los sueños, se posó suavemente sobre una piedra desigual. Delante de él, un arco daba paso al familiar corredor pavimentado de ladrillo que conducía a las más profundas cámaras de la Oréska.

El bajo pasadizo se ramificaba, convirtiéndose en un laberinto de corredores y extrañas cámaras. Había recorrido este solitario camino innumerables veces, dejando a un lado este corredor, internándose en este otro, para asegurarse de que el Lugar, aquel muro sin marcas y completamente vulgar, y todo lo que yacía detrás de él, seguía estando donde debía estar.

Pero este viaje, lo sabía, no iba a ser solitario. La Voz se encontraba delante de él y, más fuerte ahora, lo llamaba a gritos desde el Lugar.

—¡Ven, viejo! ¡Ven, Guardián! —el desafío vociferado resonaba fríamente sobre los húmedos corredores de piedra—. ¡Ven y contempla los primeros frutos de tu sagrada vigilia!

Dobló el último recodo y se encontró cara a cara con el dyrmagnos, Tikárie Megraesh. Sus brillantes ojos, húmedos de vida, lo miraban desde el fondo de un rostro consumido y negro. Las manos, las mismas manos que él —por entonces joven mago— había cortado, habían encontrado el camino de vuelta a su dueño y asomaban bajo las mangas de la túnica de fiesta de la espantosa criatura.

—¡Adelante, oh tú, el más noble Guardián! —lo saludó Tikárie, mientras se apartaba con una leve reverencia—. El Hermoso aguarda. Pasa y únete a la celebración —la voz del dyrmagnos, al igual que sus ojos, había conservado un terrible hábito de humanidad.

Pasando junto a su antiguo enemigo, se encontró con que el pasadizo estaba bloqueado por una montaña de cadáveres desnudos.

Unas criaturas vestidas con coloridos harapos se arrastraban y se escabullían entre los muertos, y podía escuchar los sonidos avarientos de su glotona alimentación.

Algunos de ellos eran humanos, y entre éstos pudo reconocer a muchos de sus enemigos de antaño. Habían vuelto para atormentarlo en sus sueños.

Otros eran seres pervertidos y monstruosos bajo cuyas túnicas se adivinaba formas repulsivas.

Y todos ellos se daban un festín con los muertos. Agolpándose aquí y allá entre los cuerpos flácidos, se agazapaban como chacales sobre sus víctimas, arrancando jirones de carne con garras y colmillos y destrozando los huesos.

Una figura alta emergió entre las sombras. Una capa oscura ocultaba sus facciones.

—¡Únete a la celebración! —ordenó con una voz que era como el viento al aullar por la chimenea de una casa abandonada. Extendió un brazo imposiblemente largo hacia el montón de carne, sacó un cadáver y lo arrojó a sus pies.

Era Seregil.

La mitad de su cara había sido cruelmente devorada. Ambas manos habían desaparecido, y la piel del pecho le había sido arrancada.

Un gemido se alzó en la garganta de Nysander mientras el dolor lo paralizaba.

—Devóralo —lo invitó el espectro, mientras volvía a alargar el brazo hacia la pila.

Micum fue el siguiente. El pecho estaba abierto en canal y los brazos le habían sido arrancados por los hombros.

Luego Alec, a quien le habían robado las manos y los ojos. Gotas de sangre resbalaban por su cara como si fuesen lágrimas que manchaban sus cabellos rubios.

Otros los siguieron, más y más deprisa. Amigos, señores, sirvientes, extraños, arrojados todos como guiñapos hasta que estuvo rodeado de una muralla de cadáveres cada vez más alta. Un momento más y estaría emparedado en una torre de carne muerta.

Combatiendo la pena y el dolor con todas sus fuerzas, convocó toda la luz que podía de las esferas gemelas que todavía llevaba consigo; las arrojó delante de sí y se abalanzó sobre los cuerpos mutilados de sus compañeros. El obscuro espectro se agigantó un instante y entonces desapareció. Y con él la espeluznante montaña de cadáveres.

Delante de él se encontraba aquel a quien pertenecía la Voz, y el dolor de Nysander se trocó por un terror glacial. La inmensa figura estaba envuelta por completo en sombras, excepto allí donde la luz incidía sobre un hombro perfecto y de color dorado.

Escudriñó la figura, tratando de distinguir a su enemigo a pesar del terror que lo embargaba. Podía sentir el helado poder de sus ojos sobre sí; quemaba su entumecida carne como el agua de un arroyo invernal.

Entonces, la criatura levantó una mano a modo de saludo y la brillante piel del hombro, el brazo y la mano se hizo jirones como tela carcomida por la polilla, quedando colgada de la pútrida carne palpitante que se escondía debajo de ella.

—Bienvenido, oh Guardián —dijo—. Has sido muy fiel.

Sacudiéndose entre las sombras, la cosa atravesó con el puño el muro como si no fuese más que un biombo de papel, y extendió el brazo hacia la cavidad que había más allá...

Nysander despertó sobresaltado, jadeando y empapado en sudor. El fuego estaba casi apagado y en la habitación reinaban las sombras.

—¡Oh, Illior! —gimió, mientras se cubría los ojos con una mano—. ¿Acaso veré algún día el fin de todo esto?

NOTA DE LA AUTORA

El antiguo calendario hierofántico se basa en un año lunar, dividido en doce meses de veintinueve días y cuatro festividades estacionales, que suman un total de doce días más.

—Solsticio de Invierno: observancia de la noche más larga del año y celebración de los cada vez más largos días que la seguirán (Noche de Luto y Festividad de Sakor en Eskalia). Seguido por:

- Sarisin
- Dostin
- Klesin

—Festividad de Primavera: Preparación para la siembra, celebración de la fertilidad de Dalna (Festividad de las Flores en Micenia). Seguido por:

- Lithion
- Nythin
- Gorathin

—Solsticio de verano: Celebración del día más largo del año, seguida por:

- Shemin
- Lenthin
- Rhythin

—Tiempo de la Cosecha: Final de la cosecha, tiempo de regocijo y agradecimiento (Gran Festividad de Dalna en Micenia). Seguido por:

- Erasin
- Kemmin
- Cinrin



LYNN FLEWELLING. Nacida Lynn Elizabeth Beaulieu el 20 de octubre de 1958 en la Isla de Presque, Maine, es una escritora de literatura fantástica conocida por dos de sus sagas de fantasía de fama internacional: los libros de El Mensajero de la Oscuridad y la Tríada Tamír.

Flewelling creció en el norte de Maine, Estados Unidos, y desde entonces ha vivido en ambas costas de Estados Unidos y ha viajado por todo el mundo, experiencias ambas que se reflejan en sus escritos. Ha trabajado como profesora, pintora de casas, como técnico en necropsias y como editora y reportera freelance. Se casó con Douglas Flewelling en 1981 y ha tenido dos hijos. Actualmente vive en Redlands, California, donde continúa escribiendo e impartiendo talleres de literatura y escritura creativa en la Universidad de Redlands.